



EL TALISMÁN
DE
RAZIEL

MARIANO F. URRESTI

Lectulandia

Dios selló con el hombre tres alianzas, y cada una de ellas tuvo un símbolo. El Arca de la Alianza fue el segundo pacto, y el Grial, el tercero. Pero antes, en el inicio de los tiempos, Dios puso a prueba a Adán. Le exigió fidelidad y pureza a cambio de la vida eterna. El símbolo de aquella alianza fue un talismán que Dios entregó al ángel Raziel. En su interior, grabado con fuego divino, estaba el secreto más íntimo de la Creación.

Pero Adán rompió el pacto y el talismán de Raziel se perdió... aunque no para siempre.

En la Córdoba de Abderramán III, su médico personal, Hasday ibn Saprut, recuperará aquel talismán. El paso del tiempo hará que pase por muchas manos, y otras lo anhelarán.

El lector de esta novela se verá arrastrado a una apasionante aventura que lo llevará desde la Edad Media hasta nuestros días, cuando Rodrigo Suárez de Lara, un profesor de Historia del Arte jubilado, se haga con el talismán y deposite en él la última esperanza de sanar a su esposa.

Lectulandia

Mariano Fernández Urresti

El talismán de Raziel

ePub r1.0
zuney 16.12.14

Título original: *El talismán de Raziel*
Mariano Fernández Urresti, 2005
Diseño de cubierta: Gerardo Sánchez

Editor digital: zuney
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para Marian, que creyó en mí.
Y para nuestro amigo R.*

INTRODUCCIÓN



ADVERTENCIA:

Habiendo tenido noticias ciertas de las muchas desgracias que ha padecido Gabriel Zarza por escribir lo que solo fue una novela, mucho me cuidó yo de anunciar aquí, en vísperas del primer renglón y para tener vida más tranquila que la suya, que todo cuanto de mi pluma salió es solo fantasía... creo.

PERSONAJES PRINCIPALES POR ORDEN DE APARICIÓN

(En **negrita** aparecen los personajes cuyas vidas se sitúan en el siglo XXI)

PRIMERA PARTE

- Hasday ben Saprut: médico judío al servicio de Abderramán III y Alhakén II
- Baruc: rabino y amigo de Hasday
- **Joás**: tintorero y amigo de Hasday
- **Rodrigo Suárez de Lara**: profesor de Historia del Arte jubilado y esposo de Ana Solares
- **Ana Solares**: médico y esposa de Rodrigo Suárez
- **Don Herminio**: médico personal de la familia de Suárez de Lara
- **Julio Iraola**: profesor de Historia del Arte
- **Barreda**: dueño de la posada Camesa
- **Rosita**: hija del señor Barreda
- **Nicole Saintes**: joven francesa estudiante de Literatura Española
- Ugarit: miembro de la orden de los Guardianes del Edén
- Isaac ben Eliezer: miembro de la orden de los Guardianes del Edén
- Tiye: miembro de la orden de los Guardianes del Edén
- **Anselmo Suárez**: acaudalado hombre de negocios y padre de Rodrigo Suárez de Lara
- Menahem ben Saruq: poeta y filólogo judío
- Dunás ben Labrat: poeta judío
- Nicolás: monje enviado a Córdoba por el emperador Constantino VII
- Ozías: niño huérfano recogido por Isaac ben Eliezer
- **Aniceto**: hombre al servicio de Rodrigo Suárez de Lara
- **Fernanda**: esposa de Aniceto
- **Torcuato Soria**: erudito y profesor universitario amigo de Rodrigo Suárez de Lara
- Judá ben Baruc: discípulo de Menahem ben Saruq e hijo de Baruc, el amigo de Hasday

SEGUNDA PARTE

- **Ignacio Ruiz de Lozoya**: cardenal y viejo amigo de Rodrigo Suárez de Lara
- **Damiano Corradi**: clérigo erudito al servicio del cardenal Ruiz de Lozoya

- Isaac ibn Gayyat: primer presidente de la Academia Rabínica de Lucena
- Al-Fasí: segundo presidente de la Academia de Lucena y maestro de José ibn Migash
- José ibn Migash: tercer presidente de la Academia de Lucena
- Dahud: amigo del rabino José
- Samuel: hermano de Dahud y amigo del rabino José
- Sara: bella esposa de Samuel
- Hay: criado al servicio de al-Fasí y después de la familia del rabino José
- **Gabriel Zarza**: escritor
- Yusuf: guerrero almohade
- **Fructuoso Perales**: pícaro vendedor ambulante
- Meir: hijo del rabino José ibn Migash
- **Recaredo Velloso**: tosco hombre al servicio de la Iglesia

TERCERA PARTE

- Nuño García: caballero templario
- Gonzalo Goñi: sargento de la Orden del Temple
- Fray Grisón: viejo monje templario
- Zoraida: copista musulmana y viuda de Elías ibn Migash
- Aixa: hija de Zoraida y de Elías
- Don Tirso: acaudalado vecino de Frómista
- **Leovigildo Velloso**: hermano de Recaredo Velloso
- Gerardo de Cremona: traductor de Toledo
- Elías ibn Migash: traductor al servicio de Gerardo de Cremona y esposo de Zoraida
- **Sol Arenas**: historiadora y amiga de Gabriel Zarza
- **Vicente Campos**: farmacéutico y novio de Sol Arenas
- **Rodolfo Benetti Heredia**: pistolero argentino

CUARTA PARTE

- Alberto Magno: filósofo y santo
- Tomás de Aquino: filósofo y santo
- Alfonso X: rey de Castilla y León
- Daud García: hijo de Aixa y del templario Nuño García
- **Fernando Ruiz de Lozoya**: padre del cardenal Ignacio Ruiz de Lozoya
- Don Enrique: caballero templario

- Aixa García: hija de Daud
- Salomón: rabino de Toledo en cuya sinagoga se ocultará el talismán de Raziel
- Eleazar ben Salomón: médico hijo del rabino Salomón y esposo de Aixa García

QUINTA PARTE

- Samuel ben Eleazar: agricultor, hijo de Eleazar y de Aixa García
- Dina: esposa de Samuel
- Rut: hija de Eleazar y Aixa García
- Diego Velasco: extemplario y esposo de Rut
- Sepúlveda: canónigo de la catedral de El Burgo de Osma y amigo del médico Eleazar
- Simón de Montforte: iracundo fraile dominico
- Joás: hijo de Rut y de Diego Velasco
- Miriam: hija de Joás y nieta de Rut.

PRÓLOGO

Madrid. Año 2003 de los cristianos.
Mes de octubre

EL coche, grande y oscuro, dobló la esquina de manera tan silenciosa, que de haber tenido suficiente tiempo como para llegar a pensarlo, a Gabriel Zarza le hubiera parecido irreal. Pero Gabriel ni siquiera lo vio.

Por la otra acera, una joven alta, de mucha curva en la trasera y mucha abundancia en la pechera, paseaba su palmito tentando a los demonios de la ciudad que a esa hora se despiertan.

Serían las diez de la noche y Madrid debía mostrar muchos más signos de vida, a pesar de que la tarde de aquel mes de octubre hubiera sido fría y desapacible y la jornada concluyera con un viento helador. Unas tímidas gotas de lluvia se colaron sin permiso en ese instante.

A las puertas del Círculo de Bellas Artes no se veía más personal que el formado por los últimos asistentes al acto de presentación de la que era segunda novela de Gabriel. Formaban el grupo los que se habían quedado hasta el final para pedir un autógrafo o para comer el último canapé. Y es que la editorial se había estirado aquella vez. Nada que ver con el austero, por no decir claramente pobre, acto de presentación de su ópera prima un par de años antes, cuando no era sino un oscuro periodista especializado en temas paranormales, ocultistas y otras memeces similares. Pero después de aquella aventura en el Camino de Santiago que ahora parecía muy lejana en el tiempo, todo cambió para él. Y aquella aventura se convirtió en novela, pues no podía revelar que todo cuanto allí se decía era cierto y muy cierto. Además, de haberlo hecho, hubiera violado su promesa, y de todos modos nadie lo hubiera creído. Y no les quepa duda de que fue la promesa más sagrada, tal vez la única, que Gabriel Zarza había hecho en toda su vida. Pero aquella era otra historia, muy otra. Y ahora Gabriel empezaba a acuñar cierta fama como novelista con esta segunda obra.

Gabriel sonrió forzosamente otra vez, y ya iban muchas a lo largo de las últimas dos horas, a los incansables aduladores que siempre se dan cita en estos saraos literarios. Que sí, que sí, prometió a unos y a otros, que había sido un placer, que iría a ese programa de radio o que no faltaría a esa conferencia en no sabía ya en qué lugar. Lo único que quería era alejarse, llegar a casa y no pensar en nada. O quizá pensar solo en Sol.

Una joven rubia, de pelo corto y ojos azules y generosos había tratado de abordar al autor en varias ocasiones aquella tarde. Se había jurado que lo lograría, aunque fuera lo último que hiciera en su vida. Tenía que averiguar qué tenía que ver la novela de Gabriel con la piedra azul que guardaba en su bolso, pero la muralla formada por

los aduladores se lo había impedido.

La lluvia dejaba de lado su timidez por momentos y comenzaba a engordar cuando el coche oscuro enfiló en la misma dirección que Gabriel Zarza.

Una pareja salió del local instantes después. Junto a ellos lo hizo la joven rubia. Mientras, Gabriel se alejaba dándoles la espalda.

De pronto las ruedas del automóvil grande y negro rechinaron sobre el asfalto como si el conductor hubiera perdido el juicio. Al poco, unos golpes se escucharon por la calle.

¿Qué diablos era aquello?, llegó a pensar por un instante el escritor. Pero eso fue antes de sentir que algo abrasaba su hombro derecho. Alguien lo empujó y cayó al suelo salvándole la vida. Entonces lo entendió.

¡Eran disparos!

Dos ejemplares de su obra fueron a parar a la acera, hostil y gris. Se escucharon gritos y el coche oscuro recuperó la cordura, se ajustó a lo que manda el código de circulación y aceleró.

Sobre la calle mojada los curiosos que se acercaron corriendo encontraron a una joven rubia herida en un brazo y a una anciana que tenía la cabeza destrozada por las balas. Junto a ellas, sangrando por el hombro derecho, estaba Gabriel, a quien la cabeza le daba vueltas. Y a la vera del escritor estaba el hombre que le había salvado la vida con un providencial empujón. Era la mitad masculina de la pareja que acababa de salir del acto literario: Vicentito, el farmacéutico.

Mientras, en el suelo, los dos ejemplares de la novela yacían también como sin vida. Uno había quedado abierto por la página tres y una gruesa gota de lluvia emborronaba un largo nombre escrito sobre el papel: Abu Yusuf Hasday ben Isahaq ibn Saprut. Sobre el otro ejemplar, que había quedado con la cubierta boca arriba, incidía la luz de la farola más próxima, como si hubiera sido colocado en un improvisado escaparate para que todo el mundo leyera su título: *El talismán de Raziel*.

PRIMERA PARTE

«¿Por qué esta noche es diferente de todas las otras noches?».



I

Córdoba. Califato de Alhakén II. Año 970 de los cristianos

«¿**S**ABES que no eres el primer judío con el que trabajo?».

Esa frase iba a cambiar mi vida, pero cuando aquel monje, Nicolás, la pronunció yo no podía llegar siquiera a sospecharlo.

Mi nombre es Abu Yusuf Hasday ben Isahaq ibn Saprut y sé, porque puedo saberlo por conocimientos médicos y por convicción personal, que me queda muy poco tiempo de vida.

Es hora, en vísperas de encontrarme cara a cara con el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, que confiese públicamente mi soberbia y también el fracaso que, como fruto de ella, he cosechado.

Entre mis manos se escapó la posibilidad de evitar la muerte de muchas personas. Ellos nunca supieron que yo pude salvarlos, lo que tal vez fue una suerte para mí, porque no imagino qué hubiera ocurrido de no haber cumplido la voluntad de *Al Nasir li-din Allah*, Abderramán III, a quien tanto serví. O incluso la de su hijo, con quien he envejecido estos últimos años, Alhakén II.

Pero dejémosnos de preámbulos. Que mi mano sea más fuerte que mi voluntad y que escriba, para que en el futuro se sepa, que yo, Hasday ibn Saprut, *nasí* de los judíos de Córdoba, fracasé como médico y como persona.

Mi vida es Córdoba. Córdoba, esta ciudad de cien mil almas, me ha visto medrar como científico, como político y como hombre hasta llegar a lo más alto que le es permitido en Al Ándalus a un judío, a uno de esos *dhimmis*, como los hijos de Alá nos llaman. Pero no nací aquí, a pesar de eso, sino en Jaén y en el año 910 de los cristianos. Y lo hice en el seno de una familia rica y respetada. Mi padre, Isaac ben Ezra ibn Saprut, era hombre rico y me procuró la mejor de las educaciones posibles, además de enseñarme muchas cosas de la vida con muy pocas palabras y muchos hechos.

—Hijo, debes tener siempre presente dos cosas que son vitales para los hombres inteligentes de nuestro pueblo: sé siempre discreto y nunca exhibas cuanto sabes, salvo que te pregunten —en los ojos de Isaac había algo más que el amor de un padre; había temor. Tal vez porque era consciente de la extraordinaria inteligencia de su hijo.

Buena parte de su fortuna la gastó mi padre en tener bajo su protección a los más insignes estudiosos de la Torá y el Talmud. Y eso es algo que yo quise emular con el paso del tiempo, pero en mi soberbia no supe medir las consecuencias de aquellas decisiones, como luego explicaré.

El caso es que crecí entre sabios, y aunque eso nunca es decisivo para que un niño llegue también a serlo, ciertamente puede influir en la disposición de un joven, y mi vocación y mi juego preferido fue estudiar.

El primer disgusto que tal vez le di a mi padre fue el de negarme a profundizar en la Torá. Sentía que no era mi camino. Había estudiado la Torá hasta los diez años, y luego el Talmud. A los trece años tuve mi *bar misvá*, la ceremonia que hace de un niño judío un adulto y le impone el cumplimiento de los seiscientos trece preceptos de la Ley, además de permitirle el acceso al rezo en la sinagoga con los demás hombres. Y se suponía que en ese instante yo seguiría ahondando en la Ley en una *yeshivá*, una escuela rabínica. Pero no hice exactamente eso.

—¿Por qué? No lo entiendo. ¿Qué puede haber más importante que la Palabra sagrada? —La voz de mi padre rasgaba el silencio de nuestra casa, y a través del patio salía hacia el cielo en busca de las respuestas que yo no le podía dar.

Él, que había fundado la sinagoga de Jaén y cuyo norte era la pureza de la religión, me había dado la pista que luego yo necesité para descubrir mi error: *¿qué puede haber más importante que la Palabra sagrada?* Pero entonces yo era joven y deseaba conocer lo que otros pueblos pensaban sobre el mundo, de modo que me obstiné en mi propósito de dedicar mis esfuerzos al estudio de los idiomas. Y no necesité muchos empeños para dominar el árabe a la perfección, algo que por otra parte era natural en nuestra época. Pero no solo el árabe hablado, sino también perfectamente escrito. Y luego llegó el turno del latín, para lo cual mi bondadoso padre me procuró, a pesar de sus reticencias, los mejores maestros posibles dentro de los infieles cristianos mozárabes de Córdoba. Y no me detuve hasta dominar el romance de los cristianos.

Sin embargo, había algo que tiraba de mis entrañas. No era aquello lo que yo deseaba conocer. No era aquella mi meta. Y un día supe lo que quería ser en realidad. Ocurrió poco después de mi *bar misvá*.

Yo tenía dos amigos, Baruc y Jonás. Siempre los tuve en mi corazón. Baruc era, como yo, delgado, de natural serio, con ojos en forma de aceituna y muy verdes, y alto como un adulto. Jonás era gordito, parlanchín y un verdadero desastre en casi todo lo que se proponía, salvo en el arte del tinte, habilidad que había heredado de su padre, del que se decía era el mejor artesano de su gremio en la aljama de Córdoba.

Baruc ingresó después en la *yeshivá* y con el tiempo él mismo sería el *Talmid Ja-jam* o sabio rabino a sueldo de la aljama gracias al impuesto del Talmud Torá que todos los judíos pagaban; en cambio, Jonás solo deseaba seguir los pasos de su padre. Y justamente fue el padre de Jonás quien encendió la luz de mi destino de la manera más trágica e inesperada.

Todo ocurrió una tarde luminosa, que en nada hacía presagiar lo que luego sucedería. Yo estaba sentado en el patio de mi casa leyendo cuando escuché los porrazos en la puerta que solo Jonás sabía dar. Un criado de mi padre abrió el portón y al poco entró el ciclón de mi amigo dando gritos, lo que fue reprobado por mi padre

desde una ventana del piso superior, donde estaba estudiando la Torá.

—¿No sabes lo que es el respeto al silencio, Jonás? —gritó mi padre con un enfado que a mí me parecía un tanto fingido, porque estaba seguro que tenía especial cariño por mi atolondrado amigo.

Jonás trató de pedir perdón, pero la excitación era tan grande en su corpachón que pronto olvidó las disculpas y exclamó:

—¡Me voy con mi padre y los obreros a recoger quermés! ¿Quieres venir? —sus ojos parecían salirse de las órbitas y suplicaban que dijera que sí.

¿Qué podía decir? Acepté.

Jonás dio un salto tan grande que parecía imposible que lo hubiera conseguido con aquella barriga suya, y gritó su alegría. Mi padre, otra vez, lo recriminó desde la ventana, pero ya era demasiado tarde, porque nos precipitamos corriendo como locos por el estrecho pasillo que desde el patio conducía a la puerta de salida a la calle.

Nada gustaba tanto a Jonás como ir con su padre a recoger quermés o *kizmin*, un insecto que solían recolectar en las encinas y también en algunos arbustos y que servía a los maestros tintoreros para obtener el color rojo en sus talleres una vez el animal era convenientemente triturado y tratada la papilla resultante de aquel proceso. También solían emplear la alheña o la raíz de la rubia. En cambio, el añil se empleaba para el color azul, y el amarillo se obtenía del azafrán, que casi siempre compraba el padre de Jonás en Sevilla, en Úbeda o en Baeza.

Llegamos al taller del maestro tintorero, que se llamaba Mar Yehudá, justo cuando la pequeña expedición se disponía a salir de la ciudad. No era necesario ir muy lejos para encontrar los árboles que buscaban. Era cosa de atravesar algunos de los arrabales de Córdoba, dejar atrás la Al-musarà, donde los señores se ejercitaban con los caballos, y enseguida se encontraba el paraje al que nos dirigíamos.

Nos dejaron un mulo y los dos íbamos locos de contento mientras yo trataba de fijarme en todo cuanto había a mi alrededor. El aire olía a los tintes del taller del padre de Jonás, pero poco después fue sustituido por mil olores más: los de la botica, los del almacén de sedas, los de los hornos de los panaderos donde se horneaba el pan ácimo para las fiestas sagradas, la comida *koser* de las tabernas...

Dejamos atrás la aljama y luego hicimos lo propio con Córdoba. El mundo era maravilloso.

Apenas llevábamos una hora recolectando quermés cuando mi destino se manifestó con la mayor brutalidad. Todo ocurrió de repente. Alguien gritó algo, no sé qué, pero los obreros echaron a correr en la misma dirección. Yo los seguí.

La gente había formado un círculo y miraban al suelo. Allí estaba el padre de Jonás, y junto a él el cadáver de una serpiente que, según luego supe, era de las más venenosas de la zona y a la que había dado muerte un criado. Pero antes había mordido al maestro tintorero.

Mar Yehudá se estaba muriendo irremediablemente. Y eso a pesar de los

esfuerzos de los obreros, que se apresuraron a llevarlo ante uno de los mejores médicos de la aljama. Pero la ciencia de este no tenía poder para curarlo.

A Mar Yehudá ni siquiera se le pudo recitar el *viduy* o confesión. Cayó en un estado de sopor que lo dejó inconsciente. Fue allí, en ese instante, cuando el bonachón Jonás dejó de ser niño y se convirtió verdaderamente en hombre, más allá de la frontera que marca el *bar misvá*. Todos los presentes rezamos el *semá*, y el señor Mar Yehudá, después de que Jonás como hijo mayor le cerrara los ojos para siempre, fue envuelto en una sábana de lino.

Sonaron luego a mi alrededor los salmos («Oh, tú que a la sombra vives del Altísimo y al abrigo del Todopoderoso...») y la *jebrá qadisá* o cofradía piadosa ultimaba los preparativos. Y entonces supe cuál sería mi meta en la vida, o al menos eso creí: sería médico. Nunca más moriría nadie así.

El resto de la ceremonia lo recuerdo entre brumas. Me pareció escuchar el *qadís* recitado por Jonás, creí ver cómo rasgaban las vestiduras en recuerdo de Jacob, que encontró un lejano día la túnica ensangrentada de su hijo José y en su dolor rasgó su vestimenta, y creo haber comido algún huevo duro y unas aceitunas en el banquete posterior al entierro.

«Recuerda que somos polvo», habíamos recitado todos los presentes. ¿Lo recordaría yo mientras viviese?

El duelo de la familia de Jonás fue mi duelo. Y cuando el tiempo del duelo finalizó yo le dije a mi padre que sería médico.

¡Cómo podría pensar entonces que mi destino iba a depender justamente de aquella maldita serpiente!

II

Santander.
Año 2002 de los cristianos. Mes de junio

RODRIGO Suárez de Lara tardó mucho tiempo en dejar de creer en el Dios de la Iglesia, pero cuando lo hizo, lo hizo con todas las consecuencias. Lo hizo de manera furibunda y lo hizo para siempre, o al menos eso creyó él aquella tarde en la que tomó esa decisión.

No sería esa la primera ocasión en que Rodrigo dejaba atrás las costumbres familiares tan tercamente acumuladas por los siglos-de-los-siglos-amén.

Era un hombre de cara bronceada, pues el dinero siempre dora el semblante de los acaudalados confiriéndoles un tostado que no se parece en nada al del jornalero o al del albañil. En su cabeza escaseaba el pelo, y el que había era totalmente cano.

Aquel dinero, ya se sospechará cuando se diga que había sido profesor de Historia del Arte durante cuarenta años en una universidad pública y de provincias, no provenía de su jornal, sino que había llegado a su cartilla de ahorros vía herencia paterna.

Dos horas antes de que Rodrigo dejara de creer en el Dios de su padre y de su abuelo, osease, en el Dios de siempre, en el de toda la vida en España, este hombre alto, ampliamente dotado para la comida, de verbo fácil y mundo diseñado con regla y cartabón, estaba a punto de jubilarse.

Había logrado aquel curso, que para eso era hijo de quien era y él mismo era quien era, no tener que dar clases. Dirigía algunas tesis, controlaba el departamento y se dedicaba a escribir alguno de aquellos textos que serían referencia obligada para los estudiantes de los próximos siglos sobre arte medieval, pues Rodrigo era una eminencia en las industrias del románico y del gótico.

Era la víspera de una nueva vida, había llegado a pensar, como si la que había apurado en esos sesenta y ocho años no hubiera sido lo suficientemente rica y envidiable. Lo único que le preocupaba era lo de su mujer, Ana, que llevaba un tiempo que no parecía ella, como triste, como ajada. En un par de horas saldrían de dudas. Don Herminio, pues Rodrigo siempre trataba de don a los médicos y a los curas solo por ser quienes eran, les daría los resultados de las pruebas.

Miró Rodrigo el despacho. ¿Debía haber aceptado, como tantas veces le insistió su padre, la cátedra de aquella universidad privada? No fue esa la primera brecha que se abrió entre ellos. El despacho estaba atestado de libros, de réplicas a escala de la catedral de Chartres, de la de Amiens, de la Burgos... Contempló las fotografías gigantes del claustro de Silos, de San Juan de la Peña... Había cuadros que encerraban títulos académicos con su nombre, papeles amarillentos que podían estar

allí desde el mismo día en que se construyó la Facultad de Historia o desde que se fraguó la idea de la construcción del mundo. Rodrigo contemplaba el universo que había creado a su alrededor, el mismo en el que había vivido camuflado durante cuarenta años, lejos de todo pero sin haber sido suficientemente valiente como para romper con todo. Por eso aceptó la herencia que lo hizo rico.

—¿Qué, saboreando el último trago de la docencia? —interrumpió sus reflexiones Julio Iraola.

Rodrigo lo miró con toda la calma de la que fue capaz, pero nunca era capaz de mucha cuando se trataba de cruzar sus ojos con los de aquel tipo. Iraola, profesor de Arte como él, estaba destinado, aunque Rodrigo iba a tratar de que tal desastre no asolara al mundo universitario, a ser el nuevo responsable del departamento.

Era Iraola un tipo extravagante, de no más de treinta y cinco años y que, a pesar de ello, había acumulado un currículum impactante, y Rodrigo no tenía más remedio que admitirlo. A veces parecía ingenuo, otras un loco. Andaba por los pasillos de la Facultad en bicicleta, sus barbas y greñas al aire. Y en aquel vehículo infernal se desplazaba por la ciudad propinando bocinazos a diestro y siniestro. Había sido militante de algún partido de izquierdas, aunque nunca quedó claro de cuál, pero algo le hizo mudar sus sentimientos hacia la política.

—¿Sabes qué es lo malo de los políticos? —Eso también molestaba mucho a Rodrigo: el que aquel melencólico nunca le concediera el tratamiento de usted—: Lo malo es que son hombres, y ya me sé yo lo que son todos los hombres, por eso me gustan más los animales.

Y lo peor era que a Ana aquel chiflado le resultaba simpático. Mira que eres injusto con él, solía decirle a Rodrigo su esposa, con lo majito que es ese muchacho, tan concienciado con los problemas sociales. Y cuantos más méritos tenía para Ana aquel energúmeno, más manía le tomaba Rodrigo.

Miró a Iraola y se vio obligado a decir algo.

—Sí, en eso ando, pero no sé si el trago es amargo o dulce.

—¿Amargo? ¡Qué coño va a ser amargo! Ya me iba yo en tu lugar. Pero tú te quedas con los años que tienes y yo con los míos, ¿de acuerdo?

—No se es más sabio por tener más años ni mejor por tener menos —respondió picado Rodrigo. Aquel petimetre siempre terminaba por sacarlo de sus casillas.

—Ya lo creo que no, incluso es posible ser sabio siendo joven y un mal bicho siendo octogenario —los ojos verdes del melencólico profesor sonrieron—. Es broma, ¿eh?, que ya sabes que yo te aprecio mucho —y colocó sobre su atestada mesa un fajo de papeles atiborrados de líneas y geometrías.

—¿Otra vez anda usted con eso? —Rodrigo adelantó la mandíbula apuntando hacia los documentos.

—Tú riéte, que yo algún día de estos sacaré a la calle un libro que quitará el hipo sobre la astrología en la Edad Media y sobre el mundo mágico en el que aquella gente creía vivir.

Rodrigo no dijo nada, pero lo pensó. Pensó en lo extraño de aquella relación que se había prolongado ya durante cinco interminables años entre ellos dos. Él, un hombre cabal, como Dios manda, con los pies en el suelo y las teorías confirmadas, y aquel iluminado cuya cabeza fluctuaba de un día para otro desde el ecologismo más extremo —una dudosa cualidad que él odiaba puesto que ya tenía bastantes problemas en casa por lo mismo— hasta el esoterismo más barato, no sin antes hacer un alto en la lucidez más increíble que recordaba. Y es que Julio Iraola, de padre y madre vascos y de convicciones paganas hasta las cachas, como él solía decir, era a la vez un fantástico profesor de Arte. Pero para Rodrigo aquel hombre era un peligro si lo ponían al frente del departamento, y se obligó a reiterar su promesa al respecto: algo habría que hacer para evitar el cataclismo.

III

Córdoba. Califato de Alhakén II. Año 970 de los cristianos

TENÍA treinta años, lo recuerdo como si fuera hoy, cuando me presenté ante mi venerable padre y le anuncié con toda la calma que mi educación me dictaba que lo había descubierto.

—Lo tengo, padre. Estoy seguro —un ligero temblor en lo grave de mi voz me traicionaba y denunciaba mi emoción.

—¿Quién más lo sabe? —preguntó con su prudencia mi padre.

—Ahora tú y yo, pero si me das tu permiso, se lo diré a mi maestro médico —respondí.

—No, no se lo dirás —respondió mi padre, aferrándose a mi brazo como si estuviera a punto de hundirse en el fondo del mar y yo fuera su única salvación.

—¿Por qué? ¿Cómo no voy a decírselo? —grité perdiendo el control sobre mi mismo—. ¿Sabes cuántas vidas podríamos salvar?

—Lo sé, hijo mío, lo sé —mi padre se levantó pesadamente y se dirigió hacia su escritorio, sacó un pergamino y me lo acercó.

Estaba escrito en árabe y las piernas se me aflojaron cuando descubrí quién dirigía aquella carta a mi padre: era de *Al Nasir li-din Allah*, Abderramán III. En ella explicaba claramente que sabía de mis investigaciones médicas y advertía a mi padre que, por el bien de los *dhimmis*, él debía ser el primero, y único, en conocer el fruto final de mis desvelos. Luego, el texto seguía con fórmulas de cortesía, con deseos de prosperidad para mi familia y para la salud de todo el mundo, pero quedaba clara la amenaza: o Abderramán III conocía en exclusiva mi descubrimiento, o la aljama judía lo pagaría. Y ahí cometí el primero de los errores que ahora estoy penando.

Al día siguiente entré por primera vez en Medina Azahara, la ciudad majestuosa que Abderramán III había construido para mayor gloria de su favorita. Fue la primera vez en que me adentré por aquellos lujosos patios, por aquel universo de arcos en forma de herradura, por aquella pompa desmedida y asombrosa, por aquella constelación de criados, visires y magistrados que a lo largo del tiempo habían forjado algunas familias de funcionarios cuyos puestos heredaban de padres a hijos y a los que debía incomodar tanto mi presencia como a mí estar allí. Pero ¿qué podía hacer?

¿Qué podía hacer? Podía haber sido valiente, tanto como fui inteligente y tenaz hasta descubrir los ingredientes que el mundo había olvidado de la *triacá*, el remedio milagroso que curaba todas las mordeduras de serpientes venenosas y que en la Antigüedad los médicos conocían, pero cuya fórmula se perdió con el paso del

tiempo.

—¿De modo que eres tú? —Escuché de pronto mientras me encontraba postrado mirando al suelo en el salón al que me habían conducido tras innumerables estancias. Aquella voz, grave y verdaderamente poderosa, pertenecía a Abderramán III—. He oído hablar mucho de ti. Como podrás suponer, no hay nada que ocurra en Córdoba que yo no conozca.

Sus palabras siempre tenían algo de amenaza, pensé, y luego escuché cómo el califa me pedía que me levantara. Entonces pude ver a Abderramán por vez primera.

Aquel hombre era verdaderamente magnético. Vestía una túnica impecablemente blanca y se sentaba sobre un trono ricamente decorado. Miré de reojo alrededor y descubrí con asombro que estábamos absolutamente solos.

—¿Te sorprende? —Abderramán adivinó mi sorpresa—. Estamos solos, porque de lo que tú y yo vamos a hablar nadie más tendrá noticia. Acércate —añadió mientras se levantaba del trono y se encaminaba hacia una de las ventanas que daban a un jardín repleto de la vegetación más lujuriosa.

Me acerqué hasta la ventana aterrorizado. Estaba allí, junto al hombre más poderoso de la tierra, y lo que menos podía esperar es que la siguiente pregunta fuera la que fue.

—¿Es cierto que cura la impotencia? —dijo Abderramán mirando hacia el sol, que se enrojecía al morir aquella tarde.

—Eso se ha dicho, Príncipe de los Creyentes, pero no sé si hay o no base para sostenerlo —traté de responder con la modestia que mi padre me había inculcado y con la prudencia del científico que aún no domina su descubrimiento—. Pero lo importante no es eso, mi señor —me atreví a añadir.

—¿Acaso crees que no lo sé? —Abderramán se volvió y posó sus ojos de halcón sobre los míos. En sus pupilas chisporroteaba un color rojo que no supe si era producto de su ira o el reflejo del sol del atardecer—. ¿Crees que no sé que lo que cura es la mordedura venenosa? ¿Piensas que necesito remedio contra la impotencia? ¿Yo, que tengo tantas mujeres a mi disposición y ninguna podrá decir que no quedó satisfecha de mí como amante? —El califa añadió después con suavidad—: ¿Sabes una cosa? Creo que vamos a entendernos los dos muy bien. Tú pasas desde ahora mismo a formar parte de mis físicos. Podrás atender tu consulta en la aljama si lo deseas, pero la *triacá* es cosa mía, ¿de acuerdo?

Y fue así como salí de Medina Azahara convertido en médico personal de Abderramán III, traicionando mis principios personales para no perjudicar a la aljama.

Y aquel maravilloso remedio médico, del que ya se hablaba en el siglo I y del que se dijo que fue descubierto por el rey Mitrídates Eupátor, pasaba a ser ahora, tanto tiempo después, patrimonio de otro rey. Y pensé qué curiosa era la historia de ese remedio genial, pues siempre había algún rey de por medio en ella. No en vano se cuenta que Andrómaco de Creta, el médico de Nerón, la perfeccionó componiendo

una droga con sesenta y un ingredientes, entre los cuales jugaban un papel clave los opiáceos y también la carne del lagarto y muchas hierbas. Luego, ese conocimiento se perdió y ahora el destino había querido que yo, un judío de Córdoba, redescubriera el milagroso potingue para el beneficio exclusivo del Príncipe de los Creyentes.

IV

Santillana del Mar.
Año 2002 de los cristianos. Mes de junio

EL mismo día en que el profesor Rodrigo Suárez de Lara estaba abrigando sus últimas pertenencias en las cajas en que se llevaría todos sus recuerdos a casa días más tarde, Nicole Saintes trataba de entender lo que le decían en la posada rural Camesa, sita en la calle Gándara, esquina con la de Jesús Otero, en el corazón de Santillana del Mar.

—De mo-do que pien-sa es-tar a-quí por lo me-nos has-ta fi-nal de a-ño —gritó el encargado con ese estilo con el que el español trata de hacerse entender por los extranjeros desde el convencimiento de que cuanto más se grita y más claramente se dividen las sílabas del palique mejor le entienden a uno esas gentes de aspecto desgarrado, que no han comido caliente y como Dios manda nunca.

El señor Barreda, el políglota, siguió con su exhibición, ahora en un tono aún más alto, pero escupiendo cada sílaba, diseccionando las palabras con el tino de un hombre de mundo que sabe lo que se dice, ya fuera a una francesa ya a una eslava.

—Que di-go que es-ta-rá us-ted al-me-nos has-ta Na-vi-dad.

—¿Navidad? ¡Oh, sí! ¡Navidad! Estaré, estaré en Navidad —respondió Nicole, que llegó a pensar si tal vez aquel hombre, el señor Barreda, no tendría algún tipo de disfunción, desorganización o desajuste de algún nivel impreciso que le obligaba al pobre a hablar como lo hacía. Y pensó que mal iba a poder practicar ella su español, que para eso había venido a vivir a Santillana nada menos que seis meses: para practicar.

Ajeno a las dudas que a Nicole le planteaba su modo de hacerse entender, el señor Barreda seguía mostrándose dispuesto a condescender con la muchacha —que por cierto estaba para mojar pan, según había podido constatar al segundo vistazo, pues en eso el señor Barreda era un lince— y le seguía chapurreando en su jerga internacional.

—No, si ya ve-rá us-ted co-mo la Na-vi-dad le gus-ta-rá a us-ted mu-cho, que a-quí te-ne-mos u-na ca-bal-ga-ta de Re-yes que es la en-vi-dia de to-dos los o-tros pue-blos —el señor Barreda, exhausto de tanto darle a su don de lenguas, hizo un gesto a la muchacha como diciendo: espere un poco. Luego gritó hacia el interior del establecimiento—: Rosita, Rosita, ven a la recepción, guapa.

Y entonces se manifestó Rosita.

Rosita tenía una edad pareja a la de Nicole, que andaría por los veinticuatro mayos, pero de los buenos, de los de llamar la atención, solo que Rosita tenía ojos negros, y tal vez ganaban a los puntos a los rasgados lagos azules que pintaban el

rostro blanco de la recién llegada. Rosita y Nicole se miraron y se dijeron las primeras palabras sin saber que eran el comienzo de una amistad sincera. Para Nicole aquellas palabras, además, tuvieron un efecto tranquilizador, pues resultaba que, aun siendo Rosita hija del señor Barreda, no padecía ella el desarreglo que el pobre padre evidenciaba en lo del arte de hablar. Mejor así, se dijo, al menos podría practicar su español con alguien.

—Así que eres de Francia, ¿eh?

—De Francia, sí —respondió Nicole, y añadió algo más para acotar las posibilidades, pues ya se sabe, a poco que se mire el mapa, que Francia es más grande que Santillana del Mar—. De Troyes. De una ciudad que se llama Troyes. Está en Champaña —añadió.

—¡Champaña! ¡De donde la bebida! —Rosita demostraba darle cien vueltas a su padre en todo.

—Sí, de allí —rió Nicole mientras miraba a través de la ventana de su habitación, amueblada en roble, tallada en piedra y sostenida por vigas de recia madera. Al otro lado del cristal la vida transcurría bañada en la luz dorada de un verano que ya se atrevía a dejarse ver.

—Ya pica el sol, ¿verdad? —Rosita hizo de meteoróloga, una de las grandes aficiones de los españoles, como no tardaría en descubrir Nicole—. Si es que tiene que llegar, señorita Nicole, tiene que llegar, que ya está una harta de tanta lluvia y tanto viento, ¿no le parece? Y es que aquí, cuando pica el sol, pica.

Nicole pensó que quizá Rosita tenía otro mal que afectaba a su lenguaje, pues nunca había oído ella que el sol *picase*. Hasta donde su español llegaba, lo de *picar* era cosa de los mosquitos, tal vez de salsas en la comida, o incluso era verbo de frecuente uso en las artes de la pesca, pero nunca del sol. Y estaba a punto de formular sus dudas a Rosita, que estaba en la labor en ese momento de recogerse en una coleta su pelo negro tras alisar por tercera vez la colcha de la cama, cuando alguien llamó a la puerta.

—¿Quién picará a la puerta? —se preguntó en voz alta la muchacha española, dejando definitivamente derrotada a Nicole, pues si lo de la picadura del sol era cosa nueva, lo de *picar* a la puerta era lo nunca oído.

—Que soy yo, tu pa-dre, ¿que si to-do es-tá bien?

Nicole miró las nubes de algodón que se mojaban en el azul del cielo y pensó que, definitivamente, no podría salir de allí antes de Navidad, como poco. Su español, pensó, era mucho menos rico de lo que creía.

Luego, cuando Rosita se fue, no sin antes advertirle que si necesitaba algo solo tenía que picar aquí —señalando un botoncito rojo junto al lecho—, se dejó caer sobre la cama totalmente rendida. Había sido un día agotador. Los vuelos siempre la dejaban exhausta. Y luego estaba aquella familia tan peculiar, donde el padre, no había duda, tenía algún defecto en la dicción, y su hija, que era encantadora, solo conocía un verbo que le servía para todo. Y cuando estaba a punto de cerrar los ojos

dejándose mecer por el sueño, escuchó el teléfono de la habitación.

—¿Que si quiere usted bajar a picar algo antes de la cena? —preguntó Rosita casi a traición.

Nicole no sabía qué decir, pues aún no le quedaba claro el infinitivo polivalente que era el rey de la casa, de modo que, ante la duda, dijo que no, que gracias, que quería ducharse y descansar un poco.

Córdoba. Califato de Alhakén II.
Año 970 de los cristianos

No puedes negarte, Hasday —recuerdo que me dijo Jonás, al tiempo que echaba sobre mi hombro uno de aquellos poderosos brazos suyos—. ¿O es que eso de ser médico del Príncipe de los Creyentes te hace olvidarte de los amigos? —añadió, tratando de picarme a la vez que rompía a reír, al igual que Baruc, que había acompañado al tintorero hasta mi casa.

—Vamos, Hasday, ¿no me digas que no te halaga que te haya elegido a ti en lugar de a mí? —Baruc se sumó a las súplicas de Jonás fingiendo un enfado que en realidad no sentía.

—Está bien, de acuerdo, lo haré —mi resistencia se quebró definitivamente.

Redactaría la *ketubá* o contrato matrimonial de Jonás y también sería uno de los testigos del enlace con Jamila, la regordeta hija del boticario con la que iba a contraer matrimonio.

Me parecía increíble cómo había pasado el tiempo. Hacía ya un par de años que era médico de Abderramán III. Tenía treinta y dos años y era el único de los tres que no tenía prometida ni nada parecido. Y aunque todo el mundo me urgía en ese sentido, pues claramente lo dice la Torá («procread y multiplicaos»), por alguna razón no tenía mujer alguna en la mente. A veces me preguntaba si realmente no me habría casado con mi devoción por el estudio. Y ahora, además, se unían los nuevos cometidos que el califa me estaba confiando.

Comimos los tres juntos aquella mañana, y después mi entrenada y pulcra caligrafía comenzó a ordenar las atropelladas ideas de mi amigo Jonás en tinta roja y sobre un lujoso pergamino en cuyos márgenes se había dibujado una orla decorada hasta el último extremo, tal vez temiendo el tintorero que alguien pudiera servirse de los espacios en blanco para alterar el contenido final de aquel contrato, pues no era otra cosa lo que nos traíamos entre manos.

La *ketubá* tenía unas fórmulas básicas que había que respetar. Mojé la pluma en el tintero y comencé a escribir los nombres de los contrayentes con letra cuadrada hebrea pero en arameo, y añadí la fecha y el sitio en el que iba a tener lugar el matrimonio, amén de estipular claramente las obligaciones que Jonás contraía para con Jamila: cuidarla, atenderla en todo, dotarla económicamente, fijar el precio pagado por su virginidad y garantizar que con ella cohabitaría carnalmente y que una sustanciosa cantidad económica habría a su nombre como seguro en caso de viudedad o divorcio.

Jonás seguía la redacción del texto por encima de mi hombro y todos gastamos

bromas al llegar al punto en el que se hablaba de *cohabitar carnalmente* con la jugosa y pechugona Jamila, hasta que Jonás, tal vez sintiéndose marido antes de tiempo, cortó de golpe aquellas chanzas. ¿Quiénes nos habíamos creído para hablar de las tetas de su novia en público? ¿Qué teníamos nosotros que decir del trasero generoso de aquella virgen morena? Y tanta fue la pasión con la que dijo todo aquello que Baruc y yo nos pusimos lívidos. Hasta que de pronto el propio Jonás hizo un gesto en el aire diseñando con abundancia los pechos de su mujer que, añadió, solo él tocaría. Y entonces, los tres rompimos a reír a carcajadas.

Después escribí en hebreo, en letra cursiva, los compromisos de la novia, es decir, el ajuar que aportaba al matrimonio y que ya había sido negociado entre la familia de ella y el propio Jonás. Luego, dejamos secar la tinta y bebimos vino. El domingo sería el día en que se leería el contrato y se expondría el ajuar de la novia, pero en mi mente se adentró una idea que me amargó aquella copa de vino, y fue el recuerdo del padre de Jonás, que revivió en mí como una pesadilla al escribir la *ketubá* de mi amigo. No pude dejar de reprocharme, otra vez, la traición a mis principios al no divulgar el descubrimiento médico que había realizado.

Y llegó el domingo, y todo ocurrió tal y como habían pensado; es decir, perfectamente. ¿*Quién podría mejorar aquella caligrafía?* Sin duda, Jonás había ganado muchos puntos ante la familia de Jamila, que allí estaba, detrás del ajuar que se exhibía ante los presentes como si ella misma formara parte de las riquezas expuestas. Antes, Jonás le había mostrado un precioso anillo de oro hábilmente trabajado. Decididamente, Jonás había tirado la casa por la ventana.

El lunes Jamila fue al *miqvé* o baño ritual para purificarse. Y el miércoles tuvo lugar la santificación del matrimonio o *quidusín*. ¿Y qué rabino podía officiar mejor aquellos esponsales que Baruc, el alto y serio Baruc? Eso había dicho el jovial novio, y el rabino no pudo sino reír primero y aceptar después.

Ambos novios, orondos y felices, fueron colocados bajo el *jupá* o palio en presencia de los invitados. Se leyó en público la *ketubá* que yo había redactado, y siendo yo además uno de los dos testigos, tuve que firmar el documento junto al nombre del feliz marido.

Después, Baruc, al que de pronto le costaba trabajo mantener la seriedad al ver de cerca los generosos pechos de Jamila sobre los que los tres habíamos bromeado, tomó una copa de vino y pronunció las bendiciones de rigor. Luego, Jonás colocó el carísimo anillo de marras en uno de los regordetes dedos de la joven y dijo con una seriedad que parecía imposible en su boca la fórmula correspondiente:

—He aquí que tú me estás consagrada por este anillo según la Ley de Moisés e Israel.

Lo siguiente fue el estruendo de la fiesta previo pisoteo de la copa de vino por parte de los novios. Y viéndolos así, felices, pensé que había hecho lo correcto al ceder a las presiones de Abderramán. Sí, decididamente, lo primero era salvaguardar a la aljama. ¿Se habría celebrado aquella boda si yo no hubiera inclinado mi orgullo

intelectual ante el califa? Así quise tranquilizar mi conciencia olvidando que tal vez muchos inocentes enfermos hubieran seguido con vida de haber podido emplear con ellos el mágico remedio, aunque eso hubiera supuesto que Jonás y Jamila no hubiera podido yacer juntos como marido y mujer aquella noche.

VI

Jerusalén. Año 586 antes de Jesús

LA mujer y los ocho hombres mostraban una expresión sombría. Sabían que el final de la primera alianza estaba próximo y ellos tenían una sagrada misión que cumplir. Una misión que se había transmitido de maestro a iniciado desde el principio de los tiempos y que nunca como ahora había corrido tan grave riesgo de verse interrumpida.

—Tal vez no ha sido buena idea reunirnos ahora —rompió el espeso silencio un hombre de barba prieta y ojos negros como tizones.

—Hemos arriesgado, es cierto, Ugarit, pero nunca como ahora fue preciso el valor —replicó un hombre extremadamente delgado.

Los nueve tomaron asiento alrededor de una mesa redonda de madera en cuyo centro había un cofre de metal. En el exterior, la luna bañaba Jerusalén como si quisiera sacarle brillo, como si fuera una virgen a la que había que acicalar para su inmediato sacrificio. A lo lejos se escuchaba el griterío sediento de sangre y botín de los soldados enviados por el rey Nabuconodosor.

—Comencemos, Isaac —intervino un hombrecillo rechoncho pero de mirada vivaz—. Creo que tienes razón y que es ahora precisamente cuando es más necesaria esta ceremonia.

Los nueve cerraron los ojos, relajaron sus hombros y en la sala reinó de pronto una atmósfera inquietante. Y tras varios minutos en los que los asistentes parecieron meditar o inspeccionar sus más profundas intimidades, todos al unísono y como si un invisible director de orquesta rigiera sus gargantas, comenzaron a entonar un extraño cántico en una jerigonza trufada de palabras hebreas y otras que parecían sonar a dialectos mesopotámicos.

Tras los canturreos, los nueve abrieron los ojos y se miraron pronunciando sus nombres. Estos eran los de los varones: Isaac, Ajab, Samuel, Yehudá, Omri, Zimrilim, Enlim y Ugarit. La mujer susurró el suyo: Tiye. Y fue ella quien tomó la palabra a continuación.

—El Señor plantó un jardín en Edén, al oriente —la voz se adueñó de la sala de inmediato—. Y allí puso al hombre para disfrutar de un mundo sin dolor y sin muerte. Del jardín nacía un río que se dividía en cuatro brazos, que serían los ríos Pisón, Guijón, Tigris y Eufrates. Y el Señor le dijo al hombre: «Puedes comer de todos los árboles del jardín; pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que comas ciertamente morirás».

Entonces, como si todo aquello hubiera sido ensayado una y mil veces, alzó su

voz el hombre llamado Enlim.

—Estaba el jardín en Tilmur, y el dios Enlil creó al hombre y le entregó la vida eterna y los secretos de su creación grabados en un talismán fabricado con una piedra azul y le dijo así: «Este es el símbolo de la alianza más pura que jamás haré con el hombre. Si la luz reina en tu corazón, serás uno conmigo y nunca morirás».

—Y le reveló las dos Palabras que daban vida al talismán azul —la voz cavernosa del hombre llamado Yehudá sustituyó a la de Enlil y pronunció dos Palabras que parecieron estremecer el cofre de metal que reposaba sobre la mesa—. Esta es la alianza entre el Señor y el hombre.

—Y nosotros, los Guardianes del Edén, hemos jurado que defenderemos su supervivencia —dijo aquel a quien llamaron Zimrilim—. Dinos ahora, Señor inmortal, quién ha de guardar el símbolo de tu alianza en estos tiempos crueles que están por llegar.

Lo que sucedió a continuación nadie lo hubiera creído, ni siquiera tal vez los nueve presentes de no haber vivido aquellas experiencias otras veces a lo largo de su vida. Pues sucedió que el cofre de metal se abrió bruscamente y de él salió una luz azul tan perfecta que no me atrevo yo a rebuscar adjetivo que lo calce a gusto. Pero reto a quien sea capaz de fantasear sobre el más maravilloso tono azul, y apuesto a que siempre tendrá que mejorar su sueño para siquiera aproximarse a lo que allí se vio. Y el cofre, como si fuera cosa viva, comenzó a moverse con voluntad propia sobre la rugosa madera hasta detenerse frente a quien se llamaba Isaac. Entonces, detenida ya la danza irreal del cofre, todos los presentes abrieron los ojos.

—Isaac ben Eliezer, tú serás el Guardián del Edén en los días difíciles que nos esperan a todos. ¡Que el Señor te ilumine! —dijeron a coro los demás.

La mujer añadió:

—Siete puertas tiene el Edén, y en la cueva de Macpelá está la más exterior de todas. Allí habrá de dormir este símbolo de la alianza primigenia entre Dios y los hombres hasta que llegue el tiempo de su regreso a la luz. El tiempo en que el hombre volverá a ser inmortal.

Ninguno de ellos sabía que un par de ojos habían asistido sin pestañear a través de un minúsculo agujero en la pared a todo lo que había sucedido en aquella habitación oscura de una Jerusalén asediada.

VII

Santander. Año 2002 de los cristianos. Mes de junio

JUNIO deslizaba promesas de fiestas a aquella hora de la tarde. Era uno de esos días de final de curso que Rodrigo Suárez de Lara recordaba de sus tiempos mozos. Aquellas jornadas insomnes, de café cargado y montañas de folios a la izquierda que iban pasando lentamente a un montoncito más pequeño situado a su derecha a medida que los iba estudiando y asentándolos en las atestadas estanterías que tenía aparejadas en su sesera. Eran días odiosos, según su recuerdo de estudiante, pero también eran invitaciones al sol de las vacaciones. Y mientras conducía hasta su casa, su lujoso ático en una zona exclusiva de El Sardinero, a un paso de las playas y desde cuya terraza se absorbía el aroma a sal y a algas del Cantábrico, recordó sin querer aquellos lejanos meses de junio castellanos, donde el sol comenzaba a dejar claro quién iba a mandar allí en los próximos meses.

El hombre que ahora conducía el poderoso Audi hacia su domicilio mostraba unas ganas de vivir envidiables. Ya se dijo que en lo de comer nunca flaqueó, ni tampoco en casi ninguna disciplina del ser humano, pues Dios lo dotó de una naturaleza que para sí la quisiera Matusalén. Pero, como todos, tuvo tiempos mejores. Y ahora la preocupación había arado un surco más entre las arrugas que las filosofías y los meses habían dibujado en su frente.

A poco que se echen cuentas, se podrá fijar su nacimiento en 1934. Un tauro de los buenos: práctico, de ideas sencillas, concretas, un tipo productivo, de convicciones sólidas como rocas, realista y nada dado a ensoñaciones idiotas. Pero aquellos serían los razonamientos de alguien como Iraola, uno de esos chalados que creen en las influencias de los astros, en las fuerzas telúricas y en todas esas cosas. Ese no era el caso de Rodrigo ni, por supuesto, había sido el de don Anselmo Suárez, su padre.

El primer recuerdo que conservaba a buen recaudo Rodrigo de su padre fue una exclamación que, con el paso del tiempo, él también empleó muchas veces:

—¿Pero somos hombres o no lo somos?

Aquella frase tenía su contexto. Y es que había mucha gente en España a la que le sucedía lo que a don Anselmo desde que aquella gentuza había hecho suya la nación en abril de 1931, tres años antes del nacimiento de Rodrigo. Y luego estaba lo del rey, puesto que Alfonso XIII dejó vía libre a la República de los cojones, que era como la denominaba en su versión particular el señor Anselmo Suárez, un acaudalado terrateniente vallisoletano con negocios en no se sabía cuántas cosas más, entre ellas algún consorcio que daba sus buenos miles de duros en el puerto de Santander.

Don Anselmo, que vivía en una finca de las de dejar sin habla a las afueras de un pueblo de Valladolid que por recato aquí no se cita, había visto tambalearse el mundo perfectamente estructurado, a la sombra de la Iglesia, como Dios manda, con una educación recta y un orden social natural, con los ricos arriba y los pobres abajo. ¡Qué carajo era aquello de la República!

Era cierto que había habido antes algún desmán, pero para eso estaba la Benemérita, para hacer de fontanera de las tuberías de España. Pero ahora, con eso de la República, ¿qué iba a ser de la esencia espiritual de esta nación? De modo que sintiendo en lo más hondo de su alma la llamada de Dios, y velando por el entramado financiero que tanto le había llevado construir, don Anselmo se hizo de la Confederación Nacional Católica Agraria. Y cuando se enteró de que en Burgos hubo un monárquico que se lió la manta a la cabeza y se dispuso a reclutar un ejército de patriotas legionarios, don Anselmo pensó que no todo estaba perdido. Y aún más tranquilo se quedó aquella vez en que escuchó en Santander en un mitin a don José María Gil-Robles. Aquel hombre, se dijo, tenía huevos, como él.

Afortunadamente para España, hubo muchos hombres que tuvieron huevos, y aunque eran dos de los que disponían, eran, por supuesto, más varoniles, más reciamente dispuestos, codo con codo el uno con el otro, que los de los rojos. Es más, aquellos huevos estaban bien vistos por la Iglesia.

Don Anselmo, seguro de su masculinidad, no vio clara al principio aquella estrategia de don Gil-Robles consistente en mostrarse aparentemente dócil con el sistema, y solía lamentarse en voz alta por los pasillos de su palacete que no y que no, que él no se avenía a respetar nada de nada de aquel sistema impío. Pero luego, tal vez porque le explicaron mejor las cosas, se hizo devoto de don Gil-Robles. Aquel hombre, ya se vería, iba a terminar en santo.

En casa de don Anselmo no había muchas literaturas, pero nunca faltaba *El Debate*, órgano de expresión que el cielo había encomendado a don Ángel Herrera, alma católica sin tacha y que tenía por brújula las encíclicas del papa León XIII. Don Anselmo se leía hasta los números de página del periódico y hacía suyas aquellas proclamas que pretendían unir a todos los elementos de orden que se habían mantenido firmes ante la marea bolchevique que padecía la nación.

La madre de Rodrigo y esposa de don Anselmo se llamaba Justa, y calzaba un nombre hecho a medida para ella. Hubo una vez en que fue flor por oler, pero de eso hacía mucho tiempo. Cuando le llegó el embarazo de Rodrigo, ya era solo la mujer de misa y rosario que todo el mundo esperaba de ella. Religión, patria, orden, familia y propiedad: esos eran los pilares de la cepa de don Anselmo, los mismos que los de tantos otros hogares de Dios que debían salvar al país.

Doña Justa nunca dijo nada que pudiera hacer pensar que tenía alguna idea propia sobre eso, ni sobre nada. Doña Justa era un útero al servicio de España, y parió seis veces, como es debido. El segundo por la cola de aquella recua de bebés fue Rodrigo.

Para cuando Rodrigo vino a España, pues en aquella familia se venía a España, y

luego ya al mundo, don Anselmo había metido un buen dineral en promocionar la idea de don José María Gil-Robles de crear un partido que uniera a todo Cristo, nunca mejor dicho: exmonárquicos, gentes de orden, antirevolucionarios, antisocialistas, magnates, propietarios agrarios, señoritos andaluces, terratenientes extremeños... Y mientras se esperaba algo, pues algún milagro debía caer por aquí, que ya tocaba, se leía en casa *El Debate*, que don Anselmo tenía la colección completa, y se tomaba el chocolate con buñuelos en la casa vallisoletana con algún alto cargo del clero, con hilo directo con el cardenal Vidal i Barraquer. E incluso se dijo que por allí había venido de visita el mismísimo cardenal Pacelli, secretario de Estado del Vaticano, pero debió ser una exageración, pues no consta en historia alguna que quien sería andando el tiempo Pío XII merendara por tierras de pan llevar ninguna tarde.

El mundo de Dios se ordenó tras su trinchera y desde ella veía al resto de la creación como si no fuera obra suya, como si la gente que tenía esa manía de votar a los líderes republicanos fuera engendro del demonio, que es el Príncipe de este mundo, como se sabe, pero no su creador.

Pues habrá que hacer algo, se decían algunos de aquellos contertulios de don Anselmo, pero *El Debate* les respondía que no había que perder la cabeza:

Sin seguridad de éxito, menos con ciertas probabilidades de fracaso, no hay derecho a destrozar España con discordias civiles y fraticidas.

O sea, que no faltaban ganas, lo que no había era seguridad de vencer. Había que esperar, y los años pasaron hasta que en 1934 pasó lo que pasó, con la revolución, los ajusticiamientos en Asturias y todo aquello que luego los vencedores se esforzaron en diluir en el barreño de los sueños perdidos. Además, a don Anselmo le nació aquel año su primer hijo, y el único, pues todas las demás eran hijas, incluso la que vino después del muchacho. De modo que cuando don Anselmo interrogaba en voz alta a sus contertulios de la Confederación Española de Derechas Autónomas si eran o no hombres, tal vez lo hacía para tranquilizar su relación con sus genitales, que no habían sido pródigos a la hora de conservar su linaje. Y es que el linaje para don Anselmo era cosa de hombres, como la política o los toros.

Don Anselmo acuñó en la memoria colectiva de su familia el credo que había escrito en el punto número dos de los diecinueve de que llegó a disponer el programa de la Juventud de Acción Popular, la vertiente juvenil de la Confederación de Derechas Autónomas: «Los jefes no se equivocan». Y en aquella casa, él, don Anselmo, era el jefe.

Cuando Rodrigo fue ya mozo con entendederas, según el criterio de su padre, allá por los siete años de edad, le dijo que aquel principio que él, don Anselmo, había coreado con voz de legionario-novio-de-la-muerte en la concentración de la CEDA de El Escorial en medio de más de veinte mil personas bajo una lluvia torrencial, no debía olvidarlo nunca.

Aquel mandamiento, que nacía con clara vocación de continuidad de los

catecismos nazis alemanes y fascistas italianos, se disolvía a su vez en dos: los jefes de las familias son los hombres, y las mujeres no lo son. Y doña Justa asentía.

Doña Justa se pasó toda su vida asintiendo, de modo que cuando la muerte llamó a su puerta le abrió sin rechistar. Rodrigo tenía diez años y la posguerra había teñido todo su pasado y su presente con aquel velo de silencio y tristeza solo desgarrado por la amistad que fue naciendo entre él y Ana, la hija de Cipriana.

Cipriana era una criada que su padre había acogido en la casona que la familia tenía en Santillana del Mar, donde solían ir a pasar parte del verano, pues la otra la consumía la cepa de don Anselmo en El Sardinero, aspirando el aroma del mar. Y aunque Rodrigo tardaría bastantes años en enterarse de las razones por las cuales la señora Cipriana, una mujer menuda que había quedado viuda cuando la guerra, había entrado al servicio de la familia, su amistad con Ana era lo único que le hacía ansiar la llegada del verano.

VIII

Córdoba. Califato de Alhakén II. Año 970 de los cristianos

TODA mi vida la pasé estudiando a los hombres, pero resulta que ahora que sé que la mía está en su ocaso siento que nada he aprendido. No pude curar sus enfermedades más graves, y cuando pude, no me atreví. Ni tampoco yo, gran adulator y encantador de califas, he llegado a descubrir por qué no puedo recordar todas las cosas que hice y todas las que viví. ¿Qué mano guía a mi espíritu y enturbia mi memoria? ¿Por qué no consigo recordar más que tres episodios que luego iban a ser tan trascendentales y no consigo hallar un día de paz de los que también debí disfrutar en la frescura de mi patio cordobés?

Tres recuerdos, tres errores.

Tal vez el remordimiento o tal vez la convicción personal fue lo que me llevó a convertirme en el gran protector de mi pueblo y a ser considerado por ellos *nasí* o príncipe de la aljama. Quiero creer, ahora que el sendero de mi vida se enturbia si vuelvo la vista atrás, que fue por amor a ellos todo mi esfuerzo, y que también por esa razón convertí mi casa primero, y Córdoba después, en la médula del esqueleto del saber en Al Ándalus. Sí, yo fui quien movió todos los resortes para hacer de esta ciudad una verdadera *dar-al-ulum*: una casa de las ciencias.

Pero ¿fue en verdad por amor a mi pueblo o fue por remordimiento? ¿Quise maquillar mi flaqueza por no compartir el descubrimiento del antídoto con dinero que atrajera a los sabios a la aljama? ¡Lejos estaba de sospechar entonces que alimentaba esta amargura que hoy paladeo!

Mi influencia en la corte de Abderramán III me permitió gozar del favor del califa y también conseguir que Bagdad pareciera un desierto de sabiduría al lado de Córdoba. Científicos, astrónomos, literatos... todos venían a Córdoba; todos sembraban la semilla de su erudición, y todos aquellos árboles de la sabiduría daban los más hermosos frutos. Y ese empeño mío es uno de aquellos tres recuerdos a los que antes me referí. En concreto, deberé confesarlo ya de una vez por todas, uno de esos tres recuerdos es la injusticia que cometí con uno de los más grandes eruditos que jamás conocí. Pero déjenme que al menos en mi confesión sea un poco generoso conmigo, puesto que aquel hombre también tenía su parte de culpa. Si Menahem ben Saruq no hubiera sido tan tozudo...

Lo conocí un día en el mercado. ¿Qué hacía yo allí? No lo sé, pero aún menos respuestas encuentro a la pregunta de qué demonios podía hacer él discutiendo con un vendedor de naranjas. El caso es que me sorprendió su porte, sus maneras y también aquellos ojos suyos, inflexibles, cargados de razones que yo no conocía.

—Mi nombre es Hasday ibn Saprut —le dije, esperando que aquel nombre, salvoconducto que abría cualquier puerta en Córdoba, lo amilanara.

—El mío es Menahem ben Saruq —respondió con fría amabilidad y una leve inclinación de cabeza antes de girar sobre sus talones y alejarse de mí.

Mi siguiente encuentro con él fue en la *yeshivá* de mi amigo de la infancia, Baruc.

Yo acostumbraba a visitar la escuela rabínica con el pretexto de ver cómo medraba el número de alumnos y cómo sus corazones se llenaban de la Ley, pero en realidad lo que degustaba como si de un pastel de miel se tratara era la conservación con mi viejo amigo, al cual apasionaba el estudio tanto como el debate, y aquella tarde había organizado uno de altos vuelos.

Allí estaba uno de los poetas más brillantes de Córdoba, el hombre a quien todos adoraban por ser un mago de la palabra. Su nombre era Dunás ben Labrat, de quien las lenguas aseguraban que había llegado a Córdoba desde Babilonia, aunque otros acortaban el viaje haciéndolo proceder de Fez. Pero tal vez lo de menos es de dónde llegó aquel joven de verbo arrebatador que hacía las delicias de buena parte del alumnado de mi amigo.

—Y yo os digo que la gramática comparativa entre nuestra lengua y el árabe es el camino del futuro —sus ojos brillaban tanto como sus maneras mientras miraba a todos los asistentes tentándolos con su propuesta—. Y si los infieles son capaces de construir poesía alternando esas sílabas suyas, largas y breves, creando un extraño sonido, nosotros podemos hacer lo mismo y superarlos también con sus propias armas gramaticales. Por eso, os propongo que adoptemos el metro árabe. ¿Por qué si escribimos la prosa en árabe no somos capaces de hacer lo mismo con la poesía empleando su métrica?

Un silencio espeso, el que sucede a un hechizo mágico, se adueñó de la sala. Fueron unos segundos, sí, ¡pero qué segundos más inolvidables!

Yo contemplaba la escena tras una columna, de modo que no vi al principio al dueño de aquella voz profunda y cortante que se escuchó a continuación, pero algo me hizo sentir que lo conocía.

—¡Memeces! ¡Cantos de sirena! ¡Eso es lo que son tus teorías de gramática comparativa entre nuestra sagrada lengua y el árabe! —dijo un hombre desde el fondo de la sala. Un murmullo de protesta se alzó entre un sector del alumnado, pero otro grupo, envalentonado, lo aplaudió.

Salí de mi parapeto y no me sorprendió ver al misterioso sujeto que había encontrado en el mercado. Era Menahem ben Saruq, de quien luego supe que era natural de Tortosa, aunque jamás acerté a descubrir la razón por la cual había llegado a Córdoba. Y conociéndolo, no creo que fuera en este caso por mi fama.

Aquella polémica sería la primera que ambos sostuvieron. Y también el embrión de la disputa entre sus respectivos futuros discípulos. Yo, creyendo siempre que mi poder haría de mí un hombre admirado por ambos, decidí tomarlos de algún modo bajo mi protección a los dos e impulsar una verdadera escuela de filología hebrea en

Córdoba. Mi soberbia, otra vez, me cegó.

Con el paso del tiempo, Menahem ben Saruq sería mi secretario personal al tiempo que se ensimismaba durante horas y horas redactando un diccionario del hebreo y del arameo bíblico, el *Mahberet*. En aquella obra, cuyos frutos iban apareciendo a cuentagotas, como si su autor quisiera demostrar cuánto trabajo había tras cada entrega, se demoró sus buenos años. Allí se perdía en el análisis de cada palabra, agrupándolas en rebaños según su raíz, y después formaba más grupos dentro de cada agrupación según su genealogía y a la luz de ejemplos bíblicos. A mí, debo confesarlo, siempre me pareció una pérdida de tiempo, como también me lo pareció el que mi padre, tantos años atrás, me hubiera animado a profundizar en el estudio de la Torá, la Palabra Sagrada. Error tras error...

La pugna entre ambos gramáticos y poetas se hizo famosa en toda Córdoba y en el resto de Al Ándalus. Dunás escribió las *Teshubot* o *Respuestas* a las teorías de Menahem, y los discípulos de este replicarían con las *Teshubot talmide Menahem* en defensa de su maestro. Y luego otro discípulo de Dunás, que me parece recordar que se llamaba Judá ben Seset, se encargó de contrarrestar aquellos argumentos. Y así, una y otra vez. Y yo en medio.

Siempre he creído caer bien a casi todo el mundo. Mi sobriedad en el vestir, en el hablar, en el vivir, han sido armas eficaces para pasar desapercibido y no provocar el rencor de los que son más poderosos que yo, pero menos brillantes. Sin embargo, hubo un momento en que tuve que escoger entre Dunás o Menahem.

Podría decir que Dunás era sencillamente brillante y magnético y que Menahem era, como hombre llegado del norte, más frío y menos acogedor, a la par de tozudo. Podría buscar amparo en que Dunas mostraba el hechizo de Oriente, educado bajo la sombra incomparable de la escuela de Saadia Gaón, y en que encontró argumentos rebuscados para acusar a su rival de conducir a sus discípulos al error y caer en la herejía judía destruyendo su lengua. Podría decirlo, sí, pero si dijera eso estaría mintiendo. Me incliné por Dunás por otras razones.

¿Cómo se podría explicar si no que dejara de pagar el sueldo a mi secretario particular, al hombre en quien confié la redacción de cartas de alto valor político? ¿Quién podría creer que por una disputa gramatical lo perseguí con saña, mandé demoler su casa y confiscar sus bienes?

No, no fue por eso por lo que Menahem, el hombre que escribió la carta que envié al rey de los jazaes, fue prácticamente aniquilado por orden mía. Pero para confesar esas razones deberé de contar el segundo gran recuerdo que ahora tengo de mi vida, y así podré explicar qué es eso de una misiva enviada al rey de los jazaes.

IX

Santillana del Mar.
Año 2002 de los cristianos. Mes de junio

ERAN más de las ocho cuando Nicole, tras secar su cabello corto y rubio, enfundarse unos pantalones vaqueros raídos y ultimar su atuendo con una camiseta en la que aparecía el Partenón de Atenas en medio de las dos colinas prometedoras de sus pechos, se dispuso a salir a la calle.

¡Nicole había oído hablar tanto de Santillana del Mar! ¡El pueblo más bonito de España!, le habían dicho. Ella había terminado sus estudios en París. Se había especializado en Literatura Española y deseaba mejorar su español, de modo que cuando surgió la oportunidad de aquella beca no lo dudó. Y ahí estaba ella ahora, dispuesta a patearse Santillana del Mar por primera vez, cuando una voz inconfundible brotó a su espalda.

—¡Se-ño-ri-ta Ni-co-le! ¡Qué a-le-gría ver-la! ¿Ha des-can-sa-do bien? —El bigote generoso del señor Barreda acompasaba el baile de sílabas subiendo y bajando en una danza graciosa.

—Sí, muchas gracias —respondió con su mejor español la joven—. Voy a dar un paseo.

—¿Y se va us-ted so-la? ¡No hom-bre, no! Que le doy yo a Ro-si-ta a-ho-ra mismo per-mi-so y la a-com-pa-ña a us-ted.

Nicole se negó, pero no lo hizo con la suficiente contundencia para las entendederas del señor Barreda, de modo que al poco se materializó otra vez Rosita y en un abrir y cerrar de ojos mudó de aspecto: se bajó allí mismo la falda de faena, se puso un pantalón que sacó de alguna parte, se deshizo de la coleta que ya había visto Nicole y se obró el prodigio, que aquella no parecía Rosita, que parecía otra.

—Cuídala, Rosita, cuídala —dijo en un aparte el señor Barreda—. Y no volváis tarde.

Nicole nunca olvidaría su primera tarde en Santillana del Mar, y aunque Rosita no era una cicerone competente en historia y datos académicos, sí acertó a decirle dónde debía comprar y dónde no, pues Santillana estaba infectada de tiendas de recuerdos que rápidamente tentaron a la joven francesa.

Enfilaron por la calle Gándara hasta desembocar en la de La Carrera, que bien pudiera interpretarse como el ramal derecho de la Y que dibuja el plano de la villa y que desemboca en la Colegita. El otro palo de la Y conduce al peatón a la Plaza Mayor. A los ojos de Nicole, era como dar un salto en el tiempo.

—La Casa de los Velarde —le apuntaba Rosita a la derecha, y luego, más abajo, en la calle del Cantón—: la de Leonor de la Vega, y esta es la de los Hombrones.

—¿Los Hombrones? —Rio Nicole.

—Sí, mujer, ¿no los ves? —Rosita le señaló la figura de dos enormes soldados provistos de pistolones que flanqueaban el escudo señorial de la casa, que luego sabría que era la de los Villa.

Santillana era la Rambla de Barcelona a aquellas horas de la tarde. Había japoneses con sus cámaras tratando de apresar los instantes como amantes que desean prolongar eternamente su beso sobre aquellas piedras, casi todas de comienzos del Renacimiento. Olía a bizcocho con leche, a hierbas y a monte. Se escuchaba algún campano pendiendo bajo la tierna mirada de la vaca, y en ese momento, entre el gentío, hizo su aparición una caravana de coches.

—¡Una boda! ¡Qué suerte tienes, Nicole! ¡Vamos!

Frente a la Casa de los Abades, que otros llaman de la Archiduquesa Margarita, a la izquierda de la plaza de la Colegiata, se detuvo el coche del novio y también los vehículos de algunos invitados.

—¿Por qué decías que tenía suerte con lo de la boda? —A Nicole el mundo de los españoles cada vez le parecía más curioso visto de cerca.

—¡Ay, hija, pues no sé! Porque es bonito casarse en la Colegiata, y tú llegas desde tan lejos y el primer día ves una boda aquí. ¿Tú tienes novio?

Nicole miró con sorpresa a Rosita. Ella no podía saber nada de lo ocurrido con Richard, de modo que aquella pregunta era totalmente inocente, y tras la duda, dijo que no, que no tenía novio.

—Yo tampoco, pero he conocido a un chico que me hace tilín —confesó Rosita.

A Nicole le hubiera encantado saber lo que era que aquello de que a una le hicieran *tilín*, pero ya se lo imaginó sin esfuerzo y pensó que no le vendría mal tampoco un poco de *tilín* a ella ahora que había roto definitivamente con Richard, a quien la última vez que vio estaba precisamente haciéndole *tilín* a Juliette, la hermana de la propia Nicole.

Jamás lo hubiera imaginado, pero la evidencia no precisaba más iluminación. Allí estaban, en el apartamento de Richard, que además de un cabrón redomado era dibujante de cómics, representando la mejor de las viñetas que el lapicero de él podía llegar a emborronar. Juliette, dando saltos a horcajadas, cabalgaba como si fuera un jinete en dificultades. Tal vez por ello trataba de conjurar el ajetreo haciendo que él apretara con fruición sus dos tetas. Y en lo mejor, llegó Nicole, quien no tuvo ya ninguna duda de que lo adecuado que era para ella ir a mejorar su español a Santillana del Mar o a Chipiona. Lo importante era huir de la imagen de su hermana trajinándose a su novio.

Es cierto que él la había llamado por teléfono, que lo había querido aclarar todo, como si resultase que Juliette había caído del cielo estando él en pelota en la cama con tanta puntería, buen ojo u oficio, como para que se incrustara sin mediar palabra, y aún contra su voluntad, de la manera en que lo hizo.

—Pues eso, que es muy majo. Un sol. Se llama Pablo.

Nicole ya no escuchó el resto de la historia de Pablo y Rosita, lo que tampoco le supuso una pérdida irreparable en su formación personal.

—¡Qué guapa va! —Fue lo último que escuchó Nicole de labios de Rosita, pues el resto de la tarde se le metió en la memoria la imagen de Richard y de su hermana Juliette.

X

Córdoba. Califato de Alhakén II. Año 970 de los cristianos

EL segundo gran recuerdo de mi vida me hace viajar en el tiempo hasta aquellos años en que Abderramán hizo de mí algo más que su médico. Después de todo, ¿dónde iba a encontrar a alguien que le pudiera salvar la vida y que además fuera más inteligente que todos aquellos aduladores que pretendían asesorarlo? Y por si esto fuera poco, yo hablaba las lenguas que toda aquella camarilla ni siquiera chapurreaba. Y así, de la noche a la mañana, medré, y además de médico fui nombrado jefe de Aduanas.

Mi orgullo me traiciona otra vez, pero ya me da lo mismo: fui el mejor en ese cargo y recuerdo haber aportado al tesoro del califa más de cien mil dinares, con lo que mi contribución a las arcas del erario público no solo era enorme, sino que era la mayor de todas.

—Debería hacer de ti mi *khazin* —insinuó un día Abderramán.

—Mi señor, Príncipe de los Creyentes, sería para mí un honor, tanto como para vos un problema —repose con la habilidad diplomática que siempre caracterizó mis pasos por Medina Azahara, pues sabía que mi hipotético nombramiento como ministro de Economía supondría mi definitiva caída en desgracia ante la nobleza islámica, y quién sabe si un cuchillo bien afilado y mejor pagado en manos de un sicario no sería mi destino final.

—¿A quién temes, Hasday? —Abderramán posó sus ojos de halcón sobre los míos y luego añadió—: ¿A esos? —Hizo un gesto con la mano que tanto podía significar desprecio por todos los que estaban en las otras estancias como hacia el resto del mundo, puesto que el mundo todo le pertenecía.

—Mi señor, debéis ser prudente y no dar argumentos a la crítica —quise salirme por la tangente—. Tened en cuenta mi fe, y no hagáis que nadie dude de la vuestra.

Abderramán no dijo nada, pero poco después recibí mi nombramiento como introductor de embajadores. Yo me encargaba de recibir a las delegaciones extranjeras que llegaban ante el califa y a las que este gustaba anonadar con su poderío y riqueza haciendo de aquellas recepciones hechos casi mitológicos, a lo cual creo haber contribuido notablemente, desde mi nada modesta opinión.

Y aunque podría mencionar muchas acciones en las que mi capacidad como diplomático y como médico fueron eficaces armas políticas en manos del califa, como cuando sané al rey Sancho I de León de aquel problema de obesidad que le impedía incluso montar a caballo, una martillea en mi cabeza hasta hacer de esta timbal a punto de estallar.

Estos fueron los hechos que me llevaron a escuchar aquella frase que luego sería fatal para mí: «¿Sabes que no eres el primer judío con el que trabajo?».

Ocurrió que el emperador de Bizancio, Constantino VII, odiaba tanto a los fatimíes de Egipto como mi propio señor y califa, de modo que en el año 947 de los cristianos envió cartas a Córdoba proponiendo a Abderramán un pacto que garantizara tanto la paz entre ellos como el hostigamiento a los fatimíes. Y el Príncipe de los Creyentes aceptó y envió una delegación en son de amistad a Constantinopla, a cuyo frente puso a un cristiano llamado Hisán ben Kulaib.

Por su parte, Constantino envió una comitiva cargada de regalos a Córdoba en el año 949, un par de años después, y al frente de la misma llegó su embajador Estefanos.

¡Aún recuerdo la cara de asombro de aquellos extranjeros al entrar en los salones de Abderramán! ¡Nunca habían imaginado tanta riqueza! Sus rostros delataban su pasmo, y yo, amparado en la discreción que proporcionaban las columnas de la sala, disfruté de aquel éxito del califa como si fuera mío. ¡Poco podía sospechar hasta qué punto iba a pasar a tener protagonismo en aquella embajada!

En efecto, aquellas gentes extrañas traían muchos presentes para sellar el acuerdo de cooperación, y entre ellos había también libros. Uno, lo recuerdo aún como si lo tuviera en mis manos, era la *Historia* escrita por Orosio; el otro, jamás lo podré olvidar, era el tratado de *Materia médica*, de Pedanios Dioscórides, un monumento literario de sabiduría médica que colmaría los deseos del más febril estudioso, incluido yo mismo, seguramente el más febril de todos. Mas un problema insalvable se alzó entre el califa y aquella riqueza médica: estaba escrito en griego.

¿Quién en Córdoba podría traducir aquella belleza al árabe? ¿Quién al menos podría verter al latín aquellas viejas palabras jonias?

Fue por eso que Constantino envió a Córdoba al hombre que iba a alterar para siempre mi vida; el hombre al que más he admirado y del que jamás mi memoria, por frágil que sea, porque los años caen sobre ella como sacos de arena tripudos, podrá escapar. Aquel hombre se llamaba Nicolás, y era un monje que sabía traducir del griego al latín. Del latín al árabe, ya me encargaría yo. Pues fue a mí a quien Abderramán designó para tan alto honor.

XI

Santander.
Año 2002 de los cristianos. Mes de junio

EL Audi de Rodrigo se deslizaba por las calles de Santander tan despacio que nunca sabremos si el pie del conductor obedecía a los deseos de su dueño de recordar aquellos olvidados años o era por temor a tener noticias de don Herminio, el médico.

Rodrigo miró por el espejo retrovisor y le pareció ver a su padre en el asiento trasero del coche.

—Tú no sabes por qué acogí a Cipriana, ¿verdad? —le preguntó don Anselmo el día en que dijo que se iba a casar con Ana, con la hija de la criada.

Cipriana tenía ya sus buenos años cuando se quebró como el hielo por vez primera la relación entre don Anselmo y su hijo, un muchacho educado como debía ser y con un espléndido futuro por delante. Él había pertenecido a Falange, se había inscrito en todos aquellos campamentos, había realizado el *cursus honorum* completo del hijo de una familia adicta al régimen y luego completó sus estudios en Historia del Arte en la Universidad de Valladolid. Pero en todos aquellos años, a pesar de cuanto los separaba, nunca dejó de ver y hablar a la menor ocasión a Ana, la hija de Cipriana.

—Es hora de que lo sepas todo —anunció don Anselmo.

Le dijo que en aquellos años, durante la Guerra Civil, los hombres de bien tuvieron que salir a la calle, que había sido ganada por las hordas rojas, gentes que no querían más que subvertir el orden de las cosas. El orden de las cosas, insistió don Anselmo, era el natural, el que Dios había querido. Pero aquella gente...

—Había mucho odio, Rodrigo —le dijo tomándolo del hombro—, y se hicieron cosas... No sé cómo explicarte...

El caso era que hubo quien quiso enredar en las haciendas de la familia Suárez. Hubo un asalto a las propiedades de la familia en Santillana y don Anselmo se vio obligado a repeler a los asaltantes.

—Hubo que disparar, hijo, hubo que disparar.

Los asaltantes huyeron, menos uno que quedó allí, en la calle, con una herida de bala en la pierna.

Don Anselmo, a la luz de un farol asmático, descubrió en el herido al joven que hacía portes con un carro y unos bueyes por los pueblos, un tal Augusto, del que se rumoreaba que era hombre peligroso, líder socialista o algo así.

—¿Qué se hace con este, don Anselmo? —preguntó uno de los guardias de la finca—. Que digo yo que habrá que dar una lección de una vez por todas.

—No dije nada, te lo juro —repetía don Anselmo más de veinte años después a su hijo.

No dijo nada, era cierto. No hizo nada, era verdad, pero no hacer era apretar el gatillo. Y esa fue la última noche en que se vio con vida al peligroso líder socialista Augusto. Su carro con bueyes, vehículo a todas luces temible y capaz de subversiones y asaltos a todos los palacios de invierno del mundo, también desapareció. Y con ellos, con el transportista, el carro y los bueyes, se esfumó el pan nuestro de cada día para su viuda, que estaba embarazada de una niña a la que luego pusieron el nombre de Ana, la madre de la Virgen, qué ironía. Y Ana no conoció a su padre y nunca supo quién lo mató, como jamás lo sabría Cipriana.

A don Anselmo, cristiano sin tacha, de misa diaria, comunión y muda limpia los domingos, nadie lo puede acusar de ser hombre sin corazón, de modo que ofreció trabajo a la joven viuda.

—Gracias, don Anselmo —le dijo la joven embarazada—, que Dios se lo pague y haga de ese hijo suyo un hombre digno de usted.

Y ahora resultaba que Rodrigo quería casarse con la hija de Cipriana, con la hija del rojo que había salpicado de sangre las piedras de aquel callejón de Santillana en aquellos años oscuros donde todo se veía en blanco y negro porque ni el sol ni los luceros se atrevían a pasar por este país.

—¡Te digo que no! —Don Anselmo firmó la frase con un sonoro puñetazo sobre la mesa—. No te casarás con mi consentimiento con una mujer que no tiene más que los estudios elementales ni la cuna necesaria para merecerte.

—Para estudios ya valen los míos. ¿No me inculcaste que el jefe siempre tiene razón y que el jefe en la familia es el hombre? Además, no necesita cuna, y mejor será que no sepa quién fue el hombre que ordenó la muerte de quien no pudo dársela mejor.

Don Anselmo abofeteó a su hijo, un mocetón de veintiséis años que había opositado con éxito arrollador una semana antes a un puesto de profesor universitario en Valladolid sin que tampoco lo supiera su padre.

—Si te casas con ella, no vuelvas por aquí. No te conozco —luego don Anselmo lo retó—: ¡A ver de qué vivís!

—Nos bastará con lo que yo gane en la Universidad —y Rodrigo acompañó la frase con un sonoro portazo.

Se casaron una mañana de julio de 1960 llena de luz en una iglesia pequeña de Valladolid. La señora Cipriana celebró la ocasión dándose el lujo de llorar de alegría, algo que le habían hurtado desde hacía mucho tiempo. No hubo más convite que la comida que compartieron en un bar cerca de la Universidad. Y allí se juraron amor eterno, y Rodrigo, que seguía siendo hombre cabal y de orden, tal y como le habían adiestrado, había decidido cumplir su palabra hasta el fin.

La señora Cipriana dejó de servir y se instaló en el pequeño piso que

compartieron durante veinte años, el tiempo que duró su estancia en Valladolid, porque allá por los ochenta, siendo catedrático de prestigio, solicitó y obtuvo el pase a la Universidad de Cantabria, que era donde siempre se habían prometido vivir. Lástima que doña Cipriana no lo hubiera llegado a ver, que la enterraron muy de mañana un día de febrero al filo de los ochenta años de edad. Se había quedado pequeña, arrugada. Se diría que encogió para no ser vista por la Muerte, pero la Muerte le había echado el ojo y se la llevó a repartir por el cielo portes con su marido, el temible carretero socialista.

Un año después dieron santa sepultura al caballero don Anselmo Suárez Fontaneda, hijo predilecto de su pueblo natal e hijo adoptivo de dos sitios más, amén de prócer de la patria cuando la patria era patria, no guateque de libertinos que cualquier día, solía protestar, aprueba el divorcio y el aborto.

Se podrá discutir si estaba don Anselmo en lo cierto o en el error, pero nadie le podrá negar firmeza de pensamiento y fidelidad a sus convicciones, de modo que cuando se leyó el testamento se descubrió que en la familia del difunto el jefe era el hombre, y al único hijo que tenía, aquel con el que no había cruzado palabra en dos décadas, le dejaba la mayor parte de su inmensa fortuna, además de pedirle como última voluntad que aceptase entrar a formar parte del escogido grupo de profesores de una prestigiosa universidad del Opus Dei con la que todo lo había arreglado de antemano don Anselmo.

Rodrigo, a quien nunca le había faltado el dinero ni tampoco la educación para saber hacer ver a los demás que la faltriquera no sufría anemia, se vio enormemente rico, pero no cumplió la última voluntad de su padre.

Vendió casi todos los negocios paternos. Los hizo líquido sabiendo que le faltaban manos y sesos para ordenar aquellas cuentas y solo se quedó con una finca en la que el sol se ponía con dificultades en lo más arrebatador de Liébana, en el corazón de los Picos de Europa, y con la casona de Santillana del Mar donde siendo niño conoció a la que luego fue su esposa.

¡Ana!

Ana había sido tierna con él. Era la mujer que todo hombre hubiera deseado. No era sumisa ni una mojigata. *Debía tener*, pensaba Rodrigo, *la sangre jacobina de su padre, pero él nunca le dijo la verdad sobre aquella historia, la de cómo y quién lo mató.*

Conservaba aún hoy, a los sesenta y seis años, el encanto que hizo de Rodrigo la envidia de cuantos lo conocían. Mantenía el hechizo de la mirada y la férrea voluntad que la había llevado a estudiar el bachillerato con más de veinticinco años y terminar la carrera de Medicina inmediatamente después. Nunca había ejercido como médico, y Rodrigo pensaba que tal vez había hecho aquellos esfuerzos para que él no se avergonzara de haberse casado con la hija de una criada.

Después de más de cuarenta años de matrimonio, Rodrigo Suárez de Lara, hombre de orden, católico como su padre y que jamás había votado en las elecciones

a un partido que fuese ni siquiera de centro, sentía que su cuerpo era tomado al asalto por el miedo. En poco más de media hora don Herminio, su médico de confianza, les daría el resultado de los análisis.

XII

Córdoba. Califato de Alhakén II. Año 970 de los cristianos

AHORA que lo pienso, si me pidieran que dijera cuántos años tenía el padre Nicolás, no sabría qué contestar. A veces creo, ahora que siento tan pesado el fardo de los años sobre mí, que los hombres que han buscado a Dios carecen de edad. Bueno, tenerla, la tienen; pero creo que no tiene nada que ver con la de los demás mortales. Su propia tez, la de Nicolás, tersa y rosada, parecía ser el mejor ejemplo de cómo la oración y los cantos calculadamente medidos y entonados en los espacios mágicos que siempre son los templos actúan sobre los humores vitales y sobre los órganos del cuerpo de algún modo que no acierto a explicar. Mientras, quienes hemos anhelado los éxitos del saber por el saber, o quienes consumieron sus vidas tratando de llenarlas de monedas de oro, de pronto un mal día sienten que la piel se aja, que se deslustra el otrora orgulloso cuerpo juvenil y se decolora el cabello. Entonces, ¡ay!, se mira a Dios, pero ya es tarde para llegar a ser algo más que hombres.

En cambio, Nicolás tenía aquella expresión juvenil en sus ojos negros, que chispeaban tras la barba griega opulenta que se recortaba, cuadrada, cayendo sobre sus hábitos que lo anunciaban desde lejos como un hombre de Dios. Sí, de Dios, aunque fuera el de los cristianos. Al cabo, después de vivir junto a los devotos de Alá durante todos estos años, y tras tener en un cristiano a mi mejor amigo, ya nada me hará cambiar de idea: el Bien no es tierra que solo fructifique en el barbecho judío.

He dicho que Nicolás fue mi mejor amigo, y no me he equivocado. Ni los compañeros de infancia, el atolondrado Jonás y el disciplinado Baruc, aun siendo de mi raza y religión, jamás pudieron llenar mi corazón con la paz que aquel monje griego me aportó.

Durante el tiempo —¿cuánto? Ni lo recuerdo ni lo conté— que duró aquella traducción del libro de Dioscórides se fueron reuniendo sobre mi mesa de trabajo algo más que las seiscientas plantas, aceites y piedras con propiedades terapéuticas que aquella insigne obra contenía. Sobre mi mesa de trabajo se fueron depositando, una a una, mil y una dudas, mil y una preguntas, mil y una respuestas. ¿Sobre qué? Pues sobre mí, sobre él, sobre el hombre, sobre Dios, sobre la vida y sobre la muerte. Nada quedó sin tratar entre los dos y mi mundo jamás fue el mismo tras la estancia en Córdoba de Nicolás.

—¿Y por qué piensas tú, Hasday, que tu Dios es mejor que el mío? —me preguntó una tarde mientras caminábamos por una zona de cultivo fuera de la ciudad.

—Para entender mejor mi respuesta debes recordar que Yahvé eligió a los judíos

y nosotros pusimos en sus manos nuestras vidas. ¿Han hecho lo mismo los cristianos? —le pregunté con un orgullo que, bien lo sabía yo, era más fingido que real. Después de todo, ¿no fui yo quien se negó a profundizar en el estudio de la Palabra de Yahvé cuando mi padre me lo propuso en mi juventud?

Nicolás tardó en responder. Parecía hechizado mirando el subir y bajar de una noria con la que algún agricultor regaba aquella tarde sus tierras. Las higueras, los albaricoques y los manzanos se diría que estaban atentos esperando también su respuesta mientras el sol lamía voluptuosamente sus copas.

—¿Ves esa noria? —me preguntó. Pero prosiguió sin esperar mi respuesta, no sé si porque era evidente que la veía o porque ni siquiera le importaba que la viera o que no la viera—. Arriba y abajo, siempre igual. ¿De dónde llega esa agua, Hasday? ¿Viene del río y con la noria es sacada de su curso para regar la tierra de esos hombres, o vino antes del cielo en forma de lluvia? ¿Adónde irá a parar después, cuando la tierra la beba? ¿Crees que le importa a esa huerta si es agua de lluvia o es de río o si antes de ser de río fue lluvia? ¿No crees que lo que desea es sentir sobre ella la bondad de su frescura? ¿No será siempre agua, llegue de donde llegue, el líquido que suba y baje la noria? Pues así es Dios: agua para corazones resacos, y da igual que sea de lluvia y judío que de río y cristiano.

—Pero mi pueblo selló con el Señor una alianza —protesté sin mucho empeño, más picado en mi amor propio intelectual que religioso—. Con Abraham selló un pacto. Él nos escogió y nuestro pueblo renueva cada día y en cada *berit milá* su sagrada voluntad.

—¿De veras crees que la voluntad de Dios se fortalece con la circuncisión, con lo que llamas en tu lengua *berit milá*? —replicó con cierta sorna para mi gusto.

Guardé silencio, aunque debo confesar que estuve a punto de estallar de risa. Bien mirado, ¿qué interés puede tener Yahvé en mi *prepucio*?, pensé. Y caminamos en silencio durante mucho rato, callejeando sin darnos cuenta y terminando el paseo otra vez ante mi mesa de estudio y dando buena cuenta de nuevos capítulos, de nuevos remedios dictados por Dioscórides en su maravilloso libro. Y por cierto, ¿por qué Yahvé no había elegido a un judío para dictarle seiscientos remedios médicos y prefirió que un infiel los escribiera?

Pero lejos estaba yo de sospechar que eso había ocurrido así tal vez porque a los judíos Yahvé les había dado un remedio mejor para cualquier enfermedad. Iba a ser la última enseñanza que Nicolás me confiase. Y todo ocurrió en vísperas de su marcha, que vino a coincidir con la celebración de la Pascua judía.

Días antes de que llegase la fecha de la fiesta había tomado la decisión de despedir a mi amigo invitándolo a la cena de la Pascua. Quise reunir también a Baruc y a su mujer, Sara, y al bueno de Jonás y a su familia. Eran para mí cuanto tenía y pensé que jamás sería tan feliz como celebrando con ellos aquella fiesta y escuchando en sus voces la *Agadá*, el relato que en nuestra lengua hebrea recoge la tradición de la liberación del pueblo de Israel del yugo egipcio. Iba a ser, creía yo, una cena

evocadora de aquella libertad y resultó terminar siendo el preámbulo de esta condena que ahora peno.

Días antes Nicolás había advertido el extraño ajetreo que reinaba en la casa.

—¿Qué ocurre aquí? No se puede trabajar con tanto ir y venir de gente —se quejó una mañana.

—Preparan el *Séder* —le dije.

—¿Y a qué viene tanta limpieza? —refunfuñó.

—Forma parte del ceremonial. Se trata de limpiar la casa, de purificarla de cualquier resto de alimento que contenga levadura, porque tratamos de evocar el momento en el que nuestro pueblo salió de Egipto con tanta precipitación que ni siquiera dio tiempo a que el pan leudara.

—¡Maldita sea! ¿Pero cuántas normas tenéis que seguir vosotros para que Dios esté contento?

Me eché a reír y pensé que Nicolás, otra vez, tenía bastante razón. Pero somos judíos y lo seremos siempre.

Le aclaré que aquella era una fiesta especial, tal vez la más entrañable de todas. Le hacíamos ver a los más jóvenes el milagro que supuso salir de Egipto de la manera en que Yahvé lo dispuso.

—Por eso —añadí— en la cena verás que el más pequeño, que será uno de los hijos de mi amigo Jonás, preguntará: «¿Por qué esta noche es diferente de todas las otras noches?».

—¿Y cómo habría de escuchar yo esa pregunta en una cena familiar de judíos? —Me miró asombrado desde lo más hondo de sus ojos negros.

—Porque deseo de todo corazón que tú estés en ella —contesté, tratando de disimular mi emoción—. Será mi regalo de despedida —añadí, levantándome inmediatamente de la mesa de trabajo no fuera a ver Nicolás que una humedad inoportuna pugnaba por aparecer en mis ojos.

Y aquella noche, sin duda alguna, fue diferente de todas las otras noches.

XIII

Jerusalén.
Año 586 antes de Jesús

O ZÍAS sería sin duda alguna el mejor médico de Jerusalén y de buena parte de Oriente de no existir Isaac ben Eliezer, quien, por otra parte, había sido su maestro y aún lo seguía siendo. Y esta circunstancia, el verse bajo la sombrilla del mejor magisterio posible, que fue motivo de orgullo para Ozías años atrás, estaba resultando ser en los últimos meses causa de enojo y envidia.

Ozías había nacido en una aldea remota del reino de Judá. Nada recordaba de sus padres salvo el vago aroma a lana de oveja de su infancia porque el cabeza de familia era pastor, y aquel olor parecía no querer abandonarlo nunca. Y si le preguntaran sobre su madre, nada sabría decirnos que no fueran cuatro palabras sobre el desdibujado recuerdo de unos ojos negros como azabache que le salían al paso de vez en vez en sueños y que él había llegado a identificar con los de la mujer que lo parió.

Y eso era todo lo que Ozías podía recordar sobre los suyos, pues pronto se quedó sin ellos.

Una noche las fauces del mal se abrieron. La aldea de Ozías fue asaltada por un grupo de hombres armados. Nunca supo la identidad de aquellas hienas ávidas de botín y sangre, pero eso poca importancia tenía.

Más tarde amaneció.

Siempre resulta sorprendente la fría naturalidad con la que el tiempo y la Naturaleza miran las miserias y grandezas de los hombres. Amaneció como si nada. Amaneció como si aún hubiera vida en la aldea. Pero en realidad no la había. El ganado había sido robado, la sangre pintarrajeaba las casas de barro y regaba la tierra reseca. Ozías, que no había vivido más que dos años hasta aquella noche, envejeció de pronto sin saberlo a la sombra de las maderas que le habían servido de protección durante la matanza. Y en ese instante, irreverente, cantó un gallo. Era, junto a Ozías, el único superviviente de la carnicería.

Ozías permaneció cerca del cadáver de su madre durante dos días. Los ojos negros azabache de la mujer no se abrían a pesar de que la llamaba entre llantos desgarradores donde el miedo se mezclaba con el hambre.

El segundo día de la orfandad de Ozías fue el que el Señor de Israel decidió que debía servir para el encuentro con quien iba a ser su padre adoptivo y maestro médico en el futuro.

La mano de Dios guio las bridas del médico que regresaba hacia Jerusalén en compañía de dos criados tras haber viajado hasta una ciudad de cuyo nombre no tengo otra noticia que la de que en ella reinaba un poderoso señor dispuesto a pagar

muy bien la sabiduría del que ya entonces decían que era el mejor galeno de Jerusalén.

Isaac ben Eliezer, que así se llamaba el médico, vio humo a lo lejos. Sabía que había allí una aldea minúscula. Lo recordaba bien porque en alguna ocasión había detenido su montura en el villorrio para abreviar a su montura y para dar reposo a sus huesos antes de llegar a casa. Aquel humo le pareció cosa extraña y tiró de las riendas de su caballo en aquella dirección.

No es preciso acentuar lo que ya sabemos. No hará falta que el lector imagine el horror más que como él mismo lo confeccione en su mente, de modo que no habrá por mi parte más pinceladas de color sangre en la escena. Pero se ha de saber que incluso Isaac, acostumbrado a ver la muerte, se estremeció.

Y entonces el médico vio al niño Ozías entre la mugre y el escombros.

Miró Isaac al cielo sin que sepamos nunca si lo hizo pidiendo explicaciones al Señor o agradeciendo su clemencia al permitir que un inocente siguiera vivo en aquel matadero. Luego, bajó de su caballo y ordenó a sus criados atender al niño.

El pozo de la aldea estaba cegado, de modo que hubo que gastar parte del agua que llevaban en sus mulos para dar de beber y lavar al huérfano. Después, acertaron a darle algo de comer e Isaac creyó haber encontrado al hijo que nunca había tenido, porque no era Isaac un hombre como los demás, aunque los demás no lo supieran. Porque Isaac era miembro de la más antigua hermandad secreta que los hombres crearon. Era Isaac uno de los nueve Guardianes del Edén.

Isaac era, y ni sus criados ni el señor a quien había curado, ni por supuesto el niño mocosito y asustado que encontró en aquella aldea maldita lo deberían saber jamás, uno de los cancerberos de la esperanza de la Humanidad. Y resultaba que la esperanza, como el tiempo demostrará, no es verde, sino azul; que no es quimera sin forma, sino de piedra primordial.

Desde aquel momento, la vida de Ozías hubiera sido digna de envidia por todos nosotros. No le faltaron a la vera de su padre adoptivo comida y vestidos, sabiduría y dinero. Sin embargo, hay rincones del corazón de los hombres que nunca florecen por mucho que el mejor jardinero los riegue. Y aunque tarde, Isaac comprendió que había algo que jamás podría transmitir a Ozías porque no era lo bastante humilde como para administrar aquel secreto. Por eso nunca permitió a Ozías traspasar el umbral inquietante de una sabiduría arcana que se había transmitido de maestro a iniciado en una cofradía compuesta por ocho hombres de oriente y una mujer egipcia.

¡Cuántas veces había preguntado Ozías a su padre adoptivo por el motivo de aquellos viajes suyos hasta algún lugar ignorado junto al Tigris o a la sombra de un remoto templo egipcio! ¡En cuántas ocasiones quiso que su padre le permitiera participar de aquellos encuentros que a veces tenían por escenario su casa de Jerusalén!

Pero Isaac era inflexible, aun sabiendo que con su negativa quebraba el lazo precioso que lo había unido con aquel niño que recogió dieciocho años atrás lloroso y

hambriento. Isaac ben Eliezer sabía que Ozías sería un buen médico, pero su espíritu no había crecido tanto como su ciencia. La misión de los Guardianes del Edén debía estar por encima de su amor por Ozías, se obligó a pensar.

Aquella noche era víspera de tragedia en Jerusalén. Que el templo fuera arrasado, como luego se supo, fue lo de menos. Incluso que el Arca de la Alianza, símbolo del primer compromiso del riguroso Yahvé con los hombres desapareciese para siempre, también fue cosa menor. La tragedia verdadera la protagonizó Ozías, quien había quebrado definitivamente la confianza que su padre adoptivo le había dado.

Sucedió que al verse rechazado una vez más en la sala donde los nueve se iban a reunir, horas antes había practicado un minúsculo agujero en la pared. Necesitaba saber qué se decía allí. *Si ellos, pensó, médicos, astrólogos y magos como eran sabían más que él, aquella noche descubriría su secreto.*

Los ojos negros que espiraron la reunión de los Guardianes del Edén eran negros como el azabache. Los había heredado Ozías de su difunta madre.

XIV

Santander.

Año 2002 de los cristianos. Mes de junio

DON Herminio no les mintió. Don Herminio no había mentido jamás. Era un gran médico y todavía mejor cristiano, y cuando dijo que era cáncer, cáncer irreversible, el mundo en el que Rodrigo Suárez de Lara había vivido durante más de cuarenta años, aquel planeta encantado que había explorado en compañía de la mujer cuya mano estrechaba con la fuerza del náufrago que atenaza la soga de la que su vida pende, estalló en millones de fragmentos negros. Y preguntó a don Herminio si estaba seguro, aun sabiendo que era una demanda absurda, porque don Herminio no solo era bueno en lo suyo, sino que había acudido a los mejores colegas para confirmar su diagnóstico.

—Sí, no hay duda —dijo el médico.

Fue Ana la que tuvo que romper el espeso silencio que se adueñó de la consulta de don Herminio.

Ana, elegante al vestir y elegante al vivir, demostraba que también en la muerte —cosa de seis meses, según el médico— se puede ser distinguido.

Luego, cuando todo hubo acabado y dejaron atrás el santuario del galeno y se fueron los tres —Rodrigo, Ana y la Muerte—, en el poderoso Audi, ella le acarició los labios con la mano y secó dos lágrimas furtivas que resbalaban sobre la rasurada mejilla de cuero del recién jubilado profesor de Historia del Arte.

—Me gustaría dormir en Santillana —propuso ella antes de besarlo delicadamente en la mano.

Él no veía siquiera por dónde iban. Todo le parecía un sueño y el aire que lo envolvía, el sol tibio del inminente verano y el ajeteo de vehículos por la Avenida de los Castros le resultaban falsos. Debía ser un sueño, un mal sueño. La miró y la vio allí, con aquella expresión serena. ¡La quería tanto!

Al día siguiente debía ir a la Universidad para firmar unos papeles. Se había negado a cualquier homenaje de sus colegas, que algo habían insinuado a través de Iraola. Ahora se alegraba de haber abortado el plan en su estado más embrionario.

—Como quieras. Vamos a Santillana.

Condujo en silencio, rumiando planes imposibles para los próximos meses. Cogió la autovía en dirección a Torrelavega y poco más de un cuarto de hora después tomaban la salida hacia Santillana y Suances. La fábrica química de Solvay los saludó con vapor de agua y humo. A Rodrigo le pareció siniestra y aceleró hasta cruzar el puente sobre el río Saja. Después, en la rotonda, giró a la izquierda.

De pronto, Ana habló por vez primera en todo el viaje.

—Mira qué lindo —señalaba a un perro de raza *husky* siberiano que paseaba junto a una pareja.

Él asintió sin ganas.

Ana sentía pasión más allá de lo razonable por los animales. Había empleado toda su capacidad de seducción con su marido para convertir la finca que poseían en Liébana en centro de recogida y hospital para todo tipo de bichos.

Tenían en aquellos momentos a su servicio un veterinario y media docena de trabajadores, de los cuales uno era un biólogo con un currículum impresionante; un tipo de esos, como Iraola, melencólico y comprometido con todas las causas perdidas. Pero Ana estaba encantada con él, aunque a Rodrigo el tal Javier Caballero, que así se llamaba, no le caía simpático.

Pero si es un revolucionario de esos, de los que se encadena si hace falta por salvar una duna o una gaviota, por Dios, solía decir él. Pero ella nada, ni caso. Y lo peor es que acabó por hacerse socia de Greenpeace y hasta de la Asociación para la Conservación del Lobo Ibérico, lo que les había traído no pocos problemas con ganaderos de la zona, para quienes el mejor lobo era el lobo muerto.

Ana se había empeñado en hacer un estudio de alguno de los escasos ejemplares de lobo que rondaban la zona con el propósito de darles amparo y garantizar su supervivencia. A Rodrigo aquellas ideas de su querida esposa le parecían locuras, pero si nunca le negó nada antes de la visita a la consulta de don Herminio, cómo lo iba a hacer ahora.

Minutos después llegaban a la casona de Santillana del Mar tras bajar por la avenida de Le Dorat y torcer a la derecha, por la calle de Jesús Otero.

Rodrigo saludó al señor Barreda, el jovial y parlanchín dueño de la posada Camesa, la que estaba a unos metros del viejo caserón familiar, del que algunos decían que ya estaba allí cuando Santillana se fue haciendo alrededor de la Colegiata, pero otros, con más peso histórico en su pronóstico, fijaban su construcción en el siglo XVI.

Se trataba de una casona enorme en la que solo Ana solía sentirse cómoda, porque a Rodrigo le traía demasiados recuerdos y algún remordimiento de conciencia cuando recordaba que no lejos de allí su padre había permitido que fusilaran al carretero socialista.

Aquella casa de piedra podía competir en belleza con cualquiera de las mansiones que jalonan la villa. Ni la de los Tagle ni la de los Villa, ni las del Águila y la Parra o incluso las torres medievales del Merino o la de los Velarde podían permitirse el lujo de creerse mejores que la de la familia de Rodrigo Suárez de Lara.

Ana abrió las ventanas de par en par y se asomó a una de ellas en el momento en que se acercaban a la posada Camesa dos muchachas. Pronto reconoció en una de ellas a Rosita, la hija del señor Barreda, pero no a la otra, una joven delgada, guapa, con el pelo corto y rubio. La desconocida vestía unos tejanos usados y una camiseta exhibiendo un dibujo del Partenón. De pronto, la joven se volvió hacia el caserón y

ambas mujeres se miraron. Ana saludó tímidamente con la mano. La joven que acompañaba a Rosita respondió al saludo antes de entrar en la posada.

Aquella noche sucedió algo extraño. Fue solo un sueño, pero para Ana fue tan real como lo era la mañana siguiente, cuando mostró una tez pálida y sus ojos aparecieron enmarcados en unas ojeras insondables que alarmaron a su esposo.

Rodrigo se mostró dispuesto a llevarla de inmediato al médico y dio órdenes a Aniceto, el hombre que mantenía la finca en perfecto estado de revista en compañía de su esposa, Fernanda, de que diera aviso a don Herminio. Pero Ana se negó.

—Que no, que no, que ha sido un sueño —pero su tono, que pretendía ser convincente, no lograba disipar los fantasmas en la mente de su marido.

—¿Un sueño? ¿Qué clase de sueño le deja a uno esa cara? Venga, que te vienes conmigo a Santander.

Solo tras mucho forcejeo se salió Ana con la suya. Quería quedarse en el pueblo, en su pueblo, donde había nacido y donde no le importaría morir. Y Rodrigo no paró hasta conocer el sueño de marras, que resultó consistir en imágenes absurdas unas y desagradables otras.

—Había una muchacha desnuda en el bosque —recordó Ana, entrecerrando los ojos para apresar mejor los matices de lo vivido—. Junto a ella había un caballo o una yegua, no sé. Luego vi soldados y un hombre con una cruz. De pronto, una flecha estuvo a punto de herir a la joven, pero se clavó en el ojo de un lobo. ¡Dios mío! —Lágrimas gruesas trazaban meandros sobre sus pómulos—. Había una hoguera en medio del pueblo y la gente gritaba mientras quemaban a unas personas. Fue horrible.

Rodrigo pospuso cuanto pudo su partida hacia Santander. Prometió volver de inmediato, en cuanto hubiera firmado los papeles de los que ya habían hablado. Estaré contigo antes de comer, dijo antes de besarle con suavidad la frente. Luego, el Audi azul salió por el portón de madera centenaria de la finca a la calle Jesús Otero.

—¡Cuánto bueno por aquí! —exclamó Iraola al ver a Rodrigo saliendo del despacho.

—No esperaba verlo a estas horas —*ni a esas ni a ninguna*, pensó Rodrigo—. *¿No tienes clase?*

—Está muy mayor ya el señor Suárez de Lara, ¿eh? ¡Que hoy es viernes, hombre! ¿Y qué pasa los viernes? ¿No lo recuerdas?

Sí, claro que lo recordaba, que los viernes a las doce de la mañana ya no había clases de Arte, que era el mejor día de la semana según el criterio de Iraola y que a partir de ese instante todo su tiempo lo podía dedicar a sus dos aficiones: la búsqueda de pistas extravagantes sobre la magia medieval y las pesquisas sobre nuevos giales escondidos bajo las faldas de alguna muchacha. Y es que para Iraola el estado del matrimonio, el que venía padeciendo Rodrigo desde hacía más de cuarenta años, es la circunstancia más antinatural de cuantas pueden afectar al ser humano.

—El hombre y la mujer solo son felices antes del matrimonio y después de que uno de los dos se muere —solía sentenciar—. ¡Que no somos palomas, coño!

Y ahí estaba ahora Iraola, dispuesto a vivir a pleno pulmón el fin de semana.

—Tiene mala cara, Rodrigo, ¿qué ocurre? —preguntó, invitando al jubilado profesor a tomar asiento.

—No es nada. Será cualquier cosa. Un catarro que estaré incubando —se evadió como pudo Rodrigo.

—Escuche —el tono de Iraola era desconocido, tal vez incluso para él mismo—, ya sé que no soy de su total agrado, pero yo lo aprecio a usted como si fuera un padre —por vez primera en cinco años le habló de usted—. Por eso a lo mejor hemos discutido tanto durante estos años —bromeó—. Pero sabe que puede contar conmigo para lo que quiera, ¿de acuerdo?

Rodrigo lo miró sorprendido. Desde el día anterior había dejado de creer en el Dios de su padre, en el de toda la vida. Si había un Dios como aquel, no era posible que una mujer como Ana se viera roída por el cáncer y él siguiera vivo y coleando. Y ahora resultaba que además Iraola era casi un ser humano. El mundo de Rodrigo Suárez de Lara se tambaleaba, y lo peor de todo es que a él ya le daba lo mismo. Y fue entonces cuando sintió la necesidad de ser más amable con aquel joven cuyas ideas siempre había menospreciado, incluido su paganismo recalcitrante. Si ahora el propio Rodrigo dudaba de la existencia del Dios con el que se había acostado y levantado durante sesenta y ocho años, ¿no podría ocurrir que en otras muchas cosas Iraola también hubiese andado en lo cierto? El caso es que, aunque solo fuera por devolver la gentileza al extravagante profesor, le hizo una pregunta.

—Y dígame, ¿en qué anda usted trabajando ahora?

No le hizo falta más a Iraola para que en sus pupilas chisporroteara una pavesa de aquel fuego que lo devoraba: su pasión por lo misterioso en la Edad Media. E inició un discurso que, para sorpresa de Rodrigo, fue de gran interés, hasta el punto de que no perdió detalle.

¿Sabía Rodrigo algo sobre astrología medieval? ¿Nada? ¿Nunca había leído a profesores como Alejandro García Avilés, de la Universidad de Murcia? Una lástima, don Rodrigo, una lástima, sacudió la cabeza al mismo tiempo Iraola, mientras, rebuscaba en una montaña de libros que formaban una desigual cordillera sobre su mesa.

Finalmente, echó mano de un par de textos y los aireó ante las narices de Rodrigo para, de inmediato y con maestría y garbo impecables, resumir las tesis que allí se contenían y que, entre otras cosas, versaban sobre el tiempo, los astros, las influencias que estos tienen sobre las personas y la convicción que en la Antigüedad se tuvo de que se podía controlar su poder, pues en aquellos tiempos se daba por seguro que influían en la gente.

Ya lo había dicho el profesor Julio Samsó en su discurso de ingreso en la Academia de las Letras de Barcelona cuando el año 1981 gozaba de todo su vigor: que astrología y astronomía habían sido la misma cosa para el personal del medievo y que en España había existido un rey al que todas aquellas sabidurías le gustaban

como golosinas: Alfonso X el Sabio.

¿Sabía Rodrigo lo que se gastó aquel rey en traducir los más extraños textos de astrología y magia? ¿Ni idea? Bueno, le aclaró Iraola, pues mucho. ¿A que no sabía Rodrigo que la mayor parte de los traductores que empleó el rey sabio eran judíos y que muchos tenían nociones de cábala? Pues bien claro lo decía su sobrino Don Juan Manuel en el *Libro de la caza*. ¿Quién creía Rodrigo que había mandado traducir obras como el *Picatrix*, los *Libros de saber de Astronomía* o *El Libro de las cruces*?

Rodrigo estaba abrumado. ¿Qué tenía que ver todo aquello con el arte? Pronto se lo aclaró Iraola, pero antes dio un rodeo erudito alrededor de otra idea: la magia astral.

¿La magia astral?

Sí, hombre, sí. Iraola sonreía al tiempo que manoseaba más libretos de los suyos hasta dar con otra cita de esas que muy pocos conocen: la magia astral, leyó, es la ciencia de las imágenes. Ya lo decía el mentado García Avilés: «La magia con la que se pretende crear talismanes para los más diversos fines grabando determinadas imágenes en ciertas piedras en momentos astrológicamente calculados».

—¿Me está usted diciendo que lo que anda estudiando con tanto afán son supercherías sobre fetiches y talismanes? ¡Pero hombre de Dios! —Al pronunciar esa frase hecha el propio Rodrigo se ordenó callar. ¿No habíamos quedado en que a Dios ni volverlo a mentar?

—No se burle tan pronto, don Rodrigo, y escuche.

Iraola acomodó como pudo aquella melena suya de extremista de mayo del sesenta y ocho francés y recordó que ya en el siglo XII un inglés llamado Daniel de Morlay se presentó en Toledo, que al parecer era entonces el cubil de todos los hechiceros y la marmita de cualquier abracadabra, atraído por el aroma herético de los textos árabes que por allí circulaban. Y en Toledo fue donde después afirmó que había aprendido todo cuanto supo del oficio de nigromante, y debió ser mucho, y así se lo contó, con pelos y señales, a su mentor el obispo de Norwich. La cita capturada al profesor García Avilés decía que el tal Morlay escribió al obispo de marras que existía una ciencia de las imágenes, «transmitida por el grande y universal Libro de Venus, editado por Thoz el griego», que según el juicio de Iraola, para quien le valga su peritaje, no era otro que Hermes Trismegisto, el más grande iniciado de todos los tiempos.

—¿Y eso qué le puede importar a usted? —Rodrigo trató de asirse a una tabla de razón que de pronto pasó a su lado por aquel proceloso océano de desvarío en el que se había dejado meter de la mano de Iraola.

—Mucho, señor Rodrigo, mucho. ¿Se imagina una edición ilustrada y comentada con imágenes de poder, con talismanes? ¿Qué pasaría si aún tuvieran efectividad hoy en día?

—¿De verdad cree usted que se pueden localizar esas imágenes? ¿Quedaron pruebas de lo que usted me está contando?

—Ya lo creo. Hay ejemplos. Mire, si no, los *Lapidarios* que se conservan en la Biblioteca de El Escorial, o lo mucho que se disimula en la Biblioteca Vaticana.

En otro momento de su vida Rodrigo hubiera cortado por lo sano la conversación llegado al punto del insulto a la Iglesia, pero ahora le daba igual lo que dijera aquel descreído, puesto que se había pasado a su trinchera espiritual.

—¿Y qué es lo que decía usted que va a hacer este fin de semana?

—¡Ah! Es verdad, que no se lo he dicho. Pues voy a ir a la catedral de El Burgo de Osma, que hay un archivo cojonudo, y donde espero poder fotografiar un planisferio celeste de padre y muy señor mío. Ya me he camelado al archivero para que me lo enseñe.

—¿Qué tiene de interés esa figura?

—Es de una belleza sin par, amigo mío.

Iraola se detuvo, sorprendido de sí mismo al elevar a Rodrigo de pronto hasta el santoral de sus escasas amistades, casi todas las cuales vivían en su añorada Euskadi. Una vez recompuesto el ánimo, añadió algunas palabras más:

—Tiene muchas particularidades astronómicas, pero creo que a usted lo aburriría todo eso.

Rodrigo se quedó mirando al joven extravagante, al desconocido al que conocía desde hacía cinco años, e inesperadamente para ambos puso su corazón sobre la serranía de libros donde se hablaba de astrología y magia talismánica medieval.

—Iraola, mi esposa se muere. Tiene cáncer.

Y durante varios minutos Rodrigo Suárez de Lara, el hombre de orden que jamás había faltado a misa un domingo en toda su vida y había comulgado siempre con muda limpia y corazón aseado tras someterse a la santa confesión, rompió a llorar sin que hubiera talismán capaz de obrar el conjuro que pusiese compuertas de esperanza en sus ojos.

El joven profesor de Arte se quedó allí, pasmado, mirándolo con la seguridad de que aquel hombre hundido no era el que él había conocido. Alguien había suplantado al insigne Suárez de Lara, al catedrático tantas veces condecorado en los ambientes más conservadores de la investigación, el hombre al que la derecha más cavernaria había tentado tantas veces con la alcaldía de Santander. Sin embargo, una vez que se fijó bien, se dio cuenta de que no era así, de que en realidad el hombre de las lágrimas era el mismo que lo había tiranizado durante cinco largos años. Y cuando estaba a punto de decir algo, sonó el teléfono de su mesa.

Iraola preguntó quién era, y al escuchar la voz del otro lado del aparato primero sonrió y amagó una broma, pero la gracia sufrió un aborto a las primeras de cambio en los labios del excéntrico profesor. Lo único que dijo en el tiempo que mantuvo el teléfono junto a su oreja fue que salía para allá de inmediato.

—¿Adónde se tiene que ir usted? ¿Qué ocurre? —Rodrigo aún se restregaba los ojos con su pañuelo de seda en el que sus iniciales figuraban en hilo dorado—. Discúlpeme si lo he incomodado pero...

—No se preocupe, don Rodrigo, por favor.

—¿Qué sucede?

—Era de casa. Mi madre ha muerto.

Los dos hombres se abrazaron. No lo hicieron con mayor intensidad que otras veces, puesto que no había precedentes de tanto afecto entre ellos.

Rodrigo no sabía qué decir al joven, cuyas manos temblaban ahora y en su intento de ordenar los Apeninos, los Andes y los Pirineos de sus libros lo único que hizo fue tirar al suelo varios volúmenes y también un cuaderno de tapas duras, de color rojo. Rodrigo lo recogió. En la primera y única hoja con anotaciones del cuaderno había un nombre y un teléfono.

—Julián Gorostiza —leyó en voz alta.

—¿Cómo dice? —Iraola estaba atrapado en un mundo paralelo y solo oía ecos donde en realidad había voces.

—El cuaderno. —Rodrigo se lo mostró—. ¿Quién es Julián Gorostiza?

—¡Joder! ¡El archivero! ¡El archivero de El Burgo de Osma! ¡Vaya putada! Con lo que me costó convencerlo.

Rodrigo le ayudó a ordenar su mesa y reiteró su pésame al muchacho. Iraola apretó con fuerza la mano que Rodrigo le tendía, ya salpicada de manchas que informaban de la cada vez más próxima ancianidad. Se miraron y Rodrigo le dijo que si necesitaba algo, que ya sabía dónde encontrarlo.

—Tiene usted mi teléfono de Santillana, ¿no?

—Sí, sí, no se preocupe. Cuide de su esposa.

—Lo haré, no lo dude —respondió Rodrigo.

Estaba a punto de cerrar la puerta cuando Rodrigo recibió la llamada de otro Dios. No era el suyo, no se parecía en nada y ni siquiera se expresaba igual, por eso él no supo que en realidad le hablaba alguien y durante mucho tiempo creyó que la idea la había discurrido él solo. El caso es que se volvió hacia el muchacho y le hizo una pregunta inesperada para ambos.

—¿Le parece que vaya yo a El Burgo de Osma y hable con el archivero? Si me dice cómo localizar el planisferio de marras, yo se lo fotografío, o lo robo si es preciso.

Córdoba. Califato de Alhakén II. Año 970 de los cristianos

LA cara de sorpresa con la que Nicolás siguió la celebración de la Pascua la conservo en mi memoria como uno de los más bellos recuerdos de mi vida, y también, ¿por qué no añadirlo?, porque significó un pequeño triunfo de mi pueblo sobre su religión. Y bien sabe Yahvé que no había en mi invitación más que bondad, pero sentir de pronto cuánto ignoraba un cristiano, aunque fuera monje, de las costumbres que mi pueblo tejió en honor a su Dios me hizo sentir transitoriamente vencedor en nuestras diputas teológicas.

La bandeja se dispuso de tal forma que todo su contenido cumpliera la Ley. Sobre aquella pieza de metal trabajada con esmero por los mejores artesanos se simbolizaban las penalidades que mi pueblo había sufrido, pero también la milagrosa mano que Yahvé siempre le tendió.

Frente a mí, como anfitrión y persona que iba a conducir el *Séder*, estaban los *matsot* los tres panes ácimos, uno encima del otro, que venían a encarnar a los tres grupos de hombres del pueblo de Israel: sacerdotes, levitas y pueblo llano, pero también a Abraham, Isaac y Jacob.

Todos los comensales tenían junto a sus platos, decorados con estrellas de David y con flores de lis, un ejemplar de la *Agadá*, el libro de oraciones que había que recitar a lo largo de la cena. Incluso Nicolás tenía el suyo, puesto que desde que supo que iba a ser invitado se esforzó en aprender en la medida de lo posible los rituales necesarios. Aunque pronto descubrió que aquello era más complicado de lo que había pensado. Y es que un infiel siempre es un infiel, le dije en broma, para añadir después: y un miembro del pueblo elegido, siempre es un miembro del pueblo elegido. A lo que él respondió con esa socarronería suya:

—Incluso se puede seguir siendo esclavo de los ritos a pesar de haber sido liberado del yugo del faraón.

El resto de la cena fue como cualquiera de tantas cenas de Pascua que había vivido, pero solo en lo mecánico del ritual. Se recitaron las oraciones, se hicieron las abluciones, se escucharon las bendiciones y se siguió con la escrupulosidad que imponía tener en la mesa a un hombre de la Ley como era Baruc. Y al final, como la mañana llega después de la noche, llegó el momento de la bendición de después de la comida, el recitado de los salmos de alabanza y se consumió la cuarta copa de vino a la espera de que el *Séder* fuera aceptado favorablemente.

¿Aceptado por quién?, estaba seguro que hubiera dicho Nicolás para provocar mi respuesta erudita. Aceptado por el Todopoderoso, le habría replicado yo. ¿Quieres

decir por mi Dios?, me habría retado él, para añadir que entonces era obvio que él no tenía salvación posible, pues jamás hasta esa fecha había celebrado una cena semejante.

Yo entonces hubiera puesto expresión seria para responder algo, no sé qué, tal vez que como yo nunca había comido el cuerpo del supuesto hijo de su Dios ni bebido su sangre, que claramente no era otra cosa que vino, tampoco alcanzaría la eternidad. Y entonces, estoy seguro, él habría hecho alguna broma, como que nos veríamos los dos en el infierno sin la menor duda y que allí habría que aclarar todo esto de una vez por todas.

Y así se llegó el final de la cena de Pascua más especial de mi vida. Las voces de todos, y me asombró que Nicolás uniera su poderosa voz de cantor entrenado, atronaron: *Leshaná habaá hirushalaim habenuiá: El próximo año en Jerusalén reconstruida.*

—¿Crees que algún día celebrarás una Pascua en Jerusalén? —La voz de Nicolás me sorprendió después de que todo el ajetreo se hubiera extinguido y pudiéramos charlas a solas.

—No lo sé, es solo una expresión más del ritual, supongo.

—Hasday, ¿sabes que no eres el primer judío con el que trabajo? —Aquella confesión inesperada me dejó atónito, pero no podía imaginar hasta qué punto la sorpresa no había hecho nada más que empezar.

XVI

El Burgo de Osma. Año 2002 de los cristianos. Mes de junio

ALGO había leído Rodrigo sobre El Burgo de Osma antes de poner su Audi con la proa hacia la provincia de Soria. Osma, decían los libros consultados, fue la arévaca Axenion, la Uxama romana, la Oxoma visigoda, la Waksima árabe y la Osma cristiana. Esta tierra no era escenario de la historia; era la historia misma hecha piedra.

Allá por el siglo XI, en la llanura de la vega del río Ucero germinó un arrabal que fue medrando hasta que un siglo más tarde tenía todo el aspecto de ser un pueblo pujante y los lugareños le pusieron nombre, que era lo menos que se podía hacer viendo su creciente esplendor, de modo que lo bautizaron como El Burgo de Santa María de Oxoma. Y no debió pasar mucho tiempo hasta limarse lo necesario para presentarse al mundo como El Burgo de Osma, ya en el siglo XIV.

Rodrigo llevaba las indicaciones que Iraola le había dado.

—Usted diga que va de mi parte. Que quiere ver el mapa del cielo que hay en el número siete del catálogo de códices de la catedral que hizo Timoteo Rojo.

—¿Timoteo Rojo? —había preguntado Rodrigo—. ¿Quién es?

—Hizo un catálogo de esos códices y se publicó en 1929 —aclaró Iraola—. *Catálogo descriptivo de los Códices que se conservan en la Catedral de Burgo de Osma*, se le dio por nombre. Creo recordar que son más de doscientos. Mire, mire lo que dice del dibujo de marras —sacó un cuaderno de notas y leyó—: «... una figurilla astronómica con los signos del Zodiaco y las constelaciones caprichosamente dibujadas y coloreadas. Es notable el dibujo por la multitud de figurillas y porque da idea del concepto que tenían del mundo astronómico».

Ahora, conduciendo hasta tan inesperado destino, Rodrigo recordaba esas palabras de su singular colega y se preguntaba cómo fue que se le ocurrió ir hasta este pueblo soriano cuando no se le había perdido nada en él.

Ana, su mujer, no había querido acompañarlo. Él trató de ser todo lo persuasivo que pudo. Le dijo que le sentaría bien airearse, no sé, pensar en otra cosa... Pero fue una solemne estupidez. ¿Cómo se puede pensar en otra cosa cuando le han confirmado a uno que le quedan seis meses de vida?

No es que a Ana le pareciera mal que Rodrigo ayudase al pobre Iraola, como ella solía llamarlo. Todo lo contrario. Es más, cuando ella mostró su deseo de quedarse en Santillana y subir al día siguiente temprano a Liébana porque le habían dicho los de la finca que habían localizado a una loba y la habían puesto un dispositivo electrónico de seguimiento, ella lo animó a cumplir la promesa que había hecho en Santander.

—Que sí, hombre, vete tranquilo a ese pueblo y localízale al pobre Iraola el plano que quiere.

El Rodrigo de antes nunca habría hecho esa promesa a Iraola, y desde luego no hubiera dejado a su esposa, con la que cada día que pasaba era uno menos de los pocos que la muerte les iba a permitir. Sin embargo, el nuevo Dios que había entrado en su corazón se mostró otra vez locuaz, aunque Rodrigo no se diera cuenta. Y así fue como salió de Santillana del Mar bien temprano y en poco más de dos horas hacía su entrada en El Burgo de Osma.

Estacionó el Audi al amparo de la sombra que proporcionaba una de aquellas casas ocres. El cielo era tan limpio como la mirada de su esposa, se le ocurrió pensar. Suspiró. Se apretó el cinturón del pantalón, que había desabrochado durante el viaje para su comodidad. Aspiró el aroma castellano, seco y fiel.

Siempre le había gustado Castilla. Él mismo era vallisoletano, aunque cántabro de adopción, y aquel aroma le recordó tiempos de niñez y adolescencia. ¿Qué pensaría su padre? ¿Qué diría don Anselmo si supiera que estaba allí para ayudar a un cabrón rojo, melencólico y ecologista, que además se vanagloriaba de no creer en nada de lo que la Iglesia dijera? ¿Y él? ¿Creía Rodrigo en la Iglesia y en su viejo Dios? ¡No! ¡Ya no creía en nada de todo aquello! Sin embargo, irónicamente, sus pasos lo conducían por aquellas estrechas callejuelas a una catedral.

Rodrigo se demoró antes de llegar a su destino. Vagabundeó por aquel universo de postes que sostenían decenas de soportales. Era como dar un salto en el tiempo, y deseó con todo su corazón que ese salto fuera real. Si fuera posible la cabriola que los llevase a él y a Ana a años de piel más tersa y donde la enfermedad era algo que siempre les ocurría a otros... Pero no era posible. Esas locuras son cosa de sujetos como Iraola, que creen en la magia y en esas fantasías, concluyó al desembocar en su vagabundeo en la plaza de la Catedral.

Está bien, se dijo, ya estoy aquí. ¿Qué hago ahora? ¿Entro y pregunto sin más introducciones ni oberturas por el archivero? ¿Digo que soy Iraola, o que vengo de su parte? ¿Me atenderá si resulta que no soy el propio Iraola?

Por tercera vez en dos días, el nuevo Dios que trataba de abrirse paso en el corazón de Rodrigo Suárez de Lara habló en ese idioma suyo, y lo hizo de este modo:

—No se crea que la que ve fue la primera catedral, ¿eh? Hubo una románica antes, y aunque le parezca mentira, venían aquí muchos peregrinos a honrar las reliquias de San Pedro y a ver a la Virgen del Espino —dijo una voz a su espalda.

—Disculpe, ¿nos conocemos? —Rodrigo se había visto totalmente sorprendido por el recién llegado.

—¡Oh! Lo siento. Es que lo he visto ahí, mirando tan embobado la catedral, que no sé por qué me ha dado por hablarle. Disculpe. Me llamo Julián Gorostiza. ¿Va a entrar en la catedral?

—¿Gorostiza? ¿No será usted el encargado del archivo?

—Pues sí, señor, para servir a Dios y a usted.

Rodrigo se presentó. Era un profesor de Arte de la Universidad de Cantabria, pero en realidad venía para hacerle un favor a un colega, Julio Iraola, que había concertado una visita para consultar el código número siete de un catálogo que había hecho un tal Timoteo Rojo.

—Por supuesto que lo recuerdo. De hecho, vengo más que nada hoy por él. ¿Qué se ha hecho del señor Iraola?

—Pues ha ocurrido que su señora madre ha muerto, ¿sabe usted?, y por no perder su cita con usted, pues que me he venido yo para anotar lo que me ha pedido —aclaró Rodrigo.

—Bueno, hombre, pues se hará lo que haga falta —el señor Gorostiza acompañó sus palabras con una invitación para franquear la puerta de la catedral.

Lo normal hubiera sido que Rodrigo, un catedrático de Historia del Arte, se demorara contemplando la portada de la catedral y luego deambulara por el interior de la misma. Hubiera parecido lógico que se sorprendiera con la tez morena de la Virgen del Espino, que la leyenda propone que fue descubierta por un pastor sobre un espino situado en el lugar donde después se construyó una torre que, a la larga, fue la baliza que indicó dónde construir más adelante la catedral. Eso hubiera sido lo normal en él, pero últimamente estaba dando que hablar el anómalo comportamiento del señor Suárez de Lara, que resultó que no miró ni a derecha ni a izquierda y puso todo su empeño en subir las escaleras que le proponía el archivero.

El cicerone lo orientó entre los vericuetos de la catedral hasta que desembocaron en una biblioteca espectacular.

—Hay unos cuatro mil volúmenes —aclaró Gorostiza.

Fue la primera vez en todo el trayecto que los ojos de Rodrigo repararon en las maravillas que lo rodeaban.

—Mire, una Biblia políglota.

Julián Gorostiza mostró un viejo volumen.

—En latín, en hebreo y en arameo. Pero si quiere ver algo sorprendente, no se pierda esta *Geografía* de Ptolomeo del siglo XVI.

Rodrigo estaba alhelado mirando la sala en la que se reconstruían libros gigantescos, que daban la sensación de poder atrapar incluso a un hombre de su estatura y corpulencia y arrojarlo al vacío de las historias que allí se contendrían, seguramente todas ellas protagonizadas por el Dios en el que había dejado de creer.

Después de las explicaciones de su timonel por las entrañas de la catedral, echó amarras por fin en el lugar al que deseaba venir Julio Iraola. Se trataba de una pieza en la que había una mesa de trabajo con cuatro sillas rojas, y enfrente estaba el despacho del archivero.

Rodrigo, mirando alrededor, empezó a creer posible el salto en el tiempo del que poco antes había dudado. Respirar allí era como respirar historia, aunque la presencia de una fotocopiadora y del ordenador del archivero lo devolvió a la incomodidad de su siglo.

Libros enormes, códices misteriosos, la vida expresada en letra Carolina y sobre pergamino.

—¡Ahí lo tiene usted! —El archivero quebró las cavilaciones de Rodrigo poniendo sobre la mesa de madera un voluminoso trabajo—. ¡El número 7!

Al parecer, el tal Timoteo Rojo había trabajado febrilmente hasta poner orden en aquel mundo de pergaminos y había alineado racionalmente todo aquello en doscientos cuatro códices, algunos de ellos dobles, según aclaró el archivero, y unos ciento diez eran incunables. Rodrigo asintió sin decir nada y se apresuró a mirar el volumen que le había llevado hasta allí preguntándose qué debía hacer.

—¿Puedo hacerle fotos al libro? —preguntó sacando una pequeña cámara digital que había llevado oculta en el pantalón hasta ese momento.

—Lo siento, no es posible —le recordó el cancerbero del lugar.

Abrió el tocho y buscó lo que Iraola le había pedido. Tomó algunas notas y, aprovechando unos instantes de ausencia del archivero, redondeó sus dos jornadas de pecados y revolucionarias conclusiones fotografiando las láminas con el planisferio de marras. Seguramente Iraola hubiera hecho esto de estar aquí, se dijo.

¡Por la memoria de la madre de Iraola! Y apretó el botón de la cámara digital.

Un rato más tarde, creyendo haber hecho los deberes que su compañero le había encomendado, Rodrigo mostró interés por visitar de nuevo la biblioteca, si es que ello era posible.

—Pero solo unos instantes, ¿eh? Es que ando con prisa, ¿sabe usted? —le aclaró Gorostiza.

Rodrigo asintió y comenzó a vagabundear por la sala de los libros añejos, que de pronto le pareció una bodega venerable donde caldos aromáticos dormían plácidamente para hacerse con una solera envidiable.

Aquí y allá sus ojos se detenían y se entretenían contemplando algún volumen que le parecía especialmente seductor, y eso fue lo que sucedió con un pequeño libelo de lomos ocres, ajado y sin aparente atractivo. Rodrigo no lo sabía, pero su nuevo Dios le gritaba al oído que lo cogiese. Y lo hizo.

Abrió aquella obra y en la primera página leyó el apellido de su autor, pues el nombre se había perdido: Sepúlveda. Y cuando se disponía a ojear de qué se hablaba allí, en aquella apretada letra medieval que sus entrenados ojos podían leer con facilidad, algo cayó a sus pies. Al principio creyó que era una parte del trabajo del desconocido escritor apellidado Sepúlveda, pero al tenerlo entre sus manos se dio cuenta de que no era así. Eran dos manuscritos redactados sobre un pergamino cansado y raído y la escritura no era latín, sino hebreo.

Rodrigo buscó con la mirada a Gorostiza. El archivero estaba un par de estantes de libros más allá, pero le hacía gestos para que se apresurara.

Rodrigo, que ya no era el Rodrigo que él mismo había conocido, cometió la última infracción de todos sus códigos de aquellas veinticuatro horas y se guardó el manuscrito hebreo en el bolsillo de su chaqueta. Y después, acompañado del custodio

de aquellos santos lugares de saber, emergió al sol del mediodía, se despidió del amable archivero y se dispuso a dar cuenta de un pincho de tortilla monumental en Casa Pacheco, justo en frente de la catedral. Y allí, a la sombra de una botella de cerveza, estudió la arrugada letra de su tesoro. Lástima que él no tuviera la menor idea de hebreo.

Sin embargo, sí sabía quién le podía echar una mano.

XVII

Córdoba. Califato de Alhakén II.
Año 970 de los cristianos

—¿**Q**UÉ quieres decir con que no soy el primer judío con el que trabajas?
—pregunté incrédulo a Nicolás.
—En cierta ocasión, el abad del monasterio en el que yo vivía entonces, no lejos de Bizancio, enfermó.

Nicolás miraba hacia algún punto indefinido del jardín, como si todas aquellas escenas se sucedieran ante él y simplemente se limitara a narrar lo que veía. La noche, que había sido magnífica hasta ese instante, comenzó a refrescar.

—Te puedo asegurar que hicimos todo lo posible por curarlo, pero nadie acertaba con el diagnóstico exacto ni con el remedio adecuado. Consultamos a los mejores médicos de Bizancio, pero los resultados no fueron mejores. Esteban, que así se llamaba nuestro abad, notaba que la vida se le escapaba, y una noche pidió que un hermano pusiera en paz su alma con Dios. Estaba convencido de que no llegaría a ver la luz del día. Y fue aquella noche cuando conocí a aquel médico judío.

—¿Cómo se llamaba? ¿Cómo es que fue a un monasterio cristiano? —Mil preguntas se daban codazos para salir las primeras de mi boca. El relato de Nicolás me había cautivado.

—Su nombre era Isaac ben Eliezer. Nadie sabía de dónde había llegado, aunque algunos hacían correr la voz de que procedía de la tierra de Nemetz, aunque otros afirmaban que había llegado de Persia. Era un hombre siniestro, que no me inspiró la más mínima confianza, pero era la única alternativa que nos quedaba. Vestía de negro y su barba era igualmente de ese color y acababa en una afilada punta. Sus ojos eran dos pozos de azabache y a su alrededor había mil arrugas, como si su piel fuera tan vieja como la ciencia que decía practicar. Habíamos oído hablar de él en alguna ocasión porque se rumoreaba que conocía secretos médicos capaces de obrar maravillas aun en las peores enfermedades. Recuerdo que mi encuentro con él no fue precisamente amistoso —los ojos de Nicolás se volvieron hacia mí con aquella expresión suya socarrona—. ¿Sabes lo primero que se me ocurrió decirle? Pues que cuánto tendría que pagar aquella comunidad cristiana a un infiel como él por curar a un hombre de Dios.

—¡No me lo puedo creer! ¡Tú, que ahora borras las fronteras que dividen los reinos de los dioses! —Y en mi voz, enseguida lo advertí, había cierto tono de revancha como diciendo: ya ves tú cómo todos al final cojeamos de alguna pierna.

—Tienes razón, solo que, como tú bien dices, yo ahora borro las fronteras de los dominios de los dioses convencido de que solo hay un territorio que es común,

mientras que otros —y me sonrió con malicia— aún piensan que Dios está pendiente de que los prepucios se corten o no. —Luego la voz de Nicolás regresó, al tiempo que sus ojos se posaban otra vez en alguna parte invisible del jardín, a recuperar para mí todo lo ocurrido en su monasterio aquella noche que también fue, como la de la Pascua, diferente de todas las otras noches.

El monje me contó que aquel hombre, el médico llamado Isaac ben Eliezer, rechazó las monedas que le ofrecieron, que al parecer engordaban una bolsa de cuero hasta hacerla reventar, y se dedicó a estudiar el cuerpo del agonizante abad. Aquella noche, en la humilde celda del monasterio, solo el médico judío y mi amigo Nicolás supieron lo que ocurrió. Y desde aquella noche Nicolás comenzó a borrar las fronteras que separan a las divinidades.

—¿Alguna vez has oído hablar del ángel Raziel? —me preguntó de pronto el monje.

—Sí, claro —pero pensé que tenía por amigo a un hombre que había perdido el juicio a lo largo de su vida, pues yo sabía que Raziel no era sino parte de una leyenda—. Es uno de los legendarios ángeles a los que se atribuyó el dominio de las esferas planetarias y también de supuestos secretos divinos. ¿Pero qué tiene que ver con la enfermedad de tu abad?

—Hasday, eres el segundo hombre al que más admiro —las palabras de Nicolás eran de pronto graves y creí advertir un temblor en su voz—, y curiosamente los dos sois judíos. Y perdona si digo que eres el segundo al que más admiro, pero enseguida entenderás la razón por la que el primer lugar lo ocupará siempre aquel médico con el que solo compartí una noche y al que jamás volví a ver.

Existía una leyenda ancestral que decía que en el principio de los tiempos el ángel Raziel entregó a Adán un misterioso libro grabado sobre un zafiro. Era el *Libro de los secretos de Dios*. Luego, ese texto llegó a manos de Noé, y con el paso del tiempo cayó en poder del rey Salomón, que lo mandó traducir del caldeo al hebreo. Nadie más supo de ese texto y de sus secretos. El paso del tiempo había borrado por completo sus huellas. Pero Nicolás me contó una parte de la leyenda de la cual yo jamás había oído hablar.

—¿Y qué sabes de los talismanes? —la pregunta fue tan inesperada que sentí como si fuera algo que acontecía en sueños. No podía ser que un hombre de ciencia y de Dios como Nicolás estuviera hablándome de paparruchas sobre ángeles y magias cabalísticas en las que ningún científico podría creer.

—¿Los talismanes? —repetí tratando de ganar tiempo, pues en realidad no sabía qué decir.

—Sí, hombre, los talismanes. —Nicolás dejó de mirarme y prosiguió con la naturalidad de quien está a punto de hablar sobre las aves o sobre el sabor dulce de los mejores dátiles—. Figuras grabadas sobre sellos o piedras con imágenes concretas por una persona enterada de la disposición de determinados astros, de manera que la figura allí grabada absorbe la energía de esos planetas y la puede utilizar en su favor.

—¿Me estás diciendo que crees en la magia talismánica judía? —Mi asombro no tenía límites y decidí que mi monje en efecto estaba completamente loco.

—No creas que estoy loco. No lo estoy. —Nicolás parecía haber adivinado mis pensamientos—. También yo creí que aquel médico judío había perdido por completo la razón cuando comenzó todo aquella noche.

Supe que al filo del amanecer, y a pesar de los esfuerzos realizados por los dos médicos a lo largo de aquellas interminables horas, el abad del monasterio falleció. Y también supe que al poco regresó a la vida de la manera más increíble que jamás nadie hubiera podido concebir.

Nicolás se había dejado caer de rodillas sobre el duro y frío suelo de piedra de la celda y comenzó sus oraciones tratando de ayudar al alma de su abad a encontrar el camino hacia su Dios. Después, se incorporó cansinamente y se secó las lágrimas con la manga de su hábito, abrió la puerta de ruda madera de la estancia y se dispuso a avisar a los miembros de la comunidad del fallecimiento de su abad cuando una mano hizo presa de su brazo. Era la del médico judío, que cerró de una patada la puerta de la celda.

—Espera, hermano, que esto aún no ha acabado.

De alguna parte sacó una piedra azul que parecía tener vida propia. Según Nicolás, parecía latir, como si no fuera cosa sin vida sino criatura de Dios animada. La piedra colgaba de un cordel de lo más vulgar al que se unía mediante una filigrana de metal.

El médico judío miró al cielo por el diminuto ventanuco de la celda y masculló unas palabras que a Nicolás le resultaron por completo incomprensibles, y después situó la piedra azul sobre el corazón del difunto abad, quien al poco, y para asombro de Nicolás, dejó de ser difunto para recuperar el aspecto que todos creemos que debe tener un hombre vivo y sano.

Jamás nadie en la comunidad supo lo que había pasado allí, tal fue el único pago que el médico judío pidió a Nicolás, además de hacerle prometer otra cosa.

—Desde hoy deberás mirar el mundo con otros ojos, hermano Nicolás, y promete que nunca más juzgarás a un hombre como infiel. No hay más Dios que uno y no hay más que hombres por Él creados. Hoy has recibido una lección, pues un infiel, según tú creías, ha invocado a su Dios para curar a tu hermano, el abad. ¿Crees que en verdad mi Dios es solo mío? ¿Por qué habría de curar entonces a un infiel a sus ojos?

—¿Me estás diciendo que aquel hombre devolvió a la vida a tu abad utilizando un talismán y unas palabras mágicas? —Mi cabeza estaba a punto de emprender por sí sola un viaje al cielo sin esperar que mi cuerpo la acompañara.

—Te estoy contando lo que pasó, Hasday, ni más ni menos.

Toda la creación es una unidad, explicó el enigmático médico a Nicolás. Los inferiores precisan de los superiores, y esto provoca influencias en ellos. Esas influencias son mayores sobre aquellas personas cuyos corazones están más dispuestos, menos despistados, más centrados en cuanto late a nuestro alrededor: el

aire, las piedras, las plantas... Añadió que la Estrella Polar influye sobre el hierro imantado, que Saturno tiene especial predilección por el plomo, como Júpiter por el estaño, Mercurio por el mercurio, la Luna por la plata o el Sol por el oro.

Afirmó que el ángel Raziel entregó algo más que un libro grabado sobre zafiro a Adán. Al libro lo acompañaba un talismán, una piedra mágica sobre la que había grabada una figura. El enigmático médico le dijo aquella lejana noche a Nicolás que quien había dado nombre a todas las cosas creadas había convocado su naturaleza en el principio de los tiempos, y que de igual modo que esos secretos se incluían en aquel libro legendario, así la naturaleza de todas las cosas había quedado atrapada en aquella piedra en la que, mediante fuego divino, se había grabado la misteriosa imagen talismánica.

—Debes disculpar mi extrañeza —conseguí decir después de haber escuchado semejante relato—, pero como científico me resulta imposible de creer todo lo que estás diciendo.

—No olvides que yo también soy médico —repuso—, y que la misma dificultad que tú tienes para dar crédito a esta historia la tuve yo, y eso que había visto con mis propios ojos aquel prodigio.

Aquella noche fue la última ocasión en la que hablé con el monje Nicolás. Al día siguiente partió de Córdoba de regreso a Bizancio y yo quedé sumido en la mayor de las confusiones, pero me consolaba pensando que mi estado mental no sería ni la mitad del que él mismo sufrió aquella otra mañana lejana, la que llegó tras la milagrosa resurrección de su abad. También aquella mañana hubo una despedida. El médico judío partió del monasterio y jamás nadie volvió a verlo. ¿De dónde había venido? ¿Adónde fue? Esas eran las preguntas que Nicolás se había repetido una y otra vez, y eran las mismas que habrían de cambiar mi vida, la vida de Hasday ibn Saprut, médico del Príncipe de los Creyentes de Córdoba, a partir de ese momento.

XVIII

Santillana del Mar.
Año 2002 de los cristianos. Mes de junio

—¿**Q**UÉ? ¿Có-mo he-mos dor-mi-do hoy?, ¿eh? —El señor Barreda se mostraba pletórico detrás de la barra de la cafetería. *Decididamente, aquella muchacha era un pecado*, se dijo.

—Muy bien, gracias. —Nicole se lamentó de que aquel hombre tan amable tuviera esa dificultad al hablar—. *Bueno*, se dijo, *al menos lo iba entendiendo cada vez mejor*.

Bajaron a desayunar también dos matrimonios de Madrid que llevaban ya un par de días hospedados en la posada, y luego también lo hizo un joven alemán que estaba de paso.

—E-se ha-ce el Ca-mi-no de San-tia-go de la cos-ta, ¿sa-be us-ted? —El señor Barreda se adelantó al interés que en Nicole suscitó el joven de pelo rubio revuelto y barba de un par de días.

Lástima, se dijo la francesa. El chico estaba ya acompañado de su mochila, dispuesto a seguir ruta hacia Comillas, según las explicaciones que el dueño de la posada le regaló sin que nadie se las pidiese.

—¿Y Rosita? ¿No está? —preguntó Nicole.

—Ha i-do a To-rre-la-ve-ga tem-pra-no, pe-ro no tar-da-rá. Es que hoy hay mer-ca-do a-llí.

Con dificultad consiguió averiguar Nicole que en Torrelavega había un mercado los jueves de cientos y cientos de puestos. Que aquello parece que no tiene fin, aseguró retorciéndose el bigote. Y resultaba que Rosita tenía la costumbre de ir de compras cada mañana del jueves. Es que era igual que su madre, dijo Barreda, y eso le dio pie a Nicole para preguntar dónde estaba la señora Barreda, que no se la veía.

—En el ce-men-te-rio, ¡que Dios la guar-de! —respondió él.

La joven creyó que había ido la señora a hacer allí también algún recado, pero pronto le aclaró el viudo que Paulina, que así se había llamado en vida, no estaba de visita en el camposanto, sino que se había empadronado allí hacía ya catorce años.

—Y des-de en-ton-ces na-da es co-mo e-ra —se lamentó el señor Barreda—. Me-nos mal que me que-dó Ro-si-ta.

Tras el desayuno, Nicole decidió pasear por Santillana. Por la tarde, ya se vería qué hacía.

Al salir de la posada Camesa se tropezó con una mujer delgada, elegante, de ojos rasgados y un atractivo que su edad madura no le había borrado. La reconoció como la mujer que la había saludado desde la ventana de la casona de piedra la tarde

anterior. Ambas se disculparon por su torpeza y se miraron a los ojos. La señora sonrió a la joven y Nicole vio en su mirada una profunda tristeza.

—Ha sido culpa mía, disculpe. Es que suelo ir distraída —se adelantó a decir la mujer.

—¡Oh!, nada de eso. He sido yo.

—¿Es francesa?

—¿Tanto se nota el acento? —Se ruborizó Nicole.

—En absoluto, lo que sucede es que tengo muchos amigos franceses y reconozco un acento donde los demás no advertirían nada —explicó educadamente la mujer—. Pero perdone, mi nombre es Ana. Ana Solares.

—Nicole Saintes —respondió la joven, alargando su mano en señal de saludo.

—¿Está de vacaciones?

—No exactamente —respondió Nicole—. He venido a perfeccionar mi español. Estaré al menos hasta Navidad por aquí.

—Vaya, yo también espero estar aún en Navidad por aquí —respondió Ana, sin que lógicamente Nicole pudiera advertir la amarga ironía de aquellas palabras—. Me encantaría que me acompañara alguna tarde a merendar. Véngase en un par de días a eso de las seis de la tarde, si le parece bien. Es que ahora voy con prisa, que me marcho a Liébana.

—¿Liébana?

—Claro, que usted aún no conoce esto. Liébana —aclaró Ana Solares— es una de las comarcas más bellas de Cantabria. Tenemos allí, mi marido y yo, una finca en la que nos dedicamos, bueno más bien yo porque a él la ecología le importa un comino, a recuperar animales, a dar asilo a perros abandonados y cosas así. Y es que me han dicho que hemos localizado a una loba que está para parir y la hemos instalado un receptor de esos electrónicos. Quiero ir a verla. —Ana miró con atención a la joven y añadió de pronto—: ¿Le apetece venir conmigo?

A Nicole la invitación le cogió por sorpresa.

—Volveremos esta misma noche —la animó Ana.

Y aceptó.

Media hora después, Aniceto, el hombre de confianza del matrimonio Ruiz de Lara en Santillana, conducía a la señora y a la joven Nicole en uno de esos automóviles que lo mismo valen para el asfalto que para trochas de mala muerte, quebradas y angostas hacia Puente San Miguel, donde enlazaron con la autopista y pusieron la maquinaria engrasada de aquel poderoso motor en dirección hacia Unquera. Allí dejaron la autopista y buscaron la carretera que, tras serpentear entre acantilados de ensueño por el Desfiladero de La Hermida, los habría de llevar a Potes.

XIX

Córdoba. Califato de Alhakén II. Año 970 de los cristianos

CREO haber dicho ya que el Príncipe de los Creyentes, Abderramán III, se cuidó de hacer de mí un héroe ante mi pueblo. Fui nombrado *nasí* o príncipe de las comunidades judías de Al Ándalus, pero los judíos veían tras esa decisión una vez más la mano de nuestro Dios, siempre velando por su supervivencia. Por mi parte, a veces me tentaba otra idea: si en verdad Yahvé velaba por nosotros, ¿por qué razón siempre nos veíamos obligados a huir de un lado a otro? ¿No le resultaría más fácil a Dios hacer su trabajo de cuidar de su pueblo elegido sin poner a sus miembros siempre a los pies de los caballos? ¿De qué tipo de favores gozábamos los judíos por parte del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob?

En cuanto a mí, siempre supe que el nombramiento que hacía el califa respondía más a un deseo de tener de su lado a los ricos judíos de la aljama y también a su propósito de tratar de compensar mi fidelidad, demostrada más allá de lo razonable haciendo que solo él disfrutara de los beneficios de la *triacca*.

Debo confesar, ahora que leo en los renglones de mi vida con toda la crueldad que suele destilar la luz de la verdad, que para mí aquel nombramiento fue una manera de calmar el dolor que sentía cada vez que uno de mis enfermos, necesitado de ese maravilloso remedio que yo había recuperado del olvido, se marchaba de mi consulta con cualquier reconstituyente para tratar simplemente de fortalecer su cuerpo.

Seguramente se dirá de mí en el futuro que mi deseo de salvaguardar el bien de los míos me llevó a mantener contactos mediante cartas con comunidades de otros lugares del mundo, y eso es cierto... en parte.

Es verdad que establecí contactos con las academias rabínicas de Sura y Pumbedita, o con las de Kairuán y Constantina. Y no es menos cierto que medié en cuanto pude por mejorar la dignidad de la vida de mis hermanos del sur de la vieja Galia y de la mítica península de Italia. Y también acertará quien diga que atraídos por mi fama y mi poder muchos judíos llegaron a Córdoba desde África buscando el amparo de mi jurisdicción. Pero hay cosas que solo se saben a medias.

Cuando un hombre guarda con celo un secreto, debe conservarlo en lo más hondo de su corazón y no confiarlo a nadie. A nadie. Solo Dios y él han de saber lo que solo él desea conocer. Y yo no fui consciente de eso aquella mañana en que llamé a Menahem ben Saruq, el arisco poeta y filólogo que se había convertido en mi secretario. Sí, el mismo Menahem al que luego mandé perseguir, encarcelar y hasta demoler su casa.

Muchos me preguntaron tiempo después el porqué de mi acción, que les parecía

desmedida, y seguramente también les parecía injusta, pero no se atrevían a decirlo en mi presencia dado mi poder. ¡Mi poder! ¡Yo, que pude haber curado a tantos y no lo hice!

—Hoy te voy a dictar otra carta, Menahem —dije mientras invitaba a mi secretario a tomar asiento en su mesa de trabajo, en el ala de estudio de mi casa.

—¿Será para otra comunidad judía, *nasí*? —Quiso saber mi secretario, que me miró con aquellos ojos suyos en los que siempre creía percibir una gota de resquemor.

—Sí —mentí, puesto que sabía que en realidad mis cartas no eran exactamente para las comunidades judías, y ni siquiera buscaban directamente su bienestar. En realidad, todas aquellas cartas, decenas de ellas dirigidas a emperadores y reyes y a rabinos de medio mundo que eran transportadas por legados del poderoso califa de Córdoba, eran siempre para un mismo destinatario, un destinatario al que nunca lograba localizar y que se llamaba Isaac ben Eliezer y era un médico extraordinario, capaz, según me había contado años atrás mi amigo el monje Nicolás, de resucitar a un muerto.

En todas aquellas cartas, lo mismo que en mis embajadas a favor de Abderramán III ante Otón I o ante la cristiana reina Toda de Navarra, solo buscaba una cosa: noticias, el más mínimo indicio del paradero del enigmático médico. Y fue por eso y no por otra cosa que escribí al rey de los jazaes.

Aquella carta, casi la recuerdo de memoria, estaba trufada, como siempre, de palabrería que pretendía distraer la atención del lector de mi verdadero objetivo, de modo que incluía fórmulas habituales como que a todos los embajadores que traían noticias a Córdoba les preguntaba por el bienestar de mis hermanos judíos, y añadía unas gotas de mesianismo aprovechando la creencia, que siempre me pareció absurda, de que el Mesías estaba al caer.

Sabía que había *gaones*, maestros rabínicos, que habían propuesto el año 968 de los cristianos como la fecha del advenimiento del Mesías, de modo que me valía de ese dato para preguntar su parecer al respecto a todo el mundo. Y cuando tuve noticias de que el pueblo de los jazaes, que étnicamente nada tenían que ver con mis hermanos, se había convertido al judaísmo allá en las orillas de los lejanos mar Negro y Caspio, pensé que era una buena ocasión para sondear sus ideas al respecto al tiempo que deslizaba en la misiva, como si el asunto fuera de interés menor, si conocían a un médico llamado Isaac ben Eliezer.

—Añade también —dicté a Menahem ben Saruq—: «... y si supiera la verdad, dejaría mi casa, tierra y grandeza e iría a toda prisa por mar y tierra hasta llegar al lugar donde reside Su Excelencia y donde se encuentran sus siervos, y donde viven en paz los supervivientes del pueblo de Israel».

—¿De veras iría hasta el reino de los jazaes para vivir en paz de acuerdo con la Ley? —Menahem me escrutó de arriba abajo, sabedor de la relajada interpretación de la Ley que yo hacía, algo que se había acentuado tras la marcha del monje Nicolás. Yo sabía que para él, hombre cuya vida discurría atropelladamente en el reino de la

Palabra Sagrada, mi manera de vivir la verdadera fe era un insulto.

—Por supuesto que no —mi sinceridad no era tanta como el deseo de herir el orgullo de aquel hombre que sabía que siempre me juzgaba en silencio—. *¿Dónde se puede vivir mejor que en Córdoba?*

—Entonces, ¿a qué viene tanta carta a los hermanos de medio mundo? ¿De veras se interesa por su bienestar o todas esas acciones diplomáticas no es sino mera fachada?

—Un médico siempre busca la salud de los hombres —respondí de la manera más evasiva que se me ocurrió. Sentía haber caído en una trampa como consecuencia de mi aversión creciente hacia mi subordinado.

—No es eso lo que yo pregunté —repuso mi secretario, antes de añadir con espíritu de funcionario—: ¿Hago que salga hoy mismo la carta al rey de los jazares? —Yo estaba a punto de responder que sí cuando añadió con insultante osadía—: ¿O podemos esperar a ver si llega o no el Mesías para que el *nasí* de Córdoba sea el primero en felicitarlo por su encarnación?

Perdí el control de mí mismo y cometí el error fatal que luego me llevaría a ser tan ruin como fui para con aquel devoto de la Palabra Sagrada. ¿Quién iba a imaginar que el destino sería tan cruel tiempo después?

—¿Crees que me superas en fe y en sabiduría, Menahem? —Traté de herirlo en lo más hondo de su soberbia, como él había hecho conmigo—. ¿Crees que tus poemas te harán inmortal? ¿O lo conseguirá el *Mahberet*, ese inservible diccionario de hebreo en el que siempre pierdes el tiempo? Si fueras tan inteligente como crees, hubieras entendido el sentido de mis cartas —y proseguí golpeando su orgullo con la brutalidad con que solo saben hacerlo quienes no emplean la fuerza bruta en sus agresiones al prójimo—. ¿A quién crees que se dirigen todas esas misivas? ¿A los reyes? ¿A los *gaones* de las academias talmúdicas? ¿No has reparado en nada que las emparenta, tan listo como crees ser?

Menahem ben Saruq estaba pálido. Sentí el placer de humillarlo, aunque para conseguirlo yo mismo había caído en la peor de las faltas: me había perdido el respeto a mí mismo y estaba quitándome una máscara pesada que llevaba durante muchos años ante un desconocido. Y es que, después de todo, ¿quién era Menahem?

Pero yo estaba fuera de mí. Había perdido el control y la frialdad debida para llevar a buen puerto el gran proyecto que tramaba desde que el monje Nicolás se marchó de Córdoba: encontrar al hombre que poseía el fantástico talismán de Raziel. Y cometí la torpeza final aquella mañana.

—¡Isaac ben Eliezer! ¡Eres un estúpido! Has escrito ese nombre en todas las cartas a lo largo de estos años y no has sido capaz de caer en la cuenta de ello. —Y en mi locura transitoria añadí—: Pero, claro, no tienes ni idea de quién ese hombre. ¿Qué vas a saber tú si no has visto más allá de tu miserable diccionario? ¿Qué puedes saber tú del talismán de Raziel?

—¡El talismán de Raziel! —Durante unos segundos, aquellas palabras parecieron

haber quedado pegadas en los labios de Menahem, y de pronto, el color regresó a su cara—. ¡El talismán de Raziel! ¡El talismán capaz de curar todas las enfermedades!

—¿Qué has dicho? —De pronto el estúpido era yo.

—Raziel entregó a Adán un libro escrito sobre un zafiro donde se contenían los nombres secretos de Dios y las intimidades de la creación. —Menahem hablaba para sí mismo, aunque lo hiciera en voz alta—. Pero hay tradiciones que aseguran que además le entregó un talismán, una piedra azul, en el cual Dios mismo había grabado a fuego una figura de poder. Dos Palabras mágicas activaban el amuleto y con él se podía curar cualquier enfermedad, incluso...

—Incluso devolver a la vida a los muertos —completé su frase al tiempo que me dejaba caer en una silla. Me sentía súbitamente agotado.

¿Cómo diablos sabía Menahem algo que casi nadie podía conocer? Eso solo se lo preguntará alguien que no conociera a aquel hombre, un verdadero cirujano de las palabras, de las cuales extraía sus raíces y hasta se diría que con ellas hacía zumo; un sujeto en cuya vida solo había legajos, papiros y rollos de la Ley; un hombre en cuyas venas tal vez no había sangre, sino tinta; alguien que había paseado sus ojos sobre todo lo que se había escrito alguna vez sobre su Dios.

Y aquella mañana, rendido después de haber obtenido el más triste de los triunfos sobre mi engreído secretario, le relaté la historia que había conocido a través del monje Nicolás. Y él, creo que aprovechando mi debilidad, supo sacar el resto de la información: que con aquel amuleto aspiraba a saldar la vieja deuda que había contraído con mi pueblo, al que dejé huérfano de la milagrosa *triacca* tras entregársela en exclusiva a Abderramán III.

—¿Y cómo puedes estar seguro de que una vez que consigas un talismán que el ángel de Yahvé entregó a nuestro pueblo no se lo darás otra vez al califa y traicionarás a las gentes de Israel? —Ese fue el puñal que me clavó en su despedida Menahem. Luego cerró la puerta y jamás volvió a mi casa.

Y ahora ya se sabe por qué perseguí sin desmayo a aquel hombre. No le pagué los servicios prestados, mandé demoler su casa, lo encarcelé y finalmente lo expulsé de Córdoba. Espero que algún día el Dios de todos me perdone.

Santillana del Mar.
Año 2002 de los cristianos. Mes de junio

A LREDEDOR de las cinco de la tarde Rodrigo llegó al caserón familiar de Santillana del Mar. La luz del nuevo sol hería las piedras de la mansión por fuera, pero no lograba tomar al asalto la sombra fresca del interior. Supo por Fernanda, la esposa de Aniceto, que su mujer había ido a Liébana, para lo del lobo. Rodrigo asintió, pero su atención estaba en aquel pergamino garrapateado con letras hebreas. Durante el viaje había telefoneado a un buen amigo suyo, Torcuato Soria, para ver si le podía echar una mano en la traducción del texto.

Sorprendió a Torcuato Soria en pleno rezo del mediodía. Era Soria tan ejemplar en sus conocimientos como en el cumplimiento de los preceptos de la religión católica. Torcuato era una eminencia en Teología y mil ciencias más, amén de uno de los hombres fuertes de la Iglesia en España. En fin, un hombre de confianza del Vaticano. Ejercía como profesor, ya en vísperas de su jubilación, en aquella universidad privada a la que el padre de Rodrigo, don Anselmo, quiso llevarlo en un lejano día.

La familia de Soria había seguido un destino similar a la de Rodrigo, solo que con más fortuna para el patriarca, un hombre rubicundo y de ánimo colérico a las primeras de cambio que se había llamado Ginés y que participó con don Anselmo en la formación de la CEDA cuando la República, y estuvo en todas las salsas del glorioso alzamiento nacional para salvar la patria de los bolcheviques. Y decimos que la familia de Ginés Soria tuvo mejor suerte porque el iracundo personaje, del que se decía que con sus manos había estrangulado a dos tipos que quisieron quemar la iglesia del pueblo cuando los jaleos anticlericales de aquellos tormentosos años — aunque otros afirmaban que él mismo era quien había pagado a los pirómanos para culpar a los republicanos—; el personaje, decíamos, había tenido siete hijos, y todos varones, que Dios premia a los suyos. Y los siete hijos habían sido todos hombres de orden y decentes. Y uno de ellos era Torcuato, un lince para las cosas del credo y para los idiomas, pues se manejaba con soltura en casi una docena, entre los cuales había lenguas con las que no se podía practicar, como el latín, el griego clásico, el arameo y el hebreo.

—Mándamelo por fax —le había dicho Torcuato—, que eso te lo traduzco yo de una patada.

Rodrigo llegó al despacho que tenía en la casa familiar de la villa románica e hizo una fotocopia del cuerpo del delito. Después, convenientemente abrigado por una

carpeta de plástico, ocultó el texto y envió por fax la fotocopia al bueno de Torcuato Soria, a quien, por cierto, hacía años que no veía. Lo recordaba, eso sí, como un hombre agrietado por los años, como él, que protestaba por todo eso que llaman democracia, pero que no es más que rojería y libertinaje, y que seguía siendo igual de escuálido que en su juventud. Todo en él eran las orejas y aquel bigotillo pintado a lápiz que conservaba como emblema de tiempos infinitamente mejores.

Aún no había regresado Ana de su excursión por Liébana cuando se escuchó el ruido del fax. El artilugio vomitaba lentamente la traducción del texto escamoteado a los archivos de la catedral soriana.

Llegaron tres folios. Dos de ellos contenían la traducción del documento hebreo; el tercero eran reflexiones de Torcuato Soria sobre lo que allí se decía y sobre la vida en general. Rodrigo leyó sonriendo aquellas ideas que hasta hacía un par de días habría podido hacer suyas.

Estimado Rodrigo, aquí tienes la traducción que me pedías, aunque debo confesarte que me asombra que un hombre como tú se interese ahora por memeces mágicas, y además que sean cosas de judíos. Ya sabes lo que siempre he pensado yo de esa raza, que lo mejor hubiera sido lo de Alemania: hacerlos humo.

No sé qué utilidad tendrá para ti este documento, pero eso es cosa tuya. Por mi parte, cumplo con mi deber de socorrer a un hombre de bien, aunque parezca que ha perdido el juicio.

¿Cómo está tu esposa? Yo, como podrás suponer a mis sesenta y seis años, sigo soltero, pero Dios me guía. Espero no morir sin ver a España fuera del peligro en que esta caterva de liberales y socialistas nos ha metido con tanta Constitución y tanta mierda.

Tuyo afectuoso.

T. S.

Rodrigo sonrió, dejó el papel sobre su escritorio y se dispuso a saborear la traducción del documento que había robado.

Vio que estaba firmado por un tal Eleazar ben Salomón en el año 1315 de los cristianos. Al parecer, se había redactado en El Burgo de Osma, donde en la Edad Media hubo judería, según descubrió Rodrigo rebuscando entre sus libros. Se sentó en el butacón de cuero negro que estaba junto a la ventana de su escritorio y miró distraídamente a la calle. Santillana del Mar seguía su vida, ajena a los pensamientos de Rodrigo, que viajaban sin control desde su preocupación por la salud de su esposa hasta el papel que sostenían sus manos.

Había hecho consultas. Buscarían a los mejores especialistas del mundo si hacía falta, pero no podía dejar de escuchar las palabras de su amigo, don Herminio, asegurándole que no había nada que hacer, que era cuestión de meses. Pero ¿cómo iba a amanecer el día sin Ana? Ana era su Levante, el orto por el que se desperzaba su piel a diario.

Trató de sacudirse aquellos fantasmas y leyó el papel que el fax había desembuchado.

Al principio, Yahvé, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, creó el cielo y la tierra. Más tarde creó al hombre y a la mujer y un paraíso para ellos. Pero el hombre cayó en la tentación y fue expulsado del Edén. Sin embargo, Yahvé nunca lo dejó solo. Por eso entregó a su ángel Raziel un libro con los secretos de la Creación grabado en un zafiro. Y ese libro llegó a manos de Salomón siglos después y el rey sabio lo mandó traducir del caldeo al hebreo.

Pero Yahvé, nuestro Dios, hizo algo más, algo que muy pocos supieron, solo los justos. Yahvé entregó al ángel Raziel otro tesoro, una piedra azul en la que grabó con el fuego divino una imagen de poder, la misma que aparece al final de esta carta. Y aquella piedra, forjada por Yahvé mismo, contenía la magia del primer día de la Creación, cuando los astros estuvieron en una posición que nunca jamás se podrá repetir. Y Yahvé le dijo al ángel las dos Palabras secretas de la Creación, las que activaban el talismán. Y a través de Raziel, el talismán y las Palabras llegaron a los hombres más justos del pueblo de Israel.

En su infinita justicia y sabiduría, Yahvé procuró que el talismán nunca se perdiera, y un día lejano llegó a Sefarad de la mano de Isaac ben Eliezer, que se lo entregó al más insigne médico judío de aquellos tiempos, Hasday ibn Saprut. Y una cadena de hombres justos, y también de mujeres, recogió el testigo que hoy, desconocido lector, tú mismo engordas. Tú serás el siguiente de aquella lista que forjaron hijos de Israel, seguidores de Alá y aún creyentes en Jesús el Nazareno. Una lista que aquí, en Sefarad, inició Hasday ibn Saprut y al que luego siguieron Baruc, Judá ben Baruc, Isaac ben Jacob al-Fasí, José ibn Migash, Meir José ibn Migash, Elías ben Meir y su esposa Zoraida con su hija Aixa, el esposo de Aixa —un antiguo templario llamado Nuño García—, el hijo de los anteriores que llevó por nombre Daud y que fue mi suegro, el padre de mi esposa Aixa. De mis dos hijos, Samuel y Rut, será la mujer quien soporte esta pesada carga.

Cuando sepas que el talismán que Yahvé entregó al ángel Raziel tiene las virtudes de regenerar la vida hasta el punto de que ninguna enfermedad puede prevalecer ante su fulgor, ni siquiera la muerte, si se ha producido antes de que se cumpla un día de la misma en el momento que se emplee el talismán para sanar al difunto, entonces comprenderás que no todo el mundo es capaz de soportar esa losa.

Mas querrás saber por qué te cuento todo esto, y es justo que lo desees. Te diré que tal vez en breve los hijos de Israel seamos perseguidos en Sefarad y que mi temor no nace por mí, ni siquiera por mi familia. Tengo miedo por este legado y por eso mi amigo, el canónico Sepúlveda, ocultará este testamento entre sus más preciados papeles. Sé que nunca traicionará mi memoria y cumplirá su palabra.

Has de saber ahora que el talismán de Raziel está oculto en Toledo, en la sinagoga de mi padre, pero las Palabras de Yahvé que le dan vida fueron grabadas por el abuelo de mi esposa, Aixa, en el claustro de la colegiata de un pueblo cristiano del norte al que llaman Sancta Illana. Están disimuladas en dos capiteles del claustro. Mi esposa dice que su abuelo, Nuño García, fue un templario que dejó los hábitos por amor a su abuela, cuyo nombre era el mismo que el de mi esposa y que era hija de padre judío y madre musulmana.

Te pido que recuperes el talismán de Raziel. Piensa como un templario para encontrar las Palabras y ten el corazón limpio para que Yahvé ponga en tus manos el talismán.

Eso era todo cuanto decía el misterioso manuscrito. Al final había un dibujo de lo que el autor del texto aseguraba que era el increíble amuleto del tal Raziel. Era una

forma triangular en cuyo centro había una extraña figura. A Rodrigo le parecía que podía ser muchas cosas, demasiadas para quedarse solo con una de aquellas posibilidades. Pero la figura era ahora lo de menos. Lo más urgente era resolver si todo aquello tenía algún sentido o si el que estaba en lo cierto era Torcuato Soria y lo mejor era prender fuego al papel y a todos los hijos de Israel juntos.

Pero tal vez porque Rodrigo estaba mutando sin advertirlo del todo, o tal vez porque aún no había regresado su esposa de Liébana y pocas más cosas tenía que hacer aquella tarde, el caso es que no quemó el documento traducido por Soria y se sirvió una copa de coñac. En la calle, el día se marchitaba y la luz del atardecer arrebatava dorados imposibles a las piedras de Santillana del Mar.

Córdoba. Califato de Alhakén II. Año 970 de los cristianos

AQUELLA tarde yo estaba en mi casa. No recuerdo bien qué hacía, pero sí que me incomodó profundamente escuchar a mi sirviente anunciar que había llegado un mensaje del califa Alhakén para que acudiese sin demora a Medina Azahara.

Hace ya dos años de todo eso, pero me parece que fue ayer.

Alhakén había subido al trono del califato en el año 961 de los cristianos tras la muerte de su padre, mi admirado y a la vez odiado Abderramán III. Y desde su llegada al poder había mostrado los mejores propósitos hacia mí y hacia todos los intelectuales que había en Córdoba, y puedo asegurar que eran muchos. Aquel hombre rechoncho, de cabellos rubios, grandes ojos negros, nariz aguileña y piernas demasiado cortas que hacían de él un sujeto extravagante cuando montaba a caballo, solo tenía dos palabras en su horizonte y las dos me eran queridas: paz y sabiduría.

El nuevo califa no solo me había mantenido como médico personal, sino que consultaba conmigo numerosos asuntos de Estado, en especial aquellos que tenían que ver con su gran pasión, que era la cultura. Estaba obsesionado con lograr que Córdoba no tuviera rival en ese campo y no cejó hasta completar tal vez la mejor biblioteca del mundo. Allí pasaba gran parte de su tiempo, y allí fui conducido aquella tarde.

Fui anunciado por un sirviente y poco después estaba ante su presencia. En la sala solo estaban Lubna, su secretaria personal y una de las mejores copistas de libros de Córdoba, y Fátima, cuyas manos competían en habilidad con las de Lubna a la hora de traducir libros.

Al principio no reparé en el hombre que estaba sentado de espaldas. Fue el califa quien me lo hizo notar.

—Mi buen Hasday, por fin has llegado. Este hombre es de tu raza, se llama Isaac ben Eliezer, y me ha traído libros de un lejano reino, el de los jazaes —el califa miró al extranjero para confirmar que había pronunciado bien el nombre de aquel pueblo.

¡Isaac ben Eliezer! Me quedé atornillado al suelo. Aquel hombre huesudo y de puntiaguda barba negra debía ser el médico extraordinario que conociera el monje Nicolás años atrás. Y de no ser porque el califa volvió a hablar, creo que aún seguiría allí, mirándolo embobado.

—Vamos, Hasday, toma asiento con nosotros —me invitó Alhakén.

Hablamos de muchas cosas aquella tarde, e incluso prosiguió la charla durante la noche, tras una cena que consumimos los tres sin salir de la biblioteca.

Isaac ben Eliezer era hombre de fácil conversación, no exenta de un sentido del humor que había enamorado al califa. A mí, en cambio, me cautivaba y me asustaba al mismo tiempo. Explicó que había llegado desde el lejano reino de los jazares en respuesta a mis cartas. Traía información sobre aquel pueblo, sobre su manera de vivir y sobre su organización política. El rey José, monarca de aquellas gentes, quiso expresar también su admiración hacia el gran califa cordobés y llevó a la ciudad numerosos presentes, de los cuales los libros habían sido los que rápidamente sedujeron a Alhakén y franquearon al embajador judío las puertas de Medina Azahara.

Una semana permaneció aquel hombre en Córdoba. Durante aquellos eternos siete días de hace un par de años, no encontré el modo de preguntar si él era el hombre de quien Nicolás me había hablado. Temía tanto que no fuera él como que lo fuera. Pensaba que, de no ser él, mis esperanzas se desvanecían para siempre; y si era él, ¿cómo podría convencerlo para que me transmitiera sus conocimientos?

Mi indecisión se resolvió la tarde anterior a su anunciada partida.

—Hasday, ¿es esto lo que buscas? —Aquellos ojos escondidos entre las arrugas me escrutaron hasta lo más hondo de mis entrañas. Isaac ben Eliezer puso en mis manos una piedra azul de forma triangular unida a un cordel mediante un engarce de metal. Era la piedra más azul que jamás había visto.

—¡Dios mío! ¿Es...? —Fue todo lo que acerté a decir.

—Sí, es... —rio aquel anciano—. ¡El talismán de Raziél! Tus cartas no mencionaban nada sobre él, pero yo sí sé leer entre líneas, no como tu antiguo secretario, Menahem ben Saruq.

Si alguien me hubiera clavado en aquel instante mil cuchillos, yo nada hubiera sentido. ¿Había pronunciado aquel hombre sabio el nombre del maldito poeta?

—No te extrañes, Hasday. ¿O crees que eres el único que puede escribir cartas al rey de los jazares y a medio mundo preguntando por un médico desconocido?

Al parecer, el odiado Menahem me había copiado la idea. Pretendía, no había duda, quedarse con el talismán si es que algún día encontraba a su portador. Pero ¿quién era yo para reprocharle nada? ¿No pretendía yo hacer lo mismo?

—¿Quieres el talismán de Raziél, Hasday? Pues quédatelo. Para mí es una carga demasiado pesada, y no quiero curarme una y otra vez de mis achaques. Incluso vivir eternamente cansa —el médico rio como el viejecillo que realmente era.

—¿Vivir eternamente? —pregunté como un idiota.

—¿Cómo crees que me llamo en realidad? ¿Isaac ben Eliezer? ¿Crees que soy viejo o crees que soy muy viejo? —Y añadió nuevas risitas.

—¿Cómo puedo saberlo?

—Te contaré una historia, Hasday, que nunca he contado. Una historia que debería servirte para comprender mejor de dónde mana el poder de este talismán. Una historia que te servirá para valorar si quieres de verdad poseerlo o no. Es la historia que explica quién soy y la razón por la que quiero dejar de ser quien soy.

En el principio de los tiempos el Señor de Israel creó el Edén y en él puso al hombre, me explicó quien yo conocía como Isaac ben Eliezer. Y el Señor prometió vida eterna al hombre, si el hombre se hacía acreedor de ella y respetaba ciertos estantes del conocimiento que Dios vedó para él. Y para expresar aquel compromiso selló con Adán la primera alianza, la alianza primordial. Un compromiso que exigía la pureza de espíritu que el hombre pronto perdió. Un acuerdo espiritual como jamás habría otro igual. Y Yahvé entregó a Adán el poder de su Luz concentrada en un talismán moldeado sobre una piedra azul y triangular.

—El poder de resucitar —explicó Isaac a Hasday— no es más que el pálido reflejo de la inmortalidad que el hombre perdió y un lastimero eco de los gritos de dolor que Adán profirió cuando perdió ese don maravilloso. Pero ¡ay!, un día tal vez todos los hombres alcancen de nuevo el nivel espiritual de aquellos primeros amaneceres, y entonces la Luz azul bañará a todos, Hasday, y los tiempos del Edén, la Edad de Oro, regresará a todos los corazones y a todos los cuerpos.

Nunca había oído yo nada de semejante alianza entre Yahvé y el hombre y así se lo dije a Isaac. ¿Tendría la bondad de explicarme en qué había consistido y cómo es que nadie sabía de ella? ¿Cómo había llegado a sus manos esa piedra maravillosa?

—Tal vez ahora que ya me he desprendido de esa piedra debería recuperar mi verdadero nombre —respondió el enigmático judío—. Llámame Ozías, pues así me llamaba hasta que me convertí en un nuevo Caín.

Ozías me explicó que el Señor había sellado tres alianzas con los hombres. Dos son conocidas, aunque eso quizá le costase reconocerlo a nuestro pueblo. Cada una tuvo un símbolo, y cada símbolo se perdió en el pozo sin fondo de la historia. Justamente la que él me había narrado era la primera de todas, y aquel talismán era su símbolo. Era la Luz.

La siguiente alianza, fruto del enojo del Señor con el hombre, fue producto del rigor, de la autoridad. El testimonio de la misma fue el Arca de la Alianza que mandó construir a Moisés. En su interior, bien lo sabía yo, reposaban las Tablas de la Ley, pero Ozías dijo que también allí adentro se dispuso el maná. Era una alianza, dijo, cuyo símbolo expresaba lo material, la comida, el pan, la carne que nos alimentó en el desierto.

Más incomodidad me generó la revelación de la segunda alianza. Ocurrió en tiempos en los que el Señor mostró de nuevo su infinita benevolencia para con su creación y selló un pacto en el que el amor sustituyó al rigor. El testimonio de aquel acuerdo fue una copa, un cáliz. La densidad de la carne había sido sustituida por la sangre, por el vino. Pero aquel cáliz que recogió la sangre del segundo pacto también se perdió. ¿Qué cáliz era aquel?, quise saber. Y ahí llegó mi incomodidad, pues Ozías se refirió al Jesús de los cristianos. Pero antes de que mi malestar por esa alusión pudiera dar paso al enfado, Ozías se las apañó para dejarme aún con la boca más abierta.

—Yo asistí a la pérdida del símbolo de la alianza de la carne y del rigor —dijo,

mirando por encima de mi hombro como si narrase en voz alta algo que nadie más que él podía ver.

—Si el símbolo de ese pacto con el Señor era el Arca de la Alianza, es imposible que tú hayas asistido a su pérdida —repuse—. El rey Nabuconodosor destruyó el Templo hace más de mil quinientos años.

Entonces Ozías rio. Era una risa cruel, me pareció por un instante. Tardé unos minutos en descubrir que su crueldad nacía de la más terrible traición que se pudiera imaginar.

—¿Has oído hablar de los Guardianes del Edén? —La boca de Ozías mostraba un rictus extraño después de sus carcajadas.

Ninguna noticia tenía yo sobre esas gentes, y así se lo dije. Y él me explicó que el Señor, cuando expulsó a Adán del Edén sabía que un día el hombre podría volver allí. De nuevo sería uno con Él y en aquellos dorados amaneceres otra vez sería inmortal, como el propio Dios. Y decidió entregar a través del ángel Raziel el símbolo de aquella primera alianza a Adán en recuerdo de lo que fue y como alimento de la esperanza futura. Y pasado el tiempo, en un momento remoto que Ozías no me quiso precisar, el talismán comenzó a ser custodiado por una cofradía secreta, una orden integrada por ocho hombres y una mujer. Ellos fueron los que engarzaron la piedra azul mediante un enroscado metal y la ataron a un cordel. Ellos custodiaban la esperanza de la Humanidad en espera de que el hombre volviera a ser inmortal en los brazos del Señor. Los hombres eran magos, médicos y astrólogos del pueblo de Israel y de los reinos de la lejana Mesopotamia. La mujer era una sacerdotisa egipcia, pues Egipto era la tierra donde los senderos de sabiduría que permitían el retorno a aquellos primeros momentos estaban menos cubiertos por el polvo del olvido.

¿Sus nombres? Eran nombres rituales. Los nueve nombres pasaban de maestro a adepto, pues aunque podía vivir eternamente gracias al talismán, ninguno cayó en la tentación de emplearlo hasta que la pureza reinase en el corazón de los hombres.

El talismán pasaba de uno a otro según la voluntad de Dios expresada en reuniones rituales periódicas en función del dictado de los astros. Una de aquellas ceremonias tuvo lugar en Jerusalén en vísperas del asalto de los soldados de Nabuconodosor. Era en el año 586 antes de que naciera el Jesús de los cristianos.

—¡Yo lo maté! ¿Lo comprendes? —Ozías lloraba amargamente.

—¿A quién mataste? —le pregunté desconcertado.

Y así fue como supe que es posible atravesar en diagonal el tiempo y no morir si vas de la mano del Señor. Y aunque sé que nadie me creerá, lo que tal vez sea la ventaja con la que siempre han jugado los Guardianes del Edén para pasar desapercibidos durante cientos de años, deberé completar el relato del que tuve noticia aquella noche.

Ozías me confesó que uno de aquellos hombres fantásticos se llamaba Isaac ben Eliezer, en realidad era uno de los nombres rituales que heredaban de los primeros nueve Guardianes. Isaac era un médico de asombrosos conocimientos que vivía en

Jerusalén. Y él, Ozías, había sido criado por aquel hombre después de que sus padres y toda su aldea hubieran encontrado la muerte bajo las dagas de unos bandidos. Ozías tenía solo dos años cuando el Señor de Israel llevó al médico ben Eliezer hasta aquella aldea humeante y pestilente tras el paso de la muerte.

Aquel hombre extraordinario recogió al huérfano, lo trató como a un hijo y le enseñó todo cuanto sobre medicina un galeno podía saber por aquellos pagos. Pero Ozías quería saber todo lo que su padre adoptivo sabía, y cuando fue rechazado para participar en las reuniones de la cofradía de los Guardianes del Edén, su odio fue medrando hasta no caber en su interior.

Aquella noche, en la víspera del asalto a Jerusalén por los soldados de Nabuconodosor, sus ojos negros vieron el fulgor perfecto de la Luz del Señor espejeando en el talismán a través de un minúsculo agujero de la pared. Escuchó las dos Palabras de poder y el encargo que le hicieron a su padre adoptivo de ocultar el talismán en la cueva de Macpelá.

No hubo paz en el corazón de Ozías desde ese instante. Alguien jalaba de sus entrañas pidiéndole lo que su corazón no quería hacer. Pero Ozías no sabía aún cuán perseverante y sutil puede llegar a ser el Mal, que también, como el azul más perfecto contenido en el talismán, es cosa de Dios y de su fábrica.

Y así ocurrió que Isaac ben Eliezer despertó sobresaltado aquella noche para ver que las manos que ahogaban su vida eran la del niño que dieciocho años antes encontró entre cadáveres de una aldea remota. Y por un fugaz instante, el que precede a la muerte, Isaac comprendió que el Señor no se equivoca nunca, aunque no lo entendamos, y que Caín y Ozías nacieron por alguna razón. ¡Alabado sea el Señor!

No recuerdo un silencio como aquel que siguió al relato de Ozías. *¿Cuánto duró? ¿Qué sé yo?* Pero, al fin, Ozías, que tal vez como penitencia eterna por su atroz crimen había dado en llamarse igual que el hombre a quien asesinó, habló, y lo que dijo me sumió aún más en un hondo pozo de dolor y angustia.

—Sé todo sobre ti, Hasday. Sé de tus aciertos y sé de tus errores. También sé los de Menahem, puedes estar seguro. Pero hay algo que no puedo perdonarte, y no es que hurtaras medicamentos a tu pueblo: es que olvidaras el poder de la Palabra Sagrada. Llevo toda mi vida purgando el haber violado la Ley de Dios y manoseando su Palabra para permanecer vivo en mi cobardía ante la muerte. Hoy me desprendo de mis miedos al darte el talismán y al dejar de usurpar el nombre que he empleado para honrar a quien maté y para olvidar a quien realmente soy, pero deberé exigirte un pago por ello, un peaje de humildad que te obligue a ser más digno de esa Luz de lo que yo lo fui.

Quise decir algo en mi descargo. Quise sollozar. Quise pedir perdón. Pero al final no dije nada y él añadió:

—Querías el talismán de Raziel y ahí lo tienes. Tuyo es. Ahora solo te faltan las Palabras de poder que lo hacen útil. Te faltan las Palabras Sagradas y perdidas. Aún tienes tiempo de encontrarlas antes de morir.

Y se fue.

Se marchó de mi casa y yo me quedé allí, como un muñeco en cuyas manos habían puesto una piedra azul triangular en cuya superficie había unas extrañas marcas. Sentí la tentación de ponerme al cuello el colgante, pero me contuve.

XXII

Santillana del Mar.
Año 2002 de los cristianos. Mes de junio

EL reloj del estudio de Rodrigo Suárez se había aventurado más allá de las nueve de la noche cuando el profesor de Arte jubilado se despertó al oír el rugido del poderoso motor del todoterreno. Se había dormido pintando en su sueño mil diseños de planes para salvar a su esposa y le pareció haber soñado una extravagante historia de magia, cábala judía y cosas de similar pelaje que ahora, al frotarse enérgicamente los ojos con las manos y ver mil fuegos artificiales con ellos cerrados, le parecían aún más increíbles. Pero al incorporarse, unos papeles resbalaron desde el sillón en el que había dormitado algo más de media hora. Eran los documentos traducidos por Torcuato Soria, y tuvo que convencerse a sí mismo de que todo aquel cuento del talismán de Raziel era verdad, al menos sobre el papel.

Miró por la ventana. Aniceto estaba aparcando el coche y su mujer se despedía de modo afectuoso de una joven de pelo corto que vestía unos vaqueros raídos y llevaba un jersey de color berenjena. Le pareció muy guapa y se preguntó quién sería.

—Cariño, ¿qué tal te fue en el viaje? —Ana estaba radiante. Parecía otra.

—Muy bien, y veo que a ti también te ha sentado de maravilla el aire de Liébana. No, si ya dicen que tiene un microclima especial —bromeó Rodrigo, sin dejar de pensar cómo era posible que aquella mujer estuviera agotando sus últimos meses de vida.

Ana le habló de la maravillosa jornada que habían vivido, de no sé cuántos perros y demás bichos que había en la finca, y lo mejor de todo, le dijo, era lo de la loba. Que tenía que haberla visto, que como ahora la tenían controlada mediante uno de esos aparatos electrónicos, la habían podido observar; que era maravilloso; que estaba a punto de parir y que pensaban velar por la manada. Y en uno de los escasos respiros que se tomó Ana, Rodrigo pudo introducir en el monólogo la pregunta sobre la identidad de la joven que había venido con ella.

—¡Es cierto, no te he dicho nada de Nicole!

Y le explicó quién era Nicole Saintes, que habían conectado la mar de bien, que no conocía Liébana y que volvió encantada y que, a lo mejor, había manera de buscarla algún trabajo en la finca. Estaba perfeccionando su español, le explicó, pero era licenciada en Literatura española.

—¿Y qué trabajo puede tener una mujer así en un centro como el tuyo? —se extrañó Rodrigo.

—Ya se verá, ya se verá.

Ana sacudió sus manos como quitándose aquella duda de encima.

—¿Y tú qué tal por ese pueblo de Soria?

—Tiene gracia, porque he ido a Soria y luego he tenido que acudir a Soria. — Rodrigo se hizo gracia a sí mismo.

—¿A qué te refieres? —Ana lo miró con curiosidad.

El profesor jubilado explicó sus andanzas por El Burgo de Osma, su encuentro con el señor Gorostiza y su inesperada reacción ante el texto que había caído casualmente de uno de los libros de la biblioteca.

—¿Lo robaste? ¡No me lo puedo creer! —Los ojos de Ana brillaban adolescentes con aquella luz que a él tanto le enamoraba.

Pues sí, lo había robado. Pero resultaba que estaba escrito en hebreo, y él, de hebreo, pues nada de nada. Entonces fue cuando llegó el momento de aclarar lo de Torcuato Soria.

—Sí —le dijo a su esposa—, ya sé que te resulta insoportable, pero qué quieres que te diga, saber de hebreo sabe, y mucho. —Y al final del discurso tendió el papel traducido a su mujer, que lo leyó con interés.

—Solo me suena uno de estos nombres —explicó Ana.

—¿Quieres decir que hay una pizca de realidad en esa fábula?

—Bueno, eso no lo sé. Solo te digo que Hasday ibn Saprut fue un médico de extraordinario talento que vivió en la época de Abderramán III, creo. Ya verás —salió del despacho de su marido y al poco regresó con un libro bajo el brazo.

De entre las líneas del tomo salió a relucir un mínimo perfil de Hasday, que hasta ese instante había sido un perfecto desconocido para Rodrigo.

Un tal Moisés ibn Ezra había escrito un libro titulado *El Libro de la disertación y el recuerdo*. En él se leía que tal Hasday, cuyo nombre completo era Abu Yusuf Hasday ben Isahaq ibn Saprut había nacido en Jaén. Su padre, Isaac ben Ezra ibn Saprut, había sido hombre de gran fortuna, mecenas incluso de una sinagoga en Jaén y protector de sabios rabinos y literatos. Ana desveló otros datos, como que había nacido en 910 y que murió en 970, que fue médico personal de los califas Abderramán III y Alhakén II, además de ostentar cargos políticos importantes.

Ana lo recordaba, porque de él se decía que había recuperado dos de los ingredientes perdidos de una composición farmacológica a la que llamaban *triacá* y que había sido algo así como la penicilina de aquellos lejanos días. Era uno de esos potingues que contenían toda suerte de ingredientes, desde opio a carne de lagarto y otras sutilezas similares. Pero el caso era que el tal Hasday recuperó las dos piezas del *puzzle* que se habían perdido, y eso le granjeó la amistad con el temible tercer Abderramán.

Al parecer, tuvo una vida política más que activa en aquellos años, pero a Ana el haber estudiado Medicina le servía para recordar algo más sobre el extraordinario judío. Buscó entre los libros y al final se hizo con la cita adecuada.

—Aquí está —sus ojos mostraban el triunfo mejor aún que su sonrisa—. Se dice que curó al rey Sancho I el Craso de su obesidad, pero que también fue el traductor,

junto con un monje griego llamado Nicolás, del famoso manual de medicina atribuido a Dioscórides titulado *Materia médica*.

—¿Famoso? Lo será para ti —corrigió Rodrigo.

—Tal vez. —Ana obvió la ironía de su marido y prosiguió—, pero el caso es que eso le hizo aún más renombrado en su época. Resultó que ese libro había sido un regalo del emperador Constantino VII de Bizancio al califa, pero estaba escrito en griego y nadie sabía traducirlo. Pasó el tiempo hasta que el emperador envió a un monje llamado Nicolás para que lo vertiese del griego al latín, pero se precisaba a un hombre de ciencia que dominase el latín para traducir los conceptos médicos al árabe.

—Y eligieron al tal Saprut.

—Así fue —confirmó Ana—. Su poder fue cada vez más grande en la corte de Abderramán y de su sucesor, Alhakén. Fue algo así como el príncipe de los judíos de Córdoba.

—Por tanto, uno de esos nombres corresponde a alguien que sí vivió en realidad —pensó en voz alta Rodrigo—. *¿Ocurrirá lo mismo con los demás?*

—Desde luego, a mí no me suena ninguno más —reconoció Ana—. Pero ¿qué interés puedes tener tú en todo esto? Lo lógico sería que devolvieras ese documento a la catedral. Envíalo por correo o haz que lo devuelva alguien.

Rodrigo le prometió que lo haría, pero no aclaró cuándo. De momento, había tomado dos decisiones y había concebido un proyecto, el más loco proyecto que pueda imaginarse. Pero para llegar siquiera a fraguarlo era preciso estar tan desesperado como él lo estaba. Y tan enamorado.

XXIII

Córdoba. Califato de Alhakén II. Año 970 de los cristianos

AÚN no había amanecido cuando el jinete partió de Medina Azahara. Ornar había sido muchas cosas antes de convertirse en uno de los jinetes más diestros y rápidos de cuantos tenía Córdoba. Y aunque no le era extraño el palacio, puesto que algunas ocasiones había formado parte de la escolta de Abderramán III, padre del actual califa, sí le pareció verdaderamente insólita la hora en que fue llamado, en mitad de la noche, y el sigilo con que fue conducido hasta un discreto rincón de un apartado jardín.

No se deberá pensar que Ornar no llegó a dudar si saldría con vida de aquella aventura, pues a pesar de que no era hombre al que se pudiese adjudicar crimen alguno, tampoco era de comportamiento intachable. O dicho en otras palabras: Ornar era como cualquiera de nosotros, verdaderos arlequines donde el negro y el blanco, la conducta sin tacha y la conducta que nos gustaría tachar en nuestro currículum conviven como una unidad. Por tanto, mientras era conducido al lugar donde se celebró la entrevista, Ornar andaba royendo en el interior de su mollera las distintas posibilidades por las cuales tal vez aquella fuera la última noche de su vida: alguna dama deshonrada, tal vez alguna bolsa de oro que se deslizó a su faltriquera aquella vez en que formó parte de la escolta de los recaudadores de impuestos... ¿Qué podría ser?

En otros momentos, Ornar se tranquilizaba: ¿a quién le podía importar en el palacio del califa que aquella moza de generosas caderas hubiera sido violada por él? Además, nunca quedó muy claro que la violara. A él siempre le pareció que no se resistió con demasiado ímpetu. Sí, se dijo, aquello no fue una violación. A ella le gustó, no había duda. Y si no, ¿por qué no dijo nada entonces?

En cuanto al oro, tampoco fue tanto como para que lo echaran en falta cuando ocurrió el desliz, hacía ya más de tres años, de modo que tampoco se lo ejecutaría por eso.

¿Para qué me llevan a Medina Azahara en plena noche?, se preguntaba Ornar, a quien gruesas gotas de sudor le resbalaban por la espalda cuando vio emerger de entre la espesa vegetación del jardín a un hombre que parecía el más viejo que él jamás hubiera visto.

—Me han dicho que eres el jinete más rápido de Córdoba —dijo sin más preámbulos aquel hombre de ojos como azabache que parecían poseer la fuerza de los de un muchacho a pesar de los cientos de arrugas que amenazaban con ocultarlos.

—Soy uno de los mejores —respondió Ornar, que en realidad pensaba y decía

siempre que era el mejor, solo que aquella noche el miedo estaba haciendo de él otra persona bien diferente.

—Llevarás esta carta esta misma noche a un hombre que se llama Menahem ben Saruq. Ahí tienes la dirección. Y no has de cabalgar, sino volar. —¿Había cierta amenaza en la voz de aquel anciano? No, sin duda no, se tranquilizó Ornar, quien cada vez tenía más claro que aquella moza, la de la jarana en pleno olivar, había gozado como una yegua la noche de marras y que él no iba a morir por ello.

—¿Quién debo decir que envía la carta? —Quiso saber el mensajero.

—Di que la envía el Dios de Israel —respondió enigmáticamente el anciano antes de girarse dando la espalda al hombre que, según le había confiado el propio califa, era el más diestro jinete de la ciudad.

Ozías sintió que cuanto tenía que hacer en Córdoba estaba cumplido. Al día siguiente abandonaría la ciudad con la conciencia tranquila, una sensación que no había tenido desde hacía más de mil quinientos años. Y es tiempo, que tal vez para Dios sea un suspiro, para un mortal como ahora él lo era, era mucho, mucho tiempo.

Cuando el Sol quiso darse cuenta, el médico y embajador del rey de los jazares ya había dejado atrás la ciudad de Alhakén II. Atrás dejaba el más poderoso don que Yahvé entregó a Adán después de su propia vida, solo que él, Ozías, no cometió el mismo error que Dios al darle a un solo hombre el talismán y las Palabras de poder. Adán no merecía aquel don y lo desperdició. Lo mismo que él lo había desperdiciado después de usarlo solo en su propio provecho durante tanto tiempo.

En Córdoba había dos hombres que tal vez lo merecieran, pero primero debían darse cuenta de que ninguno de ellos era nada sin el otro, como ningún hombre es nada sin Dios.

Y así, cuando el Sol quiso darse cuenta, Hasday ibn Saprut ya llevaba muchas horas mirando el talismán de Raziel y preguntándose dónde encontraría las Palabras de poder que necesitaba.

Y cuando el Sol quiso darse cuenta, Menahem ben Saruq ya había leído la carta que un veloz jinete le había entregado. El jinete dijo llamarse Ornar y puso en sus manos el pergamino sellado con una figura que le resultó vagamente familiar. En algún escrito había visto una imagen similar.

—¿Quién envía esta carta? —preguntó el poeta a Ornar.

—Me dijeron que te dijera que la envía el dios de Israel —y Ornar regresó a Córdoba con más dinero que el que robó tiempo atrás, pues el misterioso anciano le había pagado generosamente, y preguntándose si no estaría despierta aquella jaca morena con la que tanto disfrutó en el olivar.

Menahem abrió cuidadosamente la carta. No quería romper por completo el sello en el que se reproducía aquella figura que le había llamado tanto la atención. Luego, leyó la breve nota de Ozías, quien no obstante había firmado por última vez como Isaac ben Eliezer, en la que le confesaba haber recibido sus cartas a lo largo de los últimos años, así como que en manos de otro hombre dejaba en Córdoba el talismán

de Raziel y que a partir de esa misma noche, solo él, Menahem, conocía las Palabras secretas de Dios con las que el talismán cobraba vida. Aquellas Palabras eran las mismas con las que la carta concluía.

Los ojos del poeta leyeron primero las dos Palabras con tanta delicadeza como si quisiera acariciarlas. Lo hizo dos veces, pero no pudo hacerlo una tercera porque lágrimas de emoción se lo impidieron.

En verdad, aquella carta la enviaba el Dios de Israel.

XXIV

Roma.

Año 2002 de los cristianos. Mes de noviembre

EL mes de noviembre había sorprendido a los romanos con una temperatura fría. El viento cruel arrebató gotas de agua al río Tiber al peinarlo y algunas hojas doradas pasaron volando delante de la ventana del hotel en el que se hospedaba Rodrigo desde la noche anterior.

¿Dónde estarían los árboles que aquellas hojas habían desarropado? ¿Dónde estaba el racimo de creencias que habían proporcionado hospitalidad a Rodrigo durante toda su vida? Miró alrededor. La habitación era excelente, como no podía ser de otro modo por el precio que pagaba por cada noche. El servicio sonreía y era extremadamente amable, pero sin caer en la adulación. Eso sería de un terrible mal gusto.

Los muebles eran de color crema con ciertos tonos verde botella. Las cortinas no rompían la disciplina cromática y hasta el aseo se mostraba dócil y en todos sus integrantes brillaba una sonrisa ocre, esterilizada y cordial.

Rodrigo estaba nervioso, ¿a qué negarlo? Uno no deja de creer en el Dios de Pedro y Pablo después de haber rezado el *Jesusito de mi vida* y pedido que lo libren a uno de la tentación y de las revoluciones paganas durante sesenta años sin que en la mutación no chirrien ciertas clavijas. No es tan sencillo pensar una mañana que Dios todo lo ve a pasar a convencerse de que aquello no podía ser cierto, que de ser así no dejaría Dios que una mujer como Ana se fuera de la mano de un cáncer cruel. En el corazón de Rodrigo el proceso alcanzaba a veces caracteres épicos. Lo suyo era una hazaña bélica. Y para colmo, hoy tenía pensado visitar la Biblioteca Vaticana, que era algo así como plantarle cara al fantasma de su antiguo Dios en el siniestro castillo en el que el populacho decía que estaba su hombre de confianza en la Tierra.

Eran las nueve de la mañana. Había concertado la cita para las diez. Tenía tiempo de volver a repasar sus notas, y lo hizo.

Hacía cinco meses que Rodrigo había puesto en marcha su desesperado proyecto. Cinco meses se habían esfumado de entre sus dedos y de la vida de Ana sin que él hubiera hecho grandes avances. Y el tiempo, cruel, mantenía su rumbo imperturbable hacia la muerte de su esposa.

Desde que descubrió aquel singular documento en la catedral de El Burgo de Osma, y Torcuato Soria, su amigo el políglota fascista, se lo tradujo no había perdido ni un solo momento. Era el capitán de un buque que presentaba una vía de agua feroz que lo enviaba al fondo del océano y de pronto había visto en aquella historia hebrea sobre un talismán mágico un chaleco salvavidas y decidió nadar hacia él, aun

sabiendo que el mar era bravo y había una distancia enorme entre el chaleco y él: una distancia legendaria construida con miles de años. Pero un hombre desesperado es un loco, y a veces puede resultar un loco maravilloso. Y más si su demencia nace del amor.

De modo que cuando regresó Iraola tras dar santa sepultura a su madre en el pueblo de Orio, Rodrigo puso en marcha la primera parte de su plan, y tras entregar al extravagante profesor de Arte, a quien el entierro de su madre parecía haberlo envejecido de pronto diez años, las notas y fotografías del famoso manuscrito número siete de El Burgo de Osma, le hizo una pregunta que dejó a Iraola mudo durante unos instantes.

—Y tú que sabes tanto de esas cosas, ¿has oído alguna vez hablar de un ángel llamado Raziel?

Iraola, que aún estaba enterrando en su corazón a su madre, se demoró cinco segundos más de lo habitual en rescatar de su memoria la información, que luego aliñó con referencias de uno de aquellos libros de la cordillera que siempre había sobre su mesa.

Del ángel Raziel, informó, poco se sabía, aunque todo ello era de lo más jugoso. Al parecer, ese ángel entregó a Adán en el lejano tiempo del Edén un libro, el *Libro de los secretos de Dios*, donde había toda suerte de información mágica capaz de alterar la naturaleza de las cosas. Pero ese libro no se había escrito con tinta ni sobre un pergamino, sino sobre un zafiro. Y luego, con el paso del tiempo, todos sus dueños resultaron ser las mentes más afiladas de la magia hebrea, pues entre ellos había oído mencionar a Enoch, a Noé y, por supuesto, la hilera de nigromantes incluía a Salomón, que lo mandó traducir del caldeo al hebreo y lo dividió en siete partes.

¿Qué más se sabe de esa obra? Por lo que Iraola conocía, en tiempos de Alfonso X el Sabio se había traducido y completado con otros documentos de magia, porque, al parecer, el *Liber Razielis* es un compendio de magia cabalística. Iraola le aseguró que en la Biblioteca Vaticana había una versión latina del mismo, y le anotó en uno de esos papeles amarillos que tanto acostumbraba a emplear el melencólico profesor la referencia:

Manuscrito Reg. Lat. 1300

Por supuesto, en ningún momento le habló Rodrigo del talismán ni del resto de cuanto el manuscrito hebreo que había hurtado de la catedral soriana contenía. Le pareció que aquella pista, la del *Liber Razielis*, era suficientemente sólida. Si es cierto que hay leyendas sobre ese ángel y hasta un libro de magia lleva su nombre, tal vez fuera también verdad que hubo un talismán capaz de curar todas las enfermedades, y aun incluso arrebatarse a los hombres de los brazos de la muerte. Y su proyecto siguió moldeándose con dedos de loco enamorado.

Todo cuanto hasta este instante había logrado averiguar tenía cierto aroma de verosimilitud. Ya sabía que Hasday ibn Saprut había existido, que fue un médico

afamado en tiempos de Abderramán III y de Alhakén II. Iraola le confirmó que del ángel Raziel se han dicho y escrito algunas cosas, aunque parezca increíble. Y él buscó en Internet más datos que completasen lo que hasta ahora sabía, sin embargo, en ninguna parte se hablaba del talismán que tanto anhelaba, ni mucho menos de las dos Palabras divinas que lo activaban, tal y como el firmante del escrito robado, el tal Eliezer ben Salomón, aseguraba.

Eliezer había dejado escrito que el talismán estaba en oculto en la sinagoga de su padre en Toledo. ¿Qué sinagoga podría ser? ¿Cuántas sinagogas tenían los judíos Toledo a finales del siglo XIII o comienzos del XIV? ¿Cómo buscarlo?

En cuanto a las Palabras benditas, el texto afirmaba que fueron disimuladas en dos capiteles del claustro de la Colegiata de Sancta Illana por un caballero que había sido templario, llamado Nuño García. Y esta parte de la cuestión, que parecía la más sencilla, pues Sancta Illana no era otro nombre que el que se dio a Santillana del Mar en tiempos lejanos, tampoco había arrojado ni el menor resquicio de luz.

Era cierto que autores como Juan Núñez, en sus *Comentarios*, habían denominado a Santillana como Castra Atiliana, o que Lafuente y Flórez, siguiendo a Ptolomeo, prefirieron nombrarla como Concana, pues les pareció a todos ellos en su momento que entre el Pico de Vispieres y las demás colinas de alrededor, entre ellas la de Altamira, el lugar de Santillana era una especie de cuenco. Pero también se tropezó con nombres como el de Planes, que tal recibió esta aldea por los siglos IX y X, pero desde el siglo siguiente el nombre que triunfa es el de Sancta Illana, en recuerdo de Santa Juliana, que era Señora del lugar desde que a él llegaron sus reliquias.

Sancta Illana de Camesa, Sancta Illana de Asturias... Fueron el prólogo de la historia de Santillana del Mar.

Rodrigo había ido al claustro decenas de veces desde entonces en busca del testamento esculpido por el templario Nuño García, pero no había dado con él.

Ana, a la que mantenía en la ignorancia de su proyecto, lo había acompañado varias veces, y también esa chica, la nueva amiga que se había echado su esposa, la francesa. ¿Qué buscas exactamente? Dínoslo y tal vez te podamos ayudar, le decían. Pero él se mostraba esquivo. Temía alentar esperanzas frágiles en el corazón de su esposa y fracasar.

A veces, en las horas de desesperación recorriendo el claustro de la Colegiata, se interrogaba sobre su salud mental. ¿Quién lo iba a creer? ¿Cómo era posible que él mismo creyera si quiera por un instante que aquella leyenda podía ser real? Sin embargo, se respondía al momento, había algo que lo llevaba a buscar y a confiar.

Rodrigo no sabía que su nuevo Dios tiene esa manía, la de hacer soñar despierto y encarnar los sueños vistiéndoles de azar.

La salud de Ana, en tanto, se había deteriorado paulatinamente. El cáncer era implacable y se mostraba dispuesto a cumplir el vaticinio del señor Herminio. Si el galeno estaba en lo cierto, a la esposa de Rodrigo le quedaba poco más de un mes de vida, y él se había marcado tres obligaciones antes de que el año llegara a su fin. La

primera era rastrear la existencia o no del talismán entre los documentos del único lugar donde, según Iraola, se conservaba copia latina del enigmático *Líber Razielis*: en El Vaticano. La segunda misión sería resolver el crucigrama de la Colegiata de Santillana del Mar, y para ello debía averiguar cosas sobre los templarios, pues Eliezer bien claro lo había dejado escrito: había que pensar como un templario para descubrir las Palabras de Dios. Y, finalmente, estaba el talismán. ¿Permanecería en Toledo? Y aunque así fuera, ¿cómo podría él recuperarlo?

Días atrás su nuevo Dios se puso de nuevo en contacto con él. Esta vez empleó una noticia del *Telediario*. Al principio no prestó demasiada atención al reportaje, pero de pronto escuchó la palabra *Sefarad*, el nombre que los judíos daban a la Península Ibérica, y a continuación el locutor mencionó Toledo. Entonces levantó la vista de los libros que había ido acumulando sobre cábala, templarios y cuanto le parecía que podía tener relación con su estrambótica búsqueda y prestó atención.

El reportaje hablaba de una exposición, *Memoria de Sefarad*, que se había inaugurado el día 12 de octubre y que aún estaría abierta hasta el próximo mes de enero en el Centro Cultural San Marcos. Miró las imágenes, escuchó el resto de la información, y decidió que debía ir a Toledo. Pero antes estaban Roma y el Vaticano, donde dormía agazapado el recuerdo del Dios que él había inhumado en lo más profundo de su corazón.

Córdoba. Califato de Alhakén II. Año 971 de los cristianos

ERA la octava noche de la fiesta judía de *Hanuká* o de las Luces. El rabino Baruc se disponía a encender la última candela de la lámpara *hanukiyá*. Había disfrutado como hacía años que no lo hacía de aquella fiesta en compañía de sus cinco nietos y del resto de su familia. Había sido generoso con ellos a la hora de los regalos que son costumbre en esa fiesta, y las manos de las tres niñas y de los dos varoncitos se fueron de casa del abuelo repletas a rebosar de monedas y dulces, amén de llevar la barriga mucho más gruesa que cuando llegaron como consecuencia de un verdadero festín del buñuelo de *hanuká*, un dulce típico de aquella festividad.

Baruc contemplaba las ocho luminarias ahora encendidas y reflexionaba sobre cuánto habían cambiado los tiempos desde que su pueblo decidió conmemorar esa festividad durante ocho días del mes de *kislev*, el diciembre cristiano.

Muchos siglos atrás, en el 165 antes de la era de los cristianos, los hermanos Macabeos habían derrotado al sacrílego heleno Antíoco Epífanés, que había osado contaminar el Templo de Jerusalén con el culto a Zeus. El muy insolente quiso que el pueblo elegido hiciera lo propio, pero la mano del Señor se alzó contra él encarnada en las de los hermanos Macabeos.

El Dios de Israel había regresado al Templo y era hora de purificarlo. Fue entonces cuando ocurrió el milagro, y lejos estaba Baruc de pensar que aquella noche también él iba a asistir a uno de los sucesos más asombrosos que jamás pudiera imaginar.

La leyenda dice que en la ceremonia de purificación del Templo se pretendió encender la lámpara del *sanctasanctórum* cuando se descubrió la terrible circunstancia de que no quedaba entre las provisiones del templo aceite consagrado nada más que para un día. Pero el Dios de Israel asistió a su pueblo, y milagrosamente la lámpara permaneció encendida durante ocho días, hasta que la revuelta de los Macabeos logró el triunfo definitivo. Y en memoria de aquel hecho asombroso, los hijos de Israel, y el rabino Baruc el primero de entre ellos, conmemoraban aquellas fechas encendiendo cada noche uno de los receptáculos, con mecha y aceite, con los que cuenta la lámpara *hanukiyá*, hasta que al término del ciclo de ocho días están todas las mechas encendidas.

El rabino Baruc colocó su lámpara junto a la entrada de su casa, de modo que todo el mundo supiera que allí había un judío. Lejos estaba el viejo Baruc de sospechar que con el paso del tiempo sería peligroso en Sefarad anunciar dónde vivía

un hijo de Israel. Afortunadamente, Baruc no tenía que preocuparse aún de eso. Bastantes quebraderos de cabeza tenía él con atender su sinagoga y a su familia. Y luego estaba aquel colgante de la piedra azul y el nunca descifrado recado que quiso darle su viejo amigo Hasday ibn Saprut hacía ya un año, cuando murió.

Baruc se sentó en su rincón favorito y, mientras contemplaba la piedra azul que sostenía en una mano, rumiaba distraído uno de aquellos pasteles de queso tan deliciosos que había hecho Judit, la esposa de su hijo mayor, Dan. ¡Cuánto hubiera dado porque su hijo menor, Judá, estuviera allí! Pero Judá, filólogo y poeta que había apostado por Menahem ben Saruq como maestro, se había sentido herido cuando Hasday, tiempo atrás, había perseguido de manera implacable a su maestro y decidió, por así decirlo, exiliarse de Córdoba por esa causa al tiempo que se distanció de Baruc por el mero hecho de que este seguía concediendo su amistad a Hasday.

¡Los jóvenes son tan impetuosos! ¿El tiempo curará también esa enfermedad?, preguntó Baruc a Yahvé mientras daba otro mordisco al pastel de Judit.

El pastel, como acostumbraba a ocurrir con todo aquello que hacía su nuera en la cocina, era exquisito.

¿Qué quiso decirme Hasday aquella noche, maldita sea?, se interrogaba una y otra vez Baruc.

Como siempre que había una fiesta importante a lo largo de ese año, Baruc había visitado la tumba de su amigo Hasday, y ahora, de noche y en la intimidad de su hogar, volvió a rememorar aquellos últimos instantes de vida de su amigo.

Había sido avisado a última hora de la tarde. Hasday se moría.

Baruc llegó a tiempo para ver la sonrisa del médico, casi más una mueca de despedida que otra cosa. Y luego ocurrió.

Hasday murmuró algo. Baruc interpretó que pedía que se acercase al lecho y así lo hizo. Entonces, la mano de Hasday aferró el brazo derecho de Baruc con una fuerza impropia de quien está a punto de cruzar el umbral de la muerte. El rabino se vio obligado a agacharse y, al oído, Hasday susurró un nombre: *Raziel*. Después, de alguna parte sacó una hermosa piedra azul unida a una cuerda mediante una tosca filigrana de metal y se la puso en las manos. Fue lo último que hizo en esta vida Hasday ibn Saprut.

Baruc ofició los ritos mortuorios y desde entonces la piedra azul iba con él.

Raziel. ¿Qué quiso decir Hasday? *Raziel* era el nombre de un ángel de Dios. Hasta ahí llegaban los conocimientos de Baruc. Pero ¿qué demonios tenía que ver con esa piedra?

Había pasado un año desde entonces y el rabino seguía reprochándose no haber desvelado aún aquel misterio. Dio un nuevo mordisco a su pastel de queso y escuchó a lo lejos los cascos de un caballo. A Baruc le pareció extraño. Era demasiado tarde para que nadie anduviera por la aljama. Luego, sus ojos se fijaron en el *sevivón*, la perinola con la que habían jugado sus nietos durante aquel día. El juguete tenía cuatro lados, y en cada uno de ellos estaba escrita una de las letras hebreas iniciales de una

frase: «Un gran milagro ocurrió aquí». Era un juego típico de esa fiesta de las Luces. Se rememoraba un milagro, pero otro no menor estaba a punto de suceder.

Los cascos del caballo sonaban ahora más cerca de la casa.

No, sonaban al lado de la puerta. Baruc se incorporó.

Alguien llamó.

¡Judá! ¡Era Judá, el hijo menor de Baruc! ¡Judá, el poeta! ¡Judá, el filólogo!

Padre e hijo se abrazaron como si supieran que después de aquel abrazo el mundo iba a desaparecer, o tal vez como si a su alrededor no hubiera realmente más mundo que el que ellos dos superpoblaban; un mundo hecho de abrazos y lágrimas.

—¡Judá! ¿Dónde has estado? ¿Cómo estás? —Mil preguntas se apretujaban en la lengua del rabino.

—Padre, estoy bien. Vengo para quedarme —en los ojos de Judá había agua.

—¡Gracias, Yahvé! —exclamó Baruc mirando al cielo, y luego su vista se detuvo otra vez en la perinola con las iniciales de la frase: «Un gran milagro ocurrió aquí».

—Tengo un regalo para ti, padre —dijo Judá, alargando un ramillete de textos—. Son algunos poemas míos, y también algunas de las *teshubot*, de las preguntas y polémicas que hemos sostenido los discípulos de Menahem con los del maldito Dunás.

—¡Hijo, no te consiento la blasfemia! —protestó Baruc.

—Lo siento, padre.

Baruc leía por encima, orgulloso, algunos de aquellos escritos obra de su hijo. Pensó que al día siguiente los estudiaría con todo el detalle que requerían. Ahora lo que deseaba era charlar con Judá y saber... De pronto, algo llamó su atención. *¿Qué era aquello?*

—¿Y esto qué es? —preguntó el rabino a su hijo.

—¡Ah! ¿Eso? —dijo distraídamente Judá—. La verdad es que no lo sé muy bien. Un día me lo regaló el maestro Menahem. Dijo que tal vez yo, con tu ayuda, lograría hacer la voluntad de Yahvé. La verdad es que nunca me explicó nada más.

Se trataba de una nota muy breve firmada por un tal Isaac ben Eliezer dirigida a Menahem ben Saruq. En ella el desconocido aseguraba haber recibido las cartas que Menahem al parecer le había enviado. También lo informaba de que dejaba en Córdoba en manos de otro hombre un talismán, pero que las Palabras de poder que lo activaban eran aquellas con las que la nota concluía. Eso era todo. ¿O no? No, no lo era, porque lo que había llamado la atención de Baruc hasta hacerlo palidecer era el sello que lacraba aquella nota. Aunque había sido roto parcialmente, la figura era clara: se trataba de la misma imagen que parecía grabada a fuego en la piedra azul que Hasday le había entregado antes de morir.

Y fue entonces cuando en la mente de Baruc fue ganando espacio una idea peregrina. Un talismán, Raziél, Palabras de poder... Miró de nuevo la perinola de sus nietos y luego a su hijo Judá y cayó en la cuenta. Aquellas eran las Palabras de poder y él tenía en sus manos el talismán del que la misteriosa nota hablaba. Y exclamó:

—¡Un gran milagro ha ocurrido aquí!

SEGUNDA PARTE

«En esta sepultura está la fuente de la sabiduría enterrada».



I

Roma. Año 2002 de los cristianos

HUBO un tiempo lejano en el que Ignacio Ruiz de Lozoya y Rodrigo Suárez de Lara fueron amigos y creyeron en el mismo Dios. En aquellos años de meriendas con chocolate y pan que los demás niños no se podían permitir porque sus padres no eran tan poderosos ni habían sido en muchos casos lo suficientemente fieles a sus convicciones tantas veces escritas en las páginas de *El Debate*, Ignacio y Rodrigo valoraron la posibilidad de ser mártires. Se mostraron incluso de acuerdo con el instrumento para su martirologio: las balas de los *rojos*, aquellas malvadas criaturas de las que habían tenido noticias espiando tras las puertas de los despachos de sus padres. Y en su ingenuidad habían perfilado la silueta del *rojo*: se trataba de un homínido —es la mayor ración de humanidad que estaban dispuestos a concederle— artero y cruel, hábil para disimular el rabo que los emparentaba con el diablo, al que todo el mundo sabía que servían y para el cual, durante la guerra, habían ordenado agostar sus buenos cientos de parroquias hasta que no quedara ni la más minúscula astilla de confesionarios ni crucifijos. Por lo demás, el *rojo* parecía un hombre común —o mujer, que esas eran las peores. Siempre al acecho de la virtud del santo—, pero esa era su estratagema favorita y su más poderosa arma.

De modo que habían decidido que si Dios los ponía en esa prueba, ellos solos y con sus manos asaltarían la más alta atalaya y el más inexpugnable alcázar de aquellas huestes crueles y allí, henchidos de la gloria del Señor, a él entregarían sus almas.

Sesenta años más tarde, y a la espera de que Rodrigo cruzara el umbral de su despacho vaticano, el cardenal Ignacio Ruiz de Lozoya sonrió con benevolencia a aquellos dos niños que lo miraban desde un recuerdo cada vez más borroso y pintado con torpes trazos blancos y negros sobre una España gris.

Se preguntó cómo estaría Rodrigo. Hacía más de diez años que no se veían y poco más sabía de él que aquellas cartas cada vez menos frecuentes que ambos se intercambiaron durante todos aquellos años en los que él fue trepando por la soga de la Iglesia hasta estar a un paso de acariciar al Dios de Roma. Por lo que de él sabía, en ese tiempo Rodrigo se había labrado un inmejorable currículum como catedrático de Historia del Arte.

El cardenal Ruiz de Lozoya, aunque no quería admitirlo, estaba nervioso. Presentía que su encuentro con el amigo de la infancia sería exponerse al reflejo severo del espejo de la verdad. Su impecable manicura, sus modales de hombre de

mundo, su reloj dorado y los intachables trajes cortados por las firmas más nobles del mundo de la moda que se agrupaban en su armario lo habían alejado demasiado de aquel niño con vocación de mártir. ¿Le habría sucedido lo mismo a Rodrigo?

El cardenal sabía que su amigo no había tenido hijos en su matrimonio. Algunas veces se vio tentado a considerar que don Anselmo llevaba razón cuando decía que la falta de prole de Rodrigo se debía a un castigo de Dios por haberlo desobedecido casándose con aquella mujer de baja cuna y, lo que es peor, según el cardenal averiguó tiempo después: de cuna roja. *Sí, pensó, mejor así.* «¿Qué hubiera ocurrido si el niño que nunca nació hubiera sido un *rojo* como su abuelo materno? ¿Hubiera podido Rodrigo cumplir su infantil promesa de abrazar el martirologio?».

—Monseñor, está aquí el señor Suárez de Lara —su asistente se manifestó surgiendo de la nada.

—Gracias, padre Paolo —con un gesto, el cardenal invitó a Paolo a franquear las puertas a Rodrigo mientras él se adelantó para recibirlo sobre aquella alfombra roja de varios centímetros de grosor que lo aislaba a uno del suelo tanto como el Vaticano lo aislaba a él del niño mártir que nunca fue.

—¡Ignacio, Ignacio! —Rodrigo entró siguiendo a su sonrisa y a sus manos.

Se abrazaron.

El cardenal se separó unos centímetros de su amigo: los justos para someterse al reflejo del espejo del tiempo. Y lo que vio no le gustó. Rodrigo tenía el aspecto de un hombre famélico al que unas ojeras sombrías aguaban la fiesta que quería ser su sonrisa. El cardenal, uno de los hombres más inteligentes que Rodrigo había conocido jamás —y lo mismo le sucedía a todo el minúsculo y, sin embargo, todopoderoso Estado Vaticano—, procesó la información recibida y concluyó en que algo atormentaba a su viejo amigo.

—Estás magnífico —mintió el cardenal como solo un cardenal sabe hacerlo: muy bien. Luego prosiguió su escrutinio a la vez que mostró habilidad para seguir hablando—. ¿Qué haces tú aquí, hombre de Dios?

—Pues tal vez eso, Ignacio, comprobar si Dios está por aquí —bromeó Rodrigo mientras trataba de fortalecer aquella sonrisa que había tomado prestada de sus recuerdos.

Hablaron durante algo más de media hora, tiempo en el que por aquel lujoso despacho vaticano desfiló una España que solo unos pocos vivieron en color y con la barriga llena. Recordaron el colegio, y los padres jesuitas y los viejos sueños de desinfectar la patria de *rojos*.

¿Recuerdas?, invitó al viaje por la memoria el cardenal a Rodrigo. Y sí, claro que recordaba, pero cada vez había más bruma en aquellas latitudes de su cerebro. Solo vagamente atinaba a bocetar la figura de dos niños en pantalón corto, bien peinados y magníficamente comidos que iban del aula a la sacristía y de la sacristía al aula, que rezaban más veces al día de las recomendadas por prescripción profética a un mahometano y a los que las manos les perdían la virtud alguna que otra noche al

acostarse.

Sí, lo recordaba todavía.

—De modo que quieres consultar algo en la Biblioteca, ¿no es así? —El cardenal centró el problema entre sorbo y sorbo de jerez dulce de modo exquisito.

—Sí, es una tontería —mintió Rodrigo. Pero él no era cardenal, de modo que lo hizo mucho peor, y además añadió una historia inservible para salir del paso—. Me he jubilado, ¿sabes?

—Vaya, no lo sabía —lo interrumpió el cardenal, que seguía procesando datos—. ¿Y cómo lo llevas?

—Regular, Ignacio, regular. El caso es que, por hacer algo y estar entretenido, le estoy echando una mano a un joven profesor que estuvo conmigo en la Universidad estos últimos años, Julio Iraola. Es un tipo de esos raros, melencólicos, ya sabes... —miró al cardenal y este asintió. Sí, ya sabía de qué tipos hablaba Rodrigo. A lo mejor eran de la misma especie que ellos soñaban con decapitar siendo niños—. Bueno, pues que anda el hombre metido en el proyecto de escribir un libro sobre magia, astrología antigua o algo así, y como necesitaba información sobre algunos documentos, pues le estoy echando un cable.

El cardenal asintió y esperó a que el pez siguiera jalando del sedal. Lo único que hizo fue llenar los dos vasitos de grueso, y seguramente carísimo, cristal con el tentador jerez. Y Rodrigo prosiguió con la que él había concebido como convincente excusa para estar allí.

—Y así ando, ayudándole un poco por entretenerme. He podido ver así con otros ojos algunos lugares en los que no había reparado y ahora estoy aquí.

—¿Qué lugares son esos tan maravillosos, Rodrigo? ¡Llévame contigo! —La risa del cardenal tensó el sedal.

—Ninguno, hombre, ninguno. ¿Qué sé yo? No sé. He estado en la catedral de El Burgo de Osma, me he dado mil vueltas por el claustro de la Colegiata de Santillana del Mar... Y ahora estoy aquí.

—¿Qué hay de mágico en esos sitios?

—Nada. En realidad, nada.

Rodrigo sentía en el paladar cómo el anzuelo empezaba a clavarse arteralmente, de modo que probó a sacudir las aletas y cambiar el timón de navegación.

—¿Es cierto que es tan grande la Biblioteca Vaticana?

—¿Cómo? ¿No has estado aquí nunca? —Ignacio Ruiz de Lozoya había anotado en su agenda mental la conversación. Nunca se sabe qué querrá Dios de nosotros y cuándo. Después, dio paso a la cortesía—. Pues nada, vamos para allá, que te voy a dejar en buenas manos.

Se dirigían a la máquina del tiempo más real que existe, a la cueva de Alí Babá de la literatura y la historia, de la verdad y la mentira sustraída al mundo. Dicen que allí dormitan más de ciento cincuenta mil manuscritos que aún no están siquiera catalogados. Tal vez la historia del mundo conocido debiera reescribirse en muchos

de sus capítulos si un día fuera posible que los hombres en los que Dios ha puesto toda su complacencia dejaran a los demás mortales acercarse a la luz del conocimiento. Aquí está el Árbol de la Ciencia, pero podado y en un invernadero sobre cuyo tejado ondea la cruz.

Es cierto que hay tesoros cuyo soporte se destruiría con solo ver la luz del Sol, por lo que parece lógico que sigan a buen recaudo, pero a Rodrigo, nada parecido ya al niño que quiso ser mártir por un Dios que ahora le parecía un desconocido, empezaba a incomodarle profundamente la idea de que aquellos sujetos, los cardenales como su amigo, se hubieran arrogado el papel de custodios perpetuos de la verdad. Por lo que sabía, solo unos cuatro mil investigadores al año son autorizados a entrar en este santuario que cuenta con fondos millonarios.

La Biblioteca se distribuye a través de kilómetros de estanterías que se ven completadas por las decenas de kilómetros con que se confeccionan los intestinos del Archivo Secreto. Allí hacen la digestión carpetas veteranas, informes venerables y verdades disimuladas empleando en la operación los más eficaces sistemas para alertar sobre la presencia de humo, de insectos o de ladrones. ¿Tendrán también sistemas para desenmascarar a Jesucristo si este tuviera interés en rescatar de allí su propia historia?

—Padre Corradi —el cardenal se acercó a un joven de pelo cortado a cepillo, delgado, fibroso, de ojos activos—, este es el amigo de quien le hablé. Ya sabe —aclaró el cardenal como si no supiera el tal Corradi lo que había que hacer—, el profesor español que me había escrito solicitando ver unos documentos.

—¡Ah, sí, el *Liber Razielis*! Ya se lo tengo preparado —dijo en impecable español el padre Damiano Corradi.

—¿No ves? Ya te dije que te dejaba en buenas manos —el cardenal se despedía—. Te veré antes de que te vayas, ¿no? ¿Comemos juntos? Venga, adjudicada la comida.

Y se fue.

Rodrigo quedó allí, inerte ante los ojos sagaces de Corradi, que para entonces ya habían hecho una radiografía del hombre sesentón que tenía ante sí.

—Y dígame, ¿qué sabe usted del *Liber Razielis*? —preguntó Rodrigo en un intento de autodefensa.

—Seguramente menos que usted, imagino —los ojos negros del italiano habían cacheado la mochila que acompañaba al profesor—. Con usted hemos tenido manga ancha, ya sabe. ¿Le importa que lo acompañe?

—En absoluto —mintió Rodrigo, tan mal como lo había hecho ante su viejo amigo el cardenal—. ¿Qué me dice de Raziel?

—Ya sabrá usted que es un libro que se dice que el ángel Raziel entregó a Adán y que fue escrito en un zafiro. Luego sufrió un periplo que lo llevó a caer en manos del rey Salomón y fue este monarca el que lo dividió en siete partes. Alfonso X el Sabio mandó traducirlo y completarlo y se presenta en su versión latina también en siete

partes, tal vez las misma con las que lo dividió Salomón: *Libro de las claves*, *Libro del ala*, *Libro de los sahumeros*, *Libro de los tiempos*, *Libro de la purificación*, *Libro de los cielos* y *Libro de las imágenes*.

Los siguientes minutos los empleó Rodrigo en tomar notas y en tratar de mostrarse realmente interesado por lo que Corradi y el manuscrito decían. Y cuando creyó prudente tantear a ver qué se sabía de lo que realmente le había llevado allí, creyó advertir cierta inseguridad en su interlocutor.

—Y de ese ángel, Raziél, ¿no hay más información aquí? ¿No se cita en ninguna parte algo sobre un talismán que la leyenda decía que fue suyo?

—No. Que yo recuerde, no.

Corradi se rehízo y disimuló su duda inicial.

—Le aseguro que cuando el cardenal Ruiz de Lozoya me habló de su interés por el *Liber Razielis* mandé rastrear todo cuanto conocemos sobre el ángel y el Libro. Pero, claro —añadió refiriéndose a la Biblioteca y al Archivo Secreto—, tenga en cuenta que este es un mundo aún por explorar.

Invocaciones, sahumeros, hechizos, alusiones a ángeles y astros... Durante más de una hora Corradi dio cuenta a Rodrigo de los detalles más desconcertantes sobre esa peculiar temática. Aquel hombre parecía saberlo todo sobre el tema y Rodrigo estuvo a punto de preguntarle si era lección aprendida para la ocasión o disciplina de su profesión, pero se contuvo.

Todo aquello estaba muy bien, pensó. Confirmaba todavía más la leyenda de Raziél, pero del talismán, nada de nada. Debería indagar en otra dirección, pero el tiempo se escapaba. Pensó en Ana, en su salud cada vez más deteriorada, en las sesiones de quimioterapia que habían robado su pelo, en otro tiempo dorado y fino. El tiempo se escurría entre sus dedos, se le iba, como Ana, para siempre.

—¿Se encuentra bien? —Damiano Corradi lo sacó de sus reflexiones.

Dijo que sí, pero mintió peor aún que las otras veces. Luego se excusó. Debía irse esa misma tarde, y si quería comer con el cardenal, debía darse prisa. Corradi asintió profesionalmente.

La comida con su viejo amigo fue servida en el despacho del cardenal. ¿Qué cargo tienes aquí exactamente?, quiso saber Rodrigo entre la langosta y una carne exquisita, como jamás había comido nunca —y eso que pocos restaurantes de lujo había dejado sin pisar en su vida—. El cardenal respondió sacando de paseo su sonrisa y exhibiendo el dominio que da el entrenamiento palaciego.

—Ya sabes lo que son estos sitios —como si Rodrigo no hubiera hecho otra cosa en su vida que dormir custodiado por la Guardia Suiza—. Unas veces me mandan aquí y otras allá.

Rodrigo lo miró y se preguntó si él estaría tan joven como aparentaba serlo Lozoya. Tenían la misma edad, habían estudiado juntos durante años y hasta habían corrido alguna juerga de juventud descubriendo los secretos de Venus en lugares en los que Dios no solía hospedarse.

—Ya me imagino —dijo Rodrigo por decir algo. Pero se guardó para sí la pregunta de si realmente había muchas personas que pudieran mandar a Lozoya allí dentro *unas veces aquí y otras allá*.

El café sirvió para hablar de política, para reconstruir los años de ausencia y para ir comprobando, en cada frase, que cada vez se conocían menos.

Al abandonar el despacho, provisto de un monumental habano de lo mejorcito de Cuba, el cardenal preguntó a Rodrigo.

—Ojo con el habano, que es *rojo* —sonrió. Luego trató de medir la hondura del pozo lanzando una piedra—. ¿Estarías dispuesto a ser mártir para acabar con los que los fabrican?

Rodrigo lo miró y quiso ver al Lozoya de la infancia, pero no lo vio.

—Tú estás más cerca de Dios que yo, Ignacio. Tú sabrás lo que Dios quiere. Pregúntale, y, cuando lo sepas, me escribes. Ya sabes la dirección.

El cardenal Ignacio Ruiz de Lozoya construyó con fatiga su última sonrisa para Rodrigo. Después dio gracias a Dios por la comida, y seguramente por el habano cubano y socialista, y se apresuró a llamar al padre Damiano Corradi para ver en qué había quedado todo aquello del ángel y la magia, más que nada para cerciorarse de que la información que había recibido de España era la correcta.

II

Lucena. Año 1141 de los cristianos

EL pueblo judío está permanentemente haciendo la maleta. Pocos lugares han sido suelo estable para ellos durante un tiempo suficientemente grande como para que terminaran creyéndose flor del lugar con sólidas raíces. Tal vez Lucena, Eliossana, fuera una de esas bellas excepciones. Sin embargo, incluso en el momento en que se van a reconstruir algunos sucesos verdaderamente asombrosos que aquí tuvieron lugar, la incertidumbre planea sobre el pueblo que se denomina a sí mismo *Elegido*.

La tierra comienza a temblar bajo los pies de los hombres que rezan la oración vespertina en la sinagoga local y en la cual vamos a penetrar a continuación. No, no se trata de un terremoto, de un capricho de la naturaleza, sino de un inminente cataclismo político, otro más. Y ya van muchos, tal vez más de los que cualquiera pueda soportar, desde que falleció en el lejano año de 976 de los cristianos el califa Alhakén II, el benefactor de la cultura cordobesa, el hijo de Abderramán III y el segundo califa al que sirvió Hasday ibn Saprut. Su muerte fue la antesala de la tragedia posterior y solo el primer acto del drama del pueblo judío, cuya continuación está al caer; será cosa de siete años más allá del momento en que entremos en la sinagoga de Eliossana. Pero antes, cedamos a la tentación del recuerdo para que lo que está por venir se digiera mejor. Un buen vaso de pasado servirá para empujar hacia el estómago el presente convulso y el inminente futuro amargo.

La muerte de Alhakén II supuso una lenta pérdida de poder de la minoría árabe que había controlado las riendas en Al Ándalus. Por todos los lados se observaba el incremento, tanto en cantidad como en calidad, de la etnia bereber, en especial en el ejército, en cuyo seno un oscuro sujeto llamado Mamad ibn Abi Amir comenzaba a descollar. Los cristianos lo llamaron después Almanzor, pero en aquellos años nadie pudo sospechar que pudiera escalar la montaña del poder con la rapidez y precisión con que lo hizo. Desde un invisible puesto en la curia de *qadi* de Córdoba alcanzó la magistratura de la *sara* o policía.

Al pueblo judío esas tramas palaciegas en principio no le importaban nada, pero todos sabían que su seguridad dependía del capricho del califa de turno, y tras Alhakén II el joven y débil Hixem II no dejó de ser un guiñol cuyos hilos movía a voluntad Almanzor. ¿Qué sería del pueblo *Elegido*? ¿Cómo los protegería Yahvé?

Almanzor limpió de bardas su camino hacia el poder. Aisló al joven califa desterrando de su lado a los *fatàs*, los esclavos esclavos que lo servían más directamente, y también la influencia judía en el palacio califal menguó. ¿En qué

estaba pensando Yahvé?

Almanzor eliminó a sus posibles rivales políticos y comenzó una agresiva política militar contra los reinos cristianos que lo llevó incluso a saquear monasterios poderosos y hasta la catedral de Santiago de Compostela. Veinticinco campañas militares consecutivas entre los años cristianos de 976 y 987 tendrían también otras consecuencias, como una creciente presión fiscal. Y cuando se habla de dinero, siempre se termina mirando hacia el pueblo de Israel. ¿Por qué tardaba tanto Yahvé en ayudar?

Tras el dictador, nuevas intrigas palaciegas repletas de crímenes donde la ambición se apuraba en copas cargadas de veneno. Aquellos hombres pretendían perpetuar sus nombres, pero ahora nos cobramos la triste venganza de ni siquiera nombrarlos. Sepa el lector, en cambio, que el pueblo de Israel se balanceaba en aquella tela de araña política en un constante y precario equilibrio.

Y pasados los años, el viejo califato quedó desmembrado y de su recio tronco salieron ramas de débiles: los reinos de Sevilla, Córdoba, Toledo, Badajoz o Zaragoza; las plazas de Valencia o Murcia, o las de Granada y Málaga.

¿Y el pueblo de israelí? ¿Qué fue de él?

El pueblo judío, con la mente afilada y adiestrada de quien no tiene el poder militar ni el político pero que se sabe más inteligente que el bruto que lo ostenta, estaba viendo desde hacía años que los lobos habían entrado en el corral. Las diferentes facciones que se enfrentaban en la desangrada Al Ándalus pedían ayuda a los reinos cristianos sin advertir que caían en una trampa letal que se urdía más o menos así: a la petición de ayuda respondía el rey cristiano de turno prestando la colaboración solicitada previo pago de una elevada cantidad, pero luego, si la empresa resultaba exitosa, exigía periódicos pagos o *parias* al reyezuelo musulmán a cambio de no atacarlo a él mismo.

Durante años, los judíos llevaron en Lucena una vida discreta, alejada de esos manejos, pero conscientes de que un día todo podía cambiar. Y el primer indicio lo tuvieron cuando se escuchó por vez primera la palabra almorávide por las callejuelas de esa ciudad en la que había más judíos que estrellas en el cielo. ¿Quiénes eran aquellas gentes que así se llamaban?

Por las calles de Lucena circuló la historia de que se trataba de tribus salvajes del norte de África que habían llevado su fe en el islam hasta las costas de la locura. Los reyezuelos taifas se debatían entre pedir ayuda a aquellas gentes para zafarse de las *parias* cristianas o soportar la humillación de pagar a los cristianos temiendo que el integrismo almorávide les hiciera perder de igual modo su endeble poder. Sin embargo, esa duda se disipó en 1085, cuando el rey cristiano Alfonso VI tomó la importante ciudad de Toledo. Todos supieron que era el primer paso para que los toscos guerreros de la cruz se hicieran con toda Al Ándalus, y así fue como se decidió pedir ayuda a los almorávides.

Su ferocidad fue tan perjudicial para los cristianos como para los judíos, muchos

de los cuales debieron coger sus casi siempre preparados equipajes y huir hacia donde podían.

¿Ir al norte? ¿Cómo serían recibidos por los cristianos? Fue así como algunos buscaron refugio en uno de los pocos lugares de aquel mundo loco y violento en donde Yahvé parecía haber materializado otra *Tierra Prometida* a escala: Lucena. ¿Cuánto tiempo tardarían en hacer otra vez el equipaje?

Todo eso había ocurrido desde la muerte de Hasday ibn Saprut. Pero ¿y el talismán de Raziél? ¿Qué fue de él?

Entrenados para la sorpresa como ya lo estamos tras saber que un hombre malvado llamado Ozías fue capaz de vivir más de mil años usando el poder de la piedra azul, a nadie podrá extrañar que Judá ibn Baruc siguiera vivo todavía en Córdoba gracias al don maravilloso del talismán.

Así había ocurrido. El hijo de Baruc, el rabino amigo de Hasday ibn Saprut, recibió aquella maravillosa herencia de su padre. Pero no solo empleó el talismán en beneficio propio, sino que con él curó a numerosas personas de las más diversas y crueles enfermedades, cumpliendo de ese modo el viejo anhelo de Hasday.

Habían pasado muchos años, pero el talismán seguía en Córdoba y en sus manos. Lástima que nadie, ni siquiera él, supiera que aquella piedra era el símbolo de algo más sagrado de lo que pudieran imaginar. Curar y resucitar cuerpos no es nada si se compara con la inmortalidad de todos los hombres. Pero eso ya solo lo sabían, si es que seguían existiendo en algún lugar del mundo, los viejos Guardianes del Edén.

Mientras tanto, ¿qué sucede en la sinagoga de Lucena en este día del año cristiano de 1141 en el que ahora nos encontramos? Asomémonos.

El *jazán*, el principal lector de la Torá en la oración vespertina, había terminado la lectura. Se había entonado el *qadís* y el texto sagrado se había atado usando una cinta cuyo fin era justamente el de salvaguardar la integridad de la pequeña patria de todo judío, la que siempre habitaba su corazón más allá del lugar donde viviera su exilio. Porque el judío, estuviera donde estuviese, no tenía más patria que un libro.

En Lucena, *la perla de Sefarad*, casi toda su población estaba formada por hijos de Abraham. ¿Por qué sentía entonces el viejo rabino José ibn Migash que estaba en un mundo extraño?

El rollo santo había sido leído como tantas otras veces. El lector utilizó, para no contaminarlo mientras señalaba el renglón por el que sus ojos paseaban, un puntero denominado *yad* que había sido majestuosamente trabajado por un artesano de forma que finalizara como la mano de un hombre cuyo dedo índice estuviera extendido. Ese dedo simbólico usaba el lector para no perderse mientras el texto giraba sobre las dos guías en las cuales se enrollaba. Dichas guías, verdaderas obras de arte en plata, trabajadas con el mimo que solo un orfebre judío sabe poner para las cosas de su Dios, estaban coronadas por sendos pináculos, los llamados *rimonin*, exquisitamente confeccionados en plata y oro y repletos de piedras preciosas incrustadas. El color rojo del rubí rivalizaba en pureza con el verde de la esmeralda para ver quién

provocaba más admiración ante los hombres.

El viejo *gaon*, el presidente y gran rabino de la Academia de Lucena, miraba todo desde una distancia kilométrica. Su vida, ahora estaba seguro, se extinguiría al poco que las siete candelas de las lámparas que colgaba del techo de la sinagoga gracias a un sistema de poleas fueran apagadas. *Pero, pensó, seguramente siempre quedará una luz para la esperanza, como siempre quedaba una luz encendida en la sinagoga.*

Los hombres, atado convenientemente el rollo de la Torá, se dispusieron a trasladarlo desde el *bimá*, el estrado desde el cual se había producido la lectura, hasta el *Arón ha-qódes*, el arca santa ganada al muro y en la cual se guardaba la Torá envuelta en ricos paños.

Por supuesto, los hombres eligieron el camino más largo desde el *bimá* hasta el arca santa, de manera que de ese modo se expresara el dolor que la comunidad sentía al ver que la Torá se alejaba, al igual que cuando la sacaron de su bendito reposo la llevaron sin demora hasta el estrado para que rápidamente los asistentes al oficio pudieran advertir el beneficio de su presencia.

José ibn Migash observaba cómo los pies de los hombres se deslizaban por las alfombras que diseñaban el pasillo desde el estrado hasta el *Arón ha-qódes*, pero se diría que estaba mirando más allá. ¿Adónde miraba el rabino?

Una vez guardada en su residencia santa, los hombres dejaron caer la *perójet*, una cortina que recordaba a la del viejo Templo de Jerusalén, la que ocultaba el Arca a los ojos de los hombres. Y en la espesura de los miles de recuerdos de una vida larga dedicada al estudio y a Yahvé, la mente del venerable José ibn Migash recordó lo que el libro del Éxodo decía: «Y pondrás en el Arca el testimonio que yo te daré».

¿A quién daría él, José ibn Migash, su propio testimonio de cuanto pasó en Lucena?

Cuando la comunidad abandonó la sinagoga, el rabino se sintió súbitamente fortalecido. Lejos quedaba de pronto aquella sensación que había experimentado durante la ceremonia que le decía que aquella sería su última oración vespertina, que no escucharía la Ley por la mañana. Y aprovechando aquel vigor, que en el fondo él sabía que era transitorio, decidió escribir su propio *testimonio* de cuanto había ocurrido en la *perla de Sefarad*, la sorprendente historia de un talismán azul.

III

Santillana del Mar.
Año 2002 de los cristianos. Mes de noviembre

NADIE lo sabía con certeza, pero los indicios habían servido a Ana para reconstruir en su imaginación la tragedia que se había cernido sobre los montes lebaniegos tres meses atrás, justo el tiempo que hacía que en *su hospital de animales*, como solía calificar su marido aquel proyecto de utópicos ecologistas, había un nuevo inquilino. Y aquel inquilino se había convertido en algo más que un animal para Ana.

La tragedia debió suceder, aproximadamente, tal y como la imaginación de Ana la había reescrito:

La tierra tembló con sus pisadas. Eran media docena de hombres que interpretaban la ancestral danza del hombre que aterroriza al lobo, porque esa es tal vez la versión original del viejo cuento.

En los pueblos se había corrido el rumor de que otra vez había vuelto el asesino del ganado. Una loba había parido, decían. ¿Qué sería de las ovejas cuando aquella camada tuviera sables en la boca con los que desgarrar sus carnes? De modo que había que hacer algo y media docena de valientes subieron a las peñas para arrostrar el peligro.

La loba los olió. Su olfato tiene el entrenamiento de quien logra sobrevivir gracias a ese sentido. Y comenzó a mudar la lobera de emplazamiento una y otra vez burlando a las gruesas botas de caza, toscas, embarradas y crueles. Pero las botas iban sembrando las peñas con temibles cepos de hierro y con raciones de carne emponzoñada de estricnina. ¿Lograría la loba salir con vida de aquella ratonera en la que se habían convertido las peñas?

En los pueblos se rezaba para que los valientes bajaran el cuerpo de la bestia, que era la misma que movía con el amor más tierno a sus lobeznos prendidos de sus aterradores colmillos.

Una mañana, tras haber acomodado a tres de sus cuatro cachorros, la madre hacía el recorrido portando al último de los truculentos pequeños. Los valientes cazadores la vieron y el más diestro de ellos disparó. La primera bala rebotó en la roca y la loba logró esquivar la segunda. Las siguientes la empujaron, sin ella darse cuenta, a la zona donde los cepos abrían sus fauces a la espera de darle el abrazo fatal. Pero su instinto la hizo recelar del olor a carne fácil con la que los valientes habían sembrado las brañas y los pedregales y ella misma tal vez se relajó sin advertir que incluso aquello había sido la más astuta de las estrategias. Fue entonces cuando escuchó los disparos.

Las botas gruesas y embarradas habían alejado a la loba, que aún portaba entre sus dientes al último lobezno, de la lobera donde la esperaba el resto de su camada. Los valientes habían encontrado presa fácil en aquellos cuerpecillos oscuros y rechonchos y no fue preciso gastar más de tres balas para conjurar futuros peligros. Las ovejas podrían pacer tranquilas.

Ahora, muertos los lobeznos, sería cuando la loba se delataría. Y así ocurrió.

La madre, con los ojos rebosantes de lágrimas invisibles, olvidó por unos instantes casi todo, menos a su último y amado retoño, al que ocultó entre la maleza con su hocico antes de afrontar la que sabía sería su última carrera.

Corrió hacia la lobera, donde había escuchado los tres disparos, como solo las madres que lean lo que aquí se escribe podrán entender. Se detuvo de vez en vez para alzar al cielo su trufa sensible, pero la cegó el amor de madre y cuando se quiso dar cuenta una de sus patas traseras había sido mordida por el cepo de hierro, que reía con sus dientes apretados alrededor del hueso quebrado. El dolor de la loba no era por su pierna; era por sus cachorros.

El resto fue sencillo. Estaba allí, con la pata ensangrentada, llorando al dios de los lobos por su única descendencia viva cuando las botas embarradas llegaron. Los valientes se felicitaron. La estrategia, después de meses controlando a la bestia, había dado sus frutos. Y allí mismo descargaron el peso letal de sus fusiles sobre la loba.

Entre el humo de los disparos se advirtió una sonrisa de triste felicidad en el animal al ver aún escondido, sin moverse ni para respirar, al lobezno que días más tarde fue encontrado por Félix, el veterinario, y por Javier Caballero, el biólogo y naturalista a sueldo de Ana.

Y así Ana, que nunca había tenido la dicha de ser madre, pasó a ser loba. Y sería una loba feliz si no supiera que al poco que aquel bellísimo animal alcanzara su cuerpo de adulto, ella, su madre adoptiva, también iba a morir. Otro cepo cruel la había mordido. Era el mismo que la había obligado a corrosivas sesiones de quimioterapia que cada vez la debilitaban más y más.

Era el mes de noviembre. Rodrigo había marchado a Roma a consultar una documentación en la Biblioteca o en el Archivo Vaticano, no estaba ella totalmente segura. *Rodrigo estaba muy cambiado*, pensaba Ana. Ya no era el hombre que con la puntualidad del mejor reloj suizo rezaba cada día y para quien la asistencia a la iglesia era tan inexcusable como el dormir o el comer. Ella deducía que su enfermedad era la que lo había cambiado. *Y tal vez, pensaba, se había refugiado en aquellas investigaciones históricas ayudando a Iraola, algo inaudito después de lo poco que había tolerado al joven profesor durante todos aquellos años.* Pero Ana pensó que mejor así, que estuviera entretenido en todo aquello, como ella procuraba llenar su tiempo —¿cuánto le quedaría?— con su lobo y con sus sueños.

¡Sus sueños!

No le había dicho nada a su marido, no fuera a angustiarse aún más, pero los extraños sueños que la habían asaltado inmediatamente después de instalarse en la

casona de Santillana del Mar tras el diagnóstico de su enfermedad no habían cesado. Antes al contrario. Veía con más intensidad la figura de una esbelta y bella joven, desnuda, en mitad de un claro del bosque. Unos soldados la perseguían y un monje con el hábito blanco y negro deseaba su muerte, pero también algo que la muchacha al parecer tenía. Y luego estaba el lobo. Un lobo aparecía en aquel sueño una y otra vez. Y cuando tuvo en sus brazos al lobezno lebaniego por vez primera tuvo una sensación que jamás había experimentado. Y aquella noche, la primera tras encontrar al lobo y cuando todo el equipo de conservacionistas debatía acerca del nombre que debían poner al cachorro, Ana vivió de nuevo su sueño y escuchó por primera vez dos nombres: el de la joven y el del lobo. La muchacha se llamaba Miriam; el lobo, Raziél.

A la mañana siguiente hubo bautizo en el centro de recuperación de animales.

—¿Cómo has bautizado a ese lobo? —preguntó Rodrigo cuando se enteró de la historia. En sus ojos había algo más que asombro: había una migaja de terror.

—Raziél, ya te lo he dicho. ¿A qué viene esa cara? —Ana miró a su marido como si no lo conociera.

—¿Cómo se te ocurrió ese nombre?

—Pues la verdad es que lo soñé —respondió ella con naturalidad.

Y aquella tarde, después de que Ana aclarase a su esposo cómo fue que había soñado el nombre del lobo, Rodrigo Suárez de Lara empezó a tener conciencia de que alguien le estaba queriendo decir algo, pero todavía no sabía que era su nuevo Dios.

IV

Lucena. Año 1141 de los cristianos

EL rabino José ibn Migash se quitó con manos temblorosas el *tallit*, el manto con el que se cubría para los oficios religiosos, y también se deshizo de las filacterias o *tefilim* que lucía en su frente y en el brazo. Después, miró por la ventana y respiró aquel aire que de pronto le pareció el más aromático de cuantos un hombre pueda llegar a respirar nunca, tal vez porque lo degustó con la pasión de quien intuye que puede ser la última bocanada de vida.

El *gaon* de la Academia de Lucena se miró las manos sarmentosas. Eran las mismas que tersas y fuertes un día llegaron a esta ciudad; las mismas que tantas y tantas veces habían acariciado el rollo de la Torá; las mismas que ahora tomaban la decisión de poner por escrito cuanto sabían sobre una piedra azul que siempre, y eso que los años habían caído como hojas de árbol sobre la hierba, aparecía en sus sueños.

¡Eliossana! ¡Lucena!

Los ojos del rabino se humedecieron al recordar el pasado magnífico de esta ciudad que rivalizó con Córdoba en sabiduría y cuya Academia era todavía la envidia del mundo judío. Una Academia que tuvo en Isaac ibn Gayyat a su primer presidente o *gaon*. Y justamente iba a ser el hombre que se convertiría en el primer gran protagonista de todos los prodigios que ibn Migash deseaba dejar por escrito esa noche.

Este extraordinario poeta, filósofo y doctor en la Ley había nacido en Lucena en 1038. Fue autor de numerosos libros y comentarios sobre la Torá y el Talmud, pero en la historia que debía contar José ibn Migash el primer presidente de la Academia no era el protagonista por ningún mérito académico. ¿O tal vez sí?, se interrogó de pronto José. No había reparado en que justamente el haber leído cuanto estaba escrito sobre Yahvé y sobre los hombres pudo permitir a Gayyat descubrir lo que le llevó a viajar a Córdoba cuando se encontró a las puertas de la muerte.

La Academia había tenido tres presidentes hasta el día en que nos encontramos, cuando José va escribir cuanto sabe sobre el talismán de Raziél. El primero, ya lo hemos escrito, fue Gayyat; el segundo fue Isaac ben Jacob al-Fasí, y el tercero es el propio José, discípulo de al-Fasí.

Precisamente aquella historia extraordinaria comenzó en tiempos de Gayyat, cuando viéndose morir marchó a Córdoba para sorpresa de todos los vecinos. ¿No había médicos en Lucena a los que visitar?, se preguntaban todos. Corría entonces el año 1089 de los cristianos.

Sin embargo, nadie sospechó que en aquel viaje Gayyat no buscaba ningún potingue médico. El objetivo de aquel viaje era encontrar a un hombre de quien se decían cosas asombrosas. Nadie sabía cuántos años tenía. Algunas lenguas divulgaban la idea de que tenía más de doscientos; otros pensaban que era más *joven* y no le daban más mérito que el de tener un siglo de vida. Pero también los había que creían que era un hombre normal y corriente y que solo los más crédulos podían dar pábulo a semejantes supercherías. Pero en lo que todos coincidían era en la extraña personalidad de aquel hombre, al que además se atribuían historias imposibles de creer a propósito de curaciones milagrosas aun en los enfermos más desahuciados.

Gayyat sabía muy bien el motivo por el cual quería ir a Córdoba y conocer a aquel hombre. Estaba firmemente convencido de que aquel anciano lo podía curar, de modo que se organizó una expedición para dar con el paradero de aquel misterioso sabio llamado Judá ibn Baruc.

Se afirmaba que su padre, Baruc, había sido un rabino que había compartido media vida con el mítico *nasí* de los judíos, el doctor Hasday ibn Saprut, pero cualquiera en su sano juicio advertiría que esa posibilidad era fantástica, puesto que Saprut había muerto en el año 970 de los cristianos, con lo que presumiblemente el tal Baruc debía haber fallecido no mucho después, si es que lo sobrevivió. Y de ser así, ¿cómo iba a seguir vivo un hijo de Baruc?

A no ser...

Santillana del Mar.
Año 2002 de los cristianos. Mes de diciembre

SE acercaba la Navidad con esa puntualidad con la que los ciclos naturales y los artificiales creados por los hombres se sustituyen unos a otros. Nicole tal vez echaba de menos a su familia, o al menos a esa conclusión había llegado el señor Barreda, propietario de la posada Camesa y una de esas personas que vive la Navidad como si fuese Santa Claus. La muerte de su esposa cuando su hija Rosita era una niña lo sumió en una crisis que le duró poco más de lo que tardó en ver los ojos desbordantes de lágrimas de su hija. Entonces se hizo el juramento de no defraudar a aquella pequeña criatura que su esposa había llevado en el vientre. Nadie desde entonces había visto triste al señor Barreda. Y cuando llegaba la Navidad, en ninguna casa de Santillana del Mar el espíritu mágico se atiborraba a turrónes y torrijas como bajo su techo. Y cuando Rosita creció hasta que todo estuvo dispuesto en forma de curvas generosas en su cuerpo, tal vez por la inercia o porque al final uno acaba creyendo firmemente en lo que sueña, el señor Barreda no había levantando el pie del acelerador a la hora de organizar la Nochebuena. Y por eso, cuando el mes de diciembre transitaba, frío y ventoso, por su ecuador, el señor Barreda tuvo una idea y fue capaz además de expresarla.

—Señorita Nicole —el dueño de la posada había dejado ya de hablar en su dialecto hacía semanas a la joven francesa convencido de que ella ya sabía suficiente español como para hablarle en el idioma de Cervantes, que él por otra parte se jactaba de manejar como el mejor, pues para ello tenía sus buenas colecciones de clásicos castellanos bien trilladas—, verá usted, que hemos pensado, aquí mi hija y yo, que nos sentiríamos muy honrados si usted quisiera cenar con nosotros en Nochebuena. Estas fiestas, señorita, son para pasarlas al calor del hogar, ¿no cree usted?

—No debe usted sentirse obligado, señor Barreda. —Nicole estaba encantada con la mejoría en la pronunciación que había experimentado el dueño de la posada, pero seguía sin atreverse a preguntar si se debía a algún tratamiento médico o a algún ejercicio de dicción al que su interlocutor se había sometido por su cuenta.

—No es obligación, señorita Nicole. De verdad que nos haría una gran ilusión.

—De acuerdo —cedió la débil defensa de Nicole—. Estaré encantada de pasar con ustedes esa noche.

La muchacha, que aunque en los últimos días había tratado de estar más ocupada que nunca trabajando en el proyecto de recuperación de animales de Liébana, no había podido evitar que se filtrara por alguna rendija de su corazón el recuerdo de sus padres y de su familia celebrando la Navidad. Pero solo la idea de compartir aquella

cena con Juliette calmaba su deseo de regresar a Francia. Todavía no podría soportar ver a su hermana.

—¡Magnífico! Verá qué bien se lo pasa, y le aseguro que comida no va a faltar — los bigotes del hostelero parecían tener vida propia y bailoteaban en los alrededores del lugar donde en buena lógica debían permanecer sosegados, sedentarios.

Nicole lo dejó allí, planificando los mil detalles de una fiesta para la cual aún restaban quince días. Pero la mente de la joven francesa estaba a muchos sistemas solares de distancia de las preocupaciones del señor Barreda. La salud de Ana, la esposa de Rodrigo, se había debilitado bruscamente durante los últimos días.

Aquella encantadora mujer, que lentamente había calado en el corazón de Nicole, le había confesado hacía semanas que tenía cáncer, un cáncer invencible. Y la enfermedad indomable, a decir de don Herminio y de otros colegas suyos, se la llevaría de esta vida en cuestión de meses. Pero aquel plazo se había vaticinado hacía ya casi seis, con lo que tal vez ahora habría que hablar de semanas, de días, tal vez de horas.

Nicole Saintes lloró desconsoladamente en su habitación aquella noche, semanas atrás, tras escuchar de labios de Ana aquella terrible realidad. Y ella misma había dispuesto todo lo necesario para que en el jardín posterior de la casona solariega pudiera estar casi a sus anchas el animal que en los últimos días de su vida estaba llenando los ojos de Ana con ciertas chispas de felicidad: el joven lobo al que Ana había bautizado con el nombre de Raziel y que cada vez estaba más fuerte y corpulento.

Rodrigo estaba al borde de la desesperación. Había leído todo cuanto había caído en su poder a propósito de los templarios con la absurda pretensión de conseguir pensar como uno de ellos, tal y como recomendaba el texto hebreo que había sustraído de la catedral de El Burgo de Osma. Se aferraba a aquella quimera para descubrir las Palabras de Dios con las que el talismán de Raziel cobraba vida, pero la vida en Ana enflaquecía cada segundo que pasaba y él no tenía ni las Palabras de Dios ni el talismán de su ángel. Y aunque trataba de mentirse a sí mismo, y a punto había estado de rezar a su antiguo Dios pidiendo luz en su torpe búsqueda, su esperanza era cada vez menos verde.

—Buenos días, señor Rodrigo —la voz de Nicole lo sacó de su ensimismamiento. Sus ojos asomaron por encima del libro que estaba consultando aquella mañana y se encendieron de gratitud ante la presencia de aquella muchacha que se había ganado la amistad y el corazón de su esposa. Nicole y el joven lobo estaban siendo la mejor medicina para Ana, y Rodrigo lo sabía.

—¡Nicole! ¡Qué alegría verte!

—¡Templarios! —La joven señaló el libro que estaba leyendo el señor de la casa—. ¿Le gusta ese tema?

—La verdad es que hasta ahora nunca me había interesado —confesó Rodrigo—. Es por el trabajo, ¿sabe usted? —mintió.

—Hubo un tiempo en que yo leí bastante sobre ellos. Ya sabe usted que soy de Champaña —añadió, como si aquello lo explicara todo.

—¿De veras? —Rodrigo vaciló durante unos instantes sin saber muy bien qué había querido decir la muchacha al mencionar Champaña. Finalmente, se atrevió a preguntar—. ¿Y qué tiene que ver Champaña con los templarios?

—¿De veras, no lo sabe? —Nicole se sentó en el butacón gemelo, oscuro y de cuero, al que ocupaba Rodrigo—. Pues es que allí es donde nació el Temple.

Durante más de media hora Nicole Saintes fue el mensajero elegido por el nuevo Dios de Rodrigo Suárez de Lara para ponerlo en antecedentes sobre algunos ángulos de la historia de los templarios que no había visitado todavía.

Nicole le explicó que a pesar de que había textos en los que tal vez encontrara la hipótesis de que el caballero Hugo de Payens, de quien se decía que había sido el impulsor de la Orden del Temple, había nacido en Languedoc, en Aviñón o incluso en Cataluña, la única verdad es que era natural de Pains, una minúscula población situada a unos diez kilómetros de Troyes, donde la Orden recibió su Regla de manos de Bernardo de Claraval en el año 1128 y que, casualmente, era la ciudad donde Nicole había nacido.

Al parecer, casi toda la comarca alrededor de Troyes era un parque temático del Temple.

A finales de los años ochenta del pasado siglo, según explicó la muchacha de ojos azules y piel para la tentación, un grupo de estudiosos había creado la Fundación Hugo de Payens decididos a recuperar el recuerdo del mítico caballero. Habían realizado excavaciones arqueológicas en la zona y sacaron a la luz restos de encomiendas, monedas y numerosos objetos que ahora se exponen en un pequeño museo en Pains, en el que incluso se exhibe un maniquí ataviado con todos los arreos de un templario de cuento, incluida por supuesto la lanza, la espada y el manto blanco con la cruz roja patada tatuada sobre el hombro derecho.

No lejos de allí, de Pains y de Troyes, se encuentra el mítico Bosque de Oriente. ¿No había oído hablar don Rodrigo de ese lugar? ¿Pues qué tipo de libros sobre el Temple estaba leyendo?, le recriminó la muchacha. Eran libros sobre historia, de los mejores especialistas en la Edad Media y en las Cruzadas, había respondido él. De ese modo nunca conocerá nada de los templarios, fue la respuesta de Nicole antes de proseguir su encendida descripción de unos lugares que, más que templarios, eran los suyos propios, el escenario de su vida... y de su desengaño amoroso.

Aquellos ojos azules se llenaban de reflejos verdes. Había lagos en el Bosque de Oriente, dijo, que tenían incluso el nombre sugerente de Lago del Temple y Lago de Oriente. *¿A que no sabía Rodrigo que había investigadores franceses, como Louis Charpentier, que aseguraban que alguno de aquellos lagos eran artificiales y que se habían descubierto pasadizos por donde podían pasar varios caballos en paralelo sin ninguna dificultad?*

—¿Para qué diablos iban a querer construir pasadizos secretos unos monjes? —

Rodrigo estaba siendo hechizado por aquella versión del relato que no figura en sus libros de historia.

—¿Qué sabe usted del Temple realmente, don Rodrigo?

—He leído que, según lo que escribieron cronistas de la época como Guillermo de Tiro o Jacques de Vitry, fue una orden de monjes guerreros que nació en 1118, cuando se presentaron nueve caballeros encabezados por el tal Hugo de Payens ante el rey de Jerusalén, Balduino II. Después, en 1128, se les dio la Regla para ordenar su vida conventual en un Concilio celebrado en Troyes, que por lo que veo es su ciudad natal.

—¿Y para qué cree usted que se creó la Orden?

—Eso es obvio: para la defensa de los Santos Lugares y de los peregrinos que acudían en masa hasta allí después de que se hubiera conquistado aquellas tierras con la Primera Cruzada. Cualquier libro serio de historia lo corrobora.

—¿Pero para eso no había ya otras órdenes, como la de San Juan de Jerusalén o la de los Caballeros Teutónicos? —Nicole no esperó la respuesta del viejo profesor—. ¿Ha encontrado alguna referencia a batallas o refriegas en las que participaron esos nueve caballeros entre 1118 y 1128? ¿No? ¿No le parece a usted un poco escuálida esa fuerza de choque? ¿Sabía que esos textos que usted cita, los de esos cronistas, se escribieron bastante después de que llegaran los nueve caballeros misteriosos a Jerusalén y seguramente escribieron de oídas? ¿Ha leído usted que en 1125 se incorporó al grupo el conde Hugo de Champaña? ¿Sabía que hubo un momento en que Hugo de Payens regresó a Europa en compañía de varios de los caballeros y solo quedaron en Jerusalén tres monjes? ¿No cree que tres monjes serían incapaces de defender a nadie? ¿Por qué cree usted que Balduino II, el rey de Jerusalén, les cedió su palacio sin rechistar nada más verlos?

Rodrigo no sabía qué responder. Trató de defender su prestigio intelectual recordando que el historiador francés, Alain Demurger, aseguraba que los templarios eran más numerosos de lo que dicen las crónicas, pero Nicole demostró tener una memoria afilada citando las palabras del cronista Guillermo de Tiro, quien aseguró que los monjes «aunque llevaban nueve años embarcados en esta empresa, no eran más que nueve». Y añadió:

—Si se da crédito a Guillermo de Tiro para decir que pretendían custodiar a los peregrinos, ¿por qué no se le cree cuando dice que solo eran nueve guerreros?

A Rodrigo le pareció correcta aquella deducción, pero no veía claro dónde conducía todo aquello.

—Está bien. Supongamos que solo eran nueve, y que incluso hubo un momento en que solo estuvieron en Jerusalén tres soldados. ¿Qué significa para usted todo eso?

—Pues que es evidente que mis paisanos, aunque también había caballeros flamencos entre aquellos nueve hombres, no pretendían custodiar a ningún peregrino, sino hacer otra cosa.

—¿A qué se refiere?

—¿Dónde estaba el palacio de Balduino II?

—En la explanada donde están las mezquitas de la Roca y de Al Aqsa. —Rodrigo seguía sin saber qué pretendía su bella interlocutora.

—¿Y qué hubo allí antes? —Nicole tampoco esperó su respuesta esta vez—. El Templo de Herodes, y antes el Templo de Salomón. Y allí estuvo guardada el Arca de la Alianza, según la Biblia. Y hay autores franceses, como Louis Charpentier, que dicen que ese fue justamente el objetivo que tenía el Temple. Por eso durante nueve años nada se supo de ellos. Estuvieron realizando un trabajo arqueológico y luego, con el Arca en su poder, la llevaron a Francia y la ocultaron en el Bosque de Oriente, donde tal vez aún sigue.

—Pero esa teoría no se sostiene por ningún lado. ¿Qué pruebas hay?

Dígame usted qué pruebas hay de que los nueve caballeros defendieran a nadie durante nueve años —se defendió la muchacha—. ¿Sabía usted que en el pórtico norte de la catedral de Chartres, al que llaman el de los Iniciados, hay dos pequeñas columnas en cuyos relieves se representa el traslado del Arca de la Alianza por una yunta de bueyes con la leyenda *Archa cederis*, y otra donde un hombre cubre el Arca con un velo y con la leyenda *Hic amittitur Archa cederis*?

Obrarás por el Arca o según el Arca —tradujo en un murmullo Rodrigo, totalmente desarmado—. De modo que, según usted, un paisano suyo llamado Hugo de Payens organizó una expedición arqueológica para recuperar el Arca de la Alianza y luego lo llevó hasta Champaña y la escondió en algún lugar de ese Bosque de Oriente. Pues déjeme decirle que hay cosas que no cuadran. Por ejemplo, la incómoda realidad de que la orden se creó y tuvo una extraordinaria fuerza hasta que el rey francés Felipe IV, a comienzos del siglo XIV, los acusó de las peores herejías y blasfemias y el papa condenó a la orden. Si lo que querían era solo recuperar el Arca de la Alianza, ¿para qué creció la organización hasta el punto de que fueron los verdaderos banqueros de Europa y casi un Estado dentro de los reinos medievales? Por otra parte, ¿cómo iba a saber un caballero francés de segunda fila dónde encontrar el Arca de la Alianza si no se sabe nada de nada de ese mueble desde que se destruyó el Templo de Jerusalén?

—Lo que dicen Charpentier y otros investigadores es que Hugo de Payens tal vez no era el cerebro de la operación. ¿No le parece a usted imposible de creer que el conde de Champaña, del que Hugo de Payens era vasallo, se pusiera a sus órdenes en 1125? Lo lógico era pensar lo contrario, y seguramente fue Hugo de Champaña, que había realizado dos viajes a Tierra Santa antes de que los nueve caballeros llegaran a Jerusalén, quien supiera dónde localizar el Arca.

—De modo que los nueve fundadores eran solo unos mandados —dijo casi para sí Rodrigo.

—En efecto, e incluso Hugo, el conde de Champaña, era también un mandado.

—¿A las órdenes de quién?

—De Bernardo de Claraval y del Císter, que eran los únicos capaces de tener

información de ese calibre en aquella época, y tal vez por eso pidieron la ayuda de los rabinos de la zona para interpretar algunos textos que el propio conde de Champaña había traído de Jerusalén en sus dos enigmáticos viajes previos.

—¿Para qué se creó la orden entonces?

—Tal vez era una tapadera, no sé. Quizá tenían un plan que desconocemos y para el que se precisaba el Arca de la Alianza. Pero el caso es que el mundo de la época experimentó un gran cambio. Hubo cierta calma en aquel mundo casi siempre en guerras, con la excepción de las Cruzadas, aunque los templarios tuvieron relaciones de amistad con muchos sarracenos y también con judíos. Y, si se fija usted, que es profesor de Arte, justo en ese momento en que se descubre el Arca y sus secretos, aparece el arte gótico en Europa.

—¿Me está diciendo que fue el Temple quien impulsó el arte gótico?

—Dígame usted cómo fue posible que se iniciaran solo en mi país entre 1150 y 1250 alrededor de ciento cincuenta monumentos, algunos tan impresionantes como las catedrales de Chartres, Reims o Amiens. ¿De dónde salió el dinero para esas obras? ¿Y la mano de obra? Estará de acuerdo conmigo que los canteros, carpinteros, vidrieros y demás artesanos no eran unos aficionados, sino virtuosos. ¿De dónde salieron de pronto? Y lo mejor de todo: ¿dónde se escondieron después de que los templarios fueron prendidos y ajusticiados?

—Las catedrales las financiaban el pueblo y los señores —las palabras de Rodrigo le sonaron frágiles incluso a él—. Por eso tardaba tanto en terminarlas.

—¿De veras? Explíqueme cómo la catedral gótica de Chartres se construyó en solo veintiséis años. ¿Cuánto se tardaría solo en concebir un proyecto así? ¿Cuánto en hacer los cálculos precisos? ¿Cuánto en encontrar el material y darle la forma adecuada? ¿Se ha parado a pensar cómo es posible llegar siquiera a concebir ese templo? ¿Y las vidrieras? ¿Sabe usted que simbolizan sus colores los estados que los alquimistas decían que debía superar la materia para alcanzar la Gran Obra?

—¿Alquimia? ¿Cree usted en la alquimia? ¡Por favor! —se burló el profesor—. Debería usted conocer a un amigo mío, a un profesor que conozco y que está tan loco como usted.

—Yo ni creo ni no creo —respondió Nicole un poco picada en su amor propio—, solo le digo que me explique de dónde salió el dinero en Europa para que de pronto se hicieran esas obras increíbles. Yo creo que el Temple y los maestros canteros dejaron ocultas en las piedras de muchos monumentos la respuesta a las dudas que ahora puede tener usted. Y desde luego, señor Rodrigo, si no contempla este ángulo incómodo de la historia del Temple, no creo que llegue a entender a esos monjes.

Nicole se marchó meneando su trasero, embutido en un pantalón vaquero, y la mente de Rodrigo quedó sumida en un mar de cavilaciones. Si no miraba a los templarios desde la esquina de lo hermético no entendería sus secretos, le había augurado la hermosa francesa. ¿Estaría en lo cierto? En las piedras podía haber respuestas, aseguraba. ¿No estaba él buscando precisamente entre las piedras del

claustro de la Colegiata? Tal vez era cierto. A lo mejor necesitaba pensar como un templario para desvelar el secreto, pero no como un monje, sino como un iniciado.

A lo mejor no era mala idea que Iraola viniera a cenar una noche y conociera a la joven francesa, pensó. Un debate de este tipo le proporcionaría luz sin necesidad de pedirla abiertamente y evitaría poner al descubierto su proyecto.

VI

Lucena. Año 1141 de los cristianos

ANO ser que el tal Judá, hijo de Baruc, hubiera sabido de primera mano los secretos que también Gayyat anhelaba esperando que sirvieran para su curación. Pero Dios había dispuesto las cosas de muy distinta forma a la que los hombres habían ordenado sus planes, como muchas veces suele suceder.

Y el rabino José escribió lo que sabía al respecto: que no había amanecido cuando la expedición que transportaba al enfermo rabí de Lucena entró en Córdoba; que los cascos de los caballos sonaron a la par que los cantos de los gallos por entre las adormiladas callejuelas de la aljama, cuyas puertas aún bostezaban, y que el mundo parecía nacer mientras la vida de Gayyat se escapaba.

El relato del rabino prosigue así, si nos acercamos a leerlo por encima de su hombro.

Preguntaron por la casa del singular Judá y no tardaron en indicarle la dirección. Gayyat urgía a quienes lo transportaban, los cuales no podían siquiera sospechar lo que había en juego para el poeta. ¡Había que encontrar sin demora a Judá!

Fue entonces cuando se descubrió que los planes de Dios eran diferentes y que había decidido que el insigne rabino se dejara acunar por la muerte, papeleo indispensable que todo hombre debe tramitar para poder acceder a la presencia divina.

Llamaron a la puerta de la casa de Judá y, al cabo de un rato, la puerta crujió.

—¿Quiénes sois? —La cara de un hombre de mediana edad era la propietaria de la voz aflautada que hacía la pregunta.

—Buscamos a Judá, el hijo del rabino Baruc —respondió uno de los integrantes de la comitiva.

—¿Para qué? —Había algo de miedo en la pregunta de aquel hombre.

—¿Acaso eres tú? —repuso el de Lucena.

Pero aquel hombre no era Judá, sino un sirviente muy celoso para las cosas que afectaban a la intimidad de su señor, de modo que se demoró bastante tiempo la conversación hasta que se descubrió que Judá estaba en Granada y nadie sabía a ciencia cierta cuándo regresaría.

La expedición de Gayyat permaneció en Córdoba a la espera del regreso del señor de la casa, al tiempo que se envió a un jinete hasta Granada para tratar de agilizar dicho regreso, pero todo fue en vano: Isaac ibn Gayyat, el primer gran gaon de la Academia de Lucena, falleció y su cadáver fue llevado a su ciudad natal para ser enterrado.

¿Qué ocurrió después?

Pues sucedió que a los pocos días del entierro del gran poeta en Lucena un hombre de edad indefinible, pero cuyos ojos tenían el vigor de los de un joven, llegó a nuestra ciudad y preguntó por el gaon de la Academia. Aquel hombre era Judá ibn Baruc, y el nuevo presidente de la

Novia, tras la muerte de Gayyat, era al-Fasí, quien luego sería mi maestro.

Al-Fasí había nacido en Kala Hamad, en el norte de África, en el año 1013 de los cristianos. Era un hombre brillante, cautivador y enormemente inteligente, pero esos adornos que Dios da a algunos de sus seres no siempre provocan la aceptación de todos los demás de su entorno, sino que son frecuente causa de envidias, y justamente la envidia sirvió para que fuera perseguido en su tierra. La consecuencia, bendita para mí y para Lucena, es que marchó a Córdoba, y después a Lucena.

Sus conocimientos del Talmud y la Torá y las innumerables respuestas o respuestas a cuestiones jurídico-religiosas de la Ley hicieron de él un imán que atraía a todo tipo de intelectuales y también su figura seducía a los más brillantes alumnos.

—Mi nombre es Judá ibn Baruc, y soy el hombre al que Isaac ibn Gayyat buscaba en Córdoba —dijo el recién llegado.

Judá ibn Baruc se quedó en Lucena para siempre. Se instaló no muy lejos de la Academia y solía acudir a las sesiones donde los debates eran más enconados. Después, a solas con el maestro al-Fasí, intercambiaba puntos de vista sobre la Ley y el paso del tiempo les hizo casi inseparables.

Y así fue, según supe años más tarde, como al-Fasí iba a recibir el legado más asombroso que un hombre pueda llegar tener en sus manos.

Ocurrió una noche, tal vez no muy diferente de esta en la que ahora rememoro aquella historia, tras la oración vespertina. Al-Fasí y Judá habían decidido cenar juntos y disfrutar, como siempre lo hacían, de una rica conversación tras los manjares. Pero mi maestro no podía siquiera sospechar lo que iba a ocurrir en aquella tertulia.

—¿Nunca te has preguntado por qué querría verme a mí precisamente Gayyat antes de morir? —preguntó de pronto Judá.

—Mentiría si te dijera que no lo he pensado —confesó al-Fasí—. De hecho, he oído rumores disparatados sobre conocimientos médicos tuyos, e incluso he sorprendido a algunos alumnos asegurando que tienes muchos más años de los que tu cuerpo anuncia. Supongo que Gayyat confiaba en que tú le pudieras curar.

—Y lo hubiera hecho de no haber estado en Granada —la frente arrugada de Judá se plegó aún más diseñando infinitos surcos en los cuales se había sembrado el dolor de pronto—. Y lo hubiera hecho incluso de haber llegado yo un día después de su muerte en lugar de dos días más tarde.

—¿Qué quieres decir? —En la voz de al-Fasí había un asombro que no pudo ocultar.

—¿Has oído hablar del ángel Raziel? —preguntó a su vez el viejo Judá.

VII

Roma.

Año 2002 de los cristianos. Mes de diciembre

DAMIANO Corradi se frotó los ojos enrojecidos y contempló a luz mortecina del flexo los dos documentos una vez más. Era otra noche de insomnio que no había tenido ni el más mísero fruto. Era imposible saber dónde podía estar oculto el maldito talismán judío y tampoco parecía irle mejor en su tentativa de hacerse con las Palabras de poder que le daban vida.

El cardenal Ignacio Ruiz de Lozoya se impacientaba, ya lo sabía, pero qué más podía hacer él. Había localizado meses antes de la visita de aquel viejo profesor español que daba palos de ciego al *Liber Razielis* dos documentos ciertamente asombrosos. Él, Damiano Corradi, romano orgulloso y uno de los hombres que más sabían sobre esoterismo en el Vaticano, sabía que eran auténticos. Solo que no había manera de hincarles el diente.

Había dado con ellos por casualidad mientras revisaba con ojos golosos la documentación secreta que el Vaticano posee sobre la Orden del Temple y a la cual había tenido acceso gracias al cardenal Lozoya, su protector. Eran dos papelotes agrietados por mil vicisitudes que un lejano día un monje dominico llamado Simón de Montforte había recuperado. Uno de ellos era una *responsa*, una contestación que un rabino español llamado al-Fasí enviaba a un judío de la ciudad de Tudela; el otro era obra de un templario español de Murugarren, en Puente la Reina, llamado fray Grisón. El dominico había tratado de localizar el talismán de Raziel, por lo que se veía, pero sin éxito. Al parecer, los judíos lo habían ocultado y también las arcanas Palabras que obraban el prodigio de activarlo. La pista seguida por el dominico lo había llevado hasta el pueblo de Sancta Illana, al norte de España. Y ahora se había dado la dudosa casualidad de que un hombre llegado de Santillana del Mar, el actual nombre de aquella antigua villa medieval, se presentaba allí, en el Vaticano, dando palos de ciego a la piñata para ver si el ángel Raziel caía del cielo.

Llamaré a España. Habrá que seguir la pista a mi viejo amigo, le había dicho el cardenal, y también a ese profesor, Julio Iraola, que parece muy interesado en esos temas demoníacos que tanto te seducen, querido Damiano. Y él, Damiano, había sonreído al cardenal, al hombre al que tanto debía después de haberlo aupado a lugares donde el hijo de un electricista romano jamás pudiera haber estado por muy privilegiada que fuera su mollera.

Se lo agradecía, sí, al cardenal. ¿Pero eso le daba derecho a mirarlo por encima del hombro y a insinuar que tenía tratos con el diablo de tanto enredar en pucheros prohibidos?

Después de todo, se decía Corradi, habría que preguntarse si el uso que quería dar el cardenal al amuleto de Raziél, si es que lo encontraban, hubiera sido bendecido por Jesucristo de haber estado dentro de sus posibilidades el haberse cruzado con el astuto cardenal.

¡El cardenal Lozoya! ¡Maldito cabrón!, exclamó en silencio Damiano Corradi mientras se calaba sus finas gafas, bálsamo para sus trabajados ojos eruditos mientras leía.

Volvió al trabajo y decidió que pasaría toda aquella noche en vela en compañía de San Malaquías, para mayor gloria del proyecto del cardenal.

VIII

Lucena. Año 1141 de los cristianos

EL rabino José ibn Migash no había nacido en Lucena, sino en Sevilla, en el año 1077 de los cristianos. Y se cuenta que en Sevilla tuvo por maestro a Isaac ibn al-Balia, que lo disciplinó en el estudio de la Ley durante el día completo y buena ración de la noche.

Llegó a Lucena con doce años de edad y con el corazón prendado de la Ley. Y una vez allí, donde el aire que se respiraba era el aroma de los libros y de los rollos de la Torá y donde tras cada esquina uno tropezaba con un estudiante de la Academia, nada podía evitar que su amor por el saber se convirtiera en pasión casi enfermiza, a lo que sin duda contribuyó no poco el entusiasmo y la confianza que en él depositó al-Fasí, el *gaon* de la Academia en aquellos días.

Si tuviera que pintar los colores de su adolescencia y aun incluso los de su juventud, elegiría el amarillento ocre de los manuscritos, el verde de los olivos y el azul del cielo de Lucena. Pero si le pusieran en la tesitura de elegir las voces que sonaron a su alrededor con más claridad en aquella época añorada, sin duda, además de la voz grave de su maestro, elegiría la voz siempre alegre de Dahud y la ronca vozarrona de su hermano Samuel.

Cedamos a la tentación, ahora que los pone por escrito, de leer sus recuerdos.

Dahud y Samuel fueron mis mejores amigos. ¿En qué se parecían? Tal vez solo en que eran hijos de un mismo padre, un acaudalado comerciante llamado Yequtiel. La segunda coincidencia que se advertiría con el tiempo fue la dramática circunstancia que, a la larga, desencadenaría todo cuanto aquí se está refiriendo, y fue el amor que ambos tenían por la misma mujer, una belleza local llamada Sara, aunque Dahud jamás lo había dicho públicamente. Eso se supo después, cuando era demasiado tarde.

Sara era una muchacha alta, de pelo claro y ojos azules. Su padre, Neftalí, negociaba con viñedos, y aunque nunca estuvo claro, también había malas lenguas que decían que se dedicaba discretamente a la venta de esclavos.

El caso es que, se dedicara a lo que quisiera Neftalí, su hija era la más bella flor de Lucena, y resultó que sorbió los sesos de los hermanos Dahud y Samuel.

Dahud era un año mayor que su hermano. Era un joven de estatura normal, de complexión fuerte, pelo ensortijado y temprana barba, lo que contribuyó a que fuera siempre considerado más mayor que yo, a pesar de ser ambos de idéntica edad. De los dos hermanos, y no solo porque estudiaba la Ley casi con la misma pasión que yo, era mi preferido, aunque siempre tuve un gran cariño por Samuel. Lo que sucedía es que Samuel, tal vez más guapo que Dahud pero menos alegre, de pelo lacio y considerable estatura, tenía menos pasión por el estudio que nosotros

dos.

La alegría de Dahud y su casi permanente sonrisa eran para mí un bálsamo, puesto que mi vida no había sido otra cosa que largas horas de estudio.

A Samuel lo que más le gustaba, una vez ha quedado escrito lo ya sabido sobre la bella Sara, era trabajar junto a su padre y, si era posible, viajar con él. Y es que Yequiel comerciaba con perfumes y productos de droguería, y en su trabajo no era infrecuente que lugares tan lejanos y atractivos para un joven como Egipto estuvieran en su ruta. Y aunque aquellos viajes suponían estar una buena temporada sin ver a Sara, Samuel era feliz realizándolos.

¿Podremos entender los hombres algún día la voluntad de Dios? ¿Por qué cuando creemos que el mundo tiene un orden, el que nuestra mente le proporciona, resulta que nada era como habíamos pensado? ¿Quién podría imaginar que un hombre alegre y con una cabeza amueblada fantásticamente como la que Dahud tenía iba a transformarse de pronto?

Los días pasaron y también los años. Los tres crecimos, y aún más creció la belleza de Sara. Y mientras Samuel cargaba con más responsabilidades en el negocio familiar, Dahud y yo nos adentrábamos en el mundo divino a través de las enseñanzas recibidas en la Academia.

El paso del tiempo haría de mí el heredero de la sabiduría de al-Fasí, una especie de vicepresidente de la Academia. Dahud llegó a ser uno de los siete jefes de estudio, los Reshe Kalla, de modo que formó parte de los hombres principales de la Academia. Esta circunstancia le hacía tener una alta consideración social, como le ocurría a los diez que se sentaban en la primera fila de bancos de la Academia. El mundo parecía ser perfecto para mí y también para Dahud, pero solo lo parecía. De pronto, la tormenta iba a estallar en la mente de mi amigo.

—Padre ha alcanzado un acuerdo con Neftalí —nos dijo alborozado una mañana Samuel.

Salíamos de la Academia y nos disponíamos a ir a mi casa. Había invitado a Dahud a comer conmigo, y al principio, repletos de Dios como salíamos tras un largo debate a propósito de una pregunta que un hombre de Tudela había remitido, no entendimos lo que quería decir Samuel.

—Que han aceptado —añadió, cogiendo por los hombros a su hermano y sacudiéndolo como si quisiera despertarlo—; que me casaré con Sara.

Yo no advertí nada en mi amigo Dahud salvo el tiempo que tardó en reaccionar ante aquella noticia. Se suponía que debía felicitar de inmediato a Samuel, de quien todos sabíamos que no tenía más en su cabeza que los negocios y los ojos azules de la hija de Neftalí desde hacía años, pero el abrazo de Dahud se demoró unos segundos más de lo lógico. Pensé que aún estaba dándole vueltas a la pregunta que había ocasionado el debate en la Academia. Incluso yo estaba aún bajo los efectos de la reacción extraña que había tenido mi maestro, al-Fasí, ante aquella inesperada pregunta.

Pero tal vez deba explicar primero que el presupuesto de un centro de estudios de primera magnitud como el de la Novia de Lucena era alto, y que no era fácil cubrir esos gastos. Por ello, los maestros habían decidido en su día que se atendería cualquier pregunta y se daría consejo espiritual a todo el mundo, pero previo pago de un donativo que serviría para sostener la Academia. Mi maestro, al-Fasí, redactaba aquellas respuestas, tras largos y a veces tensos debates. Aquellas respuestas, o responso, se convertían de ese modo en uno de los mejores manuales de estudio que un rabino pudiera desear, pues allí se contenía el saber de muchas mentes.

Aquella mañana, antes de que Samuel nos diera la noticia de su futura boda, se había debatido, y lo cierto es que quedó pendiente la respuesta

definitiva, una pregunta formulada por un hombre llamado Sémah y que había sido enviada desde Tudela. Aquel hombre interrogaba al gaon de Lucena sobre algo que, al parecer, en cierta ocasión había leído en un documento ya perdido redactado por el insigne poeta y filólogo Menahem ben Saruq, quien había vivido en tiempos del gran Hasday ibn Saprut en Córdoba. La pregunta, de eso estaba ya seguro desde el primer momento, había provocado cierto efecto en el gaon al-Fasí, aunque no supe valorar en aquel momento en qué sentido. Pero menos aún podía sospechar que tuviera en nuestras vidas las consecuencias que después acarrió.

Aquel hombre, el tal Sémah, quería saber si se podía dar crédito a la leyenda que afirmaba que en el principio de los tiempos el ángel Raziel había entregado a Adán un zafiro maravilloso en el cual estaban escritos los secretos de la Creación y si, como al parecer él había leído en un texto redactado con su puño y letra por Menahem ben Saruq, además el ángel poseía un talismán capaz de obrar prodigios que un hombre normal no podría creer jamás. Esas eran las palabras exactas que había empleado el hombre en su pregunta.

El debate fue uno de los más enconados que recuerdo, pero advertí que mi maestro apenas participó en él. Solo cuando se le interrogó sobre el sentido de la frase ya indicada —prodigios que un hombre normal no podría creer jamás— dijo con un hilo de voz que la leyenda aseguraba que aquel talismán contenía una imagen astral, una figura grabada a fuego por el propio Yahvé en el momento astrológico más increíble de cuantos se recuerdan, pues fue en el mismo momento en que Él puso en marcha la Creación. La influencia de los astros, añadió, se concentró en ese talismán y en la figura de poder grabada en él. Allí se dan cita las fuerzas de la naturaleza y la piedra que las contiene posee el poder de modificar la naturaleza de las cosas, incluso, añadió en medio del silencio general, la de hacer que un hombre supere la frontera de la muerte y regrese a la vida. Pero para que el talismán activara el poder que Yahvé le había concedido era preciso pronunciar dos Palabras de poder que Él enseñó al ángel Raziel.

Se escucharon murmullos. Nadie podía dar crédito a esa historia que parecía bordear la blasfemia. Hubo quienes se tranquilizaron recordando que el gaon había dicho que era solo una leyenda, pero yo estaba a su lado y percibí un temblor especial en sus manos y en sus labios.

—Pues eso, que nos casaremos dentro de seis meses —el entusiasmo del habitualmente serio Samuel me sacó de mis recuerdos.

—Enhorabuena —dijo al fin Dahud al tiempo que se fundía en un abrazo con Samuel.

IX

Santillana del Mar.
Año 2002 de los cristianos. Mes de diciembre

QUIÉN podía imaginar que Nicole Saintes, una francesa de la Champaña, iba a descubrir qué quería decir exactamente su amiga Rosita con aquello de que su novio le hacía *tilín* justo la noche que conoció a Julio Iraola? Ella había barajado un par de posibilidades sobre lo que era que a una le hicieran *tilín*.

Iraola, por su parte, debía sujetar sus ojos para que no se deslizaran con más frecuencia de la que la discreción impone hacia los territorios más sinuosos de la muchacha. Pero le costaba mucho más que en otras ocasiones en que había sido expuesto al letal perfume de una mujer bella.

La cena estaba siendo todo un éxito. Rodrigo y Ana parecían encantados y el señor de la casa trajo a la mesa, al mismo tiempo que se servía el segundo plato, a la Orden del Temple y sus enigmáticos recovecos.

—Aquí donde ve usted a esta criatura encantadora, amigo Iraola, resulta que es una especialista en la Orden del Temple —tentó a la suerte Rodrigo.

—¿No me diga? —Los ojos de Iraola se elevaron unos centímetros, los que iban desde el escote de Nicole hasta sus ojos.

—No haga usted caso.

—De tú, Nicole, de tú —la corrigió el joven.

—Ya lo creo que sabe del asunto. El otro día me dejó sin argumentos —insistió Rodrigo—. Que si el Arca de la Alianza, que si el Templo de Salomón, que si las catedrales góticas...

—¿Usted también cree que fueron ellos los que impulsaron la aparición del gótico? —Iraola se zambulló en su pasión favorita.

—Bueno, en realidad, yo lo que le dije al señor Rodrigo es que había investigadores que ven ese lado oculto y misterioso en la orden. ¿Cómo es que se hicieron tan inmensamente ricos si no fue con alquimia o algo así?

—Con donaciones de tierras de nobles y reyes —intervino Rodrigo—. Es sabido que los nobles que ingresaban en la orden cedían a esta sus bienes. El voto de pobreza era para los monjes, pero la orden era inmensamente rica.

—O con la plata que obtuvieron en América. —Iraola captó la atención de todos.

—¿De América? ¿Pero estáis hablando de los siglos XII y XIII? —Ana se mostraba fascinada por el rumbo que estaba tomando la cena.

—Cierto, pero hay algunas cosas verdaderamente curiosas. ¿Sabían que nunca se localizó a la mayor parte de la flota templaria después de que el rey Felipe IV de

Francia ordenara que los prendieran? ¿Por qué su puerto más importante no estaba en el Mediterráneo, como era lo lógico, sino en La Rochelle, con la proa de los barcos hacia un mar que nadie se atrevía a cruzar? ¿Dónde está el tesoro de la orden que el rey de Francia se apresuró a robar entrando en la Torre del Temple en la misma noche en que ordenó que los monjes fueran detenidos? ¿Sabían que los hombres de Pizarro encontraron cruces en Perú? ¿Quién pudo haberlas llevado allí?

—Eso es cierto —convino Nicole—. He leído que se han encontrado estatuas de guerreros en América que representan a caballeros con la cruz del Temple.

—Pero eso es imposible, ¿no? —Ana miraba a los dos jóvenes con asombro y con envidia. Veía sus cuerpos lozanos, la piel tersa de Nicole, y creyó descubrir cierta complicidad en sus miradas.

—Si lo pensamos bien, no tanto —dijo Iraola—. Cuando el Temple se ve obligado a disolverse en media Europa, muchos monjes salen con vida de las persecuciones y aquí, por ejemplo, en España, se integran en otras órdenes, como la de Montesa o la de Calatrava. En Portugal, el rey ampara al Temple fundando la Orden de Cristo. Y allí, en Portugal, será donde se fragüen las grandes aventuras marítimas tiempo después. Es allí donde bebe Cristóbal Colón de fuentes tan misteriosas como las del río Nilo y luego termina descubriendo América a bordo de tres naves en cuyas velas ondeaba la cruz del Temple. ¿Casualidad?

La noche se deslizó suavemente alrededor de los cuatro comensales. Una hora después Ana se retiró a su habitación terriblemente cansada.

—Cada día está peor. No sé qué hacer —confesó a sus invitados Rodrigo, y una lágrima furtiva estuvo a punto de resbalar por sus mejillas reseca.

Los dos jóvenes permanecieron en silencio unos instantes. ¿Qué se podía decir a un hombre que lleva diciendo adiós a su único amor ininterrumpidamente desde hacía seis meses? Afortunadamente para ellos, Rodrigo les ayudó a salir de la incómoda situación.

—¿De veras creéis que los canteros medievales y los templarios estaban compinchados en un proyecto común?

Iraola le explicó que en muchas construcciones templarias, las que a su juicio servían para rituales secretos, de iniciación en la orden, nada se había dejado al azar. Apuntó que en España había capillas o iglesias como las de la Vera Cruz de Segovia o Torres del Río y Eunate en Navarra donde esa idea se hacía obvia.

Al parecer, ciertas construcciones eran octogonales, de modo que el centro místico sumaba el nueve del Temple. Nueve habían sido los caballeros originales y nueve años habían permanecido en el secreto del viejo solar del Templo de Salomón. Y esas construcciones poligonales, erigidas en parajes a veces absurdos, en mitad de descampados, aprovechaban las corrientes telúricas de la tierra y también la orientación matemática hacia las estrellas para que el iniciado fuera despertado a una nueva conciencia.

—¡El nueve! —exclamó Rodrigo—. ¿Por qué creéis que el nueve era el número

del Temple?

—Además de por los nueve caballeros de marras, ese número se corresponde con la letra hebrea *Thet* y con el noveno arcano del Tarot, que es *El Ermitaño* y simboliza al Iniciado y al Iniciador. Además, entre los cabalistas judíos el noveno *sefirá* es *Yesod*, es decir, la fundación o la base sobre la que todo lo demás se asienta.

El resto de la velada fue un placer para un espíritu viejo como el de Rodrigo, pero presumió que aún podía ser más cálida para dos cuerpos jóvenes, de modo que se excusó pretextando que no quería dejar mucho tiempo sola a su esposa. Además, para entonces ya había empezado a atisbar a lo lejos el modo en que debía ordenar su mente para pensar como un templario, tal y como recomendaba el texto hebreo encontrado en El Burgo de Osma.

Iraola y Nicole se quedaron aún unos minutos charlando. El profesor dijo que se quedaba a dormir en la casona, en la habitación de invitados, y preguntó que dónde iba a dormir ella. Mil mariposas revolotearon en el vientre de Nicole ante la pregunta y se descubrió deseando sentir *tilín* en las inmediaciones, donde había tal agitación, pero la traicionó la educación.

—Es tarde, pero creo que el señor Barreda me dejará entrar en la posada.

Recogió su chaquetón, de color arena, y cubrió con él sus brazos y buena parte de la ofrenda sinuosa con la que Iraola había mantenido un silencioso trajín aquella noche. Entonces, él la besó. Y ella, y eso fue lo mejor para Iraola, se mostró hospitalaria, pero solo lo justo.

—Buenas noches, Julio —era la primera vez que pronunciaba su nombre—. Es mejor que vayamos a dormir.

El tiempo, si de verdad es cosa de Dios y Dios es cosa buena, debía haberse detenido allí para siempre, entre la invitación de los ojos de ambos. Pero el tiempo pasa. Y se fueron. Y llegó la mañana. Y minutos antes de que a los pies de Rodrigo extendieran una alfombra de esperanza, él y su esposa comenzaron aquel día de diciembre desde el cual ya se oía la inminente Navidad desayunando al calor del porche acristalado que miraba al jardín de la casa solariega. Fuera, el sol tímido del invierno lamía las gotas de agua con las que el rocío había salpicado la hierba y los arbustos rojizos y verdes.

Ana miraba a través de los cristales a Raziel, el joven lobo que había convertido en objeto de todos sus mimos y que ya olfateaba las esquinas del jardín.

—Esta noche se ha repetido el sueño —el humo de la taza de café se elevaba entre sus manos.

—¿Otra vez la muchacha y el lobo? —preguntó Rodrigo.

—Cada vez es más nítido, Rodrigo. Te parecerá una tontería, pero el lobo del sueño es igual que Raziel. Y en cuanto a la muchacha, no sé, hay algo que me resulta familiar en ella, como si la conociera sin haberla visto jamás.

Ana hizo una pausa. No sabía si decirle o no a su marido lo que había vivido aquella noche. Al final se decidió:

—Hoy me habló.

—¿Te habló? ¿Qué dijo?

—La verdad es que no dijo nada, pero sentí que me quería decir algo. No despegó los labios, pero me habló de un caballero y un dragón y de un ángel que ayudaba al Bien, y también del día del Juicio Final, donde un ángel ayuda a las almas buenas. No sé, pero me pareció que la muchacha estaba angustiada y se esforzaba por tratar de decirme algo.

Rodrigo dudó una vez más si contarle a su esposa en qué consistía la investigación que estaba realizando supuestamente para Julio Iraola. De hecho, había pasado por serios apuros durante la cena, pero al final prefirió no generar ilusiones, que tal vez resultaran falsas, en su esposa. Iraola se había marchado temprano y Rodrigo agradeció no tener que compartir otra conversación sobre el Temple en presencia de Ana.

Ella salió al jardín y se dispuso a jugar con el joven lobo. Rodrigo los miró a través de los cristales y no pudo evitar que la escena se emborronara por las lágrimas que le producía ver a su esposa cada vez más delgada, extremadamente débil, junto a un ser repleto de vida y juventud como era Raziél.

—Voy al claustro de la Colegiata. ¿Te apetece venir? Tal vez te siente bien dar un paseo —propuso minutos después a su esposa.

Ella aceptó.

A veces se pasaba días y días sin salir de casa. Ya no se sentía con fuerzas como para ir a la finca de Liébana y muchos de los trabajos se los dejaba hacer a Nicole, que se había convertido en sus ojos y en sus oídos en el *hospital de animales*. Solo las caricias a Raziél parecían proporcionarle cierta alegría.

Tomaron la calle Gándara y luego giraron a la derecha por la calle de La Carrera. Santillana bostezaba aún. Algunas tiendas abrían sus puertas a la espera de la visita de los escasos turistas que recorrían las calles empedradas en invierno. Rodrigo y Ana, envueltos en sus prendas de abrigo, se miraron como si fueran los novios que una vez fueron, y así se los vio pasar junto a la Torre de los Velarde. Su amor, como las piedras de sillería de aquella construcción medieval, parecía eterno.

Al llegar a la altura de la Casa de los Abades, frente a la fachada principal de la Colegiata, tomaron la calle Mateo Escagedo Salmón. Por allí se llega a la entrada al claustro abierta al público, aunque también a través de la nave de Evangelio se accede al mismo si el visitante está en el interior de la Colegiata.

El personal responsable, tanto el joven que vendía las entradas para acceder al claustro como el vigilante que vela por la integridad del lugar, saludaron familiarmente a Rodrigo.

—¡Buenos días, don Rodrigo! Hoy viene usted bien acompañado —y volviéndose hacia la esposa de Rodrigo, añadió—: Doña Ana, es un placer saludarla.

Ellos sonrieron agradecidos y, tras abonar la entrada, respiraron a pleno pulmón el aire centenario de aquel mundo cuadrangular, de unos veinte metros por cada lado,

hecho de piedra.

Allí, en alguno de aquellos capiteles que Rodrigo había observado más de mil veces, debían estar las palabras que el templario Nuño García había ocultado.

Tengo que pensar como un templario, se dijo el viejo profesor, que veía ahora a esos enigmáticos monjes con otros ojos después de sus conversaciones con Nicole y con el soñador Iraola. Estaba convencido de que el truco giraba alrededor del número nueve, de modo que se dirigió al capitel con ese número sin la menor vacilación, pero en ese instante se escuchó a través del equipo de megafonía la voz profesional del narrador de las imágenes del claustro.

La voz explicaba que en el capitel número uno se mostraban escenas evangélicas; en el segundo, anunciaba, había elementos decorativos; en el tercero, un exorcismo, además del bautizo de Cristo en el río Jordán a manos de Juan.

Ana se mostraba risueña y sonreía a su marido mientras la voz del narrador aseguraba que el profeta Daniel aparecía en el foso de los leones en el cuarto capitel del lado sur de claustro. Las fieras se humillaban a los pies del hombre de Dios. Pero Rodrigo, para entonces, estaba anclado en el capitel número nueve, en el cual, según sus deducciones tras haber *pensado como un templario*, debía estar el objeto de su búsqueda. Ana lo miraba divertida preguntándose qué demonios estaba haciendo allí. Ella, mientras, seguía las indicaciones del narrador.

El quinto capitel del lado sur muestra la Descensión de Cristo de la cruz. Nicodemo y José de Arimatea sostienen al difunto al tiempo que extraen de la mano izquierda de Jesús el clavo que le atornillaba al madero del suplicio. Allí están también María y un perro que, según el narrador, simbolizaba a Juan por su fidelidad. Unos soldados romanos contemplan la escena.

El sexto capitel es meramente decorativo, y el siguiente representa una escena medieval en la que un caballero sobre un corcel levanta su mano derecha en señal de saludo y una dama lo recibe aireando una palma como símbolo de la victoria que había cobrado el paladín. Hay también un perro en la escena, que aquí representaría otro tipo de fidelidad: la de la virtud de la dama en recuerdo de su hombre.

Tras este capitel, la monotonía del claustro se ve interrumpida con la presencia de la capilla de los Hurtado de Mendoza, construida en 1532, y que nunca llegó a ser empleada para lo que fue concebida: acoger los restos de los miembros de las familias Vega y Hurtado.

Y en el noveno capitel estaba plantado desde hacía varios minutos Rodrigo. Allí se representaban el Bien y el Mal encarnados en un caballero y un dragón o un oso. Algunas versiones quieren ver la lucha de don Favila contra el famoso oso. El capitel era rico en detalles, como demuestra el hecho de que las entrañas de la bestia salgan por la herida fatal de su cuerpo.

—¿Se puede saber qué haces? —Ana no sabía si tomarse a broma la actitud de su marido, que había puesto la nariz casi encima del capitel para escudriñar por completo.

—Sigue paseando, cariño. Luego te lo cuento —respondió él casi sin prestar atención a su esposa.

El décimo capitel dejó muda a Ana. Un dragón era apresado por un ángel, que de ese modo ayudaba a un caballero a acabar con el monstruo. Eran el Bien y el Mal, decía el narrador. Pero para Ana era algo más: eran las figuras que había visto en su sueño y que, estaba segura, fueron sugeridas de alguna manera por la joven misteriosa.

Por un instante estuvo a punto de avisar a su marido, pero al verlo aún con sus gafas de concha tratando de averiguar no sabía muy bien qué en el capitel anterior, prefirió no molestarlo. Ya se lo diría cuando acabara su inspección, decidió.

Ana circuló por los siguientes capiteles como una autómatas. Ni siquiera la belleza del buen pastor que apaleaba a los lobos en el undécimo capitel la sacó de su abstracción. Luego dejó a su izquierda la capilla de los Polanco y siguió caminando confusa por la galería oeste del claustro. Allí la esperaban los siguientes capiteles con representación de un centauro que parecía correr tras un mono, una hoja de roble, gatos ocultos entre la maleza, la eternidad simbolizada por un entrelazado sin fin, y de pronto, la gran bofetada para reclamar su atención.

Ocurrió ante la impresionante representación del Juicio Final. Un ángel con los brazos extendidos acogía a las almas de los difuntos exactamente igual que ella había soñado la noche anterior. Otro ángel recogía su vestido e invitaba a los difuntos a ir al lugar del pesaje. Parecía el Juicio de los Muertos egipcio, pero se echaba en falta a Anubis y al enigmático dios Thot. Al otro lado de capitel, un ángel pugnaba con el demonio tratando de desequilibrar la balanza a su favor al tiempo que con una lanza hería en la boca al demonio.

Ana, ante aquellas imágenes, tuvo que sentarse. Sentía que el claustro giraba a su alrededor. Los demás capiteles, con sus espigas de trigo, los racimos de uva y otras imágenes ya sin sentido para ella rondaban a su alrededor como insectos. Trató de llamar a Rodrigo, pero su marido seguía estúpidamente anclado en el capitel número nueve y parecía ajeno al resto del mundo.

¿Cómo era posible que la muchacha del sueño le hubiera hecho ver con tanta nitidez lo que se representaba en aquellos dos capiteles? ¿Se estaba volviendo loca?

En ese momento, el guarda jurado del claustro se acercó a ella.

—¿Se encuentra bien, señora?

—Sí, sí, no se preocupe. Ha sido un pequeño mareo.

—Señor, señor, su esposa se ha mareado —gritó el joven a Rodrigo.

—¡Dios mío! ¿Qué te ocurre? —El profesor tomó las manos frías de su esposa entre las suyas.

Ella dijo que había sido un pequeño mareo, que no era nada y que ya estaba bien. Después, cuando el joven vigilante los dejó solos, Ana creyó llegado el momento de decirle a su marido lo que había ocurrido.

—¿Has visto en dos capiteles las escenas de tu sueño? ¡Es increíble! —Rodrigo

estaba perplejo, sin darse cuenta todavía de que su nuevo Dios daba señales de vida.

Se acercaron a los dos capiteles y Rodrigo comprobó, en efecto, que aquellas imágenes eran las mismas que Ana le había descrito a penas una hora antes, durante el desayuno.

El profesor se detuvo ante el ángel que agarra con una cuerda por la cola al dragón, que tal vez simboliza la tentación, en el capitel del ala sur del claustro. Luego prestó atención al caballero que se apresta a luchar contra aquella bestia de fábula a lomos de su corcel y al final reparó en el ángel que protege al caballero situándose a su espalda. Y súbitamente, su corazón hizo una pirueta imposible. ¿Qué diantres eran aquellos signos?

Se puso las gafas de gruesa concha y acercó su hocico hasta el ángel. Lo que vio lo dejó perplejo. Allí había unos signos grabados. Eran caracteres hebreos, como los del documento que robó en El Burgo de Osma. ¡Era increíble! ¡Su esposa había soñado con aquel capitel! ¡Una joven misteriosa se lo había comunicado de alguna manera! ¡Una joven que aparecía en los sueños de Ana junto a un lobo al que llamaba Raziél! ¡Era una locura!

El profesor anotó con mano nerviosa aquellos signos convencido de que había localizado una de las dos Palabras de Yahvé, las que hacían que el talismán de Raziél cobrara vida. Después, sin demora, corrió hasta el otro capitel que su esposa le había indicado.

La escena aparecía en la galería oeste. Parecía el Juicio de los Muertos egipcio, razonó igual que lo había hecho su mujer minutos antes. Hasta cierto punto era lógico que estuviera al oeste, donde el Sol muere, pensó. Después centró su atención en el ángel, en la balanza, en el diablo y en las ánimas representadas en forma de cabezas. Y entonces una risa nerviosa que terminó en carcajada se adueñó de él, porque entre las nueve —*¡nueve!*— cabezas que se representaban en uno de los lados del capitel aparecían otros signos hebreos.

—¿Me quieres explicar qué es lo que está pasando, Rodrigo?

El profesor anotaba su descubrimiento y se zafó de su esposa durante un instante, pero sabía que no podía seguir ocultándole la verdad por mucho tiempo. Sin embargo, algo le decía que podía ser peligroso para ella saber lo que realmente se traía entre manos.

—Ahora estás fatigada, cariño. Te lo explicaré más tarde.

Pensar como un templario, se decía Rodrigo de regreso a su casa. Él había tratado de *pensar como un templario*, pero el capitel número nueve no ocultaba ninguna información mágica. ¿Dónde había estado el fallo? La primera Palabra de poder había aparecido en el capitel número diez. ¿Qué significaría? Y la segunda estaba en el capitel número diecisiete. Aquello no tenía ningún sentido, a no ser... De pronto una idea extravagante ganó espacio en su mente hasta ocupar toda su imaginación. *¡Eso es! ¡Maldito templario!*, exclamó en silencio para no despertar a su mujer, que parecía caminar dormida por las calles de Santillana del Mar.

El talismán de Raziel podía sanar y hasta rescatar de la muerte a los difuntos, según decía el documento hebreo. Una palabra aparecía en la lucha contra el Mal y donde un ángel amparaba al caballero, al iniciado, que luchaba contra el monstruo. La segunda estaba en el lado donde el Sol muere y donde se libra la batalla de la resurrección de las almas y otra vez el ángel tenía un papel estelar. ¡El capitel número diez y el número diecisiete! ¡La suma de ambos es veintisiete! ¡Un dos y un siete! ¡Nueve!

X

Lucena. Año 1141 de los cristianos

LA noche avanzaba con paso seguro en Lucena hiriendo de oscuridad los campos de olivos mientras el viejo rabino José ibn Migash desgrana sobre un pergamino sus recuerdos.

Durante el primer año de su matrimonio, Samuel y Sara fueron tan felices como lo pueden llegar a ser dos jóvenes amantes a los que la fortuna ha concedido unos bellos cuerpos con los que regalarse. Durante el primer año de aquel matrimonio, mi amigo Dahud dejó de serlo lentamente, y no ocurrió por ninguna razón especial; de hecho, no solo nuestra amistad se vio deteriorada, sino también todas sus relaciones sociales. Apenas salía de la casa de sus padres y solo la asistencia a los oficios en la sinagoga quebraba aquel aislamiento, que incluía su inexistente aportación a los trabajos de la Academia.

Pero de pronto, la decoración del pequeño teatro de nuestras vidas cambió.

Todavía hoy me reprocho a mí mismo no haber advertido los sutiles cambios que se produjeron en el comportamiento de Dahud, quien frecuentó de nuevo no solo la Academia, sino también mi compañía. En cuanto a Samuel y su esposa, se me disculpará que nada pudiera saber, puesto que no había estado en su casa más que en un par de ocasiones hasta que fui invitado de forma inesperada a celebrar con ellos la fiesta Simjat Torá o Alegría de la Ley, con la que concluyen las celebraciones del Sukot. Allí coincidí también con Dahud, y tampoco acerté a ver, solo a mirar.

La fiesta de Sukot o de las Cabañuelas se prolonga en las familias judías por espacio de varios días. En la sinagoga se emplean en los rituales productos agrícolas, puesto que esta festividad, que en principio nació para conmemorar el tiempo que nuestro pueblo vagó por el desierto sin más luz en el horizonte que Yahvé, luego adoptó un carácter claramente agrícola, y tanto la vendimia como la cosecha ganaron presencia en los festejos.

Mientras tanto, en las casas se construía una pequeña cabaña o suká, siempre en un lugar en el que el cielo Riera visible, puesto que nuestro pueblo pretendía rememorar su pasado errante. Se trataba de una construcción temporal, pero no por ello dejaba de ser nuestra casa, de modo que tenía que tener al menos tres paredes y por techo ramas que siempre permitieran ver el cielo estrellado desde el cual Yahvé nos observaba y conducía con pulso firme. Y como casa familiar que era, había que amueblarla y dotarla de víveres, puesto que la tradición afirmaba que huéspedes ilustres visitarían la suká en esos días de fiestas. ¡A ver quién se atrevía a desairar a unos huéspedes cuya relación comienza con Abraham y finaliza con el rey David teniendo en medio ni más ni menos que Isaac, Jacob, José, Moisés y Aarón!

En esos días de fiesta pedimos que el próximo invierno sea benigno con nosotros y nos ofrezca las lluvias que la cosecha precisa, y al final se celebra la festividad de Simjat Torá, por la cual pude compartir más tiempo con la familia que Samuel y Sara habían formado. Era el momento

de alabar a Dios por habernos regalado la Ley con la que nos comportamos a diario. Hubo alegría y cánticos, hubo lecturas de la Ley y baile, y también hubo comida exquisita, una de las razones por las que quise felicitar a Sara en un momento de la fiesta, pero por más que miré, no la vi.

En realidad, ya lo he dicho, no vi nada, solo miré.

Samuel charló conmigo y con otros invitados. ¿Estaba feliz? Yo creía que sí. Era cierto que el Señor aún no había bendecido su matrimonio con descendencia, pero ambos eran jóvenes todavía.

Debo confesar que me sentí feliz aquella noche. Por una vez, pensé, todo volvía a ser como siempre: Samuel enamorado perdidamente de Sara, y Sara correspondiendo el amor del joven comerciante, que en los últimos meses había ido adquiriendo más importancia en los negocios familiares e incluso se le habían delegado operaciones jugosas que lo habían llevado a viajar durante varias semanas a Egipto. Y después, para que todo fuera exactamente igual, Dahud había regresado a la Academia y al estudio de la Torá y yo acariciaba la posibilidad de hacer de él en breve mi mano derecha en la institución cuando mi maestro, al-Fasí, me considerara preparado para dirigir sus destinos, algo que ya me había anunciado. De hecho, pensé que tal vez era una buena ocasión para anticipar mis planes a Dahud. Seguramente, supuse, le entusiasmará la idea, así que miré por todas partes, pero, como me ocurrió con Sara, no lo vi.

Ya quedó dicho que aquella noche no vi por más que miré.

XI

Roma. Santillana del Mar.
Año 2002 de los cristianos. Mes de diciembre

—¿**E**STÁS seguro? —El cardenal miró a Damiano Corradi como solo un hombre acostumbrado a escrutar el alma de los demás sabe hacer.

—Creo que sí. Hay diferentes versiones, pero yo me inclino por esa —contestó el joven clérigo mientras dejaba sobre la mesa del cardenal una carpeta en cuyo título constaba solo de un nombre: *San Malaquías*.

—Está bien. En todo caso, está al caer. Da igual que viva unos años más o menos. Si todo sale bien, Dios tendrá que tenernos en cuenta, Corradi. —Lozoya no parecía un cardenal, sino un traficante de alguna mercancía valiosa pero desconocida—. Tendrán que negociar.

—¿Se sabe algo de España?

—Algo se está haciendo ya. Pronto averiguaremos qué sabe el tal Iraola. En cuanto a Rodrigo, no hay que preocuparse. Lo sabré todo de él.

—¿Por qué no mandamos a alguien a Santillana del Mar? Yo podría ir. Estoy seguro de que puedo encontrar las claves del templo.

—¿Para qué vas a ir? ¿Para que te reconozca Rodrigo?

—No tiene por qué verme.

—No tienes por qué ir. Ya hay gente trabajando en eso.

Corradi se mordió los labios. A un joven tan ambicioso e inteligente como él no le gustaba estar al margen de las cosas. Él era capaz de llegar con sus conocimientos más allá de lo que el cardenal podía hacer ni siquiera en sus mejores sueños. Sin embargo, era un simple lacayo. ¿Tardaría mucho en cambiar el orden establecido?

—Iraola, ¿es usted? —La voz de Rodrigo parecía nerviosa al otro lado del teléfono—. Me gustaría verlo. ¿Puede acercarse a Santillana?

—¡Rodrigo! ¡Qué sorpresa! ¿Qué ocurre? ¿Ha descubierto el Arca de la Alianza de los templarios? —bromeó Iraola sin saber hasta qué punto estaba casi en lo cierto.

—¡Déjese de tonterías! Me gustaría enseñarle algo.

Julio Iraola aceptó la oferta. Cenaría aquella misma noche con Rodrigo, pero en realidad su interés tenía forma de mujer con ojos azules. Su esperanza se llamaba Nicole. ¿Estaría ella también en la cena?

—¿En qué idioma cantas? —Nicole sorprendió a Rosita atacando a pleno pulmón una canción para ella desconocida.

—¿En qué idioma va a ser? —se extrañó la muchacha—. Pues en castellano.

—Pues no lo entiendo. A ver, ¿cómo es eso que dices?

—¡Ah! —Rio la hija del señor Barreda—, es que hay palabras cántabras.

—¿Palabras cántabras? Nunca había oído hablar de ellas.

—Bueno, es la forma de hablar que había en otros tiempos por estas tierras, lo que pasa es que se ha ido perdiendo. Escucha.

Rosita repitió el ininteligible estribillo.

Cuerri, cuerri Nel «El vieju» pola tú vida.
Los perdigonis pasan por encima tuyu.
Las cajigas y las jayas sospiran por ti.
Cuerri, cuerri Nel «El vieju» pola tú vida, pola tú vida.

—¿De qué trata la canción? —preguntó Nicole.

—Es sobre un *corzu*, perdona —se corrigió Rosita—, sobre un corzo que se llama Nel y al que apodan «El vieju» porque ha logrado envejecer después de escapar muchas veces de los cazadores. Y eso pasa porque tiene buena suerte. Todos los años *llega el tiempu el terror* a los montes, o sea, que se abre la veda, y Nel debe correr para salvar su vida.

—Es triste —se lamentó la joven francesa.

—Pero real. Así pasa todos los años.

—¿Quién canta la canción?

—Es un grupo de folk. Luétiga, se llaman. Me encantan.

Nicole miró por la ventana. La tarde había dado paso a la noche. Enfrente estaba la casona de Rodrigo Suárez de Lara y pensó en el lobo Raziel. «¿Qué sucedería cuando Ana muriera? ¿Deberá luchar *pola su vida* como el corzo de la canción para que los cazadores no den con él?». Sus pensamientos se ensombrecieron al pensar en la crueldad del hombre, el único animal que no mata por necesidad, sino por juego, deporte o vicio. Y entonces le pareció ver a alguien rondando la casa del viejo profesor. Era una figura gruesa. Un hombre, desde luego. ¿Quién sería? Mientras, Rosita seguía a lo suyo, al canto reivindicativo, y por la sala se esparcían las notas canturreadas con escasa pericia.

Quiciás quedrán desecami pa que sea enmortal.
Colgando la mi cabeza de la paré dun bar.
Tol tardiú y l'iviernu podréis respirar.
El nuestro mieu, porque ya veno el tiempu el terror.
El tiempu el terror.

De pronto, alguien mucho más familiar hizo su entrada en el encuadre de la escena dibujado por el marco de la ventana. Nicole sintió cierto hormigueo al reconocer a Julio Iraola. ¿Qué hacía el profesor allí? Miró a Rosita como temiendo que la joven hubiera podido captar su súbito arrobamiento, pero su amiga seguía desgañiéndose para dar vida a la odisea de *Nel* «El vieju».

A la mejor m'enquivoco y no vien por mí.
Salvándome cumu otras vecis ya pasó.
Las pantasma los mis hermanos muertos por eyos.
Dijerinme que tuvía qu'escapar d'aquí, qu'escapar d'aquí.

Lejos estaba Nicole de imaginar lo certero de la recomendación de la canción. Lo mejor para ella hubiera sido escapar de allí, escapar de allí... Pero no lo hizo. En lugar de eso, se inventó una excusa para ir a casa de Ana y Rodrigo.

Nicole salió al frío oscuro del mes de diciembre y se encaminó a la casona de la calle Jesús Otero. Al pronto, la sombra masculina trató de fundirse en la espesura de la noche, pero Nicole alcanzó a sospecharla cuando se ocultaba tras la esquina con la calle de Bertrand Clisson. Sin embargo, la joven prefirió concentrarse en su arriesgada puesta en escena inminente.

Fernanda, a la que ya llamaba Nanda porque el roce siempre termina por acortar los nombres, fue la encargada de abrir la puerta.

—¡Señorita Nicole! ¡Qué sorpresa! ¿Qué hace usted por aquí a estas horas?

—Buenas noches, Nanda. Es que estaba dando un paseo y no sé, de pronto me pregunté qué tal estaría doña Ana, y aquí me tiene.

—Pase, pase usted, que el frío raspa —la mujer hizo hueco entre su orondo cuerpo y el quicio de la puerta para que la joven entrara en el caserón—. Pues la verdad —añadió en tono confidencial—, doña Ana está cada vez peor. Ya apenas sale de casa, y el señor está el pobre roto de dolor, que lo sé yo, aunque él se hace el valiente. Por cierto, que no ha hecho más que llegar el muchacho ese de la otra noche, el que cenó con ustedes. ¿Cómo se llama?

—¿Iraola? ¿Julio Iraola? ¡Qué casualidad! —Nicole mintió como mandan los cánones femeninos en esos casos.

Nanda la condujo hasta la sala donde Iraola estaba esperando a Rodrigo acompañado de un café.

—¡Nicole! ¡Qué casualidad! —exclamó Iraola al ver a la muchacha.

—Eso mismo he dicho yo al saber que estabas aquí.

Iraola explicó que Rodrigo le había llamado aquella mañana. Al parecer quería enseñarle algo y lo había invitado a cenar con él. ¿Ana? No la había visto, confesó el profesor de Arte. Creía que estaba bastante más débil, añadió bajando el tono de voz.

En ese momento hizo su entrada Rodrigo, quien no pudo ocultar su desconcierto al ver allí a Nicole. Y ella se dio cuenta.

—Yo ya me iba, don Rodrigo. Solo había entrado para ver qué tal estaba doña Ana, pero ya me ha dicho Nanda que está descansando. En fin —improvisó—, ya volveré en otro momento.

Rodrigo no la retuvo. No le incomodaba la muchacha, todo lo contrario, pero algo dentro de él le decía que lo más acertado en todo aquel asunto era que lo supieran las menos personas posibles. Incluso Ana permanecía aún en la ignorancia de las maquinaciones de su esposo.

—Vuelve cuando quieras, Nicole. Aquí siempre eres bien recibida.

La francesa salió de la casa con la sensación de haber hecho el ridículo. Pensaba que había sido demasiado evidente para qué había ido a esas horas de la noche a la mansión. Levantó el cuello de su chaquetón y decidió que dar un paseo por las

desiertas calles de la villa medieval podía ser un buen remedio para su evidente rubor. Y a paso ligero descendió por la calle Jesús Otero y después callejeó su bochorno por la villa hasta que decidió volver a la pensión.

Justo en la esquina con la calle Gándara un hombre tropezó con ella.

Nicole iba tan ensimismada en sus pensamientos, que en realidad terminaban siempre en la imagen de Julio Iraola, que no estuvo ágil para atar cabos e identificar al torpe peatón con la sombra que se había ocultado media hora antes en la penumbra medieval de Santillana.

Rodrigo e Iraola cenaron frugalmente. No parecían tener demasiado apetito ninguno de los dos, y se veía que a Rodrigo le urgía abordar el asunto por el cual había hecho venir a su invitado. Y con el café humeante, Rodrigo le mostró a Iraola una hoja de papel.

—Usted había estudiado hebreo, si no recuerdo mal, ¿no es cierto?

Iraola asintió mientras miraba los caracteres tatuados sobre aquella cuartilla. En efecto, había aprendido hebreo años atrás, lo que siempre había sido objeto de mil y una bromas, cuando no reproches, por parte del antiguo Rodrigo. Y es que Rodrigo ya no le parecía el Rodrigo que él conocía, un hombre a veces ordinario y otras veces brillante; un académico embutido en las normas del franquista que había sido. No. Aquel no parecía Rodrigo. Aquel era otro hombre.

—¿Lo puede usted traducir? —preguntó el anfitrión. ¿Y cómo se pronunciaría?

—Sí, claro —respondió el joven Iraola.

Rodrigo anotó nerviosamente la respuesta de su colega, pero cuando este le pidió explicaciones sobre el origen de aquellas palabras se zafó de él interponiendo entre ambos una historia confusa a cerca de un *Tratado de Talismanes* publicado en 1658 y que al parecer era obra de un monje alquimista del Cluny, un tal Dom Jean Albert Bélin. Según Rodrigo, después de estudiarlo someramente, le había llamado poderosamente la atención, pero había algunas cosas que le resultaban incomprensibles, como fórmulas rituales escritas en hebreo, como esa que Iraola había traducido, y un sinfín de alusiones esotéricas que quedaban fuera del alcance de sus conocimientos.

—Un día de estos me tendrás que echar una mano con ese libro, Iraola —rio Rodrigo mientras ocultaba en una carpeta la traducción de la frase hebrea y la guardaba después en un cajón bajo llave.

Julio Iraola miró de soslayo a su anfitrión y copió en un papel las palabras de marras. Era evidente que a uno no se le hace venir a cenar para traducir unas palabras cualquiera. Y aquella historia del libro de talismanes que le había endilgado Rodrigo no se la tragaba él ni acompañada del mejor licor.

El resto de la conversación derivó hacia los problemas de la Universidad, y desde allí, haciendo escala en mil banalidades, hacia lo impropio que a sus colegas les parecería que ellos dedicaran siquiera un resquicio de su sabiduría a estas cuestiones.

Iraola le recordó que él ya era considerado el bicho raro, el animal en vías de

extinción, y que lo gracioso es que fuera ahora Rodrigo quien le diera al menos la categoría de especie a proteger. Estuvo a punto de preguntarle a qué venía ese cambio de actitud, pero no se atrevió.

Iraola regresó a su piso de la avenida de los Castros, en Santander, con el firme propósito de averiguar qué había de cierto en la excusa que Rodrigo le había dado para mostrarle aquellos vocablos en hebreo. Y al arrancar su coche estuvo a punto de atropellar a un sujeto corpulento de cuyo rostro las luces del automóvil de Iraola extrajeron el brillo azulado de un afeitado pésimo. Solo me hubiera faltado atropellar a ese imbécil, se dijo, para completar una noche absurda, en la que se le había vuelto a escapar viva la belleza francesa. Y aunque trató de espantar la idea de su mente, los ojos de Nicole empezaban a convertirse en una creciente obsesión.

Mientras tanto, Rodrigo Suárez de Lara acarició con regocijo el fax que le había remitido Torcuato Soria, su viejo amigo erudito en mil idiomas. El papel contenía la traducción y modo de pronunciación de la segunda palabra hebrea que había descubierto en el claustro de la Colegiata. El viejo profesor se mostraba entusiasmado consigo mismo al haber sido lo bastante astuto y precavido como para que dos personas diferentes hubieran traducido cada una de las dos Palabras de poder.

Sin saberlo, Iraola y Torcuato Soria habían regado el jardín de esperanza que Rodrigo estaba cultivando desde hacía meses. Tal vez su esposa no tuviera que morir todavía.

Aquella noche Rodrigo besó a Ana. Ella dormía. Sintió sus huesos cada vez más pronunciados y advirtió una frialdad prematura para un cuerpo que aún respiraba y sentía. Y con lágrimas en los ojos se obligó a emprender al día siguiente viaje a Toledo.

XII

Lucena. Año 1141 de los cristianos

L ¿OS recuerdos pesan? ¿Llaga el corazón una vieja historia? Si le preguntan al venerable José ibn Migash, les dirá que sí. Y una úlcera nunca domada vuelve a sangrar en su última noche al escribir lo que ahora sigue.

Tengo sesenta y cuatro años.

He pasado los últimos treinta y ocho siendo la viga maestra de la Academia de Eliossana. Treinta y ocho años de mi vida como gaon, un cargo al que fui promovido por mi maestro al-Fasí cuando solo contaba con veintiséis años, edad demasiado temprana para ese cargo, según decían algunos doctores, pero nunca supe si lo decían porque me apreciaban y sufrían por el peso que recaería sobre mis espaldas o porque me envidiaban. En realidad, si supieran el fardo que arrastro desde la última noche de vida de al-Fasí, tal vez solo me compadecerían.

Todo sucedió pocos días después de la fiesta de Sukot, de la cual me fui sin haber podido encontrar ni a Dahud ni a Sara.

Alguien llamó a mi puerta.

—Maestro José, el gaon se encuentra muy mal —reconocí de inmediato a Hay, el muchacho que solía hacer mil y un trabajos para mi maestro. Su voz, alterada, no presagiaba nada bueno.

Salí precipitadamente en dirección a la casa de al-Fasí. A pesar de que todos los que compartíamos con él la vida de una manera más íntima sabíamos que el vigor de su cuerpo estaba cediendo ante el inflexible reloj del tiempo, que ya caminaba en su dolorido cuerpo por los noventa años, nadie quería hacerse a la idea de que algún día aquella mente preclara dejara de guiar los destinos de la Academia. Y tal vez yo era quien menos cedía a la tentación de pensarlo, sabedor de que entonces una enorme responsabilidad caería sobre mí.

Cuando llegué a los pies de su lecho, de pronto aquel hombre me pareció un extraño. Había estado con él la noche antes; habíamos hablado de mil asuntos, y aún entonces había explorado rincones de mi corazón por los que yo jamás había vagado. Sin embargo, bajo la luz del nuevo día aquel anciano no me pareció el venerado maestro con el que había estudiado día y noche durante catorce años. Desde que había llegado a Eliossana con solo doce años, jamás me había separado de él. Por un momento, el pánico se adueñó de mí y estuve a punto de interrogar a aquel anciano marchito sobre dónde estaba mi maestro, pero en lugar de eso, caí de rodillas junto a su lecho y tomé su mano sarmentosa entre las mías. La noté fría y sin fuerza.

—Veo que has venido —dijo al-Fasí con un hilo de voz—. Al menos he conseguido inculcarte la obediencia. Ya veremos si también he tenido éxito con todo lo demás —añadió en la que iba a ser una de sus últimas ironías.

—No diga eso, maestro —y añadí, por decir algo tranquilizante para mí—: Hemos mandado a buscar al médico.

—Pues dile que no venga, que quiero morir sin verlo.

—Pero maestro... —traté de decir algo, pero me interrumpió con un gesto. Después me indicó con el dedo un pergamino que había sobre un mueble en la habitación.

—Quiero que leas con atención lo que está escrito, porque será la última lección que te daré, y quizá también será la mayor responsabilidad que vaya a dejar en tus manos.

Miré el texto. Era una contestación, una responso, de los cientos que había escrito a lo largo de su vida mi maestro. Pero había algo en ella que pronto me hizo estremecer.

—Nunca la envié —dijo al-Fasí advirtiéndome mi desconcierto.

La carta se dirigía a Sémah, el hombre que desde Tudela había solicitado respuesta a la Academia sobre la existencia de un supuesto talismán entregado por el ángel Raziel en el principio de los tiempos a Adán. Mis ojos se deslizaban por los renglones apretados de la carta: «... amado, estimado y honrado por la Academia de Eliossana, la paz de la misericordia sea contigo y con tu descendencia. Recibe los saludos de mi, R. Isaac ben Jacob al-Fasí, gaon de esta Academia...».

Pero mis ojos, que se vieron hipnotizados de inmediato por el nombre de Raziel, dejaron atrás las fórmulas habituales de saludo y pasaron a leer la sorprendente respuesta de mi maestro sobre esa cuestión y que, en resumen, venía a afirmar la exactitud de aquella historia que todo el mundo consideraba legendaria. Es más, mi maestro comprometía su palabra asegurando que el ángel Raziel grabó sobre la superficie de un zafiro los secretos divinos de la Creación y que, con el discurrir del tiempo, esa obra llegó a manos del rey Salomón, quien mandó traducir el texto del caldeo al arameo y compiló en un único volumen los siete tratados del Libro de Raziel. Añadía, para mi asombro, que había descubierto, sin especificar cómo, que dicha obra había llegado a nuestros días y que estaba completamente seguro que, como se había especulado, el ángel Raziel entregó también a Adán un talismán. Se trataba de una piedra azul ciertamente mágica, sobre la cual el mismo Yahvé, empleando el fuego primordial, había tatuado un símbolo de poder, y que para que el talismán desplegara su virtud se requería conocer y pronunciar dos Palabras que el ángel había susurrado a Adán al oído. Esas Palabras, concluía la carta, se habían transmitido a lo largo de la historia de la Humanidad, y ahí mi sorpresa ya no tuvo límites, mi maestro afirmaba conocerlas.

Por un instante pensé lo afortunada que había sido la decisión de mi maestro de no enviar aquella carta, puesto que tal vez su redacción no era sino producto de un declive de sus facultades mentales que yo no había advertido hasta ese momento. Sin embargo, jamás sospeché lo que iba a suceder a continuación.

—¿Crees que los años me han debilitado los sesos? —La pícaro voz de al-Fasí parecía desmentir mis sospechas.

De pronto, mi maestro sacó de debajo de su sayo un cordel atado a unas alambres que sostenían la del color azul más puro que jamás yo había visto. Me la entregó con su temblorosa mano y añadió:

—Esta es mi última enseñanza, José. Quiero que tengas esta piedra, que tan ligera parece pero que ha sido el peso más gravoso que he soportado durante mi larga vida. Y más larga hubiera sido esta si yo lo hubiese querido —dijo enigmáticamente.

—¿Qué quieres decir?

—Toda esa historia del ángel Raziel es cierta, José. Mi antecesor en el cargo como gaon de la Academia lo sabía y buscó en Córdoba al hombre que poseía ese secreto con la esperanza de curar su enfermedad mortal.

—¿Gayyat dio pábulo a la superchería de que un hombre se podía curar empleando esta piedra? —Aquello me pareció por completo

absurdo. Nunca había podido sospechar que los maestros más insignes de Eliossana acabaran sus vidas locos, y me pregunté si tal sería mi destino.

—¡Oh, no solo cura enfermedades, José! ¡También puede devolver la vida a los muertos si el fallecimiento se ha producido el día anterior! Y ese poder, querido José, nace de la voluntad de Yahvé de permitir un día que el hombre pueda regresar a la inmortalidad del Edén. El talismán es el símbolo de la primera alianza del hombre con el Señor de Israel.

Quise despertar, puesto que era obvio que todo aquello no podía ser sino una pesadilla, pero después de cerrar los ojos descubrí que seguía en la misma habitación, mirando al lecho de mi maestro y con una misteriosa piedra atada por un vulgar cordel en la mano. Quise huir, pero no pude, y también quise preguntar a al-Fasí por qué no se había curado él mismo con la piedra milagrosa.

—Te preguntarás el porqué me estoy muriendo si tengo a mi alcance un talismán capaz de salvarme, ¿no es cierto? —Sonrió amablemente, adivinando por dónde discurría el torbellino de mis pensamientos—. Bien, eso te pasa porque aún eres joven. Algún día sentirás que lo mejor que te puede ocurrir es morir. Además, ya estoy cansado de probar la eficacia del talismán.

¡Hasta ahí podríamos llegar! ¿Me estaba diciendo al-Fasí que su longevidad era debida al uso de la supuesta magia de la piedra que se bamboleaba tontamente colgada sobre un cordel? ¡Qué lejos estaba de sospechar que en pocas horas iba a tener que comprobar si mi maestro se había vuelto loco o no!

Al-Fasí me habló de Judá, el hijo del rabino cordobés Baruc. Me contó que este hombre había llegado a Lucena poco después de la muerte de Gayyat y que con él entabló una relación casi fraternal. Fue ese hombre quien refirió toda esta historia a al-Fasí. Le habló de su padre y del famoso médico Hasday ibn Saprut. Y fue él quien explicó a mi maestro cuáles fueron las razones que hicieron que Saprut odiara al poeta Menahem ben Saruq, con el cual, según le confesó, había estudiado el tal Judá. Y al fin, fue este hombre quien le confesó a al-Fasí que conocía los secretos del talismán gracias a que su padre, Baruc, lo había heredado de Saprut, quien nunca pudo conocer las Palabras divinas que lo activaban; unas Palabras que él había conocido gracias a su maestro, el poeta Menahem ben Saruq.

Era una historia ciertamente increíble, y de no ser mi maestro quien la repetía en el umbral de su muerte, jamás la hubiera dado crédito.

Entonces, al-Fasí me agarró del brazo con una fuerza endiablada y me obligó a acercarme. Entonces, pronunció dos Palabras, y luego dijo la que fue su última voluntad.

—Nunca olvides esas Palabras, José, y usa con mesura el talismán —su respiración se agitaba cada vez más.

Dudé. No sabía si pedir ayuda o cumplir la voluntad del moribundo de pasar a la otra vida de una vez por todas. Opté por lo segundo y lo vi expirar, pero antes exclamó:

—¡Envía la carta a ese hombre de Tudela!

XIII

Roma.

Año 2002 de los cristianos. Mes de diciembre

Q ¿UÉ le dije yo, Corradi? Que no hacía falta ir a Santillana del Mar ni a ninguna parte —el cardenal Lozoya estaba pletórico aquella mañana. Vestido impecablemente de Armani, agitaba ante los enrojecidos ojos del joven clérigo un papel—. Ya tenemos una de la dos partes del problema de Raziel.

Corradi se abalanzó sobre aquel papel como si contuviera el más increíble tesoro que jamás hubiera tenido a la vista un ser humano, lo que por otra parte era totalmente exacto. Aquellas eran las Palabras de Dios, aunque fuera, para incomodidad de los dos inquilinos del Santo Estado, del Yahvé judío.

Damiano Corradi acarició con sus inteligentes ojos aquellos caracteres y los memorizó.

—¿Cómo lo ha conseguido? —preguntó casi con veneración hacia el cardenal.

—Eso es lo de menos, Corradi, eso es lo de menos —el cardenal hizo un gesto con sus manos como si espantara moscas—. Ahora nos falta el talismán.

—El talismán y la otra parte de la fórmula de poder —corrigió Corradi.

—Estamos en ello, padre. Estamos en ello. Y lo suyo de San Malaquías, ¿qué? ¿Cómo va?

Por toda respuesta, el erudito acercó al cardenal un resumen de sus conclusiones. El cardenal, que aquella mañana estaba de humor excelente, lo invitó a comer.

—Vamos, Corradi, que le tiene que dar a usted el aire.

XIV

Lucena. Año 1141 de los cristianos

LA figura encorvada del rabino José se recorta sobre la pared del escritorio silueteada por la luz de una vela que tiembla. Nunca sabremos si lo hace por lo que el *gaon* está poniendo por escrito.

Leamos:

Mi maestro, al-Fasí, había muerto y mi mente quedó atrapada en algún punto indeterminado entre el dolor y la confusión; el dolor porque siempre me había negado a admitir que algún día él moriría, y la confusión producto de la extraordinaria historia que acaba de conocer. Salí de la habitación de pronto, como si creyera que abandonando aquel lugar mi mundo volvería a ordenarse mansamente, y en mi huida tropecé con Hay. ¿Qué hacía tras la puerta? ¿España? No tuve la lucidez suficiente como para pedirle esas explicaciones. Además, de pronto alguien llamó a la puerta de la casa de mi maestro con verdadera violencia, o con mucha urgencia. Hay acudió para abrir y encontré a quien menos podía imaginar en ese momento: ¡Dahud!

Mi amigo parecía fuera de sí. Sus ojos estaban abiertos más allá de los límites que uno pensaría que pueden llegar a abrirse los ojos, los cuales estaban enrojecidos. Mi amigo había llorado.

—¿Qué sucede, Dahud? —pregunté.

Él, por su parte, me asió de los hombros y, tras mirar alrededor y ver cerca a Hay, me empujó dentro de la primera habitación que vio, y que resultó ser la misma en la que yacía mi venerable maestro.

—¡He matado a mi hermano! ¡Lo he matado! ¿Qué he hecho, José? ¿Qué he hecho? —sus palabras se atropellaban y sirvieron para añadir la gota definitiva de confusión al vaso rebosante que era mi cabeza. El mundo se había vuelto loco de pronto.

—¿Qué dices, Dahud? ¿Qué ha ocurrido? —Traté de tranquilizarlo, siendo yo quien ahora lo zarandeaba.

De pronto, su mirada extraviada pareció enfocar al que yo pensaba que iba a ser el único testigo de aquella conversación, aunque testigo silencioso: el *gaon* al-Fasí, que contemplaba la escena con la distancia con que los muertos miran las cosas de los vivos.

—¡Maestro! —Fue lo único que acertó a decir Dahud, quien luego me miró anonadado.

—Ha muerto, Dahud. Falleció hace unos minutos —le dije para después urgido a él una respuesta—. ¿Quieres explicarme de una vez lo que ha sucedido?

Si durante todo aquel tiempo yo hubiese sido más observador, hubiera descubierto indicios del drama que se podría llegar a producir. ¿Por qué mi amigo Dahud había abandonado aquel aislamiento voluntario al que se había sometido tras la boda de su hermano con la bella Sara? Yo me había hecho esa pregunta alguna vez, pero nunca había desarrollado una teoría al respecto. De hecho, no había llegado a atar cabos convenientemente: ¿no era casual que Dahud se hiciera tan huraño coincidiendo con aquel matrimonio?

Por otra parte, Dahud, siempre tan alegre desde que éramos adolescentes, había sido al mismo tiempo muy tacaño a la hora de hablar de sus emociones y de sus sentimientos más íntimos. ¿Quién podía imaginar que siempre había amado a Sara, la joven que después fue esposa de su hermano? Y lo que aún era más extraordinario: ¿cómo podíamos saber que Sara amaba apasionadamente a Dahud y que su matrimonio con Samuel fue para ella solo un modo de estar más cerca de su verdadero amor?

Durante aquel año, al parecer, ambos habían tratado de crear diques que impidieran deshonrar a Samuel, a quien Dahud amaba, pero al que envidiaba por haber conseguido lo que él, tal vez por su propia incapacidad para expresar sus sentimientos o porque fue su hermano quien dio el primer paso para obtener a Sara, no pudo disfrutar. Sin embargo, aquellos intentos fueron baldíos y la pasión pudo más que el respeto que la esposa debía al marido y el amor que el hermano debía al hermano. Las puertas que trataron de poner al campo se abrieron de par en par y, a escondidas, habían dado rienda suelta a su pasión aprovechando las frecuentes ausencias de Samuel por viajes de negocios. ¡Ese fue el motivo del cambio de actitud de mi amigo!

El cadáver de mi maestro parecía prestar atención a aquel relato cargado de pasiones y traiciones y que se había completado hacía unos minutos, cuando Samuel sorprendió a los dos amantes después de regresar inesperadamente de una de sus expediciones comerciales. Al parecer, había decidido en el último momento regresar desde Almería a casa dejando en manos de sus hombres de confianza la mercancía que viajaba en el barco que habían contratado rumbo al norte de África. Samuel echaba de menos a su mujer, con la que seguía intentando, sin éxito, tener descendencia.

El comerciante había viajado sin darse un descanso anhelando tener entre sus brazos a su esposa. Yahvé, estaba convencido de ello, bendeciría su unión cualquier día y un varón llenaría de alegría a la familia.

Nadie lo esperaba, y menos que nadie Sara, a quien encontró anudada a las piernas de Dahud. El fatal desenlace de aquella historia amarga sucedió instantes después. Samuel recriminó a ambos y en su ira abofeteó a Sara. Dahud, al parecer, no acertaba a decir nada, pero al ver que su hermano golpeaba a su esposa, una luz encendida por la ira prendió en su mente. ¿No decía el Deuteronomio en su capítulo veinticinco y en el versículo cinco y siguientes que «si dos hermanos viven juntos y uno de ellos muere sin descendencia, la viuda no se casará con un extraño. Su cuñado se casará con ella...», si ella acepta? Y Dahud no tenía la menor duda de que Sara lo aceptaría.

Un golpe seco con un candelabro segó la vida de Samuel, quien cayó como un muñeco con la cabeza abierta. Un chorro de sangre salpicó la pared. Fue la firma anónima del crimen, que en un principio Dahud había pensado atribuir a un ladrón. Sara, hecha un ovillo, ocultaba su rostro como si temiera que su esposo la volviera a golpear o quizá con la esperanza de que de ese modo Samuel seguiría con vida. Dahud, con el candelabro en la mano y gotas de sangre de su propio hermano en su cuerpo, recuperó de pronto la cordura perdida. Dejó caer el candelabro en el suelo y pidió a Sara que aguardara hasta que él regresara. Después, corrió. Corrió como un loco en busca de su mejor amigo, José, a quien no encontró en su casa. Le dijeron que había salido, que lo encontraría en el hogar de al-Fasí. El resto ya lo conocía José.

—Vamos, tal vez aún no esté muerto —dijo José tratando de encontrar un asidero de esperanza.

Al salir de la habitación tropezamos con Hay. ¿Estaba siempre allí tras las puertas escuchándolo todo?, me pregunté. Pero la angustia de mi

amigo me hizo olvidar la indiscreta presencia del criado.

Las calles de la aljama parecían diferentes. Todo alrededor era borroso. Saludamos a algunas personas con las que nos cruzaron de manera automática, pero no reparamos en sus caras. El mundo parecía discurrir por los mismos cauces de siempre. Los familiares olores de las tiendas, el pan horneado, los gritos de los niños..., todo era exactamente igual que el día anterior, pero para nosotros todo era exactamente diferente, inédito: había muerto al-Fasí y Dahud era el asesino de su hermano.

De pronto, tuve una incómoda sensación: alguien nos seguía. Me volví, pero no vi nada extraño. Mi amigo caminaba junto a mí, a mi izquierda, y sus ojos rojos miraban a ninguna parte. No había vuelto a decir una sola palabra después de haber completado su confesión.

Cuando llegamos a casa de Samuel un espeso silencio nos recibió. ¿Y los criados? ¿Y los ayudantes de Samuel? Recordé que estaban de viaje de negocios, pero ¿y los criados? Realmente tenía los nervios a punto de estallar, porque lo cierto es que el personal de servicio estaba cumpliendo sus funciones.

No había nada extraño y parecía que nadie había reparado en lo sucedido en la habitación del piso de arriba, al que ambos nos dirigimos veloces.

Empujé la puerta con la esperanza de que aún hubiera esperanza, pero lo que vi me hizo estremecer: Sara seguía allí, con su bello cuerpo a la intemperie y aovillada junto al cadáver de Samuel, que presentaba una misteriosa expresión que lo hacía irreconocible.

Después, al acercarme, comprobé que, en efecto, era Samuel, pero con la cabeza partida. Por la herida se desparramaban fluidos que no supe identificar, pero resultaba obvio que aquel hombre estaba totalmente muerto.

Me incorporé. Puse sobre el cuerpo de Sara el primer trozo de tela que encontré a mano y después contemplé a Dahud. ¿Qué podía hacer? Luego miré alrededor y descubrí sangre en mi mano izquierda. Había tocado el cadáver y la mano enrojecida reclamó mi atención. Pero de pronto, al tratar de limpiarme, reparé en la piedra azul que había apretado durante todo aquel tiempo dentro de mi mano derecha. ¡El talismán de Raziél! Y entonces una idea descabellada cruzó como una centella por mi mente.

—Sara —dije, y zarandé a la joven hasta que esta pareció regresar del lejano lugar en el que se había escondido—. Sara, escucha.

Les pedí a ambos que salieran de la habitación y que, pasara lo pasara, jamás contasen a nadie que yo había estado allí. Si todo ocurría como sentí que podía suceder, puesto que jamás mi maestro me había mentado, tal vez aquello sería un problema para toda mi vida.

Cuando ambos salieron de la estancia, me acuclillé junto al cadáver y puse sobre la cabeza del muerto la piedra azul, que se bamboleó como un niño en un columpio. Después, pronuncié dos Palabras, nada más.

Nadie podría explicar cómo fue posible que la herida de Samuel se cerrase y que poco más tarde ambos saliéramos de la habitación. En ese momento, creí ver salir a alguien apresuradamente por el patio de la casa de Samuel, pero el júbilo de Dahud, que cayó de bruces a los pies de su hermano solicitando su perdón, me hizo olvidar todo lo demás, incluido al intruso que me había parecido advertir.

Salí de la casa de Samuel con precaución de no ser visto por ningún criado. Después caminé dando tumbos sin sentido. Las ideas se desplazaban veloces y alocadas, con voluntad propia, por los paisajes mi mente y no conseguía domar una sola de ellas. ¿Cómo era posible que hubiera ocurrido lo que con mis propios ojos había visto? ¿Qué poder tan extraordinario tenía aquella piedra azul? ¿Sería él un justo portador de

ese secreto? ¿No eran las palabras que yo había pronunciado Palabras Secretas de Dios?

Y así fue como tras una noche febril tomé una decisión: la piedra azul se iría al más allá con el hombre que había sido capaz de soportar su carga durante todos aquellos años.

Me deslicé entre quienes preparaban al difunto al-Fasí para su postrer viaje. Lo habían lavado, cortado el cabello y las uñas y vestido con una túnica de lino blanco, sin la menor pretensión de elegancia. No había lujo que valiera para ir a donde el venerable gaon se disponía a viajar. Tampoco estaban permitidas las joyas, puesto que nada mortal es importante. Bastaba con envolver al difunto en su tallit, su manto de oraciones. Sin embargo, me las arreglé para colocar alrededor del cuello de su maestro el cordel que sujetaba la piedra de Dios. Aquello no era en realidad una joya, me dije. Además, el rabí iba a encontrarse justo con quien la había diseñado, y como no era cosa terrena, sino divina, en nada se incumplía la Ley.

Luego se escucharon los salmos de rigor.

Al-Fasí se llevó a su refugio hecho de tierra virgen, al que ninguna flor adornará, el talismán del ángel Raziel, y con él el peso que yo no me vi con fuerzas de poder llevar a mis espaldas.

Es cierto que conocía las Palabras de poder que daban vida al talismán, pero nadie más que él estaba en posesión de aquel conocimiento, de modo que mi espíritu se encontró en paz. O al menos eso creí.

Al final del sepelio, de regreso a mi casa, una sorpresa y una idea me esperaban. La sorpresa era que alguien había registrado a conciencia mi habitación y mi estudio, y también el resto de la casa. ¿Se habían llevado algo?

¿Dónde estabais todos?, pregunté a los sirvientes. Pero yo mismo sabía la respuesta a esa pregunta: todos los de su casa habían ido a despedir al maestro al-Fasí. En cuanto a si faltaba algo, nada importante, al parecer, salvo una pequeña cantidad de dinero.

¡Un ratero de poca monta!, me tranquilicé.

En cuanto a la idea que salió a mi encuentro al poco de sentarme a meditar en mi cámara fue la siguiente: si Yahvé había confeccionado aquel talismán y se lo había dado al ángel Raziel para que a su vez se lo entregara a los hombres, sería porque Yahvé quería que los hombres pudieran beneficiarse de sus fantásticas propiedades. Y, de ser así, ¿tenía yo derecho a interrumpir aquella cadena? ¿Acaso por mi egoísmo, por el temor a llevar una responsabilidad que tal vez no pudiera soportar, los demás hombres se debían ver privados de aquel talismán?

A esas preguntas una voz interior me contestó así: solo un hombre prudente y limpio de corazón deberá poseer el talismán, y ese hombre ha de ser suficientemente inteligente como para interpretar los juegos de palabras.

Entonces, tomé un pergamino y escribí en él las dos mágicas Palabras de Dios y añadí solo una frase: «Busca en la fuente de la sabiduría y encontrarás el sentido a estas Palabras de Dios». Después, marché a la sinagoga y oculté aquel críptico mensaje dentro del Arón ha-qódes, el Arca en el que se guarda la Torá.

Luego me dirigí sin demora al taller del mejor cantero de Lucena y encargué una lápida para la tumba de su maestro. En ella debía escribir un epitafio: «En esta sepultura está la fuente de la sabiduría enterrada».

XV

Toledo.

Año 2002 de los cristianos. Mes de diciembre

RODRIGO llegó a Toledo con la angustia en la boca y la desesperación en el corazón. Había conducido sin pausa y a media mañana estaba hospedado en una habitación del Hotel Pintor El Grego, en mitad de la vieja judería, en Alamillos del Tránsito.

El frío dos días antes de Nochebuena era cruel en Toledo, pero los poros de la piel de Rodrigo, que él sentía cada vez más ajada y ajena, se abrigaban con temores. Tenía miedo de no llegar a tiempo a una cita a ciegas que él solo se había inventado. Miedo de que su esposa, a la que había dejado con todo el dolor que un recién enamorado puede llegar a sentir por su primera novia, lo hubiera mirado por última vez aquella mañana. Miedo de no saber qué tenía que hacer ni dónde hacer lo que no sabía qué hacer.

Se asomó a la calle. Su aliento se hizo humo fugaz en la helada castellana. A su alrededor había mil años de historia y magia. ¡Toledo! A su alcance estaba la Casa de El Grego, otrora palacio de Samuel ha-Leví, el hombre fuerte de la hacienda del rey Pedro I. Y más allá se mostraban insinuantes y retadoras las sinagogas del Tránsito y Santa María la Blanca.

¿Por dónde empezar?

Rodrigo había llegado a Toledo con el quimérico propósito de descubrir un talismán milenario, un objeto de cuento de hadas del que no había la menor constancia de su existencia, salvo aquel enigmático texto que había robado en la catedral de un pueblo soriano. Era consciente de que nadie creería una historia así, y menos que nadie él. Pero eso era antes. ¿Antes de qué? ¿Antes de que su esposa se consumiera por una cruel enfermedad? ¿Antes de que Rodrigo dejase de creer en su Dios de toda la vida? ¿Antes de que la bruma se hubiera comido todas sus viejas y rancias convicciones personales?

Había buscado cobijo en sus momentos de desánimo en lo que al parecer había de cierto en el enigmático manuscrito. Y hasta ese momento era cierta la existencia, en tiempos remotos, de un llamado *Liber Razielis*, de modo que el ángel Raziél sí aparecía citado por alguna parte, aunque no se podía decir lo mismo del supuesto talismán.

En segundo lugar, el manuscrito hebreo mencionaba a Hasday ibn Saprut, que resultaba haber sido un hombre de carne y hueso y además afamado médico y diplomático hebreo en tiempos de Abderramán III y de su sucesor, Alhakén II.

Nada en cambio sabía del segundo de los nombres citados en el pergamino, Judá

ben Baruc, pero sí habían existido Isaac ben Jacob, al que llamaron al-Fasí, y José ibn Migash.

En efecto, había estudiado lo indecible Rodrigo sobre todos aquellos personajes que aparecían en el papel sustraído del archivo catedralicio. Al parecer, ambos habían sido rabinos de la Academia de Lucena, o Eliossana, como fue llamada la ciudad en aquellos lejanos años. Rodrigo había averiguado que en Lucena hubo un centro de estudios que podía competir no solo con Córdoba, sino incluso con los más lejanos focos de la cultura judía, y que su esplendor declinó con la llegada de los almohades, que obligó a la mayoría de los judíos a huir al ponerlos en la tesitura de elegir entre su Dios y su vida.

La Academia había tenido algunos grandes dirigentes, presidentes o *gaones*, pero del tal al-Fasí había leído Rodrigo cosas asombrosas. Fue ese hombre quien reforzó definitivamente este centro cultural ante todo el mundo. Había nacido en Fez, pero su grandeza espiritual e intelectual la alcanzó en Lucena, donde murió en 1103, cuando contaba con noventa años de edad. Y aunque no parece haberse localizado la lápida de su tumba, sí que es cierto que el poeta hebreo Moisés ibn Ezra escribió en su epitafio una poesía en la que uno de los versos decía:

En esta sepultura está la fuente de la sabiduría enterrada.

José ibn Migash fue el sucesor de al-Fasí en la Academia. Estudió día y noche durante catorce años con su maestro y accedió al cargo de presidente de la institución siendo muy joven. Al parecer, falleció en 1141. Y con la llegada de los almohades se sabe que un hijo suyo, también citado en el manuscrito soriano y llamado Meir ben José ibn Migash, se estableció en Toledo. Tal vez muy cerca del hotel desde el cual ahora Rodrigo miraba cómo el sol iba pintando de luz las frías esquinas de piedra de las calles. Y aferrándose a los datos que creía conocer, se dispuso a visitar la exposición *Memoria de Sefarad* en el Centro Cultural San Marcos.

Antes de dirigirse a su objetivo, vagabundó unos minutos por la vieja judería tratando de imaginar lo que pudo ocurrir en estas tierras en los siglos en los que el talismán de Raziel quizá fue de mano en mano. Y luchando porque no ganara espacio en su ánimo la realidad tozuda que le recordaba que no había encontrado ni el más mínimo rastro de todos los demás personajes del manuscrito en ningún lito de historia, se dejó mecer por el viento helado.

Rozó con sus ojos apenas la pared de la sinagoga del Tránsito y la Casa de El Grego y sus pies lo llevaron hasta la iglesia de Santo Tomás. En otro tiempo, con su Dios usado en la conciencia, tal vez hubiera entrado a escuchar misa o a confesarse, pero ahora había otras urgencias que las concernientes a su propia alma. Y apretó el paso por la calle Santo Tomás y llegó a la plaza de El Salvador. Allí, tomó a la izquierda la calle Trinidad y se encontró a las puertas del Centro Cultural San Marcos. Miró su reloj. Era mediodía. Hasta las dos y media había tiempo para visitar la exposición.

La entrada era gratuita, pero compró la audioguía. Una vez dentro se dejó conducir con los demás visitantes hasta la sala donde se proyectaba un audiovisual en el que dos judíos le daban vueltas a su desgraciada expulsión de su patria, Sefarad. Y mientras los veía, Rodrigo trataba de imaginar que tal vez ellos hubieran oído hablar del talismán de Raziél, que a lo mejor se lo podían prestar para sanar a su esposa y que, por supuesto, de inmediato se lo devolvería. Y con esa infantil esperanza recorrió las salas de la exposición.

Escudriñó cada rincón de la muestra. Ningún objeto, ni los muchos de la vida cotidiana, escaparon a su escrutinio. Observó las maquetas que representaban edificios característicos de la arquitectura hebrea en Sefarad como si ocultaran astutamente una información clave para encontrar aquella pieza singular que aparecía dibujada torpemente en el manuscrito que había robado. Pero en ningún momento vio nada que fuera siquiera parecido a ese boceto, que era, por otra parte, la única débil pista de que disponía para encontrar la pieza maravillosa.

Cuando salió del Centro Cultural, Rodrigo se sintió estúpido y, lo que era mucho peor, derrotado. No había rastro de Raziél, ni mucho menos de su escurridizo talismán. Y comenzó a arrastrar torpemente los pies por el mismo sendero que le había servido para llegar hasta allí. A su alrededor había personas que seguían inmersas en la vida normal. Unas jóvenes colegialas reían y mostraban sus aparatos correctores dentales mientras su mundo olía a chicles y tenía el color de las carpetas en las que sus ídolos televisivos ocupaban un papel estelar. Más allá, unos turistas extranjeros arrebataban al recuerdo un pellizco con su cámara fotográfica digital.

El mundo seguía en pie cuando Rodrigo estaba a punto de caer sobre sus rodillas malherido en su recién estrenada esperanza.

En su torpeza, se perdió y bajó por la calle Ángel. Tropezó con un muchacho que salía de un portal llevando un bolso en bandolera. Desde lo alto de una ventana, una mujer de edad madura lo despedía.

—Gabriel, vete con cuidado, y a ver si vuelves pronto —dijo la mujer.

El muchacho sonrió y luego pidió disculpas al hombre con el que había chocado.

—Lo siento —se excusó—. Ha sido culpa mía. Es mi madre —dijo refiriéndose a la mujer que lo despedía—. Ya sabe cómo son las madres.

—No se preocupe. También yo iba despistado.

—¿Está de turista en Toledo?

—Algo así —respondió Rodrigo.

—Bueno, pues que se divierta. Gabriel Zarza, para servirlo —el muchacho extendió la mano a modo de saludo.

—Rodrigo Suárez. Un placer —correspondió el profesor.

Los pies de Rodrigo, ahora que eran libres para ir a ninguna parte en concreto, se pusieron en manos del nuevo Dios del profesor sin que este lo advirtiese, y por la calle Ángel —justamente esa calle y no otra— llegó hasta la de los Reyes Católicos. Los pies giraron a la izquierda y al poco Rodrigo se encontró ante la sinagoga de

Santa María la Blanca. En el exterior, un vendedor ambulante, de pelo lacio y negro y tez cetrina, trataba de vender su mercancía a los turistas que se agolpaban para visitar la que tal vez es la más bella sinagoga que tuvo Toledo.

Rodrigo esquivó las redes del vendedor y entró en el templo, una construcción maravillosa, de planta irregular de alrededor de veintiocho metros de largo y una veintena de ancho.

—Es bonita, ¿eh? —Sonó una voz a su espalda.

Rodrigo se volvió y se encontró ante la figura pequeña y resuelta de quien aparecía como el custodio del lugar.

—¿Quiere que le dé una explicación? —se ofreció el personaje.

La aceptación de Rodrigo pareció llenar de felicidad al hombre, que, risueño, se lanzó a la laguna oscura de los datos en medio de aquel universo blanco de la sinagoga. ¿Sabía Rodrigo que tal vez era el lugar más sagrado de los sefardíes, los judíos españoles? ¿Había oído algo de las polémicas históricas sobre cuándo se construyó este templo? ¿No? Pues el caso, decía el guía que Rodrigo se había agenciado, es que había propuestas encontradas sobre ese particular. Unos especialistas remontaban el origen de la sinagoga a insignes judíos de los siglos XII o XIII. ¿Por qué? Pues por inscripciones y obras escritas que son ajenas al propio edificio pero que lo mencionan.

—Pero la decoración no parece refrendar esas ideas, ¿sabe usted? Así que otros dicen que no, que se debió edificar en el siglo XIV —añadió el guía—. Pero sígame, que le voy a enseñar yo las cinco naves, que ya verá usted que son de alturas diferentes. ¿Ve? —Y el dedo del guía se elevó al techo como señalando dónde estaba el nido de Yahvé—. La del centro mide algo más de doce metros, pero las otras oscilan entre los diez y los siete metros.

Luego llegó el momento de la decoración, de las yeserías, de los medallones en las enjutas, de las arquerías ciegas y las reformas posteriores hasta el maltrato y el abandono en que quedó sumida la sinagoga hasta perder su policromía. Y después, cuando llegó el siglo XIX, una horda de restauradores cayó sobre esta belleza mudando tanto su aspecto que muy difícilmente la hubiera reconocido el propio Yahvé.

—Toledo es todo historia, señor —dijo complacido el guía—. Aquí levanta una piedra y encuentra un tesoro —acompañó la afirmación el hombre indagando entre sus pantalones—. Mire, mire.

Una llave singular brotó del bolsillo del pantalón del jovial personaje.

—La encontré por ahí cerca —dijo con un vago gesto de señalización—. Yo creo que es valiosa, ¿no le parece a usted?

Rodrigo la miró con sorpresa y atención. Parecía una pieza notable y lo mejor para todo el mundo sería que estuviera en algún museo, o al menos al alcance de los especialistas. Mostraba signos hebreos y era ciertamente curiosa, como su nuevo dueño, que la ocultó veloz otra vez en el fondo de sus pantalones exhibiendo una

sonrisa orgullosa y aderezando la historia de su buena fortuna expresada en forma de llave tal vez mágica con sus buenos datos biográficos.

—Lo que yo le digo: que aquí todo es historia.

Rodrigo se dispuso a salir de Santa María la Blanca llevando consigo el peso de un tiempo que se agota y la sensación de que a lo lejos sonaba ya el silbato que anunciaba la partida del tren de la muerte, el que se iba a llevar a su esposa. Y el profesor soñó despierto un instante y pensó que tal vez él también podría encontrar un tesoro bajo cualquier piedra. *¿El talismán de Raziel fue ocultado en esta sinagoga?* No tenía la respuesta. Ni él, ni nadie. Y su mano derecha acarado en el fondo del bolsillo de su abrigo la fotocopia del texto que había sustraído de la catedral de El Burgo de Osma. Si era cierto que existieron algunos de los personajes de los que hablaba el viejo documento, ¿por qué no iba a ser real también el talismán cuyo dibujo toscamente había trazado el autor de aquel escrito?

El frío lo abofeteó cuando salió a la calle. Los turistas se disponían a entrar en la sinagoga después de haberse zafado del vendedor ambulante. Rodrigo se arrebujó bajo su abrigo, miró el reloj y descubrió que ya no tendría tiempo de ver el Museo Sefardí aquella mañana. Justo entonces, el familiar sonido del teléfono móvil reclamó su atención.

—¿Don Rodrigo? —La voz de Aniceto temblaba al otro lado del teléfono.

—Sí, Aniceto, soy yo. ¿Qué sucede?

—La señora, don Rodrigo. La señora, que se ha puesto muy mal.

—¿Habéis llamado a don Herminio? —Un sudor imposible en pleno invierno resbalaba por la espalda de Rodrigo.

—Ya se le ha llamado, señor. Está de camino. La señora pregunta por usted.

—Está bien, Aniceto. Está bien.

Rodrigo interrumpió la comunicación. Miró a los turistas que entraban o salían de la sinagoga y la vida que discurría frente a él por la calle Reyes Católicos. ¿Cómo era posible que el mundo permaneciera impasible? En el cielo, nubes oscuras exhibían el poder de los demonios sobre la ciudad de El Grego y Rodrigo sintió revolotear allá en lo alto a decenas de personajes que se aprestaban a asistir al entierro de su amada esposa, como si ella fuera el conde de Orgaz. Y él, lívido de dolor y muerte, sentía afilarse su mandíbula y sus manos se alargaban y perdían la musculatura de la fe definitivamente para adoptar aquel cuerpo sin soporte anatómico de los viejos personajes del pintor Theotocópulos. E incluso, por un instante, le pareció escuchar la voz de uno de aquellos demonios. Pero no era la voz de un demonio.

—Señor, señor, ¿un libro de Toledo? ¿Un damanisquinado? —cantó la voz del vendedor ambulante.

XVI

Lucena.
Año 1148 de los cristianos

SIETE años después de que José ibn Migash hubiera muerto tras escribir sus recuerdos sobre el talismán de Raziél en un pergamino, Yusuf salió de aquella taberna de Eliossana dando tumbos. No era la primera vez que le sucedía, y aunque sabía que aquella no era la mejor forma de honrar al Profeta y a Alá, de alguna manera debían pasar el tiempo los hombres, se decía antes de echarse al colete el primero de una larga serie de vasos de vino.

Yusuf había visto la luz del día por vez primera cuarenta años atrás en una perdida aldea del norte de África. Su pueblo, compuesto por humildes familias bereberes, había visto discurrir los días y los años sin más horizontes que los que cada día recorría el propio Yusuf con un puñado de cabras. Y así hubiera sido el resto de su vida de no haber ocurrido lo que sucedió el día en que cumplía diecisiete años.

Aquella mañana, cuando se disponía a conducir su particular ejército de cabras hacia las montañas próximas, un ruido atronador alarmó al pueblo. Todos salieron de sus casas y miraron en la misma dirección. Una nube de polvo se alzaba amenazadora. ¿Era una tormenta? Pronto se vio que no, que aquello era otra cosa. Y pasados unos angustiosos minutos hubo una cierta calma, pero momentánea. Aquella polvareda era la que envolvía a un grupo de cincuenta jinetes que entró en el pueblo como un ciclón.

Los jóvenes ojos de Yusuf miraban embobados a aquellos hombres, a sus caballos y a sus resplandecientes y amenazadoras armas. Eran guerreros almohades de Ibn Tumart, a quien el pueblo había tomado como el *Mahdi*, el *guiado por la divinidad*, un ser mesiánico a quien en ciertos sectores del islam se esperaba como libertador religioso y político.

De Tumart se decía que había realizado un viaje iniciático por los centros más importantes del islam y que había regresado imbuido de la creencia de que su vida estaba predestinada a elevar a Alá y al Profeta adonde les correspondía, lo que, en su opinión, no podía garantizar el imperio almorávide. Y de ese modo, su figura magnética y su arrollador verbo fueron suficientes para ir estructurando a su alrededor un imponente ejército que, en pocos años, se hizo con el norte de África. Los centros almorávides de Marrakech, Fez o Rabat serían la base de las futuras operaciones almohades.

Aquellos guerreros permanecieron un día en la humilde aldea de Yusuf. Cuando se marcharon, tres jóvenes se habían incorporado a sus filas convencidos de que Alá estaría de acuerdo con su decisión. Uno de aquellos jóvenes era Yusuf.

Los días se sucedieron y pronto fueron años. El ciclo vital de Yusuf había discurrido entre la oración y la batalla, pero cada vez más en la batalla. Y a la muerte del *Mahdi*, que vino a demostrar que no era un ser divino sino de carne y hueso, el creciente imperio almohade fue dirigido con brazo férreo por su sucesor, Abd al-Mumín.

Mientras tanto, en Al Ándalus las cosas no iban bien para los hermanos de fe. Las *parias* cristianas ahogaban la economía de los reinos de taifas y la creciente presencia de comerciantes pisanos y genoveses en el sur y en el levante de la Península venía a demostrar que los cristianos tomaban aquellas tierras cada vez más como propias.

Los reyezuelos taifas pensaron que era hora de reaccionar y lanzaron un *eseoese* a los hermanos almohades, a pesar de temer que podían perder a favor de estos sus propios tronos. Y así ocurrió. Los almohades llegaron, vieron y vencieron sucesivamente y pronto se iba estructurando una cierta unidad, aunque aún se tardaría varias décadas en completar el mosaico, alrededor de la figura de Abd al-Mumín. Y así fue también como Yusuf, un humilde pastor bereber, desembarcó en la voluptuosa Al Ándalus convertido en un feroz guerrero almohade. Y los días, cada vez más, requerían entretenimientos varoniles —mujeres y vino—, y no necesariamente en ese orden.

Los almohades, nuevos señores de estas tierras, fueron inflexibles ante mozárabes y judíos. O se convertían al islam o debían huir, y a veces morir. Y esa misma propuesta hicieron en Eliossana a los judíos.

¿Qué sería de la sinagoga? ¿Quién se ocuparía de la *Novia*, de la Academia rabínica? ¿Ya nadie escribiría *responsa* a las preguntas de los fieles? ¿Nadie leería jamás la Torá?

El poeta Abraham ibn Ezra pondría por escrito las lágrimas derramadas por los judíos que debieron marchar de Lucena siete años después de que el *gaon* José ibn Migash muriera tras haber escrito cuanto sabía sobre el talismán de Raziel. El poeta gritó desgarradoramente sus versos:

El llanto de mis ojos, como llanto de avestruz, es por la ciudad de Eliossana.

Libre de tachas, aparte allí moró la cautiva comunidad, sin cesar hasta cumplir la fecha de mil setenta años.

Pero vino su día, huyó de su gente y ella quedó como viuda, huérfana de Ley, sin Escritura, sellada la Misná, el Talmud estéril se tornó y todo su esplendor se perdió...

Y aquella noche Yusuf, que salió dando tumbos de una taberna de la recién ocupada Eliossana, ya libre de los malditos judíos, se había emborrachado más que nunca y en su errática caminata fue a parar al cementerio. Miró alrededor tratando de situarse verticalmente sin demasiado éxito y al poco su corpachón tropezó y vino a caer sobre una lápida.

—¡Maldita sea! —exclamó.

Se arrodilló sobre la lápida. Sus ojos enrojecidos por el vino trataron de enfocar la

inscripción que había allí escrita y que, después de varios años dando tumbos por el mundo, pudo descifrar puesto que había conocido a bastantes judíos —y también judías, aunque a ellas en algunos burdeles—. Se frotó los ojos y leyó:

En esta sepultura está la fuente de la sabiduría enterrada.

Yusuf hizo el esfuerzo de volver a leer la inscripción. ¿Qué querría decir todo aquello? ¿Qué sabiduría? Él siempre había querido mejorar, salir de su diminuta aldea buscando una posición que le permitiera regresar algún día como un gran hombre, rico y poderoso. Pero después de todos aquellos años de lucha, de muertes, de heridas y sangre con los paréntesis de paz hallados en los burdeles, no podía decir que estuviera en condiciones de regresar como un señor a su vieja aldea. Fue por eso, y porque el vino lo había armado de un valor insensato, que hizo lo que hizo: con su espada fue excavando alrededor de la lápida lo suficiente como para poder levantarla y descubrir la sabiduría allí enterrada. *Si no era rico a su regreso a casa, pensó, al menos sería sabio.*

¡Cuál sería la decepción de Yusuf al ver que bajo la lápida no había sino el cuerpo carcomido de un difunto enterrado siete años atrás!

Al ver al inquilino del lugar, Yusuf vomitó. Luego se limpió la boca con la manga de su túnica y decidió salir de allí sin más demora, pero fue entonces cuando la luz tenue de la Luna arrancó un extraño brillo del cadáver. ¿Qué era aquello?

Yusuf se agachó y descubrió alrededor del cuello del difunto un colgante con una extraña piedra azul, y pensó que tal vez podría regresar a casa mucho más rico de lo que jamás había soñado.

XVII

Toledo.

Año 2002 de los cristianos. Mes de diciembre

FRUCTUOSO Perales había logrado huir cincuenta y cuatro años atrás del vientre de su madre, una muchacha que, de haber sido hombre, sería imberbe cuando quedó preñada de un soldado de permiso que se deslizó con habilidad entre sus muslos después de un par de botellas de vino al calor de la fiesta del pueblo. Y es que lo de Perales no fue nacimiento, que fue evasión de una prisión insoportable y mortal, porque Remedios, que así se llamaba la preñada, había sido olvidada por el soldado de permiso nada más limpiar el mozo su arma reglamentaria en aquella noche de verbena. Y cuando el drama resultó cada vez más incómodamente redondo e imposible de disimular, a Remedios la dio su padre tal paliza que nadie hubiera identificado a la muchacha morena, de piel blanca y dicharachera que media hora antes había sido en aquel espantajo sin un par de dientes, ojos amoratados y nariz desviada como producto de un certero puñetazo de su progenitor. Aquella fue la señal de alarma para quien luego sería Fructuoso. Ya se veía que el escondite no era seguro.

Remedios se marchó del pueblo y se metió a puta en Sevilla. Y para quien crea que tal cosa es poco creíble, pues ya se ha dicho que lucía un creciente bombo que anunciaba cada vez más alto que Fructuoso andaba removiéndose allá dentro, habrá que decir que fue una putilla joven llamada Florita la que le dijo que había hombres a quienes excitaba, y mucho, eso de trajinarse a una preñada. ¡Qué se yo!, a lo mejor es porque tienen algún complejo o porque odiaban a su madre, le solía decir Florita, que una vez había leído en una revista ilustrada no sé qué cosa sobre el complejo de no sé quién que había escrito un fulano que se decía discípulo de un tal Segismundo no se cuántos. ¿Quién es ese Segismundo?, había querido saber Remedios. ¿Qué más te da a ti?, le decía Florita, que a pesar de no tener más de diecisiete años ya se veía que era mujer de mundo después de llevar tres años de puta en Sevilla.

Mira, Remedios, solía explicarle Florita, que aquí, en la capital, o eres criada o eres puta. Y los señoritos pagan más a las que se folian que a las que los sirven. Y Remedios, que era nueva en la gran urbe, asentía ante la sabiduría que dan los años metropolitanos. Y Florita, ya se anunció, era puta, y de las buenas, desde hacía tres primaveras y lo ganaba bien, muy bien.

Desde su escondite, Fructuoso cayó en la cuenta de que cuando su mundo se bamboleaba sacudido por terremotos ocasionales que parecían tener el epicentro no muy lejos de su vivienda, había que permanecer lo más quieto posible, porque una vez le dio por patalear temiendo que su breve periplo concluyera coincidiendo con

uno de esos terremotos, y entonces escuchó a Remedios quejarse del patadón por él propinado. Y el señorito que estaba con su madre en lo más bravío del vaivén del terremoto, y cuya voz también oía Fructuoso, se enfadó y empezó a insultar a Remedios hasta que descubrió que también lo entusiasmaba, e incluso más que lo de barrenar el bombo de la muchacha, golpearla e insultarla. Y tras el primer bofetón, Remedios rodó por encima de la cama y cayó de bruces sobre la raída alfombra que amueblaba la habitación de la pensión en la que tenía su oficina de señorita puta. Y en la operación la siguió su bombo, y Fructuoso, que allí permanecía oculto y que se vio morir con tanta agitación. Y así fue como llegó Fructuoso a la conclusión de que, para sobrevivir, lo mejor es estar quieto y no dar patadas a los señoritos.

Estaban a punto de darle la condicional a Fructuoso para salir de su prisión cuando al señorito que tanto disfrutaba trepanando a la muchacha y luego propinándola una soberana paliza —aliviada con una generosa propina que dejaba tirada en la alfombra de la oficina de Remedios, junto a su cuerpo magullado— se le fue la mano. *La Reme*, que ese era su nombre artístico, cayó de mala manera y golpeó su nuca contra la mesilla en la que guardaba cuatro bragas y algún condón. Y de resultas del tropiezo, *La Reme* murió y hubo que trasladar urgentemente a Fructuoso a una cárcel de alta seguridad: la vida.

A Fructuoso lo apellidaron Perales porque era el apellido que un día lejano había tenido Florita. En cuanto al nombre, fue doña Pura, la dueña de la pensión, la que se lo puso. Doña Pura había quedado viuda hacía solo unos días, justo cuando parió una niña que nació muerta, de modo que se hizo con Fructuoso y propuso a la hermandad de la pensión dar de comer al recién nacido de sus dos colosales pechos a los que no se había podido adherir su pequeña muerta. La comunidad dijo que sí, pero que algo habría que hacer con el hijo de puta del señorito asesino.

Afortunadamente, doña Pura acertó a explicarles a todos cómo había dispuesto Dios el mundo: unos estaban arriba y otros abajo, y no había forma de comunicarse, salvo que los de arriba vinieran a joder a los de abajo, como ocurría casi todos los fines de semana en esa pensión. Y aunque hubo protestas, especialmente de Florita, al final se impuso el buen criterio de doña Pura y la ley de Dios, donde unos joden y otros son jodidos.

De modo que a *La Reme* la dieron sepultura oficiada por un cura de esos de barrio, a los que la gente llama ingenuamente comunistas, una mañana de noviembre ventosa y sucia. Y tres semanas más tarde don Fernando, que así se llamaba el párroco, hizo de introductor de embajadores en el bautizo de Fructuoso para que este se incorporara a la ley de Dios, que es aquella que dice que los de abajo están para que los de arriba los jodan a discreción por un puñado de monedas que dejan sobre alfombras raídas, junto a sus cadáveres.

Doña Pura enseñó a Fructuoso las letras y las cuatro reglas de la matemática, ciencia hermética para el resto del puterío del edificio, que ni leer ni escribir sabía. Pero doña Pura sí, porque doña Pura era una señora de las de verdad a la que la vida

había engañado en alguna esquina y la había dejado allí para velar por las putas jóvenes de Sevilla. Y así, aunque no hubo dinero para la escuela, Fructuoso hoy podía leer los libros que vendía en su puesto ambulante de Toledo y daba los cambios con garbo y resolución, pues doña Pura había sido la mejor maestra.

Fructuoso creció. No había más remedio. Su piel aceituna no era la de su madre, con lo que llegó a deducir que el autor de sus días, el soldado de permiso de aquella verbena, debía ser cetrino. En cambio, su pelo sí que recordaba al de Remedios. Era negro, brillante y lacio.

Un día, cuando la ley de Dios establece que a los de abajo hay que joderlos otro poco, a Fructuoso lo llevaron de soldado a África, y allí se pasó un tiempo que ni él mismo supo cuantificar. Pudieron ser días, pero seguramente debieron ser años.

Un fin de semana, a Fructuoso Perales lo detuvo la Policía Militar por dar una soberana paliza a un recluta en un arrabal de Melilla. Cuando lo interrogaron, se descubrió que todo había sido porque el mozo agredido se había propasado con una putilla mora. Y dicen que Fructuoso, fuera de sí, a punto estuvo de dar matarile al agresor allí mismo, a un paso de un charco sucio y lodoso.

Cuando licenciaron a Fructuoso, sus genes anotaron en el diario de abordo el día de su segunda liberación. La primera había sido su nacimiento. Y ya de vuelta en Sevilla anduvo probando oficios para ver cuál era el suyo, pero no lo encontró. *Tal vez, pensó, aún no se había inventado lo que él sabía hacer, y, de ser así, le convenía darse prisa en inventarlo.*

Un día le ofrecieron entrar en el negocio del turismo y le pareció bien. El tajo consistía en distraer a los extranjeros que se arremolinaban por la Giralda y otros lugares notables de Sevilla con baratijas mientras sus compinches aliviaban el peso de las carteras de los clientes. Y Fructuoso descubrió que el turismo era lo suyo.

Se hizo Fructuoso con una posición dentro del gremio del turismo sevillano. Se pudo poner dos dientes de oro, lo que le hizo mucha ilusión y le sirvió para afirmar su autoestima, e incluso se ligó a algunas chavalas de las buenas, que ni eran putas ni nada de eso. Pero la Policía, que siempre está controlando el negocio del turismo para que se beneficien solo los de arriba, le tomó ojeriza. Y tal fue la tirria que la Policía le tenía, que Fructuoso tuvo que emigrar, como tantos españoles, solo que él se detuvo en Toledo.

¡Toledo! ¡Aquello era otra cosa!

En Toledo se dispuso a empezar de cero. Allí había clase, categoría, se decía Fructuoso. El turista no era un imbécil dispuesto a pasear en una carreta de caballos y tomarse cuatro finos a la sombra de la Maestranza, no, señor. En Toledo el personal venía a ver los cuadros de ese pintor griego del que hablaban, y también había judíos adinerados para conocer la ciudad de donde tuvieron que marcharse sus bisabuelos. Y él quiso estar a la altura de las circunstancias y montó un próspero establecimiento de venta ambulante provisto de las mejores postales y los más documentados libros de historia de la ciudad. Y no tardó mucho en ganarse un hueco entre los mejores del

gremio ganando por oposición —de esas que los de abajo deben ganar para poder vivir—, un puesto magnífico de venta junto a la entrada de la sinagoga Santa María la Blanca.

Y fue no lejos de allí donde una noche, muy de madrugada y unos años atrás, Fructuoso Perales se convirtió en un héroe.

Ocurrió que andaban unos sabios practicando hoyos y removiendo escombros en una zona de la judería y a Fructuoso le gustaba ver lo que los arqueólogos hacían, de modo que cada tarde, cuando cerraba su garito de venta, se dejaba caer por las excavaciones y pronto trabó amistad con alguno de los operarios. Al parecer, exhumaban restos de la vieja Sefarad de la Edad Media. Fructuoso asentía ante las explicaciones que le daban como si fuera él un especialista en el gremio de la arqueología.

—¿Y lo que sacan da dinero? —preguntó un día Fructuoso con la visión comercial que siempre acompaña a un industrial de la venta, como era él.

—Esto no se vende, hombre —le respondió uno de los operarios—. Esto se lleva a los museos.

—Pero yo he oído decir que hay un mercado negro en estos asuntos —repuso Fructuoso.

—Sí, algo hay —dijo el otro—. Pero es muy difícil robar y colocar la mercancía.

Aquella noche en que Fructuoso Perales se convirtió en un héroe hacía calor en Toledo. El mes de julio estaba en su esplendor y él había salido de su diminuto pisito en el corazón de la judería para estirar las piernas y echar un cigarro mirando al río Tajo.

A las tres de la madrugada, media docena de cigarros negros más tarde, las calles estaban casi desiertas. A lo lejos se escuchaba el ruido de algún bar abierto y las risas de los últimos clientes. Pero de pronto, algo reclamó la atención del hijo de *La Reme*. Se oían ruidos en la zona de la excavación arqueológica. Al principio pensó que era cosa de algún perro o quizá la cacería nocturna de un gato, pero al acercarse se dio cuenta de que no. Allí había unos pájaros, no perros ni gatos. Y los pájaros andaban picoteando en una zona de la excavación como si supieran lo que hacían.

Fructuoso espío con atención tras una esquina. Sus ojos negros, a los que ayudaban desde hacía unos años unas gafas de montura anticuada, vieron que aquellos sujetos habían desenterrado algunas vasijas y tres o cuatro piezas metálicas. Eran tres y no tenían más de treinta años. *Debían ser aficionados*, pensó.

El cuerpo de Fructuoso Perales no estaba esculpido para hazañas bélicas ni atléticas. Medía diez centímetros más del metro y medio y no había hecho otro deporte en su vida que el de correr delante de la Policía en sus primeros tiempos en el negocio turístico en Sevilla. Sin embargo, Perales tenía una precisión propia de la mejor arma automática en el lanzamiento de piedra. Y aunque su vista ya no era la de los años mozos, las dos primeras pedradas acertaron en la cabeza de los saqueadores derribándolos. La tercera piedra le dio en el brazo al último truhán al tiempo que

Fructuoso daba gritos avisando a la Policía.

Los dos heridos estaban sin sentido cuando nuestro hombre llegó hasta ellos. El tercero debía haber abandonado ya la Comunidad de Castilla-La Mancha al paso que llevaba, y la Policía tardó los minutos justos que precisó Perales para contemplar el botín de los ladrones aficionados. Al llegar la Policía, Fructuoso se estiró para parecer más importante aún y mostró orgulloso el resultado de su acción.

Dos días después, en páginas interiores, la prensa citó la hazaña de Fructuoso Perales, un comerciante toledano ejemplo de virtud, decían. Gracias a él se había recuperado el botín que unos ladrones querían hurtar a la ciencia. No había fotografía de Fructuoso, algo que él ansiaba haber visto. Le pareció injusto, pero se consoló colgando al cuello una curiosa piedra azul que habían desenterrado los ladrones. La ciencia, se dijo, no la echaría de menos.

Pasaron los años hasta llegar a las puertas de la Navidad del año 2002, cuando Fructuoso reclamó la atención de aquel hombre alto, fuerte, de porte distinguido, que parecía ausente mirando al cielo gris a las puertas de la sinagoga de Santa María la Blanca.

—Señor, señor, ¿un libro de Toledo? ¿Un damasquinado? —cantó la voz del vendedor ambulante.

XVIII

Lucena.
Año 1148 de los cristianos

MUCHAS familias judías estaban recogiendo sus últimas pertenencias la noche en que Yusuf llegó dando tumbos al cementerio. A pesar del dolor que experimentaban por dejar atrás la ciudad en la que había vivido durante cientos de años en paz, muchos sentían también cierta liberación al escapar de las temibles espadas almohades, puesto que nadie sabía por cuánto tiempo se les concedería la posibilidad de convertirse o de huir. Tal vez al día siguiente ya no les permitieran marchar, de modo que había que apresurarse.

En la casa de Meir ben José ibn Migash, el hijo del famoso rabino José ibn Migash, muerto siete años atrás, había gran agitación aquella noche. Al día siguiente todos saldrían de la única ciudad que siempre habían conocido y emprenderían una penosa marcha en dirección a Toledo, donde la cultura judía había encontrado un oasis de paz. Meir se preguntaba por cuánto tiempo Toledo sería un destino seguro, pero trató de no alarmar a su esposa con tales pensamientos. Su bella mujer, Salomé, estaba embarazada de dos meses y pensó que lo menos apropiado en esos momentos era enturbiar ni lo más mínimo el futuro inmediato de quien sería su tercer descendiente. Y al tiempo rezó, como siempre hacía al pensar en el futuro vástago, para que esta vez sí fuese un varón. Y no es que estuviera decepcionado con sus dos hijas, pero un varón siempre es un varón en el seno de una familia judía.

Meir estaba terminando de empacar los libros y las viejas pertenencias y fue entonces cuando se dio de bruces con aquel último escrito que su padre había redactado instantes antes de morir. Habían pasado siete años y él lo había leído cada día tratando de decidir qué debía hacer. ¿Debía llevarse las Palabras de poder que su padre había ocultado en el *Arón ha-qódes* y que él había recuperado al día siguiente del entierro? Decidió que sí, que con él estarían más seguras que a la intemperie, expuestas a la cólera almohade. En cuanto al talismán, por más que había tratado de interpretar el mensaje de su padre, no había acertado en todos aquellos años a descubrir dónde podría haberlo ocultado el rabino.

Meir guardó el texto de su padre, que siempre consideró su testamento espiritual, y también puso a buen recaudo las dos Palabras mágicas que activaban el poder de talismán de Razel y salió de la habitación. Luego, dio órdenes a los sirvientes, aunque echó de menos a uno de ellos, aquel llamado Hay, a quien había acogido su padre tras la muerte del maestro al-Fasí. Era un sujeto ciertamente extraño y esquivo. ¿Dónde demonios se habría metido? Pero las voces de su mujer apresurando a sus hijas le hicieron olvidar al escurridizo criado.

Hay había nacido en Sevilla y tenía medio siglo de vida cuando murió al-Fasí, el amo al que había servido desde que llegó a Eliossana. Él, por su parte, había llegado a la ciudad después de dar tumbos por medio Al Ándalus y ejerciendo todas las profesiones que le fueron ofrecidas. Fue pastor, agricultor, ladrón, responsable de un burdel y al final, huyendo de su pasado y de sí mismo, decidió buscar cobijo en una ciudad donde los judíos como él eran casi los únicos vecinos.

Durante años, su vida había sido plácida al lado del rabino al-Fasí. Estaba conforme con aquella vida y así hubiera muerto de no haber escuchado aquella increíble historia que al-Fasí contó a su discípulo y luego sucesor, José ibn Migash, a propósito de un talismán milagroso capaz incluso de resucitar a los muertos. Nunca pensó que su reprochable afición a cotillear tras la puerta de su amo le iba a deparar tamaña sorpresa. Y por si no fuera aquello suficiente, luego ocurrió todo lo demás de lo que él fue testigo sin que nadie lo advirtiera: la llegada a la casa de al-Fasí del amigo de José, el tal Dahud, y el relato que escuchó espionando tras la puerta. Dahud había dado muerte a su hermano Samuel. Y siguió escuchando: que Samuel había sorprendido en acto de infidelidad a Dahud y a su esposa, Sara; que hubo una trifulca, y que Dahud había abierto la cabeza de Samuel con un candelabro.

Después, siguió a José y a Dahud por las calles de Eliossana sin ser advertido. Llegó tras ellos a la casa de Samuel, entró en el patio y los vio subir escaleras arriba hacia la alcoba donde, supuso, había ocurrido el crimen. Se ocultó y esperó.

Jamás pudo imaginar que de aquella habitación saldrían cuatro personas: las tres que sabía que estaban vivas —José, Dahud y Sara—, y la que, según el relato, había muerto: Samuel. ¿Había sido todo una burla? No, no lo había sido. El tono de angustia en la voz de Dahud no se podía fingir. Y cuando Hay vio la escena en la que Dahud cayó a los pies de su hermano implorando su perdón, supo que aquella piedra que colgaba distraída de la mano de José tenía mucho que ver en aquel extraordinario asunto.

Desde ese día no tuvo otro objetivo en la vida que encontrar aquella piedra. Sin ella, de poco le servían las Palabras que al-Fasí había confiado a José y que él acertó a retener en su memoria desde su escondite al otro lado de la puerta entreabierta de la habitación de su amo. Por lo que sabía, si se pronunciaban las dos Palabras, el talismán cobraba vida o algo así. Y durante siete años se preguntó cuánto dinero podría él ganar vendiendo sus servicios a los más altos dignatarios que desearan curar sus enfermedades e incluso no temer a la muerte.

El mismo día del entierro de al-Fasí aprovechó la ausencia de todo el mundo en la casa del rabino José para simular un robo que le permitiera registrarlo todo en busca del dichoso talismán azul, pero su intento fue vano. Por ello, puso en marcha un segundo plan: imploró al nuevo *gaon* que lo tomase a su servicio. Lo serviré tan fielmente como a su maestro, lloró. Y el ingenuo José aceptó.

¡Siete años! ¡Siete años buscando un maldito pedrusco!

Al día siguiente debía abandonar Eliossana y todas sus esperanzas se habrían

esfumado, de modo que decidió registrar por última vez la sinagoga, donde tal vez, y a pesar de que mil veces la había recorrido, se le había pasado por alto algo.

Sin embargo, Yahvé tenía otros planes para Hay aquella noche.

Nada más salir por el portón de la casa de Meir, a cuyo servicio entró tras la muerte de su padre José abrigando la misma loca esperanza de encontrar el talismán, se dio de bruces con un borracho. Hay reaccionó de mala manera y maldijo al desconocido, pero cuando advirtió que se trataba de un guerrero almohade, empalideció.

Sin embargo, algo lo hizo enmudecer aún más: aquel borracho llevaba al cuello una piedra azul a la que la luz de la Luna arrancaba brillos imposibles. ¡Aquella piedra azul! ¡Era la piedra azul! ¿Cómo era posible?

Hay, advirtiendo que el hombre apenas podía sostenerse en pie, se hizo con él y le propuso tomar una copa de vino en la taberna. El hombre farfulló algo.

—Soy un hombre sabio, el más sabio —eso fue lo que salió de la boca del almohada entre hipos.

—Desde luego que sí, desde luego —en la voz de Hay había codicia y algo más: había una decisión criminal.

—La sabiduría estaba enterrada allí, en el cementerio. —Yusuf reía como un idiota mientras se dejaba conducir por Hay hacia una callejuela oscura.

Hay prestó atención a las últimas palabras del guerrero. *¿La sabiduría estaba en cada en el cementerio? ¿Dónde había oído él algo así?* Pero el vómito del borracho lo sacó de sus pensamientos. Aquel animal le había pringado la túnica. Hay, enfurecido, lo lanzó al suelo. Luego miró a todos los lados cerciorándose de que nadie más que la Luna era testigo de lo que iba a hacer.

Yusuf seguía allí, absolutamente indefenso, y ni siquiera vio cómo Hay le quitaba la espada. Después, el colgante que había conquistado en el cementerio se desprendió de su cuello, que había sido rebanado por Hay de un solo tajo.

Por una vez, Hay había tenido suerte, la mayor de las suertes. Y Yusuf había descubierto lo fugaz que es el paso de la sabiduría por la mente de los hombres.

Hay, feliz como jamás lo había sido, no advirtió que una patrulla almohade pasaba por el otro extremo de la callejuela en la que había cometido su crimen.

De pronto, a su espalda, escuchó las voces.

—¡Alto! ¡Alto!

Se giró y vio a los dos soldados que corrían hacia él. Hay apretó en sus manos la piedra azul y huyó a toda velocidad en dirección a la casa de Meir, pero los guerreros eran mucho más rápidos que aquel hombre que frisaba los sesenta años de edad. Cada vez estaban más cerca. Hay apretó aún más el talismán. Un sudor torrencial caía por su frente cuando aporreó la casa de Meir, y estaba a punto de ocultarse en ella cuando uno de los guerreros almohades demostró su habilidad como lanzador de cuchillos. El arma mordió vorazmente la espalda de Hay, quien cayó mortalmente herido a los pies de Meir, quien había acudido a la puerta de su casa al escuchar el escándalo.

Meir se agachó y comprobó que su criado estaba agonizando. Luego vio que dos guerreros almohades venían tras él. Uno de ellos sacó de la espalda del criado de forma brutal el puñal asesino y preguntó a Meir si conocía a aquel hombre.

—Era mi criado —respondió.

—Este hombre ha asesinado a un soldado —dijo secamente el musulmán—. Ha recibido su castigo.

—Pero eso es imposible —fue lo único que acertó a decir Meir.

—Lo hemos visto con nuestros propios ojos, y date por contento que no recibes tú el mismo castigo —dijo el guerrero dando un puntapié al cuerpo agonizante de Hay, quien solo entonces soltó de entre sus dedos el colgante de la piedra azul que ocultaba.

El talismán cayó a los pies de Meir, pero afortunadamente los almohades no lo vieron, puesto que ya se habían dado la vuelta y se alejaban de allí. Cuando estaban a unos metros de distancia, uno de ellos gritó a Meir.

—Si mañana tu familia y tú no habéis abandonado esa casa, todos pagaréis por el crimen de tu criado.

Meir tuvo un miedo animal en ese momento. Pero un débil gemido le hizo reparar en el cadáver que aún estaba a sus pies. Se acuclilló sobre aquel hombre que ahora parecía más viejo que nunca y escuchó sus últimas palabras, irónicamente las mismas que dijo Yusuf antes de marchar hacia el paraíso descrito por Mahoma.

—La sabiduría estaba enterrada allí, en el cementerio —y sus ojos miraron por última vez la piedra azul que ahora estaba a los pies de Meir.

Meir, el hijo de José ibn Migash, reparó entonces en aquella roca brillante que estaba junto al cadáver de su criado y la recogió instintivamente. Luego dio órdenes a sus sirvientes para que enterraran a Hay antes del amanecer, pues era la hora en que toda su familia abandonaría para siempre Eliossana.

XIX

Toledo.

Año 2002 de los cristianos. Mes de diciembre

RODRIGO trató de esquivar a aquel sujeto vestido con un traje más que antiguo, casi una pieza de arqueología exhumada en un estrato geológico correspondiente a los años setenta del pasado siglo xx. Tenía la piel negra aceituna y sobre su nariz daban saltos unas gafas tan anticuadas como aquel ajustado traje azulado que se apretaba en la entrepierna y oprimía cruelmente las carnes del abdomen de su propietario, quien no obstante parecía inmune al peligro de asfixia que corría. El último detalle final del atuendo del vendedor era una corbata amarilla salpicada de elefantes verdes con la trompa izada en dirección al cielo gris de Toledo.

—Le aseguro que tengo las mejores guías de la ciudad —anunciaba el hombre mientras frotaba sus manos tratando de espantar un frío que se le debía estar colando por entre el apretado traje azul—. Mire, mire usted mismo qué postales. ¿Qué me dice, señor?

—No, muchas gracias —repuso Rodrigo, alargando un par de euros a las manos callosas del ilustrado comerciante.

—Muchas gracias, señor. Ya se ve que es usted un caballero. Y es que es lo que yo digo: que donde hay, se nota —y sacó una cartera ajada de cuero. Abrió el monedero y ocultó en lugar seguro el par de euros conquistado.

En la gimnasia necesaria para poder sacar de la ajustada guerrera la cartera escuálida donde dormitaba todo el capital que aquel día había hecho suyo Fructuoso, se produjo el incidente que iba a cambiar por completo su vida y la del hombre que tenía ante sí.

Sucedió que a la camisa de Fructuoso Perales le faltaba más de un botón, y con tanto entrar y salir la cartera del calor del bolsillo interior de la chaqueta, un colgante se asomó al frío invierno castellano por entre la pelambreira del pecho de Perales. Y una vez en la calle, la luz arrancó un brillo imposible del pedrusco azul que pendía al final del colgante. Rodrigo, por supuesto, creyó morir allí mismo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó solícito Fructuoso.

A Rodrigo Suárez le había dado un vahído de los buenos. De él se hubiera dicho, de no saber nosotros como sabemos que era hombre vivo todavía, que era figura de cera. Tal era el estado en que le había dejado la cara el síncope.

—No es nada. No es nada —mintió.

—¿Quiere que le vaya a buscar un poco de agua? ¿Un coñac? ¿Un café? No, lo mejor va a ser un buen orujo, que lo suyo me parece a mí que es indigestión. —

Fructuoso estaba hecho todo un galeno.

Y ya se estaba disponiendo a ir a un bar próximo a por el trago de orujo calculando la propina que le iba a dar aquel señorón a la vista de su diligente actuación como ONG toledana, cuando Rodrigo dijo que no, que ni orujo ni nada, y que ya estaba bien. Y para probar su tesis, se incorporó y se sacudió la solapa de su imponente abrigo gris.

—¿Sabe lo que le digo? —propuso Rodrigo—. Que le voy a comprar yo un par de libros y una docena de postales.

—Muchas gracias, caballero, pero no es necesario —dejó en suspenso el resto de sus pensamientos el bueno de Perales, que en realidad estaba calculando ya con esa destreza que doña Pura le dejó enseñado lo que allí se estaba gestando.

—Es más —añadió Rodrigo procurando que la voz no le traicionase rebelando su nerviosismo—, creo que le voy a comprar a mi hija ese colgante que lleva usted. Con lo que le gustan los abalorios, ya verá cómo me luzco.

—Le vendo lo que quiera, señor, pero el colgante me lo regaló mi santa madre, que en paz descanse —llovió Perales temiendo que alguien hiciera preguntas sobre dónde había pescado él aquel pedrusco.

Y durante más de un cuarto de hora anduvo en la pugna Rodrigo, al borde de despeñarse desde el balcón de la buena educación hacia el fondo de la violencia. Aquel pedrusco era exactamente igual que el dibujado en el documento de El Burgo de Osma, de eso estaba seguro. La misma forma, la misma extraña figura grabada en el centro. No podía ser una casualidad, y aquel hombrecillo tenía el descaro de decir que la piedra era un regalo de su madre, el muy hijo de puta.

A Fructuoso un sudor frío le comenzó a bañar la espalda llegando a los territorios donde sus calzoncillos estampados de caballitos eran los reyes desde el último baño y cambio de muda cinco días atrás. Temió mancharlos del todo dos días antes de la mudanza íntima correspondiente al imaginar que el señorón exhibía por ahí el pedrusco y algún ojo atinado peritaba la pieza y la databa con esas cosas del carbono que Fructuoso había leído una vez en el ejemplar de *Muy Interesante* que encontró accidentalmente en el retrete del bar de Pascual, donde solía almorzar las veces que hacía frío, tenía dinero y mucha hambre y había que meter algo caliente entre pecho y espalda, que no eran muchas. Y no es que no tuviera con frecuencia frío Fructuoso, que lo tenía; ni siquiera ocurría que no tuviera hambre, que de eso estaba bien servido. Lo único que no siempre había era dinero para calmar la gusa.

De modo que se negó en redondo a vender el colgante, a pesar de las ofertas del caballero, que ya se había puesto del todo espléndido y le daba a oler el aroma, hasta ahora desconocido para Fructuoso, de un billete de doscientos euros.

Rodrigo decidió cambiar de estrategia. Estaba visto que el muy bribón del vendedor lo había calado de lejos. Sabía que aquel pedrusco tenía algún interés especial para él y estaba dispuesto a sangrarlo bien sangrado. Y aunque Rodrigo hubiera estado dispuesto a soltarle un millón de las antiguas pesetas allí mismo al

hombrecillo, le pareció que quizá había una estrategia mejor.

—¿A qué hora cierra usted? —preguntó descolocando por completo al vendedor.

—Hombre, ya sabe usted que el autónomo es esclavo de su industria —inició su discurso Perales—, así que no sé.

—A las diez lo espero yo para cenar en este local —y Rodrigo alargó al sujeto una tarjeta con el nombre de un sonoro restaurante situado en la zona de la catedral—. No me falte, que hablaremos de negocios.

—Si es por negocios, no se apure que cerraré el establecimiento un poco antes.

La tarde transcurrió para Rodrigo entre las sombras de su imaginación y los nubarrones que se iban adueñando de la ciudad. ¿Cómo era posible que aquel espantajo de hombre tuviera un talismán medieval? ¿Quién lo creería si contara todo lo que le había sucedido, casualidad tras casualidad, en los últimos días?, se interrogaba mirando al techo de su habitación desde la cama. De vez en cuando ojeaba el dibujo del documento de Osma y soñaba con llevar el remedio milagroso a Ana.

Media hora antes de su cita con Fructuoso Perales, Rodrigo llamó a su casa una vez más. Lo había hecho cada hora y las noticias eran cada vez más alarmantes. ¿Qué hace usted que no viene, señor?, le había reprochado la buena de Nanda. ¿Qué podía decirle él? ¿Acaso que iba a tratar de robar a un pobre hombre el talismán de un ángel para sanar a su esposa? No. No contestó eso, sino que anunció que antes de que amaneciera estaría en casa.

Luego salió del hotel dejando saldada la cuenta, metió la factura en uno de los bolsillos interiores de su abrigo e hizo después varias operaciones en un cajero automático y, provisto de un buen fajo de billetes de todos los colores del arco iris, enfiló las calles que lo llevarían a la catedral. Llevó el equipaje al aparcamiento donde lo esperaba su automóvil y se encaminó a su cita. Se le vio abrocharse el abrigo gris en la Bajada de los Descalzos y siguió con paso firme hasta la plaza de El Salvador. Se detuvo para mirar el reloj. Faltaban dos minutos para las diez y decidió dar un pequeño rodeo para que fuera el vendedor quien lo esperase a él, no fuera a notarse a distancia quién quería ver a quién. Así que subió por la calle de La Trinidad y rodeó el Palacio Arzobispal antes de desembocar en la plaza del Ayuntamiento. Y al fin, llegó a la catedral y a la puerta del restaurante, en cuyos umbrales se frotaba las manos Fructuoso Perales, que mostraba sus mejores galas para la ocasión, consistentes en un traje negro menos apretado que el azul del trabajo y una corbata del mismo tono que hacían de él un deudo o un empleado de funeraria. Toda una profecía, como se verá más adelante.

—Aquí me tiene, don... —Fructuoso cayó en la cuenta de que no sabía cómo se llamaba su adinerado y recién adquirido amigo.

—Fidel. Llámeme Fidel.

Rodrigo le tendió la mano enguantada con piel de lujo.

El roce de la áspera mano de Fructuoso Perales con aquel guante que en su

imaginación pronto fue piel de gacela virgen del interior del África o de reno de los que a visto en las fotos de otro número de *Muy Interesante*, era una gran metáfora de lo diferentes que pueden ser las pieles de las manos de los de arriba y de los abajo; de los que joden y de los que son jodidos, como había enseñando magistralmente doña Pura en la pensión de las putas.

Claro que si don Fidel, o comoquiera que se llamase aquel tipo, le ganaba a él, a Fructuoso, en eso de las pieles y de la billetera, en lo de comer ya se vería cómo estaban las fuerzas. Y no tardó mucho en dejar las cosas claras el vendedor, que se hizo traer una bandeja soberbia de ibéricos, una tabla de quesos y un pisto manchego sobre el que ordenó que se dispusieran en formación geométrica media docena de alcachofas.

—Yo, es que si no empiezo con unos entremeses suaves luego no soy hombre que coma nada —explicó.

Y mientras Rodrigo se moría en vida imaginando a su esposa y mandaba pedir una botella del mejor rioja de la bodega del local, el vendedor proseguía cobrando ventaja en su desafío gastronómico. Y es que ya puestos, no le iba hacer él ascos a un buen plato de alubias con su chorizo, su morcilla y demás acompañamiento musical.

—Anda usted desganado, don Fidel —dijo, interrumpiendo su lucha con la chuletilla de cordero número nueve de la generosa bandeja que mandó superpoblar.

Las copas de vino caían del lado de Perales, que ya estaba doblegando la segunda botella de rioja él solo y no daba muestras de desfallecimiento, desgaste o flojedad alguna. Antes al contrario, se arrancó con un surtido de postres de la casa.

—Póngame de todo bastante, que luego me quedo con hambre —apuntó al atónito camarero.

A la hora de los cafés, Rodrigo abordó el asunto de la compra del talismán. Se había cerciorado de que el coñac de Fructuoso no faltase y de que el irlandés que degustaba estuviera bien cargado a la espera de que el estómago de aquel hombrecillo le indispusiera para pensar con claridad, pero no fue así.

Fructuoso apeló al recuerdo de su difunta madre, y brindó por ella llenando hasta el borde un grial de coñac que hubiera hecho palidecer al mismo Baco. Y después de un par de hipos negó con sorprendente soltura ante la propuesta del hombre que lo había invitado a cenar y que había puesto sobre el mantel dos billetes de quinientos euros a cambio del puñetero pedrusco.

Y cuando la botella de coñac no tuvo nada más que ofrecer a Fructuoso Perales, sonó el teléfono de Rodrigo.

—Señor, qué desgracia más grande —dijo Aniceto—. La señora ha muerto.

Rodrigo interrumpió la llamada, como si quisiera arrancar de cuajo la noticia en la confianza de que, sin raíz, no medrase y engordase hasta ser real. Guardó el teléfono y miró sin ver al hombre que estaba frente a él fumándose un habano más grueso que su propio brazo sin que al parecer le hubieran hecho mella, deterioro o hendidura, ni la pantagruélica cena ni el alcohol. Tal vez aquella criatura no fuera un

hombre, ni siquiera un ser vivo. *Fructuoso Perales debía ser una alucinación provocada por el dolor de un hombre enamorado*, pensó Rodrigo.

Pero no, era real. Y tal vez como prueba de que aquellos huesos suyos se los habrían de comer los gusanos, el vendedor regaló a los demás comensales y en especial a Rodrigo un sonoro eructo que dejó sentenciada la pelea gastronómica. Había quedado claro que en la suerte de cuchara no tenía rival.

Salieron al frío de Toledo con los ojos vidriosos. Rodrigo los tenía llenos de amor derretido en lágrimas; los de Fructuoso espejeaban saltarines y satisfechos.

—¿Y si nos vamos de putas para acabar la noche? —propuso de pronto Perales—. A eso lo invito yo, hombre. Lo convido yo a usted a la Mari Pili, que tiene unas tetas de las de antes, de las buenas, y no como esas niñas de ahora, que no tiene uno ni dónde agarrar en el fragor del galope. ¿Sabe cómo le digo?

Rodrigo lo miró de pronto como si ante él hubiera un insecto, un reptil nauseabundo. Aquel hombre había comido hasta desafiar las leyes del universo gástrico y había bebido tanto que lo lógico sería que pasara tres días consecutivos orinando mientras su amada esposa estaba diciendo adiós al mundo sin que él, su marido, estuviera junto a la cabecera de la cama.

Aquel hombrecillo le proponía irse de putas mientras el corazón de Rodrigo se había quebrado en mil pedazos.

—¿Qué me dice, don Fidel? ¿Le hace lo de la Mari Pili? —Los ojillos inspeccionaban a Rodrigo generosos en gula y lascivia.

De pronto, Rodrigo se volvió y dio un puñetazo tremendo a Fructuoso. Era un golpe terapéutico, imaginó. Era la cólera de la justicia desbocada. Y Fructuoso cayó al suelo cuan largo era, que ya quedó dicho que no era mucho, y allí quedó, en una postura absurda, ridícula como había sido toda su vida.

Rodrigo miró a derecha e izquierda y vio que estaban solos. Todo había ocurrido en una callejuela no lejos de la plaza del Conde. *Nadie lo vería robar el talismán a aquel indeseable*, pensó. Volvió a cerciorarse de que no pasaba nadie y se dispuso a coger la piedra cuando advirtió que algo raro pasaba con Perales.

—¡Dios mío! —Ahogó el grito Rodrigo.

El hombrecillo había tenido muy mala suerte. Para una vez que cenaba como estaba mandado, se había golpeado la sien con una piedra y había pasado a mejor vida con el estómago ahíto.

Rodrigo temía que la Policía encontrase el cadáver y se hicieran las preguntas con tal tino que la investigación condujera al restaurante donde el muerto tanto había llamado la atención comiendo como nadie jamás lo había hecho antes allí y obsequiando a todos con un eructo propio de los grandes saurios. En ese caso, todos recordarían que aquel fantoche había cenado con un caballero de porte impecable, que apenas había probado bocado y que ciertamente a todos resultó extraña compañía para el difunto, que parecía haberse vestido para la ocasión todo negro el traje, inmaculada camisa —con la excepción de un par de lamparones que disimulaba un

anticuado chaleco— y corbata a juego con el traje.

Lo buscarían, no había duda. De modo que pensó con la agilidad que da la desesperación. Arrastró el cadáver de Fructuoso al fondo del callejón, cogió el talismán y se apresuró a recoger su automóvil del aparcamiento público donde le había hospedado y en el que había guardado el equipaje después de abandonar el hotel. Después, regresó al lugar donde había dejado a Perales, lo acomodó en el maletero del poderoso Audi y buscó la salida de la ciudad rumbo al norte.

Rodrigo era el conductor más nervioso de cuantos aquella madrugada de viernes circulaban por la red de carreteras del Estado. Las manos le sudaban a pesar del frío y la mente aprovechaba para volar sin alas desde el recuerdo del primer beso con Ana hasta los años difíciles, que algunos hubo en la apertura de su larga vida conyugal, hasta el instante en que el teléfono le había servido a los postres el anuncio de la muerte de su esposa. En el bolsillo del pantalón, mientras tanto, sentía el roce de aquella piedra azul provista de un misterioso tatuaje que la leyenda atribuía a Yahvé. Y para mayor tiberio, el maletero del vehículo hacía las veces de morgue para aquel homínido dotado del estómago más dilatado de la raza humana.

Minutos seguidos de horas consumió Rodrigo entre las lágrimas y el miedo hasta que la voluntad le derrotó a las puertas mismas de Frómista. Tenía que serenarse, se dijo, si quería llegar con vida a Santillana y probar a devolvérsela a su esposa. Sin embargo, dudó, ¿sería posible el milagro del que hablaba la leyenda en aquel anciano papel que sisó al almacén de la memoria en El Burgo de Osma? ¿Qué pruebas tenía él de no estar haciendo el ridículo hasta el punto de convertirse en un asesino por perseguir una quimera?

La mejor manera de saber si estaba en lo cierto era probar el talismán. Tengo un fiambre allá atrás, recordó, y me sé las Palabras de Yahvé, añadió cobrando una confianza de la que había estado más que escaso hasta ese momento. Ocultó el automóvil tras un almacén de grano situado junto a la carretera. La oscuridad era absoluta. Y así, sin luz ni taquígrafos, bajó del coche y abrió el maletero.

De no haber sido él mismo el asesino accidental de Perales, se diría que el vendedor dormía como un bendito regando su felicidad con un hilillo de baba propia de un sueño entre las tetas de la Mari Pili, pero Rodrigo sabía que aquel hombre no dormía otra siesta que la perenne. Aquel ser provisto del buche más insondable de cuantos había encontrado Rodrigo en su larga vida, permanecía tal y como él le había dejado, arrebuñado bajo el abrigo gris que tanta distancia marcaba entre los dos y que le había puesto más por caridad que para disimular el bulto.

El profesor cargó con el fardo compuesto por el abrigo y por la alimaña tragona y lo depositó en el suelo castellano, que olía vagamente a galletas mojadas por la escarcha. Después, Rodrigo extrajo de su pantalón el colgante con el misterioso pedrusco y lo colocó sobre el corazón de Perales, acompañando la acción del recitado en voz alta de las Palabras de Dios que el templario había grabado en el claustro de la Colegiata de Santillana del Mar en tiempos lejanos y más dados a los prodigios y a la

salvación de princesas que los presentes. Y sin poder evitar un sentimiento de ridículo que le obligó a cerciorarse nuevamente de que allí no había nadie más que ellos, el campo negro y el frío, Rodrigo se escuchó decir el sortilegio.

Y se podrá creer o no, pero aquel humanoide tapado con el abrigo gris de Rodrigo comenzó a moverse tímidamente, y Rodrigo supo que había cobrado vida definitivamente cuando un fragoroso eructo brotó de la caverna que tenía por boca. Claramente se veía que a Perales le había superado el trance del sincero homenaje que había rendido a Baco, la muerte y la resurrección, todo seguido, y sus ojos no conseguían enfocar con claridad el oscuro escenario en el que se encontraba. Pero vivo, lo que se dice vivo, ya se veía que estaba, de modo que Rodrigo aprovechó el desconcierto del profesional del sector turístico para arrancar su poderoso Audi y salir de allí con el corazón en la boca.

Si el talismán había servido para rescatar de la muerte a un ser que tenía escasos rasgos humanos, sin duda tendría el mismo efecto sobre su amada esposa.

Lucena.
Año 1148 de los cristianos

AMANECIÓ un día luminoso, limpio y dispuesto a dejarse respirar. Era un día como todos los demás, y sin embargo era un día diferente y amargo. ¿Por qué el Dios de Israel dejaba que su pueblo abandonase Eliossana? ¿Qué mal habían cometido durante siglos en aquellas calles que tanto amaron?

Meir miró al grupo de hombres, mujeres y animales que se disponía a encabezar. Atrás quedaba su casa, su pasado, la sangre de los suyos enterrada. Millones de oraciones recitadas, fiestas de *Pésaj* alegres y familiares, bodas y nacimientos... Todo quedaba atrás; siempre el pueblo de Israel debía dejar atrás su historia. Y Meir se preguntó otra vez el porqué, mientras dos lágrimas rodaban bañando su barba con un agua amarga. Todo estaba listo. Solo faltaban los dos criados a los que ordenó enterrar al infortunado Hay.

Hay.

¿Por qué ese hombre habría asesinado a un almohade? Aquella pregunta había dado vueltas en el interior de la cabeza de Meir durante toda aquella triste noche. ¿Por qué?

Meir miró la piedra azul de brillo casi irreal que Hay llevaba en el momento de su muerte y que había recogido del suelo y conservado sin saber muy bien el motivo.

—Cuando desee, señor, podemos ponernos en marcha —la voz de su secretario lo sacó de sus cavilaciones.

—¿Han regresado los dos hombres que envié a enterrar a Hay? —preguntó Meir.

—Aún no, señor, pero me permití ordenarles que se unieran a nosotros más tarde si es que partíamos antes de su regreso —repuso el hombre de confianza de Meir.

Meir asintió. Miró a su esposa y supo que ella sí había advertido aquellas lágrimas que se perdieron entre la tupida barba de uno de los últimos judíos que salían de Eliossana.

Apenas llevaban media hora de camino cuando dos jinetes se incorporaron al séquito. Eran los hombres a quienes Meir había confiado el entierro del asesinado Hay.

Meir los vio llegar y hablar con su secretario. La conversación le pareció más larga de lo debido y observó que los hombres hacían gesticulaciones y miraban al cielo. De inmediato, el secretario de Meir, Simón, se acercó.

—Los hombres que enviaste para enterrar a Hay dicen que la tumba del venerable al-Fasí ha sido profanada —anunció Simón.

—¿Qué dices! ¿Quién ha podido hacer algo así? ¿Hay más tumbas profanadas? —

La mente de Meir parecía una fábrica de preguntas angustiosas. ¿Es que el dolor de aquella mañana aún podía ser más lacerante? ¿Dónde estaba Yahvé?

—No lo saben —contestó Simón—. Dicen que enterraron al viejo Hay y que, al salir, vieron la tumba del *gaon* y restos de vómitos sobre ella.

—Da las órdenes oportunas para que todo el mundo siga el camino que hemos previsto. Yo voy a regresar. No me puedo ir sin saber si las tumbas de mis familiares siguen en paz —dijo Meir, y a continuación fue a informar a su esposa de sus planes.

Meir azuzó a su caballo. Tranquila, en una hora estaré de vuelta, le había dicho a su mujer. ¿Cómo podía estar seguro? Aquellos guerreros, los de la otra noche, le habían advertido que debía partir antes del alba, y el Sol ya estaba por encima del horizonte en estos momentos. Además, se interrogó, si esta gente es capaz de profanar a los muertos, qué no harán a los vivos.

Simón había querido acompañarlo, pero Meir pensó que era más importante que fuera el timón de su familia en caso de que a él le sucediera algo.

La barba en la que se ocultaron sus lágrimas una hora antes era ahora era bosque en el que anidaban las gotas de sudor que resbalaban desde su frente, alta y despejada. Y con el corazón encogido llegó al cementerio de Eliossana y buscó con afán las tumbas de sus seres queridos.

Miró a un lado y a otro. No se veía a nadie. Él y los muertos estaban solos. Ojalá las calles de su ciudad pudieran decir lo mismo. Pero no podían. Eran los almohades los nuevos señores, gentes crueles que se habían atrevido incluso a perturbar el sueño de uno de los más grandes hombres de Israel.

Meir, tras ver que nada le había sucedido a las sepulturas de los suyos, fue a tratar de remediar el desastre que, según sus criados, se había producido en la tumba de al-Fasí.

Allí estaba. La lápida había sido removida. Quedaban restos de vómito humano. El cuerpo del *gaon* estaba impúdicamente al aire y trató de colocar como buenamente pudo la losa que su padre había encargado diseñar para quien había sido su maestro. La tierra entró entre las uñas de Meir, a quien el corazón se le aceleró aún más con el esfuerzo. Se arañó los dedos y se hizo sangrar en ellos hasta que consiguió adecentar la sepultura. Y entonces miró la inscripción de la lápida con tanto asombro como si el mismísimo al-Fasí se hubiera levantado de su tumba para celebrar la Pascua. Lo que allí leyó le hizo preguntarse cómo era posible que no hubiera recordado esa frase hasta ese momento. Era el epitafio que su padre había encargado para la tumba de su maestro:

En esta sepultura está la fuente de la sabiduría enterrada.

De pronto, todo cobró un nuevo sentido para Meir: la frase absurda de su criado al expirar —*la sabiduría estaba enterrada allí, en el cementerio*—, la piedra azul que cayó de sus manos moribundas, el escrito de su padre...

Y así fue como Meir ben José ibn Migash colgó de su cuello el talismán de Raziel

y huyó de Eliossana para siempre, preguntándose si sería capaz de soportar el peso que su padre no se atrevió a sobrellevar. Sin duda, se dijo, era él un enano ante un gigante como su padre, pero Yahvé había querido que al menos alejase el talismán de las manos almohades.

XXI

Madrid.

Año 2002 de los cristianos. Mes de diciembre

IKER Jiménez, hospedado bajo una única y débil luz del estudio de la Cadena SER en Madrid, había mandado bajar la sintonía del programa. El hechizo de la radio flotaba, espeso, en el silencio de la noche a la espera de ser invocado por la vehemencia del joven locutor, ávido siempre de escribir sobre la blanda superficie del aire crónicas imposibles.

A su lado tenía aquella noche un invitado que venía dispuesto a hablar de su primera novela.

Gabriel Zarza se había lanzado al ruedo de la literatura con la esperanza de que las cornadas no fueran muchas y el tendido de sol tuviera a bien comprar los suficientes ejemplares de aquel extraño relato suyo sobre templarios, cardenales y peregrinos sobrenaturales que había gestado después de una aventura cuyos detalles nunca podría desvelar del todo.

Iker, vestido con una camisa blanca que había remangado hasta casi los codos, hacía crujir el andamiaje de la razón con un relato sobrecogedor pero imposible de obviar solo porque pareciera imposible de creer. Por los micrófonos de *Milenio 3* salían al espacio las pruebas periodísticas que Iker había ido recolectando pacientemente hasta convertir aquel relato fantástico en la más fantástica de las noticias. Después, un gesto de su brazo fue acompañado con la subida de la sintonía del programa y llegó el turno para las primeras preguntas a Gabriel Zarza.

Tras el boletín de noticias de las dos de la madrugada, Carmen Porter entró en el estudio para leer algunos de los cientos de mensajes telefónicos que llegaban cada noche al programa. Unos pedían más información sobre historias de fantasmas y otros confesaban el pánico que los acompañaba durante la hora y media de programa, pero rogaban a Dios y a la Cadena SER que *Milenio 3* se hiciera todos los días, e incluso a todas horas. ¿Había que pasar miedo? Pues se pasaba.

Y fue justamente uno de aquellos mensajes el que haría cambiar la vida de Gabriel Zarza definitivamente. Carmen Porter lo leyó a las dos y trece minutos de la madrugada, y decía así:

MILENIO. SOY JOSÉ. ESTOY CONDUCIENDO UN COCHE DE FUNERARIA POR PALENCIA HACIA MADRID. VOY CARGADO. ESTOY PASANDO MUCHO MIEDO Y NO HAGO SINO MIRAR ATRÁS.

A Gabriel el mensaje le hizo gracia y trató de imaginar la situación de José, el conductor de la funeraria, escuchando los estremecedores relatos con que Iker Jiménez esta regalando a la audiencia y que, a las pruebas había que remitirse,

parecían sucesos reales. Pero unos mensajes más abajo de aquella misma hoja de impresora en la que Carmen Porter tenía a su disposición veintiséis opiniones de otros tantos oyentes, había un segundo mensaje de José:

MILENIO. SOY JOSÉ, EL DEL COCHE FÚNEBRE. ME HE QUERIDO MORIR DE MIEDO. HE ENCONTRADO EN MEDIO DE LA CARRETERA A UN HOMBRE QUE DICE QUE HA RESUCITADO.

Iker proseguía su entrevista a Gabriel después de los mensajes y de unos cortes publicitarios, pero la mente de Zarza se había quedado atrás, en aquel mensaje estremecedor. Y entonces, nunca quedará claro si fue Dios o fue el diablo, escuchó un silencioso consejo.

—Iker —preguntó, aprovechando otra pausa publicitaria—, ¿me das permiso para llamar al conductor de la funeraria?

El director de *Milenio 3* le dijo que sí, que eso ni se preguntaba. De modo que, al finalizar el programa de radio, Gabriel Zarza marcó el teléfono móvil que aparecía a la izquierda del mensaje de José. Eran las tres de la madrugada.

—¿Sí? —A Gabriel le pareció que la voz que le atendía correspondía a un hombre joven.

Se identificó. Quería saber qué había ocurrido exactamente en la carretera. ¿Qué era eso de un resucitado?

—Ha sido en a la salida de Frómista, en dirección a Valladolid. Casi lo mato. Se me echó encima. ¡Joder! ¡Estaba borracho, el muy cabrón!

La historia, con un poco de paciencia y dejando que el buen hombre aliviase la tensión que el caso merecía, se resumía de este modo: que José, el conductor de funerarias, llevaba un fiambre camino de Madrid donde al día siguiente le iban a dar los papeles para la eternidad; que estaba el hombre escuchando el programa de radio, porque a él le gusta más que a un tonto un chupachups, aunque pasa un miedo de cojones cada noche, y que en esas andaba cuando al salir de Frómista se le viene encima un espectro; que el espectro vestía un abrigo gris que le venía grande por todos los sitios y que al principio tuvo miedo de haberlo atropellado; que luego de salir del coche y llegarse hasta él José le escuchó decir que había resucitado, pero que después se había visto que estaba como una cuba y que era un borracho extraviado, aunque insistía que no sabía cómo había llegado allí si había muerto poco antes en una callejuela de Toledo. Total, un lío de mil demonios.

A pesar del detalle de la cogorza que al parecer exhibía obscenamente el testigo, había algo en aquella historia que sedujo por completo a Gabriel Zarza.

—¿Y dónde están ustedes ahora?

—Aquí, en Frómista. Lo llevo al lado y va dormido como un bendito.

—Escúcheme con atención —le apremió Zarza—, me gustaría hablar con ese hombre antes de que lo haga la Policía, ¿de acuerdo? Yo salgo a su encuentro. Por la carretera de Valladolid, ¿no? Pues usted siga a lo suyo que yo los veo en poco más de una hora.

Gabriel se despidió de Carmen, de Iker y del resto del programa.
—Gracias por lo del mensaje. Ya os diré en qué queda todo.

XXII

Santander.

Año 2002 de los cristianos. Mes de diciembre

RECAREDO Velloso andaba por los cuarenta años de edad, gastaba una barba cerrada que incluso después de rasurada le pintaba de azul oscuro la cara y tenía las manos gruesas y rudas de un agricultor, que por tradición y cultura familiar era lo suyo. Pero, además de eso, Recaredo era hombre fiel y agradecido, y lo mismo que su abuelo antes que él había estado para lo que mandase y fuera menester al padre del *obispo*, como él llamaba al señor bajo cuyo sayo transcurría su vida, así lo estuvo después su señor padre y así, por impecable lógica de vasallaje, lo estaba él. Y cuando el señor *obispo* andaba en algún apuro, que por ser él hombre santo y varón de la Iglesia no podía resolver como pagano, pues allí estaba él, Recaredo, como antes estuvieron su abuelo y su padre, para lo que fuera preciso.

Y el caso es que el menester que ahora se terciaba lo había llevado a seguir con el sigilo que su corpachón grande y tosco le permitía a un petimetre universitario, el tal Iraola. Se trataba de hacerse con un papelucho, le había dicho el señor *obispo*, donde había garrapateados unos palotes como de letras, pero que no eran letras cristianas, sino judías.

¿Está seguro el señor de que ese hombre tiene el papel?, le había preguntado Recaredo al señor *obispo* en el pueblo vallisoletano donde tenía su hacienda y los campos de trigo y de cebada de los que vivía. Y el señor *obispo* le había asegurado que sí, que tenía el papel y que hacía mucha falta a la Iglesia, pues era cosa de rojos, judíos y masones y había que descabezar el contubernio cuanto antes.

A la luz de la responsabilidad que recaía sobre sus fornidos hombros, Recaredo supo que aquella era la misión más trascendental que le había encomendado la Santa Madre Iglesia. Hasta ahora todo se había resumido en alguna paliza bien dada a algún agitador comunista o a algún entremetido en las cosas políticas del señor *obispo*, pero ahora se trataba de un verdadero contubernio de judíos y masones y él era paladín de la cristiandad.

—Y lo más importante, Velloso, de mí, ni una palabra. —Había insistido el señor *obispo*.

Por toda respuesta, Recaredo Velloso se cuadró militarmente y a punto estuvo de llevarse la mano a la sien a modo de saludo, pero finalmente no lo hizo, pues su mente dedujo que la misión era más religiosa que bélica, aunque tal vez hubiera que echar mano de la navaja albaceteña que su padre y su abuelo ya habían tiznado de sangre alguna vez para mayor gloria de la familia del *obispo* y de su Iglesia.

Y se fue para Santander.

Rondó como mozo enamorado la casa de la que le habían hablado en Santillana del Mar, localizó también el piso de Iraola en Santander y fue dotado de toda la información precisa para que pudiera desempeñar su oficio: que había que hacerse con el papel de marras y que no estaría mal echar mano a una piedra azul muy rara. Si la veía, le había dejado dicho el señor *obispo*, no lo dude, Velloso, no lo dude: le echa mano y no pare hasta llegar aquí con ella.

La noche en que murió doña Ana, la esposa de Rodrigo Suárez, Velloso estaba de guardia metido en su Renault Kangoo azul oscuro frente al portal de Iraola. Hacía cosa de media hora que el melenudo —bien claro se veía que era rojo y masón solo por las pintas— había regresado a casa en compañía de esa muchacha rubia que dormía en la pensión Camesa, la tal Nicole.

Habían cenado juntos en un restaurante italiano próximo a la plaza de Pombo, según el informe que lenta y mentalmente había ido elaborando Velloso.

¿Qué estarían haciendo allá arriba que tanto tardaban?, se preguntaba justo cuando delante de su coche desfiló una mulata pechugona que debía estar en plena jornada laboral y al ver allí a un ejemplar aborigen de aquella magnitud, la joven ofreció su mercancía bamboleante.

—Hola, guapo —mintió la profesional—. ¿Qué haces ahí solito? ¿Quieres que mamaíta te lleve con ella?

Velloso miró el rosario de cuentas de madera que pendía del espejo retrovisor de su Kangoo y se encomendó a Dios para ahuyentar al demonio de chocolate provisto de dos tentaciones de talla muy superior al centenar. Miró a la ventana de Iraola y a su portal y no vio señal alguna de vida.

—Anda, papaíto —insistió el demonio de chocolate—, déjame subir al coche.

El rosario de cuentas de madera no decía nada. De hecho, nunca le había dicho nada a Recaredo en todos aquellos años en que habían corrido mil aventuras juntos, ni cuando apaleaba a sindicalistas ni cuando hacía poner pies en polvorosa a alguna joven que se había obsesionado con el señor *obispo* y aseguraba haber sido desvirgada por él. Nunca. El rosario no decía nada de nada, y aquel silencio espeso fue aprovechado por el demonio para colarse en la Kangoo y poner su garra marrón en la bragueta de Velloso, que dio un respingo pero no tuvo arrestos suficientes como para expulsar de allí a Satanás.

La noche que murió doña Ana sorprendió a Nicole entre las sábanas limpias — dispuestas para la ocasión aquella misma mañana— de Julio Iraola.

Él la había invitado a pasar la tarde en Santander y después habían cenado en un restaurante italiano situado en un primer piso de un portal no lejos de la plaza de pombo. Y después de la ensalada de arroz, los canelones y los profiteroles, y tras haber dado cuenta de un botella de Lambrusco rosado bien fría, los dos se dejaron llevar hasta el piso del profesor. El resto fue cosa de la Naturaleza. Pero en mitad del segundo arrebató amoroso, sonó el teléfono móvil de la señorita Saintes.

—¡Ay señorita! —Al otro lado del aparato lloraba Nanda—. ¡Ay, señorita!, que se ha muerto doña Ana.

El brillo que hacía unos instantes teñía de placer las pupilas de Nicole se disipó y tuvo un efecto relajante en todo el cuerpo de Iraola, en todo.

—¡Dios mío! Debo ir a Santillana ahora mismo.

Nicole se sentía culpable por no haber estado aquella tarde junto a la mujer que se había comportado con ella como si fuera una madre en los últimos meses.

—En veinte minutos estamos allí —se ofreció Iraola, poniéndose los pantalones, que permanecían al pie de la cama hechos hatillo.

Cuando Iraola y Nicole salieron por el portal precipitadamente, un demonio de chocolate había metido el hocico en la bragueta de Velloso, que seguía mirando el rosario de cuentas de madera para encontrar el valor suficiente como para luchar contra aquel Satanás provisto del don de lenguas. Y el Dios de la Iglesia, que no olvida a los suyos, le envió una señal: Iraola y Nicole se metían en el coche del profesor y el automóvil arrancaba con gran estruendo y chirriar de ruedas. Entonces, Recaredo Velloso vio en las cuentas del rosario la cara de su abuelo y la de su padre y también el rostro de Juana, su esposa, e incluso creyó adivinar la mirada severa del señor *obispo* y abrió la puerta de la Kangoo y empujó sin contemplaciones al demonio de chocolate. Pero el Satanás femenino, que intuyó lo que pasaba antes de ser expulsado del edénico Renault, propinó un mordisco en el último centímetro de la virilidad de Velloso, que aulló de dolor.

Recaredo arrancó el motor, asió la palanca de cambios y luego la otra palanca dolorida y puso proa hacia el portal del profesor. «Tenía tiempo», —pensó—, «para husmear entre los papelotes del melencólico y hacerse con lo que quería el señor *obispo*».

—¡Mi bolso! ¡He olvidado el bolso! —exclamó Nicole a la altura de la rotonda que enlaza la avenida de los Castros con la A-7—. Tenemos que volver, Julio.

Julio Iraola miró por el espejo retrovisor y comprobó que no venía ningún otro vehículo y realizó una maniobra arriesgada e ilegal para poner el morro del vehículo de vuelta a casa lo más rápido posible. La noche se había oscurecido de pronto y las nubes comenzaron a llorar tímidamente sobre las calles.

Recaredo abrió como un profesional la cerradura del piso de Iraola, y su corpachón, vestido con un pantalón de pana y un jersey de cuello en forma de pico por donde sobresalía una camisa de cuadros más que pasada de moda, llegó hasta el despacho del profesor. Y a pesar de que cada paso era un calvario al rozar su virilidad agredida con la ropa interior, se juró a sí mismo que daría con el papel de marras a pesar del dolor como penitencia por el pecado carnal cometido.

Encendió la luz del flexo que alumbraba habitualmente la mesa de trabajo de Iraola y descubrió que una cordillera de libros de arte, de alquimia, de estrellas y magia cubría por completo el estudio. Rebuscó, movió y alteró el ecosistema en el que vivía Iraola hasta que tropezó con un diccionario de hebreo. Reconoció en

aquellos garabatos la descripción que el señor *obispo* le había proporcionado y advirtió que un papel sobresalía de entre las páginas del volumen. Al sacarlo, Recaredo Velloso supo que Dios le había perdonado su desliz con el demonio de chocolate.

Sacó del pantalón de pana un teléfono móvil prehistórico pero que resultó estar en perfecto estado de revista. Velloso marcó un número y no pudo contener su emoción al escuchar la voz del señor *obispo* al otro lado.

—Señor, que soy yo, el Recaredo —se identificó.

—¿La tiene? —Una voz fría y acerada sonó en su oído.

—Yo creo que sí, señor. Para mí que va a ser esto.

—¿Está traducida?

—Está escrita con palos raros y al lado hay letras españolas.

Velloso se rascó la cabeza y después la entrepierna, que seguía recordándole su pecado.

—Está bien, dígame qué pone en español y luego descríbame las letras hebreas.

Iraola llegó a la puerta de su piso y tuvo la primera de las tres grandes sorpresas de aquella noche. La puerta estaba abierta, aunque entornada. Él estaba seguro de que había cerrado con llave, de modo que entró con precaución y se alegró de haber dicho a Nicole que le esperase en el coche, que enseguida bajaba.

Entró con cautela y vio encendida la luz del flexo de su despacho y también la del baño. Se acercó procurando no respirar y abrió con cuidado la puerta del retrete. Allí le esperaba la segunda sorpresa. Un hombre desconocido, grande y fuerte, estaba poniendo a remojo en el bidé su maltrecha virilidad.

Al ver a Iraola, Velloso se incorporó de un salto, con los pantalones por los tobillos y las vergüenzas chorreando agua. Debía impedir que aquel hombre diera la voz de alarma. Y se lanzó hacia él como un jabalí herido.

Iraola vio caer sobre él una enorme masa humana en pelotas y trató de zafarse de los brazos de acero de su agresor. Le dio una patada en la parte más débil, y ya de por sí maltrecha, y estuvo a punto de ganar la puerta de la calle, pero Velloso logró sobreponerse otra vez a los gritos de sus genitales y propinó un empujón a Iraola que evitó que este saliera al rellano de la escalera. Después, en el fragor de la lucha, a Velloso se le fue la mano con la navaja albaceteña y Julio Iraola tuvo la tercera y última sorpresa de aquella noche y de su vida al descubrir el charco de sangre que él mismo estaba produciendo. Decididamente, pensó deslizándose por el absurdo tobogán de la muerte, lo voy a poner todo perdido.

Velloso se lanzó escaleras abajo a toda velocidad. Tenía que salir de allí como fuera, por su bien y por la seguridad del señor *obispo*. *Y lo mejor sería, pensó, que tampoco la muchacha pudiera decir nada de nada.* Pero cuando Recaredo Velloso llegó al automóvil de Iraola, Nicole no estaba allí.

El ascensor del edificio del profesor mostraba encendida la flecha roja de subida, y Recaredo supo que la muchacha iba a casa del profesor. Entonces maldijo su suerte

y dudó qué hacer. *¿Debía subir por la escalera? ¿Y si ella bajaba por el ascensor y se escabullía? ¿Esperaba al ascensor? ¿Y si ella bajaba por la escalera?* Al final se decidió por el ascensor.

Llegó al escenario del crimen. El profesor estaba allí, tumbado y bien muerto. Lo había puesto todo perdido definitivamente, pero no había rastro de la joven. Vio que la luz del baño estaba encendida, pero recordó que él mismo era quien la había dejado así. Caminó después con los cinco sentidos en alerta, más el sexto que latía dolorido de tanto muerdo y rama percusión, hacia el despacho del melenudo, pero tampoco allí estaba la muchacha.

De pronto un bolso de mujer se estrelló contra las partes más sensibles de la anatomía de Velloso, que ya no estaban para muchas fiestas. Nicole salió de la habitación de Iraola como un torbellino propinando un segundo y certero golpe en el mismo lugar donde había descargado su primer ataque y salió del piso como alma que lleva el diablo sin apenas ver hacia dónde iba llenos sus ojos de lágrimas.

Acertó a llegar al coche de Iraola y arrancar el motor justo a tiempo para ver por el espejo retrovisor al hombre a quien había golpeado. Velloso llevaba arqueadas sus piernas en un vano intento de recuperar su antiguo vigor masculino.

Nicole miró su reloj. Eran casi las cuatro de la madrugada.

TERCERA PARTE

«Mil quinientas claves para el secreto del mundo».



I

Santillana del Mar. Año 2002 de los cristianos. Mes de diciembre

ALAS cuatro y media de la madrugada el Audi de Rodrigo Suárez de Lara se detuvo en el patio de su casona de Santillana del Mar. Con él viajaban dos pasajeros. Uno era la angustia, que venía en su corazón; el otro, la esperanza, que al final resultó que no era verde, sino que espejeaba con azules imposibles y permanecía oculta en un bolsillo de su pantalón.

Al poco salieron de la casa Nada y su esposo, Aniceto. Los acompañaba don Herminio, el médico de la familia. *¡Don Herminio!*, exclamó en silencio Rodrigo. Con don Herminio no había contado. Tenía que deshacerse de él y ya vería lo que se hacía después.

—¡Ay, señor! ¡Qué desgracia! —Lloró Nanda—. ¡Que se nos ha ido para siempre!

—¿Está seguro, don Herminio? —Rodrigo trató de sembrar la incertidumbre en el trío que había salido al patio. La lluvia comenzaba a arreciar.

—¿Qué quieres decir, Rodrigo? ¿Crees que estoy tan viejo como para no saber lo que es un muerto? —respondió ofendido el médico.

—Está bien, perdone, don Herminio. Compréndame usted a mí —se disculpó Rodrigo—. Llevo más de cuatro horas de coche a toda velocidad y ya no sé lo que me digo. Váyase a casa, hombre, que ya ha hecho aquí todo lo que podía.

El médico se enfundó su gabardina gris y se calzó un anticuado sombrero en su despoblada cabeza. Luego se llevó la mano al sombrero en señal de saludo y se marchó. Solo entonces Rodrigo entró en casa. Parecía querer demorar el encuentro con su esposa. ¿El talismán funcionaría con ella como con aquel patán de Perales?

Al entrar en casa reparó en que, con las prisas, había dejado el abrigo envolviendo a Fructuoso allá por las majadas de Frómista. Y en un bolsillo interior del abrigo permanecía la copia del papel que apandó en El Burgo de Osma, pues el original lo tenía bien guardado en su despacho. Pero Rodrigo se tranquilizó. Daba igual. Tenía las Palabras de poder y también el mágico talismán. Podía devolver a la vida a su esposa como había hecho con el charlatán de Toledo. ¡Al diablo el papel de Osma! Entonces pidió a Nanda y a su marido que lo dejaran a solas con su mujer.

En ese momento, unos golpes en la puerta desataron la alarma en Rodrigo. ¿Qué ocurría? Nanda y Aniceto miraron al señor para saber si debían abrir o no. ¿Quién podía ser? Rodrigo dudó, pero al final mandó abrir el portón.

Nicole Saintes apareció calada hasta los huesos, llorando y dando gritos como fuera de su seso.

—¡Lo han matado! ¡Lo han matado! ¡Han matado a Iraola!

—¡Dios mío! —exclamó Nanda—. La señora Ana y ese profesor han muerto en la misma noche.

Recaredo Velloso llegó demasiado tarde para impedir que la muchacha entrara en la casa, pero no como para no escuchar lo que Nanda había dicho. La señora, doña Ana, había muerto aquella noche. ¿Qué debía hacer? Miró el reloj. Pasaban unos minutos de la cuatro y media de la madrugada y llovía a cántaros. La Luna se había ido con los muertos.

Nicole explicó a trompicones lo que había sucedido. Iraola la había invitado a cenar en Santander y luego todo se precipitó. No hubo detalles que permitieran pensar que ambos se habían acostado aquella noche, pero tampoco hacían falta para sospecharlo. Luego llegó en el relato el episodio del olvido del bolso, el regreso al piso de Iraola y el crimen que debió cometer un ladrón al verse sorprendido por el dueño de la vivienda. Nicole explicó que subió a la casa al ver que Iraola se demoraba tanto, y al llegar a ese punto todo fueron lágrimas e hipos. Solo acertó a pronunciar con firmeza una frase:

—Me ha seguido. Me ha seguido.

Rodrigo no podía sostener más las bridas de sus nervios. Tenía a su esposa muerta en el piso de arriba y en el bolsillo del pantalón el talismán que tal vez la resucitara.

—Habrà que avisar a la Policía —dijo Aniceto.

—No —la negativa rotunda de Rodrigo los dejó a todos perplejos. Él se dio cuenta y se explicó—. Quiero decir que lo haré yo, pero primero quiero ver a mi esposa.

Aquello pareció razonable y lo dejaron partir en dirección al dormitorio donde ambos había vivido momentos de vieja felicidad.

Recaredo rondaba la casa como un animal acecha a su presa, y así descubrió una ventana que daba al trastero donde Aniceto guardaba sus útiles de jardinería. Rompió el cristal e inició el arduo proceso de introducir su corpachón por aquel ventano, operación en la que sus partes nobles, ya muy trajinadas aquella noche, se vieron frotadas de forma inmisericorde con el marco de madera de la abertura. Después, saltó al interior del cobertizo y desde allí se las ingenió para salir al jardín. Más tarde, a través de una ventana y a merced de la lluvia, observó el ajetreo del interior de la casa.

En el piso de arriba, fuera del alcance de la mirada indiscreta de Velloso, Rodrigo se arrodilló a los pies del cadáver de su esposa y la besó con la ternura del primer día. Ana parecía dormida dulcemente. La muerte había limpiado su rostro del dolor de la enfermedad que, aunque ella trataba de disimular, Rodrigo advertía cada día, y cada día moría un segundo con ella.

Sacó de su bolsillo la piedra azul y la colocó sobre el corazón de Ana. Sus manos temblaban como parecían temblar los cristales de las ventanas por el martilleo de la lluvia. Luego pronunció la primera de las Palabras de Yahvé. Los labios le temblaban

y le castañeteaban los nervios. Después, pronunció el segundo sonido de poder y entonces el talismán destiló un fulgor azul bellísimo que cegó a Rodrigo. Cuando abrió los ojos de nuevo, su esposa parecía despertar de un sueño. No solo estaba viva, sino que el tono de su piel, sus ojos, su expresión eran los de la mujer que años atrás había sido. Y aunque no podía asegurarlo, Rodrigo sintió que en aquel cuerpo no había rastro de enfermedad alguna.

Lo primero que vieron los ojos de Ana fue la mirada de su marido posada en ellos. Había lluvia de dolor y alegría en el rostro de Rodrigo. Ella, en cambio, parecía regresar de un largo viaje, justamente el más largo que se pueda emprender.

—¿Qué ha sucedido? —Quiso saber.

Rodrigo guardó el talismán instintivamente. No tenía intención alguna de explicar a su mujer nada al respecto. *Tal vez más tarde, pensó. Sí, tal vez más tarde.*

Pero no le resultaría tan fácil zafarse de ella.

—Rodrigo, ¿qué ha ocurrido?

Él farfulló lo que pudo, que no fue mucho. No veía el modo de salir de aquella habitación y entonces pensó qué le podría decir a quienes estaban abajo, a Nicole, a Nanda y a Aniceto.

—Soy médico, Rodrigo —interrumpió Ana sus aturulladas explicaciones—. No me puedes engañar. Estaba muerta, lo sé muy bien. Dime, por lo más sagrado, qué es lo que ha sucedido.

Los ojos de su esposa lo asieron por la conciencia y lo zarandearon, pero Rodrigo tuvo la intuición animal de que lo mejor para ella era no saber toda la verdad, y trató de ganar tiempo.

—Te lo explicaré más tarde —dijo—. Pero ahora lo mejor será que todos sepan que te encuentras bien. Por favor, confía en mí.

Cuando ambos salieron de la habitación, del brazo como cuando eran novios, Nanda se desmayó y su marido se hizo cruces. Nicole parecía fuera de este mundo y tal vez no supo valorar en su justa medida una resurrección de entre los muertos. Pero Recaredo Velloso, que había oído minutos antes que aquella mujer estaba muerta, tembló de los pies a la cabeza mirando la escena a través del cristal de una ventana. Tenía que llamar al señor *obispo* y contarle todo lo ocurrido.

Velloso marcó el número de teléfono privado de su señor feudal y lo puso en antecedentes: que se le había ido la mano con el masón de la melena; que la muchacha estaba en la casa y que había contado que Iraola había muerto, pero lo mejor es que la señora, doña Ana, había resucitado, y que qué se hacía ahora.

El *obispo* tardó unos segundos en reaccionar. Era evidente que estaba saboreando las noticias, especialmente la última. Y entonces tomó una decisión, la más arriesgada de cuantas había tomado.

—Escúchame bien, Recaredo —le dijo—, vas a entrar en esa casa y me tienes que traer la piedra de la que te hablé.

—Pero ¿cómo sabe usted que la tiene esa gente?

—Tú haz lo que yo te digo —ordenó el *obispo*—. Si yo te digo que la piedra está en la casa, es que está. Así que ya estás entrando allí y si hace falta los matas a todos, ¿de acuerdo? Piensa que la Iglesia necesita esa piedra, cueste lo que cueste.

Rodrigo estaba tratando de inventar una explicación más o menos convincente de lo que había ocurrido en la habitación de arriba cuando un hombre empapado se hizo presente atravesando la cristalera del salón de un salto y provocando gran estrépito. Y antes de que hubiera podido reaccionar nadie, el intruso derribó a Rodrigo y se hizo con Ana poniéndole una navaja en el cuello.

—La piedra —dijo hecho un manojo de nervios—. Quiero la piedra o la rajo aquí mismo.

—¿Qué piedra? —Rodrigo era una estatua de cera que hablaba.

—Usted ya lo sabe. La piedra azul, la azul —la navaja de Velloso rozó el cuello de Ana y unas gotas de sangre se deslizaron por su piel.

Rodrigo sacó del pantalón un colgante hecho con una cuerda que ataba una extraña piedra azul en la que se veía una figura grabada como a fuego.

—Te la daré cuando dejes libre a mi esposa —negoció Rodrigo.

—Deme la piedra y yo soltaré a su mujer cuando esté en mi coche —respondió Velloso.

Rodrigo le alargó el colgante y el hombretón lo escondió en el pantalón de pana. Después, salió marcha atrás con la mujer como rehén en dirección al portón, para lo cual tenía que atravesar el jardín.

Lamentablemente para Recaredo Velloso, toda su atención se centró en las cuatro personas que asistían atónitas al secuestro. Y lamentablemente había tomado como rehén a la única persona que convertiría a su inminente agresor en el animal feroz que podía llegar a ser.

Cuando se quiso dar cuenta, el lobo Raziel había salido de la casa de madera en la que dormía en el jardín y se había abalanzado sobre el atacante de su amiga. Recaredo soltó a la mujer y trató de zafarse de los colmillos mortales, que hicieron presa primero en sus partes más blandas, que decididamente no tenían su mejor noche, y después, fatalmente, en su cuello.

Raziel se volvió con el hocico ensangrentado hacia Ana, que había caído sobre la hierba y a la que Rodrigo se apresuró a recoger. El animal se acercó a ella y lamió su cara. La lluvia borró pronto la sangre de Velloso de los bigotes del valiente animal.

Rodrigo tenía ahora dos muertos —Iraola y el desconocido asaltante—, y dos resucitados entre manos —el hombrecillo de Toledo y Ana, su esposa.

—Habrà que llamar a la Policía —propuso por segunda vez aquella noche Aniceto.

Rodrigo miró el reloj. Eran las cinco de la madrugada. Tuvo una idea que le pareció genial y dijo que sí, que habría que llamar a la Policía, pero que su esposa ya había sufrido bastante aquella noche y que todo podía esperar hasta que llegara el día.

Nicole protestó y exigió que la Policía se hiciera cargo de la muerte de Iraola

cuanto antes, pero Rodrigo le dijo que si aquel hombre, el que el lobo había matado, era el criminal de Iraola, el caso estaba cerrado, juzgado y cumplida la sentencia. Nadie devolvería la vida a Iraola, dijo. Por cierto, deslizó, ¿estaba segura Nicole de que Iraola había muerto?

Antes de que la muchacha respondiese, Rodrigo se ofreció para ir al piso del profesor y descubrir si realmente era así.

—Cuando regrese llamaremos a la Policía —dijo al tiempo que el Audi salía por el portón de la casona.

II

Montes de Oca. Año 1196 de los cristianos

—¡**N**O! —gritó Nuño en medio de la noche al tiempo que sus ojos se agigantaban en busca de una realidad más cómoda. Su frente era un río de sudor.

—¡Señor!, ¿qué ocurre? —preguntó el sargento Gonzalo.

—No es nada, no es nada.

Nuño quiso calmarse a sí mismo antes incluso que a su compañero de viaje.

—Solo ha sido una pesadilla.

¡Una pesadilla! Mentía. Las pesadillas no provocaban aquel pánico animal. Lo verdaderamente terrible de aquel sueño es que no era sino un recuerdo que no conseguía desterrar de su mente. Y hacía ya dos años que intentaba huir de él sin el menor éxito.

Estoy seguro de que al final sabrás asimilar todo lo que te ha ocurrido, le había dicho el viejo fray Grisón, que fue en otros tiempos comendador de la orden en Murugarren, pero él no estaba tan seguro de que el anciano freire estuviera en lo cierto. Jamás pensó que aquellas tres noches vividas —y sufridas— hacía ya dos años podrían trastocar tanto su vida, su concepción del mundo y sobre todo de sí mismo. Y desde ese momento se había interrogado en silencio sobre si él estaba capacitado para llevar una antorcha tan peligrosa como la que los hermanos que le iniciaron le habían confiado. ¿Podría morir antes de confesar lo que sabía? ¿Sería tan fuerte como para permitirse morir otra vez después de la muerte conocida aquellas noches? ¿En verdad resucitó a una nueva vida o solo era un muerto viviente en el mundo de los mortales?

Nuño avivó el fuego y pronto comprobó que su compañero dormía otra vez profundamente. La noche era húmeda. La primavera calentaba los cuerpos durante el día, mas al llegar la Luna, una capa de agua invisible cayó sobre ellos en medio de aquellos bosques que, según decían, tenían más lobos y bandidos que árboles, y vive Dios que había muchos árboles. Pero a Nuño García, caballero templario, no había nada en el mundo de los vivos que pudiera asustarlo. Para aterrorizarlo ya era suficiente con lo que dentro de sí mismo viajaba: aquellas tres noches de iniciación.

¿Era desde entonces Nuño García, hijo de un conde aragonés de probado valor y dueño de grandes mieses, el mismo joven que se encerró en la iglesia? ¿Su poblada barba morena no se vio infectada de canas de pronto tras aquella experiencia? ¿Desde cuándo los resucitados tienen miedo a los lobos y a los hombres?

No. Nuño García, caballero templario, tenía miedo de sí mismo, y decidió que otra noche más velaría el sueño del sargento Gonzalo Goñi, el perro más fiel que

pudo haber llegado a desear el comendador de la Orden del Temple en Murugarren, de donde ambos habían partido días atrás con el propósito de cumplir el encargo que les había dado el comendador a instancias del viejo fray Grisón: encontrar a un maestro cantero que estaba trabajando en el norte, en un pueblo al que llamaban Sancta Illana.

¡Un cantero! ¿Es que no conocéis suficientes?, le había preguntado el joven Nuño a fray Grisón. No hay muchos como ese, había respondido el viejo freire de forma distraída mientras seguía allí, encorvado, mirando con sus ojos casi inútiles aquel vetusto documento en cuya lectura había gastado media vida. No como ese, repitió el anciano a quien Nuño debía tantas cosas.

A lo lejos, el lobo se hizo presente. La humedad calaba la tosca manta con la que se cubría el templario mientras, tendido boca arriba, decidió pasar la noche en blanco. Otra vez. ¡Aquella noche de muerte y resurrección! ¿No la olvidaría jamás? ¿Se habría equivocado con él el viejo fray Grisón?

Un ronquido le hizo mirar alrededor. *El sargento resoplaba de manera que era imposible que ningún lobo se atreviera a acercarse a su fuego*, pensó el monje.

¿Para qué diablos querrán a ese cantero? No hay muchos como ese, le había dicho fray Grisón.

¡Fray Grisón!

¿Cuántos años tenía? ¿Ochenta? Algunos decían que incluso más.

Cincuenta años atrás fray Grisón había sido tan joven y fuerte como ahora lo era Nuño. De hecho, cuando el rey García Ramírez donó a la Orden del Temple las tierras que arropaban el pueblo de Murugarren, en Navarra, Grisón fue el primer comendador. Y con mano de hierro hizo que los freires sirvieran, aparentemente, al peregrino que viajaba hacia Santiago. Y a su impulso es debido el monasterio, y la iglesia de Nuestra Señora deis Orzs, que los ingenuos piensan que allí alzó la orden en honor de la Madre de Jesús.

Fue la orden la que se encargó de tender la mano al peregrino con un albergue situado frente a la iglesia uniendo a ambos mediante un arco. Fue la orden la que, siempre dando una apariencia tranquilizadora, se encargó de garantizar la seguridad de aquellos hombres, aunque fray Grisón mostraba una especial atención cuando llegaban determinados caminantes. ¿Por qué el comendador hablaba tanto con algunos peregrinos y tan poco como nada con otros?

También fue fray Grisón quien dio vida, y bien decimos al escribir eso y no otra cosa, a la iglesia donde Nuño viviría la experiencia más feroz de cuantas podía contar en sus veinte años de vida. Y había sido allí, en medio de aquel yermo que la gente del lugar denomina Valdizarbe, en la iglesia de Nuestra Señora de Eunete, donde se había despedido del viejo Grisón antes de iniciar este viaje que ya caminaba por su quinto día. Y allí había sido donde dos años antes también el viejo Grisón se había despedido de él para otro viaje, en aquella ocasión hacia el interior de sí mismo.

Nuño trató de imaginar al anciano que tanto admiraba en sus tiempos de juventud

dando vida a aquel paraje a pocos trancos de Murugarren, donde estaba el puente sobre el río Arga. Allí vivían los monjes y allí asistían al peregrino y daban loas a una figura femenina que los lugareños, a los que no se sacó de su error porque fue un error por los propios caballeros alentado, tomaban por María, la madre de Jesús. Pero para ellos era la misma Señora a la que con tanta devoción convocaban en ese lugar desierto en donde le habían indicado a Nuño el pueblo al que debía dirigirse en busca del maldito cantero. Aquella Señora no era exactamente la Madre de Jesús.

Hacía cinco días que fue convocado por el comendador.

—Nuño, te he asignado una misión y has de cumplirla sin tardanza —el tono no admitía dudas ni vacilaciones, aunque jamás Nuño se habría atrevido siquiera a tenerlas—. Necesitamos encontrar a un cantero y queremos que des con él y lo envíes aquí.

—¿Y si no quiere venir? —Se atrevió a preguntar Nuño.

—Querrá, seguro que querrá —respondió el comendador, al tiempo que sacó de un mueble una bolsa con una generosa cantidad de oro—. De todos modos, esto te facilitará las cosas —añadió, al tiempo que entregaba la bolsa a Nuño.

Lo último que hizo el comendador fue decirle que hablase con fray Grisón, que él le daría los detalles. Y fue a ver a Grisón a su celda, pero le dijeron que había marchado a Eunate. Nuño sonrió. Debía suponerlo. Buena parte de su vida la había pasado el viejo paseando alrededor de la iglesia que él mismo había mandado construir. Y también para esa obra requirió años atrás los servicios de un maestro cantero cuyo nombre siempre se había reservado en aquellas conversaciones que ambos tenían desde que Nuño lo conoció tres años antes.

Nuño era entonces un joven ingenuo y de pocas palabras. Su padre tenía buenas relaciones con los caballeros templarios que custodiaban el río Arga en esa parte de Navarra. En algún viaje de aquellos había acompañado a su padre hasta allí y siempre se había sentido fascinado por aquel hombre, por Grisón. Sus ojos lo atrapaban; su voz lo envolvía; su vida era la aventura que un joven como él quería emular. Y solicitó el ingreso en la orden.

Y mientras cabalgaba hacia Eunate para conocer los detalles de tan extravagante misión, Nuño sonrió para sí al recordar aquella ceremonia de ingreso en la orden, que él creía que iba a ser el momento más secreto y sagrado que la vida le podía otorgar. ¡Qué lejos estaba de sospechar que aquella pantomima no era sino otro juego, uno de tantos, de los que los hombres verdaderamente poderosos en la orden dominaban! ¡Una distracción más para el pueblo, que aún creía que Nuestra Señora era la Virgen María!

Hermano, ¿solicitas la compañía de la casa?, le habían preguntado hacía tres años. Y él dijo que sí. ¿Deseáis que sea traído aquí en el nombre de Dios?, había preguntado Grisón a los demás monjes. Traedlo en nombre de Dios, respondieron a coro. ¿Todavía estás dispuesto?, insistió el comendador. Y él dijo que sí. Y tuvo fuerzas para añadir: Mi señor, comparezco ante Dios y ante vos y ante los hermanos,

y os pido y os solicito por el amor de Dios y de Nuestra Señora que me acojáis en vuestra compañía y en los favores de la casa, como a uno que desea ser un siervo y esclavo de la casa para siempre. Y cerró los ojos para escuchar de boca del comendador: *Buen hermano, pides cosa muy grande, pues de nuestra orden solo ves la apariencia exterior...* ¡Qué razón tenía el comendador! Pero a él entonces aún le faltaba un año para descubrir la verdadera iniciación. Nadie más dijo nada. Luego le hicieron salir de la sala.

Y con esos recuerdos y con la sonrisa en la boca, Nuño llegó a Eunáte. Desmontó y ató a *Peregrino*, su caballo negro y compañero desde que volvió a la vida tras tres noches imposibles de olvidar. Después, buscó a fray Grisón, y no tardó en encontrarlo. Estaba sentado en el suelo, aparentemente mirando una de aquellas marcas que los maestros canteros habían grabado en la roca en lugares cuidadosamente elegidos por él cuando se construyó la iglesia. A sus pies tenía el viejo documento en cuyo estudio había consumido casi toda su vida. ¿Cuántas veces habían hablado los dos de lo que allí había escrito? ¿Mil veces? ¿Mil veces mil?

—¿Fray Grisón? —dijo Nuño después de observar detenidamente al anciano durante unos minutos. El hombre parecía muerto, pero no lo estaba.

—No grites —respondió Grisón—, que hace rato que sé que estás ahí. Es más, te he visto cabalgar hacia aquí. ¿Qué tal está nuestro amigo *Peregrino*?

—¡Oh, hecho un bribón! —respondió Nuño, a quien no se le había escapado el detalle de que el viejo lo había *visto cabalgar hacia aquí*, a pesar de que estaba justo al otro lado de la iglesia, de modo que eso no era posible—. Pero estaba acostumbrado a que el viejo freire dijera —e hiciera— cosas extraordinarias, de modo que no cayó en la tentación de interrogarlo sobre cómo era posible tal cosa.

—Bueno, ya te han dicho lo del cantero, ¿no es cierto? —Y el anciano prosiguió sin esperar la respuesta del joven—. Debes ir a un pueblo del norte que llaman Sancta Illana, aunque antes dicen que lo nombraban como Planes. Pregunta por el abad y di que te lleven ante un cantero que se llama Pedro Quintana. Dile que soy yo quien lo llama.

—¡Sancta Illana! ¿Qué nombre más extraño? —se preguntó en voz alta Nuño.

—¡Oh, sí! Es por una leyenda —respondió el anciano—. Dicen que allí conservan los restos de Santa Juliana o Illana, una bendita que vivió en Nicomedia de Bitinia en el siglo III después de Jesús y a la que dieron muerte por no querer perder su virginidad. ¡Con la de veces que he sido tentado yo de perderla! —Rio el anciano con aquella sorna que tanto divertía a Nuño—. Bueno, pues el caso es que se cuenta que unos fieles la llevaron hasta un pueblo que llamaban Planes, no lejos del mar, y allí se construyó primero una capilla, luego un monasterio y al final una abadía. Y allí es donde tú debes ir.

—¿Y qué tiene ese cantero? ¿No conocéis suficientes? —Se atrevió a preguntar Nuño.

—No hay muchos como ese —respondió el viejo monje—. No como ese. Ese

conoce los secretos de las piedras, cómo hermanarlas con las estrellas y con las venas de la tierra. No, no hay muchos como ese —y luego cambió el tono de voz—. ¿Sabes?, creo que estoy muy cerca de hacer un descubrimiento sonado —e hizo un gesto señalando el pergamino que tenía a sus pies.

A Nuño le parecía divertida aquella escena. El monje más viejo y más sabio de la encomienda, el hombre al que admiraba por los conocimientos que tenía y porque había confiado en él a la hora de transmitirle los secretos que con más celo custodiaba, estaba allí sentado, como un vejete cualquiera, haciendo bromas a propósito de un papel en cuya lectura había dilapidado el vigor de sus mejores años y había marchitado sus pestañas para siempre.

—¿Cuándo me lo contaréis? —preguntó Nuño mientras soltaba las bridas de *Peregrino*.

—Cuando regreses, cuando regreses —respondió el viejo, y añadió en voz baja—. Si es que lo haces.

Pero los cascos del precioso caballo negro que un día le regaló Grisón ya repiqueteaban sobre la parda tierra navarra y el joven templario no pudo oír el final de la frase de su viejo maestro, que allí se quedó, sentado en el suelo con las piernas cruzadas en el mágico recinto que él mismo había animado a construir. A sus pies seguía su eterno compañero: el amarillento papelote.

Nuño regresó a Murugarren con la curiosidad pisándole los talones. Y a punto estuvo de ser cazado por ella. De haber ocurrido, hubiera girado las grupas de su inseparable compañero *Peregrino* y luego lo hubiese espoleado nuevamente en dirección a Eunate. Y es que, aunque no lo quisiera reconocer, él estaba tan ávido por saber qué diablos podía haber de cierto en lo que decía aquel pergamino como lo estaba su maestro.

Por lo que sabía, Grisón lo había descubierto en una iglesia de Tudela perdido entre otros muchos viejos documentos a los que nadie hace caso, como casi siempre sucede con las cosas que en verdad conducen a los secretos de Dios. Estaba escrito en hebreo, pero eso no era una dificultad para el freire, que había tenido muchos amigos judíos con los que las malas lenguas decían que confraternizaba más que con los cristianos.

Un día, Grisón explicó a Nuño que aquel texto era lo que los judíos llamaban *responsa*, la respuesta que escribía un *gaon* o jefe de una academia rabínica a un creyente a propósito de una pregunta. Aquella carta la había escrito decenas de años antes un rabino de la ciudad de Lucena al que conocían como al-Fasí, y estaba dirigida a un judío de Tudela llamado Sémah. En ella se hablaba de algo realmente imposible de creer: ni más ni menos que de un talismán capaz de obrar todo tipo de milagros y que había sido diseñado por Dios y entregado en el principio de los tiempos a un ángel al que decían Raziél. ¡Y fray Grisón investigaba aquel asunto desde hacía tanto tiempo que nadie lo recordaba!

Grisón solo había dado detalles con cuentagotas a su protegido sobre todo aquel

extravagante asunto propio de judíos. ¿Qué más sabía Nuño? De haber podido hacerle esta pregunta, él nos habría respondido que algo había oído sobre la mágica situación de los astros en el primer instante de la Creación, y que en esta mucho tuvieron que ver unas Palabras de poder que Dios mismo pronunció; que lo que está arriba mucho influye en lo que está abajo, y que nosotros, los hombres, somos una de esas cosas que están abajo, con lo que si lo de arriba nos influye y en el primer instante de la Creación todo era inédito en lo alto, la sombra de lo del cielo fue muy intensa en la tierra; que los judíos enredan con las letras de su lengua escritas en la Torá porque allí se camuflan números y geometrías pasmosas; que Dios enseñó a Moisés esos secretos, pero que antes ya los habían tenido en usufructo Abraham, Noé y el mismísimo Adán; y que los judíos andaban dándole vueltas a ideas estrafalarias como que ciertas piedras y determinadas imágenes podían actuar sobre los hijos de Dios.

Con esos pensamientos entró Nuño en Murugarren, sitio al que todos conocerán más tarde como Puente la Reina, donde al parecer ya tenían todo preparado para su viaje, incluido un inesperado compañero con el que no contaba: el sargento Gonzalo Goñi, un hombretón cuadrado, de cabeza cuadrada y mente cuadrada que no tenía otro horizonte en la vida que darla si era preciso en favor del comendador de la orden. Al verlo, Nuño rumió un *¡maldita sea!* Pero solo lo rumió, no lo dijo.

III

Santander.

Año 2002 de los cristianos. Mes de diciembre

RODRIGO Suárez de Lara condujo su automóvil por Vispieres y Puente San Miguel masticando con placer el éxito de su extraordinaria y suicida apuesta. Lo que él creía una bendita chiripa le había puesto en disposición de salvar a su esposa no solo de las garras de una enfermedad cruel y letal, sino que incluso la había rescatado de una muerte cierta.

Tomó la autovía hacia Santander junto al Instituto de Enseñanza Secundaria de Puente San Miguel y recordó que de no haber mudado su opinión sobre Julio Iraola prestando atención a las teorías que manoseaba el extravagante profesor y que Rodrigo siempre había tenido por estúpidas, nunca hubiera llegado a la catedral de El Burgo de Osma y jamás hubiera podido sustraer el documento firmado por aquel desconocido hebreo, Eleazar. ¡Le debía una a Iraola!

Las luces de Torrelavega, mil ojos abiertos como enjambre de insectos en el corazón de la solitaria madrugada, lo acompañaban. Las fábricas fumaban y los coches de algunos obreros del relevo conducían al tajo a sus dueños. ¿Quién era el dueño de quién?

Un documento imposible de creer y una estrella asombrosa, pensó Rodrigo, lo habían conducido hasta ese instante a través de un trayecto legendario que, si el manuscrito de Eleazar decía toda la verdad, tal vez hubiera atravesado diagonalmente todos los siglos de los siglos.

Imaginaba Rodrigo que de no haber sido él un hombre enamorado y desesperado, jamás hubiera creído posible semejante historia. Ni siquiera la existencia histórica de algunos de los personajes que Eleazar mencionaba justificaba siquiera un leve movimiento de búsqueda de aquel talismán. De acuerdo, se dijo, Hasday ibn Saprut había existido, ¡pero de eso hacía más de mil años! ¿Quién iba a pensar que tuvo en sus manos el mismo talismán que ahora él llevaba en el bolsillo?

¿Hubo una Academia de rabinos en Lucena? Sí, era cierto. ¿Entre aquellos rabinos hubo uno al que llamaron al-Fasí y otro conocido como José ibn Migash? Al parecer, sí. Pero ¿quién se atrevería a decir en voz alta que mil años más tarde él, Rodrigo, era el heredero del más preciado secreto de aquellos rabinos?

Al llegar a La Albericia tomó la salida que conduce a la avenida de los Castros. Esperaba llegar al domicilio de Iraola antes de que la vida se desperezase para regresar cuanto antes a Santillana del Mar. Habría que dar explicaciones a la Policía de lo que allí había ocurrido.

¿Qué les diría? ¿Diría que aquel desconocido asaltante era un ladrón que fue

sorprendido en mitad de la faena y que el joven lobo se abalanzó sobre él segándole la vida fatalmente? ¿Cómo explicaría a la joven francesa lo que había sucedido en el piso de arriba, donde una mujer muerta horas antes bajó de pronto del brazo de su marido sana y radiante? ¿Y a don Herminio? ¿Qué le diría a un profesional de la medicina que había visto a Ana muerta y bien muerta?

Un vecino de Julio Iraola salió de su portal justo cuando hasta él había llegado Rodrigo, quien no había contado con lo difícil que hubiera sido poder llegar a casa del profesor sin tener llaves del portal a esas horas de la mañana. Pero la fortuna le sonrió una vez más, como en los últimos meses, y aquel ciudadano anónimo le franqueó las puertas.

Al llegar al rellano de la vivienda de Iraola, Rodrigo miró a los lados. La puerta de enfrente —solo había dos pisos por planta— mostraba un respetuoso silencio. Los vivos aún dormían y los muertos podían desperezarse si Rodrigo lo deseaba.

¡Don Herminio! Don Herminio era el médico de su familia desde hacía años. En realidad, desde siempre.

Mucho tenía que agradecer don Herminio al padre de Rodrigo y a él mismo. Siempre que venía a su casa en Santander el padre de Rodrigo se hacía mirar por aquel galeno bajito, de porte decimonónico, rechoncho y tocado por unas lentes de ver que apenas eran dos alambres a lomos de su nariz. Era, como lo había sido también don Justo, su señor padre y médico como él, hombre católico a prueba de bombas, guerra civil y quema de conventos, y también fiel a los suyos y a las viejas ideas que aquellas gentes de orden y bien tenían como voluntad divina. Opuesto al aborto y a la eutanasia, para don Herminio la voluntad de Dios era el linde de la ciencia. Y no será necesario recordar que aún sacaba lustre a los correaes falangistas de los buenos tiempos, como si en cualquier momento la Patria pudiera volver a reclamar sus santos servicios ante las turbas de rojos amparados impunemente tras el burladero de una democracia flácida y fofa.

Entró en el piso de Iraola y al poco lo vio.

Allí estaba, empapado el cuerpo roto en su propia sangre. Había en su cara una expresión que a Rodrigo le pareció infantil y que se mezclaba con la incredulidad que jaspeaba sus ojos. Iraola había muerto y no tenía ni la más lejana sospecha de la razón por la que eso le había sucedido.

Rodrigo decidió fisgar la casa demorándose en los libros del despacho, que alguien había removido sin el menor criterio pedagógico ni alfabético. Un diccionario de hebreo aparecía en una posición que a Rodrigo le pareció obscena, y luego reparó en algunas fotografías del profesor asesinado. En una se le veía al pie de la catedral de Chartres; en otra en el corazón de algún desierto que Rodrigo no pudo identificar. Por la sala se tropezaba uno con mil y un recuerdos baratos de numerosos viajes y todo lo observaba desde el techo un conjunto de planetas suspendidos por unos hilos finos y casi invisibles. La guarida de un payaso, hubiera pensado meses atrás Rodrigo. Pero ahora ya no sentía lo mismo.

Se acercó lentamente al cadáver de Iraola. Acarició el sillín de la bicicleta con la que el joven iba a trabajar, e incluso con la que se desplazaba, para disgusto de buena parte del claustro, por los mismísimos pasillos de la Facultad. Luego se arrodilló a los pies del difunto cuidando de no untarse con la sangre y sacó de su bolsillo el talismán de Raziél.

Su mente recordó la expresión de serenidad con la que Ana había despertado de su sueño frío y eterno y trató de calmar sus nervios. Estaba seguro de que podía contar con la discreción de Nanda y de Aniceto, y que don Herminio, siendo hombre de confianza, al final dejaría de lado su prurito profesional y diría en público que tal vez doña Ana no había muerto. Sí, se dijo, seguro que habría alguna explicación médica para salvar la papeleta. Y con eso se curaría en salud ante los sirvientes y también ante la joven francesa. Y de pronto, Rodrigo cayó en la cuenta de la estupidez que estaba a punto de cometer.

Sobre el pecho de Julio Iraola oscilaba tembloroso el talismán y ya estaban casi en la lengua de Rodrigo las Palabras que el oficio de resucitador requería cuando cayó en la cuenta de que Nicole había comprobado con sus propios ojos que Iraola estaba muerto. ¿Cómo iba a explicarle a ella que tal cosa había sido sueño o espejismo? ¿Cómo podría reaparecer en público Iraola sin siquiera una herida? ¿Qué le diría él mismo a Iraola una vez que regresase del lugar donde para estas horas le habrían sentado en el censo de los allí vecindados? ¿Le hablaría a todo el mundo de que poseía un talismán capaz de resucitar a los muertos si era preciso? ¿Quién lo creería? Y peor aún, si lo creían, ¿cuánto tiempo tardaría el mundo en robarle un tesoro que podía utilizar una y otra vez para vivir con su esposa eternamente?

Y solo entonces, entre la bruma de sus ideas, se abrieron paso a machetazos algunas certezas. El hombre que trató de asesinar a Ana le exigió a cambio de la vida de su esposa la piedra azul. ¿Cómo sabía que él la tenía? De pronto, un sudor frío se derramó por la espalda de Rodrigo. Alguien conocía su secreto, y tal vez ese alguien había asesinado a Iraola. De hecho, según Nicole, era el mismo hombre, que la había seguido hasta Santillana del Mar.

¡Iraola! ¿Por qué Iraola? Rodrigo recordó de pronto el diccionario de hebreo que obscenamente ofrecía sus secretos y se acercó hasta el despacho. Alguien había enredado allí. El diccionario no estaba abierto de un modo casual. En aquella página se podía encontrar una de las claves para traducir las Palabras del talismán. ¿Por eso habían asesinado a Iraola! Pero ¿quién sabía su secreto? ¿El hombre de Santillana? No se dijo Rodrigo. Aquel era un brazo armado pero sin seso.

Se volvió hacia el cadáver del profesor y la segunda de las ideas que habían acertado a atravesar su mente se mostró clara y espléndida. ¿Cómo iba a explicar que en una sola noche dos muertos habían regresado desde el más allá sin alertar a quienes ansiaban el talismán? *A Nicole la podría engatusar don Herminio a propósito de lo que no había visto, que era la muerte de Ana, pero nadie la podría convencer de que no había contemplado con sus bellos ojos azules la muerte del hombre con el*

que, pensó Rodrigo, *debía vivir cierto idilio*.

Rodrigo ya no volvió a agacharse junto al cadáver de su colega nada más que para cerrarle los ojos con sus manos enguantadas. Luego, salió del piso no sin antes cerciorarse a través de la mirilla de que no había ningún vecino en el rellano. Cerró la puerta con cuidado y cuando esta se atrancó Rodrigo sintió que había asesinado por segunda vez a aquel hombre, pero en Santillana lo esperaba la mujer a la que amaba tanto como para matar.

Cuando salió a la calle el día se estaba abriendo paso y le sorprendió la sinceridad de su luz. Buscó un teléfono público e hizo una llamada a la Policía Nacional. Soy un ciudadano cualquiera, dijo, y luego dio la dirección de Julio Iraola, donde anunció a las autoridades que había un hombre muerto. Aún nervioso, colgó. Telefónica se quedó con las sobras, que eran la mayor parte, del euro que había empleado en la operación.

IV

Frómista. Año 1196 de los cristianos

No había llegado el alba cuando Zoraida se inclinó sobre el pergamino y comenzó a trabajar. Sus ojos, que corrían hacia la vejez con la misma velocidad que el resto de su cuerpo, le pedían una tregua, pero no podía concedérsela. De aquel trabajo encargado por un señorón local dependía el sustento de las próximas semanas.

Pagaré muy bien, le había dicho el señor tras el encargo, mostrando unos dientes carcomidos por la mugre. Zoraida bajó la cabeza en lo que el señor cristiano interpretó como un gesto de servidumbre, pero ella lo hizo para que sus ojos no tropezasen con aquella boca maloliente. Y con la cabeza sumisa dijo que sí, que lo terminaría para la fecha pactada. Y es que tal vez habría otros que pudieran escribir, Pero no eran muchos, y aún menos los que podían hacerlo con la destreza que ella lo hacía y en tres idiomas diferentes: el de los cristianos, el de su marido y, ¡ay, que nadie lo sospeche!, el suyo propio. Y es que Zoraida no se llamaba así para los demás habitantes del lugar, que se llamaba Paloma. Y es que Zoraida, la copista, no era judía, como todos pensaban en la aljama local, que era musulmana.

Pero ¿y su hija Lilit? ¿Acaso no era ella judía?, se podría preguntar si tal cosa nos fuera posible. Y entonces tal vez Zoraida diría que su hija se llamaba Lilit como ella era nombrada Paloma, pero que para ella, y también para su difunto esposo, siempre sería Aixa.

¿Qué locura es esta?, habría gritado el rabino local de haberlo sospechado. ¿No cumplía aquella viuda de algo más de cuarenta años la Ley? ¿Y no lo hacía su bella hija?

Claro que cumplían la Ley. La cumplían porque Paloma y Lilit la conocían mejor que casi todos los judíos de Frómista juntos. La cumplían porque habían aprendido a amar a dos dioses debido a que amaron a un hombre. Para una fue su esposo; para otra, su padre. Y aquel hombre, cuyos huesos dormían en Toledo, siempre estaba con ellas en el recuerdo. Pero ¿quién lo entendería? ¿Serían tolerantes? ¿Acaso lo habían sido cuando ella y Elías se enamoraron?

—Madre, no debes empezar a trabajar tan pronto —la voz de Aixa, o Lilit para los demás, acarició sus oídos. Era para ella la mejor prueba de que los dioses aún estaban vivos.

—Tengo que terminar el trabajo en dos días —respondió Zoraida, o Paloma para los extraños—. Con lo que me paguen estaremos tranquilas varias de semanas.

—Esta bien, pero si empiezas a trabajar temprano no quiero que sigas cuando no

haya luz, ¿de acuerdo? —insistió Aixa, que anunció sus planes de inmediato—. Salomón me ha dicho que hoy tal vez tenga trabajo para mí. Voy a ir a verlo.

Y salió. El pelo negro al viento, los ojos azules ofreciendo dos mares a todo el que los miraba, los dientes esculpidos por un artista, las piernas ligeras y largas, las caderas exactas para futuros placeres, la risa en los labios. Y salió Aixa, los diecinueve años más bonitos de Frómista marcharon a casa del joyero Salomón, que necesitaba su ayuda otra vez, pues cada vez veía menos y cada vez sus manos se estorbaban más la una a la otra. Y puesto que no había manos más hábiles para trabajar el damasquinado que las de Lilit, nombre con el que Salomón siempre la había conocido, cada vez más reclamaba su ayuda.

Mientras, la pluma lamía con precisión el pergamino. Sobre su lomo, la mano de Zoraida la dirigía. Pero si su mano asía con maestría la pluma, su mente, como siempre, seguía en Toledo. ¡Ay, Toledo!

La vieja Toledo resultaba casi un sueño para Zoraida. ¡Quién la iba a decir a ella que algún día se vería obligada a huir del único hogar que había conocido solo por el odio entre dos religiones! ¡O por el odio entre tres religiones!

Toledo había sido ciudad musulmana desde que Tariq la hiciera suya arrebatándosela a los visigodos al poco de desembarcar en la Península los musulmanes. Y durante trescientos años no hubo otro dios en la ciudad que Alá. En cada esquina, en cada edificio, en cada suspiro de enamorado, en cada gota de agua de los pozos se reconocía la cultura del islam. Pero en mayo del 1085 de los cristianos todo cambió.

El rey cristiano Alfonso VI entró en la ciudad después de que el inútil monarca musulmán al-Qadir hubiera demostrado por enésima y última vez que no lograría jamás estar a la altura de sus ilustres antepasados, en especial de su abuelo, el gran al-Mamun. Sin embargo, no hubo rendición, sino pacto de caballeros, pero ¿era el rey cristiano caballero cuya palabra hubiera que creer?

El recién llegado atemorizó con su sola presencia a muchos musulmanes, que dijeron adiós al hogar donde habían nacido y crecido, y eso que el intruso había afirmado que solo se reservaría para él la Huerta del Rey, el Alcázar y ciertos impuestos; que a los musulmanes que quisieran quedarse a vivir se les garantizaba su seguridad, su casa y hacienda, y que la Gran Mezquita seguiría bajo el culto islámico. Pero el rey no era caballero e incumplió pronto su palabra. La Gran Mezquita fue profanada y pasó a ser catedral de su dios. Los musulmanes emigrados pensaron que habían acertado al salir de allí y los que se quedaron, los mudéjares, dudaron sobre si su decisión no habría sido una extraordinaria temeridad.

No obstante, y a pesar de todo, hubo musulmanes que siguieron ejerciendo su profesión, como sucedió con los antepasados de Zoraida, los cuales se dedicaban a la alfarería. Todos fueron alfareros. Bueno, todos no, que su padre supo quitarle horas al sueño para estudiar con un viejo erudito que se marchitaba como el propio culto a Alá en un oscuro callejón toledano. Y fue así como el padre de Zoraida aprendió a

conducir la pluma sobre el pergamino con enorme destreza. Ella recordaba aquellos gruesos dedos, callosos por moldear desde joven el barro en el torno, garrapateando signos que le parecían ciertamente enigmáticos. ¿Qué es eso?, padre, le preguntaba una y otra vez. Son letras, respondía él. Y comenzó a enseñárselas. Pero cuando la pequeña Zoraida creyó haber dominado la ciencia de las letras, resultó que había más, muchas más, y se escribían de manera diferente. Y lo que antes su padre le había mostrado como una determinada letra ahora tenía otro aspecto distinto. ¿Por qué?, padre. Porque está escrita en otro idioma, contestaba paciente el escribano. ¿Cuál es?, le asediaba Zoraida, siempre dispuesta a desenmarañar cualquier misterio que concerniese a la escritura. Es hebreo, le explicó. Y más tarde no tuvo más remedio que mostrarle cómo escribían los cristianos, porque era la única manera de que pudiera trabajar en paz. Pero cuando los ojos del viejo escribano fueron perdiendo pericia y aquellas manos, que siendo ella pequeña le parecían enormes, empezaban a no poder controlar el vuelo de la pluma sobre el pergamino, no tuvo que buscar ningún otro ayudante, pues en casa tenía la mejor.

Pero, por desgracia para Zoraida, la vida no se circunscribía al taller de su padre. Fuera, en la calle, todo era más gélido.

Después de aquel primer rey cristiano, Alfonso VI, otro había ocupado su trono, Alfonso VII. El primero había ideado el loco proyecto de convertirse en rey de todas las tierras de la Península, sin pensar que otros dioses compartían con el suyo habitación en esa casa. *Imperator Totius Hispaniae*, tal se hizo a anunciar.

Iguales fiebres se adueñaron de su sucesor, y al término de su vida su orgullo era tan enfermizo como el de un emperador romano. Según supo Zoraida, anduvo por ahí haciéndose anunciar como *Adefonsus, pius, felix, inclitus, triumphator ac semper invictus, totius Hispaniae divina clementia famosissimus imperator*.

Pero claro, tan seguros estaban los reyes cristianos de que su reino era su feudo privado, que al morir en 1157 decidió dividir cuanto con tanto esfuerzo, guerra y engaño había logrado apilar, y fue así como a Sancho le dio Castilla y a Fernando le concedió León. Y de aquel Sancho, al que nombraron como Sancho III, había de nacer el rey cuyo solo recuerdo irritaba a Zoraida. Su vida consciente y adulta, y también la de su esposo, Elías, se había desarrollado prácticamente bajo el mandato de aquel sujeto. El rey odiado por ella era Alfonso VIII.

Y es que Toledo no era ciudad solo cristiana, por más que eso doliese a todos aquellos sesos escasamente amueblados y prestos a sueños imperiales. Allí vivían muchos mudéjares como ella, musulmanes que conservaban su religión, a pesar de que otros se hubieran convertido al cristianismo más por miedo que por convicción. E incluso los propios cristianos tenían desavenencias entre ellos, pues no dejó de haber mozárabes, cuyos nombres incluso habían mudado por otros claramente musulmanes, sin dejar de ser por ello adoradores del tal Jesús. Eran sus costumbres como las de Zoraida o como las de cualquiera de la cultura de Zoraida, solo que su Dios era el cristiano, pero sus ritos no eran los que hacían los reyes, según le contó su padre. Los

reyes seguían las directrices que su líder, a quien llamaban Papa y vivía en la ciudad lejana de Roma, les dictaba. Y esos ritos no eran iguales que los de los mozárabes, a pesar de ser estos tan cristianos como aquellos. ¡Gracias a Alá, ellos no tenían esos problemas! Y aún más convencida quedaba Zoraida cuando su padre le contaba aquellas disputas que no había más Dios que Alá y que Mahoma había sido su profeta.

¡Cristianos! ¡Gente zafia las más de las veces, cuyos reyes no era extraño que ni siquiera supieran leer y aún menos escribir! Pero eran muchos, cada vez más. Y más creció su número en Toledo cuando llegaron a Al Ándalus los almohades. Muchos mozárabes del sur emigraron al norte buscando resguardo ante aquellos férreos cumplidores del Corán. Pero no solo llegaron a Toledo más cristianos, sino también judíos, de los cuales ya había muchos en la ciudad. Y gracias a Alá, entre aquellas familias llegó una que procedía de Lucena. Era la familia de Meir ben José ibn Migash. El patriarca de la misma llegó a la ciudad con su esposa en avanzado estado de gestación. Y de ella nació Elías, el hombre con quien Zoraida compartiría su vida años después. Cuando Elías vino al mundo, aún faltaban cinco años para que Zoraida naciera.

Todo eso rumiaba en silencio Zoraida en Frómista mientras se afanaba en terminar el encargo del noble cristiano cuya boca, desdentada, tanto le había desagradado.

V

Un café de carretera de la provincia de
Valladolid.
Año 2002 de los cristianos. Mes de diciembre

— **A**VER, don Fructuoso, ¿me puede contar a mí lo que le ha pasado esta noche? —Gabriel Zarza acercó una taza de café a Perales.

—¿Y a qué le viene a usted tanto interés por mi persona? —respondió el aludido—. Aquí lo que hace falta es que venga la Policía, que a mí me han robado y asesinado y no hace de ello más que unas horas —gritó, provocando la risa de los dos camioneros que a esas horas estaban en aquel establecimiento que se nutría de la carretera y de los que por ella pasan.

—Ya le he dicho que es un periodista, hombre —terció José, el conductor de la funeraria—. Que tiene interés por lo suyo y a lo mejor le hace un reportaje por lo curioso del caso.

—¡Coño, un reportaje! ¿Qué paga usted por lo que yo le diga? —Ya se veía que Fructuoso Perales había resucitado con el ingenio intacto—. Que tengo yo oído que por las exclusivas se sacan sus buenos cuartos.

—Ya se verá. Eso depende de que la historia me interese o no, y si no me cuenta nada lo tengo difícil para valorarla —dijo Gabriel.

—Oiga, si hay reportaje, habrá retrato, ¿no? —Perales se acercó al oído del periodista—. Una vez me sacaron en los papeles y no pusieron mi foto y aquello me jodió mucho. Y eso que fue por ser un héroe.

—¿No me diga? —Se sorprendió Zarza—. ¿Qué fue lo que pasó?

—Es que hablar así, con el estómago vacío, pues como que no me sale —deslizó Perales, que seguía escondido bajo el abrigo gris de Rodrigo.

—Eso lo arreglo yo ahora mismo —lo animó el periodista. Y luego se dirigió hacia la barra del local—. A ver, traiga por aquí tres desayunos completos.

—Oiga, se lo agradezco, pero yo tengo que llegar a Madrid cuanto antes —dijo el empleado de la funeraria.

—¿A qué esa prisa? Si el pasajero que llevas tiene todo el tiempo del mundo por delante —bromeó Perales.

—Sí, pero su familia lo espera con puntualidad para darle sepultura. De modo que no, de verdad. Muchas gracias. Adiós —y José se marchó no sin decirle a Gabriel que diera su enhorabuena a Iker por su programa—. Lo paso mal cuando lo oigo, ya le digo, pero no hay manera de apagar la radio.

—Se lo diré de su parte —prometió Zarza.

—¡Pollo! —gritó Perales dirigiéndose al camarero—. Usted mantenga el recado

de los tres desayunos —y luego, volviéndose a Zarza, añadió—: Es que yo tengo buen comer de mañana, ¿sabe usted? Y luego es que los desayunos que le sacan a uno en estos establecimientos son ruines.

Hubo que traerle a Zarza dos desayunos más, esta vez con cola-caos, que decía que nutría más que el café, para que lograra ahuyentar la debilidad que juraba que le atenazaba en lo mejor de su narración. Y Gabriel Zarza se preguntaba dónde podía ocultar aquel hombrecillo aceitunado toda aquella munición de bollos y cruasanes, cuyo número andaba ya por la media docena de cada cuando terminó Perales su extravagante historia. Era día claro cuando Zarza supo todo lo que, según la versión de Perales, había acaecido a aquel hombre que trabajaba en el sector turístico de Toledo, donde era un principal del ramo, al parecer.

Según lo oído, un hombre misterioso, de posibles y del que no se sabía más que el nombre, Fidel —aunque bien pudiera ser nombre falso—, había convidado a Fructuoso a cenar. Y se ve que cenaron bien, pues Perales refirió el agotador menú obviando el detalle de que todos aquellos platos habían sido de su elección y suyo fue el mordisco que los llevó al estómago, pues el misterioso caballero bien poco había yantado y aún menos había mojado los labios con el caldo de Rioja.

¿Cómo fue que lo invitó a usted a cenar?, le había preguntado Zarza. A lo que Perales respondió evasivamente diciendo que fue cosa de negocios. ¿Qué negocios? Ya sabe, dijo, cosas de turismo. Perales se veía atado de pies y manos. No podía hablar claramente de la piedra azul no fuera a ser que algún agente de la ley resultase ser listo y supiera sumar dos y dos y mudara él de héroe en villano por delito contra el Patrimonio Arqueológico, o algo parecido. Así que dijo lo de los negocios turísticos.

Y luego hubo pelea. El tal Fidel sacó los pies del tiesto y se vio que no era tan señor como parecía.

—Ya sabe usted como es esa gente —filosofó Perales—, que cuando no hay argumentos pierde los papeles.

Y entonces narró el episodio del puñetazo y del mal golpe.

—¡Le juro que me vi muerto! —Y sorbió con mucho estrépito el cola-caos.

—Cuénteme lo que sintió —solicitó Zarza mientras cedía su cruasán a Perales como para jalearlo.

—Lo que le digo, que me sentí morir.

Fructuoso se frotó las manos antes de caer sobre el cruasán.

—Oiga, yo creo que habrá que pensar en el dinero antes de que le cuente el resto, y ya le digo yo que es muy bueno.

Zarza asintió. Estaba claro que había que cerrar el trato de una puñetera vez y le dijo en voz alta una cantidad.

—En poco me valora usted, señor Zarza. Conozco yo algún licenciado que pagaría más del doble por saber lo que yo sé —removió el cruasán de carillo a carrillo.

Al fin, Zarza y Perales encontraron una cifra que se ajustase a las pretensiones del industrial del sector terciario y allí mismo se improvisó un escrito que tales mandatos comprometiese. Y solo entonces, y tras una sesión de fotos, previo repaso de peine por el aceitoso flequillo de Perales para la ocasión, Gabriel Zarza tuvo acceso al resto de la historia.

El caso era que Perales se vio salir de su cuerpo en aquel callejón y comprobó que el tal Fidel le robaba sus buenos dineros y un medallón que había pertenecido a su madre, y en llegando a ese punto profirió un juramento de hijo dolorido y ultrajado.

—Flotaba, coño, ya le digo yo que flotaba —aseguró Perales al tiempo apilaba las migas de los bollos y los cruasanes que había sobre la mesa y confeccionaba con ellas una bola que engulló con apetito caníbal.

Y desde su nuevo estado gaseoso, lejos ya de un cuerpo que había cenado ligero, según dijo, acertó a ver el resto de la manipulación del tal Fidel, que se fue del lugar del crimen y al poco volvió metiéndolo en el maletero del coche. Luego partieron. Y él, gaseoso como estaba, se encontró un tanto desorientado, y por cosa de costumbre se fue detrás del cuerpo que había ocupado hasta la fecha y que algunas alegrías le había dado. Por cierto, ¿le había hablado ya de la Mari Pili?

—¿Quién diablos es Mari Pili? —Quiso saber Zarza, que en su deformación profesional anotaba todo lo que se le decía.

—¿Es usted de Toledo y no conoce a la Mari Pili? —Se sorprendió casi ofendido Perales—. Eso lo pongo yo remedio en cuanto me lleve a casa. Porque, digo yo que me llevará usted, ¿no?

Lo llevaría, claro que sí.

¿La Mari Pili? A esa hora temprana de la mañana supo Zarza que la Mari Pili era puta declarada y armada con dos ubres que traían loco a Perales, pero cuando este se disponía a pormenorizar lo que entre aquella pechuga él había oficiado, el periodista golpeó la mesa con un enfado que no alcanzó a entender el industrial del sector terciario.

—Bueno, bueno, ya va —pero sus ojos seguían soñando con el desfiladero carnoso de la Mari Pili.

Por Frómista fue donde resucitó Perales, según le fue revelado a Zarza en exclusiva periodística.

—Un caso, oiga —dijo Perales bajando la voz—. El tal Fidel me tumbó en el suelo, bueno, quiero decir que tumbó mi cadáver, porque yo andaba como angelote revoloteando sobre la escena como cosa hecha de aire, ¿sabe cómo le digo?

Gabriel dijo que sí, que algo sabía él de casos parecidos, y animó a Perales a proseguir con su relato.

—El tío aquel dijo unas palabras en idioma extranjero, porque yo, en lo mío, estoy hartito de oír a los catalanes y a los vascos y le digo yo que no hay autonomía en España donde se hable tan raro.

—¿Y qué ocurrió?

—¡Joder!, ¿no lo ve? ¡Que volví a la vida!

Zarza sintió estar haciendo el ridículo, lo que por otra parte no era novedad en esa profesión suya de cronista de lo insólito y paranormal, pero tal vez aquí se estaba superando. Había pagado a aquel hombrecillo varios cafés, cola-caos y un amplio surtido de la repostería fina del local, sin mencionar los trescientos euros que le había trajinado el entrevistado en concepto de exclusiva, para escuchar una ristra de las mejores sandeces que había anotado en su manoseado cuaderno de campo.

—Usó una piedra —añadió Perales de pronto, cuidándose mucho en que no fuera identificada como el colgante de su difunta madre que él exigiría a la Policía le fuera devuelto en cuanto echaran el guante al señorón asesino.

—¿Cómo que usó una piedra?

El tipo había dicho aquellos latines incomprensibles mientras colocaba sobre el corazón de Perales una piedra rara.

—Le digo yo que era rara, y mire que he visto yo piedras en lo del turismo de Toledo —le explicó Perales—. ¿El color? No sé decirle —se escabulló—, pero alumbraba como fanal de los muertos.

Poco después, cuando Zarza había llenado medio cuaderno de notas y sintió la punzada del cansancio tras una noche sin dormir, propuso a su entrevistado llevarlo a Toledo. Allí podría poner la denuncia en comisaría, aunque a ver cómo les decía a los agentes lo de su resurrección.

—No hombre, eso solo se lo digo a usted por lo de la exclusiva —aclaró el hombrecillo—. A ellos habrá que decirles lo del robo y la descripción del fulano.

Y en eso quedaron.

En el camino Zarza lo interrogó por aquel reportaje donde Perales hacía las veces de héroe y tuvo cumplida información, recreada con generosidad en los aspectos más bélicos de los hechos ocurridos y del generoso comportamiento del industrial ante una numerosa banda de saqueadores del Patrimonio Nacional.

Al llegar a Toledo, Gabriel depositó a su compañero de viaje al pie de una comisaría y le prometió que lo vería al día siguiente.

—A ver si es posible —respondió Perales—, que con tanta tienda como tengo que atender no sé si podré. Lo más fácil será que ande por la sinagoga de Santa María la Blanca.

Zarza se despidió con mil dudas sobre todo cuanto había ocurrido aquella noche. Condujo despacio, analizando el absurdo relato por el que había pagado trescientos euros. Había algo en aquella historia que no estaba claro, si es que realmente había sucedido lo que Perales le había referido. ¿Resurrección? Aquello era absurdo. *A ese hombre le ha ocurrido algo, pero o no sabía lo que era o no quería decirlo*, pensó el periodista al estacionar su vehículo en un aparcamiento público no lejos de la casa de sus padres.

Al recoger del asiento trasero su cámara de fotos y su cuaderno de notas vio el abrigo gris que llevaba Fructuoso Perales cuando el vehículo de la funeraria lo

encontró junto a la carretera. Era una prenda varias tallas por encima de la que podía colgarse encima Perales, y era evidente que se trataba de un abrigo mucho más caro de lo que aquel hombre pudiera llegar a pagar. Zarza lo acarició con cierta precaución y de pronto palpó en uno de sus bolsillos laterales un papel. Lo sacó y descubrió una factura del hotel El Greco a nombre de un desconocido, un tal Rodrigo Suárez de Lara.

El periodista se estaba interrogando sobre quién podía ser aquel hombre e imaginando si el tal Perales no le habría robado el costoso abrigo cuando algo más reclamó su atención. En un bolsillo interior de la prenda había algo. Se trataba de una fotocopia de lo que parecía un documento escrito en hebreo. Y de pronto, una luz se encendió en la mente de Zarza. ¡Esos eran los latines de los que hablaba Perales!

VI

Burgos. Año 1196 de los cristianos

Los cascos de *Peregrino* arrancaron una sinfonía de sonidos en las húmedas piedras de las calles de Burgos, sobre las que caía un intenso chaparrón. Era una tormenta de primavera realmente robusta, y Nuño y Gonzalo se apresuraron a buscar cobijo en una posada cumpliendo así otra de las extrañas órdenes que les dieron al partir: no era preciso que en las casas y encomiendas templarías del Camino de Santiago los vieran, salvo que fuera imprescindible. Estaba claro que se quería al tal Pedro Quintana por algo que solo en Murugarren sabían.

Nuño, después de buscar acomodo para ellos y para los caballos, se dejó caer pesadamente sobre el camastro y agradeció infinitamente al sargento Gonzalo Goñi que anunciara su intención de ir a la catedral. Quería rezar, dijo, y aprovecharía para informarse sobre dónde podrían cenar aquella noche. Nuño le dijo que adelante, que rezara en la catedral, que él lo haría en la posada, pero no tenía la menor intención de hacerlo.

De hecho, ¿cuánto tiempo hacía que Nuño no se sentía a sí mismo como un cristiano? ¿Tanto tiempo como hacía que había recibido la iniciación secreta en la orden? ¿Había dejado de ser cristiano por ello? ¡Naturalmente que no! Pero era evidente que las enseñanzas de fray Grisón, aquellos conocimientos compartidos y que procedían de fuentes tan sospechosas como los cabalistas judíos, los místicos sufíes musulmanes y otros herejes de similar pelaje, no habían contribuido precisamente a hacer de él un devoto hombre del Papa y del Dios del Papa. Y es que ahí estaba el quid de la cuestión: ¿era su Dios el Dios del Papa? Es más, ¿era su Jesucristo el Jesús de la Iglesia?

Fuera el agua repiqueteaba sobre los tejados y las piedras. Alguna caballería con caballero encima pasaba por la calle. Se oía el ajeteo de una ciudad, aunque fuera una ciudad mojada, y la mente de Nuño viajó otra vez hasta aquel día en que, tres años antes, creyó estar recibiendo la entrada formal en la orden. ¡Cuánto gesto vano! ¡Cuánta palabrería! ¡Fachada! ¡Aquella no era la ceremonia de ingreso! Pero eso solo lo supo un año después, cuando fray Grisón lo acompañó en la más absoluta soledad al interior de la iglesia de Eunete.

La ceremonia de ingreso que todos conocían se reducía a preguntas tontas como si uno quiere de verdad entrar en la orden. Y luego se contaba con la participación de los demás hermanos como figurantes en una obra bufa, ora asintiendo u ora preguntando todos a coro más memeces del estilo de *¿estás casado?*, *¿tienes deudas*

que no puedas pagar?, ¿pertenece a otra orden?, ¿estás sano?, ¿has sobornado a algún hermano para llegar a esta ceremonia?, ¿eres noble?, ¿eres libre?, ¿has sido excomulgado?... Y luego cantos a Nuestra Señora, y bendiciones, y juramento de fidelidad a la orden y al Maestro, y abrazo de los votos de pobreza, obediencia y castidad... ¡Y ya se era hermano! ¿Y ya se era hermano? ¡Mentira!

El Temple juega con cartas marcadas. Es, como su estandarte, blanco y negro; que lo mismo enseña que oculta; que igual es transparente que turbio. Y cuando Nuño hubo conocido alguno de los verdaderos secretos de la orden tuvo que reconocer que aquella forma de actuar era la mejor. Que todos piensen que los caballeros de la capa blanca existen con el solo propósito de permitir las peregrinaciones de los buenos cristianos. Que crea el mundo que cuatro preguntas y dos cancioncillas eran suficientes para ingresar en la orden. Que el mundo vea solo iglesias en construcciones como Eunate. Que incluso lleguen a creer en brujería si algún día alguien cree descubrir lo que en determinadas criptas y ermitas llevan a cabo. Mejor será ser juzgados por brujos que por conocer la rebotica de Dios.

Y ahí estaba él, tendido boca arriba en el jergón de aquella posada burgalesa preguntándose si dejaría de llover de una vez por todas y recorriendo mentalmente el itinerario que aún le restaba para llegar a Frómista, donde abandonarían el Camino de Santiago para dirigirse al norte, hacia ese pueblo llamado Sancta Illana.

¡El Camino de Santiago! ¿De Santiago? Fray Grisón le enseñó que de Santiago, nada de nada, que el galileo no había pisado Hispania ni en sueños y que bajo la leyenda existe tal cantidad de información cifrada como para entretener al mejor de los templarios toda una vida. No en vano ellos mismos habían contribuido, y seguían haciéndolo, a encriptar datos del verdadero conocimiento de la orden en los capiteles y muros de iglesias y monasterios en compadreo con algunos maestros canteros, seguramente como el tal Pedro Quintana. Los secretos de Dios no puedan caer en las manos de la Iglesia, que es el mayor de los peligros para las cosas divinas, solía decir de forma socarrona Grisón.

¿Para eso necesitaban a ese cantero?, se preguntó de nuevo Nuño. ¿Para algún nuevo juego cabalístico grabado en un ábside? ¿Para otro guiño destinado a futuros buscadores de la iniciación?

¡La iniciación!

Aquella noche, dos años atrás, después de que durante todo un año el viejo Grisón hubiera compartido con él días y aun noches enteras de cháchara en las que siempre sentía estar puesto a prueba, el joven Nuño entró en el recinto octogonal de Eunate de la mano de su guía. Y allí permaneció, en una secreta estancia sepultado bajo piedra, durante una luna completa.

Quedó el postulante en adobo en tales terribles circunstancias el tiempo que para esos secretos misterios tenía estipulado la orden. Trascorrido el plazo fueron por él y lo encontraron al límite de su resistencia. Mas si creía que todo había concluido, ciertamente en mucho error estaba viviendo aquel que más parecía ya cadáver, pues

sin que sepa muy bien por dónde fue conducido, de pronto se vio en una cripta aún más oscura e insondable.

Grisón llevó a sus labios un cuenco con vino rebajado con un brebaje del que no se pueden dar más noticias aquí. Apurado el contenido del cáliz, el fraile desapareció y allí quedó Nuño en ayuno y con el cuerpo quebrantado. Fue entonces cuando su mente se hizo soberana y decidió viajar sin su cuerpo a lo largo de tres días.

¡Tres días de divorcio! Encogidas las vísceras primero por el hambre y después por insensibilidad a todo lo que fuera mercancía de los hombres, que cada vez más eran cosas olvidadas en medio de la oscuridad.

¡Tres días de divorcio! La mente cabalgando por praderas nunca verdes y pobladas por miedos y horrores, por seres deformes que miraban con ojos acuosos salidos de calaveras malolientes a aquel recién llegado a los límites por donde un hombre normal nunca pasea.

Los dioses habían establecido aquella tierra de nadie entre el mundo mortal y el divino, el de la sabiduría, para disuadir a los más osados buscadores. ¿Tendría valor la mente de Nuño García para trasponer aquel imperio donde reina el terror?

¡Tres días de divorcio entre el cuerpo y la mente! Todo comenzó el 31 de octubre. Los goznes de las contraventanas que separan el mundo de los vivos del de los muertos, la ignorancia de la sabiduría, chirriaron antes de permitir el paso de Nuño García.

Jamás logró recordar cómo fue puesto al cabo de esa terrible noche perpetua de tres días sobre una losa sepulcral. ¿Quién lo hizo?

Grisón apareció de pronto a su lado. A su alrededor había otros monjes. ¿Qué hacían? De pronto sonrió como un estúpido al creer que aquellos hombres bailaban al son de una música que parecía brotar de sus gargantas, aunque ninguno abría su boca. Él también quiso cantar, pero su lengua era de trapo y de tan grandes proporciones que parecía que salía con vida propia por entre los labios. La risa de Nuño fue de pronto llanto silencioso.

La música ronroneaba a su alrededor.

En ese instante preciso, tuvo clara conciencia de que los capiteles de aquella cripta lo miraban. ¿Le hablaban también? ¿Qué le decían aquellas voces? Le hablaban de las medidas mágicas de aquella iglesia ¡Ángulos de treinta y seis grados! ¡Ángulos de veintisiete grados! ¡La suma de esos ángulos es nueve! ¿No hay también nueve de diferencia entre treinta y seis y veintisiete? ¿Quién decía todo aquello? ¿Dónde estaba fray Grisón? ¡El nueve! ¡El noveno arcano del Tarot! ¡El nueve! ¡Un octógono y su centro suman nueve! ¡El noveno *sefird* del Árbol de la Vida es *Yesod*! ¡La Fundación, sobre la que todo se dispone! ¡El nueve! ¡El número del Temple!

Y en ese instante, Grisón se situó a su espalda y levantó su cabeza al tiempo que ejercía una presión en una zona próxima a la nuca. Luego, sopló sobre la nariz del joven templario y se produjo algo que jamás podrá olvidar, aunque pagaría la fortuna de la que no dispone por lograrlo.

Crujió el mundo de Dios y su cuerpo se abrió sin que él viera grietas o heridas por donde pudo ocurrir lo que sucedió, pues Nuño García salió de su cuerpo y se pudo ver allí tumbado tan largo como era, sobre aquella tumba de piedra que era, para entonces ya estaba seguro al menos de eso, su propia tumba.

Y allí murió Nuño García.

Lo taparon cuidadosamente y luego un silencio espeso, prieto, macizo, se adueñó del lugar. Fue la vez en que con más claridad escuchó la voz de Dios.

¿Qué ocurrió después?

Vinieron de nuevo a por él.

¿Cuánto tiempo permaneció escuchando el silencio de Dios? No lo sabía con certeza, pero le resultaba imposible de olvidar el momento en que se quebró el hechizo y aquella música que nacía de labios que no se despegaban le arropó de nuevo.

¿Qué hacía Grisón en su cuerpo? Manipulaba unos puntos. Pulsaban invisibles resortes no lejos de la nuca, del corazón y de la base de la columna. ¿Soplaba sobre ellos? Tal cosa hubiera podido parecer a ojos desentrenados en estas artes, y aun incluso creerían algunos lerdos que besos le estaba dando por aquí y por allá.

Y luego pronunció aquellas palabras.

Se activó algo dentro Nuño García.

Es cierto que fue una sensación fugaz, pero de pronto asistió al albor del saber. Comprendió en un instante el juego del nueve, de los ángulos, de la tierra, de las estrellas... Y entonces, efímeramente, atrapó entre sus dedos a Dios. Pero Él se deslizó entre ellos y se fue. Y recordó lo que alguna vez su maestro le había dicho: el gran secreto del Temple reside en la Palabra de Dios. El Temple se hizo en Jerusalén con la fórmula de la Creación, que permanecía durmiendo en el interior del Arca de la Alianza, bajo las tripas de la Mezquita de la Roca. Una fórmula de poder. Alguien le había susurrado a Nuño parte de esa fórmula. Era la parte más sublime de la iniciación.

Energías invisibles se desperezaron para recorrer ancestrales canales en el interior de su cuerpo hasta ahora desactivados.

En su cabeza seguían resonando aquellas palabras susurradas en su misma nariz por fray Grisón.

Fue mucho después cuando supo que a toda aquella ceremonia contribuyó la Tierra. Los octógonos irregulares que forman la planta de la iglesia, le confesaría después su maestro, habían sido diseñados aprovechando al máximo las corrientes telúricas del lugar, que de suyo resulta un verdadero corazón de poder. Después, siguiendo las más secretas enseñanzas que el Temple conoció en Jerusalén y de las que tanta tajada sacó a la hora de trasladar el Secreto de Dios a la Tierra bajo la forma de piedras arteramente dispuestas, los planos del lugar se habían ultimado adecuándolos de modo que las estrellas del cielo encontraran allí su espejo.

—¿No te has parado a pensar, Nuño, que tal vez la energía divina no cae sobre

nosotros, sino que nace de la tierra y a través de nuestros pies nos impulsa hacia el cielo? —le había preguntado en cierta ocasión fray Grisón.

—Algún día sentirás dentro de ti las mil quinientas claves para el secreto del mundo que Dios diseñó —le dijo su maestro.

Pero no le dijo que todo sería fugaz y que desde el instante mismo de la verdadera iniciación a la Orden del Temple su vida no tenía más sentido que el tratar de lograr un permanente estado de paz como el que tuvo de forma tan efímera. Desde entonces, invocando aquella Palabra que alguien susurró en su oído, solo buscaba retener dentro de sí las mil quinientas claves para el secreto del mundo.

Y con aquellos recuerdos, Nuño García, caballero templario, se durmió mientras la lluvia seguía resonando sobre las piedras de Burgos.

VII

Santillana del Mar.
Año 2002 de los cristianos. Mes de diciembre

— **L**o siento —dijo Rodrigo a Nicole apenas había quedado en silencio el motor del lujoso Audi.

—¡Dios mío! —Rompió a llorar la muchacha.

—Ya he avisado a la Policía —informó el profesor a los presentes.

—¿Qué les ha dicho? —Quiso saber Nicole.

—Llamé desde un teléfono público. No me identifiqué.

—Pero ¿por qué? Era un buen amigo, Rodrigo —lo recriminó Ana.

—Querida, no fui yo el último que lo vio con vida la otra noche, sino ella —respondió mirando a Nicole—. ¿Quieres que la metamos en un lío?

—No tengo nada que ocultar. Les diré todo lo que sé —protestó la muchacha.

—Todo lo que usted sabe, señorita, es que ese hombre —señaló Rodrigo a Recaredo Velloso— pudo ser el asesino de Julio Iraola, que luego la persiguió hasta aquí y que ya está muerto, con lo que ha recibido ya su castigo, ¿no cree?

—Pero ese hombre estuvo a punto de matarme a mí también —recordó Ana—. ¿Quién era? ¿Qué quería de ti, Rodrigo? ¿Dónde está esa piedra azul que buscaba?

—Te lo explicaré luego, querida.

Rodrigo estaba incómodo y buscaba ganar tiempo. Era más fácil engañarlos por separado que a todos juntos.

—Y usted, doña Ana, ¿no decían que estaba muerta? ¿Cómo es posible? —apuntó Nicole, para complicarle más la vida a Rodrigo.

El profesor miró durante unos instantes a sus fieles empleados, Nanda y Aniceto, y agradeció su silencio con una mirada expresiva.

—Don Herminio debe haberse equivocado. Es evidente —rio sin ganas Rodrigo—. Nadie vuelve de entre los muertos, como ya supondrá, señorita Nicole. La señora está perfectamente. En cuanto a la piedra, no sé cómo diablos se había enterado ese hombre de que le había comprado este colgante a un coleccionista de obras de arte robadas —y mostró la piedra a los demás—. Lo siento —añadió en tono compungido—, ese ha sido mi error. Era mi regalo de Navidad para ti, querida.

—Es preciosa.

Ana tenía entre sus manos el talismán y acariciaba la misteriosa figura grabada en su seno.

—¿Qué significa este símbolo?

—Iraola era quien lo sabía —prosiguió Rodrigo—. De hecho, gracias a él fue como pude hacerme con la pieza. Conocía a alguien involucrado en la venta de obras

de arte robadas. Ya sabéis de su pasión por la magia y todas esas cosas. Aseguraba que era una pieza antiquísima a la que en la Edad Media atribuyeron grandes poderes y se cuenta que el propio Alfonso X el Sabio la buscó sin desmayo. No sé —dijo al llegar al final de su propio embuste—, el caso es que me ha costado una fortuna.

—¿Y Julio? ¿Por qué tuvo que matar ese hombre a Julio? —Nicole no terminaba de ver encajar las piezas de aquella historia.

—Por lo que Iraola me contó, hay mafias dedicadas a la venta y compra de obras de arte que seguían los pasos a esta pieza desde hace tiempo. Tal vez, al hacer él de intermediario para que yo pudiera hacerme con ella, pensaron que él era el comprador y la tendría en su poder. No se me ocurre otra razón. ¿Y a vosotros?

Todos callaron, afortunadamente.

Aniceto y Nanda cumplieron las órdenes que Rodrigo les dio, y que básicamente fueron las de avisar a las autoridades.

Cuando la Policía llegó, la versión que escucharon fue la que Rodrigo había conseguido ir hilvanando lentamente hasta que él mismo pareció creérsela a pies juntillas. Y por supuesto, aconsejó a la joven francesa que evitara hablar de su romance con Iraola y de la última noche que ambos habían pasado juntos.

Aquella misma tarde recibieron la visita de don Herminio, quien se mostró perplejo al ser recibido con un beso en la mejilla por doña Ana, pero su educación de caballero a la antigua lo llevó hasta el extremo de la discreción y ahogó su exclamación de asombro. He aquí, se dijo, el cadáver que anoche dejé en la alcoba dándome ahora besos de bienvenida.

—Herminio, me gustaría hablar a solas contigo.

Rodrigo puso su mano sobre el hombro del pequeño y regordete doctor y lo invitó a entrar en la biblioteca de la casona. Luego se volvió hacia su esposa.

—¿Nos disculpas unos instantes, cariño?

Los dos hombres se sentaron en unos butacones de cuero negro y Nanda les sirvió café. Eran las cinco de la tarde y don Herminio no perdonaba un buen café cargado todas las tardes sobre esa hora, y si había pastas para mojar, como era el caso, mucho mejor.

—¿Cuánto hace que nos conocemos, Herminio? —Rodrigo lo miró a los ojos buscando en ellos al amigo y no al médico.

—Mi padre ya fue el médico del tuyo, y yo también lo traté —dijo a modo de respuesta el galeno—. No sé. Supongo que toda la vida. ¿A qué viene eso, Rodrigo? Me quieres explicar lo de tu mujer. Yo ayer la vi...

—La viste viva, Herminio —le interrumpió Rodrigo—. Por lo más sagrado de tu amistad. Por las ideas de antaño y la fidelidad debida a Dios, necesito que digas que la viste viva.

—Pero no puedo, Rodrigo. Yo mismo firmé los papeles.

—Pues los rompes, los quemas o haz con ellos lo que quieras.

Rodrigo era un hombre desesperado.

—Tú eres médico. Seguro que hay una explicación, no sé, a lo mejor una especie de coma o algo parecido, qué sé yo. Pero por la España en la que hemos creído, Herminio, necesito que digas que Ana tal vez no estaba muerta anoche.

—¿Por la España en la que hemos creído? —repitió el médico—. ¿De qué coño hablas, Rodrigo? ¿Es que ya no hablamos tú y yo de la misma España?

—*Joder, que sí! Pero no se trata de eso. No es política, Herminio. Es mi honor el que está en juego. Te aseguro que no he hecho nada malo, y si lo hice —pensó Rodrigo en el hombrecillo de Toledo—, yo mismo lo remedié. Te pido por nuestro Dios que confíes en mí.*

Don Herminio se despidió de Ana y del servicio, a los que astutamente convocó Rodrigo en el momento de la despedida en el portón de la casona, felicitándose por ser humano y cometer errores. Ya se ve que estoy viejo y equivoco los diagnósticos, aseguró, aunque buscó amparo en las estadísticas añadiendo que no era la primera vez que un enfermo era dado por muerto sin serlo.

—Las pastas estaban deliciosas —fue lo último que farfulló en su atropellado discurso científico.

El matrimonio al servicio de Ana y Rodrigo pareció mucho más tranquilo después de la explicación de don Herminio, de quien todos tenían la más alta opinión personal y profesional. Ana, por su parte, sabía qué era lo que ella había vivido. Herminio mentía y mentía su marido. Pero prefirió de momento el silencio. Su mirada vagó por el jardín y marchó a acariciar a Raziél, a quien habían atado. La Policía había exigido su inmediata desaparición de la casa. Seguramente si no fuera Rodrigo quien era, aquella habría sido la última noche del lobo Raziél. Rodrigo tuvo que hacer varias llamadas para evitar que el animal no terminara ajusticiado por haber dado muerte a aquel hombre. En todo caso, era ilegal que estuviera allí, le dijeron las amistades a las que tuvo que acudir buscando ayuda.

VIII

Frómista. Año 1196 de los cristianos

Q ¿UÉ peldaño ocupaba en la rígida pirámide feudal don Tirso? Nunca lo sabremos con certeza, pero no erraremos si aventuramos que no debía ser muy elevado, si bien desde su modesta atalaya creía ver a todo el mundo muy pequeño, insignificante. Y don Tirso quería medrar. El Camino de Santiago había atraído a muchos extranjeros y también a su dinero. Él tenía cuatro trigales y dos o tres campos de cebada. Sí, es cierto que era vasallo de señor, pero a él le gustaba mirar poco para arriba y mucho para abajo en la referida pirámide feudal. Y era mirando hacia abajo como se sentía capaz de comerse el mundo, aunque casi no le quedaran dientes, que se le habían podrido.

Don Tirso andaba urdiendo la posibilidad de subir por la soga feudal empleando en la operación a su hija, de quien estaba orgulloso. ¿No era ella la mujer más hermosa de Frómista y sus alrededores? De modo que don Tirso salió aquella tarde en dirección a la casa de Paloma, la judía escribana a la que había encargado dos días atrás la redacción de una carta digna de un señor. Una carta que dirigiría al rey castellano, a cuyos pies se pondría a través del escrito y pediría audiencia para expresar su inquebrantable sumisión ahora que algunos nobles levantiscos andaban dando coces al monarca. Y de refilón, el texto deslizaría el dato de la belleza de su hija, toda ella virgen como Dios la trajo al mundo. ¿Sería tan generoso el buen rey de recibirlo junto a su hija en audiencia?

Bien sabía don Tirso que por buen bocado que fuera Sancha, su hija, harto debía estar el rey de catar carne húmeda y tierna, pero ¿no había alrededor del sol del monarca muchos satélites cortesanos? Mal se debía dar el viaje si los senos de su hija, convenientemente bamboleados, no alteraban algún espíritu y otras cosas menos elevadas entre la corte.

Y ya caminaba don Tirso por las calles de Frómista en dirección a casa de la judía Paloma a recoger el texto que él no hubiera podido escribir, ni mejor ni peor, pues de esa ciencia nada sabía, que lo suyo era conocer el corazón de los hombres.

Atardecía. El sol de primavera, que había salido aquel día tras una jornada de lluvia, arrancaba aún verdes y dorados indescriptibles en los prados. Don Tirso iba a lo suyo, a lo de su hija, y a imaginar la lengua babosa de algún noble con el que emparentar. Y tan a lo suyo iba, que no vio el cuchillo que se clavó en sus costillas rasgándole las carnes y haciéndole exhalar un último suspiro a través de aquella caverna oscura, maloliente y despoblada que era su boca.

Y como ya se dijo que atardecía y al poco anocheció y todo ocurrió, bien

dispuesto por la mano criminal, junto a una callejuela de poca vida nocturna, nadie reparó en su cadáver hasta la mañana siguiente. Tras una noche en vela en su hacienda al ver que no regresaba de casa de la judía, dieron con su cuerpo, que para entonces exponía buena parte del mondongo al sol castellano para regocijo de moscas golosas.

¿Quién había matado a don Tirso?

Su mujer pidió justicia. Las tetas de su hija Sancha, sube y baja de tanto hipar por pena, también parecían querer lo mismo. Y si roja de ira estaba la esposa, blanca se había quedado la virgen intacta, y nunca se sabrá si fue porque ahora no tenía certeza de cuándo dejaría de estar intacta —puesto que ya era claro que su padre no iría a ninguna entrevista en la corte, salvo que al rey le interesara hablar con muertos, y estos no son de muchas palabras—, o bien porque era el susto el que la había dejado en ese estado.

¿Quién había asesinado a don Tirso?

Nadie acertaba a responder esa cuestión, pero a falta de certezas, pronto hubo sospechas. ¿Cuánto iba a pagar el señor a la judía por escribir aquella carta al rey? ¿Cuánto había desaparecido de la bolsa del señor? ¿No llevaba al salir de casa más dinero del que se había comprometido con la copista judía? ¿Qué tenía que decir la judía a todo esto?

El tono de las preguntas, ya se comprenderá, fue mucho más agrio, y no tardó en aventurarse que a don Tirso, de quien todo el mundo comenzó a decir que era cristiano ejemplar y seguro que ya estaba a la derecha del Padre, lo habían sacrificado en algún rito judío; que los judíos, era cosa sabida, habían asesinado a Nuestro Señor Jesucristo, y eso que era pobre. Y si habían asesinado a Jesús sin tener este un maravedí, qué no harían con don Tirso, que llevaba una bolsa tan repleta. Y Sancha, viendo de pronto la solución del enigma de la muerte de su padre y la causa de la prolongación de su virginidad, se lanzó como una loba en medio de la reunión para añadir el cabo que aún nadie había atado, por lo que estaba suelto:

—¡Además, la hija de esa mujer me odia porque cree que es más bella que yo!

Murmullos de asentimiento. La gente de don Tirso —¡que Dios lo tenga en su gloria, pues ya se ve de lejos que es mártir!— ata el cabo suelto que ha ofrecido la bella Sancha hipando ahora de ira más que de dolor, arriba y abajo su par de encantos.

Y ya no hizo falta más. Salieron a la calle con decisión y ni siquiera repararon en el caballero templario que acababa de entrar en Frómista acompañado de un sargento de la orden.

—¿Adónde ira esa gente, Gonzalo? —preguntó Nuño García.

—No sé adónde irá, pero las intenciones no son buenas —respondió el navarro.

Y fue así como decidieron seguirlos a ver qué se estaba cociendo allí.

IX

Roma.

Año 2002 de los cristianos. Mes de diciembre

EL cardenal Ignacio Ruiz de Lozoya trataba de calmar su impaciencia relejendo los informes que había elaborado pulcramente Damiano Corradi. Roma seguía el ritmo de su vida ajena a los designios de los hombres de Dios, y el mundo todo permanecía sin caer en la cuenta de que nada es lo que parece, y lo que parece puede ser mudado hasta dejar de parecerlo.

El cardenal suspiró. Se subió los negros calcetines de ejecutivo y se arrellanó en el sillón. Eran las once de la mañana. No tardaría en saberse algo, se dijo. Abrió el informe que ya había estudiado y lo relejó.

Se afirma que San Malaquías era hombre de espíritu elegido por Dios, pues de otro modo no se alcanza a entender la exactitud de sus vaticinios, que le hicieron ganar gran fama entre sus contemporáneos.

Malaquías nació en Armagh en 1094 y murió en Clairvaux en 1148. Y aunque tuvo larga carrera religiosa —sacerdote, monje, abad, obispo y arzobispo— se le recordará siempre por su santidad y por ser hombre inspirado por Dios para conocer el destino de la humanidad antes que nadie.

Se cuenta que meses antes de emprender el que iba a ser su último viaje por tierras francesas pidió a los suyos que, de morir en aquella expedición, deseaba que el caso tuviera lugar en Clairvaux, el Claraval de Bernardo, alma y cerebro de los Caballeros Templarios, y que lo más probable es que todo se resolviera el Día de los Difuntos.

Dios había hablado a través de su lengua, y Malaquías enfermó y fue atendido con los mejores remedios en Claraval, mas él le dice a Bernardo y a los demás monjes que no se apuren, que sabe que su vida se extingue. Y su vaticinio se cumplió el día anticipado de Todos los Santos, siendo los brazos de San Bernardo los que sintieron su postrer suspiro. Era el año del Señor de 1148.

En 1190, previa investigación exhaustiva de su vida y obra, sin capricho de monarca alguno, se elevó a Malaquías a los altares...

El cardenal consultó otra vez su reloj. ¿Qué diablos ocurría? ¿A qué esa tardanza?

Durante casi cinco siglos no hay noticias de su profecía más famosa. Pero en 1595, un tal Arnaldo de Wyon publica *Lignum Vitae ornamentum et decus Ecclesiae*, en donde tienen cabida los hechos de los más preclaros benedictinos, y es allí donde se cita la relación profética que se dijo era obra de Malaquías.

Es cierto que hay que tomarse con prevención la súbita aparición de este documento después de que hubiera transcurrido tanto tiempo desde la muerte del santo irlandés, e incluso hay quien afirma que en realidad es obra del mentado Arnaldo de Wyon, un benedictino francés, pero la mayoría pensó en Malaquías debido a que hay una breve nota biográfica suya antes incluso de que el título le delate: *Prophetiae S. Malachiae. Archiepiscopi, de Summis Pontificibus*.

No obstante, hay opiniones que atribuyen en realidad la confección de la lista profética en la que Malaquías menciona ciento once papas a un dominico nacido en 1540 en la localidad de Baeza, en Granada, España. Se llamaba Alfonso Chacón y fue una eminencia en su época, razón por la cual el papa Gregorio XII lo nombró penitenciario apostólico en Santa María la Mayor de Roma.

Los que atribuyen todo el mérito a Chacón recuerdan que confeccionó una enciclopédica historia del papado en 1601, pero en esa obra no hay referencia alguna a las divisas que en la profecía acompañan a cada uno de los papas del listado, aunque hay malas lenguas que aseguran que se inventó la profecía para influir en la elección de su amigo el cardenal Simoncelli como sucesor de Urbano VII, pero la verdad es que, de ser así, fracasó, pues se eligió a otro cardenal como Papa.

Como es sabido, la lista de papas atribuida a la visión profética de San Malaquías contiene los ya citados ciento once pontífices, y a cada cual se otorga una divisa de difícil y enrevesada interpretación. A veces se hace referencia en ella al lugar de nacimiento del Pontífice, o a su escudo familiar, o a su apellido o tal vez a algún hecho notable ocurrido en su vida o en su reinado. Y comoquiera que las divisas son tan retorcidas, se sostiene por quienes dan a la lista total credibilidad que, de haberse escrito en el siglo XVI, los papas anteriores a esa fecha tendrían divisas claras, que permitieran una fácil relación entre la frase y el Pontífice.

Por lo que el cardenal sabía a esa hora de la mañana, la segunda Palabra de Yahvé ya había sido descubierta en la casa del profesor Iraola y se tenía localizado el talismán, o al menos en esa cuenta estaban en España. Don Ignacio Ruiz de Lozoya sonrió imaginando a su viejo amigo Rodrigo pronunciando sortilegios y echándose en brazos de sahumeros y aquelarres. Nada menos que Rodrigo, el hombre más recto que había conocido en aquellos lejanos años en que los demás pasaban el hambre que les correspondía por comunistas y masones. Pero se volvió a impacientarse de pronto. ¿Dónde diablos andaban que nadie le daba la noticia que tanto deseaba? ¿Dónde estaba el talismán?

El informe de Corradi proseguía así:

El caso es que, desde que fue publicada, la profecía encontró gran número de defensores, y también de detractores. Pero entre los primeros se deberá mencionar sin demora a papas como Clemente X, e incluso jugó un papel clave —y eso me permito subrayarlo porque la ocasión bien da licencia para hacerlo— en la elección de algunos pontífices como Inocencio X o Clemente IX.

Luego llegan tiempos difíciles para la profecía, que cae en descrédito. Sin embargo, a finales del siglo VIII y ya en el siglo XIX dos pontificados devuelven la actualidad a la lista de San Malaquías. ¿Se podía tomar como mera casualidad que el lema que correspondía a Pío VI fuera *Peregrinus Apostolicus* cuando resultó ser el primer Papa que salió de Italia desde hacía siglos y llevó su mensaje hasta Viena? ¿Era pura coincidencia que a Pío VII le correspondiera la divisa *Aquila rapax*, resultando que fue raptado por Napoleón y que el águila era justamente el escudo del tirano? ¿Cómo podía ser que a Gregorio XVI le tocara en suerte la frase *De Balneis Etruriae* y resultase que él mismo pertenecía a la orden de los camaldulenses, que tenían su sede en Balnes, Etruria?

Ciento once papas. Ciento once divisas. Desde el año 1143, con la divisa *Ex castro tiberis*, que se correspondía claramente con el papa reinante —Celestino II, que había nacido en un castillo junto al Tiber—,

hasta el último de los papas, a quien se representa con la divisa De gloria olivae. Vivimos bajo el reinado de la divisa De labore solis, del Trabajo del Sol. Vivimos los últimos días de Roma...

El soniquete zumbón del móvil privado del cardenal interrumpió la lectura del informe de Corradi. Antes de descolgar, Ignacio Ruiz de Lozoya miró en la pantalla de color ámbar el número de teléfono de quien trataba de ponerse en contacto con él. Solo dos personas conocían su número. Corradi era una de ellas. La voz que sonó al otro lado del aparato era la de la segunda persona que estaba inmersa en el plan que había tejido minuciosamente.

—Lo siento —escuchó decir el cardenal—. Velloso ha muerto.

—Pero ¿qué dices? ¿Y nosotros?

—Usted puede estar tranquilo, cardenal, que Velloso nada sabe de usted. En cuanto a mí —guardó silencio la voz durante unos segundos—, tampoco hay por qué preocuparse. Velloso era un hombre íntegro.

—¿Cómo ha muerto?

—Lo devoró un lobo.

—¿Un lobo? —*Aquello tenía gracia*, pensó el cardenal, a quien se le vino a la mente algún dato del que su informador carecía y que Corradi le había contado tiempo atrás—. ¿Y el talismán?

—Aún no lo sabemos, pero no tardaré en enterarme.

—Óigame —endureció el tono Ruiz de Lozoya—, quiero ese talismán, y recuerde que a veces es necesario que muera un hombre para que se salve un pueblo.

X

Frómista. Año 1196 de los cristianos

ZORADA, la Paloma de los judíos de Frómista, había trabajado toda la tarde para hacer uno de los mejores trabajos que recordaba. Aquel patán de don Tirso pagaría bien, eso era cierto, pero ella sabía que aquel trabajo valía mucho más de lo que aquel sujeto la iba a dar.

Trabajó con prisa. Tenía miedo que don Tirso llegara antes de lo previsto, pero lo extraño es que don Tirso no llegó, ni antes ni después. Aixa, la Lilit de los judíos de Frómista, le dijo que se acostase, que ya vendría aquel hombre al día siguiente a por su vergonzosa carta para el rey. Y Zoraida, aunque con una extraña inquietud en el cuerpo, finalmente le hizo caso.

¡Cuánto echaba de menos a Elías! Hacía ya un año que dormía sola, y aquella soledad era tan grande que cada noche se hacía mayor. Tal vez un día la soledad la devoraría para siempre. Mientras eso ocurría, como casi todas las noches, rememoró las benditas casualidades que los dioses dispusieron para que ambos compartieran unos años de felicidad. Los dioses, sí, el de ella, Alá, y el Yahvé de su marido.

En el año 1149 de los cristianos la esposa de Meir ben José ibn Migash dio a luz en Toledo a un niño al que pusieron el nombre de Elías. Era la misma familia que había tenido que huir de Lucena por la intolerancia musulmana. La misma que llevó entre su equipaje una piedra azul que el criado Hay había robado al guerrero almohade Yusuf después de que este profanara la tumba del rabino al-Fasí.

La fama de su difunto padre, el rabino José, abrió las puertas a Meir en Toledo y su vida se pudo orientar al Talmud y a la Torá en la que los árabes llamaban Madinat al-Yahud, la ciudad judía, situada en la zona sudoccidental de Toledo, dentro de las murallas y sintiendo la caricia del río Tajo.

La vida de Elías, el hijo de Meir, fue en sus primeros años una ida y venida por aquellas calles estrechas, con adarves que por las noches se cerraban para evitar robos a los artesanos joyeros o a los ricos prestamistas. Algunas de aquellas casas eran propiedad de los cristianos, que las arrendaban a inquilinos judíos, y algunos hebreos, en cambio, eran dueños de otras situadas fuera del *qahal* o la aljama, debido a que las habían obtenido como prenda tras no haberles sido devuelto algún préstamo que habían realizado a señores cristianos.

Y es que a los judíos no les había ido mal con los cristianos, al contrario de lo que podían decir los árabes que, como la familia de Zoraida, se habían quedado en Toledo tras la llegada de Alfonso VI en 1085. Ocurría que el nuevo rey necesitaba a los judíos tanto por su dinero como por sus conocimientos técnicos y lingüísticos.

Añádase a eso la escasez de pobladores y se tendrá claro el motivo por el cual se los trató con deferencia en principio, lo que no impidió sin embargo que hubiera de vez en vez revueltas antisemitas como la vivida en 1109.

Además, los médicos judíos eran extraordinarios, y muchos de ellos fueron galenos de los reyes, e incluso consejeros en la corte. Alfonso VI tomó bajo su servicio a Josef ibn Ferrusel, y Alfonso VIII a Abraham ben Alfakhar.

Los judíos eran siervos del rey, pero tenían un estatuto propio que les confería cierta independencia. Podían establecerse donde quisieran y mantener sus leyes y costumbres dentro de la aljama. Debían pagar impuestos, naturalmente, incluidos los vergonzosos treinta dineros a la catedral como recuerdo de la supuesta traición de Judas a Jesús, pero también nombraban entre sus sabios a los *mucaddemim* que gobernaban la comunidad. Y luego estaban los *dayyanim*, que dirimían los litigios al modo de jueces de la Ley; y el *albedín*, que se encargaba de que se cumplieran las sentencias; y sus propios rabinos, que seguían enseñando la Ley en las sinagogas y en las midrás como si no estuvieran en medio de la panza de un enorme reino cristiano cada vez más grande y musculoso.

Elías fue desde joven un enamorado de las letras. Dominaba a la perfección el árabe, el latín, el romance castellano e incluso el griego. Y aunque su padre siempre trató de atraerlo hacia Yahvé, él decía ver a Dios en el saber y se convirtió pronto en uno de los mejores traductores de Toledo.

Aquella ciudad de frontera, cuyas murallas frenaban los ímpetus de cualquier posible agresor y que era mosaico sin par donde las gentes del norte y del sur se sentaban a ver pasar la vida, destacaría justamente por ser punto de encuentro. Encuentro entre razas y dioses; encuentro de mercancías en mercados que a veces eran periódicos y a veces permanentes; encuentro de artesanos de los más diversos oficios —sedas, joyas, cuero, damasquinados...—; encuentro de idiomas; encuentro de ritos incluso entre los diferentes cristianos; encuentro de hombres sabios y de libros...

¡Hombres sabios y libros!

Frente al bullicio de la calle, había hombres que podían transitar por la plaza donde se vendían las bestias y que los árabes llamaban *Suq-al-dawab* y la gente del norte Zocodover, y no escuchar siquiera el relincho de los bellos caballos árabes que se vendían. Eran hombres que vivían en el mundo de los vivos solo en apariencia, pues su vida se desarrollaba en el interior de manuscritos paridos en mil lenguas diferentes.

Ya el glorioso al-Mamum había sabido atraer a su corte a los más insignes científicos, médicos, astrólogos, matemáticos y magos, pero luego el arzobispo cristiano Raimundo siguió su ejemplo.

Raimundo era gascón de nacimiento, pero lo amamantaron intelectual y religiosamente los benedictinos, y no se sabe si fue ya en sus tierras donde se aficionó a los libros o fue sarpullido adquirido en Toledo, pero el caso es que fue hombre

versado en latines y en árabes, y pronto se lanzó a la caza de todo manuscrito árabe que hubiera en la ciudad para poderlo traducir.

Gracias al cielo, a veces también entre los cristianos aparece gente de sesera sólida y redaños bien puestos, capaces de ver más allá de sus narices y no imaginar con una colección de libros una hoguera, sino una biblioteca. Y quiso el destino que a don Raimundo sucediera como arzobispo y mecenas traductor don Juan. Por entonces, el siglo XII de los cristianos andaba por su ecuador. Y para cuando don Juan dejó su puesto, Elías tenía diecisiete años y estaba por completo enamorado de la tarea de traducir y había entrado a formar parte del taller de traducción de Gerardo de Cremona, el más insigne maestro de esa ciencia que jamás tuviera Toledo, aunque debemos ser honrados y poner en igual pedestal a Doménico Gundisalvo y quizá también a algún otro, como Ibn David.

Cuando Zoraida se acostó extrañada de que don Tirso no hubiera ido a buscar la carta de marras hacía ya nueve años que Gerardo de Cremona había muerto, y ella siempre le tenía en sus oraciones, y no solo porque fue hombre bueno, que lo fue, sino porque sin quererlo fue quien puso en el mismo sendero a Elías y a ella misma.

Gerardo de Cremona había nacido en 1114 en esa ciudad de Lombardia, según Zoraida le oyó contar alguna vez. En su país se enamoró de las letras y primero estudió filosofía, sin embargo su afán de leer carecía de medida. Un día cayó en sus manos el *Almagesto* de Ptolomeo. Trató de saber más sobre ese libro, pero en su país nadie podía resolver sus dudas, de modo que buscó el lugar donde más sabios se pudieran encontrar y no tardó en llegar a Toledo.

Para Gerardo de Cremona aquella ciudad era el paraíso. Nunca había visto tantas montañas de papeles, tantos conocimientos encerrados en libros. Era cierto que la mayoría estaban escritos en árabe, pero eso no fue para él obstáculo. Aprendió esa lengua y se lanzó a la traducción con una pasión que solo otro hombre en la ciudad padecía con idéntica intensidad: un niño judío llamado Elías al que conoció años más tarde, siendo este mozo, y cuando ya el propio Gerardo había puesto en marcha un verdadero taller de traductores. A ese taller incorporó a Elías, y no tardó en hacerlo ascender hasta convertirlo en su mano derecha.

En la incipiente escuela de traductores se precisaba mucha gente. Eran indispensables cerebros que dominaran las lenguas y las ciencias, pero también manos hábiles que supieran escribir con elegancia y pulcritud. Y el padre de Zoraida primero, y ella después, entraron al servicio de Gerardo de Cremona. Y un día, uno que pudo haber sido otro más, otro cualquiera, los ojos de Elías se enredaron en la mirada de Zoraida.

Gerardo de Cremona a todos derrotaba a la hora de trabajar. No había para él ni jornadas ni barreras de conocimiento. Amaba la matemática, la geografía, la filosofía, la astronomía y la astrología. Buscaba libros por todo Toledo y pagaba bien a quien alguno tuviera que él no conociese. Y fue así como ocurrió todo, de la forma más casual, como casi siempre parece urdir las cosas Dios.

Un día Zoraida le habló del viejo que había enseñado a su padre a escribir de la forma tan magistral como lo hacía; le dijo que el viejo había muerto solo en el cuchitril donde enseñó a su padre, un cuarto repleto de viejos papeles que, poco antes de su muerte, había donado a su padre. ¿Querría él echarles un vistazo para ver si alguno podía tener algún valor? Por supuesto que sí, dijo el de Cremona. Y los vio, y los leyó, y alguno le pareció de valor y otros muchos de ninguno, pero hubo un documento que no supo evaluar. Al contrario que el resto, no estaba escrito en árabe, sino en hebreo. El padre de Zoraida jamás le había prestado atención. Gerardo de Cremona tradujo al latín el título: *Liber Razielis*. ¡El Libro de Raziel!

El insigne traductor lo vertió al latín, lo miró por delante y por detrás y le pareció tan increíble como fascinante. Durante varios meses se dedicó casi en cuerpo y alma a estudiar aquellas páginas desconcertantes, y cuando tuvo claro que aquello no era una obra menor, se lo mostró a Elías.

Jamás olvidaría Gerardo de Cremona la cara del joven traductor al leer el nombre del título, ni tampoco el extraño e instintivo gesto que siguió a esa reacción consistente en echar mano a una curiosa piedra de color azul que siempre colgaba de su cuello. De hecho, ahora que lo pensaba, no recordaba que Elías se hubiera quitado jamás aquel collar.

Lo que jamás supo el traductor es que Elías habló con su padre aquella noche de tan singular descubrimiento.

—De modo que el *Libro de Raziel* existe, —dijo pensando en voz alta Meir. Si era así, la firme creencia de su padre, José ibn Migash, en el poder del talismán del ángel cobraba aún mayor sentido. Si la leyenda del libro era cierta, ¿por qué no iba a serlo la del talismán? ¿Y las Palabras? Instintivamente, Meir las recordó en silencio. Eran las mismas que su padre había escrito y ocultado en el *Arón ha-qódes* de la sinagoga de Lucena. Las mismas que, al parecer, habían obrado milagros si el talismán estaba presente.

—¿Qué haremos con el Libro? —preguntó Elías a su padre.

—¿Qué quieres que hagamos? —replicó sorprendido—. Si ha ido a las manos de tu maestro, que en ellas se quede. Bastante carga llevas tú al cuello —añadió, mirando la piedra azul oscilante.

XI

Santillana del Mar.
Año 2002 de los cristianos. Mes de diciembre

EL señor Barreda estaba loco de contento. La Nochebuena tenía algo de promesa juvenil por vez primera desde la muerte de su esposa, y eso lo sentía el dueño de la posada Camesa porque la señorita Nicole iba a cenar con ellos aquella noche; es decir, con él, con su hija Rosita y con el joven que desde hacía meses la hacía *tilín* y que ya era novio formal, de los de entrar en casa y cenar en familia sin sacar la vajilla nueva, y a quien todos ya llamaban Pablo, y aun Pablito, como cosa acostumbrada. Y no es que el señor Barreda hubiera tenido la más mínima tentación carnal hacia la joven francesa, válgame Dios, lo que pasaba es que su sola presencia le hacía sentir el entusiasmo que la muerte de su santa esposa le había hurtado y que al llegar estas fiestas se encarnaba en una silla vacía y en un plato que no salía de la alacena. Y eso que nadie hubiera dicho, viéndolo cantar los villancicos junto a su hija, que esa tristeza era procesión que por dentro iba. Pero procesión al cabo, aunque muda y muy disimulada para que nada catase de ella Rosita.

Era Nochebuena y el señor Barreda no tenía otro huésped en la posada rural que la señorita Saintes, a quien desde hacía tiempo no tomaba en la cuenta de una cliente, sino de otra hija nunca parida por su difunta. Y todo era cerner en la casa, y adobar y salar, salpimentar y endulzar. Y de resultas de tanto oficio se obró el prodigio de disponer sobre la mesa aquella noche mucho marisco y mucho pescado, mucha carne y mucho confite y mucha más munición para la boca en forma de peladilla, torrija y turrón. Y Nicole, de educación pulida lejos de las costumbres ibéricas y con infancia sucedida a años luz de los fogones del señor Barreda, jamás había visto semejante despliegue, que para sí hubiera querido un César, un faraón o el Gran Khan, que a todos ellos vencía en el incruento combate de los pucheros el señor Barreda. Y de haber sido otro el caso y diferente el momento, tal vez incluso Nicole hubiera cenado al modo ibérico, con mucha risa, abundamiento de chistes y hartura de caldos, amén de vivirse todo en alta voz, de suerte que no había manera de entender apenas lo que el del otro lado de la mesa decía porque a la oreja te gritaba sus razones y sus gracias el vecino. Pero había zambomba y pandereta y los comensales se arrancaban sin cobardía caminito de Belén, y los peces bebían en el río mientras la Virgen lavaba pañales y los tendía en el romero. Y ya estaba recordándole a ella, a Nicole, el señor Barreda que tenía que ver la Cabalgata de Reyes de Santillana del Mar para saber lo que era bueno mientras arrojaba al colete un chupito de orujo de hierbas para mejor arrastrar una peladilla, cuando Nicole anunció que se marchaba al día siguiente.

—Lo siento mucho, señor Barreda. Perdóname —le dijo a Rosita, a la que había prometido estar presente en su boda, que sería en primavera, al poco del nacimiento de los primeros colores en las plantas—, pero yo no puedo seguir aquí después de lo que ha ocurrido.

Hubo silencio de botella de anís y zambomba. Y hasta Pablo, que era hombre de acción y con pocos latines en la alforja, tuvo el recato suficiente para no hincarle el diente a una torrija solitaria que quedaba sobre el plato navegando en mermelada líquida.

Todos sabían lo que había sufrido aquella chiquilla desde el asesinato de Iraola, aquel profesor que, según había deducido el señor Barreda por su cuenta, hacía *tilín* a la francesa —conjetura luego ratificada hasta el último detalle en confesión nocturna por su hija Rosita, que le dijo que sí, que había enamoramiento entre aquellos dos—.

—Siempre lo tendré a usted en mi corazón —lloró Nicole al señor Barreda, a pesar de que se mordía los labios para no estropear el jolgorio navideño.

Nicole no pudo aguantar más, se levantó, dio un beso en las fronteras del bigote del señor Barreda y, hecha un mar de lágrimas, huyó en dirección a su habitación. Rosita no tardó nada en seguirla, pero aún más rápido estuvo su novio Pablo para pescar aquella torrija indefensa que se estaba ahogando en pleno dulce. Y antes de que su futuro suegro se hubiera traído a la lengua algo sesudo que decir, la torrija se abría camino en dirección a las profundidades de Pablo, que andaba ya más bien empozado a fuerza de tanto forraje dulce y salado.

La Nochebuena en la casona de don Rodrigo Suárez de Lara fue de las mejores que se recordaban. El señor hizo sentar a la mesa a Nanda y a Aniceto, pues estaba cariñoso como nunca desde los sucesos extraordinarios que todos tenían presentes, y la que más Ana, no solo por ser la protagonista principal de lo ocurrido, sino por estar la mujer convencida de que su esposo le ocultaba algo, y algo insólito. Tan asombroso como era su nuevo estado de salud, que al propio don Herminio tenía desorientado, aunque hiciera por disimularlo.

Ana y Rodrigo habían empleado buena parte de la tarde en llamar a algunos amigos para felicitarles las fiestas, y también ellos habían sido convidados a mil venturas, que es lo que esta curiosa desviación de los homínidos católicos tiene por costumbre en cuanto huele el tejemaneje del portal, los pastores y la estrella.

A las nueve de la noche, apenas medio minuto antes de sentarse a la mesa, que a Rodrigo siempre le gustó no demorar la cena ni siquiera en Navidad, sonó otra vez el teléfono.

—Un señor que dice ser Torcuato Soria pregunta por usted, señor —dijo Aniceto tapando el micrófono del teléfono con la mano.

Rodrigo cogió el aparato con felicidad. Todos los años tenía la costumbre de llamar el bribón de Torcuato, sonrió. Y mira que él siempre lo tenía olvidado.

—Torcuato, granuja, ¡felicidades! —Rodrigo estaba pletórico—. ¿Cómo estás?

Soria le respondió que muy bien, que estaba perfectamente, gracias a Dios, y que llamaba para lo de siempre, lo de desear buenas fiestas y salud cristiana.

Rodrigo respondió a los cumplidos y conjuró también al espíritu de la Navidad para que todos los regalos de la vida fueran servidos en la casa de Soria, aunque añadió:

—Pero si te hubieras casado, como yo, ahora estarías mucho más feliz en estas fiestas.

Ana sonrió al escuchar a su esposo.

—¿Cómo está Ana? —preguntó Soria—. ¿Qué tal..., ya sabes, lo suyo?

—Está estupendamente, gracias.

Rodrigo prefirió la prudencia. No podía hablar claramente de la desaparición del cáncer de su esposa.

—Te envía saludos.

—Un abrazo, Rodrigo —hubo una pausa y luego añadió Soria—: Oye, ¿qué fue del papel aquel que te traduje? ¿Has investigado algo?

—Algo he hecho, pero poco, la verdad —mintió—. Para mí que es puro cuento de algún judío, si es que lo escribió un judío, que esa es otra.

—Ya, bueno, pues haber si me cuentas lo que descubras. ¡Felicidades!

Aquella noche Ana tuvo una visita inesperada en medio de sus sueños. Era aquella joven, la muchacha que aparecía desnuda en compañía de un lobo al que llamaba Raziél. Hacía semanas que no había soñado con ella, pero esta vez el sueño iba a tener otras consecuencias.

Al despertar, Rodrigo se aproximó, como siempre hacía desde el primer día en que los dos compartieron lecho, tras contraer sagrado matrimonio, para dar un beso en la mejilla a su esposa, pero la encontró despierta y pensativa.

—Esta noche he tenido otra vez ese sueño —dijo Ana. Luego cambió el tono de voz—. Rodrigo, me estás ocultando algo y quiero saberlo.

—¿Qué quieres decir? —Rodrigo se frotó los ojos y trató de disimular el nerviosismo que se había adueñado de él.

—La piedra —dijo ella—. ¿Qué es esa piedra azul, la —que quería ese hombre que entró en casa?

—Ya os lo dije, una pieza muy cara que apareció en una excavación arqueológica. Es un colgante medieval que te compré como regalo de Navidad.

—Rodrigo, no me mientas —la voz de Ana era dura como jamás había escuchado su marido—. En el sueño esa joven que aparece desnuda y con un lobo a su lado llevaba al cuello ese colgante y me lo mostraba. *El talismán de Raziél*, fue lo que me dijo. ¿Qué está pasando, Rodrigo? ¿Por qué sueño desde hace semanas con esa muchacha? ¿Qué me quiere decir? Ya no soporto más mentiras. Soy médico, Rodrigo, por Dios. ¿Dónde está el cáncer que me devoraba? ¿Por qué ha desaparecido? ¡Estuve muerta! ¡Dime la verdad de una puñetera vez!

Nunca había visto tal furia en los ojos de su mujer. ¿Cómo había podido ser tan

estúpido? No estaba hablando con Nanda o con Aniceto, los cuales tal vez tenían dudas de lo que realmente había ocurrido en la noche en que la señora resucitó de entre los muertos, pero cuestionarían la palabra de su señor.

No, no eran Nanda o Aniceto. Era su mujer, Ana. Un persona con conocimientos médicos y la verdadera protagonista de aquellos hechos asombrosos. ¿Cómo iba pretendía seguir sosteniendo aquella pantomima?

Rodrigo se sentó en la cama acomodando los riñones contra el cabecero y usando la almohada a modo de respaldo.

—Está bien, te diré lo que sé.

Y durante más de media hora Rodrigo habló sin ser interrumpido por su esposa. Le contó cómo al ayudar a Iraola en sus investigaciones esotéricas había topado casualmente con un documento en la catedral de El Burgo de Osma y cómo resultó ser el escrito obra de un judío de época desconocida. Y añadió a la parrafada todo cuanto ya sabemos, y no quedó nada en la penumbra de la mentira, pues Rodrigo no tenía entrenamiento alguno en engañar a su esposa, la mujer por la que había matado, resucitado a un hombre y dejado sin resucitar a otro.

—¿Cómo pudiste dejar al pobre Iraola en mitad de su propia sangre? —le reprochó Ana amargamente—. ¿Qué clase de hombre eres, Rodrigo? No te conozco.

—Me conoces, mi amor. Soy el hombre que siempre te ha querido, y que te sigue queriendo. Soy el hombre que prefiere pudrirse en el infierno que verte a ti enferma un minuto más. No podía devolver la vida a Iraola sin que las preguntas de la Policía, de Nicole y del propio Iraola me acorralaran y pusieran en peligro nuestro futuro juntos. Con esto, mi amor —alzó Rodrigo el talismán—, podremos vivir juntos eternamente. Ni la enfermedad ni la muerte podrán separarnos.

—Pero yo quiero vivir como una mujer, Rodrigo, y no como un monstruo que ve morir a quienes lo rodean sin hacer nada por ellos. Yo quiero sentir la vida como lo que es, un soplo, pero fugaz, como soplo que es. Quiero ver a mis animales, a Raziél, y reír con ellos, y llorar también cuando hayan muerto. Quiero vivir, Rodrigo. Eso es vivir. Lo que tú propones va en contra de Dios y en contra de la vida.

—¿De Dios? ¿De qué Dios? ¿Del que premió tu bondad con una enfermedad cruel? —gritó Rodrigo—. Dime, ¿de qué Dios hablas?

—Hablo del Dios que siempre has tenido tú en los labios, amor. Del Dios en el que siempre has confiado, del que nos unió en matrimonio y a cuyo reino quiero ir, si es que lo llego a merecer, después de morir.

—El Dios que nos separa no es mi Dios —repuso Rodrigo.

—Es el Dios que nos ha unido, y somos sus criaturas, Rodrigo. Somos barcos y él es mar. Él crea el amor que nos unirá para siempre. Debes deshacerte de esa piedra, por favor.

—Nunca.

Rodrigo se incorporó llevando consigo el talismán.

Ana escuchó el sonido de la caja fuerte que Rodrigo tenía en su despacho y

sonrió. Aquel hombre había dado la mayor muestra de amor, aunque amor loco, que nadie daría jamás por ella. Y por eso mismo supo que Rodrigo la disculparía cuando hiciera lo que había decidido hacer. A Rodrigo, ya se veía, el amor le había nublado el juicio y la memoria, pues Ana también sabía la combinación de la caja fuerte.

Tras el desayuno, que fue apaño de café, té con leche y algunos de los muchos dulces de la noche pasada, Ana y Rodrigo cumplieron con su tradicional costumbre de pasear por las calles solitarias de Santillana del Mar antes de que nadie más las estrenara el día de Navidad. Amaban más que nada aquel ejercicio que ponía a sus pies las empedradas calles medievales cuando todo el mundo dormía la opípara cena anterior. Era una gimnasia que repetían el día de Año Nuevo y que los llevaba indefectiblemente desde su casa al inicio de la calle dedicada al escultor Jesús Otero hasta la calle del Río, y luego desde allí rodear la Colegiata. Después, mieses arriba, se las ingeniaban para ingresar de nuevo en la villa por la calle de Los Hornos e ir a parar a la Plaza Mayor.

Pero al llegar a la casona advirtieron actividad muy temprana en la posada Camesa, enfrente mismo de su hacienda. Ana vio un taxi a la puerta de la posada y a Nicole trasegando con un par de maletas.

—Vete a casa, cariño —le dijo a su marido—. Enseguida voy yo —luego se dirigió hacia la posada del señor Barreda—. ¡Nicole! ¡Nicole!

—¡Doña Ana! ¡Qué casualidad! —Sonrió tristemente la muchacha—. Ahora mismo iba a ir a despedirme de usted.

—¿A despedirte? ¿Qué quieres decir?

—Que me marchó, doña Ana. Todo esto ha sido muy difícil para mí, ya lo sabe.

La joven explicó a Ana algo que la señora desconocía y fue la galopada de su hermana a horcajadas del antiguo novio de Nicole allá en la picara Francia, y de las consecuencias fatales que para su noviazgo había tenido aquel descubrimiento.

—Y ahora —se endulzaron los ojos azules de la joven— ya ve usted lo que ha ocurrido. Y no piense que me voy sin agradecerle a usted que haya sido una madre para mí. Me dio trabajo y compañía y nunca lo olvidaré, doña Ana, pero debe entenderme.

A Ana las lágrimas la delataban. Entendía a la muchacha, pero su marcha la arrojaba a la cara con violencia una realidad en la que no había reparado hasta ahora: Ana quería en verdad a Nicole como a una hija.

—Antes de que te vayas, pasa por casa —dijo Ana—. Seguro que Nanda y Aniceto querrán despedirse.

Nicole la vio partir entre los charcos azules que eran sus ojos y terminó de acodar su petate de viaje en el maletero del taxi que la llevaría al aeropuerto. Después, dijo al taxista que aguardara unos minutos, que tenía que despedirse de alguien, y se encaminó a la casona solariega.

Allí estaban ya esperándola Rodrigo, Ana, Nanda y Aniceto. Todos fueron realmente amables con ella, pero las dos mujeres, Ana y Nanda, tal vez por ser

mujeres y por sentir como tuyas las desgracias de aquella, para sus ojos, niña rubia y blanca, sintieron su marcha como si fuera una muerte. Hubo abrazos, lloros y moqueo copioso entre las tres.

Finalmente, Nicole logró zafarse de los besos y se alejó en dirección al taxi. Pero a medio camino entre la casona y la posada, escuchó la voz de Ana.

—¡Nicole! Espera.

Ana se acercó corriendo y volvió a abrazar a la muchacha, pero era más treta que arrumaco, pues lo que Ana quería era permanecer cerca del bolso de la joven los instantes precisos para deslizar en su interior un postrer regalo: una piedra azul triangular engarzada en una filigrana de metal y sujetada por un cordel parduzco. Y junto a la piedra, una nota.

—Adiós, cariño —fue lo último que Ana le obsequió a Nicole.

¿Por qué tomó esa decisión Ana? ¿Por qué si tanto la incomodaba el talismán no lo destruyó ella misma?

A esas preguntas se podrá responder como se quiera. Tal vez ella tuvo que actuar rápidamente antes de que Rodrigo advirtiese su treta, puesto que seguramente él no tardaría en poner en otro lugar el talismán. O quizá ocurrió que Ana no quiso llevar la contraria a Dios, puesto que destruir el talismán iría contra los deseos de quien lo diseñó y lo puso en manos de los hombres.

O simplemente le sucedió como nos ocurre a todos nosotros de forma continua: que Dios habló a través de sus manos.

XII

Toledo.

Año 2003 de los cristianos. Mes de enero

Si quieres saber y comprender qué sucederá en todos y cada uno de los años venideros, toma un papiro hierático y córtalo en tiras, y escribe en hierático con una mezcla de tinta y mirra todas y cada una de las posibilidades separadamente. Toma entonces un nuevo frasco, pon en él aceite de nardo y arroja dentro las tiras escritas; entonces, ponte en pie cara al Sol cuando viene de su cámara nupcial y di: «Yo te conjuro a ti, oh Sol, que brillas sobre la Tierra, en el nombre de los ángeles que hacen a los hombres sabios comprender y entender la sabiduría y los secretos, que tú harás lo que yo te pido y me harás saber lo que sucederá en tal año...».

Gabriel Zarza miró pasmado el texto que había leído. Se trataba de una invocación mágica empleando a los ángeles como instrumento y que se podía leer en un libro llamado *Sefer ha-Razim*, lo que se solía traducir por los especialistas como *Libro de los misterios*. Y allí se habla de que toda aquella compleja maraña de invocaciones angélicas había nacido de la donación que un ángel llamado Raziel había hecho a Noé, y que Noé lo había dado forma sobre un zafiro.

Por aquellos primeros días de enero tenía mucho leído Zarza sobre cosa de magia y talismanes, y su amiga Sol, que sabía más que nadie sobre cualquier cosa que tuviera que ver con nigromancias e historia, le había proporcionado una suculenta ración de escritos especializados, como los del profesor Alejandro García Avilés, que era quien había escrito que el *Liber Razielis* o Libro de Raziel —del que al parecer había copia en la Biblioteca Apostólica Vaticana— había quedado dividido en latines en siete partes, y que la sexta ración —a la que se había dado el nombre de *Libro de los cielos*— mucho tenía en común con él ya mentado *Sefer ha-Razim*. Y durante días aquellas lecturas habían dañado irreversiblemente la poca cordura que al periodista especializado en misterios le quedaba.

—A ver si yo lo he entendido —le había dicho días atrás a su amiga Sol, que lo miraba divertida—: me dices que el tal Raziel no es cosa de risa, que existió, al menos en los textos de magia astral, y que incluso hay un libro que lleva su nombre, ¿no es así?

—Efectivamente —respondió ella con una sonrisa desde la atalaya de sus ojos verdes.

Sol, como a ella le gustaba que la llamaran, era en realidad en el carné de identidad María del Sol Arenas, parida de Badajoz, de pelo corto y negro, ojos verdes claros y muy poca cosa en la pechuga, pero mucho equipaje en la mollera. Lo suyo era la Historia, territorio por el cual solía circular con los ojos cerrados sin que se advirtieran errores crueles en el tratamiento de personajes y efemérides. Mas no

contenta con eso, y como le sobraba espacio, consiguió amueblar su azotea con el estudio de lenguas tan muertas que se diría que hieden, como el arameo, el sánscrito, el hebreo y otras jerigonzas y geminarías que mejor será no citar por no dejarlas mal escritas.

Tenía novio Sol, para fastidio de más de uno, que aunque pequeña de estatura, había en ella ideas atractivas que se veían reforzadas, a ojos de especialista masculino, con una expresión picara y un trasero que, envuelto en vaqueros, de vez en vez hacía que Gabriel perdiera el hilo de la exposición. Y lo peor es que el novio de Sol era, según dictamen emitido hacía tiempo por Zarza, tonto de remate, amén de descreído de todos aquellos aquelarres que tan en común tenían la muchacha y él mismo. Y es que Vicentito, como Gabriel gustaba llamarlo para dañar la honra del galán, era farmacéutico de estudios, vocación y profesión, y una botica regentaba en lo mejorcito de Madrid que le había cedido en herencia su padre, del que no hará falta decir que era farmacéutico como lo había sido antes que él el abuelo de Vicentito.

—O sea, que tal vez el papel no sea una idiotez después de todo —dijo Zarza mirando de nuevo el documento que encontró en el bolsillo del abrigo gris que había olvidado Fructuoso Perales.

—Bueno, eso no lo sabemos con certeza —respondió Sol, contemplando absorta el dibujo del talismán que acompañaba el manuscrito—. Lo que sí te digo es que lo que pone ahí es lo que yo te he traducido, y que Raziel es nombre de ángel que dio forma a leyendas y a un libro de magia astral.

—A ver si me aclaro yo con lo de la magia astral, que no acabo de verlo claro. Se trata de conjurar a ángeles para que hagan cosas por ti, ¿no?

—Más o menos.

Sol se levantó de la alfombra en la que estaban sentados en busca de un libro que había dejado sobre la mesa, lo que sirvió para ofrecer una panorámica inquietante de su trasero al pobre Zarza. Cogió el tomo y volvió a su clase magistral.

—En la Edad Media se hablaba de la ciencia de las imágenes, que consistía en confeccionar un talismán en el momento astrológico más conveniente para captar todo el poder de las estrellas. En esos mágicos momentos había que grabar sobre el talismán una figura de poder o pronunciar determinadas palabras. Al rey Salomón se le atribuían numerosas obras de magia astral, y también a Hermes Trismegisto, por supuesto, que era el alias heleno del viejo Thot egipcio, el dios de la escritura y de los números, pero también de la magia. Luego los cabalistas judíos hicieron oficio en ese campo convencidos de que los ángeles, cuyos nombres secretos ellos conocían, eran mediadores entre los hombres y los astros, de modo que si se invocaba a un ángel, el astro que este cabalgaba se podía disponer del modo más conveniente para el mago y para su talismán.

—¿Y qué materiales se empleaban para confeccionar los talismanes?

—Piedras, sobre todo piedras —respondió la prometida del farmacéutico—. Hay obras, como el *Libro de los secretos de la naturaleza*, donde se habla de las virtudes

maravillosas que tienen algunas rocas y también se ilustra la manera y forma que han de tener las imágenes que se graben sobre ellas. Aquí, en España, el que más atención prestó a estos asuntos fue Alfonso X el Sabio.

—Algo había oído yo —respondió Zarza.

—Tus antepasados judíos fueron unos especialistas en eso —se burló Sol, que sabía que el apellido de su amigo conducía por una tortuosa senda serpenteante hasta la vieja Sefarad, de la que procedían los Zarza—. Otro día te tendré preparada una conferencia sobre la magia y el rey Sabio, pero ahora me tengo que ir.

La joven se levantó y se echó atrás coquetamente un mechón de pelo que caía sin disciplina sobre su ojo derecho. Cogió su bolso y un par de libros, sonrió a Gabriel y le dio un beso en la mejilla. Sol siempre había sospechado que en el periodista anidaban otros sentimientos hacia ella, pero amaba a Vicente, aunque a todo el mundo le pareciera extraño. Vicente, era cierto, tenía sus cosas, pero era un buen muchacho, cariñoso y dulce con ella.

—¿Nos vemos pasado mañana? A ver si averiguas algo más de lo del rey Alfonso y todo esto —propuso Zarza.

—No sé si podré. Si me es posible, te llamo.

Zarza se quedó solo en su piso madrileño de dos habitaciones con vistas a los cables eléctricos que culebreaban por el patio interior de la vecindad. Y aunque durante unos instantes le torturó el recuerdo de la sonrisa y el pantalón vaquero de Sol, pronto espantó los fantasmas y regresó al problema que tenía sobre la mesa: el enigma del documento hebreo que había encontrado en el bolsillo del abrigo de Perales y que, tras la traducción de Sol, había descubierto que hablaba de personajes que le eran vagamente conocidos, de un ángel llamado Raziél y de un talismán.

Las dos conversaciones que había mantenido con Perales, a quien había encontrado siempre al frente de una de las sucursales de su multinacional del sector turístico a la puerta de la sinagoga de Santa María la Blanca, no habían resultado muy enriquecedoras.

La primera ocasión que tuvo de verlo trabajar en su despacho al aire libre fue al día siguiente de la odisea inimitable de la muerte y resurrección según Fructuoso. Era a eso de media tarde, hora de siestas ibéricas y de tendidos de sol, tiempo de muerte en la arena y otras lindezas que un turista alemán nunca entendería, y justamente teutón era el matrimonio de edad más que madura que se apostaba frente al mostrador ambulante de Fructuoso, a la vera de la sinagoga.

Zarza se demoró para verlo trabajar. Era un delicia ver cómo el hombrecillo, con su flequillo de los años sesenta, sombra de una juventud lejana y sin duda agitada, se las ingeniaba para hablar en el idioma de aquel alemán que en estatura estaba por encima de él en más de una cabeza. Pero solo superaba el teutón a Perales en peso y envergadura, que no en ingenio. Y Zarza, apostado en la esquina y estudiando al indígena ibérico como el zoólogo se embecía con el vuelo del ave exótica o con el fornicar del jabalí, asistió atónito al despliegue de ciencia de Fructuoso, que en un

abrir y cerrar de ojos, en medio de molinetes de manos y aspavientos descomedidos, le birló la billetera al centro-europeo, y aún se dio maña para que la esposa del incauto perdiera en la visita un reloj que a Zarza, aún de lejos, le pareció de oro a prueba de mordedura de perito.

¡*Un hacha, el tal Fructuoso!*, sonrió Zarza en silencio, que aquella gesta de pícaro español era cosa de saborearla como guiño histórico para consumo interno.

—Habrás echado en falta el abrigo que olvidó ayer en el coche —dijo Gabriel a Perales cuando la pareja alemana se hubo marchado mucho más ligera que cuando llegó.

—¡Joder, ya lo creo! Que hace un frío de pelotas estos días, y mire —añadió señalando un gabán raído con el que se cubría—, me he tenido que poner este capote que encontré en el fondo del armario, porque no me gusta a mí, ¿sabe usted?, venir muy puesto de pieles a trabajar.

—Pues este abrigo pesa lo suyo y le debió costar un ojo de la cara —bromeó Zarza.

—Buenas perras me costó. Tiene usted razón.

Perales ya se lo había quitado de las manos a Gabriel y se lo colocaba quedando sepultado bajo aquel manto gris varias tallas por encima de la suya.

—Para mí que le queda algo grande —tanteó Zarza, que había sacado ya del abrigo tanto la factura de hotel como el documento escrito en hebreo.

—Si es que lo compré por Internet en una de esas tiendas de lujo y me lo mandaron equivocado —explicó el industrial del turismo—. Ya he dado recado al sastre de que hoy mismo me tome medidas y me lo arregle —añadió, palpando el tejido exquisito de la prenda y sin que pareciera echar de menos nada de aquellas bolsillos.

Zarza lo observó con atención y confirmó su sospecha de que aquel abrigo no era de Perales, aunque no alcanzaba a resolver cómo fue que se había hecho con él este industrial cuyo negocio, ya se veía, no era otro que el de tratar de sacar más cuartos de los debidos a los turistas que le compraban una guía de Toledo, una postal de la catedral o un réplica de *El entierro del conde de Orgaz*.

—Oiga, ¿y para cuándo sale mi entrevista? —preguntó Perales mientras daba cuenta de un bocadillo kilométrico de mortadela a eso de las once de la mañana.

XIII

Frómista.
Año 1196 de los cristianos

LA turba se dirigió sin más demora a casa de las dos judías. ¡Cómo no nos dimos cuenta antes!, se decían. Aquellas dos eran brujas y andaban buscando un cristiano de bien para sus sacrificios. ¡El pobre don Tirso! ¡Tan buen esposo como padre y como devoto de Dios! ¡Que lo han sacrificado las judías!, iban diciendo a todo los que salían a la calle a hora tan temprana preguntando qué demonios pasaba.

Y así fue como Nuño y su compañero el sargento Goñi obtuvieron retazos de lo que allí había sucedido: que un hombre justo, caballero recto y de orden, temeroso de Dios, amante de su esposa y padre protector de la joven más bella de Frómista, lugareño adinerado pero generoso con todo el mundo, bien parecido, e incluso guapo, y que ya sin duda debía estar a la derecha del Padre en los cielos, había sido asesinado por dos mujeres judías, que además le habían robado los maravedíes al tiempo que sin duda habían usado el alma de aquel santo y justo varón para alguno rito demoníaco. Y es que, a decir de aquella gente, no se explicaba de otro modo el don que las dos mujeres tenían para ciertas artes. La una, decían, escribía con una destreza impropia de cualquier mujer honrada; la otra tenía unos dedos maravillosos trabajando las joyas, y lo raro es que no hubieran asesinado a nadie antes.

Extraño crimen le pareció a Nuño aquel que la gente describía a voces. ¡Dos mujeres eran las asesinas y se quedaban en casa a dormir tan campantes a la espera de una turba que de mañana iba a prenderlas! Algo no cuadraba en aquella historia. Y lo que menos le pareció al templario que cuadrara era tan angelical retrato como el que se efectuaba a costa del difunto. ¡Cuánta perfección! Demasiada para un hombre solo, se decía a sí mismo el freire, e hizo una seña a su compañero para seguir a la turba, que había engordado notablemente al tiempo que las ventanas de otras casas, de las muchas judías que en Frómista había, se cerraban a cal y canto.

Aixa se despertó sobresaltada. ¿Qué ocurría? Le dio tiempo a vestirse y a avisar a su madre. Zoraida se desperezó pesadamente. El trabajo y aquellos recuerdos de Toledo la habían dejado agotada y había logrado dormir las últimas horas de la noche.

—¿Qué sucede? —preguntó a su hija.

—No lo sé, madre, pero hay gritos en la calle y cada vez están más cerca.

Tan cerca estaban los gritos como que ya habían llegado a la puerta de su casa y pronto hubo cristianos de bien que, con esa ventaja que le da al cristiano el ser depositario de la verdad e interpretar la voluntad de Dios antes que cualquier otra criatura, ya estaban pateando la puerta de la humilde vivienda de las dos mujeres.

A Zoraida la encontraron justo en el instante en que se ajustaba el vestido; a Aixa la tuvieron de inmediato de frente blandiendo un cuchillo.

—¿Qué queréis? ¿Cómo os atrevéis a entrar a sí en nuestra casa? —La voz de la bella Aixa era tan firme como afilada el arma que mostraba.

La turba se detuvo.

Por un instante, una fracción de segundo, la escena parecía congelada. Los hombres de Dios, justos y piadosos, quedaron en el quicio de la puerta, como si no se atreviesen a avanzar para no adentrarse en la morada del mal; la muchacha, con el puño cerrado con fuerza alrededor de la empuñadura de la daga, y Zoraida mirando la escena como una espectadora más. Pero solo fue una fracción de segundo, pues de pronto Dios debió inspirar a uno de aquellos excelentes cristianos y este gritó su descubrimiento:

—¡Es el puñal con el que asesinaron a don Tirso!

Y un coro le dio la razón. ¡Cómo no habían caído en la cuenta! ¡Aquella arma feroz e impía había sido la que arrebató a la comunidad a uno de sus hombres más insignes! ¿Insignes? No. ¡Un hombre santo! ¡Eso era don Tirso! Y el grito se hizo manos y piernas y la turba atravesó el umbral prohibido del mal, que bien claro se veía que anidaba en aquella casa. Y Aixa fue desarmada por un hombretón que la golpeó en el brazo con una horca, y luego las mujeres que se habían sumado a la justicia de Dios la echaron mano de los pelos, le arañaron la cara y le destrozaron medio vestido. ¡Si ya se veía que esa belleza suya solo podía ser cosa de pacto con el diablo! Y a Zoraida la zarandearon mil manos y otras mil, o tal vez las mismas, la golpearon y la sacaron a empujones de su casa.

Ya en la calle, la gente justa y cristiana miró a las pérfidas asesinas. La joven seguía instalada en su insolencia detrás de aquella belleza maligna; su madre miraba a todos desde una distancia imposible de calcular. Las dos mentían cada vez que hablaban, pues no era sino mentira afirmar que no sabían nada de la muerte de don Tirso; que ni siquiera lo habían visto la otra tarde y que aún no se había llevado la carta que había encargado.

¡Mentira!, gritó la justicia de Dios a través de decenas de gargantas. Y de pronto, una nueva inspiración divina les dictó lo que debían hacer.

—¡Crucificadlas! ¡Que sufran lo que ellos le hicieron a Jesús!

La propuesta encontró el lógico entusiasmo que suscita una idea excelente, y además piadosa. Darles muerte de ese modo permitiría incluso que se redimieran de sus pecados, lo mismo que había querido hacer con los nuestros Nuestro Señor Jesucristo.

¡No se hable más! El carpintero, a pesar de que otras veces había hecho encargos a Paloma y había comprado alguno de los trabajos en plata de Aixa, se prestó a poner los maderos necesarios. El herrero, aunque su hija era la mejor amiga de la joven judía, dijo que invitaba a los clavos y al martillo. Y el cura —¡que Dios siempre lo tenga en la gloria!— bendijo las operaciones.

Todo estaba decidido. ¿Todo? No, todo no, puesto que nadie había reparado aún en la presencia, a espaldas de la turba justiciera, de un caballero del Temple, y este tuvo una reacción que jamás nadie pudo imaginar.

Nuño García bajó de su caballo, se abrió paso entre el gentío y se situó entre las dos mujeres acusadas de asesinato y el jurado que acababa de condenarlas. Luego, dijo algo en voz baja a la joven judía, que ya le había hecho estremecer al verla de lejos y ahora lo turbó aún más en la corta distancia, y otras frases pronunció en voz alta:

—¡No permitiré un asesinato en nombre de Dios! —gritó a la masa violenta—. Si estas mujeres son, como decís, culpables, habrá que probarlo.

La joven Aixa entró en la casa mientras el templario se hacía fuerte entre la turba y la casa endiablada de las dos mujeres, y para hacerse entender mejor había desenvainado su espada. Y al poco, la joven salió de nuevo con un hatillo en la mano. Eran las pocas cosas de valor que tenían: los cuatro dineros ahorrados y los útiles del trabajo de ambas. Entonces, la turba se dio cuenta de lo que tramaba el templario. ¡Cómo no lo habían sospechado antes! ¡Los templarios! ¡Siempre tan amigos de los musulmanes y de los judíos! ¡Cualquier día la justicia de Dios caería sobre ellos!

Pero mientras llegaba o no ese día, aquella gente de don Tirso decidió que al menos le había llegado la hora a uno de aquellos enigmáticos caballeros de la capa blanca, y se lanzaron a por él y a por las dos mujeres. Sin embargo, para su desgracia resultó que era don Nuño tan hábil con la espada como jamás hubieran visto otro, y no le iba a la zaga el sargento Goñi, que cayó por la espalda de la turba abriendo un corredor por el que cruzaron las dos mujeres y el caballero. Y al poco, Zoraida compartía grupa con el sargento y Aixa con Nuño, para mayor nerviosismo del monje, que por supuesto era célibe.

El día empezaba a tomar forma cuando los dos caballos salían a galope de Frómista. ¿Los seguirían? Nuño esperaba que no fuera así, pero decidió no tentar a la suerte y *Peregrino* y su colega trabajaron sin desmayo durante un par de horas.

XIV

Valladolid.

Año 2003 de los cristianos. Mes de enero

ESCÚCHAME bien, Leo, lo de tu hermano fue una estupidez y no puede volver a ocurrir, ¿de acuerdo? —El *obispo* miró al hombretón con aquellos ojos grises de acero que tanto lo atemorizaban—. No sabes las teclas que he tenido que tocar para que lo pudierais enterrar en paz y que a nadie le dé por tirar del cable hasta llegar a mí. Así que no irás solo. Te acompañara un hombre que irá a verte esta tarde a casa. ¿Estamos?

—Es que yo me doy más maña solo que acompañado, señor se atrevió a decir Leovigildo Velloso, hermano del infortunado Recaredo, a quien el lobo Raziel había dado muerte una noche de lluvia en el jardín del señor Suárez de Lara.

—Lo harás como yo te diga. Además, tú solo no podrías con todo, hombre. Hazme caso y todo esto acabará enseguida. Tú traeme esa piedra, y tan amigos.

Leovigildo asintió y obedeció, como siempre había hecho su familia ante los encargos del señor *obispo*, incluso aunque los llevara a la muerte, que fue lo que esperó al final de la aventura a su hermano menor, el pobre Recaredo, al que dieron tierra sin los genitales porque un lobo se los había arrancado como si fueran cosa de goma, de usar y tirar.

El señor *obispo* había logrado tapar el asunto en la medida en que eso fue posible y se había hecho cargo de la familia del difunto haciéndole llegar, a través de una compleja trama de intermediarios que dificultaba en extremo el rastreo del dinero, una pensión generosa que aliviaría para siempre a la viuda y a su prole.

Por su parte, Leovigildo tenía cuatro churumbeles que atender y dos más mayores que ya estaban en edad de trabajar y cuidar a la madre, doña Francisca, que sabía que cuando el señor *obispo* llamaba había que acudir.

Leovigildo era algo más alto que su difunto hermano, pero no menos feroz en su aspecto, de pelo enredado donde se entretejía el negro español y cada vez más canas; el abdomen, cuidadosamente cebado a base de cocidos y cecinas. Pero al contrario que su hermano, era Leovigildo hombre de más recorrido porque había visto mucho mundo, que de vacaciones anduvo una vez por Francia y otra por Italia, expedición la segunda en la que se consumó la luna de miel de su lejana boda y que incluyó las maniobras imprescindibles para desflorar a su señora y sembrar en el intacto barbecho el primogénito de la saga, amén de visitar la casa vaticana del Santo Padre, que bien grande que era a ojos de dos rústicos castellanos.

Lo que no sabía Leovigildo es que el señor *obispo* había pensado que aquella tarea, en la que embarcó sin medir las consecuencias a Recaredo, les quedaba grande

a los hermanos Velloso. Sí, era verdad que nadie le iba a ser tan fiel como ellos, pero aquí hacía falta pulimento y alguna lectura más de las que la familia Velloso atesoraba toda junta, y por eso buscó en el catálogo donde se contrata a esa gente profesional al hombre que aquella misma tarde se presentó en la hacienda de Leovigildo.

Se trataba de un tipo dos cabezas más alto que Velloso y veinte kilos más flaco. Tan era así, que a la señora de Velloso le pareció un actor de cine, de tan buena planta como llevaba y tan acomodado como el traje gris le caía sobre aquella percha en cuya cumbre había una cabeza repeinada, domado el cabello con gomina, y barba rasurada a conciencia: un señor. Se veía que era un señor. Y él, Leovigildo Velloso, iba a trabajar con el especialista que había contratado el señor *obispo*.

Tres horas de viaje les llevó alcanzar su destino, donde ya tenía al parecer todo aparejado el actor de cine que se presentó bajo el nombre de Rodolfo, tal vez para que la imaginación de doña Francisca se embalase y le viera un aire argentino en la caída de los ojos.

Tomaron dos habitaciones por separado en una pensión de un pueblo llamado Ubiarco, a un paso de Santillana del Mar. Luego se instalaron, lo que fue fácil, pues poca cosa había en la bolsa de viaje de Velloso —una muda, ya que se suponía que en una semana estaría de vuelta en casa y con eso había de sobra— y mucha diligencia tuvo Rodolfo para distribuir recta y pulcramente sus tres trajes, cinco camisas y sus buenos zapatos acompañados de calcetines, amén de aquellos calzoncillos —de suave algodón unos y de licra coqueta otros— que tanto asombro causaron ante los ojos huérfanos de instrucción en esas lindes de Leovigildo Velloso. Y ya bien acomodados, los dos se dieron una vuelta por la playa de Santa Justa.

El municipio de Santillana del Mar tiene mar. Y aunque parezca verdad de perogrullo, era cosa que traía de cabeza a Leovigildo Velloso, que alguna vez había estado en la villa románica y mar, lo que se decía mar, no había visto él por ningún lado. Mas he aquí que lo de estar viajado es cosa que ilustra más que ninguna otra y resultaba que había playa en aquel pueblo de Ubiarco, que acontecía que estaba dentro de las fronteras de Santillana del Mar. Y además estaba la playa adornada con unos acantilados abruptos donde el mar venía a descargar su ira entre escándalo de espuma y trueno.

Don Rodolfo, que era como el argentino o lo que fuera había exigido que se le tratase, caminó con mucho tino, como si ya tuviera bien sabido el itinerario, y con no menos sigilo —que cada poco se volvía como águila a mirar si había algún mortal por allí— hasta la más singular ermita que se había echado a la vista Leovigildo.

Bajo la sombra de las peñas, expuesta al fragor de la batalla de las olas, había una pequeña ermita. Y para sorpresa de Leovigildo, el argentino tenía las llaves y abrió el local con poco respeto, le pareció a él, para la santa y para el condimento católico que un recinto así requería.

—La traeremos aquí —dijo a modo de ilustración Rodolfo.

Se veía que días atrás el argentino había roto la cerradura del santuario y puesto una nueva cuya llave él solo tenía. Dentro había un colchón con poco uso y cuatro latas con comida, además de un bacinilla limpia. Y en lo que a aparejos litúrgicos se refiere, no había allí más que dos retablos chicos y un altar de madera. Ni santa ni santo se veía que allí vivían.

Hechas las comprobaciones, la desigual pareja abandonó el local, al que solo regresaron por la noche con mucho más tiento si cabe, y no solo porque no era broma andar sin candil entre las peñas y con un mar tenebroso con tentáculos de espuma, sino porque llevaban compañía envuelta en una sábana. Y esta vez, para llevar el paquete y ocultarlo en la ermita, se habían cuidado de llegar no por Ubiarco, sino por unas pistas de la concentración parcelaria de Tagle, la última de las cuales no quedaba lejos de un paredón en ruinas, último testigo de alguna industria militar de piedra que en tiempos roñosos desde allí miraba al mar. Y con el fardo prieto agarrado entre los dos, Rodolfo y Leovigildo Velloso dieron por cumplida la primera parte del plan.

Salieron de la ermita y cerraron con llave dejando sobre el colchón a una desvanecida doña Ana, que había sido sorprendida paseando sola y ensimismada no lejos del Campo del Revolgo. Y allí mismo y con presteza fue golpeada con habilidad por el argentino y envuelta en blanco lienzo por su compinche vallisoletano.

—En un par de días daremos un susto a su marido —sonrió Rodolfo—. A ver si nos da o no nos da la puñetera piedra.

XV

Castilla. Año 1196 de los cristianos

Dos horas de huida a caballo fueron solo el inicio de dos días de viaje junto a las dos mujeres, a las que aún Nuño y el sargento Goñi creían judías. ¿Se quiere saber por qué se había prolongado aquella extravagante amistad entre un caballero casto, un sargento templario tosco y dos mujeres infieles? Eso habría que preguntárselo a ellos, pero por lo que luego se supo, hubo mucho de interés por parte de las dos damas —¿qué será de nosotras en medio de estas tierras?—, ningún interés por parte del hosco Goñi —¿está seguro, señor, que es lo más indicado para un caballero que tiene que cumplir una misión de la manera más discreta posible cargar con dos judías por tierras de Castilla?—, y un interés preocupante y cada vez más intenso por parte de Nuño García —que pasó de la pregunta ¿cómo dejarlas a su suerte en medio los campos?, ¿acaso podré ver algún día ojos tan bonitos como los de Lilit?

El templario no fue muy prolijo a la hora de explicar qué hacían en Frómista y adónde se dirigían. Estábamos de paso, fue su seca respuesta; se dirigían al norte, fue la aclaración posterior. ¿Al norte? ¿A algún monasterio de vuestra orden?, quiso saber Lilit, que tenía esa virtud que a veces atesoran las jóvenes bellas y divertidas para preguntar de tal manera que parece que no piden, sino que dan. Y dos días después, Nuño le había dado muchas más explicaciones: iban a un pueblo que llaman Sancta Illana; los enviaba su comendador; tenían que contratar a un maestro cantero que andaba trabajando en aquellas tierras, no lejos del mar.

¡El mar! Lilit pronunció la palabra en medio de un suspiro. ¿Cómo sería el mar? ¿Habéis visto vos el mar?, preguntó con los labios, pero a Nuño le pareció que hablaba con los ojos, con los brazos, con los senos... Y trató de contener al hombre que, como templario, había amordazado el monje en su interior. Sí, una vez lo había visto, pero solo una. ¿Cómo es? A punto estuvo de decir que era muy parecido a sus ojos, pero solo dijo que era grande, muy grande, y espoleó a *Peregrino*.

Esas conversaciones entre el freire y la muchacha judía eran observadas con atención por el sargento, un hombre de quien no se podía decir que la fortuna de sus pensamientos fuera tan inmensa como el mar que tan mal había descrito Nuño. Para él, no había más mar y más mundo que la orden, y si el freire no era capaz de dominar su entrepierna, debería ser él quien le recordara la razón por la estaban atravesando Castilla aquella primavera.

La primavera castellana, que había sido mucho más que cálida en algunas ocasiones en los últimos días, lentamente iba tiñendo sus cielos de gris y el aire

vespertino, como las mañanas, era cada vez más húmedo y frío.

Zoraida, Paloma en su versión judía, que era la que mantenía ante los dos cristianos, había solicitado y obtenido de los dos templarios la posibilidad de acompañarlos hasta el mar. *¿Qué harían allí? Aún no lo tenía pensado. Había oído hablar de algún pueblo costero donde había juderías, como el que pasaría a la historia posteriormente como San Vicente de la Barquera. ¿Irían allí? ¿Buscarían un barco para ir a alguna parte? ¿Será posible que ella, mujer musulmana, solo por haber contraído matrimonio con un judío se viera para siempre en la obligación de huir, de vivir sin tierra propia?*

¡Tierras!

Tal vez el mar fuera tan grande como el templario aseguraba, pero parecía imposible que lo fuera más que aquella gigantesca planicie castellana. Campos y campos salpicados de vez en vez por algún pueblo cuyas casas parecían parásitos pegados a los muros de alguna de aquellas iglesias. Los canteros trabajaban; el clero pagaba con el diezmo que absorbía a los pobres campesinos a cambio de la tranquilidad de que Dios les perdonara los pecados una vez hubieran muerto. Y morirían pronto si tenían que entregar lo único que tenían a los orondos sacerdotes. ¡El perdón de los pecados! ¿Qué pecados podía tener aquella gente?, se preguntaba Zoraida cuando se encontraban con algún ganapán andrajoso en medio de aquel universo ocre.

Aquellas tierras, todas las tierras, las había querido hacer suyas Alfonso VII, pero la muerte le hizo creerlas mucho más propias de lo que realmente eran y las dividió, entregando Castilla a Sancho y León a Fernando. Y cuando llegó al trono el sucesor del primero, aquel a quien en sueños Zoraida odiaba, Alfonso VIII, todo fue volver a empezar.

Como lo habían nombrado rey en 1158, con solo tres años, pronto hubo hábiles manos que quisieron tomar las riendas del poder o, peor, tomar las tierras que un niño no sabría cómo defender.

Por ello, cuando Alfonso VIII, el monarca al que Zoraida odiaba, llegó a gobernar de manera efectiva, lo primero que tuvo que hacer fue tratar de recuperar estas tierras por las que ahora cabalgaban.

El reinado del actual monarca castellano se había orientado primero a recuperar lo perdido y a evitar que Aragón se extendiera por tierras musulmanas en las que él tenía algo que decir, como sucedía con los terruños murcianos y valencianos. Y cuando se sintió fuerte, creyó ser más gallo de lo que era y trató de alterar el gallinero musulmán. Y ahí llegó su error, y de ahí las terribles consecuencias que para la vida de Zoraida había tenido el rey que aún gobernaba estas tierras.

¡Alarcos! ¡La batalla de Alarcos! ¡Esa era la razón por la que tanto lo odiaba Zoraida!

—¿En qué pensáis? —La voz de Nuño sacó a Zoraida de sus pensamientos.

—En nada, en nada en concreto. Bueno, en realidad pensaba en las gentes que

han muerto para que los reyes sean los dueños de estas tierras —respondió sorprendiéndose ella misma de su sinceridad.

—Los hombres luchan en causas que consideran justas —argumentó el templario, pero el propio Nuño se dio cuenta de que era un argumento ridículo y que no respondía en absoluto a las reflexiones de aquella mujer, que le parecía extraordinariamente bella a pesar de su edad. Sin duda, su hija tenía a quién salir.

—¿De veras cree, señor monje, que todas las causas son justas? —Había una evidente ironía en la frase que Nuño no supo apreciar—. ¿Hay tantas justicias o solo hay una?

—Tal vez hay muchas maneras de pensar sobre lo que es justo y lo que no lo es.

Nuño se sentía incómodo y atrapado en aquella conversación que rebosaba algo más que filosofía.

—Así pues, la gente lucha por las ideas que sobre lo que es justo tiene un señor o un rey, pero no exactamente por lo que es justo —los ojos de la mujer reían lo que sus labios disimulaban.

—Tal vez, tal vez —fue todo lo que pudo decir Nuño, que golpeó con las pantorrillas a *Peregrino* y se adelantó unos metros al caballo del sargento, en cuya grupa viajaba Zoraida.

XVI

Santillana del Mar.
Año 2003 de los cristianos. Mes de enero

—¿**N**o ha regresado la señora? —volvió a preguntar Rodrigo a la discreta Nanda.
—No, señor.

Hacía más de dos horas que habían discutido como nunca entre ellos tal cosa tuvo lugar. Y creció la bronca después de la ira que a Rodrigo le llenó la boca al descubrir un par de días después de la marcha de Nicole que en la caja fuerte de su despacho no quedaba ni siquiera el aroma de la enigmática piedra azul. ¿Qué se había hecho de ella? Al poco recuperó la memoria, nublada y malherida de tanto amor y sufrimiento de días pasados, y tuvo la certeza que allí no había crimen alguno y que aquello era cosa de su mujer.

Ana no negó ni una sola de las acusaciones de su esposo.

Sí, dijo mirándolo a los ojos y ganando ya el primer asalto en el corazón del hombre que la idolatraba, ella era la culpable de que ya no hubiera un talismán en sus vidas. Y sí, en efecto, se lo había dado a Nicole, a quien quería como hija y a la que deseaba lo mejor. Tal vez lo quisiera de recuerdo o quizá lo vendiera como pieza de anticuario. Eso poco la importaba a ella, y en eso mintió porque no habló de la nota que junto a la piedra deslizó en el bolso de la joven, ni tampoco de lo que esa carta decía.

Rodrigo elevó la voz y asombró hasta a las vigas de recia madera que sostenían los techos de la vieja casona. Aquello no era sino locura y habría que llamar a Nicole para que devolviera la pieza. Y Ana amenazó con marcharse a Liébana para siempre si tal cosa hacía Rodrigo. Y así quedaron los dos, de uñas, la última vez que Rodrigo vio a su mujer, pues en medio de la cellisca de la discusión tomó ella un abrigo y salió a pasear. Y de eso hacía más de cuatro horas.

Las cuatro horas atrás quedaron para dar paso a otras muchas que fueron sumando la tarde entera, y entonces la casa se echó a la calle en su busca. Pero nadie dio señales de Ana. Y entonces hubo que dar parte a la autoridad.

Y con el estómago encogido y la pena en los ojos, que a cualquier roce de un recuerdo Rodrigo era todo agua en la mirada, se pasaron las primeras horas y el primer día. La Policía y la Guardia Civil, según le prometían, estaban en ello, pero nadie sabía dar señales sobre la desaparecida.

Y en el segundo día de ausencia, Rodrigo escuchó por vez primera la voz del argentino.

—¿El señor Rodrigo Suárez? —El teléfono quemaba en las manos del viejo

profesor.

—Sí, soy yo. ¿Quién es usted?

—¿Le importa más saber quién soy o volver a ver a su esposa viva? —En el tono de aquel hombre había una crueldad mal disimulada.

—¿Dónde está mi esposa? Le advierto... —Rodrigo balbuceaba y olvidó pronto todas las recomendaciones que la Policía le había dado por si aquello era secuestro y no ausencia voluntaria de la señora.

—¿Usted me advierte a mí? A mí no me advierte usted ni nadie —y el argentino interrumpió bruscamente la comunicación.

El resto del día fue calvario para Rodrigo, que se reprochaba su escaso tacto para ocasión tan señalada y se culpó de cualquier cosa que le pudiera ocurrir a su esposa. Y no dijo nada a nadie de aquella conversación, ni siquiera a sus empleados. A nadie.

Más allá de las once de la noche el teléfono volvió a sonar en la casona y Rodrigo se abalanzó sobre el aparato con el corazón en la garganta.

—¿Sí? —preguntó.

—Tiene una sola oportunidad para volver a ver con vida a su mujer —amenazó el argentino—. Usted va a dejar la piedra azul que todos sabemos donde yo le diga y sin tonterías ni trucos de película y ya le diré yo dónde encontrar a su esposa.

—Pero yo no tengo la piedra —la boca de Rodrigo era mueca que parecía anunciar un llanto seco.

—Ya verá usted cómo la encuentra en cuanto le envíe un dedo de su esposa. ¿Le parece bien el que lleva el anillo de su matrimonio? —Se impacientó Rodolfo.

—Oiga, le digo que no tengo la piedra. Puede matar a mi mujer si quiere, pero yo no puedo darle lo que ya no sé dónde está. Pregúntele a ella.

Hubo un silencio mortal y luego la comunicación se interrumpió.

En la hora siguiente se jugó sobre un tapete oscuro la partida que decidía la vida o la muerte de Ana. Y Leovigildo Velloso fue quien repartió las cartas.

Velloso se puso en contacto con el *obispo* y le explicó cómo estaban las cosas por el norte: que el tipo juraba no saber dónde estaba la piedra y que incluso el anuncio de la muerte de su mujer no le había hecho mudar de opinión.

—¿Qué se hace ahora?, señor —quiso saber Velloso.

El *obispo* miró las invisibles cartas de la partida y valoró la situación con el tiento que era imposible reclamar a Velloso, ni tampoco a aquel argentino o lo que fuera. Sintió que la tierra se abría a sus pies, pues bien sabía que si Rodrigo estaba dispuesto a sacrificar a su mujer solo podía ser porque decía la verdad. El muy hijo de puta resultaba que ahora no tenía el talismán.

Habría que variar ligeramente el proyecto.

Eran las cinco de la madrugada cuando tuvo lugar la tercera y última conversación entre el argentino y Rodrigo Suárez de Lara.

—Óigame, compadre —dijo Rodolfo—, voy a matar ahora mismo a su esposa y usted va a oír sus gritos por el teléfono, salvo que me diga dónde está el talismán.

—Ya le he dicho que yo no lo tengo.

—No le he dicho que me lo dé. Lo creo. Usted no lo tiene, pero sabe dónde está. Así que ya me lo está diciendo.

—¿Cómo sé que me entregará con vida a mi esposa? —Se atrevió a negociar Rodrigo.

—No lo sabe, y no está en condiciones de exigirme nada, de modo que empiece a hablar.

—Mi mujer se lo entregó a una muchacha, una francesa que se llama Nicole.

—¿Y dónde está esa Nicole?

—Le juro que no lo sé. Se marchó hace unos días de Santillana del Mar. Supongo que regresó a Francia. Estaba aquí estudiando español. Oiga, por favor —suplicó Rodrigo—, dejen libre a mi esposa. Si quieren, háganme rehén a mí.

—No se haga el héroe ni el machito, ¿de acuerdo? Y dígame dónde vive esa mujer, la francesa.

—Solo sé que era de una ciudad del norte, de Troyes. Mi mujer se lo podrá confirmar. Eran muy amigas.

—A su mujer la encontrará usted en la playa de Tagle —zanjó la conversación Rodolfo, quien hubiera preferido no dejar cabos sueltos y haber cortado el cuello sin más prolegómenos a la mujer que mantenía oculta y con los ojos tapados en la ermita de Santa Justa, pero el señor *obispo* era el que pagaba. Y quien paga, manda.

Ana fue llevada al filo del amanecer de enero, frío e inhospitalario, con los ojos vendados y tras confirmar la historia de la muchacha francesa que había confesado su esposo, a la playa de Tagle. Sí, les había asegurado, su marido no tenía el talismán, porque ella misma se lo había regalado a Nicole. Y a pesar de que ponía en peligro a la muchacha, Ana sabía más cosas que su esposo de la joven rubia y de sus planes cuando se fue de Santillana.

El aparcamiento de la playa de Tagle era arañado por la arena que el viento helado usaba prestada como guadaña. El bar El Sable, cerrado a cal y canto, era zarandeado sin piedad por la ventisca mientras invernaba recordando el verano que había pasado ante él y que ahora le hacía viejo y sabio. Y sus tablas, ásperas barbas de marinero, sabían a sal y a recuerdos de besos de jóvenes bañistas y a salitre de amores nocturnos. Y cuando los dos hombres se fueron, a merced del viento dejaron sujeta al bar por unas cuerdas a doña Ana. Y la venda que amparó la identidad de sus captores resultó ser mano de santo contra la arena que venía, cruel, a sacarle los ojos con el empujón de la galerna.

Fue cosa de media hora que llegara Rodrigo adonde le tenía dicho el argentino que encontraría a su esposa. Ana se vio así libre de las sogas, de la arena y del viento, más no de los recuerdos, que como el salitre se habían adherido a su alma. ¿Qué sería ahora de Nicole? ¿Qué sería de ellos?

XVII

Castilla.
Año 1196 de los cristianos

Los acontecimientos extraordinarios que cambiaron para siempre el sentido de las vidas de las dos mujeres, de los dos templarios y de los dos caballos que los habían llevado hasta donde todo sucedió ocurrieron en una zona boscosa situada a dos días de viaje más allá de Aguilar de Campóo, siempre en dirección al mar.

En los últimos días se habían ido produciendo fricciones cada vez más ásperas entre el sargento Goñi y el caballero García. Que si estas mujeres nos retrasan, que si vos parecéis hechizado con la sonrisa de la joven, que si la mujer os enreda con ideas propias de infiel..., tales eran los argumentos del sargento. Que si vos no debéis olvidar quién sois y quién soy yo, que la misión me fue encomendada a mí y vos sois solo el sargento que sois y no otra cosa, que qué sabéis vos sobre mi voluntad y mi vocación..., eran las réplicas del monje templario.

Pero lo que más irritaba a Nuño no era todo aquello que le reprochaba el sargento, sino que sabía que Goñi tenía toda la razón. Sin las dos mujeres no se hubieran tenido que jugar la vida en Frómista y herir, y tal vez dejar muerto, a alguno de aquellos que formaban la turba que pretendía crucificarlas. Además, ¿qué sabían ellos de las dos judías? Que una era una excelente copista, profesión que al parecer le había enseñando su padre y que le había permitido trabajar en Toledo con quien luego fue su esposo, un traductor de libros. Pero poco más sabían de ellas. ¿Dónde estaba su marido? ¿Estaría muerto? Ella nunca dijo nada más. ¿Qué hacían en Frómista? Solo pudo averiguar que llevaban allí unos meses. Y en cuanto a Lilit, era evidente que estaba teniendo que emplear lo mejor de su disciplina para no olvidar que era hombre con voto de castidad, y que ante aquella joven, que según parecía era una verdadera artista trabajando la plata y todo tipo de joyas, él no conseguía ser objetivo.

Sí, Goñi tenía razón, pero jamás lo reconocería. Ni reconocería nunca en público que desde la noche de su iniciación en los secretos últimos de la orden había tenido dudas de poder llevar sobre sus hombros aquellos conocimientos. ¿Sería capaz de morir por ellos? Tenía una misión que iba más allá de encontrar a un cantero en un pueblo del norte; tenía la misión de los grandes iniciados, que era la de encontrarse a sí mismo algún día. Y se preguntó si para encontrarse a sí mismo debía de olvidar para siempre los ojos y la sonrisa de Lilit. ¿Qué ocurriría cuando llegaran a su destino y tuviera que separarse de ella?

Esos eran los pensamientos del templario Nuño García cuando los terribles acontecimientos se desencadenaron. Y lo hicieron de manera tan feroz como

inesperada.

Ocurrió al anochecer. Habían encendido un fuego en medio de aquel robledal y se disponían a pasar la noche al raso, como venían haciendo desde que huyeron como lo hicieron de Frómista, no fuera que se hubiese extendido el rumor de lo suyo y alguien les diera caza.

Las armas del caballero reposaban junto a su manta, de modo que poco pudo hacer cuando aquellos bandidos cayeron sobre ellos. Sintió de pronto un intenso calor en un costado. Fue la primera cuchillada; la segunda segó el grito de alerta que quiso dar, pues le rebanó el cuello.

En cuanto a Goñi, solo tuvo tiempo de argumentar su defensa en un par de golpes de espada y ver atónito la muerte del caballero, pues un cuchillo certeramente lanzado se alojó en su espalda provocando su muerte.

Los bandidos eran media docena de hombres feroces, peludos y mugrientos, pero fuertes, y en su mirada no se encontraba una brizna de piedad.

¿Qué suerte correrían dos mujeres en manos de una jauría de falos inmorales en medio de un bosque perdido? Esas fueron las reflexiones que llevaron a Aixa, Lilit para los cristianos, a actuar como lo hizo. No había tiempo de consultar a su madre si aquello era o no lo correcto, y antes de que los asaltantes pudieran relamerse al contemplar las dos gacelas que habían cazado, se agachó sobre el cuerpo muerto de Nuño García, susurró a su oído dos palabras en hebreo y puso sobre su corazón un colgante con piedra azul triangular que había sacado de debajo de su vestido.

El resto de lo sucedido es difícil que se pueda llegar a narrar con acierto aquí. No obstante, puede servir para salir del paso referir que los seis ladrones quedaron literalmente petrificados al ver la resurrección del hombre al que habían asesinado, y su sorpresa no fue mayor que la del propio templario al ver cómo el sargento regresaba a la vida después de que Lilit repitiera la increíble operación. Después, aprovechando la indecisión, los dos resucitados terminaron implacablemente con la vida de los salteadores mientras las dos mujeres se ocultaban entre los árboles.

—Lo siento, madre, pero tuve mucho miedo.

Aixa trató de justificar la evidente imprudencia que había cometido utilizando en público el talismán de Raziel.

—No te preocupes, Alá nos protegerá —pero Zoraida no estaba muy segura de que Alá las pudiera encontrar en medio de aquel bosque y se preguntó qué harían ahora los cristianos.

XVIII

Madrid.

Año 2003 de los cristianos. Mes de enero

H¿AS leído con atención el manuscrito?, le había dicho aquella mañana Sol a Gabriel Zarza por teléfono. ¿Cómo que si lo había leído con atención? Pero si no hacía otra cosa desde hacía días. Las palabras escritas en él eran la oración que repela a cada hora. ¿A qué venía ahora esa pregunta de Sol?

—Te lo explicaré por la tarde —le anunció—. ¿Te viene bien a eso de las siete?

—De acuerdo —había respondido él muy animado al recordar lo bien que le venían al culo de Sol aquellos tejanos ajustados—. Si quieres, cenamos juntos.

—Por mí, de acuerdo, pero habrá que poner tres platos —sonrió la muchacha—. Es que Vicente hoy tiene la tarde libre y aprovecharemos primero para hacer unos recados.

A Gabriel se le borró la imagen prometedora de la trasera de los vaqueros de Sol y hasta le fue difícil rescatar de la memoria aquella sonrisa cómplice de la extremeña, pero se mostró encantado con la cena triangular. ¿Qué se le iba a hacer?

Y ahora, a falta de unos minutos para las siete de la tarde, la hora convenida, volvía a leer el manuscrito de Eleazar a la luz de las advertencias de Sol.

Al principio, Yahvé, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, creó el cielo y la tierra. Más tarde creó al hombre y a la mujer y un paraíso para ellos. Pero el hombre cayó en la tentación y fue expulsado del Edén. Sin embargo, Yahvé nunca lo dejó solo. Por eso entregó a su ángel Raziél un libro con los secretos de la Creación grabado en un zafiro. Y ese libro llegó a manos de Salomón siglos después y el rey sabio lo mandó traducir del caldeo al hebreo.

Pero Yahvé, nuestro Dios, hizo algo más, algo que muy pocos supieron, solo los justos. Yahvé entregó al ángel Raziél otro tesoro, una piedra azul en la que grabó con el fuego divino una imagen de poder, la misma que aparece al final de esta carta. Y aquella piedra, forjada por Yahvé mismo, contenía la magia del primer día de la Creación, cuando los astros estuvieron en una posición que nunca jamás se podrá repetir. Y Yahvé le dijo al ángel las dos Palabras secretas de la Creación, las que activaban el talismán. Y a través de Raziél, el talismán y las Palabras llegaron a los hombres más justos del pueblo de Israel.

En su infinita justicia y sabiduría, Yahvé procuró que el talismán nunca se perdiera, y un día lejano llegó a Sefarad de la mano de Isaac ben Eliezer, que se lo entregó al más insigne médico judío de aquellos tiempos, Hasday ibn Saprut. Y una cadena de hombres justos, y también de mujeres, recogió el testigo que hoy, desconocido lector, tú mismo engordas. Tú serás el siguiente de aquella lista que forjaron hijos de Israel, seguidores de Alá y aun creyentes en Jesús el Nazareno. Una lista que aquí, en Sefarad, inició Hasday ibn Saprut y al que luego siguieron Baruc, Judá ben Baruc, Isaac ben Jacob al-Fasí, José ibn Migash, Meir José

ibn Migash, Elías ben Meir y su esposa Zoraida con su hija Aixa, el esposo de Aixa —un antiguo templario llamado Nuño García—, el hijo de los anteriores que llevó por nombre Daud y que fue mi suegro, el padre de mi esposa Aixa. De mis dos hijos, Samuel y Rut, será la mujer quien soporte esta pesada carga.

Cuando sepas que el talismán que Yahvé entregó al ángel Raziel tiene las virtudes de regenerar la vida hasta el punto de que ninguna enfermedad puede prevalecer ante su fulgor, ni siquiera la muerte, si se ha producido antes de que se cumpla un día de la misma en el momento que se emplee el talismán para sanar al difunto, entonces comprenderás que no todo el mundo es capaz de soportar esa losa.

Mas querrás saber por qué te cuento todo esto, y es justo que lo desees. Te diré que tal vez en breve los hijos de Israel seamos perseguidos en Sefarad y que mi temor no nace por mí, ni siquiera por mi familia. Tengo miedo por este legado, y por eso mi amigo, el canónico Sepúlveda, ocultará este testamento entre sus más preciados papeles. Sé que nunca traicionará mi memoria y cumplirá su palabra.

Has de saber ahora que el talismán de Raziel está oculto en Toledo, en la sinagoga de mi padre, pero las Palabras de Yahvé que lo dan vida fueron grabadas por el abuelo de mi esposa, Aixa, en el claustro de la colegiata de un pueblo cristiano del norte al que llaman Sancta Illana. Están disimuladas en dos capiteles del claustro. Mi esposa dice que su abuelo, Nuño García, fue un templario que dejó los hábitos por amor a su abuela, cuyo nombre era el mismo que el de mi esposa y que era hija de padre judío y madre musulmana.

Te pido que recuperes el talismán de Raziel. Piensa como un templario para encontrar las Palabras y ten el corazón limpio para que Yahvé ponga en tus manos el talismán.

Y desde el final del texto lo contemplaba la firma del desconocido autor, Eleazar ben Salomón, quien había dado asiento a toda aquella historia imposible un día cualquiera del año 1315 en la localidad soriana de El Burgo de Osma. Y luego estaba el dibujo de lo que parecía ser el talismán de Raziel con aquella sobrecogedora figura grabada en su interior. *¿Obra de Dios? ¿Era en verdad fruto de la mano de Yahvé, el Dios de sus antepasados?*, pensó Zarza.

En ese momento sonó el timbre. Las siete en punto de la tarde. Eran Sol y Vicentito.

—¡Hola, Sol! —saludó Gabriel a la morena con un beso en la mejilla que prolongó más de lo que la buena crianza aconseja, más que nada para fastidiar a Vicentito. Luego lo saludó a él con tono y rictus de funcionario—. Vicente —y le estrechó brevemente la mano.

—¿Qué? ¿Lo has leído con atención? —Quiso saber la muchacha, que se dejó caer en un sillón al tiempo que dejaba sobre una silla su zamarra de piel.

—Lo he leído mil veces, Sol —respondió Zarza—. Pero no sé qué es lo que quieres que descubra.

—Que muchas de las cosas que se citan en el escrito son ciertas. Bueno —se corrigió la muchacha—, quiero decir que algunas de esas personas existieron de verdad. Mira, Gabriel, yo creo que aquí tienes una historia buenísima entre manos.

Y Sol pidió un café y Gabriel se lo trajo, pues la experiencia le decía que la

lengua de Sol iba a reposar poco en el paladar aquella tarde y había que lubricarla. Y el solo pensamiento, mirando después a Vicentito, le hizo sonreír para sí.

—¿De qué te ríes? —le preguntó ella coqueta.

Él dijo que de nada, que cosas suyas, y se dispuso a escuchar, porque conocía a Sol lo suficiente como para saber que sobrevendría un discurso. Y sobrevino.

Sol le hizo notar que entre aquellos nombres que se mencionaban en el misterioso documento hebreo aparecía el de Hasday ibn Saprut, y debía saber sin demora Gabriel que el tal Saprut fue natural de Jaén, hijo de Isaac ben Ezra ibn Saprut, hombre de muchos posibles y protector y mecenas de estudiosos de todo tipo. Y esta afición la cultivó luego su hijo, que se hizo médico, y de los mejores, en Córdoba. Y con Abderramán III y Alhakén II hizo carrera ese judío, no solo como galeno de califas, sino también como funcionario del tesoro y como diplomático, además de ser considerado el *nasí* o príncipe de los judíos.

¿Sabía Zarza que gracias a él se volvió a descubrir dos de los ingredientes que se habían perdido con el discurrir de los siglos de una mítica fórmula llamada *triacá* que curaba diversos males, y en especial la mordedura de serpiente? ¿No lo sabía? Pues Vicente sí, aseguró Sol, mientras daba un besito en la mejilla a su palomo. Y es que había sido Vicentito, mira tú por donde, quien había reparado en aquel nombre por ser él farmacéutico de espíritu y vocación y conocer el ramo a la perfección. Y entonces Sol cayó en la cuenta y siguió la pista del tal Hasday, que fue también introductor de embajadores y jugó un papel estelar en aquella fastuosa corte en juegos diplomáticos ante el emperador de Bizancio, ante Otón I o ante Sancho I el Craso, al que curó de su obesidad. Y le quedó tiempo para promover la cultura de su pueblo, en especial la gramática, teniendo bajo su protección a Menahem ben Saruq y a Dunas Labrat, las dos eminencias del ramo en aquellos días.

Y no contento con eso, Hasday se las arregló para enviar cartas a los judíos de medio mundo tratando de ampararlos. Y entre aquellas misiones epistolares cobró fama la que tuvo por destinatario al rey de los jazaes, unos enigmáticos judíos de la parte de Crimea y alrededores.

Y Zarza guardó silencio, porque aquella expresión feliz en los ojos verdes de Sol anunciaba que las sorpresas no habían concluido.

La joven reconoció que algunos nombres del documento le eran desconocidos, pero no así otros, como los de al-Fasí, José ibn Migash o su hijo, Meir. Todos ellos eran rabinos principales de la otrora mítica academia rabínica de Lucena, verdaderos espolones de proa del peritaje de la Ley Oral en la que se basa el judaísmo.

Y, según razonó Sol de una manera que a Gabriel le pareció en exceso optimista, si ellos fueron personajes reales, tal vez lo fueran el resto de los mencionados y, lo que aún sería más pasmoso, que el resto de la historia que sentó en tinta el tal Eleazar fuera cierta.

—Me parece que te dejas llevar por tu entusiasmo, Sol —intervino el periodista—. En ese papel hay un batiburrillo de nombres y de alusiones mágicas que son

difíciles de creer. Incluso los templarios andan en el negocio.

—Tal vez eso a ti no debiera de sorprenderte, ¿no? —habló por vez primera Vicente—. ¿No andas tú diciendo siempre que el Temple ocultó secretos que aún son hoy desconocidos?

—Además —atacó de nuevo Sol—, se cita un lugar concreto donde, según parece, hay un claustro y en dos columnas del claustro están grabadas dos palabras hebreas que parecen ser sortilegios o algo parecido.

—¿Sancta Illana? —preguntó Zarza—. ¿Dónde diantres está ese lugar?

—Yo lo sé —sonrió con aquella picardía tan suya Sol—. Es Santillana del Mar. Y el claustro ha de ser el de la Colegiata, que es Monumento Nacional, y te puedo decir que es preciosa. ¿La conoces?

No, Gabriel no la conocía. Gabriel Zarza nunca había estado en Santillana del Mar, y de pronto se encontró con una propuesta tentadora para un espíritu como el suyo.

—Pues será cosa de ir a Santillana y buscar en ese claustro —lo retó Sol—. Si están las Palabras de poder, deberemos empezar a pensar en serio en que todo esto pudo ocurrir y que tienes material para una novela, ¿no crees?

Zarza asintió. El razonamiento de Sol era impecable. Se podía dudar de si aquellos nombres eran los mismos de los personajes históricos que Sol le había citado, pero allí había una pista material, un lugar por el que empezar a buscar. ¿Qué tenía que perder?

—¿De verdad creéis en palabras que hacen cobrar vida a un talismán? —Gabriel los miró con curiosidad—. Eso parece más propio de mí, que ya se sabe que perdí el juicio hace años persiguiendo imposibles.

—A mí no me mires —se excusó Vicente—. Yo lo único que digo es lo de la receta médica de Hasday. En cuanto a lo otro... Eso es cosa de Sol, pero para mí que ese papel es obra de un bromista.

Zarza no esperaba otra cosa de Vicentito. De hecho, su postura era la única que mantenía en pie el universo que los tres conocían. Vicentito era la piedra angular de la razón. En cuanto a Sol...

—Yo solo te voy a decir lo siguiente —mojó la lengua en la café como para recargar su batería—: Mira este libro.

Zarza ojeó el ejemplar. Allí se decía que mediado el siglo xvii se había publicado en francés un libro titulado *El Tratado de los talismanes o Figuras astrales*, obra atribuida a un monje del Cluny llamado Dom Jean Albert Bélin.

El monje defiende no solo la existencia de los talismanes, sino también su utilidad y poderío. Afirmaba que no se trataba de herramientas diabólicas, sino que el mismísimo Dios le había dado algunos a Adán, y veía llegar esa palabra, talismán, hasta nuestro presente a través de lenguas sabias como el griego —*telesma* o perfección— o como el hebreo —*tselem* o sombra o imagen—. Y para el tonsurado, el talismán pretendía atraer las fuerzas de los cuerpos superiores en beneficio del

magos que las manipulan. Y para que tal industria obre como de ella se espera, al talismán se le ha de añadir conocimiento y sesera por el usufructuario, pues Dios, que no es estúpido, ya había previsto el peligro de que uno de aquellos objetos de poder pudiera caer en manos iletradas en cosas de espíritu, de manera que era preciso decir oraciones, invocaciones, rogativas y preces muchas y muy precisas para que el talismán se desperezase. Y en esas zambras de iniciados las palabras eran Palabras de poder.

Y de todo este discurso se derivaron dos consecuencias muy a retener para lo que después vendrá. Y la primera, y no menor, es que a Zarza le dio por acomodarse a las ideas de Sol y parecerle excelentes y de buen concierto, dando así por buena la existencia de talismanes y de cerraduras verbales que los custodian; y la segunda tuvo forma de proyecto de viaje a Santillana del Mar. Y para regocijo de Gabriel, le resultaba imposible a Vicentito dejar la farmacia aquel fin de semana, que estaba de guardia. Pero siendo Vicente hombre complaciente para su moza y nada moro, resultó que le dio lo mismo que ella se fuera a ver los prados del norte junto con el bueno de Zarza.

En cuanto a la panorámica que se tenía desde la trinchera de Zarza, se dirá lo que sigue para que se entienda: que la decisión confirmó a Zarza en su tesis de la poca ciencia en sucesos de faldas que tenía Vicentito, y que era por ello, y en consecuencia, tonto de remate.

XIX

Castilla. Año 1196 de los cristianos

AUNQUE parezca increíble, durante varias horas no hubo ni una sola palabra que llevarse a la boca entre los cuatro. Habían abandonado los seis cuerpos de los bandidos en el claro del bosque, apagaron el fuego y decidieron proseguir la marcha durante la noche. Se diría que querían no solo alejarse del lugar de la refriega, sino quizá olvidar todo lo sucedido, como si hubiera sido un maldito sueño. Pero Nuño no podía olvidar la sensación del cuchillo que rasgó su garganta, y se tocaba el gáznate de vez en vez para cerciorarse de que todo había sido real. En cuanto a Goñi, parecía que la cantidad de pensamientos que recorrían su cabezota era un caudal excesivo para aquel recipiente, mucho más acostumbrado a dejar que otros le dieran órdenes pensadas que a pensar en sus propias decisiones.

Pero después de ese tiempo que tal vez todos nos hubiéramos tomado para asimilar lo ocurrido en caso de haber sido asesinados e instantes después vernos de nuevo vivos y coleando, los dos resucitados llegaron a algunas conclusiones. Nuño primero optó por preguntar; Goñi, al que ya se habrá supuesto que le llevó más rato alcanzar una decisión, aún estaba royendo el grueso tronco de su gran idea.

—¿Podrías explicarme lo sucedido? —En la voz del monje había gravedad, pero también cierto miedo.

Aixa miró a su madre esperando que fuera ella quien tomara la responsabilidad de responder, pero Zoraida dudaba, de modo que fue ella la que respondió.

—Tal vez lo único que debiera importaros es que estáis vivo, y también vuestro amigo —dijo haciendo un gesto en dirección a Goñi.

—No es mi amigo, es solo mi acompañante.

Nuño no fue consciente de que aquella respuesta, nada inteligente y en absoluto diplomática, fue la que terminó por empujar al sargento hacia la idea, una de las pocas en su vida, que había moldeado lentamente.

El templario añadió:

—He visto con mis propios ojos cómo el sargento regresaba a la vida, y deduzco que a mí me debió ocurrir lo mismo. ¿Qué palabras pronunciasteis en su oído? Y esa piedra azul, ¿qué era?

—Lo importante es que estamos a salvo, ¿no? —la respuesta de la joven era una evasiva sin la menor convicción.

—No, lo importante es que aquí se ha vulnerado la ley divina —la intervención del sargento Goñi los dejó perplejos. ¿Había filosofías bajo aquella frase?—. Estábamos muertos porque Dios nos ha castigado al llevar con nosotros a dos brujas

judías. La gente de Frómista tenía razón, son brujas.

—¡No, por favor! ¡No más peleas! —Zoraida quiso poner paz—. Lo que ha sucedido se debe al poder de una piedra mágica, un talismán que Dios diseñó en el instante mismo de la creación. Un talismán que entregó a un ángel llamado Raziél.

¡El ángel Raziél!, pensó Nuño. ¡Era el nombre del ángel que se mencionaba en aquel viejo manuscrito que su maestro, fray Grisón, estudiaba desde hacía años! Y estaba a punto de decir algo cuando recibió la enésima sorpresa de la noche; la segunda a cargo del sargento Goñi.

—Ese ángel es el mismo del que habla fray Grisón. El comendador me lo aseguró una vez —dijo, al tiempo que daba un salto con una agilidad que parecía imposible para un hombre de sus características—. ¡Dadme la piedra! —gritó, a la vez que cogía por la espalda a Zoraida y amenazaba con cortarla el cuello.

—¡Estáis loco! ¡Nos han salvado la vida! —respondió Nuño, al tiempo que dispuso entre sus dedos, de forma disimulada, una daga decidido a lanzarla contra aquel energúmeno si proseguía con su actitud.

—Vos no sabéis ya lo que decís. Esa bruja joven os ha hechizado —bramó el sargento, pero su actuación no había acabado aún—. O me dais esa piedra o mato aquí mismo a esta mujer. No le debo nada. Mi vida y mi muerte solo están en manos de Dios. Estas son dos brujas, pero el comendador tenía interés por ese Raziél, y si esa piedra es su talismán, se la llevaré —y añadió, cambiando el tono y dirigiéndose solo a Nuño—: Al diablo con ellas, señor, coja la piedra y recuerde que es un monje del Temple.

Nuño dudó. Aquellas mujeres les habían devuelto a la vida. Pero ¿había sido cosa de brujería? ¿Había vendido su alma al diablo al desear a Lilit? ¿Estaba dispuesto a matar a un hermano de la orden como era el sargento Goñi? Y tomó una decisión. Se acercó a Lilit y de un tirón arrancó la piedra que colgaba sobre su cuello. Después, se volvió hacia Goñi.

—Ten la piedra, pero suelta a la mujer. Es lo justo —le dijo.

El sargento estaba a punto de confiarse, pero entonces un fugaz resplandor delató la daga que el monje había ocultado entre sus dedos y un brillo de malicia chisporroteó en las pupilas del sargento. Zoraida, extrañamente serena, esperaba un desenlace fatal, tal vez porque ya había intuido que la imprudencia de su hija iba a tener consecuencias irreparables, aunque no se lo confesó.

—Suelta esa daga —el sargento señaló con los ojos el cuchillo que el caballero ocultaba.

—Está bien.

Nuño dejó caer el cuchillo en tierra.

—Suelta a la mujer y te daré la piedra.

—Siempre me has despreciado, ¿no es cierto? —El odio se podía oler en el aliento del sargento—. Solo soy vuestro acompañante, no vuestro amigo, decís. ¿Creéis que no sé que os incomodó que el comendador me enviase con vos? Pero él

sabía muy bien por qué lo hacía, pues nunca se fio de vos. De vos solo se fía ese viejo chocho de fray Grisón. De modo que dadme la piedra o mato a esta mujer.

La tensión de la noche seguía creciendo hasta cumbres imposibles de alcanzar sin caer en la locura, pero aún ninguno de los cuatro había llegado al final de la noche.

El monje lanzó la piedra al sargento, quien la asió al vuelo. Después, retrocediendo sin soltar a la mujer, se acercó a los caballos y, cuando estuvo suficientemente cerca como para montar en el suyo de un salto, dijo dos frases más.

—Sentís gran cariño por este caballo, ¿no es cierto? ¿No fue regalo de fray Grisón?

Nuño no supo qué decir.

El sargento hundió su cuchillo entre los costillares de *Peregrino* en tres ocasiones, hasta que el pobre animal cayó de costado regando de sangre negra la verde yerba de aquel prado maldito. Y antes de que nadie pudiera hacer nada por evitarlo, el cuchillo del sargento cortó de un tajo el cuello de Zoraida, cuyos ojos dedicaron su última mirada al único recuerdo vivo que tenía de su esposo, el traductor judío Elías; el hombre más bueno que jamás hubiera conocido.

El sargento aún se permitió una última mirada a la desesperada pareja. Ella había perdido a su madre; él, a su caballo. El talismán de Raziel volaba ya hacia la encomienda de Murugarren.

El cruel plan del sargento había sido perfecto. Por una vez, había sido capaz de darse órdenes a sí mismo, pero sin perder el norte de quién era: un sargento de la Orden de Temple. Y al Temple serviría hasta morir. Lástima que todas aquellas horas de razonamiento no le hubieran servido para ser mejor oyente. Si hubiera prestado más atención a las palabras de las brujas judías, hubiera reparado en que para que el talismán de Raziel obrara los prodigios que él mismo había experimentado se necesitaba conocer dos palabras hebreas. Eran dos Palabras de Dios. Y el sargento Goñi no conocía la contraseña del Creador. ¡Una lástima, con todo el tiempo que había dedicado a pensar!

Troyes.

Año 2003 de los cristianos. Mes de enero

RODOLFO y Leovigildo volaron hasta París (gastos pagados, ropa de marca el argentino, calzoncillo nuevo el castellano). Y allí, a pesar del mucho mundo que el vallisoletano andaba aireando a los cuatro vientos que tenía vivido, se perdió, porque aquel aeropuerto más parece ciudad y de las muy grandes. Y todo el mundo parlaba en jerigonzas en las que Leovigildo no era diestro y, por no preguntar y parecer rústico y con poco mundo en la montera, pues eso: que se perdió. Y todo fue por mirar dos culos femeninos que lo rebasaron por babor y lo dejaron babeando y haciéndose él mil cavilaciones de dónde podrían llevar aquellas señoritas la ropa interior oculta, de la que ninguna seña se veía. Y cuando la visión se enturbió porque mil piernas se cruzaron entre sus ojos y las ancas prometedoras que nunca cataría, Rodolfo ya no estaba a mano.

Y Rodolfo, que se manejaba ciertamente con más donaire entre la cosmopolita y pasajera población de los aeropuertos que Leovigildo, hubo de gastar una parte notable del tiempo de su vida en rescatar a Leovigildo (jersey verde de cuello en pico y lanudo, camisa de leñador asomando sus desproporcionados cuellos por la hendidura del suéter y pelo en pecho español, rizado y cano al aire parisino) del centro de la terminal.

Cómo fue que atinaron para llegar a tiempo y enlazar con el vuelo a Reims, eso es cosa que solo Rodolfo podría llegar a explicar, pero ahora no hay tiempo para eso, puesto que con ellos volamos hasta aterrizar, con mucha prevención y mucho persignarse Leovigildo en mitad de ese ejercicio aéreo de descenso, en la ciudad de la catedral de Notre-Dame y corazón del caldo de Champaña.

Y sin más equipaje que el de mano —escaso para la costumbre de muda limpia del argentino y excesivo por iguales razones para el castellano—, llegaron a la Champaña con el objetivo de resolverle la papeleta al señor *obispo* por la vía rápida. Y si la tal Nicole, tal y como había jurado Rodrigo Suárez, era de Troyes, la joven no tendría modo de esconderse de ellos.

El resto de la tarde se fue en alquilar un coche, dar con la A-26 y poner rumbo a Troyes, por donde se los vio llegar a través de la Avenida Primero de Mayo a media tarde, cuando la vida languidece en Europa y se está a punto de ir a cenar y a dormir.

Todo cuanto sabían de aquella ciudad era el nombre de dos calles. En una, según había descubierto Rodrigo tras sondear a Rosita, la hija del señor Barreda, vivía la familia de Nicole. Era la calle de Emile Zola. La otra era la del piso que habían compartido Nicole y su novio, el que se aficionó a la hermana de Nicole y la amó

como un becerro. Era la rué des 3 Godets, justo detrás de la catedral y en medio del corazón turístico de la ciudad: su casco antiguo, armado con calles estrechas de casas entramadas.

Con esas informaciones, a un profesional como Rodolfo le sobraban datos; a un hombre como Leovigildo le hacía falta una enciclopedia. Y aunque ninguno estaba cómodo con el otro, el señor *obispo* se había dado maña para juntarlos. Era una bella mezcla de profesional aséptico y no comprometido con nada y un animal de tiro con orejas, pero fiel como un perro a su patrón y con una deuda de sangre que cobrar, pues un lobo le había comido los testículos a su hermano en esta epopeya y él se cobraría venganza... con el lobo o con quien fuera.

Se perdieron.

Rodolfo se lio, para regocijo de Leovigildo, que lo martirizó con bromas del estilo a esas que todos estamos pensando sobre quién es más listo y quién tenía más mundo corrido. Pero antes de que terminara la primera carcajada del hacendado castellano, ya estaba el Peugeot de alquiler doblando a la izquierda en el Bulevard Gambetta para tomar el de Carnot y detenerse con mucho ruido de frenos y otros aspavientos justo a la puerta de la Oficina de Turismo. Y allí se vio por primera vez quién era Rodolfo, pues al ser increpado por varios vehículos que, por su brusca maniobra, se vieron a las puertas de un accidente, se fue para ellos y, sin que para eso hiciera falta dominar la parlería de los gabachos, a todos amedrentó con solo mirarlos —bueno, eso y mostrarles la culata del revólver que llevaba colgado bajo el sobaco—. Y eso, tuvo que admitirlo aunque solo fuera por unos instantes, le gustó a Leovigildo.

Entrado en la Oficina de Turismo, Rodolfo le hizo un guiño a una joven que era la señora del lugar. La moza —rubia, delgada, estrecha de caderas, muy francesa pero muy apetecible de cabalgar para el gusto de Rodolfo—, respondió al reclamo con una sonrisa y regalando en la operación unos bien alineados y conjuntados dientes. Y Rodolfo con ella se entendió y de allí salió con un plano de la ciudad y un teléfono, el de la chica, que luego se supo que se llamaba Marie.

Regresó al coche el argentino visiblemente satisfecho consigo mismo después de aquel éxito arrollador nada más llegar a Francia y soñando con poner una pica, o dos si había suerte, en Champaña aquella misma noche. Y tan contento venía que se le olvidó quién era su copiloto hasta el punto de dejarle el mapa y pedirle que le fuera diciendo en voz alta por dónde debía tomar para llegar al aparcamiento público de la plaza Langevin. Y esa operación, que hubiera sido cosa de diez minutos de haber interpretado el plano una persona leída, los llevó a aparcar finalmente entrada la noche y trabajando los serenos, si es que allí había serenos. Y todo fue porque a Leovigildo nunca se le habían dado bien los idiomas, y si aquella gente, los puñeteros franceses, hubieran puesto norte donde es norte y sur donde es sur en español y no en su maldito dialecto, pues todo hubiera ido casi bien. Pero claro, como los franceses estaban allí, en su casa, pues tenían la costumbre de escribir en su idioma las cosas. Y para cuando Rodolfo le hizo ver a Leovigildo que arriba del plano, a la izquierda,

había una rosa de los vientos donde el Norte era solo una N y el Sur estaba debajo, como le corresponde, encarnado en una S, ya estaban caminito de Sens por la A-5.

Luego de muchos insultos, cabreos y amagos de desenfundar el revólver por parte del argentino sin que la sangre llegara al río, se resolvió el acertijo y se aparcó. Y ya con los pies en tierra las cosas fueron más fáciles, puesto que se vio que Rodolfo algo chapurreaba, y con su ciencia acertó a decir en la recepción *est-ce que vous avez deux chambres?* Y le dijeron que *oui*, que un par de habitaciones había, pero se lo dijeron en francés, para cabreo de Leovigildo.

Una vez instalados, Rodolfo le hizo ver a Leovigildo que él tenía un negocio que atender con la tal Marie y que hiciera lo que mejor le viniera en gana, pero que a las nueve de la mañana había que estar en la calle afeitados y dispuestos para cazar a Nicole.

Y así fue como ocurrió la desgracia que se les vino encima, pues mientras Rodolfo hacía méritos para poner una pica —que al final fueron dos porque anduvo sobrado aquella tarde—, a Leovigildo le dio por leer un prospecto turístico de la habitación que, para su fortuna, estaba escrito en varios idiomas y uno de ellos era — ¡bendito sea el Señor!— el español. Y allí fue donde Leovigildo encontró su ruina, pues el papel en colores hablaba de aquellas tierras en términos elogiosos.

¿Quién no había oído hablar alguna vez de la Champaña? ¿Quién podía decir que nunca había saboreado las burbujas nacidas de la doble fermentación? ¿Y el Dom Pérignon? ¿Es que alguien podía seguir vivo sin haberlo catado? Y eso ya puso de mejor humor a Leovigildo, quien, no obstante, lo que más echaba de menos era algo con lo que ahuyentar los gritos de sus tripas, que hacía ya sus buenas horas que no tenía munición entre los dientes y ya se había entrado en la hora de la cena. Y como Dios estaba aquella noche de su lado, resultó que más abajo se hablaba en el folleto de una suerte de salchichas a las que los gabachos llamaban allí *andouillettes*, y entonces supo Leovigildo que su suerte había cambiado.

Bajó a la recepción del hotel y se hizo entender como lo hubiera hecho el políglota señor Barreda, el dueño de la posada Camesa, o sea, a grandes voces y no menos molinetes de manos. Y al final se supo lo que aquel hombre de suéter de pico y camisa de leñador quería. Y se le indicó sobre el plano un lugar. Y no siendo Leovigildo, como ya se dijo, diestro en planos y geometrías, habrá que atribuir al hambre, que mucho aguza el ingenio, el que topara con la taberna donde sucedió lo que sucedió.

Ni aun remontándose a los mejores tiempos del Temple, que aquí, en Troyes, recibió su regla en 1128, se recordaba cosa igual. Aquel hombre del suéter verde, que luego ya se quedó en camisa de leñador y más tarde en camiseta de tirantes más tirando a amarilla que blanca pues no había llegado aún el día quinto en el cual Leovigildo Velloso hacía abluciones y mudaba la muda; aquel hombre, decíamos, comió salchichas como nadie jamás había comido y bebió Dom Pérignon como si fuera agua clara de la fuente del pueblo. Y dos razones hubo para tal proeza. La una

era que había hambre, y mucha, y no menos sed; la otra, que pagaba el señor *obispo*.

Y así ocurrió que a las nueve de la mañana del día siguiente no apareció en la acera, ni vivo ni muerto, Leovigildo. Es cierto que acertó entre brumas a llegar al hotel muy de madrugada, donde fue mirado con profunda reprobación por el dueño del local, pero ni siquiera llegó a la cama, pues un feroz deseo de vomitar y una diarrea formidable lo atenuaron el resto de la noche en el cuarto de baño. Y allí lo encontró Rodolfo cuando, preocupado, afeitado y engalanado y muy relajado, pues la Marie era joven pero sobradamente preparada en movimientos y manualidades, subió hasta su habitación.

El argentino lo metió en la ducha, y Leovigildo Velloso se lo agradeció vomitándole la primera papilla en su camisa de seda, lo que enfureció al argentino, que dejó dentro de la bañera a Velloso y se fue a su cámara para cambiarse. Y de allí, sin más palabras, se fue solo en busca de Nicole.

Pero resultó que Nicole no estaba. De hecho, Nicole no había regresado de España, le aseguró su madre, a la que Rodolfo le explicó una bien traída historia sobre su vieja amistad con su hija, a la que, aseguró, había conocido en Santillana del Mar.

—¿Y dice usted que no ha vuelto? Pues me aseguró que de Santillana volvería a casa —dijo Rodolfo en un francés muy mejorado a lo que se veía tras la experiencia con Marie.

Pero la señora insistió en que no, que Nicole no había regresado de España. Es más, le anunció, hacía cosa de dos días que había hablado con ella por teléfono. Le había salido un trabajo, pero no recordaba la mujer dónde. Daba clases de francés, añadió.

Pero como Rodolfo era descreído habitualmente y además, ya se habrá visto, no era buena gente, pues no estaba acostumbrado ni a la bondad ni a la verdad, de modo que se fue para la calle de detrás de la catedral en la que vivía Nicole con su novio. Se abrió paso entre los turistas que visitaban la catedral y que se habían apostado en la plaza de San Pedro, justo frente al monumento, para hacer fotos y molestar. Y cuando llegó al piso de Nicole, al que accedió tras abrir la puerta como el profesional que era, descubrió que allí no había signos de vida y que la verdad existía y se la había dicho toda y de una vez la madre de la muchacha.

De regreso al hotel, aporreó la puerta de la habitación de Leovigildo, quien gritó desde el otro lado que no podía salir, que la diarrea le tenía bien cogido y que jamás podría levantarse del retrete.

—Pues tú verás —resumió el argentino—, pero el avión sale en un par de horas y yo me marcho.

Y así fue como se vio a un Peugeot gris detenerse en la A-26 que llevaba a Reims varias veces en una maniobra suicida, pero no había más remedio: o se detenían para que las docenas de salchichas salieran como podían de Velloso, o ambos sufrirían las consecuencias en el habitáculo del coche, ciertamente más menudo que la grande y

fértil vega de la Champaña.

XXI

Castilla.
Año 1196 de los cristianos

No fue el ignorar las dos Palabras de poder el único fallo del croquis que había dibujado lenta y fatigosamente en su mente el sargento Goñi: *Peregrino* aún seguía con vida, aunque con poca vida. Eso sí, nada se pudo hacer por Zoraida.

Aixa lloró con el dolor de quien ha perdido sus propias entrañas en un lance de esta vida cruel por la que nos echan a circular sin saber siquiera adónde vamos. Aix a lloró y lloró incluso cuando parecía que había llorado todo lo que un ser humano puede llegar a llorar. Y Nuño se sintió perdido y desorientado. La orden a la que había entregado su vida, aunque fuera mal representada por aquel animal de Goñi, era ahora su enemiga, y una joven judía, una infiel, era su única compañía. «¿Y *Peregrino*? ¿Sanaría?».

Curó al caballo como mejor pudo, pero era evidente que sus conocimientos serían insuficientes. De haber tenido el talismán, tanto Zoraida como el fiel animal estarían sanos y salvos, pero no tenían el talismán. No tenían nada, salvo el uno al otro, y Nuño, a lo lejos, recordó que aún tenía una misión que cumplir. ¿Qué haría? ¿Debía cumplir el encargo?

Después de varias horas, la escena seguía siendo desgarradora: Aix a permanecía recostada sobre el cuerpo sin vida de su madre, y tal era su estado que a un observador no avisado le parecería que las dos estaban muertas, y Nuño se afanaba poniendo emplastes en las heridas de *Peregrino*, cuyos ojos, desorbitados, lo miraban con la expresión de terror que precede a la muerte. Y fue entonces cuando la voluntad de Nuño cedió y cayó sobre su fiel amigo llorando como jamás lo había hecho. Era el llanto de quien siente que va a perder a un ser querido, pero tal vez lloraba porque sabía que a quien estaba perdiendo era a él mismo. Ya no confiaba en la orden, no sabía si fray Grisón se había equivocado al iniciarlo en los secretos más íntimos del Temple, no sabía si quería a una mujer y si esa mujer era una bruja judía.

Y en medio del llanto, una mano vino a rescatarlo. Era Aix a. La joven le rozó con su mano la mejilla barbuda y miró con expresión serena al caballo. Después, Nuño la vio perderse en el bosque, que ya se veía bañado por la luz del amanecer, y se quedó allí, quieto como un muñeco sin pilas.

Al cabo de unos minutos, Aix a regresó. Traía yerbas, arcilla y agua. Hizo fuego, preparó medicinas y las aplicó sobre las heridas del caballo. Y repitió la operación una, diez, cien veces durante los tres días en que permanecieron allí, en medio de ninguna parte. Y en la tarde del tercer día, un relincho feliz acompañó a *Peregrino*

cuando se puso en pie.

Aixa lloró, pero era de felicidad. El caballero Nuño García hizo algo que resumía todos los pensamientos de los últimos días: dejó caer de sus hombros la capa blanca que llevaba bordada en rojo la cruz del Temple y la arrojó al fuego. Nada sería igual para él. Nada sería igual para ellos.

Tres días más tarde, cuando *Peregrino* pareció estar suficientemente fuerte, Aixa y Nuño abandonaron el bosque. Para entonces, Aixa sabía casi todo sobre Nuño y Nuño sabía casi todo sobre Aixa, empezando por su propio nombre. Y es que descubrió que no estaba junto a un joven bruja judía, sino ante algo aún peor: una mezcla de judía y musulmana.

Seis días antes Nuño se dispuso a dar sepultura a Paloma, como él creía que se llamaba Zoraida, y preguntó a Lilit cómo debía proceder para enterrar a su madre según el rito judío. Entonces, la muchacha lo miró desconcertada, como si no supiera de qué le hablaba el templario, pero luego cayó en la cuenta de que aquel cristiano no sabía en realidad nada de ellas dos. Y le dijo que no, que no debía enterrarla según el rito judío, sino a la manera musulmana. Y le contó una historia, la historia de Zoraida y del traductor judío Elías.

Por boca de quien él creía aún que se llamaba Lilit supo Nuño García que la llegada de los almohades a la Península había provocado que muchos judíos, e incluso árabes, que vivían en el sur decidieran huir a territorios cristianos. Eso fue lo que hizo Meir ben José ibn Migash, quien al cabo terminaría por ser su abuelo, aunque le pesase.

¿Pero ese hombre que dices que era tu abuelo era un judío?, le había preguntado Nuño. Y ella dijo que sí, pero le rogó paciencia, pues la tristeza que la embargaba solo le permitiría contar aquella historia si lo hacía de un tirón. Y Nuño prometió guardar silencio.

Aixa le explicó que aquellas gentes llegaban en puñados generosos buscando la sombra y la seguridad de las murallas de Toledo, y que el tal Meir procedía de una ciudad llamada Lucena. Nuño, por un instante, perdió el hilo de la narración. *¿Dónde había oído él ese nombre? ¡Lucena!* Estaba seguro de que lo había escuchado antes, pero no recordaba cuándo y por qué.

Lucena tenía, según explicó la muchacha, una de las Academias rabínicas más importante del mundo, tal vez la mejor. Y en ella habían impartido sus enseñanzas algunos de los rabinos más prestigiosos, y citó algunos nombres: Isaac ibn Gayyat, Isaac ben Yaaqob —al que llamaban al-Fasí— o José ibn Migash, que al parecer había sido el bisabuelo de su compañera. Pero no fue este nombre el que causó sorpresa en él todavía monje, sino el anterior: al-Fasí. ¡Ahora estaba seguro de cuándo y quién le había hablado de Lucena! ¡Había sido fray Grisón!

No interrumpió a Aixa, tal y como le había prometido, pero su mente trabajó con rapidez y total acierto: el tal al-Fasí era el rabino que había escrito aquella carta, la que Grisón llamaba *responsa*, dirigida a un judío de Tudela llamado Sémah. Era el

documento que tantos quebraderos le había causado durante décadas a su maestro; el pergamino en el que se hablaba del talismán del ángel Raziel.

Aquella increíble casualidad estuvo a punto de hacerle incumplir su palabra rogando a la joven que hiciera un alto para cerciorarse de que su deducción era correcta, pero se contuvo y siguió escuchando.

La llegada de los almohades había puesto a los judíos de Lucena en la tesitura de elegir entre su Dios y su hogar, y muchos, y entre ellos el abuelo de Lilit, optaron por seguir a su Dios en un nuevo éxodo, uno más de la larga y terrible historia de ese pueblo. Esta vez la tierra prometida era Toledo, donde había oído que prosperaba la cultura, que no se miraba el credo de la gente y sí en cambio su sabiduría. Y el abuelo de la joven, Meir, era un hombre culto, recto y sabio y pronto fue considerado un pilar dentro de la aljama judía.

La muchacha le explicó que al poco de instalarse en Toledo, la familia exiliada tuvo un hijo al que pusieron por nombre Elías, y ese joven fue, al parecer, un verdadero maestro en el arte de la traducción, un hombre enciclopédico en sus conocimientos y cuya sed de saber y de leer era ciertamente inagotable. Con el paso del tiempo, y casi como premonición de lo que más tarde ocurriría, contrarió a su padre al preferir la vida de traductor a la de hombre de la Ley judía.

Elías conoció años después a Gerardo de Cremona, uno de los más insignes traductores de Toledo, un hombre de Dios que dispuso a su alrededor un taller o escuela para la traducción de los más diversos libros: astronomía, matemáticas, astrología, medicina, botánica... Y Elías entró a trabajar en ese proyecto, que pronto fue para él el sentido último de su vida. Allí aprendió el joven judío mucho más que a traducir; aprendió casi todo lo que los libros que traducía contenían. Y muchos de esos conocimientos se los transmitió a quien luego sería su hija, la misma joven que ahora estaba siendo la narradora de aquel singular relato. Y esa era la razón por la cual sabía ella de plantas medicinales, como había podido comprobar en primera fila el bueno de *Peregrino*, que, como si hubiera entendido que allí se hablaba de él, lanzó un relincho de felicidad, si tal cosa es posible en un caballo, y creemos que sí.

¿Y la piedra azul? ¿Y las palabras extrañas que murmuró la joven para resucitar al sargento y a él, a Nuño?

—Habías prometido que no me interrumpirías —dijo ella con fingido enfado. Él se disculpó y con un gesto cerró simbólicamente su boca.

La familia paterna de la joven, según relató, era depositaria de un extraordinario secreto, un secreto que había caído en sus manos de forma casual después de que hubiera pasado por las manos de otros insignes guías de su comunidad. ¿Había oído hablar Nuño de Hasday ibn Saprut, el médico de Abderramán III? ¿No? ¿Y del gramático judío Menahem ben Saruq? ¿Tampoco? La muchacha hizo un mohín, como diciendo ¡qué ignorantes son todos los cristianos! ¡Con todos los libros que ella había leído y los pocos que debía conocer esta gente! Finalmente, se encogió de hombros y prosiguió su relato.

El caso es que aquellos hombres cuyo nombre jamás había oído Nuño García, habían sido poseedores de aquella piedra azul que tanto lo había fascinado y a la que, aunque le costaba admitirlo, debía la vida. Era un talismán, le dijo Lilit, que había fabricado Dios mismo en el momento de la Creación. Y, si se hubiera fijado bien, hubiera visto que había una imagen grabada a fuego en ella. ¿Qué era la imagen? Nadie podía precisarlo con certeza. El caso es que aquella piedra contenía, pues la había atrapado mediante un hechizo cabalístico que solo Dios podía repetir, toda la energía del cosmos, pues la disposición de los planetas en el mismo momento de la Creación era algo que, como es obvio, iba a ser irrepetible, único. La magia cabalística permitía poner a disposición de quien la domina la energía de algunos planetas y de las estrellas, pero Dios, en aquel bendito momento, embotelló el mayor de los poderes en aquella piedra.

¿Las Palabras? Fueron las Palabras Secretas que pusieron en marcha la Creación. Solo pronunciándolas se activa el poder del talismán. Y entonces Aixa las repitió solo para los oídos de Nuño, y el templario empalideció, puesto que una de aquellas dos palabras era la que alguien susurró a su oído en la noche lejana y áspera de su iniciación en Eunáte. ¡Sería posible! En cuanto a la otra, nunca la había escuchado, pero en su interior se fue fraguando la idea de que tal vez los más selectos miembros de la orden sí tuvieran noticia de ella. ¿Y el talismán? ¿Conocerían su existencia? ¿Por eso fray Grisón había dedicado casi toda su vida a estudiar aquella *respuesta* de un rabino hebreo?

En otras circunstancias, tal vez Nuño hubiera creído que aquella preciosa muchacha se había vuelto loca por completo, e incluso hubiera estado dispuesto a declarar tal cosa ante Dios, de no ser él mismo el ejemplo viviente —nunca mejor dicho— de que algo había de cierto en todo aquel asunto. Y si la moza decía que el talismán curaba enfermedades, ¿quién era Nuño para ponerlo en duda? Y si añadía que podía resucitar a los muertos durante las veinticuatro horas siguientes a su fallecimiento, pues después la energía del día primero de la Creación perdía su vigor, ¿cómo iba él a pronunciarse en contra si aún se tocaba el cuello de forma discreta para ver si su cabeza seguía en su sitio?

De modo que el Temple conocía o barruntaba esos secretos, pero desconocía la existencia del talismán. ¿Cuánto tardaría la orden en tratar de encontrarlos?

Esas fórmulas, se dijo Nuño, ¿explicarían los conocimientos astronómicos de los freires? ¿Así se resolvía el enigma del poder de la orden? Pero su mente se dejó seducir de nuevo por el relato de su preciosa compañera, a la que nada dijo sobre sus cavilaciones.

¿Cuándo se conocieron el traductor Elías y la madre de Lilit? Esa fue otra de las sorpresas con que le obsequió la belleza que llevaba a su espalda, compartiendo la generosa grupa de *Peregrino*. Y es que resultaba que ni Paloma se llamaba Paloma ni Lilit era Lilit, que la primera en realidad se llamaba Zoraida y la arrebatadora narradora tenía por nombre Aixa. ¿Y eso por qué? ¡*Por Nuestra Señora!*, pensó el

templario: porque no eran brujas judías, sino en todo caso brujas musulmanas. Y a continuación se supo cómo era posible tal cosa inesperada.

En aquel taller de traductores de Toledo trabajaban varias personas al servicio de Gerardo de Cremona, y entre ellas dos excelentes copistas. Eran padre e hija. La muchacha se llamaba Zoraida, y de ella se enamoró perdidamente Elías, a pesar de que sabía que la Ley prohibía, o al menos desaconsejaba, claramente el matrimonio mixto. Pero la Ley no sabe de amor, por lo que fácilmente se deduce que no debió ser Dios quien la redactó, pues de suyo se supone que Dios es amor.

Aquello quizá solo podía suceder en Toledo, una ciudad heterodoxa, de población tan diversa como colores exhibe el arco iris. Toledo la de los cristianos, pero también la de los moros conversos al cristianismo. Toledo la de los judíos, pero también la de los musulmanes que permanecieron fieles a sus creencias. Toledo, donde los reyes cristianos se enamoraron de mujeres musulmanas y judías. Toledo, la de los monarcas cristianos con asesores judíos. Toledo, la de las familias regias que adoran a Cristo pero son sanadas por médicos árabes o judíos. ¡Toledo!

Pero a veces la ciudad es más generosa y permisiva que los hombres que la habitan, como si fuera un ser vivo, capaz de sentir y decidir por sí misma. Y ocurrió que mientras la ciudad llegaba a permitir que un joven traductor judío llamado Elías, a quien su padre había confiado ni más ni menos que el secreto familiar mejor guardado y que pendía de su cuello en forma de piedra azul, se enamorara de una belleza espectacular que creía en Alá, la aljama no estaba dispuesta a permitirlo. Y el padre de Elías tampoco.

Si la decisión del muchacho de estar más cerca de Gerardo de Cremona que de los rabinos de la aljama fue dolorosa para Meir, aún más lo fue el saber de esos amores de su hijo, que él creía haber llevado con sigilo y discreción, después de una denuncia pública realizada en la sinagoga. Meir creyó morir de vergüenza.

La aljama era un ser vivo autónomo dentro de la ciudad. Tenía sus propias normas, sus propias sinagogas, sus baños públicos, su matadero para la comida *kaser*... y su propia justicia, al menos en lo que a vulneración de la religión se refería. Es verdad que para otras causas se solía aplicar el principio *diná de-maljutá diná* o *la ley del reino es la ley*, pero en lo tocante a la religión se seguía la Ley. ¿Y qué decía la Ley sobre el matrimonio mixto? ¿No lo rechazaba?

El padre de Elías no podía intervenir en aquel debate rabínico en la sinagoga, pues era obviamente familiar del acusado. ¿Quién había puesto la denuncia? No se supo con certeza, pero Meir y Elías siempre sospecharon de Simón, un rabino huesudo y malhumorado que odiaba a Meir desde que llegó a Toledo y adquirió pronto una clara ascendencia en la comunidad, algo que él no había podido lograr a pesar de llevar toda su vida en la aljama toledana.

¿Qué decía la Ley? El judío debe guardar los seiscientos trece preceptos sagrados. En cuanto al matrimonio, la Ley decía que no se puede casar el judío con *goyim*, con gentes de otros pueblos, pues la cólera del Eterno se Encenderá sin remisión.

Elías argumentó en su defensa que amaba a aquella mujer. ¿Estaba el Eterno en contra del amor?

Se le respondió que con otra pregunta: ¿el amor carnal que él sentía podía estar por encima del que todo judío debía a Yahvé? ¿No está escrito en el libro del Éxodo 31, 16-17, que todo judío debe respetar el *shabat* pues es la expresión de la alianza de Dios con su pueblo? ¿Acaso aquella mujer musulmana cumpliría ese precepto? ¿Lo cumpliría él viviendo con ella?

Elías dijo que sí, que nada tenía que ver lo uno con lo otro, que Zoraida aprendería los seiscientos trece preceptos de la Ley si era preciso. Le dijeron que sí, que tal vez los aprendería de memoria, pero ¿los cumpliría de corazón? ¿No amenazaba con contribuir a la extinción del pueblo de Israel engendrando hijos con una mujer como aquella? ¿Qué Dios tendrían sus descendientes?

¿Es que somos diferentes al resto de los hombres?, gritó Elías al tribunal entre sollozos. Y fue respondido afirmativamente: el pueblo de Israel es diferente. No es mejor ni peor, pero sí distinto, replicaron los rabinos. Su tradición, su Ley, es su fuerza. Si esa tradición deja de respetarse, ¿qué será del pueblo de Israel?

¡Tan poco quiere Yahvé a su pueblo que basa su amor en seiscientos trece preceptos!, se lamentó el joven traductor.

El corazón de Meir se encogió al escuchar a su hijo decir aquella blasfemia. Sabía que tantos libros extraños le estaban llenando la cabeza de ideas extravagantes, pero ahora descubría que además eran ideas peligrosas para su convivencia en la comunidad judía. Y un judío no es nada sin su comunidad, sin su Ley y sin su Dios. ¿Había perdido definitivamente a Elías? Aunque le dolió hasta en lo más hondo de su ser, Meir supo la respuesta antes de que se conociera la sentencia y Elías replicase como lo hizo.

El viejo y agrio Simón se las había apañado para que al muchacho lo condenaran al menos a *niduy*, una especie de excomuniación menor. Pero la firmeza de la postura de Elías, quien dijo allí mismo que mal Dios debía ser aquel que impedía el amor verdadero entre el hombre y la mujer y que, por tanto, le daba la espalda para siempre jamás, le hizo acreedor a *jerem*, la excomuniación.

Se despidió de su padre, pues su madre había muerto años atrás, y se quitó de su cuello el talismán de Raziel. Entendía que no le correspondía llevarlo más, pero su padre le dijo que no con los ojos, inundados de lágrimas no derramadas, le dio un abrazo y se dio la vuelta en dirección a la sinagoga. Rezaría para que el Dios de Israel cuidase de su hijo.

Y así fue como Elías se casó con Zoraida, y de aquella unión nació la niña más bella que jamás conoció Toledo. La pusieron el nombre de Aixa y su padre la enseñó mucho más que cualquier padre hubiera enseñado a su hija: todo cuanto había aprendido leyendo y traduciendo los libros a los que verdaderamente adoró. Pero no hubo un solo día en la vida de Elías en que no cumpliera los seiscientos trece preceptos de la Ley, una Ley que su mujer se esforzó en aprender y en cumplir, y

también su hija, pero solo para no ofender a su padre, pues también ambas fueron musulmanas ejemplares cada día.

Y así había sido su vida hasta el año pasado.

El año pasado había sido el peor año de la vida de Aixa, y ahora también debía añadir este, pues se había quedado definitivamente sola en la vida.

El año pasado su padre contrajo una enfermedad que ni siquiera ella con los secretos médicos que conocía pudo atajar, ni tampoco los mejores médicos en cuyas manos se puso al paciente. Y al poco de su entierro, sucedió el desastre de Alarcos, cuando el rey Alfonso VIII, al que tanto odiaba su madre, recibió un soberano escarmiento ante los almohades.

Es curioso cómo a veces la suerte de las personas se fragua en lugares que uno ni siquiera conocerá jamás. Tal sucedió con Alarcos, lugar estratégico a la vera del río Guadiana, privilegiado por su posición geográfica, que le permitía ser punto neurálgico clave para el control de los caminos que unían Córdoba con Toledo. Un lugar al que Aixa nunca fue, pero que resultó decisivo en las vidas de su madre y de ella misma, puesto que tras el desastre cristiano se produjo cierta aversión en Toledo hacia los musulmanes que aún vivían en la ciudad. Y ellas, tal vez tanto por el temor a que el odio cristiano cayera sobre ellas como por el deseo de huir de una ciudad donde ya nada las ataba, huyeron al norte. Les habían dicho que en Frómista, una ciudad del Camino de Santiago, había numerosos judíos, y allí llegaron solo unos meses antes de que sucediese todo lo que Nuño García ya conocía sobradamente.

XXII

Roma.

Año 2003 de los cristianos. Mes de febrero

D *E gloria olivae. De gloria olivae* —repitió entre dientes el cardenal Ruiz de Lozoya—. ¿Cómo podemos estar seguros?, Corradi.

—No hay más opciones que dos —respondió el instruido y siempre comedido sacerdote—. O estamos en los umbrales de la tragedia o estamos a escasos años de distancia.

—Y ahora, para colmo, esos inútiles no encuentran a la muchacha francesa —bramó el hombre de Dios—. ¿Cómo vamos a salvar a Dios si Él parece que no quiere dejarse salvar? Resulta que no la encuentran por ningún lado, ¿qué le parece a usted?, Corradi. Ni en Troyes ni en ninguna parte. Nada. Es como si se la hubiera tragado la tierra.

—¿Confía usted en la gente de España? —Se atrevió a preguntar Damiano Corradi.

—¿Qué quiere decir? ¿Cree que no sé lo que me hago? El hombre que vela por nosotros en España es el cristiano más íntegro que usted haya podido ver jamás.

Damiano Corradi guardó un escrupuloso silencio. Y en el paréntesis estudió por enésima vez al cardenal, un hombre de más de sesenta años pero que aparentaba diez menos, impecablemente vestido y rasurado, con un reloj de oro en la muñeca izquierda y con un Dios muy propio, ese que había cultivado en la España de posguerra, en su corazón. Y Corradi no supo si realmente hablaba en serio el cardenal; si en realidad creía que podía salvar a Dios y a su Iglesia, o simplemente anhelaba el poder.

—Vamos a ver, Corradi, sea usted sincero y dígame cuál es su opinión —el cardenal se había servido muy temprano un coñac, según opinó el erudito sacerdote.

—Ya sabe usted lo que dice la profecía, monseñor —empezó su discurso Corradi poniendo siempre por delante la sabiduría del cardenal, no fuera a descubrir que el cerebro era realmente él, Corradi—: Habrá ciento once papas y cada uno tiene asignada una divisa. Se puede pensar lo que se desee sobre si fue San Malaquías el autor de esa lista o no, pero está claro que hay aciertos fantásticos no atribuibles a la casualidad.

—Corradi, que eso ya me lo sé. Le he pedido sinceridad —el cardenal miró con sus ojos grises al joven clérigo apremiándolo.

—¿Qué es lo que se dice? —preguntó en voz alta Corradi—. Pues se lee que el último Papa gobernará bajo la divisa *De gloria olivae*. Y se lee que «en la última persecución de la sagrada Iglesia romana reinará Pedro el romano, que apacentará a

sus ovejas en medio de tribulaciones; cuando estas hayan terminado, la ciudad de las siete colinas será destruida y el tremendo juez juzgará a los pueblos».

—Damiano, no me agote —el cardenal golpeó el brazo del sillón sobre el que estaba recostado—. Le he pedido una opinión propia, por Dios.

Y Corradi dijo que, en su opinión, y había desgastado en ello el brillo joven de sus pupilas durante años, la profecía era auténtica. Y para él, cuando en las divisas aparecía la palabra *luna* no se quería mencionar al satélite, sino que es metáfora que habla de un periodo de oscuridad para la Iglesia, por lo que, en buena lógica, el Sol es brillo y bonanza para la misma. Y si Su Santidad Juan Pablo II es aquel de quien se dice *De labore solis*, eso es así porque sus viajes ecuménicos han hecho de su reinado un periodo fértil para la Santa Madre Iglesia. Y la profecía era clara para Corradi: tras Juan Pablo II todo estará perdido.

—¿Ya ha calculado usted cuándo ocurrirá? —preguntó tembloroso el cardenal.

Corradi reconoció que era muy difícil afinar el tiro al respecto. Recordó que el Papa número setenta y tres de la lista aparecía bajo la divisa *Axis in meditate signi* y que correspondía a Sixto V, lo que exegetas como Chacón habían interpretado como *Eje en medio del signo* debido a que el escudo de armas de la familia de Sixto V era un león, que es un signo zodiacal, atravesado por una barra o un eje, pero cabía otra posible explicación. Y esa explicación era más inquietante, puesto que planteaba una nueva lectura de esa divisa y la presentaba como el *eje* o centro de la lista de papas. Autores como Fontbrune han puesto de manifiesto que entre el inicio de la lista de papas, que se sitúa en el año 1143, y el reinado de Sixto V, en 1585, transcurren 442 años. Y si ese papado está justo en la mitad, solo habría que sumar otros 442 años a 1585 para ver dónde se acaba la lista y el mundo, y eso nos situaría en 2027. Pero el jesuita padre Igartua prefiere fijar el punto de cómputo no en el inicio del pontificado de Sixto V, sino justo su mitad, el año 1587, con lo que ahora no tendríamos que sumar 442 años, sino 444, y de resultados de la operación nos plantamos en 2031 para el final de los tiempos.

—Pues aquí de lo que se trata es de que eso no pase. Y si pasa, que usted y yo, Corradi, tengamos la sartén por el mango —dijo el cardenal de ojos grises.

XXIII

Sancta Illana.
Año 1196 de los cristianos

HABÍAN transcurrido cuatro días desde la muerte de Zoraida, y cuatro días desde que Nuño García había tomado la primera de las tres decisiones que iban a determinar su futuro inmediato, y quizá también su futuro a largo plazo. La primera de esas decisiones había sido la de quemar en la hoguera de aquel campamento de tan ingratos recuerdos la blanca clámide templaria. Era su renuncia personal a seguir en la orden, algo que solo él mismo sabía. ¿Por qué lo hizo? ¿Tal vez porque cometió el error de identificar a toda la orden con el desagradable sargento Goñi? ¿O quizá porque se creyó traicionado por el propio comendador de Murugarren al enviar junto a él a ese perro faldero? ¿O fue porque, en el fondo, nunca estuvo seguro de soportar la responsabilidad de lo que fray Grisón le había hecho vivir durante tres noches en el interior de Eunate?

Era posible que todas esas causas hubieran contribuido a que tomara aquella decisión, pero en el fondo el monje sabía que había otra a considerar, una causa que él trataba de silenciar pero cuyo sonido era tan arrebatador como lo era su sonrisa: Aixa.

Al principio había creído que su atracción por la muchacha se debía a que él no era diestro en eso de manejarse con el sexo femenino. Había ingresado célibe en la Orden del Temple y célibe se mantenía, de modo que la naturaleza decidió obrar por su cuenta y una corriente invisible lo llevaba a estar cerca de Aixa, y cuando cabalgaban los dos sobre la grupa de *Peregrino* no podía dejar de estremecerse ante su contacto. ¿*Lo advertiría ella?* A veces pensaba que sí, que sería imposible no darse cuenta, incluso físicamente, del efecto que la joven producía en él.

En ocasiones había tratado de explicarlo todo acudiendo a la manida idea de proteger al débil: debía estar con Aixa, al menos hasta que llegaran a un lugar seguro, porque no sería de caballeros abandonar a una joven huérfana en medio de bosques y montes repletos de lobos, osos y bandidos. Y decidió que los dos verían el mar; después, se separarían.

En cuanto a la misión que le había encomendado la orden, ¿qué haría? Pensó que quien le había mostrado mayor interés por encontrar al cantero Pedro Quintana había sido su maestro, fray Grisón, y que le debía al menos un último acto de obediencia ahora que había traicionado la confianza que depositó en él iniciándolo en los secretos más herméticos de la orden. Y fue así como decidió llegar hasta el pueblo de Sancta Illana y encontrar al cantero. Le daría el recado del viejo monje templario y le pagaría con la bolsa de oro que el comendador le había entregado. No quería

quedarse con nada del Temple. Y después, una vez cumplido el encargo, ya vería lo que hacía.

Esas fueron las decisiones que tomó Nuño García y fueron las que le ayudaron a hacer el resto del trayecto entre bosques, prados de mil tonos verdes y una creciente humedad que olía cada vez más al salitre marino. Aquellas tierras en nada se parecían a las que hasta entonces ninguno de los dos viajeros había conocido. A pesar de ser primavera, lloviznaba como si fuera invierno, pero en el mismo día podía ocurrir que el sol apretase y hasta molestara. No se veía el azul del cielo ni siquiera cuando hacía calor. Parecía que sobre sus cabezas había una gigantesca sombrilla gris, un manto de nubes que unas veces eran blanquecinas y otras amenazadoramente oscuras.

Y al cabo de cuatro días de viaje, Aixa y Nuño García, después de remontar el curso del río Saja durante un breve tranco y subir por enésima vez unas suaves colinas, llegaron al antiguo lugar que tiempo atrás habían llamado Planes, al pueblo donde fray Grisón le había dicho que encontraría al misterioso cantero.

Se podría pensar que ingresaban, al bajar a aquel pueblo desde la colina desde la cual lo contemplaron por vez primera, en un gigantesco cuenco. Y cuando más tarde Nuño supo que en tiempos antiguos fue denominado Concana por su similitud con una vasija, el símil no le pareció en absoluto descabellado.

Más cosas aprendería el caballero de aquel pueblo maravillosamente escondido, como que el antiguo lugar de Planes en realidad estuvo en otras épocas más bien hacia el mediodía del monasterio, en una llanura próxima; que el lugar había ido ganando importancia después de que las reliquias de la santa de la que le habló fray Grisón llegaran aquí en el siglo VI a lomos de unos monjes que quizá eran benedictinos y que huían de Italia con la santa encima ante el terror que asolaba aquellas tierras tras la invasión de los longobardos. También supo que aquel lugar era cabeza de las Asturias, tierras que formaban parte del condado de Castilla desde tiempos anteriores, y que donaciones de reyes y condes a la Abadía que nació como custodia de los restos de la santa iban a ir tejiendo su actual poderío.

Un hombre fue clave para que Nuño García supiera tantas cosas del lugar, y ese informador sería el abad de la Colegiata, ante el cual se presentó el antiguo templario después de buscar posada donde alojar a Aixa y a su inseparable *Peregrino*.

—¿Quién sois y por qué me buscáis? —le preguntó el abad, un hombre barbudo, de complexión fuerte y ojos astutos y vivos.

—Mi nombre es Nuño García, soy monje del Temple —respondió el joven, quien se dio cuenta de la inspección feroz a que estaba siendo sometido por parte del abad, quien seguramente se estaría preguntando por el extraño aspecto que tenía este templario, sin capa ni cruz alguna que lo identificase. Por ello, Nuño aclaró—: Le ruego disculpe mi atuendo, pero unos bandidos nos asaltaron durante el camino y, entre otras cosas, robaron buena parte de mis ropas.

El abad no dijo nada, pero Nuño supo que aquella débil excusa no había servido para explicar su aspecto. No obstante, prosiguió con su relato dando cuenta de todo

aquello que era imprescindible para explicar su misión: que lo enviaba fray Grisón y el comendador de la orden en Murugarren, que buscaba a un maestro cantero llamado Pedro Quintana, que le habían dicho que trabajaba por aquellas tierras y que rogaba se le permitiera verlo sin demora.

El abad no respondió a ninguna de esas cuestiones, sino que prefirió invitar al recién llegado a compartir oración con él. Después charlaría, le dijo. Nuño quiso negarse, pues había dejado sola a Aixa y tenía verdadera urgencia por abandonar aquel lugar en cuanto hubiera cumplido el encargo de fray Grisón. No era tan estúpido como para pensar que la orden no saldría tras sus pasos después de que el miserable Goñi hubiera puesto en manos del comendador el talismán de Raziel. Seguramente consultarían a fray Grisón, y si él les informaba de que eran precisas dos Palabras de poder para que la piedra obrara prodigios, la orden movería sus poderosas piezas. Bien sabía Nuño que el Temple ansiaba más los conocimientos oscuros y herméticos que los que dictaban los papas en sus bulas. Y aunque todo eso era lo que pensaba, no fue lo que dijo.

—Será un honor compartir con vos la oración.

Entraron en la iglesia, que luego supo que nació como recipiente para la custodia de las reliquias de la santa y que medró hasta ser monasterio y finalmente Colegiata. Y que ya en el siglo anterior al que él vivía el lugar terminó por ser conocido como Sancta Illana en honor de la mártir, aunque al territorio del concejo del lugar también le daban el nombre de Camesa.

Rica y poderosa era la Colegiata del lugar, que irá engordando hasta hacer rebosar sus límites, y más poder ganaría aún años después de aquella visita de Nuño García, cuando el rey Alfonso VIII, el de la derrota de Alarcos, y su esposa, doña Leonor, dieran al lugar un único fuero bajo el cual todos los pobladores debían acomodarse, y no tendrían otro señor que el abad lugar.

Rezó con el abad, y con él habló, pero descubrió que contestó mucho más que preguntó, y finalmente se despidió del clérigo hasta el día siguiente. Trataré de localizar al maestro, le había prometido el robusto señor del lugar. Venga mañana temprano. Y aquellos ojos lo volvieron a inspeccionar de arriba abajo, y cuando parecía que la entrevista había terminado, el abad dijo la frase que menos esperaba Nuño.

—Y salude de nuestra parte a la joven que lo espera en la posada, fray Nuño.

¿Lo dijo con sorna o de la manera más seria? No pudo saberlo el caballero, puesto que en el rostro del abad no había nada que delatara ni lo uno ni lo otro. El abad alzó su mano en señal de saludo, giró sobre sus talones y entró de nuevo en el complejo religioso, que era de una belleza tan extraordinaria como jamás había visto otro el antiguo templario.

Nuño pasó el resto del día con Aixa. Preguntaron por dónde se iba al mar y un lugareño les indicó con el dedo índice el norte. Y así cabalgaron alrededor de una legua por suaves colinas esmeraldas de jugosa hierba hasta divisar el desierto salado

y azul.

Aixa quedó muda de asombro, y Nuño también. Y es que aquel mar era oscuro y aterrador. Las olas rompían contra unos poderosos acantilados con la misma pasión con la que la sangre chocaba contra las paredes del corazón del joven cada vez que Aixa lo abrazaba mientras cabalgaban. Y aunque la tarde era suave, aquella persistente neblina impedía ver con claridad dónde estaba la línea del horizonte, de manera que resultaba imposible saber si el mar tenía fin o era el cielo el que carecía de él.

Se sentaron allí, sobre la mullida hierba de los acantilados, embobados, viendo estallar en mil espumas las gigantescas olas cantábricas. Las gaviotas volaban sobre ellos y una brizna de sol se filtró entre la espesura de las nubes para asistir al primer beso que Nuño y Aixa se concedieron. Después, el atardecer, *Peregrino* y las gaviotas contemplaron, tal vez por vez primera, cómo eran el cuerpo desnudo de un hombre y una mujer.

XXIV

Santillana del Mar.
Año 2003 de los cristianos. Mes de febrero

EL viaje con Sol en aquel inicio del mes de febrero había sido un desafío para Gabriel Zarza. Cada mirada a su derecha significaba enredarse, aunque solo fuera un instante, en el dulce espinoso de aquellos ojos verdes, y cada vez que su mano empujaba, según la necesidad que la mecánica imponía, la palanca de cambios, el roce con el pantalón vaquero de la joven era una provocación hormonal. Mientras tanto, Sol reía o apuntaba algún nuevo dato histórico imposible de sospechar, o retaba al periodista a ver quién de los dos encontraba antes en el claustro de la Colegiata el secreto que el templario allí había ocultado, si es que era cierto lo que el documento hebreo afirmaba. Y por todo ello, cuando el Seat Ibiza de Gabriel se detuvo en el aparcamiento público de la plaza del Rey de Santillana, el joven se sintió morir un poco.

Hacía frío y había llovido recientemente. Las piedras de la plaza rezumaban la verde humedad de aquella tierra y justo en el instante en que Sol iba a salir del coche, Gabriel la miró por última vez en aquel viaje de ida, y lo que vio le hizo estremecer: una muchacha con un grueso jersey de cuello vuelto de color negro, mechones sin disciplina resbalando hacia los dos lagunas verdes con las que miraba el mundo y una sonrisa traviesa y retadora. Y Zarza deseó que el mundo se detuviera allí mismo, que los relojes olvidaran su camino y que la eternidad consistiera en abrazar aquel jersey negro. Pero nada de eso sucedió.

—Venga, vamos, que hay un tesoro que descubrir —rió Sol mientras se colocaba una gruesa cazadora de cuero marrón sobre su suéter.

—¿Conoces el pueblo?

—Ya te he dicho que he estado un par de veces, pero nunca había venido en busca de las Palabra de Dios —y echó a correr como una chiquilla por la plaza en dirección a la calle Jesús Tagle.

Zarza se preguntó si no sería suficiente premio haber compartido con esa mujer un viaje como aquel, de algo más de cuatro horas —y ya soñaba con todos los minutos de vuelta junto a ella—. Tal vez el tesoro para él era justamente el roce de una mano, el aliento próximo y tentador de aquella sonrisa y aquella muerte lenta y en vida que lo consumía.

—Veamos quién sabe más sobre los templarios, especialista.

Ana se cogió del brazo del joven sin ser consciente de la tormenta que zarandeaba el corazón del periodista.

El viejo convento Regina Coeli los miró complacido al verlos pasear a su vera y

la historiadora decidió que era el momento de empezar a poner nervioso a su amigo.

—A su derecha —dijo con el tono profesional de una guía turística—, el convento Regina Coeli, donde llegaron los dominicos en el siglo XVI por obra y gracia del noble caballero don Alonso Velarde.

Y, tras cruzar con precaución la carretera que une Santander con Comillas, Sol completó su representación haciendo un repaso a la historia de las casonas solariegas de los Peredo y de los Villa, que a su paso proyectaron su sombra añeja sobre el piso empedrado. Y ya desde ese instante supo Zarza que había sucumbido para siempre ante aquel duende femenino, con cara de ángel y trasero de diablesa.

Y al llegar a la Plaza Mayor, que en otros tiempos fuera llamada del Mercado por ser lugar donde el trasiego de mercancías acontecía en los tiempos medievales, Sol prosiguió su exhibición histórica, pero la mente de Gabriel planeaba lejos de todo aquello y trataba de imaginar al caballero templario Nuño García caminando por aquella vieja villa.

Eran las doce de la mañana y habían decidido visitar el claustro sin demora. Más tarde se ocuparían de su equipaje y de su alojamiento, que ya tenían concertado previsoramente en una posada de la calle Gándara llamada Camesa.

—El tal Nuño García, el templario del que habla el documento hebreo, parece que sabía lo que se traía entre manos, porque se nos dice que tenemos que pensar como templarios para dar con esas palabras —recordó en Voz alta Zarza, a quien la impresionante vista de la Colegiata desde la calle del Río le hizo olvidarse de pronto del mundo, de sus dudas e incluso de los ojos verdes de Sol.

Cuando sentía cerca el olor de la magia todo era secundario para él, y tal vez por ello su vida era como era, solitaria y, en cierto modo, autodestructiva, pues nadie en el mundo estaba tan en sus cabales como para ser igual de loco que él.

—A lo mejor no es tan difícil como creemos —dijo Sol sin demasiada convicción.

Los dos habían estudiado aquella historia paralela que se suele contar de esos caballeros monjes a los que la historia oficial confecciona una biografía que comienza en 1118 y concluye en 1314, y que suelen despachar con proezas y miserias en las Cruzadas, con alguna alusión somera a su esplendor económico y con cuatro garabatos más, y el retrato les que queda como les queda.

La otra historia, la maldita, la que Sol no estudió en la Facultad de Historia y la que Zarza había conocido en primera persona en alguna otra aventura que aquí no se narra por su longitud y complejidad, hablaba de otros hombres. Aquella historia maldita se demoraba en buscar las causas por las que un puñado de guerreros, nueve para ser más exactos —aunque en 1125 se unió a la cuadrilla misteriosa el conde Hugo de Champaña—, permaneció varios años, nueve para ser más precisos, en el viejo solar del desaparecido templo de Salomón.

—Pero para que pudieran estar allí esos años primero tuvo que ocurrir la sorprendente donación del rey Balduino II, que al poco de verlos les entrega todo el

inmueble donde hasta ese momento tenía su residencia —recordó el joven mientras se aproximaban a la Casa de los Abades—, y eso no es algo que se vea todos los días.

—Se supone que iban a Tierra Santa para velar por los peregrinos, pero ya me contarás tú qué podían hacer solo nueve hombres, que además parece que no dieron un palo al agua durante todos esos años, porque no hay crónica donde se los mencione participando ni siquiera una refriega de poca monta.

De modo que los templarios fueron a Tierra Santa para otra cosa, decía la historia maldita. ¿Qué buscaban? ¿El Arca de la Alianza? ¿El Santo Grial? ¿La Palabra perdida, como había leído Gabriel en algún libro? ¿La Mesa de Salomón?

Y a eso se añadía el mito, o la realidad, de sus ceremonias secretas, de sus iniciaciones en las más enigmáticas capillas, algunas de ellas singularmente octogonales, y la descabellada idea de que adoraban a un ídolo parlante o algo parecido al que llamaron Bafomet.

—Homosexuales, hechiceros, anticristianos... —resumió Sol las falsas acusaciones que llevaron a la hoguera al último gran maestro, Jacques de Molay.

Y mientras todo eso recordaban, allí estaba, mirándolos burlona, la Colegiata provista de tantas historias y quizá, a lo mejor, de un testamento templario inédito.

Probablemente la erigieron en el mismo paraje donde fueron a parar los restos de Santa Juliana, la santa que, según explicó Sol, daba nombre a la villa, pero eso había ocurrido muy lejos en el tiempo, en el siglo VI. Y la abadía que allí hubo después también expiró sin hacer testamento ni dejar piedra, traviesa o viga para contarlo.

La señora que los miraba con la puerta llena de pliegues seductores, coqueta y juguetona, mirando al mediodía era obra del siglo XII en su parte más añosa, porque luego le echaron encima modificaciones y requiebros más modernos.

Subieron los siete peldaños de piedra que llevan al atrio del templo y atravesaron la explanada enlosada hasta dejar que su boca adquiriera vida propia y se abriera en pasmo por sus propios medios al contemplar el cuerpo saliente en que se ampara la portada para existir. Y aunque el tiempo y los hombres han mordido su belleza, la señora, coqueta, oculta entre su vello deliciosos secretos. Y encima de la clave de los arcos abocinados, bajo el frontispicio triangular donde incuba su sabiduría la efigie de Santa Juliana dominando al demonio merced a una soga, la gloria divina sale de paseo con Dios al frente, como es debido, y ángeles revoloteando a su alrededor amparadas sus vergüenzas por túnicas largas y tal vez sedosas, lo que no se puede afirmar porque es sabido que la piedra es rugosa, y más si es tan vieja.

Tras la portada, en un nivel más alto pero menos seductor, una galería de quince arcos de medio punto los contemplaba. Y a la derecha, una torre que algunos identifican como el esqueleto de un olvidado campanil. Después, más fábrica, más industria y siglos amontonados. Pero no estaba allí el secreto, no señor.

—Vamos —invitó Sol a Zarza—. Es por aquí —añadió señalando la calle de Mateo Escagedo Salmón, a cuyo comienzo un cartel indicaba por dónde se iba al claustro, que se podía visitar entre las diez y la una y media por la mañana y de cuatro

a siete y media por la tarde.

Pagaron religiosamente los dos euros y medio para poder acceder al claustro. Un vigilante hacía guardia con cara de aburrido junto al hombre encargado de vender los billetes. Y de pronto, Dios se mostró como solía en otros tiempos: altura, anchura, longitud y profundidad. Dios es número y armonía. Dios es silencio enclaustrado.

Ambos se miraron por un instante, aunque a Sol le pareció que los ojos de Gabriel se demoraron más de lo debido.

—A ver quién gana —y la joven empezó a recorrer ávidamente las columnas del claustro.

Gabriel sacó del bolso en bandolera, donde también llevaba una pequeña cámara digital, su cuaderno de notas. Aspiró el aire centenario del lugar y buscó en el fondo de su ser la fe suicida en la que siempre confiaba. Después trazó un cuadrado sobre el cuaderno y contó las arcadas del lugar.

Había catorce arcos en la galería norte y otros catorce completos en la que miraba al oeste. En cambio, al este contó nueve arcos, incluyendo la puerta de acceso al interior del claustro, quedando divididos en grupos de tres. Y al sumar el familiar número templario arqueó las cejas satisfecho. Después volcó su atención en el lado sur. Anotó en su cuaderno la existencia un medio arco, seis arcos completos, otro medio arco que se veía seccionado por lo que parecía una capilla de época posterior —luego comprobaría lo acertado de su deducción al saber que era obra encargada por los Hurtado de Mendoza en mil quinientos treinta y dos— y otros tres arcos completos después. De fondo se escuchaba la grabación de la explicación de cada uno de los capiteles que se hacía a los turistas, y vio que Sol iba siguiendo con atención cada palabra al tiempo que rastreaba con sus linternas verdes las figuras de los capiteles.

Y mientras la historiadora y bruja aficionada andaba a la altura del capitel undécimo, en la galería sur, él se fue directamente a la galería este, donde había contado los nueve arcos de marras, pero su decepción fue enorme. Allí no había ningún capitel de interés, pues la galería era zona fatalmente reformada. Y si hubiera prestado atención a la voz anónima de la grabación se hubiera ahorrado el disgusto, pues claramente decía el narrador que aquella galería se había venido abajo en el siglo xv por obra y gracia de una adversa climatología. Y luego llegó su reconstrucción, de dudoso gusto artístico, en el siglo xx.

En cuanto al corredor norte, solo pudo anotar la presencia de una colección de canecillos o ménsulas en los que se representaban los vicios y las virtudes. Junto a ellas, losas sepulcrales de cadáveres que en otros tiempos tuvieron por última posada el actual jardín interior del claustro, que en mejores días fuera necrópolis de postín para nobles y clérigos. Pero los capiteles del claustro, con mucha filigrana vegetal, ninguna luz arrojaban al negocio que los había traído hasta allí.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Gabriel a la muchacha.

—Nada, y tengo que decirte que vine a toda velocidad al capitel número nueve

convencida de que sería el que elegiría un templario para ocultar esas Palabras, pero nada.

Gabriel se quedó pensando.

—¿Están numerados?

—¿Qué?

—Los capiteles, ¿están numerados?

—Pues claro —se extrañó ella—, pero es que no has oído la grabación.

El problema que tenía Gabriel es que de tanto anotar las cosas en sus cuadernos resultaba que olvidaba vivir la vida en directo. Era como si todo cuanto lo rodeaba no tuviera vida hasta que era anotado o dibujado, como si en lugar de ver el mundo por una lente lo viera sobre hojas de papel. Y no, no había oído ni una palabra de la grabación.

—¿Dónde empiezan? ¿Cuál es el número uno? —Un escalofrío familiar, el saludo del desconocido invisible que siempre viajaba con él, le recorrió la espina dorsal.

—Allí, en la galería sur —dijo Sol, señalando justamente el lado opuesto del claustro.

Gabriel fue para allá a grandes zancadas y al poco se detuvo ante el capitel número nueve, donde un caballero alanceaba a un animal monstruoso al que las vísceras se le escapaban por la herida mortal. Pero para sorpresa de Sol, Gabriel apenas lo miró. El periodista había empezado a hacer sumas.

—En la galería sur hay once capiteles historiados, aunque el número ocho ha desaparecido al construirse esta capilla gótica que, lógicamente, no estaba cuando llegó aquí Nuño García —dijo—. Y en la galería oeste hay trece, desde el número trece al veintiséis, aunque ya se ve que desde el veintiuno al veintiséis en todos se representan espigas de trigo y racimos de uva, de modo que quizá podamos desestimarlos.

—¿Por qué vamos a desestimarlos? ¿Adónde quieres ir a parar?

—Sol, hemos olvidado que los templarios jugaban con los números y con las apariencias, y tal vez se nos ha olvidado que buscamos dos Palabras de poder, no una. Seguramente sería demasiado fácil encontrar en el capitel nueve esas dos Palabras, de modo que quizá, pensando como un templario, hubiera un juego numérico y cada Palabra puede estar en un capitel diferente. Es más seguro para evitar que quien no esté iniciado se haga con el secreto, ¿no crees? Y también creo que haya preferido algún capitel historiado, porque no me extrañaría que además se escondiera alguna información en el tema de la decoración elegida.

Sol lo miró con mezcla de admiración y temor. Lo admiraba y lo temía por lo mismo, por estar deliciosamente loco. Sin embargo, a ella le parecía que aquella vez incluso Gabriel se había excedido en su imaginación.

—Eso, suponiendo que el número nueve siga siendo la clave.

—Seguro que es el nueve, Sol. Es la carta del Ermitaño del Tarot, el Iniciado, el que va con el candil mostrando el camino. Además, el noveno *sefird* de la Cábala es

Yesod, la Fundación o base sagrada sobre la que se asienta la Búsqueda inmortal. Es el nueve, cariño —se le escapó la caricia verbal en el fragor de la elucubración—, pero hay que buscar dos capiteles cuyo número sume nueve.

Y Sol, que sí había reparado en el arrumaco nacido en mitad del parloteo, vio de pronto el mundo borroso a través de sus primorosos ojos verdes.

—Venga, mujer —el periodista la despertó de entre sus sábanas de sueños—, que es para hoy.

Se trataba de sumar números posibles cuya reducción última a una cifra condujera al número nueve y en eso gastaron sus buenos minutos. La galería sur tenía sus capiteles numerados del uno al once; la oeste, desde el doce al veintiséis, y la norte, desestimada por Gabriel a causa de su decoración vegetal, desde el veintisiete hasta el cuarenta y uno. Y así fueron haciendo cuentas: el número tres más el seis; el cinco más el cuatro o el trece más el cinco, que suma dieciocho, y uno y ocho son nueve...

Y durante una hora, desde las doce de la mañana hasta la una de la tarde, se los vio visitar las figuras evangélicas del primer capitel, el exorcismo representado en el número tres de la galería sur, a Daniel en el foso de los leones que permanece imperturbable en el cuarto capitel desde hace siglos, el plástico descenso del Cristo del quinto capitel o la doncella que en el séptimo capitel del lado sur agita jubilosa una palma en su mano izquierda en señal de saludo triunfal al jinete que regresa de la guerra. Y tras cada suma, se dividían el trabajo de explorar el capitel minuciosamente, y así fue como en el ensayo correspondiente de sumar uno y diecisiete —que son dieciocho pero en cosa de magia numérica se vuelve a sumar uno y ocho para ver que queda la cosa en nueve— se obró el primer milagro. Y no ocurrió en la galería sur, sino en el decimoséptimo capitel, en la galería oeste.

—¡Aquí! ¡Aquí! —Ana daba saltos de alegría.

¿Qué era aquello?

El capitel representaba el Juicio Final, y un ángel, al que rápidamente Gabriel bautizó como Raziél, extendía sus brazos y alas para tratar de acoger a numerosas almas difuntas, que aparecían representadas como cabezas cortadas, algo que le pareció muy del gusto templario. Y mientras, en otra cara del capitel, un ángel y el demonio se disputan esas almas tratando de inclinar hacia su lado la balanza del Juicio.

—¡Dios mío! ¡El Juicio de los Muertos egipcio en pleno románico! —exclamó Sol.

Pero Gabriel estaba hechizado por lo que había llamado la atención a la joven instantes antes. Se trataba de una serie de caracteres hebreos, sin duda, escritos mediante hábiles arañazos de cincel en las nueve cabezas que el ángel ampara bajo sus alas.

Gabriel se inclinó y escribió los caracteres en su inseparable cuaderno. Luego miró con expresión enigmática aquellos trazos. ¡Palabra de Dios! Y de pronto tuvo la intuición de que tal vez hubiera alguna pista más escrita en la cara del capitel que

miraba al interior del claustro, al jardín, pero ese recinto está vedado a los visitantes. Y allí fue donde cometió la torpeza que a punto estuvo de dar al traste con su búsqueda de no haber estado acompañado de una mujer tan exquisitamente inteligente como Sol.

Ocurrió que Zarza saltó la cadena de seguridad y se metió en la parte prohibida del claustro. Y como si el demonio pulsase un interruptor, segundos después se materializó el vigilante del lugar —músculos, cara de pocos amigos, un tipo convincente—, que instó a Gabriel a salir de allí, y comoquiera que él se hizo el remolón y no pudiera explicar que lo suyo era cosa de conversación con Dios, pues fue detenido y, tras sus buenos gritos y escandalera que divirtió mucho a los demás visitantes del lugar, Gabriel fue puesto en la calle Escagedo Salmón.

La inteligencia de Sol brilló en su esplendor al haber sido capaz de no parecer siquiera conocida de aquel loco y haberse ocultado en la iglesia al poco del jaleo, pues pensó con buen criterio que si los dos corrían la misma suerte, tardarían en poder volver acceder al claustro.

Sol entró en la iglesia con el corazón encabritado. ¡Tenían una de las dos Palabras de Yahvé! ¡La historia del talismán del ángel Raziel era cierta! Sin embargo, aún faltaba la otra Palabra. Miró el reloj y comprobó que en veinte minutos cerraría el claustro al público hasta que llegara la tarde.

La joven trató de tranquilizarse y olvidar por un instante a Gabriel. Ya se encontrarían después, en la posada donde tenían dos habitaciones reservadas, y al llegar a ese punto de sus razones, recordó cómo a él lo había traicionado la emoción llamándola cariño y jugueteó con la idea, brevemente eso sí, de que en la posada solo quedase libre una habitación y se vieran en la obligación de compartirla. Pero entonces el recuerdo del farmacéutico Vicente se apropió de su memoria y buscó refrescar su corazón leyendo lo que en un cartel se decía a propósito de la buena de Santa Juliana, que vino desde Asia hasta Planes, como era llamado este lugar en el lejano siglo VI, y fue enterrada con pulcritud y luego con mucho adorno de ermita, abadía y colegiata. Y en el cartel leyó que estando en marcha el año 1453, el arzobispo de Burgos, Alonso de Cartagena, juntó fuerzas para llegarse hasta aquí y ordenar que se abriera la tumba por ver qué había allá adentro. Y viendo como se vio que había huesos, se dijo que los huesos eran de la santa y ordenó que se trasladase la osamenta gloriosa a las inmediaciones del altar mayor. Y allí duermen desde entonces.

Sol dejaba pasar a propósito el tiempo para que el vigilante del claustro viera desaparecer su cólera y se le aflojara el ánimo. Y mientras hacía cábalas de dónde estaría la otra Palabra, se paseó por la planta rectangular del recinto, que es de cruz latina y con tres naves pero divididas en cuatro tramos, siendo la nave central más ancha que sus compañeras, y también más alta y garbosa. Pero las otras dos terminan como la más grande, en ábside.

Pronto reparó Sol en un par de cosas. Por un lado, que lo imperfecto siempre

resulta perfecto, y aquí era el caso que la cabecera de la iglesia mostraba una clara desviación respecto del eje longitudinal; por otro, que pocos números de los disponibles en el claustro podían sumar nueve juntándolos con el diecisiete ahora que ya estaba descartado el uno.

—¡El diez! ¡Tiene que ser el diez! —exclamó en el silencio de la iglesia.

Tenía que ser el diez, pues con ese número andaba otra vez en la senda correcta, ya que la suma de ambos daría veintisiete, y desde antiguo es sabido que dos y siete son nueve. Y al levantar la vista le hicieron guiños unas marcas de cantero en las piedras del local. Eran una especie de N y una V, y luego vio la imagen de Santa Juliana en el ábside derecho apresando al demonio con una soga y manejándolo con autoridad y divino imperio y sintió que ella también había cazado su presa.

Salió decidida al claustro. El vigilante ya no estaba y los curiosos eran menos, pues ya anunciaba el estómago que era hora de llenarlo.

Eran las trece y veinticinco minutos de la tarde.

Sol caminó con el corazón en la boca y se detuvo en el capitel número diez, en la galería sur.

¿Qué había allí? ¿Un ángel! ¿Sería Raziel?

Un ángel agarraba con una cuerda por la cola a un dragón, que debía ser el Mal a todas luces, mientras extendía sus alas y se recogía la túnica. En otra parte del capitel, un caballero sobre un corcel, en alto la espada, se apresta a matar al monstruo o tal vez a vencer a la Muerte en ejercicio iniciático. El ángel lo sigue para ayudarlo en el trance decisivo. Y allí, junto al ángel, una mano que Sol identificó con la del templario Nuño García, había grabado la Palabra de Yahvé que estaban buscando.

Encontró con facilidad la posada Camesa. Un hombre provisto de bigotes abundantes y bien peinados le cortó el paso.

—¿Ha-bla us-ted es-pa-ñol?

Sol lo miró perpleja. Aquel hombre debía tener algún defecto de pronunciación, y además era sordo, porque no se entendía de otra manera aquel volumen en el tono de voz.

Respondió que sí, que era española y que tenía habitación reservada. Y para su desgracia, había más de una habitación y, según le dijo el dueño del establecimiento, su amigo, el señor Zarza, hacía cosa de media hora que se había instalado.

Era sorprendente, pero aquel hombre se había curado por completo de su defecto y ahora hablaba con total normalidad.

—Y a mí que me había parecido usted extranjera —dijo el señor Barreda.

—Será por esos ojos que tiene usted, que bien bonitos que son —el hombre se volvió hacia el interior de la casa y gritó. Al pronto brotó de la oscuridad una muchacha que venía cantando—. Rosita —dijo el del bigote—, acompaña a la señorita a su habitación.

—Sígame —dijo Rosita mientras seguían con su canción entre dientes:

Padri miu cuandi mueras.

Con quín yo golveré a hablar.
En compañía los corvatos.
Mu solu vo a quedar.

—¿En qué idioma cantas? —le preguntó Sol, que no entendía casi nada de la coplilla.

—Son palabras de aquí, de Cantabria —respondió Rosita—. Es que me gusta mucho el folk, ¿sabe usted?

Ya en su habitación, Sol escuchó a la muchacha alejarse con su canción jugueteándole en los labios:

El lobu ajuya en monti.
Naidi por nos llorará.
Cantabria durme serena.
La tú alma pirdisti ya.

Sancta Illana.
Año 1196 de los cristianos

EL debut de los dos jóvenes en el arte del amor no hizo sino urgirlos a nuevas exploraciones en aquel maravilloso sendero, de modo que en la posada repitieron la urgente búsqueda el uno del otro, y cuando el gallo anunció un nuevo día —suavemente lluvioso, como parecía ser frecuente por allí—, el sol los sorprendió en iguales menesteres.

Todo era nuevo para los dos. Él era casto, pues en la orden los votos así lo imponían, pero ¿lo sería ella? ¿Sería ella virgen?, se había preguntado Nuño. ¿Sabría él qué debía hacer o la naturaleza no precisaba instrucciones?

En cuanto a ella, jamás había estado con hombre alguno, pero ¿y él? ¿Un caballero como él no habría conocido mujeres? ¿Qué le podía ofrecer ella? ¿Estaba bien que yaciera con un varón pocos días después de la muerte brutal de su madre?

Todas esas preguntas terminaron por responderlas en voz alta el uno al otro, y al final se resolvieron los enigmas entre risas y nuevos besos. Después, Nuño le dijo a Aixia que lo esperase, que iba a acudir al encuentro del cantero y le daría el recado por el cual había viajado hasta allí. Luego, le anunció, nos iremos a un lugar donde podamos vivir en paz. Y salió de la habitación no sin antes volver a mirar a aquella mujer tan hermosa que Dios había puesto en su camino, y le daba igual que fuera el Dios de los cristianos, el de los judíos o de los musulmanes, pues cualquiera de ellos podía ser dada la singular pareja que ambos formaban. Y sonrió para sí al darse cuenta de tan curioso caso.

—Ese es el maestro Pedro Quintana —el abad acompañó la frase con un gesto, adelantando su mandíbula en dirección a un hombre que trabajaba en algunos capiteles del claustro de la Colegiata, situado al norte de ella.

Pedro Quintana era un hombre fuerte, de manos callosas, espesa barba y ojos azules y chicos que lo recibió cordialmente. Se veía que el abad había allanado el terreno. El apretón de manos con que lo obsequió el cantero, después de frotarlas sobre el mandil de cuero que llevaba puesto, fue generoso y prolongado.

—De modo que el viejo fray Grisón os envía —dijo el cantero.

—¿Lo conocéis? —La sorpresa en la cara de Nuño debió ser cómica, pues el cantero estalló en carcajadas.

—Ya lo creo. No sería la primera vez que trabajásemos juntos —respondió dejando en suspenso el resto de la información.

Nuño se apresuró a darle el recado de la orden, y le entregó a cambio la bolsa de oro que le había sido confiada.

Pedro Quintana dijo que iría a Murugarren, que estaba ultimando algunos detalles de ciertas obras en la zona, como la que Nuño contemplaba embobado en el claustro de la Colegiata, y sus ojos se fijaron en alguno de aquellos trabajos.

Tal vez para cualquiera que no estuviera iniciado en los secretos de la Orden del Temple allí no había sino figuras evangélicas, enseñanzas bíblicas o caballeros enfrentándose a bestias, no obstante, Nuño sabía leer las verdaderas informaciones que a veces los canteros velaban bajo supuestas enseñanzas cristianas.

Ambos paseaban alrededor del claustro conversando sobre el viaje que Nuño había hecho y sobre el bueno de fray Grisón. Un verdadero sabio, afirmaba el cantero, un tipo que sabe mucho más de lo que siempre dice, añadió. Y Nuño dijo que sí, que tenía toda la razón, pero en su mente iba naciendo una idea que le pareció brillante. Al tiempo que caminaba junto a los capiteles, los fue contando y fue haciendo cálculos a la vez que observaba la temática que en ellos se representaba, y de pronto tuvo claro lo que haría.

Eligió dos capiteles. Sería su último guiño templario. Si la orden buscaba las Palabras de poder del talismán, que fray Grisón emplease su afilada inteligencia para descubrirlas.

Aprovechó el momento que se le brindó cuando Pedro Quintana le dijo que iba a poner en orden sus cuentas con el abad antes de partir para Murugarren. Nuño permaneció en el claustro y vio con nerviosismo que el maestro cantero había dejado sus herramientas de trabajo. Miró alrededor y comprobó aliviado que no había nadie más allí. Tomó entonces en sus manos el cincel y el martillo y se dirigió a los dos capiteles que había elegido, tanto por el juego numérico como por lo que en ellos se representa, y allí grabó las Palabras de Dios que Aixa le había confiado. Una en un capitel; la otra en otro. Después contempló aquellos signos hebreos en mitad de unos capiteles obviamente herméticos y en el corazón de una iglesia cristiana y sonrió.

En el fondo, no hay más Dios que Dios y los hombres se encargan de trocearlo.

XXVI

Santillana del Mar.
Año 2003 de los cristianos. Mes de febrero

SOL y Gabriel consumieron la tarde repitiéndose mutuamente su hazaña. Habían descubierto que en aquel escrito misterioso encontrado en un bolsillo interior del abrigo que gastaba Fructuoso Perales la noche en que volvió a la vida sin comerlo ni beberlo a las afueras de Frómista tal vez se escondiera una historia real.

—No me negarás que no hay una novela deseando que la escriban en todo esto —dijo Sol mientras paseaban por el Campo del Revolgo en medio de un atardecer vetado de luz ceniza y tan cerca el uno del otro como lo estaban, prietas, las nubes grises en el cielo.

—Ta vez, pero me tendrías que ayudar mucho —respondió el periodista.

—¿Yo? ¿En qué quieres que te ayude?

—En los datos históricos. Me tendrías que buscar información sobre toda esa gente que se cita allí, sobre el tal Hasday y los demás.

—Pero es que hay muchos que no sé quiénes son. No parece que hayan tenido ni un renglón en la historia —repuso ella.

—Bueno, para eso estoy yo, para unirlos de alguna manera. Tal vez fueron hermanos, familia de algún modo, no sé. Pero sobre Alfonso X no tienes escapatoria, ¿eh? —Sonrió él.

—Sí, sobre ese sí te puedo buscar algo. Ahora —matizó Sol—, ya veremos como te las arreglas para hilarlos a todos.

—¿Y el talismán?

—¿Qué pasa con el talismán?

Bueno, pues que si hay personajes que son reales y hemos encontrado las palabras que activan el talismán, parece lógico creer que también el amuleto es real.

—Sí.

Sol se quedó pensativa.

—Pues ya sabes lo que hay que hacer, porque el documento dice que se ocultó en una sinagoga de Toledo.

Y sin darse cuenta llegaron a la posada Camesa. La tarde moría desangrándose las nubes en algodones cenicientos, y al verla allí, tan llena de vida en medio de una tarde anémica de horas, Gabriel le pidió que se quedara quieta, que le iba a hacer unas fotos. Y sacó su cámara digital y enfocó y fue enfocado a la vez por los ojos verdes de Sol, que reía. El marco era perfecto. Al fondo de la calle Gándara el portón centenario de una casona solariega hacía las veces de tapiz serio sobre el cual retratar

aquella sonrisa. Y al tomar la tercera fotografía, un hombre maduro, que había saltado el listón de los sesenta años, salió de la casa e involuntariamente fue atrapado por la cámara de Gabriel Zarza. Después, los dos muchachos se retiraron a descansar, no sin antes pactar la hora de la cena a eso de las nueve y media de la noche. Y al despedirse, Sol soñó con aquel *cariño* del claustro, pero de alguna parte vino el recuerdo de Vicente para despertarla.

CUARTA PARTE

«Fizo trasladar otra sciencia que han los judíos muy escondida a que llaman *Cábala*».

(Don Juan Manuel en el *Libro de la caza*)



I

París. Año 1245 de los cristianos

LA plaza era un hervidero de jóvenes estudiantes. Y aunque Alfonso ya había oído maravillas sobre las proezas intelectuales del hombre que dictaba la lección en medio de la calle, porque no había aula capaz para albergar a todos los que lo querían oír, jamás había llegado a soñar una escena como aquella. Pacas de paja hacían las veces de improvisados asientos mientras muchos curiosos, incluso gentes nada pulidas en eso de muscular la mollera y armar ideas sólidas y propias, se quedaban allí, como si sus pies se negaran a andar. Sin duda, el encanto del verbo de aquel dominico era extraordinario.

Sobre varias pacas de paja que algunos alumnos habían amontonado estaba el religioso. ¿De qué hablaba? Por lo que Alfonso sabía, cualquier tema era dominado a la perfección por aquel hombre. Lo mismo daba que se le planteasen cuestiones de física que de astronomía, y si se prefería la geografía, la zoología o la medicina, pues tampoco había problema. Ciertamente, Dios había elegido a aquel hombre, que, al parecer, era hijo del conde de Bollstädt y que había visto la luz del mundo por vez primera en Suabia. Era conocido como Alberto. Años después a su nombre se añadió el apodo de *Magno* y terminaría por ser izado a la santidad.

Alfonso miró a aquel tupido y variado auditorio. Había jóvenes en cuyas caras la barba comenzaba a apuntar, pero también se podía ver a varones fornidos y bragados, hombres hechos y derechos que no acertaban a cerrar la boca ante el florido y documentado discurso de aquel dominico. Y Alfonso se preguntó si habría hecho el viaje desde Castilla en balde o, por el contrario, aquel hombre era el único, como le habían asegurado, capaz de ayudarle en la empresa que se traía entre manos.

Un joven dominico, sentado a los pies del maestro, era el encargado de establecer el turno de las preguntas que siguieron a la magistral lección del doctor Alberto. El maestro lo llamó por su nombre una vez y Alfonso lo retuvo en su memoria. El joven fraile se llamaba Tomás de Aquino.

—Habláis de Aristóteles de tal manera que parece infalible —preguntó uno de los oyentes—. ¿Es que un hombre puede estar en lo cierto en todo?

—No. Ni Aristóteles ni nadie está en posesión de todas las verdades, solo Dios —respondió Alberto—. Hay errores en Aristóteles, como los hay en cada uno de nosotros y en nuestras ideas, solo que tal vez en las ideas de Aristóteles hay muchos menos errores que en las nuestras.

El numeroso auditorio rio tras la respuesta, salvo un hombre alto, delgado, de tez morena y pelo claro que miraba toda la escena desde un lugar discreto de la plaza a

través de sus ojos extremadamente azules. Alfonso sintió curiosidad por aquel hombre.

—Maestro —preguntó otro oyente—, cuando estudiamos la Naturaleza, ¿debemos ver en ella solo la acción de Dios o hay algo que ella sola pueda ofrecernos sin mediar el Señor?

—La Naturaleza toda es obra del Señor —respondió el erudito—, de modo que todo en ella resulta proceder de él. Ahora bien, el Señor dotó a la Naturaleza de leyes y de atributos que, por sí solos, provocan consecuencias. Por tanto, podemos estudiar esos misterios naturales sin necesidad de pensar todo el rato en el Señor.

Las preguntas se sucedieron por espacio de una hora y Alberto las respondió todas con agilidad y acierto, según creyó entender Alfonso. Y cuando la sesión pareció haber finalizado y el dominico bajó de su improvisada cátedra confeccionada con balas de paja con la ayuda de su discípulo Tomás de Aquino, Alfonso buscó en su interior fuerzas para acercarse a aquel hombre y preguntarle por aquello que le había llevado a París y a tratar de buscar en la capital francesa las respuestas que precisaba. Y a punto estaba de abordar al maestro cuando advirtió que el hombre de los ojos azules, piel morena y pelo rubio se le adelantaba. El hombre se acercó a Alberto y reclamó su atención. El extraño preguntó algo al dominico y este no pudo evitar su sorpresa ante aquella pregunta. Nadie más pareció reparar en la blancura que adquirió de pronto la tez del dominico Alberto, solo superada por la que tiñó de pronto la cara de Alfonso, quien había podido oír la pregunta realizada por el desconocido.

—Maestro, ¿habéis oído hablar del ángel Raziél? —había preguntado el extraño.

Alfonso quedó atornillado en el suelo empedrado de aquella plaza de París. ¿Sería posible que aquel hombre anduviera buscando idénticas respuestas a las que él deseaba? ¿Quién era aquel sujeto?

El religioso tomó por el brazo discretamente al desconocido y tiró de él hasta colocarse tras un carro que se encontraba junto a las balas de paja sobre las que había estado dictando su lección. Alfonso no pudo escuchar la respuesta. Después, ambos salieron de su parapeto y Alberto llamó a su discípulo.

—Tomás, nos vamos. Este hombre cenará hoy con nosotros —anunció Alberto refiriéndose al sujeto de ojos claros.

Alfonso permanecía en su puesto, como un vigía riguroso en el cumplimiento de su misión. ¿Qué hacer? ¿Abordaba sin más demora al religioso antes de que se marchara? ¿Podía confiar en aquel hombre singular que había formulado casi la misma pregunta que él quería hacer al maestro dominico? Finalmente, tomó una decisión y, antes de que el trío formado por Alberto, Tomás de Aquino y el desconocido abandonara la plaza, gritó:

—Maestro, quisiera vuestra ayuda para poder entender este libro —y al tiempo mostró al trío un hatillo de pergaminos en cuya portada se leía el título de la obra: *Liber Razielis*.

Los tres hombres se volvieron hacia Alfonso y los ojos de halcón del desconocido

quedaron prendados del título del libro, mientras que Alberto acertó a llevar sus pupilas desde el libro al joven que le mostraba la obra.

—¿Quién sois?

—Mi nombre es Alfonso, hijo del muy noble rey de Castilla, don Fernando, y de la reina doña Beatriz.

II

Santillana del Mar.
Año 2003. Mes de marzo

LA primavera llegó al corazón de Ana mucho antes que a los dulces prados de Liébana, fruta hermosa en cuya pepita se demoraba durante días al calor del cariño del casi centenar de animales de muy diversas especies que había conseguido salvar del progreso, de donde habían llegado con las alas de esperanza quebradas, con la inocencia atrapada un mal día entre espinos que cercan la vida y la hacen propiedad privada o con las patas acuchilladas por los dientes de los cepos que garantizan la seguridad del rebaño humano. Y entre aquella otra humanidad amanecía y no regresaba al mundo de los que solo sirven para ser quórum cuando la tarde refrescaba recordando a todos que el invierno apenas sí había dado la espalda a los montes.

¿Quedaba alguna cicatriz en el cuerpo de Ana que pudiera alimentar la sospecha de que una vez un cáncer la carcomió hasta la muerte? A esa pregunta habrá que responder con valentía, sabiendo que ya por lo que aquí se ha dicho se nos tendrá por excéntricos y ridículos, pero ya que hemos metido un pie en el pozón, vayamos hasta donde no se haga pie: no, ni una brizna de la enfermedad quedaba en el cuerpo de Ana. Y sus ojos, rasgados, envueltos en las tiernas arrugas de una bella mujer de sesenta años, habían recuperado todo el resplandor que guiaba la vida de su esposo, Rodrigo, desde hacía cuarenta inviernos.

Rodrigo veía en ella a la muchacha que le hizo perder la cabeza y lo enfrentó a la rigidez mental y social de su padre en otros tiempos. Y al verla regresar con el sol ocultándose a su espalda acompañada de su eterno guardián, el lobo Raziél, en él se fortalecía la convicción de que todo cuanto había hecho, lo bueno y lo que tal vez no lo fuera para los demás, había merecido la pena. Solo una sombra velaba su felicidad, o tal vez dos.

Aquel tipo, el que parecía argentino y que había secuestrado a su esposa hacía tres meses, lo llamaba por teléfono cada semana para advertirle que no podrían ir jamás a ninguna parte que estuviera tan lejos como para que él no lo supiera y no les pudiera echar mano. Por eso, amenazaba, Rodrigo debía informarlo si se volvía a tener noticia de la muchacha francesa.

¡Nicole! ¡Esa era la segunda sombra que sobrevolaba sus vidas! Y no es que él tuviera especial interés por encontrar a la joven, que sin saberlo estaba en un serio peligro según se veía el pelaje del argentino, pero sí anhelaba el talismán. Y a veces se preguntaba qué haría si tuviera la posibilidad de recuperarlo y prolongar la felicidad de su esposa por toda la eternidad. El peligro era grande, que la calaña de

aquellos sujetos no dejaba resquicio para imaginar otra cosa, pero el premio era infinito. Infinito y eterno.

Pasaron todo el mes de marzo en Liébana, y eso que a él todo aquel trajín al aire libre, los graznidos, los ladridos y el resto de las formas de comunicación de aquella Arca de Noé no le resultaban ni mucho menos atractivos. No era la sinfonía que podía hacer soñar a un melómano entusiasta de las bocinas y los cláxones urbanos, pero qué se le iba a hacer. Si Ana era feliz, Rodrigo era feliz. Y Ana lo era, vaya si lo era.

Ana se movía con destreza entre las jaulas y los corrales, entre el veterinario y los naturalistas. Y si había batida por los montes para ahuyentar a los furtivos, no era la elegante señora del lugar la que se rezagaba antes, que tras superar la muerte parecía que no había modo de hincar el diente a su resistencia. Y por más que en ocasiones entre las dudas de un hombre como él se le posara en la mente el cálculo de cuánto había invertido en ese proyecto altruista, verdadero pozo insondable de fondos perdidos para siempre, pronto espantaba esos pensamientos, pues bien reciente tenía la lección aprendida de que la salud no tiene precio, que es algo que aún no alcanzan a discurrir la mayoría de los protagonistas de las esquelas diarias.

Y no hizo más que llegar a asomarse la muerte en forma de esquela en las cavilaciones de Rodrigo, cuando uno de los jóvenes naturalistas lo llamó desde la oficina con que contaban las modernas instalaciones que tan flaca había dejado años atrás la cuenta corriente del matrimonio.

—Don Rodrigo —dijo el muchacho—, que lo llaman por teléfono.

El corazón del profesor dio un respingo. Imaginó aquella voz dulcemente mortal del argentino recordándole puntualmente su compromiso, como hacía cada semana, estuviera Rodrigo donde fuera. Pero luego cayó en la cuenta de que aquel mal bicho ya le había dado la dosis de amenaza un par de días atrás. ¿Quién sería entonces?

—Dígame.

—Rodrigo, soy Torcuato Soria. Oye, ¿sabes lo del padre de Ignacio?

—No, ¿qué pasa?

—Que se ha muerto. Le dan sepultura mañana a las cinco en su pueblo, en Martos. ¿Iras?

III

París.
Año 1245 de los cristianos

LA cena de los cuatro tuvo lugar en una humilde posada de la capital francesa, pero por modesta que fuera la cena, ningún margrave, conde, duque o señor de Francia, ni siquiera el santo rey Luis, disfrutó jamás de una conversación más suculenta y a la vez impropia a todas luces de unos dominicos y de un infante y heredero a un trono cristiano. Y es que se ha de saber sin más demora que no solo era el tema de conversación ciertamente desconcertante, sino que al grupo se debía añadir la presencia del ya referido desconocido y que poco después fue identificado. Se trataba de un judío llamado Daud, a quien en principio no hubo manera de arrancarle más sobre su vida. No obstante, pronto todos vieron que aquel hombre alto y de mirada tan azul como limpia era de fiar. Es más, era la suya compañía agradable, pues su cabeza estaba repleta de conocimientos, de lecturas y de sabidurías que además sabía exponer con gusto y ordenadamente, haciendo las delicias incluso del gran Alberto.

—¿Qué sabéis cada uno de vosotros del ángel Raziel? —Quiso saber tras la cena el dominico, al tiempo que miró alternativamente a Alfonso y a Daud.

El judío miró con educación al infante castellano. No era la mirada de un vasallo, solo la de un hombre correcto en sus modales. No dijo nada, pero en su mirada se vio que cedía al joven heredero la decisión de ser el primero o el segundo en hablar. Y Alfonso optó por ser el primero.

—¿Habéis oído hablar de Gerardo de Cremona? —preguntó, y vio que Alberto asentía dando muestras de que sí conocía al personaje, pero Daud hizo algo más que eso. Alfonso diría que se estremeció al escuchar el nombre—. Gerardo de Cremona fue un maestro traductor de textos que vivió en Toledo, una de las ciudades más importantes de Castilla, el siglo pasado. Llevó a cabo una intensa actividad intelectual y dirigió algo así como un taller de traductores de textos del árabe al latín. Era un hombre de una curiosidad desmedida, al que todas las ciencias le parecían de interés. Pero un día, de forma casual, se hizo con un libro, con este —añadió señalando el *Liber Razielis*—, y desde entonces dedicó sus mayores esfuerzos al estudio de la cábala, de la magia y de todas las materias del saber que podemos considerar herméticas y que en Toledo se han cultivado desde tiempos remotos. Y por lo que sé, a pesar de sus estudios nunca consiguió dominar el contenido de este libro, que tras su muerte se perdió.

—Y si se perdió, ¿cómo es que ahora lo tenéis vos? —Quiso saber Tomás de Aquino.

—Yo me crié en tierras gallegas, allí donde el Camino de Santiago llega a su fin —repuso Alfonso—. Tuve dos cuidadores, un ayo llamado García Fernández y su mujer, doña Mayor Arias. Ellos me inculcaron el gusto por la lectura, y también gracias a ellos comencé a escribir mis primeras líneas en el idioma que ellos manejaban, el romance gallego. Y un día, en la catedral de Santiago, encontré a un hombre de tu raza —dijo dirigiéndose a Daud—. Yo era un crío, pero aquel hombre, sentado fuera de la catedral, estaba haciendo cálculos extraños y utilizaba a la vez letras que, según me dijo, son sagradas para vosotros, los judíos. Me explicó cosas que yo, niño como era, no supe entender, pero siempre sentí curiosidad por aquella ciencia que me dijo que practicaba y que llamó Cábala.

—Cuando crecí seguí manteniendo aquellas aficiones que hice mías siendo niño, tanto la lectura como la escritura, pero nunca olvidé aquella ciencia mágica que el hombre judío parecía dominar. Desde entonces he buscado cualquier información sobre ese saber, y en Toledo he compartido muchas horas con gentes de Israel que estudian esos secretos. Y fue así como un día un judío puso en mis manos dos obras que me parecieron tesoros perdidos. Uno de los libros hablaba de las virtudes y poderes de las piedras. Un musulmán llamado Abolays había dado con él de forma casual en tiempos antiguos y lo tradujo del caldeo al árabe. Yo mandé después que un físico llamado Yehudá Mosca lo pusiese en castellano. Y el otro libro con el que me topé fue este, en el que se habla del ángel Raziel. Y por cierto, no pude dejar de escuchar que vos —dijo mirando de nuevo a Daud— también os interesasteis en la plaza por ese ángel. ¿Por qué?

Daud miró a Alberto, como si solicitara su permiso para hablar. Pero el dominico aún quería saber más cosas del hijo del rey de Castilla.

—Toda esa historia está muy bien, pero no explica las razones por las cuales vos estáis aquí, en París, y me buscáis a mí.

—Según me ha sido dicho, ya desde tiempos remotos se ha creído que las cosas por el Señor creadas están como trabadas unas con otras —explicó Alfonso—, de manera que nada de lo que pasa en la tierra ocurre porque sí, que mucho tiene que ver en ello cómo se dispongan las estrellas en el cielo. Y me ha quedado dicho por algunos estudiosos que el gran Aristóteles estudió las piedras y que a más de seiscientas dejó sin secretos, pero que otros sabios fueron más allá y quisieron saber más cosas que su peso, su color y su virtud. Se quiso saber qué atamiento tenían con las estrellas, pues me han informado que a cada piedra un astro corresponde. Y si Aristóteles de esto sabía mucho, nadie como vos, señor Alberto, sabe de Aristóteles. Es por eso que viene a buscarlo y...

—¿Y? —le apremió el dominico.

—Y porque de vos se dicen muchas más cosas.

—Por ejemplo —había mucho más que curiosidad en los ojos del monje; había diversión.

—Como que vos conocéis los secretos de alquimia y la magia —dijo al fin

Alfonso—. Que nadie si no es vos puede resolver el acertijo de este libro, que habla de piedras mágicas y de estrellas del cielo, de enigmáticas frases que obran milagros y de ángeles que cabalgan sobre las estrellas poniendo a estas en disposición de ayudar al mago a la hora de hacer talismanes.

Al escuchar la palabra talismanes, Daud dio un respingo. Solo Alberto pareció advertirlo. Era la segunda reacción singular de aquel judío, siendo la primera la que tuvo al escuchar de labios del infante castellano el nombre del traductor Gerardo de Cremona. Alberto retuvo en su entrenada memoria esos datos.

—¿Y qué dice ese libro que no acertáis a entender? —preguntó burlón Alberto.

—No, si entenderlo, se entiende —confesó Alfonso—. El problema no es leerlo y entenderlo, sino dominar lo que aquí se dice —y dejó caer sobre la tabla de gruesa madera que era la mesa el misterioso escrito.

—¿Queréis saber quién escribió ese libro?, mi señor Alfonso —preguntó Alberto al infante castellano.

—Algo me han dicho, pero ardo en deseos de oírlo de vuestros sabios labios.

—El mismo Dios Nuestro Señor —contestó con satisfacción el dominico—. Pero no lo escribió con tinta y sobre vitela o pergamino, no señor. Lo escribió sobre una piedra, un zafiro que entregó a Adán y en el que se contenían los secretos de la Creación. Luego, el texto, según las leyendas que seguramente nuestro amigo Daud conoce a la perfección —y miró de reojo al silencioso judío—, pasó de mano en mano, cayendo al final en las del rey Salomón. Ciertamente es maravilloso que vos poseáis ahora esa obra.

—¿Vos creéis que los ángeles pueden ser invocados con esas prácticas mágicas? —intervino Tomás de Aquino.

—En público, hermano Tomás, siempre lo negaré, pues fácil es argumentar que los astros no son ángeles, ni que los ángeles cabalgan los astros.

—Pero no me habéis respondido —insistió el joven—. ¿Es posible esa magia talismánica o como se llame?

—¿Es posible la alquimia? —respondió Alberto.

—Algunos dicen que vos la practicáis —respondió cauto el de Aquino—, pero yo nunca lo vi.

—La alquimia, como la oración, es cosa que ha de hacerse discretamente y en cuyo negocio solo el buscador y Dios son necesarios.

—¿Luego es cierto lo que de vos se dice? —intervino Alfonso.

—No he dicho que yo practique alquimia, solo que con ella se ha de hacer como con la oración —repuso ladinamente el sabio.

—¿Y vos rezáis mucho? —la pregunta de Daud era tan inteligente como lo fue la respuesta de Alberto.

—Sí, lo hago, y en el matraz de mi cuerpo bulle mi alma mudando su color. Y un día espero llegar a Dios a través de la santa obra que es la oración —dijo mirando los ojos azules del judío sabiendo que los hábiles juegos de palabras que había empleado

el judío los entendería. Luego, cambiando el tono de su voz, añadió—: Y ahora, hablemos de ti, Daud.

IV

Martos.

Año 2003 de los cristianos. Mes de marzo

DON Fernando Ruiz de Lozoya no pudo a celebrar su noventa y cinco cumpleaños por cosa de una semana. Fue una lástima, pensaron todos los que se dieron cita en el camposanto para ver cómo se marchaba definitivamente al otro mundo uno de los más poderosos olivaderos de toda la historia de la comarca. Y muchos fueron porque bien lo quisieron, pero otros mandaron escuchas por cerciorarse de que el muerto lo era realmente y no podría ya mandar, como en los viejos tiempos, ante pelotones de fusilamiento a rojos ateos. Y es que don Fernando no solo era rico en olivares, sino también en mala leche y en arrojo para defender a la patria. Y cuando hubo que poner hígados sobre el tapete para ver quién valía para servir a Dios y a España, a don Fernando le sobraron arrobas de todo y se fue para donde estaban los comunistas y anarquistas y patrocinó buenos apaleos y algún certero disparo.

La tarde de primavera era alegre, y por el cielo se pintaban blancos aplicados con brocha ligera, que es una de las firmas de Dios. Y es que Dios también quiso estar presente en el sepelio, a lo que se ve, y nunca quedará dicho si tal cosa fue porque mucho amaba a don Fernando o porque también Él estaba allí para cerciorarse de que no resucitaba. Y es que, ya lo dice el saber popular, quien bien te quiere, te hará llorar. Y Dios había llorado muchas veces sangre por aquel amor que don Fernando, y otros *Fernandos* que en España tantas veces salvaron a todo el mundo, le dispensaba.

Don Fernando se había casado en los tiempos en que le ardían las partes que suelen arder en la industria del querer, con doña Humilde, moza castellana de muy buenas carnes, ojos grandes y negros, vacunos. Y a todos esos regalos unía doña Humilde grandes fincas y ganaderías que su señor padre la había regalado, pues aun teniendo siete hijos, tenía para abastecer en herencia a todos de todo y mucho.

Los padres de Humilde y los de Fernando se conocían, como siempre termina por ocurrir en los círculos cerrados de los elegidos. Y así fue concertado su futuro. Y luego, ya más tarde, se conocieron ellos. Y teniendo él caldeadas las zonas fogosas de su juventud y viendo lo que allí había, pues ya se ha dicho algo a propósito de doña Humilde y sus curvas, la Naturaleza no tuvo más que andar sola por los caminos que bien conoce. Y al cabo de diez meses, tras el *sí quiero*, por entre las piernas de doña Humilde vino al mundo el primogénito, Fernando, que heredó las tierras olivaderas de Jaén cuando el padre se retiró, porque los años y la mala leche desgastan mucho.

Y allí estaba ahora Fernando hijo, arrugado en sus setenta años, viendo cómo le echaban paladas de tierra al ataúd de su padre.

A Fernando lo siguió en la prole salida de las entrañas de doña Humilde Florinda, la única hija del matrimonio cristiano, que fue creciendo siendo tan guapa como lo fuera de moza Humilde. Y no le faltó a la chavala provisión en la pechuga para traer de cabeza a más de un mozo, lo que fue objeto de mucho comentario entre las comadres, pues se decía que Florinda atendió a todos los que la requirieron, ya fuera en pajares o entre colchas limpias con un crucifijo mirándolo todo sobre el cabecero de la cama. Pero al final, como ya se habrá sospechado, solo se pudo casar con uno, aunque no olvidó sus querencias para con la entrepiera del vecindario masculino y coronó con enorme cornamenta a su santo esposo, Tomás, a las primeras de cambio.

Y allí estaba ahora Florinda, viuda, pues Tomás se murió seguramente exhausto de portar tan gran cornamenta durante toda su vida. Estaba mucho más cerca de los setenta que de cualquier otra edad, pero Florinda lucía como solo sus carnes sabían hacer. Y al poco del entierro marchó para Sevilla, donde vivía y donde la atendía en lo que hiciera falta el pollo repeinado con gomina, de no más de veinticinco años, que la había acompañado al camposanto.

El tercer hijo del difunto y de doña Humilde había salido tan recto como su progenitor, y tan fascista como él. Y fue gran alegría en casa cuando hizo público que lo suyo era servir a Dios. Y así fue como Ignacio Ruiz de Lozoya se metió a cura, y su inteligencia, fina y letal a veces, y el mucho peso de la billetera de su padre, repleto de tierras de olivo en Jaén y de generosos cereales en Castilla, donde se fueron a vivir definitivamente, trepó y trepó por las barbas de Dios y terminó llegando a cardenal en el Vaticano.

Y ahí estaba monseñor, oficiando el entierro de su padre en la iglesia de Santa Marta primero y dando las últimas bendiciones después a su progenitor en su tierra natal, áspera y que por sangre tiene aceite.

—Se nos fue para siempre —murmuró Torcuato Soria.

Rodrigo asintió.

Los padres de Torcuato, de Rodrigo y de Ignacio se habían conocido en los años mozos, cuando hicieron medrar todos juntos, en compañía de otros buenos patriotas, a la CEDA de Gil-Robles y cuando, pasados los años, desinfectaron sus vecinas y amplias tierras de la plaga roja.

Los familiares y amigos se acercaban al cardenal para darle el pésame y para rozar la santidad, pues ya se sabe que con solo tocar la orla divina muchas veces acontecen milagros que de otro modo nunca se verán. Y mientras, Torcuato y Rodrigo salieron discretamente de allí.

—Te invito a cenar —propuso Torcuato Soria.

—Es que no sé si marcharme tan pronto le diga algo a Ignacio —se excusó Rodrigo.

—Pero ¿cómo te vas a ir sin descansar? Tú te quedas esta noche y ya mañana nos vamos juntos.

La verdad es que Torcuato tenía razón. Se había dado un verdadero atracón de

coche para llegar a tiempo a Martos y no era prudente hacer un viaje de regreso de inmediato. Mejor sería dormir allí y volver a casa descansado.

Los tres cenaron juntos aquella noche y comieron un potaje de habas y berenjenas que les supo a gloria, e incluso el cardenal Ignacio se mostró prudentemente jovial dadas las circunstancias.

—Es ley de vida —explicó—. Nos tiene que tocar a todos, y ya me gustaría a mí llegar a esa cita como ha llegado mi padre.

Todos convinieron en lo acertado del comentario. No es empresa fácil morir simplemente durmiendo, de puro viejo, con más de noventa años a las espaldas y tras campear en muchas batallas, las más de ellas provocadas y aun incluso inventadas, pero batallas al cabo.

—Y tu esposa, ¿qué? ¿Cómo está? —preguntó Torcuato mientras untaba pan en el guiso.

—Bien, muy bien —se sacudió de encima la pregunta Rodrigo.

—Oye, Rodrigo —terció de pronto el cardenal—, ¿qué fue de aquel estudio tuyo sobre un libro de magia o algo así? ¿Has avanzado algún trecho?

—La verdad es que poco —mintió Rodrigo—. Ahí ando, dándole vueltas al asunto.

—Estabas ayudando a un colega tuyo, creo recordar, ¿no?

—Sí, es que estaba escribiendo un libro sobre astrología y magia en la Edad Media o algo parecido.

—¿Estaba? ¿Lo ha dejado?

—¡Oh!, no. Es que murió hace unos meses.

—Lo siento —dijo el cardenal—. ¿Y ahora estás acabando tú el trabajo?

—¿Yo? ¿Por qué lo dices? —La cabeza de Rodrigo comenzaba a estar pesada y muy poco ágil para una rapaz intelectual como el cardenal.

—No, como dices que andas ahí, dándole vueltas...

El resto de la cena fue más benévola con Rodrigo. Charlaron de cuando eran jóvenes y recordaron las cosas que se recuerdan en esas fiestas. Después se despidieron. Rodrigo se retiró antes a dormir y los dejó allí, charlando animadamente.

A la mañana siguiente se marchó sin despedirse de nadie. Compró dulces a las Madres Trinitarias de Martos con la intención de regalar a su esposa y a los trabajadores de la finca de Liébana y apretó el acelerador huyendo de su pasado y quizá de sí mismo y del que en aquel pasado fue.

V

París.
Año 1245 de los cristianos

DAUD no dudó un segundo en responder, aunque su respuesta no fue exactamente la verdad. Había tenido mucho tiempo, en realidad casi toda su vida, para tener preparada una vía de escape en el caso de tener que encontrarse en una situación como aquella, y optó por ella. Y es que, aunque lo que a continuación se va a leer no era exactamente la verdad, sí es cierto que contenía la verdad.

—¿Recordáis lo que dice el libro del Éxodo en su capítulo treinta y dos y en el versículo dieciséis? —Comenzó su exposición el judío, y él mismo se respondió—. No, seguramente no lo recordáis.

—*Las Tablas eran obra del Señor, y la escritura, escritura del Señor grabada en las Tablas* —la voz grave de Alberto Magno dejó impresionado a Daud.

—Ciertamente, padre, sois hombre sabio —respondió el enigmático judío—. ¿Acaso sabríais decirme también lo que se afirma en el primer libro de Reyes, capítulo ocho y versículo nueve?

—Con tanta exactitud, debo reconocer que no lo recuerdo, pero sí que hace referencia otra vez a las Tablas de la Ley —repuso el dominico.

—En efecto —en los ojos de Daud había ya una rendida admiración por aquel hombre capaz de retener en su repleta mollera aquellas frases bíblicas—. Lo que está escrito es lo siguiente: *En el Arca no había más que dos tablas de piedra que puso allí Moisés en el Horeb.*

Daud guardó silencio, como si esa revelación fuera suficiente para explicar la razón por la cual estaba allí, compartiendo mesa y sobremesa en París con Alberto Magno y sus acompañantes. Pero enseguida se vio que aquello resultaba insuficiente para el infante Alfonso y para Tomás de Aquino, quienes urgieron al judío a que aclarase adónde se dirigía por aquel enrevesado camino que les había hecho emprender. ¿Qué diablos tenían que ver dos citas bíblicas con el asunto del ángel Raziel?

—Por lo que sé —dijo Daud bajando el tono de su voz—, los caballeros templarios recuperaron en Jerusalén las Palabras que Yahvé mismo grabó en las Tablas de la Ley y entregó a Moisés. Y, por lo que sé, esas Palabras tienen algo que ver con las que Yahvé grabó sobre el zafiro del ángel Raziel, el mismo del que vosotros habláis. Y llegué a París con la esperanza de descubrir si es cierto o no que los templarios custodian en la fortaleza que tienen en esta ciudad un secreto que nunca debió salir de nuestra ciudad santa, Jerusalén.

En los ojos de los tres cristianos hubo primero sorpresa y luego cierto brillo irónico, aunque en el caso del infante pronto esa ironía desembocó en furia, y así se expresó:

—¿En vuestra ciudad santa? —exclamó Alfonso—. ¡Jerusalén es la ciudad de Jesús! ¡Jerusalén es Tierra Santa! Muchos cristianos han dejado vertida allí su sangre para poder recuperar esas benditas tierras.

—No voy a discutir sobre guerras y políticas de los hombres —respondió Daud.

—Vamos, caballeros, calma —medió Alberto—. Estamos hablando de cosas de Dios, de modo que guerras y políticas deben olvidarse, ¿de acuerdo? —Y volviéndose hacia Daud, lo interrogó—: En cuanto a vos, ¿cómo podéis haber llegado a esa peregrina conclusión a propósito de los caballeros templarios?

—No os diré nada más sobre ese tema —los ojos del judío se ensombrecieron—. Es cosa mía cómo sé lo que sé. Vos me habéis preguntado qué sabía yo del ángel Raziel y ya os he respondido. Quería escuchar de un sabio como vos que esa leyenda de mi pueblo también cuenta con credibilidad entre hombres de estudio y ya he visto que no solo es cierto que la conocéis, sino que incluso todo un infante castellano posee copia del libro que Yahvé, y solo Yahvé —Daud subrayó con el tono de su voz el nombre de la divinidad hebrea para fustigar el orgullo de Alfonso—, grabó en un día memorable sobre la dura superficie de un zafiro.

En el centro de la joven frente de Alfonso se apiñaron tres arrugas. Era el resultado que tenía en su expresión el ceño fruncido como consecuencia de la pulla de aquel judío.

—Esta bien, no estáis obligado a contar más de lo que deseáis, no obstante, mi consejo es que no os metáis en la boca del Temple si no queréis ser devorado —le aconsejó Alberto.

—¡El Temple! ¡El Temple! —exclamó de pronto Tomás—. Siempre tienen que estar metido en todo, y siempre en cosas turbias. ¡Unos cristianos enredando con supersticiones infieles! ¡Algún día acabarán mal!

Alfonso, Alberto, Tomás y Daud se vieron durante varios días más. Alberto les presentó a algunos de sus colegas en el estudio de todo aquello que tanto incomodaba a su discípulo Tomás de Aquino. Y fue así como muchos aprendieron magia talismánica, y el futuro Alfonso X, al que los hombres darían el apodo de *Sabio*, comenzó a perfilar un proyecto que pondría en marcha años más tarde, durante su reinado. Se prometió a sí mismo hacer el más *complido* acopio que nunca antes se hubiera hecho sobre textos de ese pelaje. Tal vez por ello cuando su sobrino, el conde don Juan Manuel, tuvo edad y bagaje para escribir, no dudó en asegurar que el rey sabio *fizo trasladar otra sciencia que han los judíos muy escondida a que llaman Cábala*. Pero para que eso ocurriera aún debían suceder otros hechos de los que muy resumidamente vamos a tener noticia en breve.

Pero antes de que el peculiar grupo de estudio que los cuatro habían formado se separase, Alberto tomó del brazo aparte una tarde al enigmático Daud.

—Durante estos días, amigo Daud, habrás visto que he mantenido un prudente silencio sobre algunas dudas que en mí nacieron al escuchar tu versión sobre tu interés por la figura del ángel Raziel —dijo Alberto—. Pero ahora que es vísperas de despedida, sí quiero que sepas que en dos ocasiones tu cara se tintó de blanco en la primera cena que compartimos y que yo no he olvidado. La primera vez fue cuando el infante Alfonso mencionó al traductor Gerardo de Cremona; la segunda, cuando habló no del libro de Raziel, sino de un talismán del que ninguno de nosotros había oído hablar. ¿Te gustaría decirme algo sobre todo eso?

Daud sonrió y puso sus fuertes manos sobre los hombros del dominico antes de responder.

—Jamás te olvidaré, Alberto, pero siempre serás un hombre de la Iglesia, aunque seas un hombre singular. Y la Iglesia es el peor enemigo para las cosas de Dios, como solía decirle a mi padre su maestro.

—¿Y quién fue tu padre, Daud? —preguntó Alberto Magno.

Daud había subido ya a su caballo y agitaba su mano en señal de saludo hacia Alfonso y Tomás, después, se inclinó hasta situarse cerca del oído del gran Alberto y respondió:

—Un caballero templario.

VI

Madrid.

Año 2003 de los cristianos. Mes de mayo

DURANTE dos meses, de forma febril, Gabriel Zarza trabajó en la construcción de una novela imposible imaginando cómo serían aquellos personajes de los que hablaba el documento hebreo que lo había puesto tras la pista del talismán de Raziél y que, a lo que se veía, pugnaba por volverlo aún más loco de lo que para los demás estaba, pues nadie sino un loco daría crédito a esas historias.

Y allí estaba ahora, en su apartamento de Madrid, guarida tapizada con iconos egipcios mezclados con dudoso criterio con símbolos templarios de escaso precio y la figura de cartón piedra —tamaño natural si se da pábulo a los testimonios que sobre la materia abundan— de un humanoide macrocéfalo, de piel gris y grandes ojos de insecto con el que Zarza tenía sus buenas chácharas en las tardes de soledad, que eran muchas, y que había demostrado al periodista, con la inestimable ayuda de alguna copa de más, que era compañero de buen palique y mejor criterio.

Al otro lado de la trinchera formada por libros sobre magia y cábala, repletos de nombres judíos y con el acompañamiento de un orfeón de tomos de historia, Zarza luchaba a brazo partido por dar vida a aquellos nombres, por unirlos, casarlos si era el caso, y matarlos después.

A veces se preguntaba qué estupidez era aquella de creer en talismanes y hechizos, maleficios y aijos, y cómo se puede llegar al delirio de pretender edificar una historia de cierto mérito y adobo suficiente como para que fuera catada por los lectores sin vomitar cuando se encontraran en plena degustación literaria con el tropiezo de un talismán que curaba enfermedades y hasta resucitaba muertos. Pero otras veces su inocencia, casi intacta tras tantos errores —propios y ajenos— conocidos a los largo de sus treinta y siete años de vida, lo animaba a seguir.

Podía escuchar claramente cómo la voz de su eterna y misteriosa compañía lo espoleaba a escribir una nueva página, y luego otra, y hasta se diría que eran otros, no lo suyos, los dedos que tecleaban vertiginosamente las teclas de su viejo ordenador, y es que no hacía mucho que había comprado otro. La informática y Zarza no eran excesivamente amigos y estaba convencido de que cambiar de ordenador ahora, en el fragor de la novela, sería fatal para todos, especialmente para todo lo que hasta ese instante llevaba escrito, que era más de la mitad de lo cavilado por él, y correría serio peligro de perderse en la mudanza entre discos duros.

En su travesía espumando el mar de la historia ficticia, o tal vez real, llevaba varios días con las amarras echadas en el puerto del reinado de Alfonso X el Sabio

buscando provisiones para proseguir, pero no encontraba lo que buscaba y solo Sol, siempre Sol, podía serle de utilidad.

¿Qué sabía él del rey Sabio? Sol le había hablado del ese libro, el *Liber Razielis*, asegurándole que el monarca anduvo siempre en harina de esos costales esotéricos y que no solo ese tomo, sino otros muchos de similar pelaje, mudaron de idioma en la Escuela de Traductores de Toledo por decisión del monarca. Sol le había prometido que iría aquella misma tarde con más información sobre esas querencia del rey para con la magia, y mientras ella llegaba, Gabriel repasaba sus notas sobre el hijo del rey Fernando y de la reina Beatriz.

Era cosa conocida que el futuro monarca había nacido el 23 de noviembre del año 1221 y que fallecido el día 4 de abril de 1284, cuando su dominio bañaba las ásperas tierras de Castilla y León y grandes vegas y valles de la antigua Al Ándalus, habiendo tenido especial amor hacia Murcia y Sevilla. Y tampoco era secreto que fue criado en tierras gallegas y que allí fue donde tomó la decisión de hacer del romance gallego su lengua familiar y con ella escribió sus *Cantigas* en honor a la Virgen.

Zarza miró su reloj. Aún faltaban quince minutos para las ocho de la tarde, que era cuando Sol había prometido llevarle provisiones para poder soltar amarras del puerto de Alfonso X y poner velas al viento de la imaginación en busca del talismán de Raziél. Y solo con pensar en Sol, Gabriel sintió cierto cosquilleo que a duras penas conseguía reprimir en presencia de la joven, con quien había compartido durante los últimos meses muchas horas de confianzas y trabajo hasta dar vida a aquella familia judía y a todos los demás personajes de la historia. Y aunque era seguro que jamás encontrarían el talismán, nadie le podría robar a Gabriel la emoción de haber encontrado con Sol las Palabras de Yahvé grabadas en aquellos capiteles románicos de Santillana del Mar, y nadie podría nunca recrear los sentimientos de aquella tarde de paseo por la villa bajo el capote gris del cielo norteño.

Trató de sacudirse de encima la piel no catada de Sol y regresó a la lectura.

Por razones de política, se casó el rey Alfonso con la hija de Jaime I de Aragón, doña Violante, pero parece sabido por todo el mundo que otras muchas amantes calentaron el catre del rey, y con algunas hubo hijos que él reconoció como suyos. Y a la muerte de su padre, al que terminaron por hacer santo, le fue llegado el turno de gobernar el reino a partir del año 1252. Y fue la ceremonia jarana sencilla, sin aspavientos ni mucha bendición eclesiástica, por lo que pronto mostró su intención el recién llegado de dejar las cosas claras: que lo que era del César del César era, y en ello no debía meter la nariz la Iglesia, que ya tenía bastante con lo que era de Dios, y Alfonso tenía anunciado que allí él no iba a enredar.

Hubo una corte alfonsí, claro que sí, pero fue de acá para allá, culo de mal asiento, sin sitio fijo. Y lo mismo estaba el rey con su cuadrilla, que era mucha, en Sevilla que en Toledo; en Murcia que en León, o incluso en Soria. E iguales mundanzas hizo su *scriptorium*, palabra que tanto designa a los que trabajan encorvados sobre los textos como al lugar donde esa gimnasia se produce.

Pero dos eran las razones por las que, a juicio de Sol, había que pasear al rey Sabio por las páginas de la novela. Por un lado, estaba la capacidad del rey de valorar a la gente no por el modo en que rezaban, sino por el modo en que pensaban y trabajaban, que más valía a sus ojos lo que se llevaba en la sesera que lo que se pronunciaba en oraciones. Y así ocurrió que a su alrededor hubo mucho moro y mucho judío dando que hacer en la que luego llamaron Escuela de Traductores de Toledo, que por otra parte ya era experiencia con historia desde que en el siglo anterior el arzobispo Raimundo y otros hubieran abonado el terreno para que aparecieran por la ciudad de Toledo traductores insignes como Gerardo de Cremona o Doménico Gundisalvo. Y aunque entre los judíos que estuvieron cerca del rey en esos días no aparecían citados los del misterioso documento hebreo, nada impedía pensar que tal vez sí hubieran estado en la nómina incompleta que de los traductores hebreos se conoce y en la que figuran, por solo mencionar algunos, Samuel ha-Leví, Fernando de Toledo, Judá ben Mosé, Isaac ben Sid o Abraham Alfaquí.

Y aunque fue el rey poeta, legislador e historiador, y aunque muchos méritos recogió en todos esos campos, le parecía a Sol que había que insistir en la relación que Alfonso tuvo con los judíos y con los magos, pues por ahí tenía cierto sentido meterlo en la epopeya del talismán de marras.

Y dicho y hecho, solo que a Gabriel le faltaba información para poder hacerlo y por eso estaba atascado y a la espera de que Sol apareciera con más madera para la hoguera de su imaginación.

¿Por qué le dio al rey por elegir el castellano para traducir aquellos textos? Tal vez porque la lengua romance que venía del latín se quedaba coja en léxico y gramática para dar nueva vida a los conocimientos que los árabes habían dejado escritos. Y a lo mejor hubo política en esa decisión, pero el caso es que así fue y que el rey juntó a su vera a especialistas, casi todos judíos, en las más diversas especies del saber y diestros en el dominio de las lenguas precisas —el castellano, el latín, el hebreo y el árabe—.

Con los judíos tuvo muchos negocios el monarca, según había llegado a leer Gabriel. No solo se veían juntos en la traducción, sino especialmente en la hora de hablar de astronomía, disciplina muy del agrado del rey.

Alfonso se obsesionó con hacer horóscopos lo más precisos posibles, y entre sus astrónomos destacaron los judíos, pues eran los que mejor podían traducir lo que habían dejado dicho los árabes, que es sabido que son los mejores especialistas en las cosas del cielo. Y fruto de aquellos empeños serían las *Tablas Alfonsíes*, aportación estelar de Castilla a la astronomía continental.

Según parece, los astrónomos judíos de Alfonso llegaron a hilar muy fino al dar valor al año solar, pues fijaron el mismo en 365 días, 49 minutos y casi 16 segundos, de manera que a punto estuvieron de coincidir con el que todo el mundo tomó como acertado, el nacido de la reforma del papa Gregorio XIII en 1582, que solo dura cuatro segundos menos que el del rey Alfonso.

¡Impresionante!, ¿no?, le había dicho Sol a Gabriel hacía un par de días, y después le regaló una sonrisa de las suyas mientras se colocaba un mechón subversivo de su pelo negro. Y Gabriel estuvo a punto de besarla allí mismo, sin más prolegómenos ni miramientos, pero de pronto, por alguna parte, se coló en la escena la figura de Vicentito, el boticario, y el hechizo se desvaneció, y también el valor del periodista.

¿Dónde andaría Sol? Ya eran las ocho de la tarde.

VII

Soria.
Año 1256 de los cristianos

EL caballero estaba más cerca de su presa de lo que había podido conseguir durante la última semana, pero supo controlar su satisfacción hasta hacer de ella el animal doméstico preciso, no fuera a ser que aquel escurridizo sujeto le diera una vez más esquinazo. Y fue por ello que don Enrique acarició suavemente el pomo de su espada, como buscando tranquilizarse sintiendo su acero próximo, caliente y vivo, presto para salir en su ayuda. Pero solo lo acarició, no desenvainó aquella hoja fiel y leal que tantos tajos había distribuido para la mayor gloria de la mano fuerte y firme que la dirigía.

Hacía ya una semana que don Enrique se demoraba por tierras del rey castellano dando tumbos en busca de quien había robado algo de mucho valor para la orden. ¿Qué era? El comendador no le había dado demasiados detalles. Era una joya de color azul. La reconocerás en cuanto la veas, había afirmado, incluso aunque nunca la hayas tenido delante.

¿Por qué razón la orden lo enviaba a él en pos del malhechor? ¿No podían interceptarlo en cualquier parte dado el largo brazo que la orden poseía? Eso había preguntado él, pero le dijeron que no, que se prefería discreción, que mejor que nadie supiera lo que se jugaba en la partida. Lo que debía hacer era traer de vuelta la joya.

¿Y el ladrón?, preguntó. Los muertos dan siempre menos problemas que los vivos, fue la ambigua respuesta del comendador.

Don Enrique había ensillado su caballo hacía ya una semana desde el mismo lugar donde se había cometido el robo, pero jamás pensó que aquel hombre le daría tantos quebraderos de cabeza. Varias veces lo tuvo a su alcance, incluso creyó rozar con sus dedos el éxito de su empresa, pero el villano lo burlaba una vez tras otra. Y ahora estaba en Soria, y el hombre que parecía conocer todos los rincones de aquella tierra parda y cruel estaba a solo unos pasos de distancia.

Don Enrique acarició de nuevo el pomo de su espada y aguardó. El hombre había entrado en una taberna oscura de la ciudad. Solo era cosa de sorprenderlo a la salida, pues no había más puerta que aquella que daba a la plaza.

Y en esas estaba don Enrique, allí, de plantón como un hachón que iluminara con su blanca clámide al mundo entero, cuando se escuchó una trompeta y cascos de caballos que extrajeron música de las piedras de la ciudad castellana. Y de pronto, por el extremo de la plaza, apareció la cabeza de la comitiva.

¡Maldita sea!, se lamentó para sí don Enrique. ¿Alteraría aquella algarabía sus planes? ¿Debía entrar en la taberna y sacar por las orejas al ladrón?

En esas estaba el caballero cuando la comitiva crecía y terminó por llenar la plaza. Y es que no era un grupo de jinetes cualquiera, sino dos grupos claramente diferenciados por vestidos y blasones.

¡Son los pisanos!, gritó alguien desde alguna ventana. ¡Es el rey!, respondió desde la puerta de la taberna un ganapanes aceitoso y tripudo.

¡La taberna! ¡Dios bendito!, se dijo el templario. Y entonces lo vio. El hombre a quien anhelaba echar el guante salía del cuchitril disimulado entre la multitud. El caballero corrió hacia él, pero el ladrón se mostró ágil, a pesar de que ya se veía que era hombre de mediana edad.

Aquella carrera sorteando curiosos en medio de la plaza soriana causó pronto el asombro de las dos comitivas. Una, al parecer, marchaba de la ciudad; la otra había salido a despedirla. Y ambas vieron lo que aquí se relata y que concluyó del siguiente modo:

Don Enrique hizo valer su juventud y fuerza por encima de la astucia del delincuente y finalmente cayó sobre él rodando ambos hasta los cascotes mismos del caballo del principal jinete de los pisanos, del que más tarde se sabría su nombre: Bandino di Guido Lancia.

Superado el pasmo del primer momento, todos los presentes reaccionaron. Hombres del rey y hombres de Pisa desmontaron y apresaron con rudos brazos al monje guerrero y al hombre de barba luenga y ojos azules que era su presa. Fue entonces cuando don Enrique habló.

—Señores, les ruego que me permitan cumplir el encargo que me fue dado por la autoridad de mi encomienda —y mostró sus armas y capa blanca como mejor aval de cuanto decía.

—¡Un templario dando caza a un truhán! —exclamó uno de los italianos—. ¡Esta gente nunca dejará de sorprender y avergonzar a todo el mundo!

Don Enrique se zafó con fuerza al oír aquella impertinencia del pisano y logró soltarse lo suficiente como para propinarle un magnífico puñetazo que a más de un castellano hizo sonreír tímidamente, mas no era cosa enturbiar los tratos con aquella embajada que de tan buen humor había puesto al rey desde hacía un par de días.

Por su parte, al hombre a quien se perseguía todo aquello de las embajadas y las diplomacias, las órdenes religiosas y los honores cristianos le traían por completo sin cuidado, por lo que aprovechó la confusión para correr hacia el extremo opuesto de la plaza. El templario nada pudo hacer salvo maldecir primero e implorar de los hombres del rey ayuda. Y en ese momento se produjo la última gran sorpresa de la mañana, pues el rey habló y dijo algo que asombró a todos.

—¿Cómo osas, templario, a perseguir a uno de mis más fieles colaboradores? —El ronco sonido de su voz incluso hizo que por unos instantes el ladrón detuviera su desesperada carrera.

—¿Colaborador de vos, alteza? ¡Eso es imposible! —Don Enrique farfulló más que habló.

—¿Dudas de mi palabra, freire? —El rey no preguntaba, sino que amenazaba.

—Nunca, mi señor —respondió el templario—. Pero acaso haya aquí confusión.

—Naturalmente que la hay, pero es vuestra, puesto que perseguís a un hombre inocente —y el rey concluyó el debate dando una orden—: ¡Que ese hombre sea llevado a mi palacio!

Y así se hizo. El ladrón, al que habían prendido los caballeros del rey, fue conducido a la residencia que temporalmente ocupaba el monarca castellano en Soria en aquellos días de primavera. Aquella mañana de abril, mientras tanto, don Alfonso X despidió como merecía a don Bandino di Guido Lancia, embajador de aquella legación gibelina que tan inesperada alegría le había dado hacía solo unos días. Después, el rey dio instrucciones para que el templario don Enrique fuera recibido en su residencia en un par de días, no antes. Y es que el monarca tenía mucho de que hablar con aquel hombre al que el monje perseguía. A pesar de los años transcurridos, don Alfonso había reconocido aquellos ojos inteligentes y azules y aquel aire misterioso que rodeaba al extraño. Era el mismo hombre que había preguntado antes que él a Alberto Magno en París qué sabía el dominico sobre el ángel Raziel.

VIII

Madrid.

Año 2003 de los cristianos. Mes de mayo

EL corazón de Gabriel dio un brinco al escuchar el sonido del timbre. ¡Era Sol! Miró el reloj: las ocho y siete minutos. La muerte tal vez tenía un precio, pero lo que había quedado claro es que tiene un tiempo de vida, y en el caso de Gabriel se había prolongado por espacio de siete eternos minutos de retraso.

—Te traigo material de sobra —dijo la muchacha al tiempo que daba un beso en la mejilla a Zarza. Luego se quitó el chaquetón y lo dejó sobre una silla.

—Pues vamos a verlo —dijo él—. ¿Quieres tomar algo?

—¿Tienes algo en esta casa para comer o beber? —Se sorprendió la joven—. Eso sí que sería extraordinario.

—La verdad es que no mucho —reconoció Gabriel—. ¿Te vale con una cerveza de lata?

Sol dijo que bueno, que estaría bien. Y con la lata abierta y dos sorbos en el coleteo, la historiadora abrió una carpeta de color rojo que contenía varios folios. Zarza los miró y luego puso sus ojos en su amiga.

—No me harás leerlos ahora, ¿no? Seguro que tú ya te los sabes de memoria, así que resume, que sé que te encanta.

Y era verdad. A Sol le gustaba improvisar lecciones de historia donde pudiera demostrar que había ángulos por explorar en todas las épocas y en todos los personajes, y que nada estaba vedado a la curiosidad de un buen investigador, especialmente si el fisgón era mujer.

En primer lugar, supo Gabriel aquella tarde, mientras hacía esfuerzos por centrarse en lo que tenía entre manos y no en lo que le gustaría tener entre ellas, el rey creía a pies juntillas en la magia y también en la adivinación. Y Sol se sacó de alguna parte un texto de Julio Samsó en el que se reconocía que Alfonso había aprobado en sus *Partidas* la adivinación empleando las estrellas como instrumento, pero prohibió las demás formas posibles, así como el conjuro de los malos espíritus o la construcción de muñecos con los que perjudicar a un tercero.

—Está claro que nadie prohíbe aquello que piensa que no existe, ¿no crees? —dijo Sol.

Y Gabriel asintió. Eso parecía obvio.

Sol prosiguió diciendo que don Juan Manuel, sobrino de Alfonso, en su *Libro de la caza*, hablaba claramente del interés del monarca por la ciencia de las estrellas, por la magia y también por la Cábala.

—Mira aquí —dijo Sol, señalando unas líneas subrayadas con un rotulador fosforescente de color amarillo—. Es el prólogo al *Libro de las Cruces*, uno de los que el rey mandó confeccionar. Entre otras cosas dice que *los cuerpos de yuso, que son los terrenales, se mantienen et se gouiernan por los mouementos de los corpos de suso, que son los celestiales, por uoluntat de Dyos*. ¿Te das cuenta? Es la base de la magia astral, la de los talismanes. Creían posible que las cosas de la Tierra se veían mediatizadas por las fuerzas de los astros.

—¿De dónde le vendría al rey ese interés por lo mágico? ¿Quién lo inició en esos temas? —preguntó Gabriel.

—No lo podemos asegurar, porque nadie parece tener claro quién le enseñó las primeras letras —reconoció la muchacha—. Pero sí he encontrado algo curioso que ha escrito el profesor García Avilés. Al parecer, en la época de Alfonso la sabiduría sobre lo que llamaban *ciencia de las imágenes*, que no era sino la magia astral, se había desplazado a París, y es probable que fuera allí donde el rey aprendió algunas cosas a propósito de todo esto.

—¿En París? No tenía ni idea de que Alfonso hubiera estado en París siendo joven.

—Ni yo —reconoció la joven—, pero la misma fuente recoge una cita de Alberto Magno, quien en su obra *De Mineralibus* asegura haber coincidido en esa ciudad en la década de 1240 con el *hijo del rey de Castilla*.

—¿Y no sería su hermano, el infante Felipe? —dijo Zarza.

—Puede ser, pero también puede que no. Además, la pasión posterior del rey por estos temas me parece a mí que conduce más a Alfonso.

Era muy posible, tuvo que reconocer Gabriel, que Sol estuviera en lo cierto. Y además, se dijo, solo se trata de una novela, no de un ensayo histórico. Se podría tomar esa licencia, se tranquilizó.

—El caso es que Alberto Magno sí que tuvo fama de alquimista y mago entre los suyos —prosiguió Sol—, y eso que censuró algunos tipos de magia en su obra *Speculum astronomiae*. Para él, la magia que usa sahumeros, es execrable, pero luego menciona claramente la existencia de un tipo de magia en el que juega un papel estelar la invocación de los nombres de determinados ángeles. Y no deja de ser curioso que luego encontremos entre las obras que manda traducir Alfonso X ejemplos de cada uno de esos modelos de magia.

Sol le resumió en pocas palabras a su amigo, entre trago de cerveza y mirada a un infinito invisible donde parecía leer cuanto recordaba, que el monarca mandó traducir al castellano y al latín el famoso libro de magia árabe *Gayat al-hakim*, al que quizá Gabriel conociese mejor con el nombre de *Picatrix*. Y en el llamado *Libro de astromagia* aparecían nombres de poder que había que grabar en anillos y piedras talismánicas para que obrasen sus milagrosos hechos. Pero lo mejor era que, tal y como ya le había dicho en otras ocasiones, el rey tuvo especial interés por el llamado *Liber Razielis*, obra que se tradujo en el *scriptorium* alfonsí a partir de un texto

griego, según había leído en los trabajos del profesor García Avilés. Y luego mencionó una ristra de obras más, que si el *Libro de las formas*, *El Lapidario* y otros que pronto comenzaron a resultar enojosos para Gabriel, pues los veía interponerse entre él y los labios de Sol.

—Un día tenemos que ir a la Biblioteca de El Escorial a ver los *Lapidarios* que guardan allí. ¿Qué te parece? —dijo, levantándose del sofá justo cuando Gabriel había reunido las suficientes fuerzas como para besarla.

Sol caminó por la habitación deteniéndose ante alguna fotografía o junto a un libro. Y de pronto la conversación dio un giro brutal.

—Gabriel, ¿no tienes ninguna chica por ahí oculta? ¿No tienes a nadie de verdad? —preguntó.

Gabriel fue estatua de sal a lo largo de unos inmensos tres segundos, al cabo de los cuales se derritió la sal de sus labios y pudo decir algo.

—Lo cierto es que no. ¿Quién me iba a aguantar a mí?

—Mírate, hombre —dijo Sol—, pero si está buenísimo. Seguro que hay por ahí un millón de chicas esperando cazarte. Si quieres, te hago yo un anuncio ahora mismo: *Joven de treinta y tantos, soltero, pelo castaño, ojos azules, delgado y alto, un poco loco, universitario, escritor y amante de las aventuras*. ¿Cómo lo ves?

—Creo que ni yo mismo respondería —sonrió el periodista—. Además, debías haber insistido más en lo de la locura. Si añades las cosas en las que creo, verías como no encuentras a tantas. Pero ¿a qué viene todo eso?

—No sé, se me ocurrió de pronto.

—¿No me digas? —Un escalofrío recorrió la espalda de Gabriel. ¿Estaba Sol intentando decirle algo?

—Bueno, en realidad no ha sido tan casual.

—¿Qué quieres decir? —A Gabriel le temblaba la voz, y de no haber estado ya sentado seguramente hubiera tenido que buscar dónde estarlo.

—¡Que me caso, Gabriel! —Sonrió ella—. Vicente me ha pedido que nos casemos y le he dicho que sí.

Al joven la cabeza le daba vueltas y las estrellas de los hechizos, y los planetas todos, y aun los ángeles —a estas alturas muertos de risa al mirar su cara de idiota desde el cielo—, revolotearon a su alrededor. Y toda la vida de Gabriel pasó ante sus ojos, como decía el doctor Moody que ocurría con quienes había vivido una Experiencia Cercana a la Muerte.

—¿Cuándo va a ser? —habló el muerto desde su tumba.

—En dos semanas —le apuñaló Sol con la frase sin saber que lo hacía—. Resulta que Vicente tenía todo pensado por si me decidía. Y como sabía que yo no quiero una boda con mucha gente ni nada de eso, ya lo tiene casi todo preparado.

—Me alegro por ti —mintió el muerto.

—Lo malo es que no voy a poder ayudarte mucho en estos días. Voy a estar muy liada con todo lo que se nos viene encima. Lo entiendes, ¿verdad? Por eso te he traído

aquí —señaló la carpeta roja— todo lo que he averiguado para que puedas usarlo como quieras en la novela.

—No te preocupes —habló el difunto.

—Por supuesto, estás invitado.

El muerto ya no pudo hablar más aquella tarde, y el beso que nunca fue lloró en silencio, como solo lo saben hacer los besos que no nacen.

IX

Soria.
Año 1256 de los cristianos

—¡**D**AUD! ¡Daud! —exclamó el rey al ver por fin ante sí al misterioso judío, y entonces reparó en que nada sabía de aquel sujeto realmente, ni siquiera si respondía a algún otro nombre.

—Mi señor —el judío se dobló cortésmente ante el monarca, pero no había en él sumisión, solo maneras educadas.

—¿Por qué te perseguía ese templario? ¿Es cierto que le has robado no sé qué? —preguntó Alfonso X.

—Es falso que haya robado nada, señor. En realidad, he recuperado lo que era mío..., bueno, de mi familia —aclaró Daud.

—¿Qué puede tener el Temple de valor que haya sido de una familia judía? —Pero el rey no esperó respuesta a esa pregunta, que más era una reflexión en voz alta. Luego prosiguió—: El caso es que me pones en una situación delicada, Daud. Si no te entrego a los templarios, tendré que argumentar muy bien el motivo, puesto que bastantes problemas tengo con los clérigos y los obispos. Son unos halcones, ¿sabes? Quieren seguir mangoneándolo todo, pero no estoy dispuesto a permitirlo. El rey es el rey, y la Iglesia debe dedicarse a lo suyo, que es el cielo, las almas, Dios y todo lo demás.

—Estoy por completo de acuerdo, mi señor —¿se le había escapado a Daud una sonrisa al escuchar la colérica perorata del monarca?

—¡Maldita sea, Daud! ¡Esto es lo que haremos! Diremos que tú eres uno de mis mejores traductores. Has viajado conmigo desde Toledo, porque eres especialista en astrología; en realidad, eres el hombre que me hace los horóscopos más complicados, ¿de acuerdo? Ese templario te ha confundido, no hay duda. No eres tú a quien busca. Diremos que estás trabajando en la traducción de un libro. ¿En cuál? —El rey buscaba en su memoria algún texto que fuera suficientemente extraño para que ni las preguntas del más sabio templario pudiera hacer mella en aquella coartada, si es que llegaba el caso.

—¿Os parece bien el *Liber Razielis*? —preguntó Daud, mirando al rey directamente a los ojos.

—¡Diablos! ¡Ese es el libro, Daud! Y a fe mía que mañana vas a trabajar en él del alba al anochecer —se acercó al judío y se sentó junto a él antes de añadir en tono confidencial—: ¿Has hecho algún progreso sobre la historia de ese ángel misterioso? Yo debo confesarte que he mandado traducir decenas de libros de astromagia, pero ese libro me sigue obsesionando. Creo que hay algo que no sé sobre ese ángel.

—Algún progreso he hecho en estos años, mi rey, y tal vez os interese conoceros —repuso Daud.

—Está bien, está bien. Pero, dime, ¿dónde demonios has estado metido desde que te conocí en París? ¿Qué le has hecho a los templarios?

Daud explicó de corrido todas sus andanzas como si hubiera ensayado el relato, lo que por otra parte era cierto. Como aquella vez lejana en París, tenía una puerta de escape en caso de necesidad y fue la que empleó en aquella primera entrevista con el ahora rey de Castilla.

Se quedó en París, sí. Allí estudió con algunos de los conocidos alquimistas de Alberto Magno y también entró en contacto con ciertos rabinos. ¿Recordaba el rey aquella teoría suya sobre lo que los templarios encontraron en Jerusalén? ¿Sí? Pues resultaba que un rabino a quien conoció en cierta ocasión resultó ser pariente lejano del rabino Sholomó ben Itzjak, a quien conocieron un siglo y medio antes en Champaña como Rashi. Ese hombre había sido el rabino de Troyes, curiosamente la ciudad donde la Orden del Temple celebró el concilio en el que se dictó su regla bajo la dirección de Bernardo de Claraval. Y, según la información que Daud había obtenido en París, Rashi había traducido ciertos documentos obtenidos por el conde Hugo de Champaña en Jerusalén en 1104, años antes de que los primeros nueve caballeros de la futura Orden del Temple viajaran a Tierra Santa.

¿Qué decían esos documentos? Hablaban de una fórmula de poder garrapateada por Moisés en dos tablas de piedra siguiendo las instrucciones de Yahvé, el Dios de los judíos.

El rey escuchó asombrado el relato, y aunque no dejó de captar la pulla del judío al invocar otra vez el nombre de su Dios, prefirió no interrumpir la narración. Y el hombre alto, de ojos azules, siguió hablando.

Aquellos tipos, los nueve primeros caballeros que encabezó Hugo de Payens, un vasallo del conde de Champaña, fueron a Jerusalén sabiendo dónde encontrar esas Palabras de poder. Estaban en el interior del Arca de la Alianza, en un lugar concreto bajo las ruinas del viejo Templo de Salomón.

—¡El Arca de la Alianza! —Alfonso X estaba verdaderamente emocionado, pero pronto recuperó su control—. Estás loco, Daud, si diste crédito a ese relato.

—Tal vez, pero no cabe duda de que a los templarios parece haberles sentado muy mal que sepa esas cosas —respondió el judío.

—No era por tus conocimientos por lo que ese freire, don Enrique, os perseguía. Él habló de un robo, e incluso vos me habéis confesado que solo recuperasteis algo que pertenecía a vuestra familia.

Daud se sintió atrapado. En verdad el rey Alfonso era un hombre inteligente, y aunque para muchos aquella pasión suya por traducir textos de lo más variado e incluso irreverente para la Iglesia era prueba de su debilidad, a Daud le pareció un sujeto a respetar. Daud pensó en una salida para aquel atolladero y creyó encontrar una, y esto fue lo que dijo:

—Seguramente ese monje utilizó esa excusa porque no podía decir delante de vos y de los demás todo esto que aquí os he confesado.

—Es posible. Ciertamente lo es —pero Alfonso había tomado ya la decisión de no demorar más su entrevista con el templario. No esperaría dos días. No entregaría a Daud, sin duda, pero hablaría con don Enrique de inmediato. Pero antes añadió—: Eso no explica lo que vos mismo me dijisteis sobre un objeto que perteneció a vuestra familia.

Daud guardó silencio, y el rey decidió que ya habría tiempo para aclarar toda aquella confusa historia.

X

Toledo.

Año 2003 de los cristianos. Mes de junio

GABRIEL Zarza no acudió a la boda de Sol y Vicentito. Supo encontrar una excusa casi convincente: su madre se había puesto enferma en Toledo. ¿Es grave?, había preguntado ella. Un cólico tremebundo, se inventó él, y pudo zafarse de aquella afrenta, tal y como él veía el enlace, mofa que el burlón destino le tenía reservada. Pero para dar tal vez más consistencia a su coartada, se marchó a Toledo a terminar su novela.

Se instaló en su cuarto de siempre, en el piso familiar de la calle Ángel y dejó que por sus dedos saliera el amor que había atesorado en su sangre durante todos aquellos meses. Y allí, lejos de la risa perfecta de Sol y fuera del alcance de sus ojos felinos, verdes e inquietantes, vació su mente del recuerdo desconocido de su piel y del espejismo de aquel trasero no catado. Y escribió. Escribió sin desmayo.

¿Qué interés podía tener el rey sabio en el talismán de Raziel? ¿Era razón política o podía haber algo más espiritual tras el caso? Gabriel creyó más adecuado para la época y para el personaje que fuera razón política, y entre la documentación que Sol le había dejado buscó una excusa literaria que echarse a la boca.

El rey había querido ser emperador.

Un día del mes de abril de 1256 llegó a Soria una legación procedente de la ciudad de Pisa. La encabezaba Bandino di Guido Lancia y en sus alforjas portaba la suculenta propuesta de hacer emperador a Alfonso, que estaba entonces en esa ciudad. Y por lo que se sabe, la propuesta le supo a fruta jugosa al monarca, quien el día 5 de mayo envía una misiva desde Sigüenza a su plenipotenciario, García Pérez, dándole instrucciones al respecto con el fin de lograr tan magno honor.

Un emperador en posesión del talismán de Raziel sería cosa nunca vista desde los mágicos días de la erección de las pirámides de Gizá, se dijo Gabriel.

El monarca era de la estirpe necesaria, los Staufen, a través de la vía materna, Beatriz de Suabia, y acarició la loca idea de ostentar tan alto poder. Y los documentos de Sol probaban que durante muchos años intentó, sin éxito, lograr su heroico destino. ¿Por qué no pudo lograrlo? Las razones de los demás, el Papa y los otros reyes, eran cosa sabida, pero la razón del rey para renunciar al final a esa empresa era algo que bien se podía inventar el escritor. Y así lo hizo Zarza, sin saber que a veces el ciego, a golpes de bastón, evita las aristas con la que los ven se golpean.

Una tarde, a eso de las ocho y media, Gabriel se dejó caer por el establecimiento turístico de Fructuoso Perales.

¡Coño, don Gabriel! —Se sorprendió Perales dejando pasear el brillo de un par de piezas dentales de oro que allá, dentro de su boca, guardaba—. ¿Qué es de su vida, que no se le ve el pelo?

—Ya sabe lo que es este trabajo, Fructuoso.

Y Perales asintió, como si aquella ciencia de la escritura fuera cosa dominada hacía tiempo por él y ahora, en su sabiduría, ya no le fuera preciso cultivarla más.

—Pues estaba yo a punto de cerrar ya, ¿qué le parece a usted? Hoy ha estado floja la venta. Ya ni Dios compra postales, oiga. No sé adónde vamos a ir a parar. Menos mal —añadió guiñando un ojo y riendo hasta que no se le veían los ojos—, que algo hemos apañado, aunque sea en dólares —y mostró una cartera repleta de billetes *made in USA*.

—Un día va usted a tener un disgusto, Perales —comentó el periodista, más que nada para contener la risa que le producía el *resucitado*.

—Déjese de sermones, don Gabriel. ¿Y sabe lo que le digo?, pues que lo voy a llevar yo a usted a cenar al sitio donde me llevó el tipo que me robó el colgante de mi santa madre, que es sitio de lujo y donde se come muy finamente, pero no por ello en escasa ración, que esa es una jugada que le suelen hacer a los ricos cuando van de babero, que les cobran por traerles platos grandes pero con poco dentro.

—No, hombre, no se moleste —protestó Gabriel.

—Le digo yo que sí, y es que sí —y el hombrecillo plegó el establecimiento en un santiamén e invitó a Gabriel a seguirlo.

Después de dejar a buen recaudo la mercancía, Fructuoso y Gabriel Zarza se dejaron caer, a eso de las nueve y veinte de la noche, por el local de marras. Se trataba de un reputado restaurante próximo a la catedral y en el que Fructuoso asombró a propios y a extraños al ser capaz de introducir dentro de aquel cuerpecillo suyo —renegrido, enjuto y coronado por un flequillo impecablemente negro— la mitad de la carta del local.

Perales se hizo traer un pisto manchego que despachó en un abrir y cerrar de ojos en compañía de un tabla de ibéricos y otra de quesos. Y ya con el calentamiento hecho, pasó a despachar con lo caliente, que en esta ocasión fue cosa de cordero y amplio acompañamiento como guarnición, todo ello empujado por dos botellas de vino del Duero, de lo mejor que había en la bodega.

—No come usted nada, don Gabriel, que parece que está enamorado.

Y como Zarza no supo responder a tiempo o dejó ver su debilidad, la psicología de la calle que tan bien manejaba Fructuoso hizo el resto.

—¡Joder! Esa cara la conozco yo —dijo Perales dando un golpe sobre el mantel, como si no le tuvieran ya en cuenta todos los demás clientes del local sin necesidad de golpes—. ¡Está usted enamorado! Pero, hombre, ¿a su edad?

Zarza consiguió chapurrear algo: que si ella era guapísima, que si tenía unos ojos que había que verlos para hablar de ellos y otras guindas similares. Y Perales, más bregado en amores a lo que se veía que el periodista, despachó el retrato de la chavala

con una patada.

—Como esa —dijo— le encuentro yo a usted las que quiera en el local de la Mari Pili. Porque a usted le he hablado yo ya de las tetas de la Mari Pili, ¿no?

Gabriel dijo que sí, que algo había oído hablar de las tetas de esa señora, pero que a él le gustaba Sol.

—¿Sol? —dijo Perales—. ¿De modo que se llama Sol? Bueno, pero vayamos al grano: ¿de tetas cómo anda la moza?

Zarza no tuvo más remedio que reír y confesar que de tetas, lo que se decía de tetas, no había mucho que decir, pues no eran cosa notable, como las de la Mari Pili, pero que el culo de la chica era de primera división.

—¿Y cómo es que usted no la dice nada de lo que siente?

—Es que se ha casado —respondió Gabriel.

—¿Y eso qué coño importa? —Y añadió en tono confidencial—: Mire, don Gabriel, me he tirado yo a más de una docena de casadas. Que lo están deseando, se lo digo yo. Vamos a ver, ¿cuánto hace que se ha casado la chiquilla?

—Cosa de dos semanas —respondió Zarza.

—¡Coño! Entonces está difícil. Aún andará caliente. Tiene usted que esperar a que se enfríe, que no hay marido al que mucho le dure dura —rio.

Y Gabriel también rio. ¿Qué otra cosa iba a hacer?

—¿No tiene ninguna foto de la niña por ahí? —Quiso saber Perales.

—No, lo siento. En casa sí que tengo, que hace poco fuimos de viaje a Santillana del Mar y nos hicimos alguna. Otro día se las enseño.

—A ver si es verdad.

Y luego llegaron los postres, en los cuales se demoró Perales, pues tuvo el antojo de probar al menos tres para hacerse mejor idea de la variedad de especialidades del local. Y más tarde le hizo los honores a un café, a un puro descomunal tras cuyo humo solo se lo intuía, y a una generosa ración de coñac.

—Lo mejor para hacer la digestión —aseguró olfateando el contenido de la copa.

—Oiga, Fructuoso —cambió de conservación Zarza—, ¿no ha recordado nada más de lo suyo?

Nada. Perales no recordaba nada que no supiera ya el periodista. Había cenado allí con el desconocido, el tal Fidel, cuyas ofertas para adquirir el colgante de su santa madre Perales había rechazado. Y luego llegó el golpe en la calle, la muerte, su salida del cuerpo, las maniobras del extraño para meterlo en el maletero, el viaje a ninguna parte y la resurrección en Frómista antes de que lo recogiese la funeraria.

—Se da cuenta, don Gabriel, a mí de muerto me llevan en un Audi y de vivo voy de copiloto en la funeraria.

Tenía gracia aquel bribón, se dijo Gabriel, pero de pronto tuvo una idea para resolver la duda que aquella historia le producía. Sacó del bolsillo el documento hebreo y lo puso sobre la mesa.

—El colgante de su santa madre no se parecería a esto, ¿verdad? —señaló el

dibujo del talismán de Raziel.

La cara de Perales se hizo de cera.

¿De dónde ha salido ese dibujo?

—Lo encontré por ahí —mintió Zarza—. ¿Y qué? ¿Se parece o no?

—Como dos gotas de agua —reconoció el vendedor.

—¿Por qué no me dice usted la verdad, Fructuoso? Ese colgante no era de su madre, ¿no es cierto?

—Ya le digo yo a usted que sí, don Gabriel, y antes lo fue de mi abuela, según tengo sabido.

El periodista comprendió que algo oscuro había tras aquella supuesta herencia familiar, pero desistió en su interrogatorio. Luego Perales pidió la cuenta, que era abultada como seguramente se habrá intuido, y sacó un fajo de dólares de su bolsillo con gesto señorial.

—Lo siento, pero no aceptamos dólares —dijo, serio, el encargado del local.

Y entonces Perales se levantó de su asiento y demandó la atención de todo el mundo para gritar el maltrato que recibía un ciudadano americano en España, puesto que había de saberse allí que él era un acaudalado hombre de negocios de Miami, y si tenía dólares, qué se le iba a hacer. ¿No pretenderían que cambiara la mítica moneda americana por esa cosa novedosa que era el euro para pagar solo una cena, que además no había sido gran cosa?

Luego llegó la réplica del encargado del restaurante y la cosa amenazaba con ir a mayores, de modo que Gabriel se interpuso y entregó su tarjeta de crédito como pago.

—¿No te jode? —dijo Perales a la salida del restaurante—. ¿Se ha dado cuenta de cómo lo he puesto en su sitio? Bueno, pues ahora le invito yo a usted a una sesión con la Mari Pili.

Pero Zarza declinó la oferta, que parecía muy excitante según el gusto de Perales.

—¡Ay, Dios mío! Mira que va a ser verdad que está usted enamorado de esa tal Sol. Y eso que tiene pocas tetas.

XI

Soria.
Año 1256 de los cristianos

POR una puerta de la estancia salió Daud y por otra, al poco de cerrarse aquella, se presentó ante el rey de Castilla el caballero templario don Enrique de Hinojosa.

—Mi señor —el monje se inclinó ante el rey.

—Caballero, ¿me podéis aclarar los motivos que os llevaron a dar caza a uno de mis más célebres traductores y astrólogos en medio de la plaza como si fuera un delincuente? —bramó el rey con estudiada cólera.

—Os ruego, mi señor, que me escuchéis —la voz del freire era sincera, no le cupo duda al rey Alfonso—. Ese hombre al que os referís ha robado algo en la encomienda del Temple de Puente la Reina, el viejo Murugarren, mi señor.

—Ya os he dicho que hay en todo esto alguna confusión, caballero, pero me podéis aclarar en qué ha consistido tal robo.

Don Enrique estaba acorralado. Ni siquiera podía explicar qué era lo que ese hombre había robado, puesto que el comendador no se lo había especificado. Es algo de gran valor, le había dicho, y que solo con verlo sabría que ese era el objeto. Pero ¿cómo se lo podía explicar al rey?

—Mi rey, yo... yo —farfulló después de un rato de indecisión.

—¿Sí? Vos... vos —ironizó el monarca—. Vos no podéis decirme de qué se trata, ¿no es cierto? ¿Tan grave es la felonía o es que no hay delito alguno?

El monarca despidió agriamente al templario. Le dijo que aquel traductor suyo llevaba años dándole vueltas al contenido de un libro, y que retaba a quien quisiera a que preguntara cualquier cosa de esa obra a su protegido. Así se probaría que decía la verdad. En cuanto a él, a don Enrique, lo invitó a marcharse con viento fresco de Soria y a dar los mejores recuerdos del monarca a la orden en Puente la Reina.

Pero cuando el templario parecía que ya salía de la estancia con el rabo entre las piernas, el caballero tuvo arrestos para preguntar.

—¿Y qué libro es ese del que vuestro traductor es un especialista?

—El *Liber Razielis* —respondió el rey, acompañando la frase de un gesto que daba por concluida la entrevista sin la menor duda.

El rey Alfonso tenía ahora dos cosas urgentes en las que pensar. En los últimos dos días se habían producido acontecimientos verdaderamente inesperados y ambos se habían encadenado de manera ciertamente singular en aquella plaza de Soria.

Primero, la embajada de don Bandino di Guido Lancia en representación de la facción gibelina para tratar de convencerlo de que aceptase ser candidato de la familia

Staufen al trono imperial; después, el milagroso encuentro con Daud. Ahora, era su turno. Tendría que tomar decisiones, pero ¿por cuál empezar? ¿La devoción o la obligación? ¿El saber o la política?

Finalmente, el rey decidió que la política podía esperar. Además, se dijo, cuanto más sepa, más sabia será la determinación que adopte en el asunto del Imperio. Y decidió invitar a su mesa aquella noche a Daud.

Un nuevo hombre apareció ante los ojos del rey. Daud se había bañado, le habían cambiado las ropas y parecía más joven de lo que realmente era, pues andaba por la mitad de sus cincuenta años.

—Daud, sé que por tu religión y por ser quien ahora soy que tal vez no confíes en mí —dijo Alfonso—, pero no estaría de más que recordaras que soy yo quien te ha salvado de ese templario. En justa compensación, me gustaría saber de una vez por todas por qué me estoy jugando los cuartos con esos monjes, ya que estoy seguro que a partir de ahora no les voy a caer demasiado bien, y te aseguro que lo que le sobra a un rey son enemigos, y yo sé que tengo unos cuantos.

—Mi señor, te agradezco profundamente tu protección y el honor que me dispensas —comenzó otra de las ensayadas parrafadas Daud.

—¡Al diablo, Daud! —Le cortó el rey—. Por una vez dime la verdad. Creo que ni en París ni tampoco aquí has sido sincero conmigo. Dime al menos qué es lo que el Temple robó a tu familia.

Daud tenía, ya se dijo, más de cincuenta años. De ellos, todos los que recordaba los había pasado disimulando y desconfiando de todo el mundo, salvo de su mujer. *¿Ella estaría bien?*, pensó. *¿Debía pedir al rey que enviara a buscarla?* La siguiente afirmación del monarca le hizo reaccionar.

—Mañana marcharemos a Toledo, y tú vendrás conmigo, Daud. Seremos amigos algún día, estoy seguro.

—Mi rey —el ánimo de Daud flaqueó al oír aquello—, no es que no desee ser vuestro amigo, y tampoco me parece mal ir con vos a Toledo o al fin del mundo, pero sí me gustaría que me acompañaran mi mujer y mi hija, si ello es posible.

—¡Maldita sea! ¡Tienes una mujer y una hija y aún no me lo has dicho! —exclamó el rey—. ¿Y dónde están?

—En El Burgo de Osma, señor. Se llaman Blanca y Aixa.

—¿Blanca y Aixa? —El rey casi se atraganta al escuchar esos nombres. Soltó la copa de vino y esta cayó bañando de caldo la tabla de recia madera—. ¿Un nombre cristiano y uno infiel? ¿Quieres explicarme de dónde has salido tú antes de que me vuelva loco?

XII

Barcelona.

Año 2003 de los cristianos. Mes de septiembre

ANTES de que se crearan las escuelas y facultades de esta zona de la Diagonal —explicó Nicole Saintes a los turistas que abarrotaban el autobús—, el rey Alfonso XIII mandó construir en 1924 un palacio como residencia para sus vacaciones en Barcelona. El paisajista Rubio i Tudurí fue quien diseñó los jardines. Ahora, dentro del palacio hay dos museos: el de las Artes Decorativas y el de Cerámica. Y aquí fue donde se celebró el banquete de la boda de la infanta Cristina, la hija del rey don Juan Carlos.

Hubo murmullos de admiración y las cámaras fotográficas se pusieron a trabajar sobre la marcha. Era un día de finales de septiembre luminoso y a Nicole le faltaba muy poco para terminar su jornada de trabajo.

Hacía siete meses que Nicole trabajaba en una empresa turística. Se había aprendido todo lo que los visitantes desean saber de la Ciudad Condal para llenar sus álbumes de fotografías, y luego, un par de días a la semana, impartía clases en una academia de francés. Y su vida había sido relativamente fácil desde que huyó, pues eso fue lo que hizo y no otra cosa, de Santillana del Mar.

La muerte de Julio Iraola la había hundido en lo más profundo de la celda de la tristeza, pero tampoco quería regresar a su casa, a Francia. Deseaba huir de sí misma para poder reencontrarse con la muchacha que algún día fue, y por eso decidió ir a una ciudad grande, donde nadie la conociese y nadie la echara de menos. Y eligió Barcelona y no se lo dijo a nadie, salvo a Ana. A Ana no le podía ocultar nada.

Se estableció en una pensión del barrio gótico y luego mejoró su posición urbana encontrando un pequeño piso de alquiler en el mismo barrio a un precio razonable y lo convirtió en su hogar. Nunca se puso en contacto con Ana ni con nadie. Solo a su madre la llamaba todos los meses para decirle que estuviera tranquila, que estaba bien, pero jamás la dijo en qué ciudad estaba. Volvería a Francia pronto, le prometió. Y era cierto. Se había propuesto regresar al finalizar el verano, pero en la empresa le habían pedido que siguiera hasta finales de septiembre y había aceptado. Y ahora se alegraba, porque de no haber aceptado no se hubiera enterado de la presentación en Barcelona de una novela que, según decía la prensa, podía ser un éxito de ventas. Cuando leyó el título, Nicole se quedó de piedra: *El talismán de Raziél*.

Dejó el periódico en la cafetería donde desayunó y subió corriendo a su piso. Buscó la nota que Ana deslizó en el interior de su bolso el día que ambas se despidieron en Santillana del Mar y se cercioró, como hacía cada día al regresar del trabajo, de que aún seguía allí la misteriosa piedra azul.

En su nota, Ana le explicaba en cuatro frases que aquella piedra era algo así como mágica, que era un talismán judío antiquísimo y que había pertenecido a un ángel llamado Raziél. Había personas, le advirtió, que matarían por poseerlo, puesto que permitía curar las enfermedades más graves y hasta devolver la vida a los muertos, y le pedía que lo devolviera al lugar del cual nunca debió salir: la sinagoga de Santa María la Blanca, en Toledo.

Y esa voluntad era la que se proponía cumplir Nicole antes de regresar a su casa en Francia. Y ahora, a punto de marcharse de Barcelona, aparecía aquella noticia en la prensa. Y se preguntó si el talismán del que hablaba la novela sería el mismo que ella tenía. Y para salir de dudas, había decidido ir al acto de presentación de la novela. Pero aún tenía que completar su recorrido turístico.

—Esta es la plaza de Francesc Maciá —dijo por el micrófono a través del cual se comunicaba con su rendido auditorio—. Maciá fue presidente de la Generalitat, que es el Gobierno de Cataluña, y hoy, como ven, es la sede de numerosas firmas de moda. Y a lo largo de toda esta avenida, la Diagonal, hay muchas empresas y centros de negocios.

Y a las nueve de la noche, en un céntrico local de Barcelona, el autor de la novela *El talismán de Raziél*, un periodista llamado Gabriel Zarza, dijo esas cosas que siempre se dicen estos casos: que era un honor para él presentar su obra en Barcelona, que muchas gracias a su editora, catalana de pro, que trataba de mezclar en el relato la historia y la ficción sin que pudiera desvelar cuánto había de lo uno y cuánto de lo otro, y que no pretendía nada más que entretener. La novela, añadió, estaba dedicada a un amor imposible de ojos verdes.

Nicole lo escuchó atentamente desde la anteúltima fila de butacas del abarrotado salón de actos. Escuchó las respuestas del joven autor a propósito de quién fue el ángel Raziél y de la magia astral y sacó en conclusión que la magia existía realmente y había puesto en su camino a aquel joven de pelo corto y ojos azules. Y tomó la determinación de hablar con él.

Cuando finalizó el acto, Nicole se abrió paso entre el público, pero la corte de aduladores era tan grande que no pudo acercarse al autor, quien se escabulló por otra puerta en cuanto tuvo ocasión.

Y aquella noche Nicole leyó de un tirón la novela *El talismán de Raziél* quedando por siempre atrapada en ella.

XIII

Toledo.
Año 1284 de los cristianos

EL viejo rey Alfonso arrastraba los pies por el palacio y de esa guisa llegó hasta su particular refugio, su estudio, donde se dejó caer pesadamente sobre un acolchado sillón. Había pedido que nadie lo molestase, que mucho tenía que reflexionar en soledad ahora que sentía que la vida, lentamente, se le escapaba. Y además, le importaba un bledo que tal cosa ocurriese. De hecho, pocas cosas le habían importado desde que aquel retorcido Daud murió. Ocurrió en 1275, y el rey cayó en la cuenta de que la llegada de aquel sabio a su vida aquella mañana lejana en Soria y el adiós del misterioso erudito coincidieron matemáticamente con sus aspiraciones a un trono imperial al que nunca tuvo acceso.

¿Habría sido él un buen emperador? ¿Habría sido un buen rey? A decir de Daud, nunca llegó a estar a la altura, o al menos no cumplió con todos los requisitos que el propio Daud exigía a un emperador. Pero, se tranquilizó Alfonso, ¿no sería que Daud había puesto el listón muy alto y solo un dios podría superarlo?

En los últimos años circulaba por la cristiandad una obra atribuida a un tal Egidio Romano que llevaba por título *De Regimine principum*. Era uno de esos espejos de príncipes que tan de moda se habían puesto en Europa y que trataba de explicar en qué consistía eso de ser príncipe y rey. Y él mismo, Alfonso, había cultivado ese género de alguna manera en la segunda *Partida*. El ahora decrepito monarca recordaba alguna de aquellas frases que él mismo había inspirado sobre lo que debía ser un rey:

Vicarios de Dios son los Reyes, cada uno en su Reyno, puestos sobre las gentes para mantenerlas en justicia e en verdad, quanto en lo temporal, bien assi como el emperador en su Imperio...

¿Habría sido él, Alfonso, un verdadero vicario de Dios? ¿Supo poner justicia a su alrededor? ¿Fue cabeza de aquel cuerpo que, según su concepción, formaba el reino?

El monarca miró al Sol que moría por el horizonte en aquel mes de abril y pensó en aquellos años vividos junto a Daud, el hombre que conoció en París y al que después tuvo la fortuna de volver a encontrar en Soria, justo cuando despedía a la legación pisana encabezada por Bandino di Guido Lancia. El pisano le había ofertado ser emperador ya que descendía de los Staufen.

Sin embargo, el Papa estaba enfrentado a los Staufen, y estos, gibelinos, al Papa. Alfonso debía decidir si se mezclaba en aquella disputa originada tras la deposición de Federico II en el I Concilio de Lyon celebrado en 1245.

El monarca castellano se preguntó durante unos días si tenía él capacidad para ser

el rey de todos los cristianos y si en verdad valía la pena sostener el pulso al papado hasta conseguir el cargo al que, por vía familiar, algún derecho tenía. Y justo fue entonces cuando apareció Daud, al que al final arrancó la confesión de que tenía esposa e hija, que ambas vivía en El Burgo de Osma, y que tenían por nombres Blanca y Aixa.

Y sucedió que el rey envió a buscar a las dos mujeres, que contrató de por vida a Daud, puesto que no solo era un erudito en todo aquello que desde niño al monarca apasionaba y que versaba sobre magia y astrología, sino que era un traductor magnífico. Pero antes le exigió toda la verdad sobre aquel asunto que había llevado al templario don Enrique a darle caza por media Castilla y cuyas pesquisas lo llevaron a Soria. Si el Temple iba a ser ahora otro enemigo del rey, Alfonso exigía saber el motivo. Y al fin Daud le contó una increíble historia.

El mago y astrólogo le confesó que el nombre de su mujer era Blanca porque era, ciertamente, cristiana. Y Aixa era llamada su hija en recuerdo de su abuela, la madre de Daud, que tal nombre llevó. ¿Cómo era tal cosa posible? Ello se debió a que Aixa había casado también con un cristiano cuando pudo hacerlo. Se trataba de un caballero templario que abandonó hábitos y responsabilidades por el amor de aquella mujer, cuya madre había sido, como ella, musulmana, pero su padre fue judío.

—Realmente es el galimatías de parentescos y credos más grande que recuerdo —le dijo Alfonso a Daud—. ¿Y tú qué eres exactamente? ¿Cristiano? ¿Judío? ¿Musulmán?

—Soy un hombre, mi señor —respondió con firmeza el dueño de aquellos misteriosos ojos azules—. Creo que hay una fuerza superior que a todos nos une, pero no le pongo nombre.

—Sin embargo, bien que os regocijáis ante mí a la hora de hablar de Yahvé como el Dios que obró prodigios cabalísticos —le reprochó el rey.

—Ciertamente fue así, pero si de esa manera me comporto es para dar credibilidad a mi identidad de judío —respondió Daud.

—Luego, no sois judío.

—Ya os dije, mi señor, que soy un hombre.

—¿Y os llamáis Daud?

—También podéis llamarme David, si os resulta más cómodo —replicó con sorna el judío.

—¡David! —Se sorprendió el monarca.

—Por lo que me contaron, mis padres se decidieron por un nombre que fuera del agrado de todos los dioses, puesto que en los textos cristianos, en los hebreos y aun en el Corán el nombre de este rey es recordado —explicó Daud.

En los siguientes días más cosas supo el monarca castellano de aquel singular hombre que en su sangre y en su corazón reunía las tres religiones de la Península. En cuanto a aquello que tanto ansiaba el Temple y que Daud afirmaba que era propiedad de su familia desde hacía varias generaciones, el monarca tardó aún en descubrir de

qué se trataba, pero una noche, una de tantas como ambos pasaban hablando de magia y astrología, Daud le mostró una piedra de un brillo azul incomparable que colgaba de un cordel mediante un engarce de metal.

—Esto, mi rey, era lo que el Temple robó a mi familia —y alargó la piedra hasta que el rey pudo tocarla.

—¿Qué es? —Los ojos de Alfonso parecían hipnotizados.

—Es el talismán de Raziel —respondió Daud.

Y así fue como llegó a conocimiento del monarca la verdadera historia de Daud y las peripecias que hasta ese día había conocido el talismán de Raziel, un pedrusco maravilloso en el que, al parecer, Dios mismo había embotellado las fuerzas primarias de la Creación o algo parecido. Y Daud le habló de las maravillas que aquel talismán podía llevar a cabo, que con él se podían curar las enfermedades e incluso rescatar de las garras de la muerte a las personas si el fallecimiento se había producido no más tarde de la víspera, puesto que el extraño encantamiento de la piedra perdía vigor después.

¿Cómo funcionaba el talismán? El monarca quería ver una demostración sin más demora, pero Daud se negó aquella noche, y todas los demás días de su vida. Explicó Daud que buscaba al hombre, o a la mujer, que tuviera el corazón tan limpio como Dios hubiera exigido para transmitirle el secreto del talismán, pues él mismo se veía solo como un mediador, como el instrumento de una cadena cuya misión había consistido en averiguar dónde guardaba el Temple lo que robó a su madre, Aixa, mas no era el destinatario de la piedra.

Daud le contó al rey que durante años estudió magia y cábala tratando de desentrañar los misterios contenidos en el talismán de Raziel y que dedicó todo su esfuerzo a recuperarlo. Viajó a París pensando que tal vez el Temple lo hubiera llevado a su fortaleza central en Europa. Por su padre, Nuño García, supo algunos de los secretos templarios, como aquella historia de las Palabras de poder recuperadas en el viejo templo de Salomón por parte de los primeros nueve caballeros de la orden, una historia después confirmada por los rabinos franceses con los que estudió. Pero llegó a la conclusión de que el talismán no se custodiaba en París. Sin embargo, no desmayó hasta hacerse con él.

¿Dónde se guardaba el prodigioso colgante? Debía haberlo supuesto antes. Estaba oculto en un escondite disimulado del altar de la capilla templaria de Eunáte, en Navarra, justo el mismo lugar desde el que un día lejano su padre, Nuño García, había partido de viaje hacia el norte. Y en el curso de aquel viaje conocería a la joven que sería su esposa.

Daud obligó al rey a una promesa, y ahora en su senectud el monarca recordaba con amargura que no estuvo a la altura de lo prometido al judío. *Daud*, pensó Alfonso, *siempre fue más sabio que él*.

—Mi señor —dijo el judío—, busco a un hombre justo y fuerte capaz de administrar el poder de este talismán. Si vos me demostráis antes de mi muerte que

sois merecedor de él, con gran placer os diré dónde están las dos Palabras de Yahvé que activan las propiedades de esta piedra.

—¿Acaso no sabéis vos esas palabras? —preguntó con asombro el rey.

—No. Mi padre se cuidó de decirme dónde están grabadas, pero no me las dijo. De ese modo, a nadie podré revelárselas, ni siquiera bajo tortura.

¿Era aquel un desafío? El rey así lo interpretó en un primer momento, mas luego desestimó esa idea y prefirió pensar que tanto Daud como sus padres habían demostrado ser mucho más que cautos al obrar así; habían sido sabios.

Y fue así como Alfonso X, rey de Castilla y León, aceptó el reto. Trataría de ser el monarca justo que luego predicó en sus *Partidas*, y fue entonces tal vez cuando acarició una idea, una loca idea. Y se vio a sí mismo emperador de todos los cristianos, admitido por güelfos —los partidarios del Papa— y por gibelinos —opuestos al Santo Padre—, como lo eran los de su propia familia europea, los Staufen. Y tal vez fue entonces cuando decidió enviar desde Sigüenza una carta a su plenipotenciario, García Pérez, para que defendiera sus intereses en Alemania ante príncipes y prelados. Había decidido presentar su candidatura al trono imperial y primero trataría de recuperar los dominios familiares del ducado de los Staufen en Suabia.

XIV

Barcelona.

Año 2003 de los cristianos. Mes de septiembre

NICOLE consumió los últimos días de septiembre acudiendo a su trabajo y cantando a las bandadas de turistas las excelencias de la Ciudad Condal, una ciudad que a fuerza de recorrerla y cantarla se había ganado el corazón de la joven, algo que ella no había advertido hasta que vio llegado el momento de abandonarla.

La última tarde de trabajo de Nicole fue una mezcla de sentimientos contradictorios. Se sentía libre para extender las alas hacia donde desease, pero sucedía que aún no tenía claro qué quería hacer exactamente. En su hoja de vuelo, de momento, solo había un aterrizaje forzoso que realizar y era en la ciudad de Toledo. Iría allí y dejaría en alguna parte de la sinagoga de Santa María la Blanca el talismán de Raziél, tal y como le había pedido Ana.

—El paseo de Gracia une la plaza de Cataluña con lo que antes de que se construyera el Eixample en el siglo XIX era la villa de Gracia —dijeron sus labios mientras su mente seguía trazando líneas invisibles en la pizarra del futuro—. En esta calle encontramos ejemplos extraordinarios de la arquitectura modernista, como la llamada Casa Batlló, una obra maestra del insigne arquitecto Antoni Gaudí, que la construyó entre 1904 y 1906. Contemplan sus famosas chimeneas.

Unos días atrás había reunido valor suficiente como para escribir una carta a la editorial de Gabriel Zarza. Deseaba hablar con él, decía la nota, porque tal vez tenía alguna información sobre el talismán del que hablaba en su novela. Y echó en un buzón de correos no lejos de su casa aquella carta de esperanza, aunque no estaba muy convencida de que las editoriales hicieran llegar esos recados a sus escritores.

—A su derecha verán la Casa Milá, popularmente conocida como La Pedrera, también obra de Gaudí —prosiguió con su cháchara turística—. Observen la fachada, en cuyos balcones parece simularse el movimiento de las olas del mar. La Casa Milá fue declarada Patrimonio de la Humanidad.

Los turistas miraban con ojos de niño lo que tal vez fuera de aquel autobús mágico no les hubiera llamado la atención, pero en eso consistía el ser turista: en abrir la boca allí donde otros pasan de largo y en vestirse con calzones ridículos y camisetas de ningún gusto, prendas con las que jamás saldrían de su casa habitualmente. Y allí, en su casa, el mundo se invertiría. Aquellos que hoy pasaban de largo por los lugares donde ellos abrían la boca en asombro serían los que se pasmarían y retratarían el inmortal momento en su cámara de fotografías, mientras que ellos, los que hoy visten pantalón corto, irán de largo y mirarán con sorna a los

forasteros.

La última explicación que dio Nicole Saintes sobre la Barcelona turística tuvo lugar frente a la estatua de Colón y el Museo Marítimo. Atrás dejaba una tarde de trabajo repasando en su ruta los secretos de la estación de Sants, la plaza de España, el Caixa Forum y el Pabellón Mies van der Rohe, el Pueblo Español, el Museo Nacional de Arte de Cataluña, el Anillo Olímpico, la Fundación Joan Miró, los Jardines de Miramar y el World Trade Center.

Después, descendió del autobús y se despidió con un beso del chófer, Antoni, un catalán acérrimo hincha del Barça y votante del Partido Socialista. Para él, Maragall era Dios, y eso que era ateo. Y todos los domingos llevaba a su hijo, Joan —en honor a su segundo Dios, Joan Manuel Serrat—, al Camp Nou, un microcosmos azul y grana al que invitó una tarde a Nicole. Y Nicole, que jamás había visto un campo de fútbol tan descomunal como aquel, disfrutó del mismo modo que lo habían hecho los turistas en el autobús. Lástima que el Barça no pasase del empate a uno contra el otro equipo, cuyo nombre ella ya no recordaba.

—¿Recuerda, señorita Nicole, la vez que fuimos al Camp Nou?

—Ya lo creo, Antoni —ella pugnó por no llorar.

—Pues mire lo que le tengo yo a usted preparado como despedida —los ojos de Antoni, saltones y grises, se endulzaron al entregarle un paquete envuelto en los colores del Barcelona.

Nicole lo abrió y se encontró con una camiseta del equipo de fútbol que tanto amaba Antoni, y a la espalda aparecía el nombre de Nicole. Ella se abrazó a aquel hombretón que ya lloraba tiernamente como lo haría su pequeña hija, Montserrat, que no hacía más que un par de meses que había nacido y ya la había apuntado el padre a la lista para ser socia del Barça.

La despedida terminó, pero aún pudo escuchar Nicole a Antoni cantando el himno de equipo hasta que se confundió su bronca voz con el ruido de la ciudad. A lo lejos, el sol fundía en mil dorados la Barceloneta, y el mar Mediterráneo, el que cantó Serrat, guardó un minuto de silencio por la muerte de la Nicole catalana.

La mañana siguiente la empleó la joven en arreglar sus papeles laborales con la empresa, cobrar lo que le correspondía y despedirse de los demás compañeros en las oficinas de la compañía. Después comió en un local de La Rambla de Cataluña y en el restaurante escribió la carta, breve, que pensaba dirigir a Ana.

Querida Ana:

Espero que disculpes el hecho de que no te haya escrito durante todos estos meses. Te aseguro que no ha sido porque no, te haya tenido en mi pensamiento todos los días, pero necesitaba alejarme de cuanto había vivido con Julio, y al pensar en ti, sin querer, los momentos junto a él revivían con una fuerza que no podía controlar.

Tal y como te dije al marcharme, vine a Barcelona. Encontré trabajo en una academia de idiomas y también en una empresa turística. He hecho de guía y ha sido una experiencia enriquecedora para mí.

No he olvidado tu nota ni lo que en ella me pedías. Voy a cumplir tu encargo en los próximos días, pero a propósito de ese talismán tengo

noticias extraordinarias. Hay un escritor, un tal Gabriel Zarza, que ha publicado una novela que se titula El talismán de Raziel. ¿No te parece increíble? Estuve en la presentación del libro en Barcelona, pero aunque lo intenté, no pude hablar con él. Sin embargo, he leído el libro y dice las mismas cosas sobre ese amuleto que tú me decías en tu nota. Le he escrito una carta para ver si quiere hablar conmigo, pero no he tenido aún respuesta. Te ruego que leas la novela.

Cuando haya cumplido tu encargo, te volveré a escribir. No obstante, aquí te escribo mi número de teléfono móvil, por si quieres ponerte en contacto conmigo.

Un beso. Te quiere y no te olvida, Nicole.

Tras pagar la cuenta, echó en un buzón la carta y se apresuró a llegar a casa para terminar de hacer un equipaje que ya había dejado aparejado la noche anterior.

XV

Toledo. Año 1284 de los cristianos

A PARTIR de aquella promesa realizada a Daud, Alfonso X trató de estar a la altura de lo que de él se esperaba.
¿En qué podía diferenciarse de tantos monarcas que antes de él habían sido fuertes guerreros, ambiciosos reformadores y hábiles diplomáticos? ¿En qué se diferenciaba él, Alfonso, de otros monarcas que conocía? Y entonces llegó a la conclusión de que no hay mejor modo de honrar a Dios que cultivar los dones que él mismo nos concedió y que nos diferencian de los animales, y puso manos a la obra: impulsaría con todas sus fuerzas el estudio de los más variados temas, pero tendría siempre presente que la magia es el más delicado de los velos con los que Dios oculta su rostro.

Sí, se dijo con determinación, descubriremos el velo de Dios.

Y ahora, con la frialdad que da la distancia, el viejo monarca recordaba sus esfuerzos para hacer del castellano derecho, como a él le gustaba decir, el vehículo de la cultura. Ni el latín, que recordaba viejos comportamientos, ni el árabe ni el hebreo, sino un nuevo idioma para un nuevo rey y un nuevo hombre. Pero no solo debía ser nuevo, no, señor, debía ser bello, elegante, perfecto... Y él mismo supervisaría su obra.

¿Fue aquella la decisión de un hombre que quería acceder a la perfección que Daud requería, o fue soberbia?

El anciano Alfonso se levantó de su sillón. La luz del Sol de abril se iba y encendió una vela. La puso ante sus fatigados ojos y arrastró sus pies hasta la repleta estantería que había en su guarida. Miró sus amados libros y recordó la arriesgada decisión que tomó al poner al frente de los traductores especializados en astrología y magia a su amigo Daud. La segunda decisión fue cambiar el procedimiento seguido en todos aquellos años anteriores en la Escuela de Traductores que tuvo en Gerardo de Cremona a uno de sus adalides en sus primeros años de vida: en lugar de traducir los textos árabes al latín, se traduciría al castellano.

Pero, al recordar el nombre de Gerardo de Cremona, el gran Alfonso X descubrió que de nuevo en su mente se abría paso el recuerdo de Daud, puesto que fue en el taller de aquel insigne traductor donde, según el propio judío le contó, se conocieron sus abuelos, Elías y Zoraida. Y pensó que todo lo que Dios dispone tiene forma circular, que los ciclos se abren, se expanden, pero después se cierran en el mismo principio, como las vidas de los hombres.

¿Por qué eliminó el latín de aquel proceso? ¿Porque los judíos lo presionaron para

dejar de lado el idioma tradicional de la Iglesia? ¿Tal vez porque quiso marcar distancias políticas con Roma? No, en realidad quería construir un mundo nuevo, con nuevas formas. El mundo nuevo de un monarca capaz de ser acreedor al talismán de Raziél, pero estaba seguro que nadie lo creería jamás. Y sonrió para sí. Mejor, mejor que nadie lo creyera, porque así nadie sabría de la magnitud de su fracaso.

El proyecto era de enorme envergadura, puesto que no es cosa baladí escribir en un idioma infantil los conocimientos y ciencias que hasta ahora se habían transmitido en lenguas milenarias, de modo que hubo que pulir, pesar, rascar, tomar prestado de ellas, y finalmente controlar hasta el más mínimo detalle para que aquellos escritos parecieran lo que se deseaba que fueran.

Y de todo el mundo llegaron los poetas a Toledo. Venían de Alemania, de Inglaterra, de Francia, de Italia... Buscaban saber lo que aquí se sabía. Querían leer lo que los árabes habían dejado dicho, y lo que los hebreos habían disimulado entre sus renglones retorcidos. Todos amaban el amor del rey a la ciencia y a las letras. ¿Estaría en la buena senda para ser digno del legado de Daud?

¡Daud!

Daud trajo a Toledo a Blanca, su esposa. Era ya una mujer ajada por los años, como su marido. Pero su hija era la versión juvenil de aquella dama castellana. Aixa debía ser tan bella como Daud decía que lo fue su madre, que tuvo el mismo nombre. Y mientras Blanca llevaba las riendas de la casa, que establecieron en la judería de Toledo, Aixa trabajaba junto a su padre en la Escuela de Traductores, un enjambre cada vez mayor de judíos. Pero a Daud y a su hija poco les importaban los esfuerzos del rey por compilar enciclopedias históricas o ambiciosos documentos legales. Su vida y su esfuerzo seguían otra ruta.

Bajo la autoridad del rey, a quien apasionaban esas ciencias, Daud fue el cerebro que organizó la traducción de la mítica obra *Gayat al-hakim*, a la que el mundo conocería después bajo el nombre de *Picatrix*. Él sería, por descontado, el brazo que guio las plumas que trataron de dar explicación convincente a lo que se recogía en el *Liber Razielis*, y bajo su dirección se supo lo que se supo sobre lo que en las páginas de *El Libro de las formas y de las imágenes* o *El Libro de los secretos de la naturaleza* se pudo llegar a leer.

El monarca tomó en sus manos uno de aquellos volúmenes tan gastados por el uso como su propio cuerpo y leyó en voz baja:

Oh, Rubael, arcángel de Marte, el recio, el duro, el ígneo, el alto, señor excelso, caliente, seco, arrojado, corajudo, efusor de sangres, inductor de revueltas y desastres, macho, victorioso, dominante, temerario, pendenciero, señor del dolor, de la pelea, la cárcel, la mentira, la calumnia, la indecencia, la inconsciencia; letal, único, raro, bien armado, muy copulador, yo te pido por todos tus nombres, Marte en árabe; Bahram en persa; Ris en latín; Ares en griego; Anyara en hindú, yo te pido, por el Señor de la Construcción Superior, que me respondas y me obedezcas y me solventes mi necesidad; que escuches mi súplica, pues yo te ruego que me hagas...

Alfonso X cerró de golpe el libro. *Era extraño*, pensó. Había abierto el libro al azar, pero el albur demostró ser una vez más uno de los seudónimos de Dios, y por ello el nombre del ángel invocado fue uno que apelaba a la lucha, al poder y la fuerza. *¿Casual?* No, no lo era para el viejo rey, quien a pesar de sus esfuerzos por controlar todo y a todos se olvidó de controlarse a sí mismo para poder ser digno ante los ojos de un judío; un judío que poseía el talismán más poderoso de cuantos el hombre ha conocido. Sin aquel talismán, él, Alfonso, no sería emperador, ni siquiera un rey digno. Y ahora, en la recta final de su vida, tenía que reconocer que Daud había sido más sabio que él cuando le confesó, en su lecho de muerte, que no podría entregarle el talismán de Raziel sin poner en peligro a muchos hombres.

XVI

Roma.

Año 2003 de los cristianos. Mes de septiembre

—¿**Y** BIEN? —gruñó el cardenal.

¿Qué quiere que le diga? —dijo Corradi—. Esto es de lo más extraño. ¿Quién lo iba a suponer?

¡Maldita sea! —bramó el cardenal—. Ahora resulta que circula por ahí una novela escrita por un periodista desconocido donde se cuenta todo lo que no queremos que se divulgue. ¿De dónde ha podido sacar ese tipo la información?

A lo mejor es pura chiripa —aventuró Damiano Corradi—. Quizá ha tejido trama sin saber que estaba acertando tanto.

—¿Pero qué dice, hombre? —El cardenal se levantó de su sillón y comenzó a dar grandes zancadas por el despacho—. ¿Cómo va a acertar en los nombres de los rabinos y en todos los demás personajes? Son los mismos que aparecían en los documentos del Temple que usted encontró y los mismos que se citan en el texto hebreo de El Burgo de Osma, el que encontró Rodrigo y del que nos habló nuestro hombre en España. Eso no puede ser chiripa.

—Tal vez tenga usted razón, pero ¿quién le ha podido dar esa información? ¿Cree que ha sido Rodrigo?

—¿Rodrigo? No, no creo. Rodrigo solo vive por su mujer y sabe que ella está amenazada de muerte. Si nos oculta algo, ella morirá.

—Entonces, ¿quién se lo ha dicho?

—No lo sé, pero está claro que ha encontrado las dos Palabras en los capiteles de la Colegiata de Santillana del Mar, porque de no ser así no podría haber escrito dónde los ocultó el templario Nuño García.

—Bueno, yo no estoy tan seguro de que sepa dónde están las Palabras, monseñor —se atrevió a decir Corradi—. Si se fija bien, solo dice que el templario las grabó en dos capiteles, pero no dice en cuáles.

—No sea ingenuo, Corradi. Está claro que sabe cuáles son y por eso dice que el templario echó mano de los juegos numéricos de la orden para ocultar el mensaje.

—Pero a lo mejor no sabe exactamente cuáles son los dos capiteles.

—Lo sabe, le digo yo que lo sabe, pero es un truco literario, hombre.

—Tal vez, pero él reconoce al final que no tiene el talismán, aunque sí está convencido de que existe y que circula por ahí.

—Me da igual que no tenga el talismán. Pero sabe demasiado. No nos podemos permitir que un periodista ande husmeando por ahí el rastro de la piedra azul. Que sepa cuáles son las dos Palabras y dónde encontrarlas ya es suficiente incomodidad.

—¿Qué va a hacer entonces?

—Creo que debe usted llamar a España y que hagan algo al respecto con ese periodista.

En ese instante el móvil privado del cardenal dejó oír una melodía clásica.

—Soy yo —dijo el hombre al otro lado del teléfono.

—¿Qué sucede?

—Sabemos dónde está Nicole, la francesa que se llevó el talismán. Está en Barcelona.

—¿Cómo lo sabe?

—Nos lo ha dicho Rodrigo —respondió la voz—. Parece ser que la muchacha ha escrito una carta a Ana. En ella le dice que ha vivido en Barcelona todos estos meses, que trabaja de guía turística y que tiene el talismán.

—Vaya, parece que Rodrigo se ha tomado en serio las amenazas a su mujer, ¿verdad? —Sonrió el cardenal.

—Ya lo creo. Le dije que era cuestión de tiempo, monseñor.

—Pues ándese con cuidado y encuentre a esa francesa —y añadió—: Por cierto, ya he leído la novela de la que nos habló. Me parece que tendrá usted que hacer algo con ese periodista que tanto parece saber. ¿Me ha entendido?

—Sí, señor.

XVII

Toledo.
Año 1284 de los cristianos

UN par de años atrás, en 1282, las Cortes habían desposeído al rey don Alfonso de su título, pero para nosotros, y también para muchos súbditos, mientras estuvo vivo fue el rey de Castilla y León. Sin embargo, a nuestros ojos no aparece ahora el monarca que durante años aspiró a ser el emperador de los cristianos, ni mucho menos el hombre que añoró un día ser digno de conocer los secretos que Dios había encapsulado en un talismán que un ángel llamado Raziél tuvo en usufructo en el mismísimo Edén. El hombre que manoseaba con amor y respeto los lomos de los numerosos volúmenes que custodiaba en su guarida era un anciano prematuro de sesenta y tres años que pensaba en lo irónica que había sido su vida, y en ello fue a dar su pensamiento al reparar en la Partida IV, que dormía a pierna suelta en uno de aquellos anaqueles rebosantes de sabiduría.

¡La Partida IV! ¡La amistad!

¿Por qué un rey dedicó parte de un texto legislativo a la amistad? ¿Era un iluso? ¿Un soñador? Tal vez nadie llegará a responder con acierto a esas cuestiones. Y es que él, el rey, lo que más ansiaba era la amistad verdadera y total de un judío, de Daud. Pero ¿era ese deseo el anhelo de un hombre bueno o de un hombre interesado?

Seguramente, lo segundo.

La amistad, había ordenado escribir el rey buscando apoyos en sabios como San Agustín, Aristóteles y —¡ay!— Salomón, era el sentimiento más elevado entre los hombres. Y él quería ser amigo fiel de Daud, pero exigía igual entrega, de modo que ordenó escribir que sin reciprocidad la amistad no era tal, *ca de otra guisa non serie amistad verdadera*.

Un hombre necesita amigos en mayor medida cuanto más poderoso es, proponía el monarca en aquel texto que ahora ojeaba con mezcla de ternura y odio. El amigo ha de serlo en cualquier circunstancia, pero ¿acaso lo fue Daud la primera y única vez que requirió su ayuda de verdad?

Ocurrió todo en el infausto año de 1275.

Aquel año jamás lo olvidaría el ahora derrotado Alfonso, pues dos hechos, aparentemente diferentes pero unidos por un invisible hilo que nadie salvo él conoce, tuvieron lugar.

Su bien amado hijo, primogénito y heredero, don Fernando de la Cerda, caía en combate ante los benimerines. Y de ese modo absurdo, el joven en quien el rey había puesto todas sus esperanzas de sucesión y a quien desde hacía unos años le había encargado de hecho responsabilidades de gobierno mientras por su parte trataba de

encauzar su pugna en Europa por ser emperador; el joven de su sangre que su sangre había de perpetuar, moría ante los infieles. Y fue entonces, zarandeado por la desesperación de un padre y cegado por la responsabilidad que tiene un rey, cuando buscó la amistad de quien creía que era su amigo. Buscó a Daud.

—Por lo que más queráis, Daud, debéis de utilizar ese talismán para resucitar a mi hijo —imploró más que ordenó el monarca.

—No sabéis lo que pedís —repuso el judío—. Ni yo puedo hacerlo, puesto que ya os dije que desconozco las Palabras que le dan vida, ni sería prudente hacer tal cosa habiendo fallecido el infante en batalla y con muchos ojos como testigos. ¿Cómo explicaríais su regreso a la vida si tal cosa fuera posible? ¿No creerían todos en que vos sois un brujo de la peor especie?

—¿No será que quien tiene miedo de que así le tilden sois vos? —respondió con amargura el rey.

—Sabéis que haría cualquier cosa que estuviera en mi mano.

—¿Cualquier cosa? ¡Esto está en vuestra mano, maldito judío! —Alfonso estaba ya fuera de sí—. ¿No he hecho yo cualquier cosa por ti y por tu familia?

—¿No lo habréis hecho por vos mismo anhelando el talismán que os prometí si acaso erais hombre digno de él? —gritó Daud.

—¿Cómo te atreves? —Alfonso escupió prácticamente aquellas palabras a la cara del judío—. ¿Es que no tienes compasión con un padre al que el dolor está matando?

—Y tienes mi consuelo como hombre y mi amistad sincera, pero creo que ese mismo dolor que te mata te está haciendo perder el juicio —dijo más calmado el erudito.

—Por favor, Daud, ¿dónde demonios están esas palabras de poder? —insistió el rey.

—Sabéis que para obrar el prodigio la muerte de vuestro hijo debía haber ocurrido no más tarde de un día, y ya han pasado dos desde que ocurrió, y aún más de dos necesitaría yo para ir hasta el lugar donde mi padre grabó esas Palabras y otras tantas jornadas más se precisarían para regresar hasta aquí —dijo Daud—. Mi señor, no soy peor amigo vuestro por ser sincero.

Alfonso recordaba ahora aquella amarga conversación y seguía sin estar convencido de que Daud no supiera cómo hacer que el talismán cobrara vida. Le parecía imposible que aquel hombre hubiese convivido con un secreto como el que su padre le confió sin ir hasta el misterioso paradero de las dos palabras hebreas y ver si todo era cierto. Pero aquel día el rey calló y guardó en su alma lo que consideró una burla por parte del judío, el mismo hombre al que había confiado cargos de enorme importancia, no solo en la Escuela de Traductores, sino también como redactor de los ordenamientos o acuerdos que adoptaban las Cortes por él presididas y que después se distribuían por el reino en forma de cuadernos o copias.

¡Las Cortes!

El viejo monarca dejó de lado por el momento los dolorosos recuerdos de algunas

de aquellas sesiones en las que la familia real, los arzobispos y obispos, los maestros de las Órdenes de Santiago, Calatrava, San Juan, Alcántara y el Temple —¡el Temple siempre le reprochó el haber dado cobijo al enigmático Daud!— y miembros de la nobleza y otros hombres buenos se reunían para razonar y aconsejar. *¡Razonar y aconsejar! ¡Miserables!*, pensó Alfonso ahora en la recta final de su vida.

Pero no, no quería ahora pensar en las Cortes. Lo haría después de revivir otra vez la enorme frustración que siguió a la muerte de su hijo, pues supo que jamás sería a los ojos de Daud el hombre adecuado para ostentar el talismán de Raziel, y tal vez ni siquiera él mismo lo deseaba ya. De modo que en la primavera de 1275 puso rumbo al sur de Francia, y en Beaucaire se reunió con Gregorio X para expresarle su deseo de renunciar al trono imperial.

¿Qué emperador podía ser él sin el talismán de Raziel?, se había dicho a sí mismo.

XVIII

Barcelona.
Año 2003 de los cristianos. Mes de octubre

EL autobús turístico emprendió su marcha cansina, de funcionario que sabe que hoy no habrá ninguna diferencia con ayer y que mañana no será sino un manojo de horas exactamente iguales a las del día presente. La plaza de Cataluña iba quedando atrás lentamente mientras la joven guía, de dulces ojos y estrechas caderas, desgranaba la lección.

La Barcelona que se ofrecía aquellos primeros días de octubre era una ciudad prematuramente fría, razón por la cual todos los pasajeros, que no eran muchos, se arracimaban en la parte inferior del autobús, al amparo del aire frío que barría el segundo piso, sin techo y muy solicitado en los cálidos días de verano. Bueno, realmente no todos. Un hombre que vestía un jersey de cuello en forma de pico de color verde claro, pantalón de pana y camisa de leñador había porfiado con todo el mundo, incluso con el hombre que parecía acompañarlo —todo un dandi argentino según delató su acento al piropear a la muchacha en la primera ocasión que tuvo—, para poder acceder al gélido piso de arriba.

—La plaza de Cataluña —recitó la muchacha que se había presentado al respetable como Nuria— es el corazón comercial y financiero de la ciudad, y también es el lugar desde donde se inicia La Rambla, que ya saben que es uno de los paseos más famosos del mundo, siempre lleno de gente, artistas y flores. Y además cuenta con el famoso Palau de la Música, un tesoro de la arquitectura y de la cultura en general.

Tampoco es esta, se había dicho Rodolfo. Llevaban dos días trepando a todos los autobuses turísticos de la ciudad deslizándose la pregunta de si alguien conocía a una muchacha francesa que se llamaba Nicole bajo el pretexto de que eran viejos amigos, y que ya que estaban de paso por Barcelona, pues querían darle un beso y recordar viejos tiempos.

Era evidente que Nuria no era Nicole, pero Rodolfo la miró con ojos de perito experto en la materia femenina y se dijo que aquella moza, aunque delgada, tenía cada cosa en su sitio y que ya le gustaría a él hincarle el diente como era debido. Y en esto estaba metido Rodolfo cuando bajó del segundo piso, helado hasta los tuétanos, su compañero de viaje, Leovigildo Velloso.

—Hace un frío de cojones allá arriba, argentino —dijo sentándose junto a Rodolfo y empañando la visión que este tenía de Nuria.

Rodolfo quiso bajarse en la siguiente parada y seguir probando suerte en otro autobús, pero Leovigildo se empeñó en llegar al Tibidabo, que tenía él oído que

aquello era muy bonito y que hasta había un funicular. Y ello fue motivo de porfía y se saltaron la parada.

—Usted parece no entender nada, ¿no es así? —le reprochó Rodolfo—. Si no encontramos hoy mismo una pista fiable de la francesa, tenemos que salir pitando para Madrid, para darle lo suyo al periodista. Y como no nos salga bien la jugada lo vamos a lamentar los dos.

Leovigildo entró en sus cabales lentamente, como le correspondía por su escasa agilidad en los oficios de razonar y discernir.

—Óigame, señorita Nuria —los labios de Rodolfo se esmeraron en parecer aún más húmedos y seductores—, no es que no la aprecie yo a usted, que ya se habrá dado cuenta de que no ha habido más monumento para mí en toda la ruta que sus piernas y su boca, pero resulta que ando buscando a una amiga que trabaja de guía en un autobús como este. Se llama Nicole Saintes. ¿La conoce?

—¿Nicole? Claro que sí —la chica se ajustó la falda de modo instintivo ante tan frase admirativa dirigida a sus piernas—. Dejó el trabajo hace unos días.

—¿Qué fue de ella? —Rodolfo sintió que la tierra se abría bajo sus pies. Estaba seguro de que el *obispo* los mataría a los dos si no encontraban a la joven.

—Creo que se iba de Barcelona, por lo que me dijo el otro día. Pero a lo mejor lo sabe el chófer —y se volvió hacia el conductor del autobús—. Antoni, que hay aquí unos señores que preguntan por Nicole, la francesa. Se marchaba de Barcelona, ¿no?

—Sí, dejó el trabajo y me dijo que se iba —confirmó el socio del Barça.

—¿Sabe usted adónde se fue?

—No lo dejó dicho. Y es una pena, porque era una muchacha que valía mucho para este oficio, se lo digo yo que llevo en esto más años de los que ustedes se creen.

Se apearon del vehículo desesperados. Habían tardado meses en tener una pista fiable de dónde podía estar Nicole y ahora que al fin habían sabido de ella, se escurría entre sus dedos como nos pasa a todos con la felicidad.

XIX

Toledo.
Año 1284 de los cristianos

UNA sima insalvable se había abierto entre el rey y Daud después de la muerte del infante don Fernando, y ambos lo sabían.

Don Alfonso había sido más que benévolo con los judíos, tal vez más que cualquier otro monarca castellano, y su amistad con Daud tuvo mucho que ver en ello. A su alrededor hubo médicos circuncisos, recaudadores de impuestos y, por supuesto, sabios en otras muchas disciplinas, especialmente cabalistas y magos.

Y mientras en el IV Concilio de Letrán, celebrado en 1215, la Iglesia instaba a reyes y príncipes a poner coto a las usuras judías, Alfonso fue bondadoso y puso unos intereses mucho más flexibles que en otros reinos. Además, no dudó en salvaguardar la independencia religiosa de aquellas gentes, hasta el punto de echar un pulso al papa Gregorio IX, que había prohibido que se permitiese la construcción de nuevas sinagogas. Alfonso le hizo caso omiso e incluso subvencionó la restauración de otras, como ocurrió en Sevilla y en Jerez.

En el reino de Alfonso los judíos no debían llevar los distintivos externos que los diferenciaban por ser descendientes de los asesinos de Jesucristo, tal y como los hombres de Dios habían determinado en el Concilio de Letrán. Sin embargo, la actitud de Daud, que el rey había tomado como una ofensa personal, quebró ese estado de cosas.

Alfonso conocía que el pueblo quiso ver en los hechos ocurridos en 1279 la causa de su cambio de política para con los hijos de Abraham, pero él sabía que hubo otra causa, de la que nunca habló a nadie.

Tras la muerte del infante don Fernando, el segundo hijo del rey, don Sancho, se autoproclamó heredero al trono, cuando, según la ley, tal honor debía recaer en los descendientes del primogénito. Y durante tres años se abrió un conflicto que podemos calificar de guerra civil entre partidarios de unos y otros.

Llegado a estos recuerdos, ahora sí, don Alfonso echa mano de las Cortes, las que él, más que nunca hiciera otro rey, tantas veces había convocado. Y es que fue en unas Cortes celebradas en 1278 en Segovia donde se vio obligado a ceder y, contra la voluntad de su esposa, doña Violante, reconoció a Sancho como heredero.

¡Maldita hora fue aquella! ¡Y todo por culpa del judío que no quiso devolver de entre los muertos al primogénito!

La reina, doña Violante, se enfadó definitivamente con Alfonso y se las compuso para que la viuda del difunto don Fernando, doña Blanca, se fuera con ella a Aragón,

al reino de su padre. Con ellas se fueron también los dos hijos del infante muerto, Alfonso y Fernando.

Pero claro, aquellas alegrías de la reina costaron dineros, muchos dineros. El exilio nunca es barato, aunque uno se exilie a casa de los padres. Y cuando en 1279 la reina regresó, había acumulado una notable deuda.

Don Sancho, el infante, ordenó que esas deudas fueran pagadas por don Çag de las Malaheda, almojarife del rey. Pero el conflicto y pretexto del cambio de política para con los judíos vino dado por el modo en que el almojarife resolvió el problema, que no fue otro que echar mano del dinero que Castilla había amasado y tenía en una hucha para la campaña de Algeciras.

El destino quiso que aquella campaña fuera un desastre, entre otras cosas porque faltaron víveres y dineros, tal vez todos aquellos que el almojarife judío había gastado por indicación del infante. Y el rey, enojado, no quiso culpar a quien debía, que era a su propio hijo, sino que lanzó su ira contra el almojarife, a quien mandó ejecutar. Pero ahora, desde el borde de la muerte, el rey sabía que aquel odio no lo había generado don Çag, sino otro judío a quien conocemos por el nombre de Daud; el mismo que negó la resurrección y la vida al hijo amado del rey.

Alfonso había perdido su apuesta de ser merecedor de ostentar el regalo de Dios a los hombres que era el talismán de Raziél, pero creía que la culpa no era suya, sino de aquel judío que le había exigido más de lo que se puede pedir a un hombre. ¿Cómo un padre iba a olvidar la muerte de un hijo? Y ahora que había perdido ese sueño y todos los demás —un hijo y un imperio—, decidió recuperar su popularidad ante el pueblo cristiano castigando a los odiados judíos.

Después de todo, ¿no era él un monarca cristiano? ¿Y no fueron los judíos quienes mataron a Nuestro Señor Jesucristo?

Con la mirada tranquila de quien marchará mañana a Sevilla seguramente para morir allí, don Alfonso sabía que aquel pretexto solo era eso, y que en el fondo Daud había acertado al juzgarlo. Pero nunca se lo dijo, porque no tuvo ocasión. El muy ladino fue listo hasta para morir.

Madrid.

Año 2003 de los cristianos. Mes de octubre

GABRIEL salió de la ducha, se secó y se introdujo en unos cómodos pantalones, atavió al que añadió una camiseta deportiva que tapó con un jersey juvenil. Luego se sepultó bajo un anorak marrón y se calzó unas botas de tonos ocres. Se miró al espejo por última vez antes de salir de su piso y se dijo que tal vez consiguiera disimular el suplicio que para él iba a representar aquella cena.

Sol y Vicentito lo habían invitado a cenar varias veces en las últimas semanas, pero él se las había arreglado para evitar la cita. Unas veces se refugiaba en la novela, cuando la estaba terminando; otras veces, en que tenía que corregir las pruebas, y otras en que con lo de la promoción del libro, que se había presentado ya en Barcelona y se estaba vendiendo francamente bien, pues no tenía un hueco para ellos. Pero ahora, pasada la presentación y con la novela rodando por el mundo, y a pesar de que dos días más tarde se repetía el acto de presentación pero en Madrid, ya no tuvo valor para negarse de nuevo.

—¡Hombre, el autor de moda! —El farmacéutico, ajeno a la tormenta que asolaba el corazón de Gabriel, lo recibió con su mejor sonrisa y con un sólido abrazo—. Ya he visto que te sirvió lo que te conté del antídoto que descubrió Hasday.

—Muchas gracias, Vicente —respondió Zarza—. Lo cierto es que la novela es tan vuestra como mía, porque sin toda la información que me dio Sol yo no habría podido hacer mucho.

—Bobadas, el mérito es tuyo —dijo Sol. Luego le dio un beso en la mejilla que a Gabriel le pareció demasiado educado y frío.

Sol estaba más guapa que nunca. Vestía tan informal como siempre y sus ojos, en los que brillaba tal vez la felicidad del matrimonio, seguían donde Gabriel los había dejado la última vez que los disfrutó: en una cara ovalada y preciosa.

—Nos tienes que contar esta noche de quién son esos ojos verdes de un amor imposible al que dedicas la novela —dijo Vicente en su inocencia—. Que eso lo tienes bien guardado.

Gabriel no supo qué decir y trató de ocultarse dentro de la carta de vinos, pero antes le pareció que Sol se ruborizaba al escuchar a su marido. Y entonces Zarza pensó en que tal vez tuviera razón Fructuoso, que era cosa de dejar pasar el tiempo, que ahora ella andaba enamorada y empalagosa, pero que quizá en unos meses todo cambiase.

—No te vamos a perdonar nunca que no fueras a la boda —le reprochó Sol.

—Ya os dije lo de mi madre —mintió Zarza—. Me fue imposible. Bastante lo sentí yo.

—Bueno, pues no pasa nada —terció Vicente—. Hoy lo celebramos y pagas tú, que buen dinero estarás ganando con la novela.

—Pero si no ha dado tiempo a que se venda ni un ejemplar —rio Gabriel.

—Ya se venderán, ya.

Vicente sirvió el vino a los tres.

—¿Cómo se te ocurrieron los parentescos y todo lo demás? —Quiso saber Sol—. Yo sería incapaz de inventarme todo eso.

Él restó importancia al asunto. Es lo único que saben hacer los periodistas: mentir. Y los escritores, añadió, solo saben soñar. Por tanto, concluyó, todo es una mentira soñada. Luego los invitó a la presentación de la novela, que sería dos días más tarde en el Círculo de Bellas Artes. Y ellos dijeron que no faltarían.

El resto de la cena discurrió con normalidad y hasta fue agradable para Gabriel. Sin embargo, en un momento sus piernas rozaron las de Sol y creyó advertir una mezcla de incomodidad y de rubor en ella. ¿Sería posible que Perales estuviera en lo cierto? Y una brizna de locura se incrustó en la esperanza de Gabriel.

—¿Le damos la noticia ya o esperamos a los postres? —dijo de pronto Vicente a su esposa.

—Como tú quieras, cariño —dijo ella algo incómoda.

—¿Qué noticia? —Gabriel, por un instante, se dejó ganar por la euforia. *Tal vez se iban a divorciar*, pensó.

—Estoy embarazada —le dijeron los ojos verdes.

XXI

Toledo.
Año 1281 de los cristianos

TRES años antes de los recuerdos del monarca que está a punto de partir para Sevilla en el que será su último viaje, unos hechos de excepcional importancia para el talismán de Raziel tuvieron lugar en Toledo. Cuando el rey tuvo noticia de ellos, era demasiado tarde.

Por lo que Daud sabía, durante ese mes de enero frío que estaban padeciendo el rey Alfonso X llevaría a cabo la primera de las grandes persecuciones a los hijos de Abraham. El pueblo pensaba que todo se debía al enojoso asunto del dinero gastado por el almojarife don Çag, al cual se había ordenado ejecutar, pero Daud sabía que no, que la verdadera razón era el odio que el monarca le dispensaba a él y a su familia, reducida solo a su hija Aixa tras la muerte hacía ya cinco años de su querida esposa.

El erudito se preguntó si debía ir a trabajar como siempre hacía, casi al amanecer, o sería más prudente permanecer en casa a la espera de que la cólera del rey se disipara como una tempestad de primavera.

Había oído que el rey apresaría a todos los judíos y les exigiría a cada uno doce mil maravedíes al mes con destino a la hacienda real, lo cual era una verdadera fortuna. Pero había más odio que afán recaudador en el monarca, y eso lo sabía bien Daud, que fue fraguando en su cabeza un plan.

—Aixa, quédate en casa esta mañana —dijo a su hija—. Voy a hablar con el rey. Negociaré con él. Creo que si le entrego el talismán puedo evitar lo que está a punto de padecer la aljama.

—Pero, padre —repuso la joven—, ese hombre no es merecedor del talismán. Vos mismo lo habéis dicho.

—Es cierto, pero es mejor eso que no ver cómo familias inocentes sufren su cólera.

Daud acercó su octogenario y dolorido cuerpo a su hija y le pidió algo más:

—Si yo no vuelvo antes del mediodía, entregarás el talismán al rabino Salomón. Él tiene indicaciones mías de dónde ocultarlo si llegara el caso.

—Padre, no digáis eso —lloró Aixa—. ¿Qué haré yo sin vos?

—Debías haberte casado hace años —rio el viejo, quien aún tuvo ganas de ironizar más—: Menos mal que te parió tu madre siendo ella de edad avanzada. Con treinta y tres años aún no eres del todo vieja y tu belleza sigue llamando la atención de los hombres —luego su voz adoptó un tono más serio—. Debes prometerme, si no regreso, que marcharás a Sancta Illana y leerás las Palabras de Yahvé. Yo nunca lo

hice, y creo que me equivoqué.

—Pero ¿cómo voy a dejar aquí el talismán?

—Porque es más seguro ocultarlo en un lugar de Dios que pasearlo por toda Castilla, ¿no te parece? —zanjó la conversación Daud.

El mago y traductor dio un beso en la frente a su hija y salió de casa como acostumbraba, al amanecer. Hablaría con el rey. Tal vez todo tuviera arreglo todavía.

Al mismo tiempo que Daud salía de su casa un harapiento sujeto abandonaba la posada en la que malvivía desde hacía días. Sabía que esa era la hora en la que el judío iba a trabajar. Llevaba un par de semanas estudiando sus costumbres y había decidido que aquel era el día adecuado para actuar, ahora que el monarca por fin había dejado de amparar a los de aquella raza.

Daud dobló la esquina de aquella casa como había hecho una y otra vez, día tras día, año tras año, desde que llegó a Toledo y se puso a trabajar para aquel rey al que seguía considerando el mejor posible. Ser rey, se decía Daud, no es fácil. Ser hombre justo es casi imposible. Ser rey y hombre justo es ciertamente empresa inalcanzable, y tal vez él le había exigido a don Alfonso esa quimera sin pensar muy bien lo que decía.

Y en sus cavilaciones andaba el anciano judío cuando sintió que una mano firme hacía presa en su hombro.

—¿Quién sois? —preguntó Daud volviéndose ante el extraño.

—Tu muerte —respondió el desconocido, al tiempo que asestaba una estocada mortal en el cuerpo enclenque del viejo erudito.

No hubo más palabras ni ceremonias. Daud cayó al suelo sabiendo que las piedras de Toledo acunarán su paso a la otra vida, pero aún sintió cómo las manos de aquel hombre registraban sus vestiduras en busca de algo.

¡Dónde está! ¡Maldita sea!, musitaba para sí el asesino de Daud.

Toda una vida esperando venganza y ahora fracasaba de nuevo. Toda una vida tratando de resarcirse del deshonor que provocó ante los demás freires su fracaso en Soria y ahora que el otrora templario don Enrique había conseguido dar cumplimiento a su promesa de venganza, ahora que sabía que el rey no perseguiría a quien asesinara en una esquina de Toledo a un viejo y chocho judío, volvía a fracasar y no encontraba el puñetero objeto que el viejo robó un día de Eunat. Y entonces pensó que tal vez lo tendría su hija.

Sí, eso iba a ser: lo tendría aquella bruja judía.

XXII

Santillana del Mar.
Año 2003 de los cristianos. Mes de octubre

ANA había apretado la carta contra su pecho, como si quisiera estrechar entre sus brazos a Nicole, ahora encarnada bajo la forma coqueta de un papel de color rosa sobre el cual, con letra menuda y pulcra y de color negro, llegaban las noticias que Ana había anhelado durante los últimos meses. Rodrigo la miró con ternura, pero también con preocupación. Sabía que la suerte de la joven francesa estaba ligada a la de su esposa, algo que ninguna de las dos sabía.

—¿Qué te dice? —preguntó, tratando de controlar su nerviosismo—. ¿Dónde está?

—Luego te cuento —le respondió Ana.

Ana salió al jardín. Era otoño y las hojas de los árboles comenzaban a envejecer con dignidad peinando su color rojo anaranjado antes de morir. Raziel, a quien había vuelto a traer a casa ahora que se aproximaba el invierno en los montes lebaniegos, llegó corriendo reclamando juegos y cariño y lamió la mano de Ana y luego su cara. Ana demoraba la lectura de las noticias de Nicole. Deseaba saborear aquellas líneas a solas; ni tan siquiera Raziel debía estar presente, de modo que salió de la casona y dejó que sus pasos fueran libres.

La última vez que anduvo de paseo en solitario ocurrió lo que todos sabemos junto al Campo de Revolgo. Sobre ella cayeron aquellos hombres que la empujaron al interior de un coche y la llevaron secuestrada. Luego la dejaron libre en la playa de Tagle. Sabía que Rodrigo había hablado con ellos y que algo le ocultaba su marido. Sospechaba que todo ello tenía que ver con aquel amuleto que ella había deslizado en el interior del bolso de la joven francesa junto con una nota donde explicaba lo que sabía del colgante. En la nota le pedía que devolviera la joya a la sinagoga de Toledo, donde al parecer había estado oculta durante siglos, según le confesó su marido. ¿Habría cumplido Nicole el encargo?

Dejó atrás la Plaza Mayor y tomó cuesta arriba por la calle Los Hornos, y al cabo de unos minutos se dio cuenta de que sus piernas la habían conducido ante el lugar que en otros tiempos lejanos ocupó la casa donde ella había nacido.

Su padre había muerto en la guerra en circunstancias que nunca llegó a conocer. Su madre, María Cipriana, tuvo que sacar adelante a los cinco hijos que con él tuvo, de los cuales solo uno fue varón y capaz de traer algún jornal a casa. Pero el mozo no era el hombre más disciplinado que uno pueda imaginar y el dinero se le perdía entre vicios por el camino antes de llegar a las manos de su madre, la cual vendía avellanas

en las romerías y hacía cuanto podía por dar de comer a la prole.

La casa de la familia se había desmoronado. El hermano mayor de Ana había muerto y sus hermanas vivían fuera de Santillana del Mar desde hacía años, al poco de casarse. Incluso una anduvo de emigrante por Alemania en aquellos años en que los españoles iban en pateras por las carreteras a Europa.

Ella, Ana, tuvo mucha suerte. Rodrigo siempre la había mirado con buenos ojos desde niño, cuando venía a pasar largas temporadas en Santillana en compañía de sus padres, una familia rica, de esas a las que se podía cantar el refrán que corría de boca en boca para mostrar el gusto añejo de aquellas casonas del pueblo ornadas con grandes escudos en las fachadas:

Antes que Dios fuera Dios
y los peñascos peñascos,
los Quirós eran Quirós
y los Velasco, Velasco.

Sabía que aquel matrimonio suyo había provocado un cisma en la familia de Rodrigo. Su padre nunca le perdonó el elegir por amor y no por interés, y aunque el paso del tiempo casi todo lo suaviza, el amor entre ambos siempre fue amargo a los ojos de don Anselmo, el padre de Rodrigo.

¡Rodrigo!

¿Qué le podía reprochar ella a aquel hombre? Habría dado su vida por ella, de eso estaba segura. Era verdad que no entendía su amor por los animales ni tampoco su pasión por ayudarles. Para él, un hombre de rígidas ideas morales y políticas, como lo fue su padre, todo aquello resultaba hasta sospechoso de socialista o algo parecido, lo que a ella le hacía mucha gracia y le solía decir que no olvidara que su padre había sido un miliciano republicano, así que cualquier día le nacionalizaba la casona familiar.

Ana contemplaba ahora las ruinas que tiempo atrás, recias y bien aparejadas sus vigas de madera, habían sido el hogar a cuya lumbre se crio. Y luego volvió la vista a su alrededor y contempló aquellas lomas suaves y verdes y de pronto un escalofrío recorrió su cuerpo. ¡Había visto aquel paisaje hacía unos días en uno de sus sueños!

En el sueño aparecía otra vez aquel lobo que llamaba Raziél junto a la joven que caminaba siempre desnuda. La muchacha le gritaba, pero el lobo no parecía querer hacerle caso y acompañaba a Ana por un camino estrecho, flaqueado de bardas y por el cual discurría un minúsculo regato. El paisaje que veía en su sueño era aquel, solo que ahora algunos tendidos eléctricos y otros peajes a pagar al progreso le habían mudado algo de aspecto. Y en el sueño el lobo se detuvo justo allí, donde ahora estaba Ana. Y donde en otros tiempos estuvo la casa en la que nació y se crio, había otra construcción, una vivienda humilde, de barro y piedra, a la que llegó al fin corriendo la muchacha desnuda. La joven regañó al lobo con un fingido tono de enfado y entró en aquella casa.

De aquel sueño nada quedaba en pie, salvo el color esmeralda de los prados,

ahora tiznado con el ocre del otoño. La casa de piedra del sueño, como la suya propia que había ocupado exactamente el mismo emplazamiento, había desaparecido. Y un estremecimiento se paseó por todo su ser. Y de pronto pareció caer en la cuenta de que aún no había leído la carta de Nicole.

Y luego de leerla una vez, la leyó otra y otra más, hasta que supo de memoria las peripecias de su amiga por Barcelona y conoció la noticia de que había una novela titulada sorprendentemente *El talismán de Raziél*. Y sonrió al leer que Nicole iba a cumplir su deseo de devolver a Toledo la piedra azul y se prometió llamar al teléfono móvil que aparecía en la carta en cuanto regresara a casa. Pero antes, decidió, pasaría por la librería *Crisol*, en los bajos de la Fundación Santillana de la Torre de Don Borja, para ver si tenían ya esa novela. Y resultó que acababan de recibirla y Ana la compró y con ella bajo el brazo regresó algo inquieta a su casa, donde la aguardaba impaciente su marido.

—¿Dónde has estado?

—De paseo —respondió ella evasivamente.

—¿Qué libro es ese? —dijo Rodrigo mirando el que traía bajo el brazo su esposa.

—A lo mejor tú sabes más sobre él que yo —y le mostró el título de la obra.

Rodrigo cogió la novela entre sus manos temblando. ¿Cómo era posible? La portada de la novela mostraba un dibujo del talismán de Raziél casi idéntico al original. Pero luego se fijó más y se dio cuenta de que había algo en aquella imagen que le resultaba familiar. Era cierto que se parecía mucho al original, pero le faltaba algo para poder ser un calco. Sin embargo, él había visto aquel dibujo antes, pero ¿dónde? Y de pronto se hizo la luz ante él: ¡era el dibujo que aparecía en la parte inferior del documento hebreo! ¡Él había olvidado aquella fotocopia en el abrigo con el que arrojó a aquel desgraciado vendedor de Toledo! ¡Alguien lo debía haber encontrado!

Rodrigo abrió la novela con la intención de ver qué se decía allí, pero Ana se la quitó de las manos. Primero la leería ella, dijo, pero en la pugna cayó al suelo la carta de Nicole, que Ana había arrojado entre las páginas del libro. Rodrigo la recogió del suelo y antes de que Ana se la arrebatara también pudo ver el teléfono móvil que Nicole había anotado y aquellas primeras frases donde decía que vivía en Barcelona.

Cuando Ana se fue al jardín a dar buena cuenta de aquella misteriosa novela de un tirón, Rodrigo se retiró a su despacho y marcó el número de teléfono que el argentino le había dado. Era un móvil con el que solo podía contactar para dar noticias de Nicole. Era el precio que tenía que pagar si quería que su mujer terminara viva aquel año.

Al otro lado del teléfono se escuchó la amenazadora voz dulce de Rodolfo. Rodrigo le dijo lo que sabía, que Nicole vivía en Barcelona y que, según pudo leer en la carta, trabajaba en una empresa de autobuses que enseñan la ciudad a los turistas.

Y el argentino le preguntó si aquello era todo, si no sabía nada más, y le recordó lo que estaba en juego en aquella partida. Pero Rodrigo había trazado su propio plan

y respondió que sí, que aquello era todo lo que sabía. Y cuando colgó, anotó en su agenda el número del teléfono móvil de Nicole Saintes que había logrado memorizar.

XXIII

Toledo.
Año 1281 de los cristianos

ADON Enrique, que en otros tiempos fue caballero del Temple, todo le había ido rematadamente mal desde hacía casi treinta años. Una mañana, en Soria, tuvo la mala suerte de que su vida se cruzó con la del rey don Alfonso en el preciso momento en que iba a cumplir la orden que le había dado su superior. Se trataba de recuperar un objeto de valor que un judío había robado en Eunate. No le habían explicado mucho más, pues parecía que solo con verlo saltaría a la vista de qué se trataba, y así, en caso de que hubiera algún contratiempo, el caballero nada sabría de su propia empresa y nada podría confesar a oídos inadecuados. Mas he aquí que aparece el rey y miente como un bellaco asegurando que aquel hombre que él perseguía era uno de sus colaboradores. Y a él no se le ocurre otra cosa que llevar la contraria al monarca y decirle: señor, que seguro que está usted en un error. Y el rey, colérico, lo mira con el desprecio con el que se podría contemplar a un gusano, por mucho que el gusano vistiera la capa blanca y la cruz roja del Temple. Y ahí acabó todo.

¿Acabó todo? No, para él justo ahí empezó todo. En la orden fue mal mirado y reprobada su conducta. Había fallado, había dejado con el culo al aire a todo el mundo y además había puesto en una situación incómoda a la orden frente al monarca. ¿A quién se le ocurre tratar de echar el guante al ladronzuelo en plena plaza de Soria? ¿Es que no visteis los pendones de la comitiva del rey? ¿Cómo un hombre sin armas consiguió ponerlos en jaque durante más de una semana? ¿Qué fue eso de recriminar al rey en público? ¿No comprendéis que ahora don Alfonso interrogará al judío y querrá saber por qué lo perseguimos?

El Temple no renunciaría a recuperar lo que era suyo, aunque pasasen siglos. Y si ahora nada podía hacer porque la mano del rey protegía al judío, ya llegaría el tiempo en que las cosas cambiaran. En cuanto a él, a don Enrique, todo le fue mal, muy mal, hasta que dejó la orden y se refugió en la bebida. Se echó al monte, pues en su casa nada quisieron saber de él. Era joven y fuerte y pensó que el bandidaje tampoco estaba tan mal. Atrás quedaron los votos, sobre todo el de castidad, puesto que la pobreza seguía siendo amarga yerba que consumía ocasionalmente.

Pero el Temple tenía razón. Algún día cambiarían los tiempos, y eso pensó don Enrique. Era hora de recuperar lo que el hebreo robó, ahora que el rey había entrado en su sano juicio respecto a los judíos.

No, no se piense que don Enrique, al que ahora visten unos harapos, pensaba recuperar honra y honor devolviendo al Temple lo que al Temple fue robado, no

señor. En realidad, pensaba humillar a los caballeros que antes a él humillaron. Iría allí, a Eunáte, se jactaría ante ellos de poseer el dichoso tesoro y les exigiría una fortuna por recuperarlo. Sería una humillación pública a aquellos soberbios envueltos en capas blancas.

Y en estas andaba don Enrique cuando llegó a la casa de Daud.

Aixa estaba cada vez más intranquila. ¿Qué habría sucedido en la entrevista que su padre quería tener con el rey? ¿Lo habría recibido don Alfonso? ¿Le entregaría finalmente el talismán?

¡El talismán!

Miró el colgante que pendía de su cuello y luego volvió la vista hacia la ventana a través de la cual contemplaba el inexorable ascenso del Sol en el cielo. ¿Dónde estaba su padre?

Zacarías era posiblemente uno de los más diestros joyeros de Toledo. A pesar de que su vista ya no era la misma de su juventud, sus trabajos seguían siendo motivo de asombro para todos, tanto como de orgullo para sí mismo. Y lo más importante es que Zacarías, hombretón regordete, generoso en su sonrisa y campeón a la hora de comer, disfrutaba con su trabajo. Y cuando más disfrutaba Zacarías de su trabajo era temprano, después de las primeras oraciones y tras un soberbio desayuno, aunque a él solo le pareciera la justa cantidad de calorías, casi las mínimas, necesarias hasta llegar al tentempié de las once de la mañana, sin el cual de ninguna de las maneras, aseguraba, un hombre sano puede llegar a la hora de comer.

Y como a Zacarías le gustaba mucho su trabajo, y más trabajar desde temprano, Zacarías salía casi siempre poco después del amanecer de su casa en dirección al taller.

Ya se está viendo que era Zacarías hombre de costumbres fijas: la misma hora al despertar, al rezar, al desayunar..., y casi a la misma hora Zacarías se encontraba, casi también en la misma esquina, con el viejo Daud, el traductor.

No sé si podremos asegurar que eran los dos hombres más madrugadores de la aljama, pero es posible que el error no fuera mayúsculo si sostuviéramos esa afirmaron en público. Pero lo que menos podía esperar Zacarías es que otro hombre, don Enrique, había madrugado tanto como ellos dos. Y el peor de los desayunos posibles le sobrevino a Zacarías cuando encontró tendido en el suelo a Daud con una expresión que misteriosamente lo hacía mucho más joven.

Dobló Zacarías su corpachón y comprobó lo que el río de sangre que había alrededor hacía prever: Daud estaba muerto. ¿Qué hacer? Pensó que quien primero tenía que saberlo era su hija, Aixa, de modo que acomodó sobre una pared el cadáver de Daud y bamboleó su barriga con celeridad en dirección a la casa del erudito fallecido.

Don Enrique acechó la casa como un animal olfatea primero a su presa y estudia todas las posibilidades antes de atacar. Esta vez no cometería el mismo error que en Soria casi treinta años antes. Esta vez no debía haber testigos y no haría prisioneros.

Mataría a Aixa con la misma frialdad que había hecho con su padre y después, si era preciso, daría la vuelta a la casa de esos miserables hasta descubrir algo que tuviera tanto valor como para que con solo contemplarlo le quedase claro que había dado con el tesoro del Temple.

Aixa volvió a asomarse por la ventana, pero no vio a su padre. Le había parecido escuchar un ruido, pero debía ser el de alguna persona que marchaba hacia su trabajo, como si aquella fuera una mañana más.

Sin embargo, el ruido persistió. ¡Era la puerta! ¡Alguien estaba tratando de forzarla!

Aixa se ocultó lo mejor que pudo.

La puñetera puerta le estaba dando más quebraderos de cabeza de lo que pensaba don Enrique, quien finalmente venció en su empresa y la hizo girar con cuidado, casi con mimo.

Miró dentro de la casa, pero no vio a nadie. ¿Dónde estaría la puta judía? Sus ojillos, enrojecidos por el vino y brillantes por la cólera, enfocaron por todos los lados hasta que algo llamó su atención. Algo había tras un armario atestado de libros. Sí, no había duda, ahí debía estar la puta judía. Y fue a por ella.

Aixa salió de pronto de su escondite y trató de golpear con un grueso palo al asaltante, pero erró el golpe.

Don Enrique se abalanzó sobre ella. Había pensado que la muchacha era una mujer cualquiera, pero ni en su mejor sueño había considerado la posibilidad de estar, como estaba, a horcajadas sobre una hembra tan bella como aquella. ¡Qué ojos! ¡Qué caderas! Y fue eso, justamente, lo que salvó a Aixa de una muerte inminente. ¿Por qué? Pues porque la lujuria sustituyó a la avaricia en el orden de prioridades de aquel miserable, y mientras su cuerpo se tensaba y endurecía en los lugares en que esas cosas suceden cuando se está a horcajadas sobre una moza de tal pedigrí, sus manos se dedicaban a buscar otras cosas diferentes a un tesoro templario en el cuerpo de la muchacha.

Fue una lástima para don Enrique que en el cuerpo de Zacarías se incumplieran los pronósticos que todos hubiéramos hecho sobre la velocidad que podría llegar a alcanzar una barriga de aquellas proporciones. Fue una lástima, ahora que había instrumentado su apéndice hasta proporciones que ya no recordaba y se afanaba en darle utilidad a la herramienta, pero resultó que Zacarías corrió veloz hasta la casa del asesinado Daud. Y lo peor del caso es que don Enrique, cegado como estaba en lo suyo con la jaca judía y en hacer que el chirimbolo de marras alcanzara su objetivo entre las piernas de la muchacha, no escuchó los pasos del joyero. Es más, lo único que escuchó fue el sonido grave que arrancó el candelabro con el que Zacarías le partió la crisma. Y allí quedó don Enrique, verga arriba. Y el símbolo de la vida resultó ahora faro de unos centímetros que anunciaba a lo lejos su propia muerte y el fin de una vida sin honra.

XXIV

Toledo.

Año 2003 de los cristianos. Mes de octubre

— **Y** AUNQUE no está muy claro, algunos historiadores aseguran que fue construida a finales del siglo XII, pero que la forma definitiva se la dio en el siglo siguiente un almojarife del rey Alfonso VIII que se llamaba Josef ben Susán —explicó la voz del guía de la sinagoga de Santa María la Blanca.

Aprendió Nicole que aquella era la sinagoga más importante y tal vez la más antigua de las más de diez con que contó el Toledo en aquellos lejanos siglos, aunque luego, en la primera década del siglo XV, el fanatismo cristiano de San Vicente Ferrer la hizo mudar de aspecto y de Dios, como si tal cosa fuera posible y los hombres pudieran hospedar a sus dioses donde ellos quieren. Y en la confianza de que expulsados los judíos su Dios se hubiera ido con ellos, pusieron allí una imagen de mármol de la Virgen y se sintieron muy reconfortados al bautizar el local como Santa María la Blanca.

Los siglos hicieron de la sinagoga penitenciaría para prostitutas y hasta almacén para los ejércitos, pero lo que nadie supo nunca es que a su vera estuvo escondido durante siglos el talismán de Raziél. Solo Yahvé estaba en el secreto, porque Yahvé jamás se ha movido de Santa María la Blanca, para disgusto de San Vicente Ferrer y otros santos de igual miopía.

Y allí estaba ahora Nicole Saintes, custodia de la piedra azul mágica. La llevaba oculta en su bolso, buscando dónde podría ponerla para que nadie la viera, y pronto se convenció de que dentro de la sinagoga tal cosa sería imposible. Se dijo que tal vez en el exterior. Cavaría un agujero si fuera preciso, pero cumpliría la voluntad de Ana.

Nicole salió a la calle y miró de rodear la sinagoga y ver dónde podía llevar a cabo su empeño cuando escuchó una voz desconocida a su espalda.

—Trescientas cincuenta calles tiene la imperial Toledo, y a cada cual cien encantos y en cada encanto un portentoso —recitó el refrán un hombrecillo de tez oscura y flequillo gitano y retinto.

—¿Cómo dice? —Se asombró Nicole.

—Discúlpeme, que no me he presentado —el hombrecillo hizo una especie de reverencia—. Fructuoso Perales, para servirla, gestor turístico y el mayor conocedor de los secretos de la ciudad, y eso que hay muchos.

—Lo siento, pero no busco un guía.

—Eso no lo sabía usted hasta que me conoció a mí —respondió confiado Perales—. Vamos a ver, ¿qué le han contado a usted de Toledo? ¿Que hubo judíos y

cristianos y moros todos revueltos por aquí y todos muy estudiosos a veces y muy enojados entre sí otras? Eso es solo una parte de la historia de la ciudad. La verdadera historia son sus leyendas, y tengo yo los mejores libros para eso que usted pueda imaginar.

—No, muchas gracias, de verdad —se excusó la joven.

—Esta bien, pero al menos déjeme que le cuente yo un par de cosas de ese callejón que está ahí al lado, que le llaman de los Jacintos, y así se hace usted una idea de que aquí, debajo de cada piedra, hay una leyenda.

Y Perales reconstruyó para Nicole la historia de Salomé, una bellísima judía que traía de cabeza al duque Diego de Sandoval, lo que le valió el desprecio de los otros cristianos y terminaron por llamarlo *el judío*, como si por tener amores fuera uno un apestado.

El caso es que la leyenda cuenta que era frecuente ver a un embozado espadachín por la judería bajando por la calle Ángel hasta ir a parar al callejón donde vivía Salomé, y así noche tras noche hasta que un día pudo hablar con ella a través de la reja de su ventana y allí mismo derramó su amor el duque con palabras muy galanas y golosas para oídos femeninos. Pero cuál no fue su sorpresa al ver que la moza se burlaba de él y de sus sentimientos, y una voz recorrió las calles de Toledo cabalgando el aire frío de la noche recitando su mensaje: *Nunca tendrás el amor de Salomé*.

Y ya no hizo falta más: don Diego, que estaba agarrado como un loro a la verja de la judía, donde había unos jacintos en flor, cayó desplomado, muerto todo él, y su sangre tiñó la belleza de los jacintos que lo habían acompañado en su caída.

A la mañana siguiente apareció el cuerpo del desgraciado amante de aquella guisa y ya no hubo duda entre la cristiandad local: había sido su muerte cosa de castigo divino. Es más, tal vez Satanás hubiera estado mezclado en el turbio negocio. Y así, hasta hoy.

Nicole se estremeció con el relato de Perales, y tan abstraída estaba con la historia que no reparó en los tanteos que el vendedor había hecho a su bolso. Pero afortunadamente para ella, muchas cremalleras vedaron el tránsito de los finos y hábiles dedos de Perales hasta el interior de sus pertenencias y pudo salir con ellas intactas de su encuentro con el especialista en leyendas de la ciudad.

—Es una historia muy triste —dijo ella.

—Al final, casi todas lo son —respondió él lamentando su mala fortuna aquella mañana. Para una cándida turista que caía por allí, tenía el bolso más seguro que el Banco de España.

—Adiós. Ha sido un placer —sonrió la chica de los ojos azules.

—No puedo decir yo lo mismo —dijo para sí Perales, y la vio partir—. *Buen culo, sí señor* —rumió en silencio.

Nicole se alejó por la calle Reyes Católicos, pensando lo difícil que le iba a resultar dejar escondido y seguro el talismán, tal y como le había pedido Ana.

Aquella ya no era la vieja sinagoga de la Edad Media y no veía cómo poder cumplir la promesa. Se detuvo ante un quiosco de prensa y compró un periódico. Después dobló a la derecha en la calle Ángel y subió por Santo Tomé hasta la plaza de El Salvador.

Más tarde, en una cafetería de esas que abundan en la plaza de Zocodover, con terraza deliciosa en los veranos calurosos, se sentó a tomar un café y ojeó el periódico.

La cafetería estaba casi llena a esas horas de la mañana y sus manos pasaban las páginas maquinalmente. Y si Nicole estuviera más ducha en las manías de Dios, hubiera reparado en que no fue casualidad, sino otra cosa, que se detuviera precisamente en la sección de cultura y que derramara el café justamente sobre una noticia que allí se leía:

El periodista Gabriel Zarza presenta hoy, a las diez de la noche, en El Círculo de Bellas Artes su última novela, *El talismán de Raziél*. La obra, que se presentó recientemente también en Barcelona, está teniendo una sorprendente acogida por parte del público.

Nicole quedó hipnotizada ante esas líneas y allí mismo tomó la decisión de ir a Madrid esa tarde. Hablaría con el autor de la novela aunque fuera lo último que hiciera en su vida, se prometió.

Toledo.
Año 1284 de los cristianos

ALFONSO, que fue rey de Castilla y al que llamaron *el Sabio*, iba a partir para Sevilla al día siguiente. Sentía que moriría allí y sabía que su último recuerdo sería para el hombre al que admiró y odió a partes iguales.

Cuando supo de la muerte de Daud y del asesinato de don Enrique, tres años atrás, el día estaba ya muy avanzado.

De inmediato, mandó localizar a Aixa, la hija del sabio muerto, pero no hubo forma de dar con ella, ni tampoco con el talismán que, estaba seguro, la muchacha había heredado.

¿La buscó porque quería cerciorarse de que se encontraba bien o la buscó por el talismán del ángel Raziél? Fuera como fuese, no dio con ella. Ordenó la prisión de los judíos y solo los liberó cuando pagaron los dineros convenidos, pero por más que asoló de arriba abajo la maldita aljama, no hubo forma de encontrar a la muchacha ni a la enigmática piedra azul.

Los años siguientes fueron una pesadilla. Condenó a su hijo Sancho, pero este supo ganarse a los nobles, a los que Alfonso había sabido atar en corto para proclamar su soberanía en aquellas tierras, y también la puñetera Iglesia se puso de lado del hijo rebelde. En las Cortes de Valladolid de hacía un par de años todo había quedado amasado entre los traidores: Sancho sería el rey.

¡Al diablo Sancho, los nobles y la Iglesia!, exclamó Alfonso al tiempo que cerraba, para siempre, el ejemplar del *Liber Razielis* que tenía siempre sobre su mesa.

XXVI

Madrid.

Año 2003 de los cristianos. Mes de octubre

EL coche, grande y oscuro, dobló la esquina de manera tan silenciosa que, de haber tenido suficiente tiempo como para llegar a pensarlo, a Gabriel Zarza le hubiera parecido irreal. Pero Gabriel ni siquiera lo vio.

Por la otra acera, una joven alta, de mucha curva en la trasera y mucha abundancia en la pechera, paseaba su palmito tentando a los demonios de la ciudad que a esa hora se despiertan.

Serían las diez de la noche y Madrid debía mostrar muchos más signos de vida, a pesar de que la tarde de aquel mes de octubre hubiera sido fría y desapacible y la jornada concluyera con un viento helador. Unas tímidas gotas de lluvia se colaron sin permiso en ese instante.

A las puertas del Círculo de Bellas Artes no se veía más personal que al formado por los últimos asistentes al acto de presentación de la que era segunda novela de Gabriel. Formaban el grupo los que se habían quedado hasta el final para pedir un autógrafo o para comer el último canapé. Y es que la editorial se había estirado aquella vez. Nada que ver con el austero, por no decir claramente pobre, acto de presentación de la ópera prima de Gabriel un par de años antes, cuando no era sino un oscuro periodista especializado en temas paranormales, ocultistas y otras memeces similares. Pero después de aquella aventura en el Camino de Santiago que ahora parecía muy lejana en el tiempo, todo cambió para él. Y aquella aventura se convirtió en novela, pues no podía revelar que todo cuanto allí se decía era cierto y muy cierto. Además, de haberlo hecho, hubiera violado su promesa y, de todos modos, nadie le hubiera creído. Y no les quepa duda de que fue la promesa más sagrada, tal vez la única, que Gabriel Zarza había hecho en toda su vida. Pero aquella era otra historia, muy otra. Y ahora Gabriel empezaba a acuñar cierta fama como novelista con esta segunda obra.

Gabriel sonrió forzosamente otra vez, y ya iban muchas a lo largo de las últimas dos horas, a los incansables aduladores que siempre se dan cita en estos saraos literarios. Que sí, que sí, prometió a unos y a otros, que había sido un placer, que iría a ese programa de radio o que no faltaría a esa conferencia en no sabía ya en qué lugar. Lo único que quería era alejarse, llegar a casa y no pensar en nada. O quizá pensar solo en Sol.

Una joven rubia, de pelo corto y ojos azules y generosos había tratado de abordar al autor en varias ocasiones aquella tarde. Se había jurado que lo lograría, aunque fuera lo último que hiciera en su vida. Tenía que averiguar qué tenía que ver la novela

de Gabriel con la piedra azul que guardaba en su bolso, pero la muralla formada por los aduladores se lo había impedido.

La lluvia dejaba de lado su timidez por momentos y comenzaba a engordar cuando el coche oscuro enfiló en la misma dirección que Gabriel Zarza.

Una pareja salió del local instantes después. Junto a ellos lo hizo la joven rubia. Mientras, Gabriel se alejaba dándoles la espalda.

De pronto las ruedas del automóvil grande y negro rechinaron sobre el asfalto como si el conductor hubiera perdido el juicio. Al poco, unos golpes se escucharon por la calle. ¿Qué diablos era aquello?, llegó a pensar por un instante el escritor. Pero eso fue antes de sentir que algo abrasaba su hombro derecho. Alguien lo empujó y cayó al suelo salvándole la vida. Entonces lo entendió: ¡eran disparos!

Dos ejemplares de su obra fueron a parar a la acera, hostil y gris. Se escucharon gritos y el coche oscuro recuperó la cordura, se ajustó a lo que manda el código de circulación, y aceleró.

Sobre la calle mojada los curiosos que se acercaron corriendo encontraron a una joven rubia herida en un brazo y a una anciana que tenía la cabeza destrozada por las balas. Junto a ellas, sangrando por el hombro derecho, estaba Gabriel, a quien la cabeza le daba vueltas. Y a la vera del escritor estaba el hombre que le había salvado la vida con un providencial empujón. Era la mitad masculina de la pareja que acababa de salir del acto literario: Vicentito, el farmacéutico.

Mientras, en el suelo, los dos ejemplares de la novela yacían también como sin vida. Uno había quedado abierto por la página tres y una gruesa gota de lluvia emborronaba un largo nombre escrito sobre el papel: Abu Yusuf Hasday ben Isahaq ibn Saprut. Sobre el otro ejemplar, que había quedado con la cubierta boca arriba, incidía la luz de la farola más próxima, como si hubiera sido colocado en un improvisado escaparate para que todo el mundo leyera su título: *El talismán de Raziél*.

XXVII

Toledo.
Año 1281 de los cristianos

UN puñado de horas antes del postrer estallido de cólera de Alfonso X el Sabio al descubrir que posiblemente nunca tendría en su poder el talismán de Raziel, Eleazar ben Salomón había madrugado, tal y como acostumbraba a hacer. Sería para él un día normal, atendería a los pacientes de su consulta, repasaría las obras farmacológicas de Ibn Yanaj y de Ibn Buklaris y se admiraría de la capacidad de los demás para poder escribir tratados como el *al-Mustaini*^[1], la obra que el segundo de esos sabios dedicó al rey de Zaragoza, Ahmad II al-Mustain^[2] bi-llah, un par de siglos atrás. Y después, cuando estuviera seguro de que había cumplido con los hombres, dedicaría el resto de la jornada, hasta que cayera el sol, a sorprender a Dios, que solía estar apostado tras los atinados renglones de la Cábala. Eso, suponiendo que no tuviera la fortuna de tropezarse, como a veces él mismo provocaba, con Aixa, la escandalosamente bella hija de Daud.

¡Aixa!

¡Cuántas veces bromeaba el sabio Daud con ellos!

Eleazar había pensado muchas veces seriamente en plantear a Daud tomar a Aixa por esposa, pero siempre su falta de decisión había jugado en su contra. Estaba seguro de que tanto su padre, el rabino Salomón —tal vez el mejor, si no el único, amigo de verdad que Daud tenía en la aljama—, como el padre de la joven hubieran mirado con buenos ojos aquella unión. Pero ¿y Aixa? ¿Ella lo deseaba?

En esos pensamientos estaba enredado Eleazar cuando tuvo la más insospechada visitada que hubiera imaginado. Era Aixa. ¡Era Aixa llorando!

Él la acogió entre sus brazos cuando la muchacha se lanzó hacia ellos, le acarició el pelo y pudo sentir aquel aroma que tanto conocía y que tan malas noches le hacía pasar solo con recordarlo. Aixa no lograba articular el relato que se hacinaba en su lengua, habitualmente ágil y ahora torpe y corpulenta, de modo que hubo que esperar un rato, lapsus suficiente para avisar al rabino, que andaba por la sinagoga desde tan temprano que hasta su hijo acostumbraba a bromear diciendo que aún estaba Yahvé dormido a esas horas.

Cuando llegó Salomón, una especie de Papá Noel con *tallit* y filacterias, de prominente panza y barba y rizos blancos como la nieve, Aixa estaba ya en condiciones de hablar, y lo que contó heló la sangre y encrespó el vello de su exiguo auditorio.

De modo que Daud ha sido asesinado; que el rey anhelaba desde hacía años el

colgante del que el viejo Daud le había hablado en alguna ocasión; que el criminal que había acuchillado a su amigo luego había intentando violar a la joven; que el bueno de Zacarías le había dado pasaporte, y que el postrer deseo de Daud había sido que Aixa huyera de Toledo y dejara bajo su custodia, la de Salomón, el enigmático pedrusco azul. Todo eso reprodujo en silencio el cerebro del rabino, quien recordó con esa velocidad que da una situación límite alguna de sus conversaciones con el fallecido.

—Salomón —le había dicho Daud—, eres mi mejor amigo y no sé si justamente por eso debo confesarte algo o no.

—Sin duda tú eres mi mejor amigo, pero no sé si yo estoy a esa altura para ti, Daud. Lo que sí te puedo asegurar es que soy hombre viejo, algo más que tú, y que en toda mi vida jamás encontré momentos de tanta paz como en estas conversaciones que tenemos aquí, en mi casa. En tus manos está decirme lo que desees.

Y le preguntó si había oído hablar del ángel Raziel. Salomón dijo que sí, por supuesto. De Raziel se sabía lo que se solía saber, lo del libro tallado en un zafiro, lo de Adán y todo lo demás. Pero ¿un talismán? No, no lo recordaba. Repasó en la trastienda de su atestada mollera tratando de rescatar una ficha, una referencia, algo que le permitiera apuntalar con cierta lógica rabínica la leyenda que Daud le confió, pero no tuvo éxito. ¿Un talismán cuyo recorrido por estas tierras se remontaba al mítico Hasday ibn Saprut? No, nunca había oído semejante cosa.

—Escúchame, Salomón —las palabras de Daud brotaron de su boca con una angustia como jamás había escuchado Salomón—, estoy ya viejo y cansado, y te puedo asegurar que casi todas las canas me las ha tejido esa historia y ese talismán, cuyo peso ya no puedo soportar más.

—¿Quieres decir que tú has visto ese amuleto? —preguntó el rabino Papá Noel.

Daud asintió. Lo verás colgado del cuello de mi hija, Aixa, le había dicho.

Y ahora, en medio del llanto de la joven, el rabino Salomón volvió a descubrir la piedra puramente azul que había observado en tantas ocasiones desde que aquel día Daud le confesase que muchas personas matarían por poseerla, incluso el rey, aunque durante años había querido conquistar su poder mediante su conducta. Incluso el Temple, que ya lo había hecho una vez y al que el propio Daud, al parecer, le había birlado años atrás el siniestro pedrusco.

—Pero si el rey quisiera tomar ese talismán ya lo habría hecho —le había respondido el orondo hombre de Dios.

—¿Y qué haría con él si no sabe cómo usarlo?

—¿Qué quieres decir?

Le habló de dos Palabras de poder. Eran Palabras de Dios. Eran las Palabras pronunciadas por Yahvé en el alba inimitable de la Creación. Daud sabía dónde grabó su padre aquellas Palabras, pero él las desconocía. Así que el rey, incluso acudiendo a la tortura, nada sacaría de su boca.

¿Por qué no había ido a ese lugar donde estaban las palabras de Dios?, quiso

saber Salomón. La respuesta de Daud le hizo admirar aún más a aquel hombre.

—Porque no soy digno de conocerlas ni de usar esa piedra que puede incluso devolver la vida a los muertos, Salomón. Y busco a alguien que sea digno de ese honor y capaz para esa responsabilidad.

Daud le había confesado que hubo un tiempo en que creyó que el rey don Alfonso podía estar a la altura de esa misión, a lo que Salomón le reprochó que hubiera llegado siquiera a imaginar que un cristiano podía ser acreedor a las Palabra de Yahvé. Y entonces fue cuando Daud le dijo algo que puso definitivamente a prueba la solidez de su amistad.

—Yo no creo en Yahvé ni en Alá, Salomón, creo en un solo Dios, que tampoco es el de los cristianos. Creo que hay un hilo invisible que hace de todas las cosas de este mundo dibujos de un único y maravilloso tapiz. Tú me crees judío porque cumplo la Ley, pero tal vez entre los cristianos me dieran el mismo trato, puesto que mi padre me enseñó su credo, y pasaría desapercibido entre la gente de mi madre.

—¿Tu madre?

—¿Nunca te has preguntado porqué Aixa tiene un nombre musulmán?

Sí, naturalmente que se lo había preguntado Salomón, y aunque trató siempre de buscar una respuesta amable que no dejara en mal lugar a su amigo por semejante extravagancia, no pudo dar con ella. Y ahora, brutalmente, descubría que su mejor amigo no creía en Yahvé, por más que se supiera la Ley de carrerilla, y que era hijo de un cristiano y de una musulmana. ¡Que Yahvé me perdone! Y entonces, durante una minúscula fracción de vida, Salomón estuvo a punto de huir, de alejar su admirable barriga de allí y no volver a ver a Daud jamás. Eso estuvo en un tris de hacer, pero no lo hizo. Es más, nunca fue tan amigo de Daud como a partir de aquella confidencia, y Daud supo apreciarlo y en su gratitud se expresó así:

—Salomón, si un día me ocurre algo, no quiero que Aixa soporte ese colgante. Su peso es excesivo. He decidido hacer lo mismo que hicieron en un lejano día en Lucena: ocultarlo. Quiero que seas tú quien lo haga. Busca en tu sinagoga el lugar que consideres más idóneo. Mi Dios, Salomón, se toma muy en serio las casualidades, y estoy seguro que un día alguien que necesite esa piedra de verdad dará con ella.

El día fatídico que Daud había barruntado se había presentado allí de pronto. Era un día de primavera, claro, luminoso y fértil para los sueños de casi todo el mundo, pero a Salomón se le antojó artero y cruel. Bajo aquel manto azul desvestido de nubes, el cielo se emborronaba y lanzaba su último reto sobre el rollizo sacerdote. Y decidió afrontar la provocación con valentía.

—Dámelo, Aixa. Cumpliremos con la voluntad de tu padre tanto tú como yo —y alargó la mano hasta tomar el colgante.

—Padre —intervino Eleazar—, tal vez estáis en lo cierto al ocultar esa piedra dando cumplimiento a la promesa que hiciste a Daud, pero no dirás en serio que Aixa se marche de Toledo buscando en el norte dos palabras grabadas en no sé qué

monumento. Eso sería enviarla a la muerte. No puede ir sola ahora. Sería un suicidio.

—Entonces, mi querido Eleazar, venid conmigo a la sinagoga y hazme feliz y hazte feliz tú también, si Aixa quiere.

Aixa quiso. Siempre le había gustado en el fondo aquel muchacho de manos grandes y ojos negros e insondables. Era tímido y desesperadamente torpe en lo que a faldas se refería, de eso no había ninguna duda, pero era también inteligente, y a Aixa aquella le parecía la mayor de las bellezas, pues en su padre había tenido el mejor modelo.

Eleazar, que últimamente había frecuentado los rincones por donde se leía la poesía del toledano Todros ben Yehudá ha-Leví Abulafia, no se lo pensó dos veces a la hora de dar su asentimiento para tomar por esposa a una mujer que no era judía exactamente. Los poemas de su admirado rapsoda toledano, el autor de *Gan hamesalim we-ha-jidot*, y decenas de obras más, había puesto de moda las rimas sobre el amor hacia mujeres árabes y cristianas. *Además, pensó, si era cierto que Aixa no era del todo judía, no era menos cierto que no era del todo cristiana ni tampoco árabe.*

Y así fue como para cuando el rey Alfonso buscó en la aljama el objeto de su deseo, nada encontró. El amuleto se dispuso a dormir hasta que el Señor de Israel tocara diana algún desconocido día. En cuanto a la muchacha, estaba en alguna parte fuera de las murallas a lomos de un caballo pardo en compañía de su flamante, indeciso y adorable recién adquirido marido. La nube de polvo de sus monturas apuntaba hacia el norte.

QUINTA PARTE

«No temerás temores de la noche, ni saeta que vuela por el día...».
(Salmo 91)



I

El Burgo de Osma. Año 1315 de los cristianos

Si la vida de Eleazar ben Salomón no hubiera sido la que fue durante los deliciosos quince años que compartió con Aixa, tal vez nadie hubiera podido pensar que el mejor amigo que un médico judío había de tener en un burgo cristiano sería uno de los clérigos de la catedral, pero ya queda dicho que eso solo lo pensaría quien no conociera a Eleazar.

¿Qué fue de Aixa y de Eleazar durante todos estos años?, se querrá saber, y es justo que tal cosa se desee.

Pero hacer un relato prolijo sería dañar la buena relación que se desea mantener con el lector, puesto que muchas cosas fueron de los más normales, como parir la mujer dos hijos a quienes pusieron por nombres Samuel y Rut, o discutir de vez en vez como marido y mujer de las cosas más banales. No obstante, de todas aquellas disputas matrimoniales, una sí ha de ser conocida, puesto que es justamente la que nos ha traído hasta la escena en la que nos encontramos. En el cuadro, de tonos dorados arrebatados a la fuerza al sol castellano, vemos a Eleazar, cuya vida ha superado ya los sesenta años, saliendo de la catedral de El Burgo de Osma. Al anciano médico le acompaña su hijo Samuel.

¡Qué poco se parecía el mozo a ellos!, solía pensar Eleazar, comparando a su primogénito con su esposa, Aixa, y con él mismo. Ni tenía los ojos sedosos y negros del padre ni tampoco el remango de la madre, y de ninguno de ellos heredó la más mínima afición a los papelotes y estudios, que lo suyo fue desde siempre la tierra y sus entrañas. Y en eso era bueno, no había duda. Tan bueno era que medró como agricultor hasta ser demasiado rico para el gusto de Eleazar, que leía la historia con la precisión de un relojero, y a más crisis, solía decir, más tormenta para los judíos. Y estaba Castilla incubando una de las crisis más crueles de cuantas su dilatada historia había tenido que vadear. Mas dejemos ahora lo que vendrá, pues, como ha de llegar, ni Dios podrá pararlo. Entre otras cosas porque sabiendo Dios todo lo que sabe, es seguro que también está en el secreto de lo venidero. Que sea lo que Dios quiera...

Rememorábamos nosotros, en cambio, lo de aquella discusión muy lejana en el tiempo que Aixa, que en paz descanse, pues murió al poco de parir a Rut, y Eleazar tuvieron y que los llevó, contra la voluntad del médico, a establecerse en el mismo burgo donde Aixa había vivido de muy niña con su padre y su madre.

—Pero si tú apenas tenían los años que se logran sumar con los dedos de una mano cuando vivisteis aquí —protestó Eleazar nada más explicar Aixa su proyecto—. Además, tu padre te había pedido una última voluntad, que descubrieras las

Palabras del talismán. ¿No vas a respetar el deseo de Daud de ir a ese pueblo, Sancta Illana o como se llame?

—Mi padre descansará más tranquilo si sabe que nadie podrá arrancar esas palabras de mi boca, porque nunca las aprendí —y el argumento, la verdad, tenía su lógica. Después de todo, era el mismo que Daud había empleado para explicar su conducta durante toda su vida. Era el mismo razonamiento con el que había permanecido a cubierto de la sombra de aquel enigma que aguardaba en un pueblo próximo al mar Cantábrico.

Eleazar trató de ganar tiempo. De acuerdo, había dicho, se establecerían allí, en El Burgo de Osma, pero eso no impedía hacer un viaje hasta el pueblo de marras, ¿no? ¿No se podía ir al claustro del que había oído hablar y tratar de resolver el acertijo que el extemplario Nuño García urdió en aquellas columnas para ocultar las dos sagradas voces de Yahvé?

Ella callaba ante esas propuestas y él pensaba que si tal vez se mostraba dócil a veces y pesado otras, al final conseguiría acatar la voluntad del sabio Daud, pero eso lo decía solo para no reconocer que en realidad aquellas dos Palabras eran una tentación feroz para un hombre que, como él, dedicaba las tardes en que no charlaba con su amigo el deán Sepúlveda a profundizar en los vericuetos de la Cábala.

Los años pasaron, y pasaron como siempre pasan: veloces y traicioneros. Y un día, cuando te quieres dar cuenta, resulta que tu pelo ha desteñido, que tu piel se ha agostado y los huesos rechinan a cada paso. Y eso le ocurrió a Eleazar.

Samuel creció hasta que sus manos, callosas, amasaron tierras y una notable fortuna, para peligrosa envidia de otros muchos ganapanes, y Rut se fue haciendo una mujer que trataba de superar la melancolía que le producía el injusto pensamiento que tenía de haber sido la causa de la muerte de su madre. Y Eleazar, que siempre fue bueno pero nunca decidido y valiente, abandonó la vieja quimera de localizar las dos Palabras mágicas cuando echaron sobre la tumba de su esposa el último puñado de tierra.

Y ahora, con esa cojera que le había dispensado la artritis y que hacía que muchas veces tuviera que apoyarse en los fornidos brazos de Samuel para llegar a su conversación con el deán en la catedral, todos aquellos deseos se habían convertido en un papel en el que, cuidadosamente, había reconstruido cuanto sabía de la historia del talismán de Raziel. Y es que el médico había quedado embebido desde el primer instante en que, a través de su difunta esposa, supo la epopeya del talismán del ángel Raziel, y un día, seguramente en un desesperado y patético intento de mantener vivo el rostro desaparecido de Aixa, decidió escribir todo cuanto sabía de aquel pedrusco divino, e incluso terminó el trabajo con el adorno de un dibujo del talismán tal cual lo recordaba de sus tiempos toledanos.

Aquella tarde le había dicho a su amigo Sepúlveda que tuviera a bien archivar el escrito aquel entre los papelotes de la biblioteca del santo lugar, pues empezaba Eleazar a intuir que las cosas iban a enturbiarse, y mucho, para los de su raza en poco

tiempo. Y aunque Sepúlveda le dijo que los cristianos siempre respetarían a las buenas gentes como él, Eleazar sintió que aquellas palabras inseguras de su contertulio eran la prueba definitiva de cuanto intuía, pero no dijo nada más. Y solo cuando Sepúlveda le dio su palabra de guardar entre sus propios escritos aquel documento redactado en hebreo, Eleazar se sintió moderadamente tranquilo. Después, salió de la catedral, donde fiel como un perro lo esperaba su Samuel, quien, desde luego, jamás pondría sus pies dentro de un templo cristiano y seguía, a pesar de los años, sin entender que su padre hiciera tal cosa. Y aunque Eleazar le recordaba de quién era hijo y de quién era nieto y de que cómo su abuelo Daud veía a Dios, Samuel se sentía, en su simpleza de campesino judío, arraigado tanto a la fe de Abraham, de Isaac y de Jacob como las raíces de sus verduras y patatas a la parda tierra castellana.

Eleazar perdonaba la rudeza y la falta de pulimento del espíritu y aun del cerebro de su hijo. Era cierto que no había superpoblación de ideas en su sesera, qué se le iba a hacer, pero su corazón era tan grande y fértil como la vega de la que era ya casi único propietario y de la que salía el pan que alimentaba a su mujer, una fornida hembra hija de un carnicero y que atendía por el nombre de Dina.

Dina había resultado tan feraz como las tierras de su hombre y le donó, previa intervención del agricultor en la siembra correspondiente, con un cuarteto de bebés que, como siempre pasa, terminaron por crecer y hacerse cachorros del pueblo de Israel. Y mientras el fornido y recio Samuel lo conducía a casa a modo de bastón, Eleazar desechó cualquier posible reproche, pero no por eso desaparecieron de su cabeza los más lúgubres vaticinios que últimamente venían rondándole.

Para un hombre como él, acostumbrado a vivir en los libros, la historia no era cosa que hubiera pasado, sino un permanente presente que se leía ora en pergaminos ora en el aire. Y en el aire, Eleazar había obtenido la sensación de que aquel siglo convulso, que para Castilla se había iniciado con el reinado enclenque de Fernando IV, nada bueno iba a deparar a los de su raza. Y lo peor que le puede suceder a un judío cuando a los cristianos los va mal es tener dinero, bien sea porque el trabajo se lo ha dado o porque su inteligencia se lo ha reportado como laurel.

Estaba muy en lo cierto el viejo Eleazar. Aquel siglo, que abrió los ojos con la minoría de edad de un rey llamado Fernando IV, iba a ser de pésimo recuerdo para los judíos, y para muchos otros seres creados por el Dios que sea.

La inolvidable María de Molina había aparecido fulgurante en la escena política. Primero fue regente hasta 1301, que fue cuando al tal Fernando le llegó la edad de ser proclamando mayor y autosuficiente para equivocarse solo. Y fue su reinado epiléptico, puesto que los partidarios y descendientes del otrora primogénito de Alonso X, el ya mentado Fernando de la Cerda, que en aquella época hacía tiempo que estaba criando malvas, aún estaban dándole vueltas a la opción de alcanzar el trono, ya por lo civil o ya por lo criminal.

Y luego estaban los nobles, que eran la pulga que picaba en la peor de las partes

siempre a los reyes. Monarcas y nobles en Castilla habían disputado un combate secular, por más que murieran los protagonistas. Los soberanos deseaban poner coto a las correrías y dominios de los ricohombres, y los aristócratas buscaban las cosquillas al primer rey que veían débil. Y aquí, a comienzos de siglo, se daban todos los requisitos para que metieran bulla.

Quien no entienda nada de nada pensará que al morir el rey frágil que había sido Fernando IV la gente entraría en vereda, pero eso no ocurrió, entre otras cosas porque en 1312, tres años antes de la escena que hemos reconstruido y en la que se veía a Eleazar saliendo de la catedral de El Burgo de Osma, otro niño había sido aupado al trono. Era el número once de los Alfonsos reyes de Castilla. Y para salir del paso, puesto que el infante lo era en el más estricto sentido de la palabra, se orquestó una solución realmente grotesca. La gente que mandaba alrededor del rey, que siempre son los que gobiernan, sea el rey niño u hombre de pelo en pecho, optó por una especie de regencia a cuatro voces, aunque luego se redujo a tres voces y, poco después, casi a una voz, la de María de Molina. Y los nobles, mientras tanto, a lo suyo: a incordiar y a defender sus predios y heredades del puño de la regente.

A río revuelto, y más que la crisis económica lo iba a revolver, siempre había pescadores dispuestos a sacar tajada de los caladeros judíos, que muchas veces tenían demasiadas riquezas para el gusto de los cristianos. Y eso era lo que temía Eleazar, que llegó con esas nieblas en el ánimo a casa, donde Rut, su dulce Rut, lo recibió con una sonrisa.

Si Samuel en poco se parecía a él ni tampoco a su madre, Rut, en cambio, tenía la decisión de Aixa y los ojos profundos del padre. Eran dos pozos hondos de un negro azabache, como lo era su pelo, aunque su piel tostada tenía mucho de aquel dorado que su abuelo Daud había concedido a la desaparecida Aixa. Por lo demás, Rut, fuera de su melancolía al culparse de la muerte de su madre, era una muchacha no tan bella como lo fue la esposa de Eleazar, pero sí tal vez más inteligente incluso que su propio padre, de modo que pronto los secretos de la botica y cuanto el galeno sabía de medicina estuvieron a buen recaudo en aquella muchacha de pómulos notables y caminar de gacela.

Sí, tal vez exageraba Eleazar sobre los peligros inminentes, tal vez... Pero no terminaba de convencerle la relación que creía haber advertido desde hacía unas semanas entre su hija y un joven cristiano al que había sorprendido en cierta ocasión acompañando a Rut a casa desde la fuente.

—¿Quién ese joven, Rut? —le había preguntado sin poder evitar su disgusto.

—Un muchacho que está de paso, padre —había respondido ella haciendo un mohín que el médico interpretó como inequívocamente coqueto.

—¿Y desde cuándo una mujer decente habla con un desconocido que está de paso? —replicó Eleazar.

—¡Oh, no es un desconocido! Se llama Diego Velasco y va de camino a su pueblo, en el norte. Dice que es un pueblo precioso, que se llama Sancta Illana, y está

medio oculto entre lomas suaves de hierba fresca —la expresión soñadora de Rut no hizo sino incrementar la inquietud en Eleazar.

Al oír el nombre del pueblo del que procedía el desconocido, Eleazar tuvo que reprimir a duras penas un escalofrío. Todos sus negros barruntos resonaron en su cabeza con la fuerza de un ejército que camina hacia el combate. Eran tambores. Eran tambores de guerra, aunque logró espantarlos por un momento para buscar fuerzas con las que decir lo que dijo:

—Recuerda, Rut, que eres una mujer judía y él es un cristiano.

—Padre, recuerda quién era tu esposa y quién fue mi abuelo —y la respuesta dejó helado a Eleazar, porque además de inesperada, estaba repleta de razones.

II

Madrid.
Año 2003 de los cristianos. Mes de octubre

HAN tenido ustedes mucha suerte —sonrió el doctor—. La bala ha pasado rozando el hombro y no ha producido daños graves.

—¿Por qué habla usted en plural? ¿Quién más está herido? — Gabriel imaginó lo peor. Tal vez uno de aquellos disparos hubiera alcanzado a Sol.

—La muchacha francesa que trajeron con usted, ¿no lo recuerda?

—¿Qué muchacha? Yo no vi a nadie —respondió el escritor.

—Está en la habitación de al lado. Se llama Nicole, creo. Muy guapa, se lo digo yo —el doctor guiñó un ojo pícaramente.

En ese instante irrumpieron en la habitación Vicentito y Sol, que se abalanzó sobre el enfermo entre lágrimas.

—¿Cómo está?, doctor —interrogó Vicente al médico.

—Poco más que un rasguño. Ha tenido mucha suerte. Peor le fue a la anciana a la que reventaron la cabeza.

El médico salió de la habitación y Gabriel les pidió detalles de lo sucedido. ¿Qué habían visto ellos?

—Casi lo mismo que tú —respondió el farmacéutico—. Un coche oscuro aminoró la marcha al pasar cerca de la puerta por la que habíamos salido y alguien realizó varios disparos, como si fuera una ráfaga o algo así. Fue como en las películas, solo que muy real. Y a mí se me ocurrió correr y empujarte, no sé por qué, y ya ves: parece que te salvé la vida.

Gabriel miró al muchacho y se sintió culpable por tantas veces como lo había odiado en silencio y se reprochó ser un miserable que había estado a punto de birlarle la novia.

—A lo mejor no iban a por mí. ¿Y si el objetivo era esa mujer que han matado? —preguntó paseando la mirada de la cara de Sol, un mar de lágrimas, a la de Vicente, esfinge de cera blanca.

—No lo creo —respondió ella entre hipos.

—¿Por qué lo dices?

—Fui a tu casa hace un rato, tal y como me pediste, para recogerte ropa y cosas de aseo —explicó—, y alguien la ha puesto patas arriba. Lo han registrado todo, especialmente las notas sobre la novela y la carpeta que te di con los datos históricos.

—Pero ¿por qué? —se preguntó casi sin voz Zarza—. ¿A quién le puede molestar lo que he escrito? Es solo una novela.

—A lo mejor es más que eso —dijo una voz desde el umbral de la puerta.

Los tres se volvieron y vieron a una joven que mostraba un vendaje en el brazo derecho y tenía un rasguño en la cara. Era rubia y dueña de unos ojos azules que iluminaron la habitación.

—Me llamo Nicole Saintes —se presentó—, y tal vez le interese lo que le tengo que contar.

Durante media hora ninguno se atrevió a interrumpir a la recién llegada. Su relato era extraordinario. De creerla, el talismán de Raziél no era una mera leyenda, sino una espléndida realidad. Y sin querer, Zarza había construido una historia mucho más real de lo que jamás hubiera sospechado.

—De modo que esa amiga suya de Santillana del Mar le dijo que el talismán era capaz de curar enfermedades e incluso resucitar a los muertos —dijo Zarza al ver que la muchacha calló como si ya no hubiera más que decir—. ¿Quién es esa amiga suya?

—Se llama Ana —dijo la joven—. Su marido era profesor de Arte, pero ya se ha jubilado, y cuando lo conocí estaba ayudando a un colega suyo —un velo de tristeza cerró los balcones de sus ojos al recordar a Julio Iraola— en un trabajo sobre magia en la Edad Media. Vive en una casona solariega frente a la posada rural donde yo me hospedé, la Posada Camesa.

Sol y Gabriel se miraron con complicidad. No podía ser una broma ni una casualidad. En Santillana del Mar estaban ocultas las Palabras de Yahvé y alguien sabía mucho sobre aquel talismán y se mostraba celoso de lo que sabía, hasta el punto de poder matar para evitar que esa historia se divulgase. Y en el colmo de las coincidencias, resultaba que aquella desconocida incluso se había hospedado en la misma posada donde tan bien los albergó el singular señor Barreda.

—¿Conocerá usted al señor Barreda? —preguntó Sol a la joven rubia.

—Claro que sí —se le iluminó la cara a Nicole—, y también a Rosita, su hija. ¿Los conocieron ustedes?

—Sí, de hecho nos hospedamos en su casa una noche. Un encanto de hombre —añadió Sol.

—¿Le puedo preguntar cómo pudo usted saber todas esas cosas que cuenta en la novela? —preguntó la joven francesa.

El escritor le refirió brevemente el hallazgo casual de un manuscrito hebreo y que Sol, a la que señaló con los ojos, había traducido. Allí se mencionaba a esos personajes y también el talismán de Raziél, así como la existencia de dos Palabras mágicas que lo activaban o algo parecido y que, según se decía en el documento, un antiguo templario había grabado en dos capiteles de la Colegiata de Santillana del Mar. El resto fue invención suya. Pura literatura.

—Y le puedo asegurar que lo de la Colegiata es cierto, porque nosotros mismos descubrimos las Palabras en el claustro —apostilló Sol.

—No, si a mí no hace falta que me convenzan —repuso Nicole—. Sé que la historia del talismán es real —y abrió el bolso y sacó una piedra del azul más perfecto

que ninguno de ellos había visto nunca.

En ese instante, el hechizo se quebró como si un charco helado fuera pisado bruscamente: sonó el teléfono móvil de Nicole, a quien la llamada sorprendió más que a nadie.

—¿Sí? ¿Quién es? —preguntó tímidamente.

Nicole escuchó durante un par de minutos atentamente lo que le decía a través del teléfono una voz masculina. Después, sin color en la cara, se dejó caer sobre la silla que había en la habitación.

—¿Qué sucede? —Quiso saber Sol.

La joven francesa guardó silencio durante unos instantes preguntándose si debía involucrar más aún a aquellas personas en una historia que a punto había estado de costarles la vida. Si por escribir una simple novela alguien estaba dispuesto a matar, qué no haría con aquella que resultaba ser la dueña del talismán.

—¿Malas noticias? —Vicente la miró con un gesto extraño.

Nicole tomó una decisión. Gabriel y sus amigos estaban involucrados, como ella misma, sin querer en todo aquel asunto, de modo que lo mejor que les podía pasar era saber al menos todos los detalles de la partida en la que eran piezas en manos de jugadores desconocidos.

—Era Rodrigo, el marido de mi amiga de Santillana del Mar —dijo al fin—. Me pide que le devuelva el talismán, que su mujer puede morir si no lo hago. Dice que nos vigilan y que debo ir con cuidado si quiero poder salvar a mi amiga.

—¿Qué va usted a hacer? —Gabriel se incorporó sobre la cama sintiendo el familiar cosquilleo de la inminente aventura.

—No lo sé —reconoció Nicole—. Ana me pidió que devolviera el talismán a la sinagoga de Santa María la Blanca, pero ahora parece que está en peligro y si hago lo que me pidió tal vez muera.

—¿Por qué no llama usted a su amiga a ver qué tiene que decir ella? —propuso Vicente.

—Su marido me ha pedido encarecidamente que no lo haga si no quiero que su vida corra aún más peligro. Quiere que vaya a Santillana en un par de días a más tardar y que lo llame cuando esté cerca. Procurará que nos encontremos en un lugar discreto.

De pronto, una idea imprudente, de esas que a la larga suelen salir bien y que solo tipos como Zarza pueden llegar a incubar y parir, se abrió paso en la imaginación del escritor. ¡Santa María la Blanca! ¡Una piedra azul! ¡Un talismán que resucita muertos! ¡Un viejo profesor de arte! ¡Un señor acaudalado por lo que daba a entender Nicole! ¡El colgante de una difunta madre! ¡Un resucitado que apareció en Frómista, al norte de Palencia! ¿Camino de Santillana del Mar? ¡Fructuoso Perales!

—Vicente, escúchame atentamente, por favor —dijo al final—. Quiero que vayas ahora mismo a Toledo y, en cuanto llegues, vas a la sinagoga de Santa María la Blanca, ya sabes, en la judería. Allí verás a un tipo que vende postales y libros

baratos en un puesto ambulante. Se llama Fructuoso Perales. Le dices que vas de mi parte y me lo traes aquí.

—¿Y si no me cree? —dijo Vicente.

—Pues le dices que aún estoy esperando el convite con la Mari Pili.

—¿Qué le diga qué? —Se sorprendió Vicente.

—Tú dile eso, que lo entenderá.

III

En algún lugar de Navarra.
Año 1319 de los cristianos

A FORTUNADAMENTE para la Iglesia y para Nuestro Señor Jesucristo, todo se había aclarado definitivamente y la justicia del Señor había caído sobre aquellos herejes como espada de fuego, como puño de hierro.

Quien así hilvanaba sin dificultad metáforas apocalípticas no era otro que fray Simón de Montforte, una joven promesa dominica que había preferido hacer un juego de palabras más o menos ingenioso con su nombre cuando ingresó en la orden que, de eso no le cabía la menor duda, lo iba a conducir decididamente al cielo. Y de paso él, con dedos firmes como garras, enviaría al infierno a cuantos atentaran contra la voluntad de la Iglesia, que era la suya misma.

Sobre el juego de palabras con su nombre algo habrá que decir.

En realidad, este homínido del que se hablará en las próximas páginas fue bautizado por los humildes e iletrados autores de sus días como Sixto en un pueblo de espesa niebla del norte de Castilla al que llamaban Monte Fuerte. El niño, como todos nosotros durante un tiempo, no tuvo posición propia sobre su nombre, pero cuando Dios llamó a su puerta —o eso pensaron sus padres por él, pues con los mocos colgando y el estómago famélico lo pusieron a la puerta de un convento de dominicos—, las ideas se fueron multiplicando en su cabeza a la par que su corazón adquiría musculatura espiritual a base de tazones de oración y hogazas de confesiones. Y mira tú por dónde resultó que hizo carrera y un día le dio por leer lo que se decía que un gran hombre de Dios había hecho en la ciudad de Béziers, un sitio muy lejano que estaba en Francia. Aquel hombre, que se llamó Simón de Montforte, había acabado él solito con los peligrosos y sanguinarios herejes cátaros de aquella ciudad. Y tan grande había sido su devoción, que no dudó ni un solo instante en pasarse por la piedra a todo el mundo, porque los herejes adoptan a veces el equívoco disfraz de mujer, niño lactante o anciano para dar pena al verdadero hombre de Dios sabiendo lo bueno que este es.

Pero no, Simón de Montforte no tembló y con la misericordia envió al otro barrio a cientos de aquellos diabólicos seres, sin pararse a pensar si había o no orégano en el monte. ¡Matadlos a todos, que Dios sabrá quiénes son los suyos!, dicen que dijo.

Y a la luz de aquella biografía, el chaval que entonces era decidió que le iba mucho mejor el nombre de Simón que el de Sixto, y aprovechando la bendita —no podía ser de otro modo— casualidad del nombre de su pueblo, mudó de identidad y abrazó ante los ojos de Dios y sus hermanos en la orden el nombre con el que aquí ha sido presentado: Simón de Montforte.

Pero hizo todavía más: hizo su norte y su guía en este valle de lágrimas la juiciosa filosofía de Simón de Montforte: *¡Matadlos a todos, que Dios reconocerá a los suyos!*

Hemos encontrado a este espejo de virtud en mitad de sus pensamientos a propósito de los herejes porque hemos tenido la fortuna de dar con él en el mismo momento en que sus superiores inmediatos le entregaron una monumental colección de papelotes que habían pertenecido a los malnacidos templarios, los herejes a los que obsequiaba sus metáforas, que habían ostentando el muy santo lugar de Nuestra Señora de Eunat en otros siniestros, aunque próximos, tiempos.

Sí, a Simón de Montforte no le cabía la menor duda de que aquella oscura gente, por más que vistieran hábito blanco y durante siglo y pico burlaran a la Iglesia haciéndola creer que luchaban por ella en Tierra Santa, eran unos desviados de la peor especie. Y cinco años atrás, cuando Simón contaba con veinte vigorosos y católicos años, Jacques de Molay, el último Gran Maestre de aquellos idólatras, había sido quemado en la hoguera en mitad de París, para que todo el mundo supiera a qué atenerse con ellos. Y luego se envió órdenes por parte del Papa a los demás monarcas de la cristiandad. Aquella gente, decía el Santo Padre, escupía sobre la cruz de Jesús, adoraba a ídolos barbudos, se daban besos en el culo y en la boca y entre ellos retozaban carnalmente en ceremonias que, no será preciso explicar más, eran demoníacas.

Los reyes, y en Castilla buenos ejemplos había, no fueron tan firmes con esos pecadores como se debía, pero al final la Orden del Temple había quedado disuelta. Y aunque muchos de sus miembros se habían diluido como la noche al amanecer sin que nada se supiera dónde fue que se ocultaron, otros habían sido prendidos.

Las posesiones templarias se repartieron entre órdenes integradas por verdaderos caballeros de Cristo, pero quedaba aún mucho trabajo por hacer, como por ejemplo el que a él, a Simón, le habían asignado por ser como era hombre escrupuloso en su trabajo y de mente afilada además de amueblada con los mejores tomos y bulas que la cristiandad recuerde. Y ahí estaba él, leyendo la montaña de pergaminos encontrados en las loberas templarias.

Más de cuatro horas llevaba encorvado sobre los textos el buen cristiano que aquí se nombra cuando, con los ojos enrojecidos, sus pupilas de águila dieron con un escrito verdaderamente singular. Lo leyó una, dos, tres y cuatro veces, y cuanto más lo leía, más sustancia le sacaba al asunto. Era un viejo texto medio roído por el tiempo que alguien había escrito en hebreo. Junto a él se había archivado la traducción que alguien llamado fray Grisón, un templario, sin duda, había realizado. Y aunque a Simón no le hacía falta que ningún hereje le tradujese el idioma de los asesinos de Jesús, puesto que se había dado maña en aprender en estos años latín, griego, árabe, hebreo y algún otro vocabulario más que aquí no viene al caso, la traducción sí tuvo la virtud de añadir los datos que el tiempo había borrado del escrito original.

El documento hebreo era, como saltaba a la vista entrenada del dominico, lo que los sacerdotes judíos llaman *responsa*. Era la respuesta que un rabino de una ciudad llamada Eliossana enviaba a un sujeto de Tudela a propósito de un talismán. En cuanto a la traducción del tal Grisón, se había realizado mucho tiempo después en la encomienda de los caballeros de Murugarren. Y al cabo de un rato, una obsesión se adueñó del fraile: aunque le costase la vida, descubriría si era cierta esa historia de la que allí se hablaba sobre el talismán prodigioso de un ángel llamado Raziel.

Y siguió leyendo sin desmayo, buscando entre los escritos muertos una brizna de vida para aquella singular historia, y así le tropezó el anochecer y en la misma posición dio con él el amanecer. Para entonces, cuando el Sol brilló mustiamente sobre las tierras navarras, Simón de Montforte tenía más datos, puesto que en su desesperada operación arqueológica en aquellos estratos de papeles se dio de bruces con un documento de la orden mucho más próximo en el tiempo en el que se hablaba de la deshonor de un freire llamado don Enrique —no se citaba el apellido—, al que se había encargado la misión de prender a un ladrón judío, un tal Daud, vecino de El Burgo de Osma, que se había hecho con el talismán de marras tras robarlo en un escondite en el que al parecer los templarios lo ocultaban en Eunate.

Exultante, el dominico se dio por fin un respiro. Ya tenía dónde buscar. Ese pueblo no estaba demasiado lejos, y si todo había ocurrido durante el reinado de Alfonso X, como decía el documento, era muy posible que aún hubiera parientes de ese judío, al que al parecer el rey amparó y no pudo ser prendido por el Temple.

Simón se arrodilló y rezó. Pidió a su Dios, ese que es propio de los más fieles católicos, que vive en el cielo y tiene derecho de admisión para sus propias criaturas, que le diera fuerzas. *Con aquel talismán, pensó, cuántas cosas buenas se podrían hacer.* Y lo que era más importante, cuántas cosas impediría que los infieles hicieran, si es que aún lo poseían.

IV

Madrid.

Año 2003 de los cristianos. Mes de octubre

RODOLFO Benetti Heredia no había errado un disparo a esa distancia jamás. Era un profesional, y por eso se suponía que le habían contratado. Su padre, Enzo Benetti, había emigrado a Argentina dejando atrás una tierra yerma, reseca, en la suela de la bota que dibuja risueña la Península Itálica sobre el lienzo azul del Mediterráneo. Atrás dejaba el olor a aceite y el perfume acre que a veces llegaba desde el mar.

Una mañana cualquiera que nadie más que él recordaría, pagó el billete de autobús hasta Roma, y allí empleó el resto del relleno de su menguada cartilla de ahorro para abonar el importe de un billete a Buenos Aires, donde un lejano pariente le había prometido un trabajo en el que la plata no iba a ser problema. Pero luego resultó que los sueños están siempre más lejos incluso de la distancia que separa un pueblo de Italia, dormido para no sentir el hambre de sus hijos, de Buenos Aires. A los sueños no se viaja en avión.

Las peripecias que Enzo Benetti ejecutó sobre el frágil alambre que separa lo que es legal de lo que no lo es a ojo de buen cubero fueron muchas, y ellas solas merecerían más páginas de las que su hijo, el único que tuvo con Rosario Heredia y al que llamaron Rodolfo por ser bien parecido y darse aires de Valentino en cuanto medró, pudiera escribir jamás.

Y es que a Rodolfo no le dio tiempo a adquirir muchas ciencias ni filosofías, pues en casa de un pistolero a sueldo, que fue el ministerio en el que Enzo terminó por ser todo un maestro artesano, el dinero nunca era seguro, aunque a veces llegase a puñados, según a quién le estaba destinada la bala y según quién orientaba el cañón con su billetera.

Enzo fue instructor primero y admirador después de la puntería de su retoño, cuyo tino le hizo prosperar por la maroma del hampa más rápido y con más aplomo que lo habría podido hacer su padre jamás. Y es que Enzo era pistolero con corazón, lastre demasiado oneroso para el oficio, pero Rodolfo no padecía esas fiebres. En Rodolfo aquella víscera incómoda para las cosas técnicas, y si uno se para a pensar un disparo es cuestión de física y cálculo, no parecía latir. Y sus ojos grises, que los sacó iguales a los de su madre, eran tan fríos como el cañón del revólver.

Rosario Heredia mucho protestó y se persignó al ver cómo se iba escribiendo el currículo de su hijo, que ya juntaba sus buenos veinte cadáveres al poco de cumplir los diecinueve años. Pero sus lamentaciones nada podían hacer con el mucho dinero que cada fiambre reportaba al muchacho, lo que su escasa sustancia académica

traducía como autos caros y sonrisas de carmín siempre dispuestas a abrirse para él.

Y la fama de Rodolfo corrió bien aprisa por Argentina y le pasó como a esos futbolistas de River o de Boca, que terminan por cruzar el charco a lomos de un contrato succulento. Y en Italia, allá por el sur, se sabía algo de aquel muchacho templado, elegante y sobrio en el matar. Era capaz, según se decía en los cónclaves donde esas informaciones se remueven, de acertar el más imposible de los objetivos. Y lo ficharon y comenzó su carrera artística, porque lo suyo era arte con aquellos trajes a medida, las corbatas a juego y todo lo demás.

De modo que con esos antecedentes, ¿cómo fue posible que con un arma de extraordinaria precisión no fuera capaz de matar a Gabriel Zarza, pichón indefenso que aleteaba distraído por la acera a menos de diez metros?

Eso mismo fue lo que se preguntó el *obispo*, el hombre que lo había contratado y le dijo que tenía que ir a casa de Leovigildo Velloso una tarde que luego bien claro se vio que iba a ser de infausto recuerdo para todos los que estaban en la salsa de este guiso. Y es que la respuesta a esa pregunta —¿cómo fue que erró en lo suyo Rodolfo Benetti Heredia?— solo la tiene Leovigildo Velloso, tal y como se sacará en conclusión sin necesidad de cerillas para verlo claro en cuanto pongamos el punto y final al relato de los momentos previos a los disparos.

Leovigildo Velloso había entrado en este comercio que aquí se viene describiendo, en el cual iba a comisión Rodolfo y el *obispo* era quien apoquinaba, no por dinero, que eso nunca fue lo primero para los Velloso, a quienes más les tiraba la honra y la tierra que cuatro perras gordas. Leovigildo andaba metido hasta las cachas en el asunto del talismán porque se lo había pedido el señor *obispo*, con quien su familia tenía una relación de vasallaje casi feudal, y porque pensó que ocasión habría en el fragor de la aventura de vengar lo de los genitales de su hermano, que ya quedó explicado que un lobo se los extirpó sin anestesia.

Por tanto, aquello de Madrid y de dar pasaporte a un periodista a él no le iba ni le venía mucho. Y cuando el argentino le dijo que se pusiera al volante, pues se puso, pero lo hizo succionando un grueso habano con el mismo afán que liba una abeja y sin perder ocasión de echarle el ojo, que a falta de pan buenas son siempre las tortas, a cada moza que se dejaba ver por la noche madrileña. Y es que Velloso andaba algo hambriento con tanto viaje de un lado para otro y sin echar amarras en lo mejor de su mujer desde hacía semanas. Y lo uno y lo otro terminaron por cocinar el desastre que costaría la reputación de infalible tirador de Rodolfo Benetti Heredia.

Esto fue lo que ocurrió.

Dos manzanas llevaba ya Rodolfo tratando de meter en vereda al chófer que la mala suerte le había proporcionado. Lo aleccionaba de cómo debía manejar el auto en el momento decisivo, de lo trascendental del caso y de cómo habían de ser uno solo, un centauro artillero, para la ocasión. Y Velloso asentía. Velloso decía que sí y con un ojo miraba al pistolero y empleaba el otro que le quedaba sin uso para inventariar y catalogar del uno al diez cada trasero de señorita que por la acera se pasease. Y

llegado el momento crucial, cuando el centauro artillero más debía mostrar su coordinación de *ballet* de la muerte, acertó a pasearse a la derecha del volante de Velloso el mejor ejemplar de caza mayor que él había visto jamás. Tenía la tentación largas piernas, bien dispuestas, y buenas ancas que llevaron raudo a Velloso al umbral de sus fantasías más animadas. Mientras, a su lado, Rodolfo, el hombre sin corazón, veía la vida a través de una mirilla cruel e insensible.

El auto, grande y oscuro, rasgaba lentamente la noche de Madrid y Velloso no pudo evitar girarse a la altura de aquella Cibeles que caminaba para ver si lo que estaba delante del monumento hacía justicia a lo que por detrás le había obligado a mascar el habano y hacerlo rodar de un lado a otro de la boca. Y a fe que el anverso era tan redondo como lo había imaginado, y aún mejor.

Rodolfo estaba acariciando el gatillo de su arma, ajeno al cálido microclima del asiento del conductor. Tenía bien encuadrada la cabeza de Gabriel Zarza y en ese instante, como tantas otras veces, se sintió un dios capaz de decidir dónde se ponía el punto final a una vida. Iba a apretar el gatillo y el último capítulo de la biografía del periodista se escribiría en las notas necrológicas de las ediciones del día siguiente. Y apretó el gatillo.

En el mismo instante en que Rodolfo delató sus intenciones con sus disparos, un brusco volantazo de Velloso echó a perder la andanada de plomo.

—¡El muy hijo de puta! ¡Es un tío! ¡Me cago en sus muertos! —gritó fuera de sí Leovigildo.

Le había ocurrido a Velloso la mayor vergüenza familiar que se recordase, más allá de enterrar a su hermano capado, lo cual también era digno de mucho disimulo. Él, nada menos que él, le había echado un piropo de los mejores de su repertorio a un bellísimo travestí, que, eso sí, iba mejor dotado por la cara y por la cruz que muchas señoritas. Y si la moza, que resultó ser mozo, no hubiera abierto la boca para agradecer las flores que el castellano le dispensaba, todo hubiera quedado en nada, pero tuvo la ocurrencia de devolverle los piropos, y de aquella moza galana, de amplio sostén y mucha curva, salió una voz aguardentosa y áspera como de cabo furriel. Y tras un segundo en que Velloso se sintió sin sangre en ninguna parte, y especialmente seco de ella en alguna zona concreta, el castellano reaccionó insultando a la belleza, con lo que el habano que paladeaba se precipitó desde su boca hasta la entrepierna con el acierto que todos imaginan sin necesidad de más retrato.

Y luego fue todo cosa de física, pues el habano encendido y aplicado donde fue aplicado provocó mucha grita en Velloso y gran copia de aspavientos, lo que llevó al auto, grande y negro, a dar tumbos por un instante. Justo el instante en que Rodolfo dejó de ser el tirador infalible del que tanto se hablaba aún en Argentina.

Sancta Illana.
Año 1360 de los cristianos

EL joven Diego Velasco, aquel muchacho que sedujo a Rut tanto como provocó la inquietud en el médico Eleazar, resultó finalmente aceptado por el judío, aunque se deberá decir que en la quiebra de su voluntad intervino definitivamente su amigo, el deán Sepúlveda. Y así se reprodujo la historia de aquella familia que, por parte de la madre de Rut, era un verdadero crisol de razas y dioses.

Rut y Diego Velasco se casaron una mañana por el rito judío, aunque Samuel y Dina se negaron a asistir a la boda hasta minutos antes, en que al fin el acaudalado agricultor comprendió que la felicidad de su hermana debía estar por encima de la de Yahvé.

¿Cómo fue que aceptó el novio ese ritual si era hombre de Jesús? Eso solo se supo con el paso del tiempo.

Con el paso del tiempo, el conocimiento que Rut tenía de la ciencia de su padre se perfeccionó y no tardó en superar a su maestro. La lástima era que solo las mujeres se sintieran cómodas con sus consejos médicos y que los cristianos, incluso ahora que era esposa de uno de ellos, la miraran con desconfianza.

—No te preocupes —le solía decir Diego—, un día nos iremos a mi pueblo y allí nadie sabrá si somos judíos o no.

—Yo siempre seré judía, Diego. No tengo de qué avergonzarme. Y tampoco me avergüenzo de mis antepasados cristianos y musulmanes.

Él callaba, pero seguía manteniendo la esperanza de poder regresar a su pueblo. Lo que jamás pensó Diego es que escucharía el nombre de su aldea de labios de su suegro, aunque de forma casual, una tarde en que regresó a casa más pronto de lo acostumbrado de uno de los viajes por la comarca, puesto que se había hecho mercader de los productos que las tierras ricas de Samuel ofrecían sin parar. El mundo en aquel siglo iba mudando lentamente, pero sin pausa. El comercio, a pesar de las crisis cada vez más agudas y de las hambrunas, iba ganando peso y con él se ajaba un modelo social. Diego Velasco era uno de los prematuros sarpullidos de burguesía comercial. Pero lo que nos interesaba era su regreso a casa antes de la hora acostumbrada.

—Nunca te había contado eso, hija, pero la tradición de la familia de tu madre me obliga a ello —decía en ese momento Eleazar—. Y por eso, cuando supe que Diego había nacido justamente en ese pueblo llamado Sancta Illana, me asaltaron mil fantasmas. Espero que él me perdone, porque es un buen hombre, pero deberás

reconocer que es una gran coincidencia que las Palabras del talismán estén grabadas justo en esa aldea.

Rut asintió. Su padre tenía razón, pero no era sino una casualidad.

—¿Y Samuel? ¿Sabe Samuel esa historia del talismán? —Rut sentía un cariño especial por su rudo y noble hermano y no quería que se sintiera desplazado por no conocer una historia de la que ella ahora era partícipe y que, después de todo, por lo que se veía era patrimonio familiar.

—Sabe más o menos lo mismo que tú, Rut, solo que no puso demasiado interés cuando se lo conté —reconoció Eleazar—. Ya sabes que tu hermano no es muy diestro en palabras ni en papeles.

—Eso es verdad, pero aquí no se trata de la historia de gentes desconocidas, sino de nuestra familia —replicó la muchacha.

—No, si no te digo que no le afectara conocer todo este misterio, no, lo que pasa es que una vez que lo supo no tuvo disposición alguna para buscar esas Palabras poderosas, ni siquiera para ahondar más en todo ello. ¿Sabes lo que me dijo? Que lo mejor para Dina y los niños era que él supiera lo menos posible sobre todo aquello. El no ve mucho más lejos de su familia y de sus tierras, ya lo sabes tú.

—¿Cuándo se lo dijiste?

—Fue hace tiempo, pero no te enfades porque antes me confiara a él. En realidad, fue una casualidad. Un día me acompañó a la catedral porque me había dado un fuerte ataque de artrosis y mi pierna había empeorado. Ese día llevaba yo un escrito para que mi amigo Sepúlveda, el clérigo cristiano, lo custodiara entre los papeles de la catedral. En ese documento redacté cuanto sabía del talismán, e incluso hice un dibujo de cómo es y de la imagen que, según la leyenda, grabó Dios con sus propias manos sobre su superficie dura y azul. Pensé que si algún día, en fin, nos pasara algo, al menos la historia de una obra de Yahvé no debiera perderse.

—Pero, padre, lo entregaste a los cristianos —le reprochó Rut.

—No, lo entregué a Dios —corrigió Eleazar—. En ninguna parte de estas tierras estará más seguro que en esa catedral.

Rut tuvo que reconocer que tal vez su padre estaba en lo cierto, aunque no compartía con él esa inquietud sobre el futuro de su pueblo. Que había crisis económica era cierto, que había hambrunas ocasionales también, pero de ahí a pensar que serían perseguidos por tener una mejor situación económica era un tramo de imaginación demasiado grande que ella no quería atravesar, al menos por ahora.

Diego, carraspeó para hacerse notar antes de entrar en la habitación. Había oído algo, no mucho, pero sí dos cosas que revivieron en él recuerdos encontrados. Por un lado, el nombre de su aldea; por otro, la alusión a un talismán y a unas Palabras de poder. Y decidió que aquella noche confesaría su gran secreto a Rut.

Ya en el lecho, después del amor, Diego Velasco contó a Rut lo que había podido oír de su conversación con Eleazar. Ella trató de reprenderlo por espiarla, pero Diego dejó claro que todo fue por accidente, una chiripa increíble que engordaba hasta

límites insospechados, puesto que resultaba que él había oído hablar antes de esa historia del talismán.

—¿Qué tú has oído qué? —Rut se levantó de la cama, aún desnuda y sudorosa tras los abrazos.

—Sí, pero la verdad es que no sé mucho de ello, solo algo que leí una vez.

Diego levantó las palmas de la mano en señal de calma y prosiguió:

—Rut, hay algo que no sabes de mí. No es cierto que siempre haya sido comerciante, aunque he descubierto que no se me da mal. Antes fui otra cosa.

—Maldita sea, Diego, dime qué diablos has sido tú —la vela temblaba en las manos de Rut lo mismo que sus pechos temiendo convivir con un asesino o algo parecido.

—Fui caballero templario —las palabras salieron de pronto de los labios de Diego Velasco—. La verdad es que no pertenecí a la orden más que un año, porque pronto se desencadenó todo eso de Francia y luego las persecuciones a los freires y todo lo demás y muchos de mis hermanos se ocultaron en otras órdenes, pero yo había descubierto que no estaba hecho para todo aquello, aunque debo confesar que me dejó huella, que me hizo más sabio y tolerante y...

¡Un templario! ¡Un puñetero templario! —estalló Rut—. ¡Estoy casada con un templario! ¿Y qué más cosas no sé de ti, Diego? ¿A lo mejor resulta que tus padres sí viven y no murieron siendo tú niño, como me has contado? ¿A lo mejor no te crio tu tío, sino el Papa? ¿Qué más no sé de ti?

Nada, lo sabes todo... menos eso.

Aquello tenía gracia. Era la maldición de su familia. Al parecer, cada cierto tiempo, una hembra de aquel linaje de médicos y eruditos judíos tenía que acabar en el catre con un extemplario. Y lo peor, maldita sea, era que quería a Diego, que era un hombre fantástico y una delicia en la cama, y Rut se volvió a acostar junto a su marido y deseó de nuevo su calor.

—¿Y el talismán? ¿Dónde oíste hablar de él? —preguntó la muchacha.

—No, no oí hablar de él. En realidad leí algo una vez en un papel de la orden. Era un texto viejo en el que se hablaba de que un caballero llamado don Enrique había caído en deshonra después de que no pudo atrapar a un ladrón, un tal Daud, que había robado esa joya.

—¡Daud! ¿Daud un ladrón? ¡Hijos de puta! —exclamó la joven—. Daud era mi abuelo, Diego, y no había robado nada a esos templarios, sino que fueron ellos los que mucho tiempo atrás se habían quedado con el talismán.

Diego Velasco había estado poco en el Temple, pero sí lo suficiente para explicar el porqué le había dado igual casarse por el rito judío. La Iglesia, para él, era cosa enterrada después de las mentiras que había hecho circular sobre la orden. Desde que conoció a Rut, ella era su diosa, y así se lo dijo aquella noche de confianzas que terminó de nuevo en sudores.

Por la mañana, Rut sorprendió a Diego con esta propuesta.

—Sé que quieres volver a ver tu pueblo, y te pido paciencia. Te prometo que cuando mi padre nos abandone iremos a vivir allí, si tú lo deseas. Yo puedo ganarme la vida con la medicina y tú con el comercio. Digo yo que allí también se podrán comprar y vender cosas, ¿no? —Rio—. Además, quiero hacer lo que mi madre no hizo: voy a encontrar esas Palabras de Yahvé.

Diego la atrajo entre sus brazos y la besó con ternura. Lejos estaban los dos de imaginar que la promesa más parecía una profecía, puesto que una semana después el corazón de Eleazar se paró para siempre. Al otro lado de la muerte, estaba seguro en su último suspiro, lo esperaba Aixa.

Y fue así como a comienzos de 1320 la singular familia que ambos formaban, y que pocos meses después aumentó con la llegada al mundo de su primogénito Joás, llegó a Sancta Illana. De eso hacía ya cuarenta años.

VI

Roma.
Año 2003 de los cristianos. Mes de octubre

Los ocho hombres se miraron con gesto severo y preocupado. El tiempo, les parecía a ellos, se agotaba y el plan, que había parecido tan sencillo, se estaba enturbiando cada vez más.

Por supuesto, ninguno confesaría jamás a quién estaba representando en aquel cónclave en una mansión de gusto barroco, abrigada del frío mundo de los mortales por una inmensa extensión de prados y jardines del gusto de los príncipes.

¿*De quién era la mansión?* Digamos que la Iglesia siempre ha tenido familias de confianza, como se suponía que el cardenal Ruiz de Lozoya tenía en España. Gente capaz de todo por servir a Dios. O al menos a ese Dios que gusta vestirse con hábito de cardenal y tener apetencias políticas las más de las veces. Y aquella familia, dueña del palacio donde los ocho hombres mostraban su severo gesto, era ciertamente de toda confianza para uno de los cuatro hombres fuertes del Vaticano. Todos los presentes se habían interrogado alguna vez sobre su identidad. ¿*Sería el secretario de Estado o tal vez el sustituto de la Secretaría de Estado, el jefe de la llamada Primera Sección?* Otros pensaban que no, que debía ser el alguien de la Segunda Sección, tal vez el mismísimo secretario para las Relaciones con los Estados.

El caso es que nadie sabía a quién servía la familia que prestaba aquellas ilustres habitaciones y nadie sabía tampoco a quién representaba exactamente el resto de aquella oscura camarilla, pues además de ser ciertamente tenebrosa aquella comunión todos sus miembros vestían de negro. Cada cual tenía un encargo y una voz que transmitir. Y todos se miraban entre sí recelosamente por no saber si el vecino era el hombre del secretario de Estado, de algún prefecto de las Congregaciones Vaticanas o de un presidente pontificio.

Solo el cardenal Ruiz de Lozoya y su fiel Damiano Corradi mostraban sus cartas. La identidad de los hombres poderosos del Estado Vaticano de quienes los otros hombres eran representantes permanecía en la penumbra. Y es que no hay nada más sombrío que el Estado Vaticano, un mundo en el que, burlonamente, los colores oficiales son el blanco y el amarillo. Luz hacia el mundo, pero tinieblas en los pasillos de la fábrica de San Pedro.

—Si usted no resuelve pronto ese asunto de Madrid, mi representado abandona la partida —dijo un hombre de complexión fuerte, pulcramente afeitado, de escaso pelo cano y voz entrenada.

—Estamos muy cerca de resolverlo —repuso el cardenal Ruiz de Lozoya.

—Más le vale que así sea —intervino un hombre enjuto y que mostraba en la

rigidez de su postura al sentarse la severidad con la que había paseado por una vida que debía andar por los cincuenta años de duración—. No podremos mantener esta farsa mucho más tiempo. ¿Cuánto puede durar un Papa que apenas ve, que firma lo que se le da sin saber de qué se trata, y eso que cada vez le ponen delante textos con letras más grandes? Ya saben que a veces ni siquiera conoce a los que están junto a él, y que cada vez son más médicos y enfermeras su compañía. Parece que el Policlínico Gemelli se ha trasladado por completo a las habitaciones del Santo Padre.

—Eso es cierto —confirmó otro de los hombres, más joven que el resto, de pelo cortado a cepillo y que lucía un lujoso reloj de oro—. Y el Parkinson avanza cada vez más y no será de extrañar que la cabeza deje de regir. Un Papa no puede celebrar misa siempre con una UVI móvil oculta tras la Puerta de la Oración.

—Les aseguro que estamos a punto de solucionar lo de España —el cardenal trató de ganarse la confianza de aquellos hombres, compromisarios de otros cuya voluntad necesitaba para sus planes.

—Eso lo hemos oído varias veces en las últimas semanas —dijo el hombre enjuto y recto—, pero lo cierto es que incluso ese pistolero, el hombre de puntería infalible, ha sido incapaz de quitarse de en medio al periodista. Y si usted no puede conseguir que un hombre muera para salvar al mundo, cómo quiere que el hombre a quien represento vea en usted al salvador de ese mundo.

—La muchacha está vigilada y sabemos que tiene el talismán —se defendió el cardenal—. Cuando salga del hospital nos haremos con él.

—¿Está seguro de que tiene la piedra? —preguntó otro de los conjurados, un sujeto grueso al que el traje oscuro le oprimía incómodamente y las mantecas de las que tenía buena provisión pugnaban por descoser la chaqueta buscando la libertad.

—Sabemos que la tiene —intervino Corradi—. El profesor nos lo ha dicho. Su mujer recibió una carta de la muchacha francesa.

—Señor cardenal, mi representado le pide un mayor esfuerzo para creer en usted —dijo el joven de cabello cortado en cepillo—. Necesitamos resultados inmediatos y sin más errores.

Los otros siete hombres de negro se mostraron de acuerdo. El tiempo se agotaba. No se podría seguir ocultando por más tiempo que el Papa necesitaba ayuda para levantarse y acostarse y que se movía por sus habitaciones en una sofisticada silla de ruedas a la que llamaban *il piccolo papamobile*.

—Si la profecía ha de cumplirse —dijo el hombre grueso mientras se secaba el sudor con un pañuelo de seda— tal y como usted pretende, no puede haber más fallos.

Todos se levantaron de sus asientos y el cardenal no hizo nada para detenerlos. Sabía que había llegado el momento decisivo, cuando no sirven las promesas ni las teorías, sino los hechos.

VII

Castilla. Año 1360 de los cristianos

—¿**Y** BIEN? ¿Qué noticias me traéis? —Bajo las arrugas profundas del rostro que había acumulado durante sus sesenta y seis años de vida, los ojos del dominico Simón de Montforte seguían siendo tan ardientes como cuarenta años atrás, cuando se enteró de aquella historia del talismán de Raziel depurando lo santo de lo herético en la herencia escrita del Temple.

—Nada, señor, nada nuevo —respondió con temor el soldado.

—¿Nada nuevo? ¿Nada nuevo? —El monje dominico contuvo su cólera—. Esa es la misma respuesta que escucho desde hace cuarenta años.

El dominico cayó en un estado hipnótico. Parecía ajeno a todo lo que lo rodeaba y el soldado aprovechó para salir con disimulo de la celda extremadamente austera en la que vivía aquel hombre que contaba con todo el aval del poderoso conde de Trastámara, don Enrique.

¿Le importaba la política a Simón de Montforte? Antes de que alguien se lance por ese tobogán para explicar qué es lo que hace en las filas del hijo bastardo de quien otrora fuera rey de Castilla, Alfonso XI, deberemos decir que no. O al menos, no exactamente. Y es que al dominico la única política que le interesaba era la de Dios, pues para ganar el cielo que él tanto predicaba en los púlpitos a los acobardados campesinos y a los lujuriosos nobles no había que mudar de ideas ni de camisa —en su caso de hábito, y en esto casi podemos decir que literalmente las mudas no fueron ni muchas ni frecuentes—, que Dios todo lo ve, que Dios todo lo sabe.

Cuarenta años anduvo Simón, con la bendición de su orden y de la Iglesia, buscando lo que los templarios anhelaron y que unos judíos hurtaron. Y con esos ingredientes su demanda encontró, razonablemente, el apoyo de dominicos y papado, pues todo lo que oliera a templarios era peligroso. Y si además había deicidas judíos de por medio, razón de más para no dar respiro a la rebusca.

¿Con qué medios contaré para esta obra de Dios?, había preguntado cuarenta años atrás Simón a sus superiores. Con lo que haga falta, padre, con lo que haga falta, le respondieron. Y aún más: cualquier cosa que se haga, se hará en nombre de Dios.

En 1320, al poco de iniciar la búsqueda de su particular grial, Simón, en compañía de cuatro secuaces armados y pagados por los dominicos, benditos custodios de la moral cristiana, llegaron a El Burgo de Osma. Allí era, según había averiguado nuestro fraile, donde tenían su cubil los peligrosos judíos que años antes robaron el talismán a los herejes templarios. Y al ver el pueblo, allá tras las mieses doradas, el dominico se santiguó y pidió a su Dios fuerzas para hacer lo que hubiera

que hacer.

Los cuatro hombres armados supieron sonsacar hábilmente la información necesaria. ¿La familia de un tal Daud? Los jóvenes no recordaban, pero hubo viejos que sí. ¿No fue aquel judío que dicen que entró al servicio del rey Sabio? Sí, sí, ese fue. ¡Ah!, le informaron, pues parientes suyos son Samuel y su familia. ¿Samuel?, preguntó el dominico, ¿quién es Samuel?

En tiempos de hambres, el tal Samuel se había hecho rico, según descubrió el fraile, y aquello debía ser cosa del diablo, pues no hay judío que gane su pan sin usura ni intrigas. ¿Un judío agricultor? Aquello era trampa, y él lo desenmascararía.

Poco después del ángelus llegó Simón al enorme campo de trigo en medio del cual jugaban dos de los cuatro niños con que contaba el matrimonio formado por Dina y Samuel, que en esos momentos hablaba con dos de sus jornaleros un poco más lejos. Para su desgracia, no advirtió la llegada de los cinco jinetes hasta que uno de los niños gritó.

—¡Padre! ¡Padre! —Era Rubén, que estaba subido a lomos de uno de aquellos gigantescos caballos y pataleaba demostrando que no estaba de jinete por voluntad propia.

—¿Eres Samuel, el hijo de Eleazar y nieto del ladrón Daud? —Escupió más que preguntó Simón.

—¿Quién sois vos? —El campesino se abalanzó hacia los jinetes que tenían apresados a Rubén y también, luego se dio cuenta, a la pequeña Paloma.

Otro de aquellos negros caballos se interpuso entre Samuel y sus niños.

—¿Eres Samuel, sí o no? —La voz de Simón se impacientaba, y es que a Dios no le gusta que se le toree.

Sí, era Samuel, qué pasaba, admitió el judío. Y añadió que eso de que su abuelo era un ladrón debería retirarlo de inmediato, advirtió al fraile, que a él lo mismo le daban sotanas que cotas de malla. Para Samuel, bien claro y alto lo dijo, lo importante era su familia.

—Pues si tu familia te importa de veras, seguro que tienes buena memoria y me dices dónde puso tu abuelo el talismán que robó al Temple —¿había santidad o malicia en los ojos de Simón?

—¿Qué talismán ni qué ocho cuartos? —dijo Samuel—. Nada sé yo de esa historia —mintió, pues en su mente se abrió paso de pronto lo que un día, camino de la catedral, le dijo su padre sobre no sabía ya bien qué piedra ni qué ángel.

—Yo, en cambio, creo que vas a decirme muchas cosas, ¿verdad, Samuel? —Y Simón, que estaba dispuesto a lo que hiciera falta por Dios, dio una orden a uno de los soldados, y Paloma, la pequeña de los cuatro hijos de Samuel y Dina, cayó del caballo con el cuello ensangrentado—. A que sí recuerdas cosas ahora, maldito judío —lo retó el dominico.

Samuel perdió entonces el control y todo se precipitó. Saltó con la falta de pericia de quien no está acostumbrado al combate, pero sí con la fuerza que Yahvé dio a sus

brazos y piernas y acertó a derribar al monje.

—¡Santo Dios! ¡Que me mata, que me mata como a Nuestro Señor Jesucristo! — exclamó el fraile.

Samuel tuvo tiempo de ajustar un preciso puñetazo en la tez sonrosada de Simón y también de hacerse con una piedra con la que había labrado el proyecto de romper la cabeza del tonsurado. Regaría con su sangre sus campos y vengaría así la muerte de su querida niña. Pero ese proyecto, que a unos parecería excelente, y a otros tal vez deplorable, no pudo llevarse a cabo por un pelo.

Ocurrió que el Dios de Simón, sabiendo tal vez que los judíos habían ejecutado ya a Nuestro Señor Jesucristo y que con la muerte de su Hijo había sangre inocente suficiente en el mundo, se materializó en forma de daga profesionalmente lanzada por otro de los cuatro jinetes y se incrustó fatalmente en el corpachón de Samuel, que murió instantes después, los que precisó para ver cómo la mano de Dios mandaba degollar también a su hijo Rubén y luego prendía fuego a aquellos campos malditos, hechizados, no había duda, con cuyas espigas negociaba usureramente el judío.

Simón lamentó la muerte de Samuel. Después de todo, si no era él, nadie sabría decirle ahora dónde demonios estaba el talismán. Pero después, una chispa divina se encendió en su inteligencia. Si aquel hombre estaba casado, tal vez su esposa supiera algo.

Al día siguiente los cinco jinetes marcharon del pueblo. Simón estaba decepcionado. Aquella tal Dina nada sabía de la joya misteriosa, o al menos eso le pareció a él y a los cuatro soldados que la custodiaron durante una noche en la que se la oyó llorar y gritar —¿o sería gritos de placer al estar con cuatro hombres a la vez una noche completa?—. No tenía Simón experiencia en la ciencia uterina como para saber si aquella ramera gritaba o gemía.

¿Qué hacemos con ella?, padre, le habían dicho al poco de oscurecer sus hombres. Lo que Dios necesite para arrancarle la verdad, respondió él antes de ir a rezar y pedir a Dios que sus soldados lograran arrancar a aquella alma descarriada lo que buscaban.

Al amanecer se vio que no, que aquella mujer estaba perdida irremisiblemente tal vez por ello entregó su alma al diablo. Él no la quiso ver. ¿Para qué? Los jóvenes soldados habían hecho todo lo posible por devolverla al santo camino, pero ya es sabido que hay ovejas que jamás vuelven al rebaño.

¿Qué hacemos con ellos?, dijo refiriéndose a los otros dos hijos de Samuel el hombre de pelo largo y barba cerrada que había cabalgado dos veces aquella noche sobre la potra que para él había sido Dina. Simón, recordando la sentencia que se pronunció en Béziers a propósito de que Dios reconoce siempre a los suyos, respondió que donde mejor están siempre los niños es con sus padres. Y esa mañana fue la última que vivió José, un niño de doce años. En cuanto a su hermana, dos años mayor que él, tal vez por tener el mismo nombre que su madre, se fue con ella tras ser cabalgada —por ver primera vez en su breve vida— cuatro veces por cuatro hombres

diferentes antes de ver quebrado su cuello.

Algo era algo, pensó Simón. En el pueblo le dijeron que el judío tenía otra hermana, que no hacía muchas semanas que había marchado de allí y que estaba preñada ya cuando se fue. ¿Adónde marchó? Al norte, supo. Pero nadie acertó a decirle el lugar exacto. Y desde entonces rastreaban sin desmayo hombres de Dios regiones del norte castellano buscando el paradero de un judía que se llamaba Rut.

Las esperanzas de Simón residían sobre todo en don Enrique de Trastámara. Confiaba en que si al final conseguía derrocar a su hermanastro Pedro, el actual rey, no fuera tan condescendiente con los judíos como lo era el actual monarca.

VIII

Madrid.

Año 2003 de los cristianos. Mes de octubre

LAS carnes de Vicente Campos no habían experimentado mayores emociones que las de los dos últimos días. Ni siquiera la primera torpe expedición por la piel de Sol era comparable a esto, y aunque mucho le escocía y le ponía en una apurada situación consigo mismo y con sus amores, no le quedaba más remedio que reconocerlo, pues hendiduras femeninas ya había catado Vicente antes de que Dios le diera a morder la tibia carne de Sol, pero esto era otra cosa. Era, se decía a sí mismo conduciendo su Seat Ibiza camino de Toledo, como estar en una película, solo que aquí no eras el espectador que da cuenta de una gigantesca bolsa de palomitas; aquí es a ti a quien tal vez estén viendo desde una cómoda butaca, pero hay una gran diferencia: las balas son reales y los muertos no pueden repetir la toma.

Él, que nunca se había estado delante de los focos como centro de atención más que el día en que se retrató para la orla de fin de carrera, ahora resultaba que le habían dado un papel con frases en esta película. Había salvado a Zarza y hasta se había casado con la chica, que no era otra que Sol. Y su concurso, por más que fuera que le hubiera dado la orden, era vital, de ahí que camino de Toledo desestimara el concepto de orden por uno más conveniente para un héroe: Zarza le había pedido ayuda.

Una vez en Toledo no se demoró ni siquiera para echarse algo al estómago, que lo tenía muy descuidado, pero los héroes de las películas nunca comen. ¿O quizá había visto él a James Bond rebañar un pisto manchego en alguna escena? ¿Tal vez Indiana Jones se tomaba una caña para combatir el reseco del desierto?

Era mediodía cuando llegó a la sinagoga de Santa María la Blanca. Apostado en su próspero establecimiento descubrió al hombre del que le había hablado Gabriel. Se trataba de un hombrecillo enjuto, con ojos rasgados, como si riese a menudo o le doliera permanentemente el estómago o alguna otra cosa. Fructuoso, porque no había duda de que debía ser Fructuoso, estaba más solo que Dios en su mundo, y eso es mucha soledad, pues no tener a nadie a tu altura para estar de palique un rato, como le debe pasar a Dios, es cosa ciertamente amarga.

—Fructuoso Perales, ¿supongo? —Vicente Campos llevaba toda su vida esperando un momento como aquel para colocar esa frase.

Un brillo amaneció al fondo de los ojos del vendedor, quien radiografió en un periquete al pollo que así se le presentaba: un joven fuerte, bien parecido, rizosos los cabellos, limpia la mirada... un buen hombre, aunque no muy bregado en las cosas de la vida. Y se preguntó qué podía querer un hombre como aquel de un tipo como él.

—¿Quién lo pregunta? —despejó a correr el vendedor.

—¡Oh! ¡Lo siento! Me llamo Vicente Campos, soy amigo de Gabriel Zarza; ya sabe, el periodista —respondió el farmacéutico.

—¿Zarza? ¿Zarza? Pues mire usted que no caigo —respondió Perales dejándose querer.

—Sí, hombre. Usted lo conoce.

—¿Cómo se yo que conozco a alguien de quien no me recuerdo?

—Me dijo que le dijera que aún está esperando que le convide a lo de la Mari Pili.

—Pues mire usted que ya parece que voy cayendo en la cuenta —repuso el vendedor—. ¿Y qué se ha hecho del señor escritor?

Vicente se propuso resumir al extraño sujeto en dos palabras lo que sucedía, pero luego resultó que en vez de dos tuvieron que ser cuatro y aún alguna más porque Fructuoso Perales resultó ser una ardilla, y rápidamente captó que algo extraordinario se estaba manejando en alguna parte.

—El caso es que Gabriel está en el hospital y desea verlo a usted.

—Hombre, yo por el señor Gabriel iría, pero es que estoy de trabajo hasta arriba, ya ve usted —e hizo un gesto como si tuviera que quitarse de encima a una insaciable clientela invisible—. No sé si voy a poder.

Y entonces ocurrió que Vicente, que en la cátedra de la vida andaba escaso, tuvo el acierto de recordar las películas en las que el héroe sacaba un fajo de billetes, los disponía al modo de un mazo de baraja y entregaba un par de ellos al soplón del arrabal para que escupiera la información que deseaba. Y como estaba cómodo en el papel sacó un par de billetes de cincuenta euros de la cartera y se los mostró a Perales.

—Hombre, con eso ya me compensa usted algo de la mañana que voy a perder por ir a Madrid —dijo trincando los cien euros no fuera a ser que estuvieran vivos y de allí mismo volaran—. Con otros dos iguales para cubrir el déficit de por la tarde me va a hacer usted que lo acompañe.

Cien euros más cayeron en la talega de Perales, quien comprobó su teoría de que aquel hombre era un bendito. Le había puesto a prueba a ver qué ocurría, y se vio rico de pronto por una visita que ya había decidido hacer gratis al poco de pedirselo aquel infeliz, el tal Centeno.

Un par de horas más tarde Vicente entró en la habitación del hospital en la que se hospedaba Gabriel.

—Mira a quién te traigo aquí —anunció regalándole un guiño a una cámara invisible.

—¡Joder, don Gabriel! ¡Cómo lo han dejado! —exclamó Perales entrando en la habitación y robándole el plano al heroico farmacéutico.

—No es nada, Fructuoso, no es nada. De hecho, mañana me dan el alta —sonrió Gabriel.

—Espere —los interrumpió Vicente—, que le voy a dar los cien euros que faltan —y buscó su cartera en la chaqueta, pero no la encontró—. ¿Dónde he metido yo la

cartera? Juraría que la había metido en el abrigo.

—A ver si va a ser esa que está en el suelo —señaló Perales.

—Pues tiene usted razón, Fructuoso —se sorprendió Vicente, pero aún más sorpresa le cupo al ver que no había un solo euro en su billetera—. No lo entiendo, pero si yo llevaba aquí ciento cincuenta euros.

—Vaya usted a saber qué ha hecho con ellos —dijo Perales mirando con complicidad a Zarza.

—Es usted un demonio, Fructuoso —rio Gabriel—. Y eso es lo que va a hacer falta aquí, un demonio, que ángel ya tenemos.

IX

Castilla. Año 1360 de los cristianos

YA se ha explicado que la piadosa sesera del dominico Simón molía desde hacía años la idea de dónde podía estar la familia de idólatras y deicidas que conocía el secreto del talismán templario. Sí, es verdad que le dijeron en El Burgo de Osma que Rut y su marido Diego marcharon hacia el norte, pero cómo iba creerlo a pies juntillas él, que solo creía en la voz interior con que Dios le decía lo que tenía que hacer. Por tanto, se dijo el soldado del Señor, habrá que peinar Castilla, y aun el mundo si tal menester fuera preciso, hasta dar caza a aquella gente.

Pero eso de trillar labrantíos, trasponer puentes y decirle adiós a molinos no era cosa fácil en una época en que cada paso era un impuesto, cada legua tenía señor y tras cada risco había un peligro. Y aún más difícil sería dar caza a aquellos malnacidos con monarcas débiles ante el peligro judío.

Primero había sido Alfonso XI, padre del bastardo Enrique, a quien Simón apoya en la época desde la cual miramos hacia atrás a través de sus ojos iracundos, quien había cometido los errores morrocotudos que el dominico le atribuía.

A Alfonso XI le encasquetaron la corona real castellana y comenzó a tener ideas propias, algo siempre temible en la acción de gobierno de todo rey. Le dio por fortalecer su propio poder, lo que bien pudiera parecemos a todos de lo más cabal, pero no se mostrarían de acuerdo con nuestra posición los nobles, que vieron menguadas sus prerrogativas, mercedes y fueros, con lo que se fue sintiendo un creciente ronroneo a las espaldas del rey que anticipaba disgustos. Es cierto que el monarca no le perdió la cara a la Reconquista, de eso no le podía acusar el dominico, pues en su haber está la batalla junto al río Salado en la que se quebró la media luna con un chasquido de huesos de los de antes, de los buenos, de los que se escuchan desde el cabo de Gata al de Finisterre. Hubo, ya se insinúa con lo dicho, sopapos y mandobles generosamente repartidos, pero los más rotundos los recibió la recría de Alá. Y el rey, envalentonado, se cegó y no se detuvo hasta que tomó Algeciras —¡ahí queda eso!—, cuando en el calendario se caminaba por el año 1344.

Sí, sobre su posición con la morería, nada se podía decir a modo de reproche, mas con el asunto judío...

¡El asunto judío! Aquellos miserables, en toda Europa se supo, eran los culpables de la peste negra que asoló a las familias cristianas sobre todo en 1348.

¿Hubo muertos entre los judíos también por la peste? ¡Eso fue para disimular! ¡Los muy hijos de puta lo tenían todo bien amasado y eran capaces de inmolar cuatro

cabezas de las suyas con tal de llevarse por delante a miles de almas cristianas!

Se querrá saber cómo los cristianos de bien descubrieron aquellas malas artes de esos miserables semitas, pues bien, ahora se explica: en Alemania y en otros lugares donde anduvieron más vivos que en Castilla se advirtió que lo de la peste nacía por consumir agua de algunos pozos que los judíos, en su inmisericordia, habían emponzoñado previsoramente con antelación, y es que ser listo no está reñido con ser malvado.

Gracias al cielo, en Francia se echó mano a muchos de ellos y se los quemó como es debido junto a decenas de pobres desgraciados leprosos, gente pecadora como ellos, pues Dios no llaga a quien no lo traiciona. Y por lo que el dominico Simón sabía, en Francia se habían descubierto las pruebas de la trama. Una revelación — ¿cómo si no se puede explicar?— permitió descubrir unas cartas en las que los judíos franceses recibían instrucciones de sus correligionarios toledanos sobre el modo en que se debían envenenar pozos, acequias, regatos y canalillos. ¿No lo creen? Pues a ver cómo se explica lo que ocurrió en Teruel en 1321, cuando un cristiano —que Dios lo perdone— fue apresado por envenenar las aguas. Le dieron el alto, lo interrogaron con firmeza a la sombra de las máquinas que tan diestramente los dominicos manipulan para extraer de los reos la verdad sin mácula, y se supo de ese modo que habían sido los judíos los que le inspiraron tamaño desatino.

Mientras tanto, ¿qué hacía el rey don Alfonso XI? Nada.

La crisis económica sobrevenida con la hambruna y la peste seguía beneficiando a esos Judas hebreos, que sangraban a las familias con sus intereses de usurero. La Iglesia se oponía a esos manejos, pero los reyes, almas débiles a las que el Señor cobrará factura en el otro mundo, habían permitido que existieran intereses de hasta el treinta y tres con treinta y tres por ciento. Es cierto que por encima de ese porcentaje el préstamo era considerado delito, pero ya era gran negocio ese margen.

El monarca, ante el clamor de las gentes de bien que la Iglesia abanderaba y guiaba con el pulso firme de Moisés o de Josué, tuvo que variar de táctica. En el Ordenamiento de Alcalá se sacó de la manga la idea de que los judíos se hicieran agricultores y se les prohibía la usura, pero Simón de Montforte sabía que aquella era una nueva prueba de la debilidad del rey.

Por supuesto, los judíos no cumplieron esa ley, que esa gente solo atiende al látigo y al potro, tal y como Simón siempre canturreaba a todo el que quisiera oírlo.

Y mientras tanto, el tiempo pasaba y el talismán del ángel Raziel seguía por ahí, en manos impías. Y mira que él lo había buscado sin desmayo, pero nada, que no había manera. Se precisaría todo el apoyo logístico de un rey para atrapar a esos miserables prófugos. Y entonces fue germinando en la solana de la sesera del dominico una idea que a él le pareció genial: si el rey no estaba por la labor de darles pasaporte a todos los judíos, habría que buscar otro rey. Y en esas estaba Simón cuando se enteró de que había un nuevo soberano. Era hijo del anterior, se llamaba Pedro I y llegó al trono en 1350, diez años antes del momento en que se escriben

estos recuerdos.

Simón, que seguía regando y abonando su idea de influir en política, dio un margen de confianza al recién llegado a ver qué hacía, pero todas sus esperanzas se frustraron de un plumazo. Aquel mal cristiano solo se preocupó de proseguir la política personalista de su padre, de fortalecerse frente a los nobles y de controlar el dinero con el que realmente contaba, para lo cual confeccionó un detallado informe de la hacienda real al que dio el nombre de *Becerro de las Behetrías*. Pero eso, con ser malo, no fue lo peor, no señor. Lo peor es que nombró ministro de finanzas a un judío, a uno de los más acaudalados miserables semitas de Toledo, Samuel ha-Leví.

No hacía falta fuego para ver lo que esperaba a los cristianos si no se hacía algo, y pronto. Pero gracias al cielo el Señor siempre vela por las almas bondadosas, y el rey Pedro —a quien gentes como Simón y otros como el cronista Pedro López de Ayala comenzaron a moverle la silla apodándole ante el pueblo *Pedro el Cruel*—, se encontró de frente con un hombre de valía: el conde de Trastámara, don Enrique.

Don Enrique era hijo bastardo del anterior rey, Alfonso, y hermanastro por esas mismas razones de retozo de alcoba del miserable Pedro I. Y Simón se fue hacia el bando de Enrique viendo así encarnados en aquel conde todos los sueños políticos que había ido acunando en silencio durante aquellos años.

Al año siguiente de que Pedro subiera al trono, los cerebros pensantes del bando de don Enrique, entre los cuales lentamente ocupó las primeras filas el dominico Simón, reprocharon al monarca que consintiese que los judíos siguieran con aquellos manejos suyos de préstamo y usura. Había que capar aquellas prácticas, lo conminaron. Es más, había que caparlos a ellos, a los judíos, para que no se reprodujeran como lo que eran: ratas. Pero el rey, erre que erre, no hizo nada. Bueno, sí que lo hizo, pero fue aún más grave, puesto que dos años más tarde fue cuando nombró tesorero a ese Samuel ha-Leví, amén de situar en las mejores atalayas del Gobierno a otros hebreos.

Simón, aterrado por la situación, minó lentamente la poca resistencia que le quedaba a don Enrique para lanzarse contra aquel perro monarca.

—Mi señor —dijo un día con aquella voz suya estudiada, hábil, inteligente—, ¿habéis oído hablar alguna vez del ángel Raziel?

¡Qué coño iba a oír don Enrique de Trastámara hablar de ese ángel ni de ningún otro! Eso ya lo sabía Simón, que los reyes están para lo que están: guerrear para el Señor, que lo de leer y escribir es ciencia de la Iglesia. Por tanto, como nada sabía el conde de Trastámara de Raziel, ya se habrá presupuesto que mucho menos iba a tener noción alguna sobre la existencia de un talismán. Y así fue como Simón le habló de la piedra azul que tanto anhelaba.

—Imagine, mi Señor, lo que un rey justo, como vos seréis gracias al cielo, haría con un talismán como ese en sus manos.

Y el rey ya lo imaginaba, ya. ¿Justicia? ¿Curar a los enfermos? ¿Evitar males mayores si seguía la piedra en manos judías? ¡Una mierda! Aquel talismán

garantizaría su poder eterno, puesto que el fraile aseguraba que podía devolver la vida incluso a los muertos. Eso pensaba el de Trastámara, que había prometido favores y mercedes a todos los nobles que se pusieran de su lado contra el rey legítimo, Pedro. Eso pensaba don Enrique, pero no lo dijo, sino que por su boca salieron palabras bien diferentes.

—Os ayudaré, Simón. Os prometo que mis hombres serán los vuestros y que, cuando llegue al trono, encontraremos ese talismán de Dios —se sorprendió el guerrero de su propia inteligencia al haber atribuido la propiedad del pedrusco a Dios y no a Raziel o a Yahvé. Eso, seguro, excitaría aún más a aquel perro vestido de blanco y negro.

En 1357 Pedro I autorizó a su ministro Samuel ha-Leví que construyera una sinagoga en Toledo. Aquello era el colmo. Había que decirle al pueblo que Pedro no era cristiano, que era un malnacido protector de los asesinos de Cristo, y el mensaje voló sobre los trigales castellanos y ganó mentes, muchas. Incluso se urdió la historia de que aquel rey en realidad no era hijo de Alfonso XI, sino producto de los pecados de un tal Pedro Gil, judío, por supuesto. Y ese artero hebreo había conseguido un mal día dar el cambiazco poniendo en la cuna regia a su retoño y llevándose del infantil nido a una niña, que era la verdadera hija de los monarcas y que había nacido justo a la vez que el puñetero hijo del judío. Y aunque parezca increíble, la patraña también encontró oídos donde cobijarse.

En 1355 las tropas de Enrique hicieron una incursión en Toledo y el pueblo, ya caliente como estaba, se lanzó hacia la judería. Y Simón, acompañando a la avanzadilla del Trastámara, entró en decenas de casas a golpe de puntapié. Allí echó mano de muchachas, que siempre tienen más que perder que los hombres según el criterio de un torturador experto como él, y de niños, más blandos y débiles. ¿Conocían a la tal Rut? ¿Qué sabían de un viejo que vivió allí llamado Daud? ¿Lo habían mencionado sus padres alguna vez? Pero nada. Nada de nada, que no hubo manera de sacarles la verdad, y es que Simón nunca llegó a pensar, ni por un instante, que aquel silencio no era insolencia, sino ignorancia.

Y así llegó la guerra civil. El indeseable Pedro I, defensor de judíos y herejes, contra las fuerzas del noble don Enrique de Trastámara. Simón esperaba que Dios, como tantas veces había hecho, aunque no pusiera ni quitase rey, sentase la cruz sobre el trono de Castilla. Lo que sucede es que Dios, a veces, se toma su tiempo para hacer justicia, y antes de que la felicidad pintara una pérfida sonrisa en el rostro del dominico Simón, hubo que padecer lo suyo, éxodo incluido.

El odiado Pedro I había virado en su política exterior rompiendo la tradicional alianza con Francia, donde tuvo que refugiarse tras las primeras derrotas el conde de Trastámara, el mesías con el que soñaba Simón, quien también marchó tras el bastardo de Alfonso XI.

El dominico y otros partidarios del Trastámara se vieron así entre los gabachos durante un tiempo a la espera de que Dios se diese cuenta de que había que echar una

mano a los suyos, que siempre son los buenos. Y al final, aunque se hiciera el remolón, Dios escribió con esos torcidos renglones suyos un nuevo episodio histórico.

X

Roma. Santillana del Mar. Madrid.
Año 2003 de los cristianos. Mes de octubre

EL cardenal Ignacio Ruiz de Lozoya había quedado muy obligado tras su reunión con los ocho hombres de negro, los compromisarios de aquellos a quienes iba a necesitar en un futuro que esperaba fuera próximo. Y le habían pedido que hiciera algo, y pronto, y que fuera decisivo para que las dudas de quienes allí no estaban presentes se disiparan como azucarillo en el café.

Rodrigo había pedido a Damiano Corradi que lo dejara a solas, que tenía que pensar. Se encerró en su cámara y releyó de nuevo aquellos informes sobre San Malaquías. Y volvía a evocar, como mil veces había hecho ya, aquella divisa: *De gloria olivae*. ¡La gloria del olivo!

¿Qué decía la tradición? Pues que tras un papado largo, y este que ya expiraba sin duda lo había sido, llegaría un papado corto, pero todo se puede alterar, incluso eso, pensaba el cardenal. Sin duda, se decía en la curia cardenalicia, el Papa sería un europeo, italiano según muchas lenguas, pero eso también se puede cambiar, sonreía don Ignacio.

El cardenal Ignacio Ruiz de Lozoya formaba parte de aquella numerosa copia de purpurados a quienes el mismísimo Papa había izado a la cumbre. Casi doscientos serían los hombres llamados a elegir o ser elegidos, pero más del noventa por ciento los había puesto a dedo Juan Pablo II, y él, Ignacio, era uno de ellos.

¡Cardenales!

Rodrigo sonrió pensando en el origen del término. Se suponía que eran intermediarios entre los fieles y el Papa; es decir, una bisagra (del latín *cardo*) engrasada por el Espíritu Santo. Pero ¿habría alguien que se creyera aún tal cosa?

Se vio a sí mismo vestido de rojo, como el príncipe de la Iglesia que era. Un hábito magnífico elegido en 1465 por el papa Pablo II para que los hombres de Dios se distinguieran de lejos de los hombres del pueblo. Algún iluso, como el papa Marcelo II, llegó a decir, no sabía Rodrigo si se ruborizó tanto como la púrpura de su hábito, que los cardenales vestían de ese modo porque estaban dispuestos a derramar su sangre por la Iglesia. Al pensarlo, Rodrigo recordó aquellas viejas promesas de martirologio de su infancia.

En algo no había cambiado de ideas: estaba dispuesto a derramar sangre por la Iglesia, pero no sería la suya, desde luego. Si era preciso matar, se mataría. Nadie dijo que ser representante de Dios en la Tierra estuviera exento de sacrificios y peajes. Pues si de ambos ha de haber, rio Rodrigo, que los haya, pero que los paguen otros.

Imaginó relamiendo su gran proyecto las dependencias vaticanas selladas a cal y

canto cuando se diera la noticia, la buena nueva en su opinión, de que el Papa había muerto. Llegarían luego los peregrinos ante la sede Vaticana llorando por el pastor que se fue y pidiendo pronto un nuevo apacentador para el rebaño de Cristo.

La cumbre vaticana mostraba desde hacía tiempo sus estrategias, jugaba sus cartas, asomaban los hocicos tras los matojos y las intrigas palaciegas se sucedían, pero el polaco aún parecía tener arrestos y mal genio suficiente como para inclinar la balanza del lado de sus apetencias.

Non omnis moriar, dicen que dijo al nombrar a los nuevos cardenales. *No moriré del todo*, lo escuchó decir Ignacio Ruiz de Lozoya, uno de aquellos elegidos. Y él se prometió a sí mismo que aquella frase tendría en él mucho más sentido que en todos los demás. Y para eso contaba con la sabiduría de Corradi y con su buen olfato, el mismo que le había hecho ir moviendo ficha desde España hasta los umbrales de la morada de Dios en la Tierra.

Se había introducido en los mejores círculos conservadores vaticanos. Su pasado y el de su familia en España lo avalaban. Nada sospechoso de progresismos ni de reírle las gracias a la izquierda. Si por él fuera, ya les daría él a las izquierdas lo que sin duda merecían. Y esas filosofías liberales de Suramérica eran virus ciertamente peligrosos. Y pronto se hizo acreedor de algunas sonrisas, incluso la del Papa.

Y cuando llegue la hora, cuando el mundo católico se rija por el principio temporal *nihil innovetur* —que no se innove nada—, el mecanismo debería ponerse a trabajar. Y si todo resultaba como estaba previsto en la mente del cardenal Ruiz de Lozoya, ese principio, a fe suya, sería permanente: allí no se innovaría nada de nada.

El cardenal camarlengo habrá sacado del dedo papal el anillo del Pescador y lo habrá destruido, tal y como corresponde en la tradición. Él sería quien convocaría el cónclave, pero antes ya habrían empezado los movimientos de peones. Y cuando aún estuviera fresca la marcha del Papa sin *papamovile* al paraíso de los sucesores de Pedro, empezaría el baile de verdad. Y bailarían aquellos cardenales que no tengan más de ochenta años, pues son quienes tienen derecho a ser inspirados por Dios para elegir a su representante en la Tierra. Se ve que la fertilidad del alma para recibir la inspiración tiene fecha de caducidad, sonrió el español.

Aquellos corazones limpios y tocados de púrpura se hospedarán en la llamada Domus Sanctae Marthae, en la Ciudad del Vaticano. Antiguamente se hospedaban en los palacios apostólicos, pero allí no había las más elementales condiciones de comodidad para personas que, las más de las veces, eran ancianas y cargaban con todos los deterioros que la carne suele soportar tras tantos abriles vividos. Por eso Juan Pablo II ordenó construir esta residencia, la Domus Sanctae Marthae, y allí se encerrarán a cal y canto los hombres de Dios. Nadie del exterior podrá hablar con ellos, y ellos con nadie del exterior podrán tener palique ni comercio. Y entonces llegará el momento de actuar.

Los cardenales con derecho a voto, previa misa votiva en San Pedro *Pro eligendo Papa*, tratarán de oír en su interior la voz de Dios, pero tal vez porque muchos son

algo mayores y duros de oídos, Dios les hará llegar sus palabras a través de mensajes, billetes y recados que se redactarán en corros donde bulle la conspiración. Y aunque la voz de Dios a todas luces ha de ser solo una, clara y transparente, las orejas de los cardenales, como hombres que son, resultan estar sucias y no digieren bien el mensaje, por tanto se termina por ir a los escrutinios a ver quién es el nuevo Pastor.

Y la Constitución Apostólica tiene dicho el modo en que esas burocracias han de tener lugar. E Ignacio Ruiz de Lozoya imagina los nervios que vendrán, los nombres escritos en los papeles por los cardenales con derecho a voto, y sorteando las sesiones de votación, sus ojos miran a lo lejos en el decisivo instante en que se ha de saber si hay un nombre que concite los acuerdos de dos terceras partes de aquellos hombres purpurados. De no ser así, con esos papeles se hará pira y se prenderá, y la química hará el resto haciendo brotar por la chimenea el humo negro del sin acuerdo. Y si tal incomodidad perdura, se maniobrá para que el acuerdo tenga validez con la mayoría simple de los votos.

Desde la ventana de su despacho el cardenal miró el cielo romano e imaginó la fumata blanca producto de la quema de las papeletas y de los productos químicos bien elegidos y aparejados por los cardenales para ofrecer al mundo católico una sonrisa de Dios pintada con humo blanco en el cielo.

Y entonces habrá alegría y sonar de campanas, pero también resquemores entre los hombres de púrpura, que sin embargo se tendrán que plegar y escuchar con una sonrisa forzada la buena nueva desde el balcón vaticano: *Nuntio vobis gaudium magnum habemus Papam!*

Y el nuevo Pontífice se asomará para saludar a las almas que deberá guiar y anunciará el nombre con el que reinará. Y él, Ignacio Ruiz de Lozoya, veía en su imaginación la cara de aquel nuevo Papa, una cara que conocía muy bien, pero aún estaba dudando sobre si sería aquel nuevo Pontífice el último de la lista de San Malaquías, Pedro el Romano.

Pero soñar es gratis, en cambio hacer realidad los sueños suele costar dinero. Y el cardenal tomó una decisión que sabía que era arriesgada. Iría a España y resolvería personalmente todo aquel asunto. Por lo que sabía, el talismán saldría de camino a Santillana del Mar al día siguiente. Para cuando llegase, allí estaría él para darle la bendición, como haría el futuro Papa un día, *urbi et orbi*.

En tanto esas cosas se tejían en Roma, Rodrigo, en nada conocedor de ellas, hilaba fino lo que debía hacer al día siguiente. Nicole lo había llamado, tal y como le pidió que hiciera. Se verían en el claustro de la Colegiata a las cuatro de la tarde, que es cuando se abre al público y pocos turistas habría a esas horas del otoño.

Había mentido a Nicole, pero solo hasta cierto punto. Por lo que él sabía, estaban vigilados, y eso era cierto. El argentino no perdía ocasión de reverdecer sus amenazas cada semana, y él había cumplido en parte lo que se le pidió, pues fue puntual al informar dónde estaba la francesa en cuanto lo supo. Era cierto que obvió el detalle

del teléfono móvil que en la carta se adjuntaba, y también era verdad que no había dado cuenta de sus planes al argentino, que no debía saber que el talismán venía de camino a Santillana del Mar. Todo eso era cierto, como lo era que la vida de Ana corría peligro, y tal vez la de todos ellos. En lo único que había mentido a Nicole es que con el talismán Ana estaría a salvo de tales amenazas.

En realidad, Rodrigo no pensaba entregar el colgante al argentino, ni siquiera a quien mandase al argentino obrar. No se lo entregaría a nadie. Huiría si era preciso, pero el talismán les podía salvar la vida una y mil veces por más que les disparasen o los cosiesen a cuchilladas. El talismán haría de ellos inquilinos de una vida eterna. Y él amaba más que nada en este mundo vivir junto a su esposa. Por eso mintió a Nicole, y por eso no dudó en ponerla en peligro haciéndola venir a Santillana.

Gabriel Zarza pidió a Vicente que lo dejase a solas con Fructuoso Perales. Sol estaba fuera del hospital, con lo que tampoco tenía que darle mayores explicaciones, y Nicole estaba en su habitación, que el doctor le había dicho que pasaría a darle el alta aquella misma tarde.

—¿Qué fue lo que le pasó? —preguntó Fructuoso cuando se quedaron solos, ya con más gravedad, que era lo que el caso pedía.

—Disparos, Perales, disparos —dijo el periodista—. Y le digo yo a usted que estamos todos en la diana, y aunque mucho se aparte, usted también lo está, que por eso ya le dieron muerte un día.

—¿Qué quiere decir? —Se asombró el vendedor.

—Que todo esto viene por el colgante de su santa madre —respondió Zarza—. Y así lo seguiremos llamando para que esté usted más cómodo en la conversación, pero los dos sabemos que ese collar no es cosa corriente ni tampoco fue herencia —y sin dejar meter baza a Perales, el periodista siguió su monólogo—: Vamos a ver si yo estoy en lo cierto. ¿Recuerda que quería conocer a la muchacha que me trajo de cabeza allá atrás?

—¿La tal Sol? Muy buena ha de estar la moza para tenerle a usted como lo vieron estos ojos que se ha de comer la tierra.

—Sí, la tal Sol. Pues ha de saber que Sol es la esposa de Vicente, el hombre que fue por usted a Toledo. Y ocurre que hace unos meses hicimos ella y yo un viaje a Santillana del Mar y nos hicimos unas fotografías, alguna a la puerta de la posada donde dormíamos.

—¿Y durmiendo bajo el mismo techo se le escapó con vida la gacela? —Los ojillos de Perales chispearon de incredulidad.

—Pues ya ve usted que sí —reconoció Zarza—. Pero no es de eso de lo que le quiero hablar, sino de las fotografías. ¿Recuerda que me dijo que a ver cuándo le enseñaba yo un retrato de la joven? Bueno, pues le voy a enseñar uno a ver qué le parece.

Gabriel, que estaba de pie en la habitación y al que la herida en el hombro a penas

le estorbaba, se acercó hasta el armario donde guardaba su ropa, sacó la cartera de un bolsillo interior del abrigo y buscó un par de fotografías.

—A ver qué opina —dijo, alargando las instantáneas a Perales.

—¡Canela fina!, don Gabriel, se lo digo yo —exclamó al ver un primer plano de los ojos gatunos y verdes de Sol. Luego pasó a examinar la segunda foto, y ahí se detuvo como si le hubieran hecho algún mal de esos que a la gente deja mema y como fuera de su seso.

—Me lo imaginaba —dijo Zarza—. Es él, ¿no?

—Este es el hombre, ya lo creo que sí —aseguró Perales—. Este el que me robó el collar de mi santa madre y me dio muerte.

Gabriel Zarza había acertado de pleno, o mejor aquella compañía suya, silenciosa y habladora a la vez, que junto a él caminaba sin dejar huella desde hacía años le había hablado con acierto, a lo que se veía. Y es que cuando Nicole dijo que ella se había hospedado en la misma posada que Sol y Gabriel, la del señor Barreda, y que frente a ella vivía el enigmático profesor de Arte, recordó aquella fotografía. Luego rememoró la odisea de Perales y el misterioso hombre acaudalado, además de aquella factura del Hotel El Grego que había encontrado junto al documento hebreo en el abrigo que Perales dijo, mintiendo, que era suyo. No había hecho caso alguno a aquella factura hasta escuchar el nombre de Rodrigo de los labios de Nicole. ¡Ese era nombre que aparecía en la factura del hotel!: Rodrigo Suárez de Lara.

Todo cuadró en la mente del periodista, pero le faltaba confirmar si la casualidad, que siempre es el guiño bribón de Dios, había hecho que aquel hombre que salía de la casona de Santillana del Mar al mismo tiempo que él fotografiaba a Sol fuera el sujeto que robó el talismán a Perales. Y ahora estaba claro que sí.

—¿Le gustaría recuperar el colgante de su madre? —preguntó el periodista a Perales.

XI

Sancta Illana. Año 1369 de los cristianos

MÁS de cuarenta años hacía que Rut y su marido, Diego Velasco, extemplario y natural de estas tierras verdes y de cielo pardo, habían llegado a Saeta Illana.

Años tardó la joven madre, que al poco de llegar parió a su primogénito Joás, en acostumbrarse a aquellas nieblas y a un tiempo cambiante, que ora era lluvioso y ora bochornoso. Es cierto que los inviernos no eran tan crudos como los castellanos y que rara vez la nieve tomaba al asalto los tejados de la villa, pues aquí lo más frecuente era que durante los tres meses de invierno en casi dos no hubiera sino fornidos aguaceros o un espeso manto de agua fina. Yahvé en cambio la compensaba con una vegetación exuberante, verde en mil tonos diferentes. Y cuando llegaba el mes de mayo le daba la sensación de estar soñando despierta porque solo en sueños las flores pueden ser tan bonitas y los árboles tan bondadosos en hojas. Y su faltriquera, siempre repleta de hierbas medicinales y arcillas terapéuticas, engordaba hasta reventar.

Joás, ya se dijo, nació en 1320, que fue cuando el joven matrimonio se instaló en la villa. En cuanto a Diego, sus únicos parientes, un tío con el que se educó y alguna otra rama perdida por vía materna, habían muerto por aquel entonces. Sin embargo, cuanto había aprendido en el ministerio del comercio le sirvió, y mucho. También en su tierra pronto consiguió establecer una sólida posición, a la que contribuían los tratamientos medicinales que su esposa propinaba a los enfermos del entorno que acudían a ella, aunque siempre con la reticencia de que era judía.

En 1325 vino al mundo una niña débil, flacucha y pálida a la que dieron el nombre de Miriam, pero ni a ella le duró mucho el nombre ni a sus padres la pequeña. A los tres meses la dieron sepultura. Aquella pérdida hirió la salud de Diego profundamente, más allá de lo que podían curar los remedios de su esposa, pero aún vivió para contarle diez años más. A su muerte, el muchacho que entonces era Joás trató de sacar adelante a la familia llevando las riendas del universo familiar.

¿Y el talismán? ¿Lo había olvidado Rut? Por supuesto que no, y quien menos lo había echado en el olvido había sido su esposo mientras vivió. Y durante muchos días, muchos, recorrieron el claustro del recinto sagrado alrededor del cual, como estrellas al olor de su satélite, se habían alzado las casas de aquel pueblo. Lo patearon arriba y abajo. Buscaron en las columnas y rebuscaron en los capiteles hasta que una tarde el extemplario recordó quién había sido y qué había aprendido en la orden, aunque poco estuvo dentro de la marmita templaria como para saborear su caldo.

Pero donde hubo, algo quedaba...

—Debemos pensar como un templario —sorprendió a su esposa con su deducción—. Debió seguir una lógica propia de la orden, un juego hermético de esos que freires más sabios conocen.

Suma y resta, repasa y calcula, aquella misma tarde Diego Velasco y su esposa Rut, hija de Eleazar y nieta de Daud, encontraron las Palabras de Yahvé que mucho tiempo atrás otro caballero templario, Nuño García, había ocultado en dos capiteles del claustro. ¡Las Palabras del talismán de Raziel!

¡Cuánto hubiera dado Rut por tener en sus manos el maravilloso colgante el día en que notó que Diego se iba de su lado para siempre! ¿De qué le valía saber aquellas Palabras si de nada servían sin el talismán?

Mientras todas esas cosas ocurrían, la vida de los judíos era cada vez más difícil. Por las noticias que llegaban al pueblo, el conde de Trastámara se había alzado en armas contra el legítimo monarca, Pedro I. Y aunque a los hijos de Israel poco les podía importar qué cristiano los gobernase, Joás, que se fue haciendo además de más alto más inteligente, intuyó que muchas cosas podían depender de aquel lance dinástico.

Joás consiguió esposa en el pueblo de San Vicente de la Barquera, en las faldas de cuyo castillo se asentaba una sólida aljama. María se llamaba la generosa moza que rondó y de cuyo padre, un maestro tintorero llamado Alid, obtuvo permiso para el correspondiente matrimonio ajustado a la Ley. Y en 1350, diecinueve años atrás del momento en que ahora nos encontramos, los esposos y la abuela Rut vieron bendecidas sus vidas con la llegada de una niña a la que, en recuerdo de la hermana fallecida de Joás, pusieron el nombre de Miriam.

Mientras tanto, el mundo que había más allá de la familia que atesoraba el secreto de Raziel se convulsionaba peligrosamente para todos los de su raza.

Pedro I dio definitivamente la espalda a Francia y buscó calor en los brazos de Inglaterra firmando con Londres un pacto de colaboración. Y su adversario, don Enrique, a quien acompañaron sus más fieles allegados, entre los cuales no era el menor el dominico Simón de Montforte, lograban ir sumando adeptos a sus ilegales pretensiones.

Y lo peor para Pedro I fue que Aragón también cambiase de bando después de que sostuviese con ese reino una guerra que, aun saldándose a su favor, vino a fraguar su derrota. El rey aragonés viró hacia los rebeldes y les dio brazos y asilo. Y en la primavera de 1366, el bastardo Trastámara invadió Castilla llevando en sus flancos a nobles resentidos y mercenarios gabachos. Sus huestes por donde pasaban trataban de ganar al pueblo con un servicio de propaganda del que Simón era un maestro. Se hacía correr la voz de que los judíos eran los responsables del caos en el reino y que Pedro I estaba algo así como hechizado por ellos. ¿De qué otro modo se entendía que pusiera en manos de usureros la hacienda de Castilla?

Inglaterra premió al rey Pedro, momentáneamente depuesto tras esa invasión, y

puso a su disposición un racimo de los más floridos arqueros con que contaba. Y con esas saetas y sus fieles, Pedro recupera el trono tras vencer a los insurgentes de don Enrique en Nájera. Era el año 1367; es decir, hace un par de años desde el presente de Sancta Illana en el que ahora estamos. Pero solo fue un espejismo, puesto que Dios se tomó muy en serio su papel y favoreció el asesinato del rey en Montiel justo este año del Señor de 1369. El camino estaba libre para Enrique de Trastámara y también, así al menos lo creyó Simón, para encontrar a los judíos malditos. En esa empresa había consumido su vida, que ya cuenta con setenta y cinco años, pero todos ellos no se reflejan en su sarmentoso cuerpo. El odio, por lo que se ve, es una excelente medicina.

A lo largo de todo el siglo los judíos habían sido perseguidos. Juderías densamente habitadas como las de Tudela, Pamplona o Estella habían conocido de primera mano la justicia de Dios, y eso que ellos, que no tenían demasiada experiencia en eso de luchar, se vieron obligados a defender la virtud de sus mujeres y el pan de sus hijos armas en mano.

En Aragón las cosas no habían sido diferentes, en especial tras haber cobrado vida aquella explicación de la peste negra como consecuencia de las malas artes judías. Y todo eso lo sabía Joás, el hijo de Rut, porque sus viajes comerciales, después de sustituir a su padre al frente de los negocios, lo ponían en contacto con gentes de todos los orígenes.

Su esposa le daba codazos cuando hablaba de todos esos desastres en la mesa en presencia de Miriam, pero la muchacha era tan inteligente como su abuela y no se le escapaba una de cuanto se cocía a su alrededor. La joven había acumulado en ella los conocimientos médicos de su abuela Rut, ya octogenaria, y la belleza de aquellas otras mujeres de su linaje. Y supo que el nuevo rey, Enrique, hacía pocas semanas había ordenado vender en subasta pública a todos los judíos de Toledo con sus bienes hasta conseguir la formidable suma de veinte mil doblas de oro, y también les impedía cobrar las deudas que tenían contraídas los cristianos con ellos.

Resultaba que muchos cristianos habían pedido dinero a las aljamas y que los hijos de Israel les habían prestado unos fondos que ahora, por la arbitraria decisión del nuevo rey, no podrían recuperar hasta pasado más tiempo del previamente fijado en el contrato. Y esa medida lo que provocó fue algo que tal vez el propio rey y sus más fieles cabezas pensantes, como el fraile Simón, habían previsto: decenas de aljamas fueron asaltadas en nombre de Jesucristo para destruir cualquier contrato, hipoteca o protocolo donde se hablase de tales préstamos o deudas.

La familia de Miriam, su padre hablaba de ello en voz queda con su madre muchas noches sin que se dieran cuenta que la joven no dormía, se preguntaba cuánto tardaría en llegar esa ola de terror a Sancta Illana.

XII

Madrid.

Año 2003 de los cristianos. Mes de octubre

NICOLE entró en la habitación de Gabriel Zarza casi al mismo tiempo que el auxiliar de clínica, un hombre alto y bien parecido. El periodista estaba solo. Gabriel miraba ensimismado la fotografía que media hora antes había mostrado a Fructuoso Perales y que le había servido para atar los pocos cabos sueltos que le iban quedando a aquella historia, o al menos eso pensaba él.

—Me han dado el alta —dijo la joven francesa para anunciar su presencia.

El auxiliar del hospital se demoraba en su tarea mientras Gabriel le dijo que aquella era una gran noticia, y que él también se marchaba al día siguiente, por lo que tal vez podría ayudarla en su problema, si le parecía bien.

—Escucha, Nicole. —Zarza la tomó del brazo acercándola a la ventana de la habitación—, esta vez hemos salido con vida de esta aventura, pero mientras el talismán no esté en las manos de quienes nos dispararon, seguiremos en peligro.

—Pero mi amiga Ana me pidió que me deshiciera de él —protestó ella.

—Pero si lo haces, ella morirá, ¿no es así?

La muchacha asintió. El hombre del hospital remoloneaba colocando la almohada de la cama.

—Te propongo ir a Santillana juntos mañana, tal y como te ha pedido ese hombre, Rodrigo —un brillo misterioso coloreó los ojos de Zarza—. Le entregarás el maldito talismán y saldremos los dos con vida de esto, y seguramente también tu amiga.

—¿Por qué quieres venir conmigo? —Se sorprendió ella.

—Porque quiero saber cómo termina la novela que yo mismo inventé.

—Se supone que debo estar allí mañana a las cuatro de la tarde. ¿Estás seguro de que puedes venir conmigo? —Y miró el hombro herido de Gabriel.

—Esto no es nada, ya lo ha dicho el doctor. Mañana a primera hora salgo de aquí. ¿Te parece que nos encontremos abajo, en la puerta del hospital a las nueve de la mañana?

Ella asintió y miró de pronto con atención a aquel joven y se preguntó cuántos años tendría. Tal vez, calculó con mucho tino, andaría por los treinta y siete o treinta y ocho años. Era bien parecido e inteligente, pero había en él un punto de locura, o quizá esa chispa que convierte a un ser normal en un artista, ya fuera escritor o músico.

Sí, Zarza era diferente a los otros hombres a los que había conocido hasta entonces. Ni mejor ni peor, pues aún no tenía elementos de juicio para tales

cavilaciones, solo diferente y extraño.

—¿Conoces a este hombre? —Gabriel interrumpió el discurrir de sus pensamientos mostrándole una fotografía.

El auxiliar de clínica salió por fin de la habitación cuando ella se acercaba con cierta prevención a la imagen que le ofrecía Zarza. La miró y primero detuvo los ojos, un tanto incómoda, en la muchacha que aparecía en el primer plano de la imagen. Era Sol. ¿Qué habría entre ellos dos?, se preguntó, cediendo por un breve instante a la tentación femenina, pero luego todo cobró un nuevo sentido al descubrir dónde estaba hecha la foto. Era Santillana del Mar. ¡Era la puerta de la posada del señor Barreda! Y en un segundo plano aparecía, saliendo por el portón de recia madera de su casona, Rodrigo, el marido de Ana.

—Es Rodrigo. Es el hombre del que te hablé —dijo al fin.

—Pues habrá que ir a verlo y entregarle de una vez ese maldito talismán, ¿no te parece?

Gabriel pasó aquella noche en vela. Se obligaba a pensar que el insomnio era producto de la aventura que, bien se lo olía, se le iba a venir encima al día siguiente, pero en realidad su debate era otro. Había una muchacha en una fotografía que, como imagen sobre papel, solo permite a un hombre fantasear sobre ella, pero resulta intocable. Y de pronto se había cruzado entre él y aquella imagen una mujer desconocida, dueña de unos ojos azules producto tal vez de mil amores viejos consumidos durante siglos en el corazón de Europa. Una joven que, bien lo sabía él, no podía haber sido elegida al albur por los dioses para ser custodia del talismán. Y cuando consiguió dormir, la imagen de la mujer de la fotografía se fue emborronando con los últimos suspiros que Gabriel dejó escapar por ella.

Rodolfo Benetti telefoneó al *obispo*.

—Van a Santillana del Mar mañana —dijo—. Tienen cita a las cuatro de la tarde en el claustro de la Colegiata con el señor Rodrigo. ¿Qué hacemos?

—De modo que Rodrigo quiere jugar por su cuenta —dijo el *obispo* al otro lado del teléfono—. Pues igual hay que darle razones para que se entere de una vez que esto no es un juego.

—¿Quiere que mate a este par de ellos? —Rodolfo estaba anhelando un sí de su interlocutor y contuvo el aliento hasta oír la respuesta.

—No, usted no haga nada. Sígalos, eso sí —le respondió el hombre—. Lo que hay que hacer se hará en Santillana y se hará bien, sin tonterías. ¿De acuerdo? Nos veremos mañana allí.

A Rodolfo había algunas cosas que lo irritaban. Una era no poder matar a quien le parecía y cuando quisiera, pero se tenía que plegar porque quien paga es quien manda. La otra cosa que mucho lo ofendía era que le colgaran el teléfono y lo dejaran compuesto y con una frase argentina en la lengua pegada y muerta por no poder ser pronunciada. Por tanto, habiéndose cumplido el cien por cien de las incomodidades

que los gustos de Rodolfo tenían catalogados, se comprenderá que tuviera expresión de pocos amigos cuando entró en el coche donde lo esperaba Leovigildo Velloso.

Algo más de media hora se tardó en descubrir en un cuarto de limpieza del hospital el cadáver de un auxiliar de la clínica. Le habían dado un tiro en la sien y mostraba la expresión beatífica de un justo. Por todo vestido lucía el mismo con el que vino al mundo, aunque algo dado de sí y más peludo.

¿Quién ha podido hacer algo así?, se preguntaron todos antes de llamar a la Policía para que ejerciera su ministerio.

XIII

Sancta Illana. Año 1369 de los cristianos

EL lobo es un animal jerárquico y extraordinariamente social, pero eso no se puede decir en voz alta ante un pastor, ni en el siglo XIV ni en nuestros días. Para ellos representa el Mal, con mayúsculas, y también para muchas otras personas, que atiborradas de historias truculentas y abuelitas de Caperucita de por medio, han visto en los colmillos de este formidable animal la encarnación de todas las desgracias. Por eso, aquella mañana en que Miriam los vio, en los límites de Cabuérniga y Campóo, lo primero que hizo fue mirar por dónde venía el viento, no fuera a ser que la olfatearan y allí mismo se la comieran, con sayo y todo.

Muchas veces, cada vez más y a pesar de la cerrada protesta de su madre —su padre casi siempre estaba de viaje—, marchaba al monte a recoger todas aquellas hierbas de las que su abuela la había convertido en maestra. La muchacha montaba una yegua gris cuando hacía una escapada larga por las montañas y permanecía a veces varios días, e incluso una vez un par de semanas, allá arriba ensimismada en sus descubrimientos.

En realidad, la vieja Rut se dio cuenta de que aquella chiquilla, ahora ya adornada por diecinueve años a punto de estallar, había nacido para saber. Nada saciaba el deseo de conocimiento de Miriam, y su abuela pronto descubrió que sabía mucho menos de lo que creía, pues había preguntas de la muchacha que quedaban sin respuesta. Pero *¿quién podía dominar la medicina y la cábala, la botánica y la historia y todo a la vez? Tal vez el abuelo Daud*, pensaba la anciana, que a veces se quedaba como pasmada en medio de una explicación a una pregunta de Miriam mascando entre dientes toda una vida y procurando sacarle todo el sabor.

Se preguntaba Rut qué habría sido de su hermano Samuel, el terco y honrado agricultor, y de su familia. Muchas veces había insistido a su difunto marido, Diego Velasco, que por qué no los visitaban, que le haría ilusión. Pero luego, cuando Diego murió, a ella se le fueron quitando aquellas ganas de viaje. Supo, eso sí, a través de su hijo Joás, que la familia aún vivía en El Burgo de Osma, que estaban bien, que mandaban saludos y que cualquier día de estos los vendrían a ver ellos, a pesar de que la salud de Samuel ya no era la que fue. Pero Rut nunca supo lo que sí descubrió una noche Miriam espiando a sus padres, y no fue otra cosa que las atrocidades que padeció la familia de Samuel al poco de que Rut partiera de El Burgo de Osma. Cuando Miriam lo escuchó, un escalofrío le recorrió el cuerpo, como el día en que sorprendió a la familia de lobos en aquellas peñas altas hasta donde se había

aventurado.

La loba permanecía allí, como un vigilante insomne, frente a la lobera, un agujero ganado a la peña y que habría pasado desapercibido para la muchacha de no haber visto a la magnífica hembra, parda, de ojos brillantes y movimientos ágiles.

Cuando estuvo segura de que el viento no delataría su posición, Miriam encontró aplomo suficiente como para observar y maravillarse. Era el final del invierno y la loba había parido cuatro lobeznos que más parecían perros recién nacidos, oscuros, cegatos y torpes. La loba, con infinito amor, los lamía, les daba de mamar, los echaba dentro del cubil cuando asomaban su hocico fuera, y Miriam debía contener la risa y las lágrimas al ver el espectáculo. ¿El lobo feroz?

Un día confió a su abuela Rut lo que había descubierto allá arriba, en las peñas. Rut, casi ciega por entonces pero capaz de ver lo que los demás no ven ni a pleno día, frunció el ceño.

—¿Qué pasa, abuela? ¿Es malo que espíe a los lobos? —se inquietó Miriam.

—No, cariño, no lo es —respondió Rut—. Es solo un presentimiento, no sé.

Y ahí quedó todo.

Miriam observó durante semanas las evoluciones de la familia. ¿Dónde estará el macho, abuela?, acechó un día a Rut. Y Rut le dijo que cazando, que seguro que el macho estaba cazando.

Miriam, siempre al amparo del viento para no ser descubierta por la loba, fue testigo una tarde de algo que jamás olvidaría. Nada, eso creyó ella entonces, podría ser peor que lo que aquella tarde pasó.

La muchacha vio que la loba andaba inquieta. Aupaba al cielo su sensible trufa tratando de encontrar la causa del peligro que ella advertía, pero no sus crías. Y de pronto, como nacida en el mismísimo aire, una saeta atravesó el cuello de la loba. El animal, aterrado más por sus crías que por su ya irremediable destino, aún obtuvo fuerzas tras un recuento en sus entrañas para lanzarse a una carrera, su última carrera, en pos de quien le había inyectado la muerte. Era un soldado, un soldado que hablaba en un idioma que Miriam, oculta en su escondite, no había oído jamás.

La loba, muriendo tan rápidamente como veloz fue su galope, saltó hacia su asesino pero otra saeta cobarde se incrustó en su ojo derecho y otra, llegada desde el flanco opuesto, mordía su corazón. Y así, la loba a la que Miriam había bautizado en secreto Rut, porque decía en bromas que tenía los mismos bigotes que su abuela, cayó ensangrentada a los pies de los tres soldados.

¿Quiénes eran aquellos hombres? ¿En qué idioma hablaban? Esos eran los pensamientos de Miriam cuando vio que los tres desconocidos se acercaban a la lobera de Rut. ¡Los lobeznos!, pensó de inmediato. Y entonces hizo una locura para salvar a los pequeños: agitó los arbustos de su escondite para atraer la atención de los soldados, pero no contó con que solo dos de ellos acudieron al reclamo. El tercer hombre llegó a la lobera y allí mismo, aún lo pudo ver Miriam, clavó su espada inmisericorde en los cuerpecillos de los lobeznos.

Miriam, con el corazón en la boca, huyó aprovechando su conocimiento del terreno. Sabía todas las trochas y atajos que había entre Campóo, Cabuérniga y su casa y consiguió salir con vida de su aventura.

La muchacha se preguntó si debía contar lo que había visto. ¿Debían estar alertas en el pueblo? ¿Qué diría su padre? Y de pronto decidió que no, que no diría nada. ¿Qué ganaría con herir a la vieja Rut hablándole de la muerte de la loba? En cuanto a su padre, siempre temiendo la llegada del Mal, aquel episodio, que tal vez no tuviera ninguna importancia, a él le parecería la antesala de su perdición. De modo que no, que no diría nada.

Por espacio de tres días eludió cuanto pudo a su abuela. Sabía que ahora, en primavera, Rut la enviaba casi a diario a recoger las hierbas que ella le había enseñado a manipular, de modo que estaba segura de que la curandera se extrañaría si decía que no quería ir al monte. Pero al cabo de tres días, la vieja judía la sorprendió junto a la fuente del pueblo.

—Tengo la botica más flaca que el río Saja en pleno verano —dijo a modo de presentación—. ¿Qué es de tu vida que no te veo, nieta?

Miriam trató de decir algo, pero no supo qué.

—¿Quieres que vaya yo, medio ciega, al monte? —insistió Rut.

Y ella dijo que no, que no se preocupase, que iría ella esa misma tarde.

No hacía ni media hora que Miriam había marchado cuando el pueblo comenzó a rumorear no sé qué sobre unos judíos que habían sido asesinados cinco días atrás en Orbaneja del Castillo, a las puertas de Valderredible, por unos soldados que encontraron pronto la colaboración del pueblo, que fue alentado por un clérigo para hacer la voluntad de Dios, según decían. Pero lo más terrible del relato era que los hechos se habían reproducido hacía solo dos días en el pueblo de Reinosa, donde también había comerciantes judíos que traficaban con el trigo castellano y con los cuales el padre de Miriam, Joás, tenía tratos.

¿Quiénes eran esos hombres? Nadie lo sabía. Se hablaba de que caían del monte como espectros, que los mandaba un anciano que hechizaba a los cristianos con su discurso y que siempre eran los judíos las víctimas de sus macabras apariciones.

Miriam llegó hasta su atalaya. No había rastro de los soldados y sí quedaba allí, en el claro del bosque, el cuerpo de la loba Rut asaeteada. Algunos buitres y otras alimañas habían dado cuenta de parte del cadáver y pudo ver a un cuerpo picoteando algo, sin duda a los lobeznos muertos, en la entrada de la lobera. La joven tuvo que reprimir un grito y un vómito al tiempo y decidió no volver jamás por allí cuando algo llamó de pronto su atención. ¿Qué era aquello que se movía cerca del cuerpo de la loba? El sol, que comenzaba a declinar, incidía en los ojos verdes y generosos de la joven impidiéndole desentrañar el misterio, de modo que tuvo que variar su posición. Y entonces descubrió de qué se trataba. ¡Uno de los lobeznos seguía vivo!

¿Cómo fue que Miriam consiguió tranquilizar al animal y hacer que dejara el cuerpo inerte de su madre para terminar en los brazos de la joven? Eso habría que

preguntárselo a Miriam, pero lo verdaderamente cierto es que aquella tarde la nieta de la curandera judía Rut bajó a Sancta Illana con una cría de lobo entre sus brazos.

XIV

Santillana del Mar.
Año 2003 de los cristianos. Mes de octubre

APESAR de que se había jurado a sí mismo que no ocurriría, hubo más de una ocasión en que en los cristales del Seat Ibiza que conducía Nicole, porque el hombro de Gabriel aún no estaba para esos ejercicios, se reflejaron los recuerdos de aquel otro viaje a Santillana del Mar meses atrás. Pero al mirar a su acompañante no encontró los ojos verdes de Sol, sino la mirada dulce de Nicole. Al fondo del azul, si uno buceaba hasta allí, se descubría miedo e incertidumbre.

Otras veces, cuando la mente va y viene y ya no sabe en qué dar, Gabriel imaginaba lo que diría de aquel cambio de acompañante el bueno de Perales, y sonreía en silencio imaginándose la respuesta: esta tiene mucho más de delante y detrás que la otra, que ya le decía yo a usted, don Gabriel, que le encontraba yo una donde fuera y que estaba usted encoñado como un bachiller.

—¿En qué piensas? —Le sorprendió Nicole cuando dejaron atrás Los Corrales de Buelna.

—Pensaba en ti y en Sol —respondió Gabriel, pero sin mayores precisiones.

—¿Ah, sí? —Aunque siempre lo negaría, Nicole sintió el pellizco de los celos—. ¿Te puedo preguntar qué hay entre Sol y tú?

—¿Qué ha de haber? Somos amigos. Vicente es su marido, ¿no lo sabías?

No, Nicole no lo sabía, y no se podrá negar que aquella noticia la alivió grandemente y refrescó las escoceduras que siempre le dejan a uno los celos.

Al llegar a Cartes Nicole marcó en su teléfono móvil el número de Rodrigo, tal y como habían concertado que se haría. Él respondió con un tono de voz que a Nicole le pareció extrañamente inquieto. Confirmaron la cita: a las cuatro en el claustro de la Colegiata.

Gabriel miró al cielo. Comenzaba a lloviznar. Unos hilos de agua tejieron caprichosos dibujos al ser barridos por el limpiaparabrisas.

Circunvalaron Torrelavega, embadurnada de humo, siguiendo la autovía que algún día uniría esas tierras con las planicies castellanas, ocre y azules. Tomaron luego en dirección a Oviedo y atravesaron un túnel que les ofreció, al final del mismo, la posibilidad de ir a Santander en un desvío a la derecha. Nicole no pudo evitar la tentación de recordar a Julio Iraola solo con ver el cartel indicador de Santander.

Llegaron a Santillana del Mar y a la derecha, en el aparcamiento público de la plaza del Rey, aparcaron, como meses antes ocurriera con Sol como compañera.

Gabriel miró a la conductora como para comprobar que los fantasmas estaban enterrados en su fosa matrimonial y su mirada se encontró con la de Nicole.

—¿Estás preparada?

Ella asintió y apretó contra sí la mochila en cuyo interior viajaba el talismán de Raziél.

—Se lo daremos a Rodrigo y espero que así nos deje en paz a los dos, ¿de acuerdo?

—¿De veras crees que fue él quien ordenó que te dispararan? —le preguntó Nicole. A ella le parecía imposible que un hombre como Rodrigo fuera capaz de matar.

—¿Quién crees que lo hizo? —repuso él, recordando lo que aquel hombre había hecho con el pobre Fructuoso Perales.

Eran las tres y media de la tarde cuando pisaron las piedras de la calle Santo Domingo. Gabriel tuvo que convencer a Nicole de que sería imprudente visitar al señor Barreda y a su hija antes de que todo aquello se resolviera para siempre, y aunque a regañadientes, ella aceptó y tuvo que convenir que por boca de su amigo hablaba la prudencia y el buen criterio.

Siguieron por la calle de la Carrera y más tarde por la del Cantón, y al llegar frente a la Colegiata un temblor ablandó sus piernas. Miraron las piedras venerables y el periodista se preguntó si todo aquello no sería un sueño. ¿Sería posible que él hubiera escrito una novela que, por lo que se venía sacando en conclusión, era más bien historia que ficción?

Pagaron los euros que les pidieron y fueron los primeros en acceder al claustro aquella tarde. El vendedor de las entradas les sonrió amablemente y deslizó un saludo que a Gabriel le pareció con sabor argentino. ¿Dónde había visto él aquella cara antes?

Zarza sintió un escalofrío que pronto le hizo olvidar al argentino o lo que quiera que fuese aquel sujeto. Entrar en un claustro es una experiencia impagable, y desde luego que él firmaría donde fuera, con sangre de ser preciso, para tener que abonar tan barata entrada para acceder al Paraíso. Y eso, el Paraíso y no otra cosa, venía a simbolizar el claustro. Eso decía Bernardo de Claraval, recordó Gabriel.

—¿Sabes que acabamos de entrar en la Jerusalén celeste? —Sonrió a Nicole.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella.

—Al claustro. Juan, en El Apocalipsis, dice que la Jerusalén celeste está asentada sobre una planta cuadrada, de igual anchura que longitud. Aquí se nos invita a recorrer las cuatro etapas de la Redención: Encarnación, Pasión, Resurrección y Ascensión.

—Nacer, vivir y morir —resumió con mucho aplomo la muchacha.

Gabriel asintió. Nacer y vivir ya eran etapas gastadas. Les faltaba morir y resucitar. ¿Eso era lo que estaba por venirles allí?

—Ven, mira —cogió de la mano a la joven y sintió por vez primera aquella piel

suave y no pudo evitar sobrecogerse—. Te voy a enseñar los dos capiteles donde están las Palabras de Yahvé grabadas.

Le mostró primero el capitel número diecisiete, el del Juicio Final, el Juicio de los Muertos egipcio en versión románica. Era el que más cerca estaba de ellos, casi enfrente de la entrada por la que acceden los turistas al claustro, en la galería oeste. Después, ya siempre de la mano, sintiéndose arropados mutuamente, leyeron lo que escribió el templario Nuño García en el capitel número diez. Allí seguía, eternamente muerto y eternamente vivo a la vez, el dragón del Mal lanceado por el caballero que contaba con el ángel —¿sería Raziel?— como tropa de apoyo.

Un hombre entró en ese momento en el claustro. Gabriel lo reconoció como el hombre de la fotografía.

—¿Señor Rodrigo! —lo llamó Nicole.

El hombre, sesentón pero imponente, de ojos severos y expresión inteligente, miró a la joven y se sorprendió visiblemente al verla acompañada por Gabriel Zarza.

—¿Quién es usted? —dijo mirando al periodista.

Es un amigo —se adelantó Nicole en la respuesta—. Se llama Gabriel y es escritor. Ha escrito una novela sobre el talismán.

De modo que aquel era el autor de la novela de marras, se dijo Rodrigo. Ciertamente aquella era una historia sorprendente. ¿Qué más cosas podrían suceder alrededor del talismán?

Rodrigo les hizo un gesto para que lo siguieran. Recorrió la galería oeste sin mostrar el menor interés por los capiteles, ni siquiera por el número diecisiete, cuya columna casi rozó con su abrigo, y dobló por la galería norte hasta detenerse al comienzo de la galería este. Tanto en la norte como en la este había una serie de tapas de sepulcro, según observó Gabriel. En la galería este había siete de aquellas losas.

—¿Tienes el talismán? —preguntó Rodrigo a la muchacha.

—¿Dónde está Ana? ¿Por qué no está contigo?

—Está en peligro, Nicole. Todos los estamos —repuso Rodrigo—. Dame el talismán y aléjate de aquí, por favor.

—Me dijiste que ella moriría si no te lo daba, pero cómo sé que eso es cierto.

Nicole vio de pronto una expresión que nunca había visto en Rodrigo hasta ese instante.

—Dame el talismán, Nicole, y no hagas más tonterías —de un bolsillo de la chaqueta de Rodrigo salió una pistola que los miró fría y siniestra.

—¿De modo que fue usted quien nos disparó en Madrid? —preguntó Gabriel.

—No diga tonterías. No sé de qué me habla. Serían ellos, supongo.

—¿Quiénes son ellos? —Quiso saber Gabriel—. ¿A quién se refiere?

En ese momento entraron en el claustro tres turistas. Un matrimonio de edad madura que se dispuso, veloz, a seguir las explicaciones de la grabación que describe al detalle qué hay en cada capitel grabado. Afortunadamente para Rodrigo, comenzarían la visita por el primero de los capiteles, en la galería sur. El otro

visitante era un hombrecillo con una cámara de vídeo al que nadie prestó mucha atención y que entró a visitar el interior de la iglesia.

—No tenéis ni idea de lo que está ocurriendo aquí —dijo Rodrigo—. A decir verdad, ni yo mismo sé quiénes están tras el talismán, pero os aseguro que no les temblará el pulso para apretar el gatillo. Secuestraron a mi mujer hace meses y me amenazan continuamente.

—¡Dios mío! ¡Ana! —exclamó Nicole.

—Está bien, Nicole. Solo que si no les entrego el talismán, ella morirá.

—Efectivamente, eso es lo que ocurrirá —escucharon a su espalda el acento argentino del vendedor de entradas—, así que ya está usted dejando de hacer el tonto, Rodrigo. ¿Creía que no seguiríamos a la parejita? ¿O es que quería fugarse usted con el pedrusco?

Gabriel miró a aquel tipo y entonces recordó dónde lo había visto antes. ¡Era el auxiliar del hospital!

—Por favor, Rodrigo, no hagas el idiota —otro hombre había llegado por la galería sur y no lo habían advertido.

—¡Ignacio! ¿Qué demonios haces tú aquí? —Rodrigo miraba atónito al cardenal Ruiz de Lozoya.

—Vengo a cerciorarme de que todo acaba bien —sonrió el cardenal, que vestía un traje gris calentado por un abrigo azul oscuro—. Deme el talismán, señorita.

—Antes de que tu gorila me dispare, yo te haré un roto a ti en el traje, cardenal —prometió Rodrigo—. Pagarás caro el secuestro de mi mujer.

—No seas imbécil, Rodrigo. No me hagas demostrarte otra vez que soy mucho más inteligente que tú —rio despectivamente el cardenal—. Lo he sido toda la vida, y tú lo sabes. Por eso te quedaste abajo, en una mísera cátedra de Universidad explicando mil veces el diseño de la columnata de Bernini a alumnos a los que les traía sin cuidado. En cambio yo...

—En cambio tú, ¿qué? —dijo desafiante Rodrigo—. ¿Has conocido el amor de una mujer? ¿Crees de verdad en ese Dios que nos grabaron a fuego siendo niños? ¿Quién demonios eres tú?

—El futuro Papa —dijo con ojos inyectados en sangre el cardenal—. El Papa ante el que todos, incluso tú, Rodrigo, tendréis que doblar la rodilla. Y mi vida habrá merecido la pena. ¿Amar a una mujer? Amé a muchas, no a una sola. ¿El Dios de nuestra infancia? ¿Qué tiene Él que ver en esto?

—¿El Papa? ¿Te has vuelto loco?

—¿Has oído hablar de San Malaquías, Rodrigo?

El matrimonio que seguía con atención las explicaciones de la megafonía pasó por delante de ellos sin prestarles mucha atención. La voz grabada cantaba entonces los avatares sufridos por la galería este del claustro y la desafortunada remodelación a la que fue sometido.

—Dime —insistió el cardenal—. ¿Has oído hablar de San Malaquías?

XV

Sancta Illana. Año 1369 de los cristianos

A ¿QUIÉN se le ocurre? ¿Es que estás loca? —le reprochó su madre—. Si tu padre estuviera en casa, no te hubieras atrevido a traer aquí ese bicho —el lobezno, tal vez entendiendo que allí se hablaba de él, se acurrucó aún más entre los senos de la joven, como no queriendo oír ni una palabra más—. Así que te vas ahora mismo y lo sueltas en el monte, que es donde debe estar.

—Pero su madre está muerta —quiso defenderse Miriam.

—Y la tuya está a punto de morir de un disgusto —protestó María, quien buscó alianza en la abuela—. Dígale usted algo, abuela, que esta hija mía con tanto saber se ha pasado.

—Si el lobezno te va a impedir dormir, María —respondió con un brillo en sus ojos casi inservibles Rut—, que Miriam lo lleve a mi casa. Me hará compañía.

—¡Abuela! —exclamó María como un reproche.

—¡Abuela! —gritó Miriam su felicidad.

—Pues que se vaya ella también si quiere estar con esa bestia —fue la última frase que dijo en la discusión María antes de dar media vuelta y cerrar de un portazo su casa a su hija y a la terrible mascota que se había procurado.

Y así fue. Y así pasaron dos meses. Y con el verano regresó Joás, que reprobó a Miriam su locura en cuanto le fue referida la historia por su esposa, pero para entonces el lobato estaba fuerte y su musculatura empezaba a ser tan temible como lo eran las historias que su padre había oído a otros comerciantes de Aguilar de Campóo y de Cartes, gentes que tenían en el movimiento de trigo de acá para allá su sustento. Eran historias que hablaban de un partida de soldados que estaba sembrando el terror en las aljamas del norte de Castilla y que, según decían, venían cada vez más cerca del mar. Había rumores que los situaban en Castro Urdiales y otros decían que se los vio por Colindres, o por Galizano, e incluso en San Vicente de la Barquera estaban esperando que cayeran sobre ellos en cualquier momento.

—¿Qué busca esa gente?, padre —preguntó incómoda Miriam, que seguía dudando si había hecho bien en ocultar el modo en que murió la loba Rut.

—No lo sé, no lo sé, pero he oído que antes de matar a los de nuestra raza los torturan.

—¡Miserables! —sentenció Rut.

Rut bautizó al lobo con el nombre de Raziel, el mismo del ángel del talismán, cuya historia había contado a Miriam de cabo a rabo mucho tiempo atrás. Y con el paso de los meses la muchacha y el joven lobo adquirieron la costumbre de salir

temprano al monte y caminar hasta bien entrada la tarde, de ese modo ella podía hacer su trabajo y al mismo tiempo evitar las miradas de creciente animadversión de los vecinos hacia el animal.

Joás, con su eterna canción de temores, aseguraba que el lobo era lo último que faltaba para que la gente, como otros lugares de Castilla y de Aragón, se echase sobre los judíos de Sancta Illana, pero ella no estaba dispuesta a abandonar a su amigo.

Era un día de verano como otro más. Miriam recogió su pelo largo y negro en una coleta, se subió a lomos de su yegua gris y le susurró al oído aquellas palabras que solo ellas dos conocían, palabras de cariño y complicidad. Después silbó a Raziel, que acudió dando saltos y lamiendo la cara de su benefactora, deseoso de una nueva excursión donde poder oler y, quién sabe, tal vez cazar algo de cuanto por allí se movía. Era un día de verano como cualquier otro, solo que fue el último día en que Miriam vio con vida a su familia.

XVI

Santillana del Mar.
Año 2003 de los cristianos. Mes de octubre

CIENTO once papas —dijo Gabriel—. A San Malaquías se le atribuye una profecía, aunque no está muy claro que fuera él su autor, según la cual habrá ciento once papas. A cada Papa le corresponde una divisa o un lema que se ajusta a su personalidad o a su origen. Al actual le corresponde *De labore solis*.

—Muy bien, señor escritor —aplaudió el cardenal—. Va de acierto en acierto. Me tiene que contar cómo atinó tanto con su novela. Pero ahora dejemos eso —y se volvió hacia Rodrigo—. ¿Has oído? Ciento once papas. ¿Sabes qué número hace el actual? Es el ciento diez, Rodrigo, y está senil e inválido. Tal vez haya que ayudarle a dar el último paso. Pero antes necesito ese talismán.

—Estás loco.

Rodrigo miraba a su amigo de la infancia como si nunca lo hubiera visto.

—¿Por qué crees que te nombrarán Papa a ti?

—Novelista, dígame a este pobre hombre cuál es el lema que corresponde al último Pontífice de la lista del bueno de Malaquías.

—*De gloria olivae* —dijo Gabriel, que seguía aquella conversación hechizado—. *La gloria del olivo*.

—¿Y qué tiene que ver eso contigo? —preguntó Rodrigo—. ¿Un Papa castellano en Roma? ¡No te lo crees ni tú!

—¿Un Papa castellano? ¿Estás seguro? —Rio Ignacio Ruiz de Lozoya—. Me conociste en Valladolid cuando vestíamos pantalón corto, pero ¿no recuerdas lo que respondía en clase cuando don José me preguntaba dónde había nacido yo?

—¡En Martos! —Las aguas turbias de la memoria de Rodrigo se abrieron como en el paso de las familias judías del éxodo—. ¡Serás hijo de puta! ¿Te has creído *La gloria del olivo*?

—Son muchos los que están convencidos, y otros muchos se terminarán por convencer.

—¿Esa gente cree en Dios? —le reprochó Rodrigo.

—¿Cómo crees que se eligen los papas? ¿Crees que Dios nos sopla al oído sus secretos? Los verdaderos favoritos, los hombres de fe inquebrantable, resultan incómodos para todo el mundo y acaban fuera de las quinielas. Y cuando alguno logra burlar ese control, pues se le ajustan las cuentas después, como se hizo con Albino Luciani. A ese lo visitó Dios de noche y la monja Vicenza Tafarelli lo encontró de mañana arrojado por el Creador, aquel Dios que teníamos de chiquillos,

Rodrigo. Las conspiraciones han comenzado ya, pero los fieles son ovejas que pacen en silencio a la espera del nuevo pastor. ¿Has dejado tú de ser una oveja, Rodrigo?

—Y el talismán, ¿para qué lo quiere el Papa? —preguntó Gabriel.

—Para alterar la historia, para alterar la profecía —dijo exultante el cardenal—. ¿Qué es eso de *Non omnis moriar*? ¿No morir del todo? Mejor será no morir nunca. Los expertos en la profecía, como mi buen ayudante, Damiano Corradi, no se ponen de acuerdo sobre si el Papa cuyo lema es *La gloria del olivo* será el último o aún ha de venir otro a quien llaman Pedro el Romano. Con él, la Iglesia encontrará su fin, y a nadie de los que vestimos la púrpura nos entusiasma esa idea. ¿Comprendéis? Seré un Papa, pero un Papa inmortal, capaz de prestar el más grande servicio a la Iglesia, pues también la hará inmortal mi propia existencia.

—¿Estás loco? —gritó Rodrigo.

—No grites, que te va a dar lo mismo —dijo el cardenal—. No hay nadie más en el claustro. Ese matrimonio ya salió y hemos suspendido las visitas por esta tarde hasta que me des el talismán, de modo que basta de charlas. Rodolfo —indicó al argentino—, coge el talismán y dámelo.

Nicole se echó atrás instintivamente y Rodrigo apuntó a la cabeza del cardenal.

—Ni se te ocurra —gritó el profesor al argentino—, o mato al último Papa.

—Está bien —levantó las manos pidiendo medida el cardenal—. No quería llegar a esto, pero me obligas a ello —dio una palmada que resonó por las galerías del claustro y del vestíbulo donde son recibidos los turistas salió Leovigildo Velloso llevando del brazo a Ana.

—¡Hijo de puta! —le gritó Rodrigo—. ¡Suéltala!

—¿Me darás ahora el puñetero talismán? —preguntó el cardenal.

—Lo mejor será que le demos un escarmiento —otro hombre había salido del vestíbulo—. Dispara Leo —ordenó.

—Como usted diga, señor *obispo* —para Leovigildo Velloso, cualquier orden de su benefactor no entraba en el terreno de la discusión, de modo que disparó por la espalda a Ana, quien cayó como un muñeco en la intersección de las galerías este y sur.

—¡No! ¡Maldito seas, Torcuato! —El dolor había sacado de sus casillas a Rodrigo, que miraba con incredulidad a Torcuato Soria—. De modo que también estás tú en esto.

—Yo no he perdido nunca mis ideales y sirvo a Dios y a España —respondió el *obispo*, como lo llamaban los Velloso.

Entonces Rodrigo comprendió cómo era posible que el cardenal supiera todos los detalles de aquella historia. Torcuato había sido el traductor del documento hebreo y también de una de las Palabras de Yahvé. Pero ¿y la otra?

—Que no te ciegue otra vez el amor, Rodrigo —dijo dulcemente el cardenal—. Esa chica tiene en sus manos el remedio para resucitar a Ana. Dile que nos lo dé y nos iremos de aquí.

—¿Cómo sabemos que estaremos a salvo? —preguntó Gabriel.

—¿Quién iba a creeros si contaseis lo que aquí ha ocurrido? —le respondió el cardenal—. ¿Qué harás? ¿Escribirás otra novela? ¿Sabes cuántas se han escrito sacando a la luz los trapos sucios del Vaticano? ¿Cuántos fieles crees que nos hará perder esa novela? ¿Te parece que serás capaz de hacer tambalear a la multinacional de la Verdad? Muchacha —miró a Nicole, que seguía sin poder despegar los labios—, dame el talismán y devolveremos a la vida a esa mujer.

Nicole sacó lentamente la piedra azul y se la entregó al cardenal. Ignacio Ruiz de Lozoya se acercó al cuerpo sin vida de Ana y pronunció las dos Palabras colocando el talismán sobre el corazón de la mujer y el soplo de la vida regresó a ella mientras su marido la abrazaba llorando.

—La segunda Palabra estaba en el despacho de aquel profesor, Iraola —le dijo despectivamente Torcuato Soria dándole la espalda.

El Papa de la muerte salió del claustro en compañía de su siniestro séquito. Rodrigo hizo ademán de seguirlos, pero Gabriel lo retuvo.

—No haga usted una tontería —le dijo—. No tiene ninguna posibilidad.

Rodrigo se miró las manos, temblorosas, y sintió la caricia de su mujer.

—Por favor, Rodrigo, déjalo ya —le dijeron unos ojos húmedos y dulces.

El claustro se abrió de pronto y una docena de visitantes irrumpió en el Paraíso Terrenal, donde sin que jamás ninguno de ellos lo sospechara se habían apurado los cálices de la muerte y la resurrección unos minutos antes. Y con tanto ajeteo de personal rondando los capiteles de las galerías, nadie reparó en el hombrecillo aceitinado que salió de la iglesia en pos de *La gloria del olivo*.

No habían hecho más que dejar atrás la fuente que custodia la Colegiata, en la calle de Río y a la altura de la Casa de los Hombrones, cuando el acompañamiento del futuro Papa se vio rodeado de un aluvión de turistas de la tercera edad.

—Señor Torcuato —dijo Velloso—, que si usted no manda nada más yo voy a solucionar lo mío.

Torcuato Soria asintió. Le daba lo mismo lo que tuviera que hacer aquel insensato. En lo que a él tocaba, la voluntad de Dios se había cumplido y la Iglesia tenía garantizada su eternidad con un Papa que, para mayor honra suya y de su stirpe, era amigo suyo, español cabal y de orden y pondría a buen recaudo a esos curas comunistas de Suramérica.

Y mientras Velloso se abrió paso a codazos entre los vejetes que se acercaban en manada a la Colegiata, *La gloria del olivo* tropezó con un personaje al que ni siquiera pudo ver la cara. Sería alguno de aquellos viejos estúpidos, se dijo. Luego, tras salir indemnes de la maraña de jubilados, apretó el paso hasta llegar al poderoso Mercedes Benz de Torcuato Soria.

—Vámonos de aquí, Torcuato —ordenó—. No volveré jamás a este pueblo. Lo juro.

Minutos después, y al abrigo de la poderosa ingeniería rodante, el futuro Papa

quiso degustar el sabor del éxito sacando del bolsillo interior de su chaqueta el talismán, pero por más que se palpó por todos los sitios, no había traza alguna de la piedra. Bueno, por faltar, le faltaba hasta la cartera, que tenía sus buenos mil euros y otras muchas cosas que anunciaban su dignidad.

—¡Hijos de puta! —gritó—. Para. Tenemos que regresar.

XVII

Sancta Illana. Año 1369 de los cristianos

LA ventaja que tiene creer en el Dios del Papa, a diferencia de las aberraciones de los infieles, es que al final el Señor, si somos perseverantes y construimos en la Tierra su voluntad, siempre nos escucha.

Eso mismo debió pensar aquella tarde Simón de Montforte, dominico militante y setentón que había dedicado casi la totalidad de su vida esperando que alguien le respondiera como ocurrió en aquel pueblo de Sancta Illana a la pregunta que, ininterrumpidamente, había formulado a diestro y siniestro durante años.

—¿Habéis oído hablar de una judía que se llama Rut? —deslizó la pregunta con una mueca que quería ser una sonrisa pero que no lo lograba, y es que a Simón le faltaba entrenamiento en las cosas alegres de la vida.

—¿Rut? —El pobre hombre que tropezó a las afueras del pueblo y que era el destinatario de la pregunta emborronada en una mueca de sonrisa miraba al dominico y a la extraña compañía que este llevaba y que consistía en media docena de sujetos armados hasta los dientes, llenos de barro y de acero, poco hechos, le pareció, a genuflexiones y a ayunos—. ¿Rut? ¿La curandera judía?

—¿Curandera? —El ave rapaz vestido de negro y blanco sintió un vuelco en el estómago.

—Sí, padre, es una curandera muy buena, pero ya está vieja. Menos mal que su nieta nos atiende ahora.

—¿Os atiende una curandera judía? ¿No hay físico cristiano en estas tierras? —Se irritó Simón.

—Lo siento, padre, no sabía que hacíamos mal dejándonos sanar por una mujer judía.

—Está bien, está bien, sois ignorante, eso es todo.

Simón no quería perder la pista ahora que había descubierto las huellas de la judía.

—Y decidme, cristiano, ¿dónde vive la judía?

Solo un par de horas de aquella tarde necesitó Simón de Montforte para explicar el verdadero catecismo a las mujeres y hombre, a los niños y hasta a los animales de aquel pueblo. ¿Qué era aquello de tener tratos con judíos? ¿Era cierto que había varios de esos asesinos de Jesús en el pueblo? ¿No sabían que el buen rey Enrique II, a diferencia de su antecesor, Pedro I, estaba dando buena cuenta de los cerdos hebreos? ¿Cuántas veces no les habrían sacado sangre y quién sabe qué más mantecas y humores vitales aquella judía mientras decía que los curaba? Sí, se anticipó a las

dudas que notaba que aún tenía el auditorio, ya sé que algunos creéis que os sanó de los males, pero ¿no será que ellos mismos habían propagado esas pústulas y temblores previamente? ¿No eran ellos, los judíos, los que envenenaron los pozos y las fuentes provocando la peste negra en media Europa? ¿Hasta cuándo vais a permitir que quienes crucificaron a Nuestro Señor Jesucristo se burlen de vosotros?

A Simón no se le había ocurrido nunca pensar que Jesús era un judío de los pies a la cabeza, como lo fueron Pedro, Santiago, Juan y el resto de la nómina de seguidores reconocidos de aquel predicador que vivió mil trescientos y pico años antes. A Simón no se le había ocurrido nunca pensar que también aquel judío iba por ahí haciendo curaciones pasmosas, como las que en Sancta Illana se decía que había hecho, a base de hierbas, la vieja Rut, que a la luz de la nueva lectura de su biografía con la que Simón los había obsequiado resultaba ser una arpía de la peor especie. A Simón no se le había ocurrido detenerse en aquella frase de Jesús sobre el perdón y sobre lo imposible de localizar en el padrón humano a alguien que esté limpio de culpa. A Simón solo se le había quedado grabada en la memoria otra frase que ponen en boca del Nazareno: *He venido a traer la espada.*

Joás y su mujer fueron apresados a las primeras de cambio por una turba llena de conocidos. Eran sus vecinos, sí, pero sus ojos eran diferentes. Parecían consumidos por el odio. Derribaron la puerta de su casa, saquearon su vivienda, se hicieron con los objetos de valor y quemaron todo aquello que olía a judío en la plaza del pueblo.

Un clérigo reseco, con un hábito blanco y negro, dirigía las operaciones. La Torá, el *tallit*, las filacterias... todo fue apilado en una pira a la que el mismo Joás y su mujer fueron lanzados una vez que el fraile maldito descubrió que no les arrancaba una sola palabra del asunto del talismán de marras. Y el humo de la hoguera y el olor a carne ahumada fue solo el inicio de una noche de terror.

Luego fueron a por Rut.

—¡Al fin, vieja bruja! —Se presentó Simón como solo él sabía hacerlo—. ¡Toda mi vida he ansiado este momento!

—Gracias a Yahvé mi vida ha sido más rica y con más alicientes que la suya, por lo que se ve —se burló Rut—. Lástima que no tenga ni la menor idea de quién sois vos.

—No lo sabéis, pero os aseguro que si no me decís lo que deseo seré la última persona que vean esos pecadores ojos.

—Eso sería terrible si mis ojos aún pudieran ver algo más allá de mis narices —se burló la anciana.

Los soldados franceses que acompañaban al dominico, gentes de la peor especie reclutadas como mercenarios entre lo más escogido de la morralla del otro flanco de los Pirineos, demostraron su profesionalidad. Empujaron a la anciana y la desvistieron; después, uno tras otro la violó mientras el fraile preguntaba sin desmayo a los ojos ciegos que no mostraban la más mínima emoción dónde estaban las Palabras secretas de Raziél.

Rut descubrió de pronto en qué consistía aquella pesadilla. Aquel demente creía que podría localizar el arcano amuleto en su beneficio, y se alegró de no haberle dicho nunca a su hijo dónde estaban grabadas las dos Palabras. Solo su nieta lo sabía. ¡Su nieta! ¡Qué Yahvé la proteja!

Rut murió instantes antes de ser lanzada a la hoguera cuyas lenguas habían consumido a Joás y a su esposa, además de a varias familias judías de los alrededores.

Simón estaba al borde de la desesperación cuando fue recuperado de ella por la voz de alerta de uno de aquellos lugareños que habían descubierto la luz de la Iglesia, alabada sea por siempre Señor, aquella tarde.

—Falta la nieta, falta la nieta —los demás corearon la frase como quien entona el cumpleaños feliz.

Un acierto, ya se ve, la advertencia del paisano.

¡La nieta! Es cierto, se dijo Simón, recordando que el primer hombre a quien interrogó le dijo que la vieja tenía una nieta aprendiz de sus hechizos. Los soldados registraron el pueblo sin dejar ni un resquicio, pero no encontraron rastro de la joven.

—¿Cómo se llama? ¿Dónde está esa hija de puta? —Simón estaba fuera de sí.

—¡Miriam! ¡Se llama Miriam! —respondió el mismo tipo que había detectado la ausencia de la joven. Ya se veía que estaba sembrado aquella tarde que ya moría 7 que suyo sin duda iba a ser el Reino de los Cielos.

Entonces, de pronto, a todos se les hizo la luz. Recordaron la historia de la muchacha, una belleza por cierto, dijeron, que había recogido un lobo hacía unos meses y lo había criado y acostumbraba a ir con él al monte.

¿Un lobo? Simón no tuvo duda, y se lo demostró encadenando más frases juntas de las que todos aquellos ganapanes podían llegar a pronunciar en toda su vida, que la tal Miriam era bruja, y de las peores. Todos reconocieron lo cierto del juicio del señor fraile y se pusieron a su servicio para lo que hiciera falta.

¿Quién conoce bien los montes? Hubo varios voluntarios. Se pidieron señas. ¿Cómo es la bruja? Es alta, dijeron, morena y de ojos verdes, preciosa, dijo alguien relamiéndose solo con el recuerdo. ¿No será demasiado bella para ser una mujer común? ¡Coño, en eso no había caído nadie! ¡A ver si resultaba que era todo cosa del diablo!

Se echaron al monte. Dos hombres del pueblo olfateaban las huellas en compañía de tres de los soldados franceses. Simón iba detrás y cerraba la expedición de la muerte el otro trío de violadores y pirómanos gabachos.

Toda la noche rastrearon el monte. Las pistas eran claras: la joven cabalgaba con su yegua hacia Mozagro. Ellos aceleraron el paso y Dios los bendijo a todos con la visión de la muchacha acurrucada junto al fuego en un improvisado campamento. La luz dorada del amanecer se filtraba entre hayas, cajigas y robles. A los pies de la joven, que para mayor regusto de la partida dormía bajo la estrellada noche de verano como Yahvé la trajo al mundo, estaba Raziél.

A los hombres, a la vista de lo que había allí enfrente, fuera bruja o fuera

demonio, se les nubló el juicio. Y quién sabe si al fraile también le pasó lo mismo, que tanto ver violaciones y no catar uno acaba dudando hasta del día en que vive. El caso es que, nublado el juicio y a merced del dictado de la entrepiera, la chusma cometió el error de olvidar que el lobo huele a mucha más distancia que ellos pretendían sentir el olor a hembra. Y Raziel aulló.

Miriam despertó sobresaltada y solo tuvo tiempo de ver a aquellos hombres correr hacia ella desde el otro extremo del claro. No dudó ni un instante y, desnuda como estaba, montó sobre su yegua y se adentró en la espesura del bosque. Silbó a Raziel y este dudó, pero al final obedeció a su amiga.

Miriam conocía tan bien aquellos pagos como el que más, y aunque los dos guías que el dominico tenía también eran hábiles en los montes, poco podían hacer si la muchacha ganaba la cumbre, pues entonces, en aquellas praderas eternamente verdes, las cuatro patas de la yegua y del lobo serían adversarios imposibles de batir.

Los setenta y pico años de Simón era demasiado lastre para una persecución de aquel tipo. Ordenó a sus hombres que siguieran hasta alcanzar a la bruja, que él se quedaría allí esperándolos. Ellos dudaron.

—¡Seguidla, maldita sea! —bramó el clérigo.

La partida se alejó en pos de la prófuga, que desnuda como estaba sentía mil y un arañosos en su cuerpo, pero su mente seguía lúcida y clara. La enmarañada vegetación, reino de hayas y cajigas, dificultaba el avance de la yegua. *¿Qué pensaban sus perseguidores?*, se dijo. *Sin duda, temerían que llegara a la cima del monte. Pues no lo haría, o al menos no lo haría ella, sino solo su yegua.*

Miriam desmontó y urdió un plan. De nada servía escapar ahora, pues la seguirían sin desmayo. Decidió enviar cuesta arriba a la yegua y ella y Raziel darían un rodeo para regresar al pueblo. Allí buscaría ayuda y saldría con vida de aquella extraña aventura. Aquellos hombres eran peligrosos, no cabía duda, y en ellos reconoció a los asesinos de la loba Rut.

El plan de la joven estaba resultando casi un éxito. De los ocho perseguidores, seis siguieron tras la yegua y dos quedaron rezagados debido a la fatiga. Echando el estómago por la boca, dos de los sicarios franceses decidieron regresar al campamento de la bruja donde había quedado el fraile. Le dirían que estaban preocupados por él, y si detenían los demás a la hembra, ellos siempre tendrían la posibilidad de catarla, aunque fuera en el último turno.

Miriam se deslizó por el bosque con cuidado. No había visto que dos de los soldados habían dado la vuelta y tampoco podía saber que el dominico nunca había salido de su campamento. La muchacha pensaba que podría coger al menos sus ropas para no presentarse desnuda en el pueblo, y esa fue su perdición.

No vio a los dos hombres armados hasta que fue demasiado tarde. Y no se podrá contar aquí en su justa medida la sensación de enorme placer que aquel encuentro causó en la brújula cotidiana de los soldados cuando hicieron presa sobre el cuerpo de la joven hebrea. Sintieron su rabia cuando los golpeó y les mordió, pero también su

tibio calor y a punto estuvieron de dar rienda suelta a su instinto allí mismo, pero entonces la voz rasposa de Simón los detuvo.

—¡Quietos! ¡Quietos! —gritó—. Tengo que hablar con ella.

Miriam observó con descaro a aquel hombre nudoso, reseco y de mirada febril que la analizaba de arriba abajo, pero no pudo descubrir en aquellos ojos enrojecidos lujuria sino locura.

—¡Atadla a ese árbol! —ordenó el clérigo.

Los dos secuaces estaban ya imaginando la escena en que ellos embestían una y otra vez entre aquellos muslos morenos hasta que la bruja confesase lo que el padre Simón deseaba saber, pero fueron interrumpidos por alguien con quien nadie contaba.

Un joven lobo saltó con una furia incontrolada contra ellos, como si en lo más recóndito de su ser hubiera captado algo más que el peligro en que se encontraba su amiga. Se diría que su instinto le dijo quiénes habían asesinado a su madre y a sus hermanos, y así, sin atender ni siquiera a la voz de Miriam por vez primera en su vida, Raziél atrapó la yugular del primer soldado que estuvo a su alcance y le segó la vida. Y cuando el segundo se rehízo de la caída y se aprestaba a desenvainar la espada, las mandíbulas implacables del lobo cayeron sobre su brazo primero y sobre su cara después. El resto fue sangre y chasquidos de huesos.

Miriam contempló la escena desde mil kilómetros de distancia, y el dominico pareció por un instante el viejo y derrotado hombre que realmente era, pero el Señor acudió en su ayuda y le debió susurrar un plan de emergencia. Simón recogió del suelo con agilidad imposible la daga de uno de los soldados muertos y tomó entre sus brazos a la joven antes de que esta pudiera reaccionar. Entonces, obligó a la muchacha a decirle al lobo que se alejara. Cuando Miriam habló, los ojos de Simón se llenaron de lágrimas de alegría, pues estaba seguro de que había encontrado por fin lo que buscaba.

—Raziél, Raziél, quieto —ordenó Miriam.

—¡Raziél! Vos conocéis la historia del talismán, ¿verdad, bruja? —La garra que ahora era la mano del fraile apretó más contra sí a la muchacha, lo que tuvo la virtud de hacer que el trasero cálido de la joven rozara directamente con la parte delantera del hábito de Simón—. ¡Dime dónde están las Palabras!

Miriam cayó entonces en la cuenta. Aquel loco quería saber dónde estaban grabadas aquellas palabras que su abuela Rut le mostró un día lejano en el claustro de la colegiata del pueblo.

—¿Para qué las queréis? De nada sirven si no se tiene el talismán —acertó a decir a pesar de que la daga rozaba peligrosamente su garganta. Al mismo tiempo, Miriam sintió que algo más le tocaba. No era la daga ni estaba en su garganta, sino en su trasero. ¡Maldito cabrón!, pensó, pero no lo dijo.

Simón estaba sintiendo lo que jamás había experimentado. Toda su vida había escapado de los placeres del cuerpo. Sí, era cierto, que había sido tentado, bien lo sabía Dios, pero él había sido inflexible, un titan, un campeón de Dios en la Tierra, y

no había cedido nunca al pecado. Pero ahora, allí, en medio de un monte, sintiendo el roce del trasero de aquella joven en su miembro y viendo tan al alcance sus senos redondos y el jardín oscuro entre sus piernas, sintió que toda una vida de control era poco. Y por una vez en su vida, Simón notó que no controlaba su hombría, que parecía tener vida propia. Y ese segundo de duda fue su perdición, pues con la mano que empuñaba la daga quiso tocar un seno de Miriam y ella aprovechó la ocasión para dar un violento empujón hacia atrás con su trasero al dominico. El cuerpo de Simón chocó contra la roca y miró entonces con un odio extremo a la joven mientras su hábito delataba su inesperada y poderosa erección. Y eso fue lo último que vio Simón, pues una roca se desprendió de la ladera del monte y acertó a caer sobre su cabeza.

Simón de Montforte murió con una daga en la mano y con el miembro viril buscando lo que nunca encontró. Y el Señor su Dios le pagó sus desvelos haciendo que su muerte fuera casi idéntica a la que el día 25 de junio de 1218 se llevó a su *alter ego*, Simón de Montforte, el terror de los herejes cátaros.

Al francés le acertaron en la cabeza con una piedra los defensores de la asediada ciudad de Tolosa; a Simón, la pagana diosa Naturaleza le había lanzado un pedrusco mortal.

Lo último que vio el dominico fue a una mujer de una belleza extraordinaria que lo miraba, desnuda, en compañía de un lobo que se llamaba Raziel. Pero a él le pareció una bruja, y se durmió para siempre pensando en que no había cedido a la lujuria ni al hechizo.

Miriam se fue de allí una vez vestida sin más demora. Silbó a lo lejos para que su yegua supiera dónde estaba y, de haber sabido la letra, bien pudiera haber canturreado la *Canción de Cruzada* que en tierras cataras corrió de boca en boca celebrando la muerte de Simón de Montforte:

Una piedra fue a parar directamente donde debía ir
y tocó a Simón justo encima de su yelmo
de forma que los ojos, el cerebro, los dientes, la frente y las
mandíbulas
le saltaron en pedazos y el conde cayó al suelo muerto, sangriento y
negro.

XVIII

Santillana del Mar.
Año 2003 de los cristianos. Mes de octubre

DE niños, Leovigildo y Recaredo Velloso eran asiduos a los baños que en un remanso profundo del río, a las afueras del pueblo, solía hacer la chavalería del lugar. Allí aprendieron a nadar y a pescar; allí fue donde tuvieron sus primeras peleas como gallitos para asombrar a las niñas, que alguna siempre había a la que impresionar, y allí también, con las hormonas crecidas para esos ejercicios, tuvieron sus primeras experiencias con el sexo femenino. Y esa primera vez fue cosa compartida, aunque se respetó el orden de la primogenitura y el primero que embistió, como está escrito que el hombre arremete contra mujer, fue Leovigildo. Y ella, Diana palpitante, de prietas carnes y pechos emergentes, fue Begoña, que se había ganado fama de hospitalaria por dar cobijo con facilidad y asombrosa frecuencia a los chavales del lugar. Y aunque ya se imaginará que por mucha frecuencia que Begoña cobijara entre lo suyo a la juventud de los pueblos de la comarca, no por eso había exactamente pericia en las posteriores operaciones que han de venir después de la acometida; a Leovigildo aquello le supo a gloria y convino que no había punto de comparación con la soledad de sus ejercicios habituales. Y descabalgado que fue Leovigildo, Recaredo dejó al aire sus vergüenzas y se fue para Begoña con lo suyo por delante, y en la misma hierba de la orilla del río donde su hermano había reparado en lo que se mejoraba en tales aventuras en compañía de mujer, allí fue donde Recaredo hombre vino al mundo, pues como nuevo salió de la hospitalidad de Begoña.

Y esas andanzas recordaba ahora Leovigildo camino del caserón de piedra donde a su hermano le robaron la vida y donde él se había jurado cobrar venganza sobre el asesino que lo dejó sin hermano menor y puso gran vergüenza en la familia a la hora de aderezar y componer aquel cadáver que andaba sin aquello con lo que Recaredo entró un día en las carnes de Begoña como niño y emergió de tal aventura hecho un hombre.

El portón del caserón estaba abierto, y para su satisfacción no había seña alguna de vida por allí, de modo que se fue pistola en mano a la caseta de madera donde, según tenía oído, pasaba sus días el bicho que se llevó por delante a Recaredo. Y sin mediar palabra, pues poco había que decir en tal caso, y, por muchas que allí se dijeran, pocas, por no decir ninguna, había de entender el lobo al que irían destinadas, Leovigildo abrió fuego y allí gastó el cargador completo sin mirar si dentro de la caseta de madera había lobo u oveja.

Y la verdad es que Velloso andaba bien informado, pero no se habían actualizado

esas noticias, a lo que se veía. Y es que, siendo como era cierto y muy verdadero que en la caseta de madera de pino y muy bien barnizada había dormido el lobo Raziel en los días en que a su hermano lo mataron, no era menos cierto que como consecuencia de aquellos desastres la Policía tuvo noticia de que había un lobo en aquella casa y se pidió a doña Ana que tuviera a bien llevárselo a Liébana o a donde fuera el caso, que aquello de tener semejante bestia en un jardín era cosa ilegal y de mal agüero. Y, como ya sabemos los que sí hemos actualizado la información, doña Ana pasó buenos días de primavera y aun del verano en su finca de Liébana, mas llegando el otoño ni supo ni quiso separarse de su amigo, y porque la Policía no se fuera a percatar de que se incumplía lo recomendado, mandó a Aniceto que se le hiciera al lobo cobijo en el amplio garaje que estaba justo detrás de la espalda de Leovigildo.

Aquel ramillete de disparos que dejó muda a la pistola de Velloso y humeante su cañón, vinieron a alterar el sueño de Raziel, que hasta ese instante dormitaba como un bendito en su nueva guarida, con lo que se molestó mucho y salió al jardín para ver qué trajín era aquel. Y siendo como era animal, enseguida dedujo que había peligro para su vida al ver a aquel tipo vestido con un jersey de cuello en pico y camisa de leñador. Pero además, como era animal espabilado al máximo que le es posible a un animal, según creen los hombres, un olor familiar se le vino encima al poco de ventear al intruso. Era el olor de la amenaza y era también el olor que hispe el áspero pelo del lobo sabiendo que el negocio que allí se trata es del matar o morir. Y Raziel gruñó.

Leovigildo Velloso se volvió y ante él se encontró con aquel al que daba por muerto después de muchos tiros en el interior de la caseta de pino barnizada, pero bien claro quedaba dicho que aquel muerto estaba estupendamente de salud y sus colmillos al aire no eran saludo de bienvenida. Velloso apretó el gatillo, porque nunca había sido él de esos que cuentan las balas, y comprobó que no había plomo que regalar a la bestia.

Y Raziel, que con aquel disparo fallido ya tuvo claro lo que hasta ese instante se había olido, se lanzó contra Velloso y lo derribó.

Pataleó el castellano por quitarse de encima a la muerte y recordó lo que aquellos colmillos habían hecho con las partes de su hermano y puso sobre las suyas cuidado encogiéndolas lo más que pudo, pero Raziel tenía otros planes diferentes y le arrancó las manos de aquella zona blanda y allá pincharon sus colmillos provocando gran dolor y muchos gritos en el propietario de las carnes flácidas, a quien al poco sobrevino un desmayo que le vino muy bien, pues así no sintió la dentellada final del lobo Raziel sobre su grueso cuello, que se quebró como las cañas de la orilla del río en el que hacía mucho tiempo entró como hombre entra en mujer en la hospitalidad de Begoña.

XIX

Madrid.
Año 2005 de los cristianos

NUNCA más se supo de Miriam ni del lobo Raziel. Tampoco nadie, hasta hoy, sabía los secretos del talismán de Raziel y de las dos Palabras de Yahvé que lo activan. Es posible que la bella judía saliera con vida de aquella locura, pero también es difícil pensar que eso fue lo que ocurrió. Las matanzas de judíos se sucedieron desde finales del siglo XIV, con años especialmente crueles, como 1391.

La expulsión de uno de los tres dioses con que contó esta Península el mismo año en que otro de ellos, Alá, fue puesto en fuga, fue solo una de tantas estupideces que el hombre ha cometido a lo largo de su historia.

Quedaron enterrados entre siglos de olvido y polvo los huesos de muchos sabios, médicos, cabalistas, astrónomos y astrólogos... Se perdieron entre la bruma los ecos de las risas en fiestas familiares y los llantos de los entierros compartidos... Volaron para no volver jamás los tiempos donde a uno se lo juzgaba por lo que sabía y no por cómo rezaba... Se fueron los años en que se podía creer que había un talismán que Dios entregó, a través del ángel Raziel, al hombre.

Nadie podría creer una historia así, y yo tampoco, hasta hace unos meses.

Hace unos meses descubrí, de esa manera que tanto le gusta a Dios, completamente casual, que todas aquellas creencias no se habían ido del todo, que aún era posible que el talismán de Raziel estuviera entre nosotros y que las Palabras de Poder se pueden leer todavía. Esa información me permitió reconstruir, como Yahvé me dio a entender, todos los sucesos extraordinarios que aquí se refieren.

Desde aquel día en que Dios puso en mis manos aquella información toda mi vida cambió. Hoy soy un hombre nuevo, aunque me siga llamando Gabriel Zarza.

Y aquí finaliza esta novela que di en llamar *El talismán de Raziel*.

El Señor te guardará de todo mal,
él guardará tu alma;
guardará tus salidas y entradas,
desde ahora y por siempre.

(Salmo 121)

Epílogo

En Toledo, en el año 2003 de los cristianos

A un amor imposible de ojos verdes.



I

Santillana. Año 2003 de los cristianos. Mes de octubre

EL lobo Raziel lamía la sangre que se le había pegado en los bigotes cuando entraron por el portón de la casa su amiga Ana, Rodrigo, Gabriel Zarza y Nicole Saintes.

—¡Dios mío! —exclamó Nicole al ver el cuerpo quebrado, como de pelele, que había sido antes Leovigildo Velloso.

Ana llamó a Raziel y le acarició las orejas.

—Era un ladrón o un asesino —dijo Rodrigo refiriéndose al cadáver—. Eso será lo que se le diga a la Policía.

En esto, una furia entró por el portón. Era el cardenal Ignacio Ruiz de Lozoya, futuro Papa según sus cálculos, y tras él emergieron en el jardín el *obispo* Torcuato Soria y el argentino. Ana agarró del cuello al lobo, que ya mostraba ganas de ejercitarse y gruñía y sacaba los colmillos amedrentando incluso a *La gloria del olivo*.

—Agarre a esa bestia si no quieren tener más disgustos —amenazó el cardenal.

—¿Qué lo trae de nuevo por aquí? —preguntó Gabriel, poniéndose delante de Nicole—. ¿No tiene ya el talismán? Había prometido que nos dejaría en paz para siempre.

—No tengo el talismán —bramó el cardenal—. Pero eso ya lo saben ustedes. O me lo devuelven o de aquí no sale nadie con vida.

—Gracias por su bendición, *Santidad* —ironizó Gabriel—, pero no sé de qué está usted hablando. Nosotros le dimos la maldita piedra, así que déjenos en paz.

—Me la han robado —gritó fuera de sí *La gloria del olivo*.

—¿Se la han robado? —se extrañó Rodrigo—. ¿Y cómo cree que hemos sido nosotros si nos quedamos en el claustro?

—¿Los mato ya, señor? —pidió licencia Rodolfo.

—Cállese, imbécil —le respondió Torcuato Soria.

—Ustedes se las han arreglado para robármelo —dijo el cardenal.

—¿No sé de dónde ha sacado usted esa idea? —intervino Gabriel—. De todos modos, si quiere ser Papa como dice, yo, que usted, me andaría con cuidado y no iría dejando cadáveres a mi paso no sea que se sepa que usted estuvo por aquí merodeando.

—¿Y quién iba a saberlo? —lo retó Ruiz de Lozoya.

—No lo sé —sonrió Gabriel—, tal vez el mismo que le pudo robar el talismán. Imagínese —añadió, mirándolo a los ojos directamente— que lo hubieran filmado a

usted con una cámara de vídeo, de esas modernas, pequeñitas, desde el interior de la iglesia mientras nos amenazaba en el claustro.

—Es usted un hijo de puta —insultó el cardenal—. Siempre podría negar que era yo. Sería su palabra contra la del Papa. Nadie sabe que estoy aquí.

—Es posible, pero si a la película le añadimos su documentación, sus credenciales vaticanas y todo eso que un hombre importante como usted puede llevar en la cartera, ciertamente lo va a tener jodido para llegar a estrechar la mano de Dios, *Santidad*. Porque ¿le han robado solo el talismán o también le falta la cartera?

La cólera de Dios asomó, como en los buenos tiempos bíblicos, por las pupilas de *La gloria del olivo*. Había perdido el talismán y también la cartera, pero tal vez aún estaba a tiempo de ganar el papado. Y con un gesto se llevó del jardín de Rodrigo y Ana a sus dos acompañantes. Pero antes se giró y por encima del hombro profetizó:

—Esté seguro, periodista, que jamás olvidará esta afrenta. Esté donde esté, la ira de Dios lo va a perseguir desde el Vaticano. A veces —torció la boca en una mueca aterradora— los hombres encuentran la muerte en cualquier lugar y de la manera más tonta, no lo olvide.

—Espero que usted tampoco me olvide a mí —lo retó Gabriel—. Tengo muchos amigos que desearían emitir esas imágenes suyas del claustro de la Colegiata, *Santidad*.

—Algún día recordará amargamente todo esto, se lo aseguro —los ojos del cardenal eran fuego divino.

Raziel gruñó al verlos marchar.

II

Toledo.

Año 2003 de los cristianos. Mes de noviembre

DÍAS más tarde, Gabriel Zarza se dio un paseo por las inmediaciones de la sinagoga Santa María la Blanca. Era un día rojo de otoño, de cielo de El Greco, tal vez con ángeles que subían y bajaban desde allá arriba para ver los comercios de los hombres.

Un vendedor ambulante al que conocemos bien estaba de palique con una pareja de extranjeros. Había algo ciertamente extraño en ambos, hasta el punto de acobardar al mismísimo Perales para tantear qué llevaban en las carteras. ¿Qué tenían aquellos dos que hablaban el español con acento imposible de acertar, se decía Fructuoso, que tanto respeto daba?

Al ver a Gabriel, vio el cielo abierto, tal vez porque ya se ha dicho que era El Greco quien había dado los brochazos para este retrato. ¿Se habría abierto en verdad el cielo?

—Discúlpeme un momento —dijo Perales a los dos enigmáticos extranjeros—. Enseguida estoy con ustedes.

El vendedor y el periodista se abrazaron.

—Aquí tiene la película y la cartera de ese pájaro —dijo Fructuoso Perales—. Bueno, la cartera va un poco más flaca, como ya se hará cargo usted, que uno tiene que llenar el puchero todos los días y con tanto forcejeo para hacer el bien, pues he perdido yo mis buenas ventas aquí, en lo mío.

—Me hago cargo, Perales, me hago cargo —rio Gabriel—. Pero los papeles del paisano no se los habrá quedado usted, ¿no?

—Los únicos papeles que a mí me interesan son los de colores, don Gabriel, de esos que a uno le abren las puertas y hacen que te traten de señor. Por cierto —añadió—, ¿cómo supo usted que me podría hacer con la cartera y con el pedrusco?

—Lo he visto trabajar varias veces, amigo, lo que no pensaba yo es que se lo íbamos a birlar a un Papa —rio Gabriel—. Yo imaginaba que sería al señorón que lo mató y lo resucitó a usted con el colgante.

—Pues ahora que lo menciona usted, ¿qué se hace con el colgante?

—Quédese con él, que para eso era de su santa madre, ¿no? —Guiñó un ojo el periodista—. Pero vaya con cuidado, que ya ha visto que es pieza golosa.

—Muchas gracias, don Gabriel —contestó Perales. Luego cambió de tono y dio un codazo cómplice al periodista—. ¿Qué me dice usted de una visita esta noche a la Mari Pili?

—No le diría yo que no en otras circunstancias —contestó Gabriel—, pero ya ve

que me encuentro muy obligado —y con la cabeza hizo un gesto señalando detrás de la espalda de Fructuoso.

Perales se volvió siguiendo la mirada de Gabriel y sus ojillos rasgados descubrieron en la puerta de la sinagoga de Santa María la Blanca a Nicole. La muchacha lo saludó y abrió los balcones de sus ojos azules para él.

Gabriel se alejó en dirección a la joven. El vendedor miró a su puesto de trabajo. Allí seguía, esperándolo, la misteriosa pareja. A punto estuvo de llamar a Gabriel Zarza, pero se contuvo. ¿Qué le iba a decir? ¿Que aquellos dos le daban mala espina? ¡Pero si eran de lo más amable!

—Así que andan ustedes de vacaciones —dijo Perales a la pareja para romper el hielo.

—No, más bien hemos venido por cuestión de trabajo —respondió la mujer, de edad imposible de calcular y ojos rasgados.

—Son ustedes matrimonio, supongo —sondeó el vendedor.

—Amigos, compañeros de trabajo —la voz del hombre, alto y delgado, de barba prieta y ojos como tizones, sonó sin ningún acento reconocible para Fructuoso—. Ugarit —el hombre alargó su mano en señal de saludo—. Mi nombre es Ugarit.

Perales estaba alelado. Sintió un calor extraño en su mano.

—Tíe —se presentó la dama.

—¿Y de dónde son ustedes, que no me suena a mí ese acento con que hablan español? —Se atrevió a preguntar el vendedor.

Y así supo el industrial del sector terciario que Ugarit había llegado de Iraq hacía unos días, y él pensó que sería por huir del país, donde las cosas estaban como estaban. En cuanto a la dama, procedía de Egipto, donde tenía oído Fructuoso que también había mucho turista.

—¿Y qué los trae por aquí?

—A decir verdad, algo que sabemos que hay en la ciudad —respondió la mujer antes de añadir, para dejar de piedra a Fructuoso—: y hemos oído hablar mucho de usted.

¡*Joder!*!, exclamó en silencio Perales, los escritos del señor Zarza salen hasta en los papeles del extranjero. Por tanto, dedujo, era ya de manera definitiva famoso, y es que Zarza sí había puesto su retrato en el artículo, no como aquella otra vez, cuando hablaron de él en páginas interiores.

III

Santillana del Mar.
Año 2003 de los cristianos. Mes de noviembre

ANA puso el collar a Raziel y enganchó la correa de cuero, algo que no le hacía la menor gracia al lobo, pero se dejó hacer porque Ana era su madre y su amiga. Rodrigo miraba la escena desde el porche de la casona y no podía dejar de pensar en la eternidad perdida la otra tarde. Amaba a aquella mujer alta, elegante y espléndida a pesar de su edad, y por ella había dejado morir a un hombre y habría matado a mil más si fuera preciso.

Ana lo miró con ternura, como si leyera su corazón incluso a la luz de aquella luna llena.

—Yo también te quiero —le dijo—. Y te querré siempre, más allá de la muerte, que es mucho más difícil que amarse eternamente en vida, ¿no te parece?

Rodrigo sonrió y dos lágrimas se dieron a la fuga de las charcas en que sus ojos se convirtieron.

—Voy a dar un paseo con Raziel —anunció Ana—. Hace buena noche.

Rodrigo asintió sin decir palabra y los vio partir. Luego se llevó las manos a los ojos y las mojó en sal. Al menos, se dijo, sabía que aquella noche volvería a sentir el calor de su esposa bajo las sábanas. ¿Y mañana? Mañana está por escribir.

Ana y Raziel salieron a la calle Gándara y al pasar por la posada Camesa vio al señor Barreda a punto de cerrar. Eran casi las doce de la noche.

—Buenas noches, doña Ana —saludó el señor Barreda—. ¿De paseo? Hace bien, que, aunque fría, está la noche bonita con esa luna.

Ana asintió y sonrió, luego giró a la derecha y después a la izquierda, para tomar la calle Juan Infante, por la que llegó a la Plaza Mayor. Las piedras centenarias de aquellas casas vieron pasar a la mujer y al lobo como siglos atrás fueron testigo tal vez de las andanzas de otra pareja parecida.

Ana pasó junto al Ayuntamiento de la villa y se adentró por la calle Los Hornos. Miró al cielo y vio la luna llena. Helaba sobre los tejados y Raziel la miraba complacido, porque aquello de pasear era cosa muy de su gusto. Y así llegaron a las ruinas de lo que fuera la casa natal de Ana. Y allí, mirando lo que fue, recordó el sueño de la noche anterior, donde vio claramente lo que allí había sido.

La joven desnuda de su sueño le contó que allí creció y que allí vivió hasta que el fuego de la Iglesia purificó de judíos aquellas tierras. La joven se acercó en el sueño hasta rozar con sus dedos la cara de Ana, y entonces vio ella cuánto se parecía a aquella muchacha.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

Ella dijo que Miriam, que su nombre era Miriam, y el lobo que la acompañaba aulló.

Ana miró a Raziel, que a su lado alzó la cabeza mirando a la Luna y rasgó el silencio centenario de las piedras de Santillana del Mar con un aullido ronco y mágico.

En *Amalur*. Otoño de 2005 de los cristianos.



MARIANO FERNÁNDEZ URRESTI (Nacido en Santander, vive en Santillana del Mar, Cantabria) es licenciado en Historia.

Ha sido asesor del Consejo de RTVE en Cantabria. Es autor de casi una veintena de libros sobre enigmas históricos, entre los que destacan *Los Templarios y la palabra perdida*, *La vida secreta de Jesús de Nazaret* o *Felipe II y el secreto de El Escorial*. Es, además, coautor de libros como *Gótica* (Ed. Aguilar) o *Las claves del Código da Vinci*. Además, ha ganado el III Premio Finis Terrae de Ensayo Histórico con su obra *La España expulsada*.

Notas

[1]**Ahmad II al-Mustain:** fue el último califa que reinó Zaragoza. Su reino duró de 1085-1110. *(N. de la E. D.)*. <<

[2]**al-Mustaini**: forma heredada del árabe en la cual se usa la «i» al final de una palabra para indicar pertenencia, ergo: libro perteneciente/dedicado a, Ahmad II al-Mustain. (*N. de la E. D.*). <<

N. de la E. D.